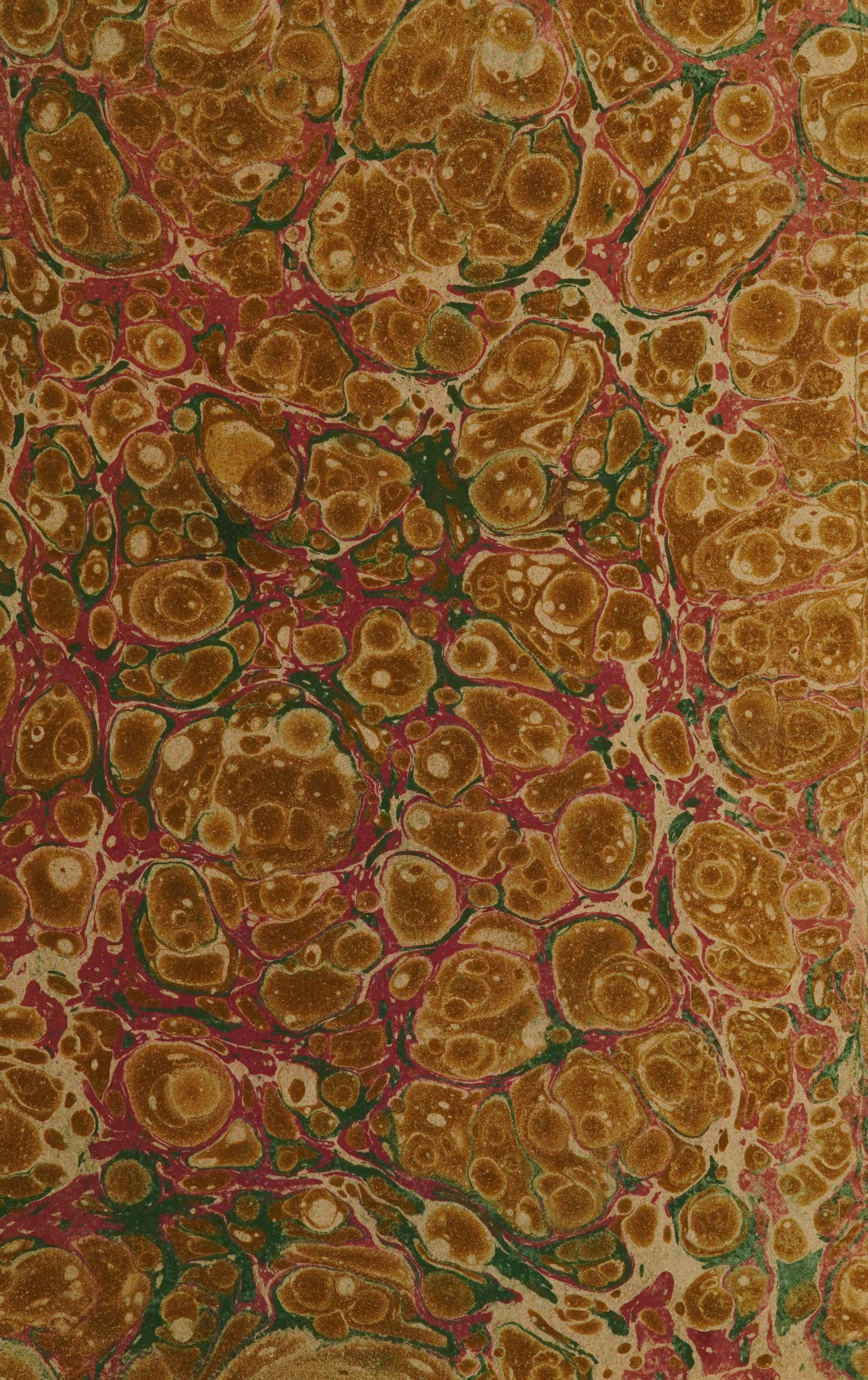



BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
THE GLORY OF GOD IS INTELLIGENCE
1875
PROVO, UTAH



IMPRESIONES DE VIAGE.

IMPRESIONES

DE VIAGE,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

SUIZA.



MADRID, 1856.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. F. DE P. MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.



Suiza. ALEJANDRO DU

IMPRESIONES DE VIAGE.

SUIZA.

POR ALEJANDRO DUMAS.

EXPOSICION.

No hay viagero que no crea deber dar cuenta á sus lectores de los motivos de su viage. Yo miro con mucho respeto á mis célebres antecesores, desde Bougainville, que dió la vuelta al mundo, hasta Maistre, que dió la vuelta á su cuarto, para no seguir su ejemplo.

Ademas, se hallará en mi exposicion, por corta que ella sea, dos cosas muy importantes que en vano se buscarian en otra parte: una receta contra el cólera y una prueba de la infalibilidad de los periódicos.

El 15 de abril de 1832, al volver á mi caa de acompañar hasta la escalera á mis dos buenos y célebres amigos, Litz y Boulanger que habian pasado la noche en precaverse conmigo contra el azote reinante, tomando sendas tazas de té negro, sentí que me faltaban las piernas de pronto: al mismo tiempo se desvaneció mi vista con un vértigo, y sentí frio en toda mi piel: me agarré á una mesa para no caerme: tenia el cólera.

Si era el asiático ó europeo, epidémico ó contagioso, es cosa que completamente ignoro; pero lo que si sé muy bien, es, que conociendo que no podria ya hablar cinco minutos mas tarde, me despaché á pedir azúcar y éther.

Mi criada, que es una muchacha muy inteligente, y que me habia visto algunas veces despues de mi comida, mojar un poco de azúcar en ron, presumió que le pedia una cosa parecida. Llenó un vaso de licor de éther puro, colocó sobre la abertura del vaso el terron mas grande de azúcar que pudo encontrar, y me lo trajo, en el momento en que acababa de acostarme tiritando con todos mis miembros.

Como ya comenzaba á perder la cabeza, estendí maquinalmente la mano: sentí que me ponian en ella alguna cosa, al mismo tiempo oí una voz que me decia: *tragad eso, señor, que esto os sentará bien.* Arrimé esta cierta cosa á la boca, tragué lo que contenia, es decir, medio frasco de éther. Decir la revolucion que sentí en mi persona cuando este diabólico licor atravesó mi garganta, es cosa imposible, por que al punto perdí el conocimiento. Una hora despues volví en mí: hallábame envuelto entre mantas, tenia una botella de agua caliente á mis pies: dos personas llevando cada una en la mano un calentador lleno de fuego, me daban friegas en todas las coyunturas. Hubo un momento en que me creí muerto y en el infierno: el éther me abrasaba el pecho por dentro: las friegas me hacian estar por fuera hecho un mar de sudor: en fin, al cabo de un cuarto de hora el frio se confesó vencido, y los médicos declararon que ya me hallaba en salvo. Era ya tiempo: dos friegas mas y me hallaba completamente asado.

Cuatro dias despues vino á sentarse á la cabecera de mi cama el director del teatro de la Puerta de San Martin. Su teatro estaba aun mas malo que yo, y el moribundo llamaba en su auxilio al convaleciente. Mr. Harce me dijo que necesitaba en quince dias á mas tardar, una pieza que al menos le produjese cincuenta mil escudos: añadió para determinarme, que el estado de escitacion en que me hallaba por la fiebre era muy favorable para los trabajos de imaginacion atendida la exaltacion cerebral que era su consecuencia.

Me pareció tan concluyente esta razon, que inmediatamente puse manos á la obra: le di su pieza al cabo de los quince dias: le produjo cien mil escudos en lugar de los cincuenta mil, verdad es que estuve á punto de volverme loco.

Este trabajo forzado y violento no era pro-

pio para restablecerme: asi es que apenas podia tenerme en pie, tan débil me hallaba aun, cuando supe la muerte del general Lamarque. A la mañana siguiente, fui nombrado por su familia uno de los comisarios del entierro; mi cargo era hacer tomar á la artillería de la guardia nacional de que yo formaba parte, el sitio que le correspondia en el cortejo fúnebre segun la gerarquía militar.

Todo París ha visto pasar aquel entierro, sublime por el órden, el recogimiento y el patriotismo. ¿Quién cambió aquel órden en desórden, aquel recogimiento en cólera, aquel patriotismo en rebelion? Eso es lo que yo ignoro ó quiero ignorar hasta el dia en que la monarquía de julio tenga que dar, como la de Cárlos IX sus cuentas á Dios, ó como la de Luis XVI sus cuentas á los hombres.

El 9 de junio leí en un periódico legitimista que yo habia sido cogido con las armas en la mano, en la asonada del cláustro de Saint-Mery, juzgado militarmente durante la noche y fusilado á las tres de la madrugada.

La noticia tenia un carácter tan oficial, la relacion de mi ejecucion, que decian habia sufrido con el mayor valor, se hallaba tan detallado, los datos venian de tan buen origen, que yo mismo dudé un instante: era ademas grande la conviccion del redactor: por la primera vez hablaba bien de mí en su periódico: era pues evidente que me creia muerto.

Me quité la ropa de la cama, púseme de un salto en el suelo y corrí á colocarme delante de un espejo, para darme á mí mismo pruebas de mi existencia. En aquel momento abrieron la puerta de mi alcoba y un criado me entregó una carta de Cárlos Nodier, concebida en estos términos:

MI QUERIDO ALEJANDRO:

«Acabo hace un momento de leer en un periódico, que habeis sido fusilado ayer á las tres de la madrugada, tened la bondad de avisarme si esto os impedirá el venir mañana al Arsenal á comer con Taylor.»

Hice decir á Cárlos que en cuanto á si estaba muerto ó vivo nada podia responderle, en atencion á que yo mismo aun no tenia sobre ello una opinion fija, pero que en uno ú otro caso contase con que al dia siguiente iria á comer con él, y que asi no tenia mas que estar preparado como don Juan á obsequiar la estátua del Comendador.

Al dia siguiente quedó bien comprobado que yo no estaba muerto: sin embargo, no habia ganado gran cosa en el cambio, porque me hallaba siempre muy malo; lo que viéndolo mi médico, me recetó lo que un médico receta siempre cuando ya no sabe que recetar.

Un viage á Suiza.

En su consecuencia, el 21 de julio de 1832, tomé la diligencia y salí de París.

MONTEREAU.

A la mañana siguiente, mientras el convoy dejaba sus viageros en Montereau, y les concedia una hora para desayunarse, yo fuí á visitar aquel puente doblemente histórico, que con cuatro siglos de distancia fué testigo de la agonía de dos dinastías, de las que la una se salvó por un crímen, y la otra no pudo salvarse por una victoria.

Estas dos páginas de nuestra historia, son demasiado importantes para que las dejemos en blanco en nuestro album de viage: en su consecuencia nuestros lectores tendrán la bondad de echar con nosotros una rápida ojeada sobre la posicion topográfica de la ciudad de Monterean, á fin de que los hagamos asistir á los acontecimientos que en ella se han verificado, y en los que Juan sin Miedo y Napoleon, han representado los principales papeles.

La ciudad de Montereau está situada á veinte leguas casi de París, en la confluencia del Yonne y del Sena, donde el primero de estos dos rios pierde su nombre uniéndose con el otro: si se sube por él saliendo de París el curso del rio que lo atraviesa tendrá al llegar á la vista de Montereau á la izquierda la montaña de Surville que coronan las ruinas de un viejo castillo, y al pie de la montaña una especie de arrabal separado de la ciudad por el rio.

Enfrente se descubrirá figurando el ángulo mas agudo de una V, y casi en la posicion en que se encuentra en París la punta del Puente Nuevo, una lengua de tierra que va ensanchándose siempre entre el rio y la orilla que la rodea hasta el nacimiento del Sena, cerca de Baignieux—los judíos.

A la derecha se desplegará la ciudad toda entera, graciosamente recostada en medio de sus casas y de sus viñedos, cuya alfombra matizada de verde y amarillo, cual una capa escocesa se estiende hasta perderse de vista sobre las ricas llanuras de Gatinais.

En cuanto al puente que tan importante lugar ocupa en los acontecimieutos que vamos á tratar de referir, saliendo de izquierda á derecha une el arrabal con la ciudad, y atraviesa el rio sentando uno de sus macizos estribos sobre la punta de tierra de que hemos hablado.

JUAN-SIN-MIEDO.

El 9 de setiembre de 1419 sobre la parte del puente que atraviesa el Sena, y bajo la inspeccion de dos hombres, que sentados cada

cual á cada lado del parapeto, parecian tener igual interés en la obra que delante de ellos se hacia por unos trabajadores protegidos en su trabajo por algunos soldados que impedian aproximar al pueblo, levantaban con gran priesa una especie de palco de madera que se estendia á todo lo ancho del puente, y casi á una longitud de unos veinte pies. El mas viejo de los dos personages que nos hemos representado como presidiendo á la construccion de este palco, parecia como de unos cuarenta y ocho años de edad. Su cabeza morena cubierta de largos cabellos negros, cortados á la redonda, hallábase cubierta de un sombrero de tela de color oscuro, rodeado de una cinta á modo de faja, cuyas puntas flotaban libremente al viento. Hallábase vestido de un gaban de paño parecido al del sombrero, cuyo forro de color verde se dejaba ver en el cuello, en la estremidad inferior y en las mangas: de estas mangas anchas y caidas, salian dos robustos brazos que protegia uno de esos duros vestidos de alambre que llamaban cota de malla. Estaban cubiertas sus piernas con largas botas; cuyo estremo superior desaparecia debajo del gaban, y cuyo estremo inferior manchado de barro, atestiguaba que la precipitacion con que se habia ocupado en venir á presidir la construccion de aquel palco no le habia permitido mudarse su trage de viage. De su cinturon de cuero, pendia con cordones de seda, una larga bolsa de terciopelo negro, y al lado de ella en lugar de espada ó de daga, de una cadena de hierro, uña pequeña hacha de armas adamasquinada de oro, cuya punta opuesta al filo representaba con un primor que honraba al artista de cuyas manos habia salido, una cabeza de halcon sin capuz.

En cuanto á su compañero, que apenas parecia de edad de veinte y cinco á veinte y seis años, era un hermoso jóven vestido con esmero, que á primera vista parecia incompatible con la sombría preocupacion de su espíritu. Tenia su cabeza inclinada sobre su pecho, cubierta con una especie de casquete de terciopelo azul forrado de arminio: un broche de rubíes sujetaba en él los cañones de muchas plumas de pavo real, cuyas puntas agitaba el aire cual un plumage de esmeraldas, zafiros y de oro. De su sobretodo de terciopelo encarnado, cuyas mangas caian guarnecidas de arminio como su sombrero, salian cruzados sobre su pecho sus brazos cubiertos de una tela tan brillante que parecia un tejido de hilo de oro. Completaba este vestido un pantalon azul, ajustado, sobre cuyo muslo izquierdo habia bordadas una P y G, coronadas con un casco de caballero, y unas botas de cuero negro forradas de lana encarnada, con su estremidad esterior doblada hácia fuera, y las puntas de la polaina desmesuradamente retorcidas, cual se llevaban en aquella época.

Por su parte el pueblo miraba con gran curiosidad los preparativos de la entrevista que debia tener lugar á la mañana siguiente entre el delfin Cárlos y el duque Juan: y aunque fuese unánime el deseo de la paz, eran diversas las palabras que murmuraban, porque existia en el ánimo de todos mas temor que esperanza: la última entrevista que habia tenido lugar entre los gefes de los partidos delfinés y borgoñon, á pesar de las promesas hechas por una y otra parte, habia tenido tan desastrosas consecuencias que se tenia por un milagro la reconciliacion de los dos príncipes. Sin embargo, algunos ánimos mejor dispuestos que los otros creian, ó aparentaban creer, en el feliz éxito de la negociacion que iba á tener lugar.

—¡Pardiez! decia con las dos manos puestas en la cintura abarcando la redondez de su vientre, un hombre grueso, de rostro alegre, fresco y colorado como una rosa de mayo: ¡pardiez! dicha ha sido que monseñor el delfin, á quien Dios guarde, y monseñor de Borgoña, á quien protejan todos los santos, hayan elegido la ciudad de Montereau, para venir á jurar en ella la paz.

—¿Si, no es verdad, tabernero? respondió dándole una palmada sobre el punto culminante del vientre, su vecino menos entusiasta que él: si es gran dicha, porque esto hará caer algunos escudos en tu escarcela y el granizo sobre la ciudad.

—¿Por qué? dijeron muchas voces.

—¿Por qué ha sucedido asi en Ponceau? ¿por qué terminada apenas la entrevista estalló un huracan tan terrible en un cielo donde no se divisaba ni una nube? ¿por qué cayó el rayo sobre uno de los dos árboles al fin de los cuales se habian abrazado el delfin y el duque? ¡por qué hizo pedazos aquel árbol sin tocar á el otro de tal modo que aun que procedian de un mismo tronco, cayó el uno herido del rayo al pie de su hermano que permaneció derecho? Y mira, añadió Pedro estendiendo la mano ¿por qué cae en este momento nieve, aunque no estamos mas que á 9 de setiembre?

Cada cual á estas palabras alzó la cabeza y vió efectivamente revolotear sobre un cielo gris los primeros copos de aquella nieve precoz que debia durante la noche siguiente, cubrir como una mortaja todas las tierras de la Borgoña.

—Razon tienes, Pedro, dijo una voz: de mal agüero es eso y anuncia cosas terribles.

—¿Sabeis lo que eso anuncia? replicó Pedro: que al fin Dios se cansa de los falsos juramentos que hacen los hombres.

—Si, si, eso es verdad, respondió la misma voz; pero ¿por qué no descarga el rayo sobre los perjuros mas bien que sobre un pobre árbol que no tiene culpa de nada?

Esta aclamacion hizo levantar la cabeza al mas jóven de los dos señores, y en aquel momento sus ojos se fijaron sobre el palco en construccion. Uno de los trabajadores ponia en medio de este palco la valla que debia, para seguridad de cada cual, separar los dos par-

tidos. Parece que esta medida de precaucion no obtuvo la aprobacion del noble asistente, porque su rostro pálido se puso encendido: y saliendo de la aparente apatía en que se hallaba, de un salto se puso en medio del palco y entre los trabajadores con una blasfemia tan sacrílega, qne el carpintero que comenzaba á clavar la valla la dejó caer y se santigüó.

—¿Quién te ha mandado poner esa valla, miserable? le dijo el caballero.

—Nadie, monseñor, replicó el trabajador temblando y confundido: nadie, pero es costumbre.

—Esa costumbre es una tontería, ¿lo oyes? á ver, tira ese pedazo de madera al rio. Y volviéndose á su compañero de mas edad: ¿en qué estábais pensando, dijo, señor Tanneguy, que le dejábais hacer eso?

—Yo estaba como vos, señor Gyac, respondió Duchatel, tan preocupado á lo que parece del suceso, que olvidaba los preparativos.

Durante este tiempo el trabajador, para obedecer la órden del señor de Gyac, habia arrimado la valla contra el parapeto del puente y se preparaba á tirarla al rio, cuando salió una voz de entre la multitud que contemplaba esta escena: era la de Pedro.

—Es igual, decia dirigiéndose al carpintero, tú tenias razon, Andrés; y ese señor no dice bien.

—¡Hola! dijo Gyac, volviéndose hácia él.

—Si, monseñor, continuó tranquilamente Pedro, cruzándose de brazos: digais cuanto querais: una valla es la seguridad comun: es una cosa de mucha precaucion cuando debe haber una entrevista entre dos enemigos, y esto se hace siempre.

—¡Si, si, siempre! gritaron tumultuosamente los hombres que los rodeaban.

—¿Y qnién eres tú, dijo Gyac, para atreverte á tener un parecer contrario al mio?

—Soy, respondió friamente Pedro, un ciudadano del departamento de Montereau, libre en su persona y bienes, y que tiene desde muy jóven la costumbre de decir muy alto su parecer sobre cualquier cosa sin cuidarse de que sea contrario ó no á otro mas poderoso que él.

Gyac hizo el ademan de echar la mano á su espada: Tanneguy le contuvo por el brazo.

—Estais loco, señor mio, dijo levantando las espaldas. ¡Arqueros! continuó Tanneguy, haced evacuar el puente, y si esos tunantes oponen alguna resistencia, os permito que os acordeis que teneis un arco en la mano y una buena porcion de flechas.

—Está bien, está bien, señores mios, dijo Pedro, que colocado el último tenia trazas de sostener la retirada: está bien, nos retiramos: pero puesto que os he dicho mi primer parecer preciso es que os diga el segundo: es ¡que se prepara en este lugar una buena traicion: Dios reciba en su gracia la víctima y tenga misericordia de los asesinos!

En tanto que se cumplian las órdenes de Tanneguy, los carpinteros habian abandonado el palco ya acabado, y guarnecian con vallas cerradas por fuertes puertas los dos estremos del puente, á fin de que únicamente las personas de la comitiva del delfin y del duque, pudiesen entrar en él: diez por cada parte debian de ser estas personas, y para la seguridad personal de cada uno de los gefes, el resto de las gentes del duque debia ocupar la orilla izquierda del Sena y el castillo de Surville; y los partidarios del delfin la ciudad de Montereau y la orilla derecha del Yonne. En cuanto á la lengua de tierra de que hemos hablado y que se encuentra entre los dos rios era un terreno neutral que no debia pertenecer á nadie: y como en aquella época á escepcion de un molino aislado á la orilla del Yonne, aquella península se hallaba completamente deshabitada se podia fácilmente asegurar que no habia allí preparada ninguna sorpresa.

Cuando los trabajadores hubieron concluido las vallas, dos pelotones de hombres armados, cual si no hubiesen aguardado mas que aquel instante, se adelantaron simultáneamente para ocupar sus posiciones respectivas: uno de estos pelotones compuestos de ballesteros llevando la cruz roja de Borgoña en la espalda, vino mandado por Jacobo de la Lima su gran maestre, á apoderarse del arrabal de Montereau, y á colocar centinelas en el estremo del puente por donde debia llegar el duque Juan: el otro formado de soldados diferentes, se estendió en la ciudad y vino á poner guardias en la valla por donde debia de entrar el delfin.

Durante este tiempo, Tanneguy y Gyac habian continuado su plática: pero en cuanto vieron estas disposiciones tomadas se separaron.

Gyac para volver á tomar el camino de Bray, sobre el Sena, donde le aguardaba el duque de Borgoña, y Tanneguy Duchatel para ir al lado del delfin de Francia.

Horrible fué la noche, á pesar de lo poco avanzado de la estacion cayeron seis pulgadas de nieve que cubrieron el suelo. Todos los frutos de la tierra se perdieron.

Al dia siguiente, 10 de setiembre, á la una de la tarde, el duque entró á caballo en el patio de la casa donde se habia alojado. Tenia á su derecha al señor de Gyac, y á su izquierda al señor de Noalles. Su perro favorito habia aullado lamentablemente toda la noche y viendo á su amo dispuesto á marcharse, se lanzó fuera de su covacha donde estaba atado, con los ojos ardientes y erizado el pelo: en fin cuando el duque se puso en marcha hizo el perro un violento esfuerzo, rompió su doble cadena de hierro, y en el momento en que iba el caballo á pasar el umbral de la puerta se arrojó sobre el pecho del caballo y le mordió tan cruelmente qne se levantó de manos, y casi hizo perder los estribos al duque. Gyac impacien-

tado quiso separarlo con un látigo que llevaba, pero el perro sin hacer caso de los golpes que recibia se arrojó de nuevo sobre la garganta del caballo del duque: éste creyéndole rabioso tomó un hacha de armas que llevaba en el arzon de la silla y le partió con ella la cabeza. Dió un grito el perro y fué rodando á espirar sobre el umbral de la puerta, como para impedir aun su paso: el duque con un suspiro de pesar hizo saltar á su caballo sobre el cuerpo del fiel animal.

Veinte pasos mas lejos un anciano judío, que era de su servidumbre y que se ocupaba en la mágia, salió de pronto de detrás de una pared, detuvo el caballo del duque por la brida y le dijo:

—Monseñor, no paseis mas adelante.

—¿Qué me quieres, judío? le dijo deteniéndose el duque.

—Monseñor, replicó el judío, he pasado la noche en consultar los astros, y la ciencia dice que si vais á Montereau, no volvereis. Y tenia al caballo del bocado para impedirle pasar adelante.

—¡Qué dices tú de esto, Gyac? dijo el duque volviéndose á su jóven favorito.

—Digo, respondió éste poniéndose colorado de impaciencia, digo que este judío es un loco, á quien es menester tratar como á vuestro perro, sino quereis que su inmundo contacto os obligue á hacer penitencia ocho dias.

—Déjame, judío, dijo pensativo el duque, haciéndole dulcemente seña de que le dejase pasar.

—¡Atrás el judío! gritó Gyac echando su caballo sobre el anciano y haciéndole rodar á diez pasos de distancia: ¡atrás! ¿no oyes á monseñor que te manda sueltes la brida de su caballo?

El duque pasó la mano sobre su frente como para apartar una nube de ella, y echando una última mirada sobre el judío tendido sin conocimiento sobre el camino, continuó su marcha.

Tres cuartos de hora despues el duque llegó al castillo de Montereau. Antes de bajar del caballo dió órden á doscientos hombres de armas y á cien arqueros de que se alojasen en el arrabal y relevasen á los que la víspera habian dado la guardia á la cabeza del puente.

En aquel momento Tanneguy se llegó hácia el duque y le dijo que el delfin le aguardaba en el lugar de la entrevista hacia una hora. El duque respondió que iba á ir allí: en el mismo instante uno de sus servidores vino corriendo todo asustado y le habló en voz baja. El duque se volvió hácia Duchatel.

—¡Vive Dios! dijo, que hoy todos se han concertado para hablarme de traicion. ¿Duchatel estás bien seguro de que no corre ningun riesgo nuestra persona? porque hariais muy mal en engañarnos.

—Mi temido y respetable señor, respondió Tanneguy: muerto y condenado me vea yo si quisiese haceros traicion á vos ó á cualquiera otro: no tengais ningun temor, porque el delfin no os quiere mal.

—¡Está bien! iremos pues, dijo el duque, fiándonos en Dios: alzó los ojos al cielo, y en vos, continuó, fijando sobre Tanneguy una de aquellas penetrantes miradas que solo eran propias de él. Tanneguy la sostuvo sin bajar la vista.

Entonces éste presentó al duque el pergamino en que estaban escritos los nombres de los diez hombres de armas que debian acompañar al delfin: hallábanse escritos en el órden siguiente:

El vizconde de Narbona, Pedro de Beauveau, Roberto de Loira, Tanneguy Ducheul, Barbazam, Guillermo le Bouteillier, Guy de Avangour, Olivier Layet, Vavenous y Frottier.

Tanneguy recibió en cambio la lista del duque. Los que habia llamado al honor de acompañarle, eran:

Monseñor Cárlos de Borbon, el señor de Noalles, Juan de Fribourg, el señor de San Jorge, el señor de Montagu, Antonio de Vergi, el señor de Ancre, Guy Pontarlier, Cárlos de Lens y Pedro de Gyac. Ademas cada uno debia de llevar consigo á su secretario.

Tanneguy se llevó esta lista. Detrás de él se puso en camino el duque, para bajar desde el castillo al puente: habíase apeado, tenia cubierta la cabeza con un sombrero de terciopelo negro, llevaba por toda defensa una cota de malla sencilla, y por arma ofensiva una débil espada ricamente cincelada y con puño de oro

Al llegar á la valla, Jacobo de la Lima le dijo que él habia visto entrar en una casa de la ciudad, inmediata á la cabeza del puente á muchas gentes armadas, y que al verle á él cuando con su tropa habia tomado posicion, aquellas gentes se habian apresurado á cerrar las ventanas de la casa.

—Id á ver si es eso verdad, Gyac, dijo el duque. Aqui os aguardaré.

Gyac tomó el camino del puente, atravesó las vallas, pasó por medio del palco de madera, llegó á la casa designada y abrió su puerta. Tanneguy daba alli instrucciones á una veintena de hombres armados de todas armas.

—¡Y bien! dijo Tanneguy al verlo.

—¿Estais dispuestos? dijo Gyac.

—Si, ahora ya puede venir.

Gyac se volvió á donde estaba el duque.

—El gran maestre ha visto mal, monseñor, le dijo, no hay nadie en la casa. El duque se puso en camino. Pasó la primera valla, que inmediatamente se cerró detrás de él. Esto le dió algunas sospechas, pero como vió delante de él á Tanneguy, y al señor de Beauveau que habian salido á su encuentro, no quiso retroceder. Prestó su juramento con voz firme, y enseñando al señor de Beauveau su ligera cota de malla y su débil espada:

—Ya veis, señores, como vengo: ademas, continuó volviéndose hácia Ducheul y dándole un

golpecito en la espalda, *he aqui en quien yo me fio.*

El jóven delfin hallábase ya en el palco de madera en medio del puente: llevaba un vestido de terciopelo azul claro guarnecido de martas, un gorro, cuya copa estaba rodeada de una pequeña corona de flores de lis de oro: la visera y las alas con forro igual al del vestido.

Al divisar al príncipe desvaneciéronse las dudas del duque de Borgoña, dirigióse derecho á él, entró en la tienda y notó que contra todos los usos y costumbres no habia valla en medio de ella para separar á los dos partidos; empero sin duda creyó qne seria un olvido, porque ni aun hizo esta observacion. En cuanto entraron detrás de él los diez señores que le acompañaban cerraron las dos vallas.

Apenas habia en aquella estrecha tienda espacio suficiente para que las veinte y cuatro personas que en ella se hallaban encerradas, pudiesen mantenerse ni aun de pie. Borgoñones y franceses, hallábanse mezclados hasta el punto de tocarse unos á otros. Quitóse el duque su sombrero y dobló la rodilla delante del delfin.

—He venido á vuestras órdenes, monseñor, dijo; aunque algunos me habian asegurado que esta entrevista no habia sido pedida por vos sino para hacerme reconvenciones, yo espero que esto no sea asi, monseñor, puesto que no las he merecido.

Cruzóse de brazos el delfin sin abrazarle, ni levantarle del suelo, como habia hecho en la primera entrevista.

—Os habeis engañado, señor duque, le respondió con voz serena: si, tenemos graves reconvenciones que haceros, porque habeis cumplido mal la promesa que nos habeis hecho. Vos habeis dejado tomar mi ciudad de Pontoise que es la llave de Paris; y en lugar de acudir á la capital para defenderla ó morir alli, cual debiais como súbdito leal, habeis huido á Troyes.

—¡Huido, monseñor! dijo el duque estremeciéndosele todo el cuerpo á esta ultrajante espresion.

—Si, huido, repitió el delfin, recalcando la palabra. Habeis....

Levantóse el duque, no creyendo sin duda deber escuchar mas, y como en la humilde postura que habia tomado, una de las cinceladuras del puño de su espada se le hubiese enredado en una malla de su cota, quiso volver á hacerla tomar su posicion vertical, el delfin dió un paso hácia atrás no sabiendo cual era la intencion del duque al tocar su espada.

—¡Hola! echais mano á vuestra espada en presencia de vuestro señor, esclamó Roberto de Loira, arrojándose entre el duque y el delfin.

Quiso hablar el duque. Bajóse Tanneguy y recogió de debajo de la alfombra el hacha que la víspera pendia de su cinturon, despues levantándose cuanto pudo: *ya es tiempo,* dijo, alzando el hacha sobre la cabeza del duque.

Vió el duque el golpe que le amenazaba, quiso pararlo con la mano izquierda, en tanto que llevaba la derecha al puño de su espada: no tuvo tiempo de sacarla; el hacha de Tanneguy cayó, derribando la mano izquierda del duque, y hendiéndole con el mismo golpe la cabeza desde la megilla hasta debajo de la barba.

Permaneció aun un instante en pie derecho el duque, cual una encina que no puede caer. Entonces Roberto Loira le hundió su puñal en la garganta dejándosele alli clavado.

Dió un grito el duque, estendió los brazos y fué á caer á los pies de Gyac.

Hubo entonces una terrible gritería, y una horrorosa refriega, porque en aquella tienda en donde dos hombres apenas hubieran tenido espacio para pelear, veinte hombres se arrojaron unos sobre otros. Hubo un momento en que no se pudo distinguir sobre todas aquellas cabezas, mas que manos, hachas y espadas. Gritaban los franceses, ¡mata! ¡mata! ¡á muerte! Gritaban los borgoñeses, ¡traicion! ¡traicion! ¡al arma! Saltaban las chispas con el choque de las armas, corria la sangre de las heridas. Asustado el delfin habia echado la mitad del cuerpo fuera de la valla. Llegó á sus gritos el presidente Louvet, se lo echó á su espalda, lo sacó fuera, y lo arrastró casi desmayado hácia la ciudad. Su vestido de terciopelo azul estaba todo chorreando de la sangre del duque de Borgoña, que habia saltado hasta él.

Sin embargo, el señor de Montagu, que era partidario del duque, habia logrado escalar la valla, y gritaba: ¡alarma! Noalles iba á salvarla tambien, cuando Narbona le partió por detrás la cabeza, cayó fuera del palco y espiró casi instantáneamente. El señor de San Jorge estaba profundamente herido en el costado derecho de un golpe de hacha. El señor de Ancre tenia la mano hendida.

En tanto que el combate y los gritos continuaban, en la tienda pisoteaban al duque moribundo á quien nadie cuidaba de socorrer. Hasta entonces los delfineses mejor armados llevaban la ventaja; pero á los gritos del señor de Montagu, Antonio de Thoulongeon, Simon Othelimer, y Juan de Ermay acudieron, se aproximaron al palco, y mientras que tres de ellos blandian sus espadas contra los de adentro, el cuarto rompia la valla. Por su lado los hombres ocultos en la casa, salieron y llegaron en apoyo de los delfineses. Los borgoñeses viendo inútil toda resistencia, tomaron la fuga por la valla que habian roto. Persiguiéronlos los delfineses y únicamente tres personas se quedaron en la tienda vacía y ensangrentada.

Eran el duque de Borgoña, tendido en el suelo y moribundo, Pedro Gyac de pie, con los brazos cruzados y mirándolo morir, y en fin Olivier Layet que conmovido con los padecimientos de aquel desventurado principe, le

levantaba la cota de malla para rematarle por debajo con su espada. Pero Gyac no queria ver abreviar esta agonía de que cada convulsion parecia pertenecerle; y cuando conoció la intencion de Olivier, con un violento puntapié le hizo saltar la espada de la mano. Asombrado Olivier levantó la cabeza.

—¡Sangre de Dios! le dijo riendo Gyac, dejad morir tranquilo á este pobre príncipe.

Despues, cuando el duque hubo exhalado el último suspiro, púsole la mano sobre su corazon para cerciorarse de que se hallaba muerto, y como lo demas le importaba muy poco desapareció sin que nadie fijase en él la atencion.

Sin embargo, los delfineses despues de haber perseguido á los borgoñeses hasta el pie del castillo, volviéronse atrás. Encontraron el cuerpo del duque tendido donde lo habian dejado, y á su lado al cura de Montereau que de rodillas sobre un charco de sangre recitaba las oraciones por los muertos. Las gentes del delfin quisieron arrancarle aquel cadáver y arrojarlo al rio: empero el sacerdote levantó su crucifijo sobre el duque y amenazó con la cólera del cielo á cualquiera que osase tocar á aquel pobre cuerpo, cuya alma habia salido tan violentamente de él. Entonces Cosmerce, bastardo de Tanneguy le descalzó de un pie una de sus espuelas de oro, jurando llevarla en lo sucesivo, cual una órden de caballería, y los criados del delfin siguiendo su ejemplo, le arrancaron las sortijas de que estaban sus dedos cubiertos, como tambien la magnífica cadena de oro que llevaba pendiente al cuello.

Permaneció allí el sacerdote hasta la media noche; despues únicamente á aquella hora con la ayuda de dos hombres, llevó el cuerpo al molino cerca del puente, lo depositó sobre una mesa y continuó orando á su lado hasta la mañana siguiente. A las ocho fué enterrado en la iglesia de Nuestra Señora, delante del altar de San Luis. Estaba vestido con su gaban, sus botas, y el gorro echado sobre la cara. Ninguna ceremonia religiosa hubo en su entierro: sin embargo, por el descanso de su alma se dijeron doce misas en los tres dias siguientes. A la mañana siguiente del dia del asesinato del duque de Borgoña, unos pescadores encontreron en el Sena el cuerpo de madama de Gyac.

NAPOLEON.

En la tarde del 17 de febrero de 1814, los habitantes de Montereau habian visto amontonarse en su ciudad, tomar posicion sobre la altura que la domina, y estenderse en las llanuras que la rodean, masas de wurtembergeses tan compactas que no podian calcular su número. Sentian aquellos hombres amargamente no ser mas que la retaguardia del triple ejército que perseguia á Napoleon vencido y á los quince mil hombres que le rodeaban aun: últimos restos que le servian mas bien de escolta que de defensa, y cada uno de ellos fijando sus ojos ávidos sobre el curso del Sena, que huye hácia la capital, repetia aquel grito que todos hemos oido cuando niños, y que aun creemos oir; tan funesta espresion tenía en bocas estrangeras: ¡A París! ¡A París!

En todo el dia no habia cesado el cañon su terrible estruendo desde Mormant á Provins: pero indiferente el enemigo apenas habia fijado en él su atencion: era sin duda algun general perdido que acosado como un jabalí acorralado hacia aun frente á los rusos. En efecto ¿qué tenian que temer? Napoleon el vencedor huia á su vez: Napoleon se hallaba á diez leguas de Montereau con sus quince mil hombres cansados, que no debian tener fuerzas para poder llegar á la capital.

Vino la noche.

A la mañana siguiente el cañon haciase oir, empero mas cerca que la víspera: de instante en instante cada grito de aquella gran voz de las batallas truena mas alto. Despiértanse los wurtembergeses, escuchan: el cañon no está mas que á dos leguas de Montereau: el grito, ¡á las armas! corre por todas partes con su eléctrico estremecimiento: tocan los tambores, suenan los clarines, los caballos de los ayudantes de campo hacen resonar las calles con sus herraduras en su continua carrera: el enemigo está en batalla.

De pronto, desembocan por el camino de Nogent masas en desórden: están perseguidas tan de cerca, que el fuego de nuestro cañon las quema, que el aliento de nuestros caballos humedece sus espaldas: son los rusos que la víspera por la mañana, formaban la vanguardia del ejército invasor, y habian llegado ya á Fontainebleau.

En la noche del 16 al 17 Napoleon se ha vuelto: trasporta en carros sus soldados: caballos de posta arrastran su artillería: la caballería de España llégale de refuerzo fresco, y los sigue al galope. El 17 por la mañana, Napoleon y su ejército están formados en batalla delante de Guignes: encuentran allí las avanzadas enemigas, las arrollan, alcanzan las columnas rusas, las destruyen. El enemigo se repliega. De Guignes á Nangis no es mas aun que una retirada: de Nangis á Nogent es una derrota. Napoleon pasa á galope delante del duque de Bellune, le dá la órden de destacar tres mil hombres de su cuerpo de ejército. ¿Qué va á hacer con quince mil soldados para perseguir á veinte y cinco mil rusos? Bellune irá á aguardarlo á Montereau: yendo allí en línea recta no tiene que andar mas que seis leguas: Napoleon se encontrará allí á la mañana

siguiente; y por el círculo que le es preciso recorrer habrá andado diez y siete.

Bellune destaca tres mil hombres, se pone á su cabeza, se pierde, emplea diez horas en hacer seis leguas, y al llegar á Montereau encuentra la ciudad ocupada hacia dos horas por los wurtembergeses.

En tanto Napoleon barre el enemigo cual el huracan el polvo, pasa delante de él, y volviéndose inmediatamente, lo rechaza sobre Montereau, donde Bellune y sus tres mil hombres deben aguardarle. ¡Esa caballería que relincha es la suya, esos cañones que truenan son los suyos: ese hombre en medio de la pólvora, del ruido y del fuego, que aparece en las primeras filas de los vencedores, arrojando veinte y cinco mil rusos con su látigo, es él, es Napoleon!

Rusos y wurtembergeses se han reconocido: los fugitivos se incorporan á un cuerpo de ejército de tropas frescas. Donde Napoleon cree encontrar tres mil franceses y coger á los rusos entre dos fuegos, encuentra diez mil enemigos, y tropieza con un muro de bayonetas: desde la altura de Surville donde debia ondear la bandera tricolor, diez y ocho piezas de artillería se preparan á metrallarle.

La Guardia recibe la órden de apoderarse de la altura de Surville: lánzase á ella á paso redoblado: despues de la tercera descarga los artilleros wurtembergeses son muertos sobre sus piezas, la altura queda por nosotros.

Sin embargo, los cañones que el enemigo ha tenido tiempo de clavar, no pueden servir. Se arrastra á brazo la artillería de la Guardia. Napoleon la dirige, la coloca, hace la puntería: la montaña se enciende como un volcan: la metralla derriba filas enteras de wurtembergeses y de rusos: las balas enemigas responden, silban y botan sobre la altura: Napoleon está en medio de un huracan de hierro. Quieren forzarle á que se retire.

—Dejadme, dejadme, amigos mios, dice agarrándose á una cureña: aun no está fundida la bala que me ha de matar.

Oliendo tan de cerca la pólvora el emperador ha desaparecido: el antiguo teniente de artillería se ha puesto manos á la obra.

—¡Vamos Bonaparte, salva á Napoleon!

Protegidos por el fuego de esta formidable artillería, en que el ojo de Napoleon parece conducir cada bala, dirigir cada descarga de metralla, los guardias nacionales bretones se apoderan á la bayoneta del arrabal de Melun, en tanto que por la parte de Tossar el general Pagol penetra con su caballería hasta la entrada del puente: allí encuentra rusos y wurtembergeses de tal modo apiñados, que no son ya las bayonetas enemigas, sino los cuerpos mismos de hombres los que les impiden avanzar: es preciso abrirse con el sable un camino en aquella multitud, cual con el hacha en un bosque demasiado cerrado y espeso. Entonces Napoleon concentra todo el fuego de su artillería sobre un solo punto: sus balas enfilan la larga línea del puente: cada una de ellas derriba filas enteras de hombres en aquella masa, que labra como el arado un campo, y sin embargo el enemigo se halla aun demasiado apretado y compacto: ahógase entre los parapetos ó barandillas: revientan estas, queda descubierto el puente, y en un instante el Sena y el Yonne, quedan cubiertos de hombres y enrojecidos de sangre.

Cuatro horas duró esta carnicería.

Y ahora, dijo Napoleon cansado, y sentándose sobre la cureña de un cañon; mas cerca estoy yo de Viena que ellos de París.

Despues dejó caer su cabeza entre sus manos, permaneció diez minutos absorto en el pensamiento de sus antiguas victorias, y con la esperanza de sus nuevos triunfos.

Cuando levantó la frente, tenia delante de él un edecan, que venia á anunciarle que Soissons, esta poterna de París, se hallaba abierta, y que el enemigo no se hallaba mas que á diez leguas de su capital.

Escuchó estas noticias, como cosas que hacia dos años, la impericia ó la traicion de sus generales, le habian acostumbrado á escuchar: ni un solo músculo de su rostro se alteró, y ninguno de cuantos le rodeaban pudo decir que hubiese sorprendido un rasgo de emocion en la cara de aquel jugador sublime, que acababa de perder el mundo.

Hizo una seña, para que le trajeran su caballo: despues, señalando con el dedo el camino de Fontainebleau, no dijo mas que estas únicas palabras:

—Vamos, señores, en marcha.

Y aquel hombre de hierro partió impasible, cual si toda fatiga debiese embotarse sobre su cuerpo, y todo dolor sobre su alma.

Se enseña colgada de la bóveda de la iglesia de Montereau, la espada de Juan de Borgoña.

Sobre todas las casas que dán frente á la altura de Surville, se reconocen los rastros de las balas dirigidas por el mismo Napoleon.

LION.

Nos detuvimos en Châlons, el dia siguiente por la noche, porque no habiamos tomado asiento mas que hasta allí, contando que desde allí marchariamos á Lion embarcados, y por cierto que nos equivocamos. El Saona estaba con tan poca agua, que aquel mismo dia no habian podido volver los vapores, que vimos tristemente remolcados por cuarenta caballos,

que los obligaban á adelantar por un lecho de arena en que se hundia la quilla, por lo cual no debiamos pensar en salir el dia siguiente por aquella via.

Como no habia asientos en la diligencia, si no para el siguiente, me acordé de las ruinas de cierto castillo que habia visto al pasar por la carretera, cuatro ó cinco leguas antes de llegar á Châlons, y no teniendo nada que hacer resolvimos visitarlo. En efecto, el dia siguiente por la mañana temprano estábamos en camino, llevando por precaucion, un almuerzo, que con dificultad hubiéramos encontrado en el lugar á donde nos dirigiamos.

Del castillo de Roca-Pot, no existe hoy mas que un recinto circular; sus piezas de habitacion y de servicio se levantaban al derredor de un patio redondo; una parte del castillo debia haber sido edificada á la vuelta de las cruzadas; dos torres solamente parecen posteriores á esta época: un peñasco macizo forma la base del edificio, que se halla enclavado en los cimientos de aquella obra, con tanto arte, que aun hoy, y á pesar de los ocho siglos que sobre él han pasado, es difícil distinguir el sitio mismo en que, sobre la obra de Dios, se sobrepuso la obra del hombre.

Al pie del peñasco, aspillerado como nidos de golondrinas y de pardillos, se ven grupos de algunas cabañas, cual si pidiesen sombra y abrigo al castillo feudal. El castillo no es mas que ruinas, tristeza, soledad, las casas de los labradores, permanecen en pie, alegres, habitadas.

Sin embargo, los que poblaban el castillo, eran nobles señores, cuyos nombres ha conservado la historia.

En 1422, el duque Felipe de Borgoña, hijo de Juan sin Miedo, solicita y obtiene del rey Cárlos VI y de la reina Isabel, que el canciller de Borgoña, *Renato-Pot*, señor de la Rocher, le acompañe para recibir el juramento de la Borgoña.

¿Cuál, pues, era este juramento exigido por el rey y la reina de Francia, que se debia prestar entre las manos del primer feudatario de la corona?

Era el de reconocer al rey Enrique de Inglaterra como gobernador y regente del reino de las lises.

En 1434, Jacobo Pot, señor de la Rocher-Nolay, hijo del que acabamos de nombrar, asiste con honor á la revista de caballeros y de tropas pasada por la duquesa de Borgoña, y al torneo que hubo en seguida.

En 1451, Felipe Pot, es nombrado gefe de la embajada enviada por el duque de Borgoña cerca del rey Cárlos VII.

En 1417, Felipe Pot, Guit Pot su hijo y Antonio de Crevecaeur, firman como plenipotenciarios el tratado de Sens entre el rey Luis XI y Maximiliano, esposo de María de Borgoña.

En 1480, el duque Maximiliano de Borgoña, borra de la lista de los caballeros del toison de oro á Felipe Pot de la Rocher-Nolay, por tener sospechas de que era partidario de Luis XI.

Aqui se pierden ya las huellas de esta noble familia, y vuelvo á las ruinas de su castillo, de que es ahora poseedor un vecino de Lion, víctima de una estafa bastante curiosa para que la refiramos.

Ved aquí el hecho.

A fines del año 1828, presentóse cierto sugeto al labrador, que era dueño entonces del castillo de la Rocher y de las dos fanegas de tierra pedregosa que constituyen hoy todas sus dependencias, y preguntóle á que precio consentiria en vender su propiedad.

El paisano que no habia podido alcanzar jamás que á lo menos en medio de los guijarros de que estaba cubierta la tierra, saliesen ortigas para su vaca, estuvo pronto á la venta, y en cuanto al precio, despues de una ligera discusion, se fijó en 1,000 francos.

Acordes pues, se presentaron ante un notario, en cuya presencia fueron pagados los 1,000 francos; pero el comprador pidió por razones personales que en lugar del precio verdadero, en el contrato se pusiesen 50,000 francos.

El vendedor, á quien esto era bastante indiferente, puesto que no tenia que pagarlos, consintió de buena gana, muy contento de sacar 1,000 francos de una ruina que no le producia por año mas que dos ó tres docenas de huevos de cuervo. El notario por su parte, pareció entender perfectamente la originalidad de aquel capricho, tan pronto como el comprador le insinuó que arreglase sus derechos sobre el precio supuesto y no sobre el real.

Terminado el acto, el nuevo propietario se hizo dar una copia, con la cual se volvió á Lion, y presentóse en casa de un notario, pidiendo prestados 25,000 francos, y ofreciendo en hipoteca su propiedad de la Rocher.

El notario lionés escribió á la oficina de hipotecas para saber si la finca estaba gravada con alguna obligacion, y el gefe de la oficina le respondió, que ni una sola piedra del castillo debia un cuarto á nadie.

El mismo dia el notario habia encontrado ya la cantidad pedida, y diez minutos despues de haber firmado la escritura se habia ya marchado con el dinero que le habia tomado á préstamo.

Llegó el dia del reembolso, sin que se presentase ni deudor, ni dinero, ni cosa que se le pareciese.

Pidió la posesion de la finca hipotecada, la que obtuvo pagando un millar de escudos de gastos; salió inmediatamente en posta para visitar su nueva propiedad, que fuera de los gastos, habia obtenido por mitad del precio.

Lo que halló fué un monton de escombros que valdria para un aficionado á lo mas 50 escudos.

Cuando bajamos al pueblo nos preguntaron si habiamos visto el Vaus-Chignon, respondimos que no, y que el nombre mismo de aquella curiosidad nos era desconocido. Como no era mas que la una de la tarde mandamos al postillon que nos llevase allá.

El postillon tomó el camino real como si quisiese volvernos á París, pero dejando despues el camino, se metió por los sembrados, y al cabo de cinco minutos daba la vuelta delante de una especie de precipicio: habiamos llegado alli para contemplar la maravilla.

En efecto, no deja de ser una cosa estraña en medio de una de las grandes llanuras de Borgoña, en que ninguna desigualdad del terreno impide que la vista se estienda: el suelo se parte de repente en la longitud de una legua y media y anchura de quinientos pasos, dejando ver en la profundidad de 200 pies casi, un delicioso valle, verde como una esmeralda, surcado por un riachuelo límpido, espumoso y ruidoso, que armoniza admirablemente con él, como grandeza y contorno. Bajamos por una rampa bastante suave y al cabo de diez minutos casi nos hallamos en medio de aquel pequeño Eldorado borgoñon, aislado del mundo por las rocas que le rodean, cortadas á pico. Subiendo el curso del riachuelo, cuyo nombre no supimos y que probablemente no le tiene todavía, sin divisar ni un hombre, ni una casa: vimos mieses que parecian crecer para las aves del cielo, uvas que nadie guardaba contra la sed de los curiosos, y árboles frutales doblegados por su mismo peso. En medio de tanta soledad, silencio y riqueza, tentado está uno de creer que aquel rincon de la tierra ha quedado desconocido de los hombres.

Continuamos subiendo la orilla de aquel arroyuelo, que á cien pasos de la estremidad del valle se parte en dos ramales como una Y, pues tiene dos manantiales: el uno sale de un peñasco, viene por una hendidura bastante ancha para que pueda seguírsele en su corredor oscuro cien varas casi, al cabo de las cuales se le sorprende brotando de la tierra; la otra que baja de una fuente superior, cae de una altura de cien pies, transparente como una faja de gasa y se desliza por entre el verde musgo, cuya frescura ha alfombrado la roca.

Yo despues he visitado los hermosos valles de la Suiza y las suntuosas llanuras de la Italia, he bajado por el Rhin y he subido por el Ródano, me he sentado en las orillas del Po, entre Turin y la Saperga, teniendo delante de mí los Alpes y detrás los Apeninos, y ninguna vista, ningun sitio, por variado, por pintoresco, por grandioso que haya sido, no ha podido hacerme olvidar mi pequeño valle de Borgoña, tan tranquilo, tan solitario, tan desconocido, con aquel riachuelo tan débil, que aun han olvidado darle un nombre, con su cascada tan ligera que el menor vientecillo la levanta desparramándola á lo lejos cual el rocío.

Estábamos de vuelta á las cinco á Chaillot, porque estos dos paseos pueden hacerse en menos de un dia. Supimos alli que un barco de vapor mas ligero que los otros trataria de llegar el dia siguiente hasta Macon. El coche me habia fatigado de tal modo, que aunque yo no sabia si hallaria en esta última villa medios para llegar á Lion, preferia mas este modo de viajar que cualquier otro.

Al dia siguiente cerca ya del medio dia, llegamos á Macon, pero en Macon no habia carruages para adelantar mas, ó los que habia estaban llenos. Entonces, Dios libre á mi mayor enemigo de igual sorpresa, vinieron algunos barqueros ofreciéndonos que con el viento que hacia podrian llevarnos hasta Lion en seis horas. Nos dejamos seducir de sus promesas y nos embarcamos sin recelo alguno; y aquel pintoresco viage nos costó veinte y cuatro horas. Se alaban mucho las orillas del Saona; yo no sé si es prevencion, á causa de la abominable noche que yo habia pasado en sus aguas; pero á la mañana siguiente me hallaba poco dispuesto á la admiracion. Prefiero con mucho las orillas del Loira y me gustan mas las del Sena.

En fin, á las once de la mañana apercibimos de repente, al doblar un recodo del rio, á la rival de París, asentada sobre su colina como sobre un trono, adornada la frente con su doble corona antigua y moderna, ricamente vestida de cachemir, de terciopelo y de seda. Lion, la vi-reina de Francia, que ciñe su cintura con dos rios y deja colgar uno de los cabos de su cinturon al través del Delfinado y de la Provenza hasta el mar.

La entrada de la ciudad por el camino que seguíamos, es grandiosa y pintoresca á la vez: la isla Barba, plantada enfrente de la poblacion, como una dama de honor que anuncia una reina, es una linda fábrica situada en medio del rio para servir de paseo en los domingos á los elegantes del arrabal.

Coronada detrás se levanta como un baluarte la roca de Piedra-Scisa (1), en otro tiempo habia alli un castillo que sirvió de prision de Estado. Alli estuvo prisionero el duque de Nemours, durante las revueltas de la Liga, despues de haber intentado en vano la toma de la ciudad. Cedió el puesto á Luis Sforcia, apellidado *el Moro*, del moral que llevaba en sus armas, y á su hermano el cardenal Ascanio. El baron de los Adrets, partidario gigantesco, héroe de la guerra civil, estuvo despues de estos, y luego, en fin, De-Thou y Cinq-Mars, dobles víctimas sentenciadas á muerte, el uno por el ódio y el otro por la política de Richelieu, y que de allí no salieron sino para ir á

(1) Pietra-Scisa, llamada asi, porque Agrippa la hizo cortar cuando construyó las cuatro vias militares, de las que la una dirigida por la parte del Vivarés y de las Cévennas conducia hacia los Pirineos; la otra hácia el Rhin, la tercera hácia el Océano, por Beauvoisis y la Picardia, y la cuarta en la Galia Narbonesa hasta las costas de Marsella.

llevar sus cabezas en la plaza de Terreaux, al torpe verdugo que cinco veces tuvo que repetir el fatal golpe para cortarlas.

Un jóven escultor de Lion, Mr. Legendre Heralt, habia tenido la idea de tallar aquella inmensa piedra y darla la forma de un leon colosal, armas de la ciudad: queria consagrar cinco ó seis años de su vida en este trabajo; su peticion no fué comprendida, á lo que parece, por la autoridad administrativa á quien la habia dirigido. Hoy, este trabajo seria difícil, y mas tarde imposible; porque la Piedra-Scisa, sirviendo de cantera á toda la ciudad, allí acude á sacar sus puentes, sus teatros y palacios; en lugar del leon, muy pronto no presentará mas que su caverna.

Apenas se ha pasado de la Piedra-Scisa, cuando se divisa otra roca, cuyos recuerdos son mas dulces, esta está coronada, no de una prision de Estado, sino de la estátua de un hombre con una bolsa en la mano. Es un monumento que la gratitud leonesa levantó en 1716 á la memoria de *Juan Cléverg*, apellidado *el buen aleman*, que consagraba todos los años una parte de sus rentas en dotar á las doncellas pobres de su cuartel. La estátua que hay en este monumento fué colocada el dia 24 de junio de 1820, despues de haberla paseado por toda la ciudad, al son de trompetas y tambores, por los habitantes de Bourg-Neuf. Un accidente hace necesaria la instalacion de otra nueva estátua: cuando pasé por Lion á el hombre de la roca le faltaba ya la cabeza, lo cual hacia gritar mucho á las muchachas por casar, que pretendian hacer mucho caso de aquella mutilacion.

Trescientos pasos mas lejos se halla uno al pie de la colina que sirvió de cuna á Lion, todavía niña. La ciudad era tan poca cosa en tiempo de la conquista de las Galias, que César pasó por ella sin verla y sin nombrarla; únicamente hizo alto en la colina donde está ahora Fourviére, en la cual asentó sus legiones, y ciñó su campo momentáneo con una zanja tan profunda, que diez y nueve siglos no han bastado para cubrir enteramente con su polvo los fosos que abrió con la punta de su espada.

Algun tiempo despues de la muerte de este conquistador, que subyugó trescientos pueblos y derrotó tres millones de hombres, uno de sus clientes proscritos, escoltado de algunos soldados fieles á la memoria de su general, y buscando un lugar donde fundar una colonia, encontró reunidos en la confluencia del Ródano y del Saona un gran número de vieneses, que rechazados por las poblaciones alobroges que bajaban de sus montañas, habian levantado sus tiendas en aquella lengua de tierra, que fortificaban naturalmente aquellos fosos inmensos abiertos por la mano de Dios, y en los que corrian á ondas llenas dos rios.

Los proscritos hicieron un tratado de alianza con los vencidos, y bajo el nombre de *Lucci-Dunum* (1), se empezó bien pronto á ver salir de la tierra los cimientos de la ciudad que en poco tiempo debia ser la ciudadela de las Galias y el centro de comunicacion de aquellos cuatro grandes caminos trazados por Agrippa, y que cruzan aun la Francia moderna desde los Alpes al Rhin, y del Mediterráneo al Océano.

Sesenta ciudades de las Galias reconocieron entonces por su reina á *Lucci-Dunum*, y concurrieron á su costa á construir un templo á Augusto, á quien reconocieron por dios. Bajo el imperio de Calígula, este templo cambió de destino, ó mas bien de culto; se convirtió en el lugar de las sesiones de una academia, de cuyos reglamentos uno solo pinta el carácter del loco imperial que la habia fundado; este reglamento, decia, que el académico, autor de una obra mala, debia borrarla toda con su lengua, ó ser precipitado en el Ródano.

Lucci-Dunum, apenas tenia un siglo, y la ciudad nacida ayer competia ya en magnificencia con Massilia la griega, y con Narbo la romana, cuando un incendio que se atribuyó á un rayo, la redujo á cenizas en tan breve espacio, segun Séneca, historiador conciso de este vasto incendio, que entre una ciudad inmensa y una ciudad asolada, no medió mas que el espacio de una noche.

Trajano tuvo compasion de ella; bajo su poderosa proteccion, *Lucci-Dunum* comenzó á salir de entre sus cenizas; y pronto sobre la colina que la dominaba, se alzó un magnífico edificio destinado á los mercados. Apenas estuvo abierto, los bretones se apresuraron á traer allí sus escudos pintados de diferentes colores, y los iberos sus armas de acero que ellos solos sabian templar. Al mismo tiempo, Corinto y Atenas enviaron por Marsella sus cuadros pintados sobre madera, sus piedras grabadas y sus estátuas de bronce. El Africa sus leones, tigres y panteras, sedientos de la sangre de los anfiteatros, y la Persia sus corceles tan ligeros que disputaban su reputacion á los caballos numidas, cuyas madres, segun Herodoto, se fecundaban con el soplo del viento. Este monumento, que se vino á tierra el año 840 de nuestra era, es llamado por los autores del siglo IX *forum vetus*, y por los del siglo XV *fort viel*: y de esta palabra compuesta han formado los modernos el *Fourviéres*, nombre que lleva aun hoy la colina sobre que está edificado.

Aqui abandonamos la historia particular de Lion que desde el año 532, en que esta ciudad se reunió al reino de los francos, vino á confundirse con nuestra historia. Colonia romana bajo los Césares: segunda ciudad de Francia bajo nuestros reyes, dió el tributo á Roma como aliada, de nombres ilustres como Marco Aurelio, Caracalla, Claudio, Germánico,

(1) Por abreviatura Luc-Dunum y por corrupcion Lugdunum, de que se ha formado Lion.

Sidonio Apolinar, y Ambrosio, y á la Francia, como hija los de Filiberto-de-Lorme, Couston, Coysevox, Suchet, Duphot, Camilo, Jordan, Lemontoy y Lemot.

Tres monumentos quedan aun en pie en Lion, que parecen hitos plantados por los siglos á distancias casi iguales, como tipos del progreso y de la decadencia del arte, son: la iglesia de Ainai, la catedral de San Juan y la casa del Ayuntamiento: el primero de estos monumentos es contemporáneo de Karl el Grande, el segundo de San Luis, y el tercero de Luis XIV.

La iglesia de Ainai está edificada sobre la misma área del templo que las sesenta naciones de la Galia habian levantado á Augusto. Los cuatro pilares de granito que sostienen la cúpula los ha tomado la hermana cristiana de su hermano pagano, antes no formaban mas que dos columnas doble altas de lo que son ahora, y coronada cada una con una victoria; el arquitecto que edificó á Ainai las hizo serrar por medio á fin de que no desdijesen del carácter romano de lo restante del edificio; la altura de cada una es hoy de doce pies y diez pulgadas, lo que hace suponer que primitivamente cuando las cuatro no formaban mas que dos, tenia cada una al menos veinte y seis pies de elevacion.

Encima de la puerta principal de la iglesia de Ainai se ha incrustado un pequeño bajo relieve antiguo que representa á tres mugeres con frutas en las manos. Debajo de estas figuras se leen estas palabras abreviadas.

MAT. AUG. PH. E. MED.

Que se esplican de este modo:

MATRONIS AUGUSTIS,

PHILEXUS EGNATICUS MEDICUS.

La catedral de San Juan desde luego no parece ser de la época á que la hemos atribuido. El pórtico y su fachada datan evidentemente del siglo XV, ó bien porque se reedificasen entonces, ó porque hasta entonces no se acabasen. El anticuario encontrará sin duda la fecha de su fundacion en la arquitectura de la nave principal, cuyas piedras llevan las huellas recientes de recuerdos traidos de las cruzadas, y de los progresos que el arte oriental acababa de introducir en los pueblos occidentales.

Una de las capillas que forman los costados bajos de la iglesia, y que en general el arquitecto fijaba en el número siete en honor de los siete misterios, se llama la capilla Borbon. La divisa del cardenal, compuesta de estas tres palabras: *N' espoir ni peur* (ni esperanza ni miedo), se ve repetida en muchos sitios, como tambien la de Pedro de Borbon, su hermano, que conservó las mismas palabras, pero que añadió el emblema blasónico de un ciervo alado. La P y la A entrelazadas que acompañan esta divisa son las iniciales de su nombre de bautismo Pedro de Borbon, y el de su muger Ana de Francia, puestos en cifra; los cardos que forman el adorno indican que el rey le hizo un *caro don* otorgándole á su hija por esposa.

Uno de los cuatro campanarios que contra las reglas arquitectónicas de la época flanquean el edificio en cada uno de sus ángulos, sirve de habitacion á una de las campanas mas grandes de Francia, cuyo peso es de treinta y seis quintales.

La casa de Ayuntamiento en la plaza de *Terreaux*, es probablemente el edificio que Lion enseña con mas complacencia á los estrangeros. Su fachada, construida segun los dibujos de Simon Manhin, presenta todos los caractéres de lo grandioso, pesado, frio y guindado de la arquitectura de Luis XIV, que valia, sin embargo, mas que la de Luis XV, y esta valia mas que la de Termidor, que valia mas que la de Napoleon, y esta valia mas que la de Luis Felipe. El arte arquitectónico murió en Francia con el gran rey, y exhaló el último suspiro en los brazos de Perrault y de Lepautre, entre un grupo de amores, sosteniendo un vaso de flores, y un rio personificado de Broune, coronado de espadañas.

A propósito de rios, en el primer vestíbulo de la casa municipal, hállanse dos en vez de uno, y son el Ródano y el Saona de Couston. Estos grupos en otro tiempo adornaban el pedestal de la estátua de Luis XIV que habia en la plaza *Bellecour*, y están destinados, creo, á ser transportados á los dos ángulos de la casa de la ciudad que dan frente á Terreaux y á servir de fuente; decision administrativa que no deja de ser muy humillante para los dos rios.

Bajando los escalones de la casa municipal, hállase uno enfrente de uno de los recuerdos históricos mas terribles que conserva Lion en los archivos de sus plazas públicas, porque sobre el terreno que se estiende delante de la vista, fueron degollados Cinq-Mars y De-Thou (1).

Otro recuerdo mas moderno y mas sangriento aun se une al paseo de Broteaux donde fueron muertos á metrallazos, doscientos leoneses despues del sitio de Lion. Un monumento de forma piramidal rodeado de una verja de hierro, indica el lugar donde fueron enterrados.

Hace cinco ó seis años que Lion lucha contra el espíritu comercial á fin de tener una literatura. Admira el pensar la prodigiosa constancia de los jóvenes artistas que han sacrificado su vida en esta fatigante empresa: son mineros que esplotan un filon de

(1) Víctimas ambos de Richelieu, el primero por haber merecido el favor de Luis XIII, y el segundo por ser amigo de Cinq-Mars.

oro en una mina de mármol; cada golpe que dan no arranca apenas mas que una partícula de la roca que combaten, y no obstante, gracias á su obstinado trabajo, la nueva literatura ha obtenido en Lion el derecho de ciudadanía de que empieza á disfrutar. Una anécdota entre mil dará una idea de la influencia que en materia de arte ejerce sobre los negociantes de Lion la preocupacion comercial.

Representábase *Antony* delante de una numerosa sociedad, y como alguna vez ha sucedido á este drama, delante de una oposicion bastante viva. Un comerciante y su hija estaban en un palco de enfrente, y cerca de ellos habia uno de los jóvenes autores de que he hablado. El padre, que parecia haber tomado bastante interés en la primera parte del drama, se habia enfriado visiblemente desde la escena entre Antony y la posadera; la hija, al contrario, se habia conmovido mas y mas desde aquel momento en adelante, de tal suerte, que en el último acto derramó lágrimas. Asi que se bajó el telon, el padre, que habia dado señales visibles de impaciencia durante los dos últimos actos, vió llorar á su hija, y la dijo:

—¡Hola! ¡pues no eres poco simple en llorar por esas tonterías!

—¡Ah! papá, no es mia la culpa, respondió la pobre niña, disimuladme, pues bien sé que es bien ridículo....

—¡Oh! si, si, bien dices, ridículo. En cuanto á mí no comprendo cómo se puede interesar nadie en una cosa tan inverosímil.

—¡Dios mio! papá! justamente á mí me ha parecido tan verdadero!

—¡Verdadero! ¿Has seguido bien la intriga?

—No he perdido ni una palabra.

—Bien. En el tercer acto Antony ajusta una silla de posta; ¿no es verdad?

—Si, ya me acuerdo.

—La paga al contante; ¿no es esto?

—Tambien me acuerdo.

—Pues bien, no se guarda la vuelta.

La obra de la regeneracion política no ha sido tan difícil de hacer: la simiente caia en la tierra popular siempre pronta y generosa en producir buenos frutos. Cuando la revolucion de Lion se ha visto el resultado de esta educacion republicana, y esta admirable divisa:

VIVIR TRABAJANDO

Ó

MORIR COMBATIENDO,

que los obreros habian escrito en su bandera en 1832, comparada con los gritos de los obreros de 92: *Pan ó muerte*! reasume en ella todo el progreso social de estos treinta y nueve años.

El periódico que ha ayudado mas á esta educacion de la clase jornalera, es sin contradiccion el *Precursor*: redactado por un hombre del temple de Carrel; la misma firmeza de opinion, su valor periodístico, su probidad política y su desinterés pecuniario. No obstante, la diferencia de las clases á quienes cada uno de ellos se dirigian, produjo una diferencia en el estilo. Armando Carrel tiene mas de Pascal y Anselmo Petetin, de Pablo Luis.

Pero el progreso mas grande y mas notable es, que los mismos obreros tienen un periódico redactado por obreros, en el cual se agitan, discuten y resuelven todas las cuestiones vitales del alto y bajo comercio. He leido artículos de economía política tanto mas notables, cuanto que se hallaban redactados por hombres de práctica y no de teoría.

Tres ó cuatro dias bastan para ver todas las curiosidades de Lion; no hablo aqui de talleres, ni de manufacturas, sino de sus monumentos, ó de sus recuerdos históricos. Asi es, que cuando se ha visitado el Museo, y se ha visto una Ascension del Señor por Perugino, un San Francisco de Asis por el Españoleto, una adoracion de los Magos por Rubens, un Moises salvado de las aguas por Veronés, un San Lúcas, pintando á la Vírgen, por Giordano, la famosa tabla de bronce, encontrada en 1529 en una escavacion hecha en San Sebastian, y en la cual está grabada una parte de la arenga que pronunció el emperador Claudio, delante del senado, cuando no era mas que censor, para hacer conceder á Lion, el título de colonia romana; los cuatro mosáicos antiguos, que adornan el pavimento de la sala: pasando de allí á casas particulares, se entra en el patio del palacio de Jouys, calle del Arsenal, donde se halla un sepulcro antiguo, en que está esculpida la caza de Meleagro, regalo que la ciudad de Arlés hizo en 1640, al cardenal de Richelieu, arzobispo de Lion; cuando se haya echado una ojeada sobre el monasterio de monjas de Santa Clara, donde fué envenenado en 1530, por el conde de Montecuculi, el delfin, hijo de Francisco I, y despues de haber leido sobre la fachada de una casita, situada en el arrabal de la Guillotière, esta inscripcion que atestigua que Luis XI se alojó allí:

EL AÑO MIL CUATROCIENTOS SETENTA y CINCO

se alojó AQUI EL NOBLE REY LUIS

LA VÍSPERA DE NUESTRA SEÑORA DE MARZO;

cuando en el arrabal de San Ireneo, se hayan buscado, sobre el arco que ocupaba la antigua ciudad, quemada por Neron, las ruinas de los palacios de Augusto y de Severo, los restos de los calabozos, que servian de mansion por la noche á los esclavos, y las minas del antiguo teatro, donde fueron asesinados, en el siglo II, diez y nueve mil cristianos, que tienen por todo epitáfio, ocho versos esculpidos en el pavimento de una iglesia; cuando se ha vuelto á bajar por el camino de *Etroits* (estrechos), donde J. J. Rousseau, pasó una noche tan deli-

ciosa, y en donde fué fusilado el general Montou-Duvernet, hácia el puente de la Mulatera, donde comienza el camino de hierro de Saint Etienne, que en su principio, atravesando la montaña, pasa por una bóveda tan estrecha, que se lee encima del arco que forma, esta inscripcion.

ESTA PROHIBIDO PASAR POR ESTA BÓVEDA
so PENA DE ser APLASTADO. (1);

despues de haber vuelto por la plaza de Bellecour, una de las mas grandes de Europa, y en cuyo centro se pierde de vista una raquítica estátua de Luis XVI, lo mejor que puede hacerse, si se quiere hacer lo que yo he hecho, es tomar á las ocho de la noche, el carruage que sale á las seis de la mañana para Ginebra, y en el que al llegar á la subida de Cerdon, despierta á uno el mayoral, para invitar á los viageros á *andar un poco á pie*, para dar algun respiro á sus caballos: invitacion que los viajeros aceptan con tanto mas placer, cuanto que se encuentran entonces en medio de un paisage tan grandioso y tan variado, que se creerian ya en un valle de los Alpes.

Sobre las diez llegamos á Nantua, situada á la estremidad de un lindo y pequeño lago, de aguas azules como zafiro, encajonado entre dos montañas, cual una preciosa joya que la natúraleza hubiese temido perder.

En esta pequeña aldea, fué donde el emperador Cárlos el Calvo, muerto en Briost, con un veneno que le propinó un médico judío, llamado Sedecías, fué primero enterrado *en un tonel cubierto de pez por dentro y por fuera, y forrado de cuero* (2)

A algunas leguas mas lejos, nos detuvimos en Bellegarde para comer, y terminada la comida, propuso uno de nosotros, ir á ver la *desaparicion* del Ródano, distante de la posada unos diez minutos. Opúsose al principio el mayoral, pero nos declaramos en rebeldía abiertamente contra él. Nos amenazó con que no nos esperaria, pero le respondimos, que esto nos era igual, y que si lo verificaba, alquilariamos otro carruage para continuar el camino, á costa de la administracion Lafitte y Gaillard. Como no tenia por su parte mas qne al postillon, cedió, y hasta este abandonó su partido, por haberle enseñado nosotros, con el dedo, una botella de vino que habia encima de una mesa de la posada.

Bajamos por una cuesta muy pendiente, que encontramos junto al camino real, y en pocos minutos, estuvimos encima de la *desaparicion* del Ródano. Un puente que pertenece, un lado á la Saboya y el otro á la Francia, une ambas orillas del rio, y en medio de él, están siempre dos aduaneros, uno sardo y otro francés, vigilando para que no pase nada de un estado á otro, sin pagar los derechos. Estos dos bizarros aduaneros, fumaban lo mas amigablemente del mundo, enviando cada uno bocanadas de humo hácia la tierra estrangera; señal inequívoca de la buena inteligencia que unia á su magestad Cárlos Alberto y á su magestad Luis Felipe.

En medio del puente, es en donde se encuentra uno mejor colocado para examinar el fenómeno que alli nos conducia.

El Ródano, que corre profundo y á borbotones, desaparece de repente entre las grietas transversales de una roca, para aparecer de nuevo á cincuenta pasos mas allá: el espacio intermedio, queda perfectamente seco, de manera, que el puente sobre que nos encontrábamos, está situado, no sobre el rio, sino sobre la roca que oculta el rio. Lo que pasa en el abismo, donde el Ródano se precipita, es imposible saberlo; maderas, corchos, perros y gatos, se han arrojado por el sitio donde se mete, empero en vano se ha esperado verlos salir por el sitio donde vuelve á aparecer, el abismo no ha devuelto nunca nada de lo que se ha tragado.

Nos volvimos á la posada, donde encontramos nuestro conductor furioso.

—Señores, nos dijo, haciéndonos entrar con violencia en el carruage, nos habeis hecho perder media hora.

—¡Bah! nos dijo el postillon, al pasar cerca de nosotros, limpiándose la boca con la manga de su chaqueta, esa media hora pronto la ganaremos.

En efecto, aunque la subida era asaz pendiente, nuestro hombre puso sus caballos al gran trote. Al poco rato, recobramos el tiempo perdido, llegando al fuerte de l'Ecluse. El fuerte de l'Ecluse, es la puerta de la Francia, del lado de la Ginebra: colocado sobre el camino, que pasa por debajo de él, domina todo el valle, en el fondo del cual ruge el Ródano; sobre las vertientes opuestas á la ciudad á medio tiro de cañon, existen sendas solamente conocidas de los contrabandistas, y que serian impracticables para un ejército.

Apenas entramos en el fuerte, la puerta se cerró detrás de nosotros, y como la de la muralla estuviese aun cerrada nos vimos completamente presos. Estas precauciones están mandadas desde los últimos sucesos de julio. Sin embargo, nos pidieron los pasaportes con toda la política que distingue á la gendarmería de línea, y como estaban todos en regla no hubo dificultad en abrirnos la puerta y dejarnos en libertad.

A las tres horas de camino y al salir de Saint-Genis, volvióse á nosotros el postillon y nos dijo:

(1) Parece que esta recomendacion paternal, no ha bastado, y que la autoridad, se ha creido obligada á añadir una órden mas severa, pues abajo de esta inscripcion, se lee una segunda, concebida en estos términos:
Está prohibido pasar por esta bóveda, bajo pena de pagar multa.

(2) Anales de Saint-Bertin.

—Señores, ya estamos fuera de Francia.

Veinte minutos despues nos hallábamos en Ginebra.

UNA VUELTA POR EL LAGO.

Ginebra es despues de Nápoles, una de las ciudades mas felizmente situada del mundo. Acostada negligentemente como si apoyase su cabeza en la base del monte Salive, estiende sus pies hácia el lago que cada ola viene á besar, parece que no tiene otra ocupacion que la de mirar con amor las mil villas ó quintas sembradas en la falda de su nevada montaña que se estiende á su derecha ó coronan la cúspide de las verdes colinas que se prolongan á su izquierda. A un signo de su mano ve acudir desde el vaporoso fondo del lago sus ligeras barcas de velas triangulares, que se deslizan por la superficie del agua ligeras y blancas como las gaviotas, y sus pesados barcos de vapor rompiendo la espuma con su quilla, bajo un cielo tan hermoso delante de aguas tan bellas, parece que sus brazos le son inútiles y que no tiene mas que respirar para vivir: sin embargo, esta odalisca indolente, esa sultana perezosa en la apariencia, es la reina de la industria, es la mercantil Ginebra que cuenta ochenta y cinco millonarios entre sus veinte mil hijos.

Ginebra como indica su céltica etimología fué fundada hace unos dos mil quinientos años poco mas ó menos; César en sus Comentarios latinizó la bárbara é hizo de Genen *Geneva.* Antonino á su vez cambió en su Itinerario este nombre en el de *Genabum.* Gregorio de Tours en sus crónicas la llama *Janova*: los escritores del octavo al décimo quinto siglo la designaron bajo el de *Gevenna,* en fin en 1536 tomó la denominacion de Ginebra que no ha abandonado desde entonces.

Las primeras noticias que la historia ofrece sobre esta ciudad nos han sido trasmitidas por César, éste nos dice que se estableció en Ginebra para oponerse á la invasion de los helvecios en las Galias, y que encontrando la posicion favorable para un establecimiento militar se atrincheró allí. Entonces edificó en la isla que divide el Ródano á su salida del lago una torre que aun conserva su nombre. Ginebra pasó, pues, á la dominacion romana y adoptó los dioses del Capitolio: construyóse un templo á Apolo en el sitio ocupado hoy por la iglesia de San Pedro, y una roca que salia del lago á distancia de cien pasos casi de la orilla, debió á su forma y á su situacion en medio de las aguas el honor de ser consagrada por los pescadores al dios del mar. Hácia el principio del siglo XVII se han encontrado en las escavaciones hechas en su base, dos pequeñas hachas y un cuchillo de cobre que servian para degollar los animales destinados al sacrificio. En nuestros dias aquel altar de Neptuno se llama buenamente la piedra de Niton.

Ginebra vivió sometida á los romanos durante el espacio de cinco siglos. En 426 la irrupcion de los bárbaros que se desbordó sobre la Europa la inundó con sus olas. Los burghunds la hicieron una de las capitales mas importantes de su reino. Por este tiempo fué cuando el rey de los francos Hlode-wig envió á pedir su sobrina Hlod-Hilde al rey de los burghunds Gunde-Bal, para esposa; un esclavo romano cuyos antepasados quizá habian mandado en la Helvecia y la Galia en tiempo de Julio César fué á presentar humildemente á la jóven el sueldo de oro que le enviaba el gefe de los francos: la jóven habitaba el palacio de su tio situado donde está hoy dia la arcada de Jour.

La dominacion de ost-goths sucedió á los de burg-hunds, pero no poseyeron á Ginebra mas que quince años; el rey de los francos se la tomó y la unió de nuevo al reino de Borgondie, quedando de capital hasta el año 858. A la muerte de Ludovico Pio le tocó en la division á Lod-Hero, pasando de sus manos á las del emperador de Germania; conquistada luego por Cárlos el Calvo que la legó á su hijo Ludovico quedando á la muerte de éste unida al reino de Arlés. Reconquistada despues en 888 por Cárlos el Gordo, vino á ser la capital del segundo reino de la Borgoña, hasta en 1032, época en la cual fué definitivamente reunida al imperio por Conrado el Sálico que se hizo coronar el mismo año por Here-Bert, arzobispo de Milan.

Seria demasiado largo seguirla en sus contiendas con los condes de Ginebra y los condes de Saboya; bastará decir que en 1401 pasó definitivamente á poder del último.

Una gran transformacion social se verificaba en aquella época en toda la Europa. Los departamentos de Francia se habian emancipado desde el siglo XI; en el XII se habian erigido en repúblicas las ciudades de Lombardía, y á principios del XIV se habian libertado al poder del imperio los cantones de Schwitz, de Uri y de Untervalden, habiendo puesto la base de la confederacion que debia un dia reunir á toda la Helvecia. Ginebra, colocada en medio de este triángulo popular, sintió á su vez el fuego santo que la libertad le echaba á la cara.

En 1519 contrajo una alianza con Friburgo, y poco despues se unió estrechamente con el canton de Berna, de cuya union nacieron niños que fueron grandes hombres, aparecieron apóstoles que proclamaron la libertad en medio de los suplicios. Bonnivard, sepultado por espacio de seis años en los calabozos del castillo de Chillon, se quedó en ellos atado á un pilar con una cadena; Pecolat se cortó la lengua con los dientes en medio de los tormentos, y se la es-

cupió al verdugo que le decia denunciase á sus cómplices; por último Berthelier, conducido al cadalso en la plaza de Ile, y apremiado á pedir perdon al duque, respondió: «los criminales deben pedir perdon, y no los hombres de bien. Que se lo pida á Dios el duque que me asesina» y puso su cabeza sobre el tajo.

La religion reformada hizo dar un gran paso á los pueblos, que fatigados con este paso descansan desde entonces; introdújose en Ginebra despues de haber recorrido gran parte de la Alemania y de la Suiza, y convirtió en poderosa auxiliar á la libertad, y añadió á los odios políticos los religiosos. El obispo Pedro de la Beaume abandonó á Ginebra en 1535 para no volver nunca mas á ella, y se proclamó la república.

En 1536 se estableció Calvino en Ginebra; le ofreció el consejo una plaza de profesor de teología. La austeridad de sus costumbres, la aspereza de su elocuencia, y la rigidez de sus principios, le dieron sobre sus conciudadanos una influencia que no pudo hacerle perder el suplicio de Servet, y cuando murió, en 1554, dejó á la pequeña ciudad de Ginebra, capital de un nuevo mundo religioso; era la Roma protestante.

El duque Cárlos Manuel de Saboya hizo la última tentativa para recobrar á Ginebra en 1602, pero fracasó. Es conocida en los anales ginebrinos con el nombre de la *Escalada*, porque hizo escalar las murallas por un cuerpo escogido, y sorprendió por la noche la ciudad indefensa. Sus habitantes medio desnudos y medio armados le arrojaron de ella, y consagraron el aniversario de esta victoria con una fiesta nacional que aun se celebra hoy.

Los siglos XVII y XVIII, fueron siglos de descanso para Ginebra, durante este tiempo; su comercio que data de aquella época, tomó tal incremento, que aun hoy la industria es el todo y la propiedad nada. Si todos los ciudadanos del canton reclamasen su parte de terreno, apenas podria obtener cada uno diez pies cuadrados.

Napoleon halló á Ginebra reunida á la Francia, y durante doce años la cosió cual una franja bordada de oro á su manto imperial. Cuando en 1814 los reyes hicieron pedazos y se repartieron este manto, todos los pedazos cosidos por el imperio se les quedaron en las manos. El rey de Holanda tomó la Bélgica, el rey de Cerdeña la Saboya y el Piamonte, el emperador de Austria la Italia. Quedaba aun Ginebra que nadie podia tomar y que no querian dejarle á la Francia. Un congreso se la regaló á la Confederacion Suiza, á la que fué agregada con el título de Canton XXII.

Entre todas las capitales de Suiza, Ginebra representa la aristocracia del dinero: es la ciudad del lujo, de las cadenas de oro, de los relojes, de los carruages, y de los caballos. Sus tres mil obreros abastecen á la Europa entera de alhajas. Sesenta y cinco mil onzas de oro y cincuenta mil marcos de plata cambian de forma entre sus manos todos los años y sus salarios solos suben á dos millones ciento cincuenta mil francos.

El almacen mas elegante de bisutería en Ginebra, es el de Beautte sin contradiccion alguna; es difícil concebir en la imaginacion una coleccion mas rica de esas mil maravillas que pierden un alma femenil, es para volver loca á una parisiense y hacer estremecer de envidia á Cleopatra en su sepulcro.

Estas alhajas pagan un derecho para entrar en Francia: pero por un corretage de un cinco por ciento, Mr. Beautte se encarga de hacerlas llegar por contrabando. El trato entre el comprador y vendedor se hace con esta condicion públicamente, como si no hubiese aduaneros en el mundo. Verdad es que Mr. de Beautte tiene una destreza maravillosa para dejarlos burlados. Una anécdota entre mil vendrá en apoyo del cumplido que le hacemos.

Cuando era director general de aduanas el señor conde de Saint-Crick, oyó hablar con frecuencia de esta habilidad, gracias á la cual engañaban la vigilancia de sus agentes; resolvió para asegurarse mejor él mismo ver si era verdad todo lo que se decia. El mismo se fué á Ginebra y se presentó en el almacen de Mr. Beautte, compró alhajas por valor de treinta mil francos, con condicion de que se las pusiesen en su casa de París sin pegar derechos. Mr. de Beautte aceptó la condicion como hombre acostumbrado á esta clase de contratos; solamente presentó al comprador una especie de recibo privado por el cual se obligaba á pagar ademas de los treinta y cinco mil francos de la compra, el cinco por ciento de costumbre, éste se sonrió, cogió una pluma y firmó: *El conde de Saint-Crick, director general de las aduanas francesas*; y entregó el papel á Beautte que miró la firma y se contentó con responder inclinando la cabeza: «Señor director de aduanas, los objetos que me habeis hecho el honor de comprarme llegarán al mismo tiempo que vos á París.» Picado Mr. de Saint-Crick, apenas se detuvo un momento á comer, envió á buscar caballos de posta, y se puso en camino una hora despues de concluido su trato.

Mr. de Saint-Crick al pasar la frontera, se dió á conocer á los empleados que se acercaron para registrar su carruage, contó al gefe de los aduaneros lo que le habia pasado, recomendó la vigilancia mas estrecha en toda la línea, y prometió una gratificacion de cincuenta luises al empleado que cogiese las alhajas prohibidas; en tres dias no durmió ningun aduanero. Durante este tiempo Mr. Saint-Crick llegó á París, se apeó en su casa, abrazó á su muger y á sus hijos, y subió á su cuarto para quitarse la ropa de viage.

La primera cosa que vió sobre la chimenea, fué una caja elegante cuya forma le era desconocida. Se acercó y leyó: *Sr. conde de Saint-*

Crick, *director general de aduanas*, escrito en un escuson de plata que la servia de adorno, lo abrió y encontró las alhajas que habia comprado en Ginebra.

Beautte se habia entendido con uno de los mozos de la fonda, que ayudando á hacer el equipage á los criados de Mr. Saint-Crick, puso entre las demas cosas la caja prohibida. Llegados á París, el ayuda de cámara, viendo la elegancia del estuche y la inscripcion que tenia grabada, se apresuró á colocarla sobre la chimenea de su amo.

El director de aduanas era el primer contrabandista del reino.

Los demás objetos de contrabando que se encuentran en Ginebra, á mitad del precio que en París, son: telas de piqué, mantelerías y platos de loza inglesa; estos objetos están casi mas baratos que en Lóndres, pues para entrarlos en la ciudad en cuyas cercanías se fabrican, pagan un derecho mas considerable aun que el precio que cuesta su transporte á Ginebra. Por todas partes pagando el cinco por ciento se garantiza el paso en fraude de los objetos, lo que prueba cómo se ve la utilidad de la triple línea de aduaneros que pagamos para guardar la frontera.

Aunque Ginebra ha sido la cuna de hombres de ciencias y de artes, el comercio es la única ocupacion de sus habitantes. Apenas hay alguno que esté al corriente de nuestra literatura moderna; el último dependiente de una casa de comercio creo yo que se creeria humillado si se pusiese su importancia en parangon con las de Lamartine y Victor Hugo, cuyos nombres tal vez no hayan llegado hasta él. La sola literatura que aprecian es la del gimnasio; asi es que cuando llegué á Ginebra revolvia la poblacion Jenni Vertpré, graciosa miniatura de mademoiselle Mars. La sala del teatro estaba llena todas las noches hasta los corredores, y un alboroto estuvo á punto de estallar porque se prohibió á los abonados la entrada entre bastidores. De esta manera las declaraciones de amor tenian que pasar públicamente desde las butacas; pero por esto no disminuyó su número. Alguna que otra cayó de rebote entre mis manos y noté que se necesitaba mas desinterés que virtud para resistir; eran por lo regular unas especies de facturas, en las cuales á una muger bonita la valuaban al precio corriente de una perla fina.

La sociedad de los salones de Ginebra es en pequeño nuestra Chaussée d' Antin, solamente que á pesar de sus fortunas adquiridas se conoce la primitiva economía por todas partes y á cada instante se tropieza con amas de gobierno. Nuestras damas en París tienen albums de un valor considerable, las de Ginebra alquilan un album para las soires y esto les cuesta diez francos.

Las únicas cosas que tiene que ver el estrangero de artes son: en la biblioteca un manuscrito de San Agustin en papirus; una historia de Alejandro por Quinto Curcio, encontrada entre los bagages del duque de Borgoña despues de la batalla de Granson, y las cuentas de la casa de Felipe el Hermoso escritas en tabletas de cera. En la iglesia de San Pedro el sepulcro del mariscal de Rohan, amigo de Enrique IV y ardiente partidario de los calvinistas, muerto en 1638 en Kœnigfelden, enterrado con su muger la hija de Sully.

Por último, la casa de Juan Jacobo Rousseau, que indica una lápida de mármol negro, colocada en la calle que lleva su nombre, sobre la cual está grabada esta inscripcion:

AQUI NACIO J. J. ROUSSEAU EL 28 DE JUNIO DE 1712.

Los paseos en las cercanías de Ginebra son deliciosos; á todas horas del dia se encuentran elegantes carruages dispuestos á conducir al viagero á todas partes donde le lleve su capricho ó su curiosidad. Despues de visitar la ciudad subimos en una carretela y partimos para Ferney; dos horas despues habiamos llegado.

La primera cosa que distinguimos antes de entrar en el castillo es una pequeña capilla cuya inscripcion es una obra maestra. No se compone mas que de tres palabras latinas:

DEO. EREXIT VOLTAIRE.

Tenia por objeto probar al mundo entero, demasiado inquieto en las desavenencias de las criaturas y el creador, que Voltaire y Dios se habian al fin reconciliado. El mundo supo esta noticia con satisfaccion, pero siempre sospechó que Voltaire habia cedido el primero. Atravesamos un jardin, subimos una escalinata de dos ó tres escalones y nos encontramos en la antecámara; alli es donde se reunen antes de entrar en el santuario los peregrinos que vienen á adorar al dios de la irreligion. El conserge les anuncia de antemano solemnemente que nada se ha cambiado en el mueblage y que van á ver el cuarto tal como lo habitaba Mr. Voltaire. Esta alocucion pocas veces deja de producir su efecto. Y se ha visto á estas simples palabras, llorar á los abonados del Constitucional.

Nada hay mas prodigioso que el aplomo del conserge encargado de conducir al estrangero. Desde niño entró al servicio de este gran hombre, lo que hace que posea un repertorio de anécdotas relativas á él, que hacen permanecer con la boca abierta á los que las escuchan. Cuando entramos en su dormitorio una familia entera oia con avidez, colocados al rededor, las palabras que les dirigia. La admiracion que tenia por el filósofo se estendia casi hasta el hombre que le lustraba los zapatos y empolvaba su peluca; era una escena de la cual es imposible dar una idea, á me-

nos de presentar á los mismos actores á los ojos del público: sépase solamente que cada vez que el conserge pronunciaba con un acento peculiar suyo el nombre de Mr. Arouet de Voltaire, á estas palabras sacramentales llevaba la mano á su sombrero, y aquellos hombres, que tal vez no hubiesen sido para descubrirse delante de Cristo en el Calvario, imitaban religiosamente este movimiento de respeto.

Diez minutos despues, le tocó el instruirnos á nosotros. La sociedad pagó, entonces el chicherone nos pertenecia esclusivamente; nos paseó en un hermoso jardin, donde el filósofo tenia una vista hermosísima; nos enseñó el paseo cubierto, en el cual habia hecho su magnífica tragedia de Irene. De repente nos abandonó, para acercarse á un árbol, cortó con su navaja un pedazo de su corteza y me la dió. Me la llevé sucesivamente á la nariz y á la boca, creyendo seria una madera estrangera, con un olor ó sabor particular. Nada de eso, era uu árbol plantado por Mr. Arouet de Voltaire. Tenia costumbre de dar á cada estrangero un pedazo igual. Este árbol tan digno, estuvo á punto de morir de un accidente, hacia cerca de tres meses, y aun parecia bien enfermo; un sacrílego se habia introducido por la noche en el parque; y se habia llevado tres ó cuatro pies cuadrados de la santa corteza.

—¿Será algun fanático de la Enriada el que habrá hecho esta infamia? dije yo al conserge.

—No señor, me contestó, yo creo mas bien que habrá sido algun especulador, que habrá recibido encargo del estrangero.

—Magnífico, dije.

Al salir del jardin, nuestro conserge nos llevó á su casa, queria enseñarnos el baston de Voltaire, que conservaba religiosamente despues de la muerte del gran hombre, y concluyó por ofrecérmelo por un luis: los malos tiempos le obligaban á separarse de esta preciosa reliquia. Yo le contesté que era muy caro, y que habia conocido un suscritor de la edicion de Touquet, al cual habia cedido otro igual, hacia ocho años, por veinte francos.

Nos subimos al carruage, y partimos para Coppet, y llegamos al castillo de madama Staël: allí no hay conserge hablador, no hay iglesia á Dios, no hay árbol del que se pueda llevar uno una corteza, pero sí un hermoso parque, donde todo el pueblo puede pasear con libertad, y una pobre muger, que vierte lágrimas verdaderas al hablar de su ama, y al enseñarnos el cuarto que habitó, y en donde nada queda de ella. La pedimos nos enseñase el bufete que estaba aun manchado de la tinta de su pluma, el lecho que debia estar aun caliente al exhalar su último suspiro, nada de esto ha sido sagrado para su familia. El cuarto ha sido convertido, creo que en un salon, los muebles no sé donde los han llevado, quizá no habria en todo el castillo un solo ejemplar de la Delfina.

De esta habitacion pasamos á la de monsieur Staël, hijo; tambien allí la muerte habia entrado, la muerte habia encontrado donde cebarse, dos lechos estaban vacíos, una cama de hombre y una cuna de niño. Allí habia muerto Mr. Staël y su hijo, llevándose tres semanas el uno y el otro.

Pedimos ver los sepulcros de la familia, pero una disposicion testamentaria de Mr. de Necker, ha prohibido la entrada á la curiosidad de los viageros. Habiamos salido de Ferney con una provision de alegría, que parecia debia durarnos ocho dias; con las lágrimas en los ojos y el corazon oprimido, salimos de Coppet.

No teniamos tiempo que perder para tomar el vapor, que debia conducirnos á la Viana: le veiamos acercarse á nosotros, rápido, humeante y cubierto de espuma, como un caballo marino. En el momento en que creiamos que iba á pasar por delante de nosotros sin vernos, se paró de repente, vacilando con la sacudida, despues, puesto de lado, nos aguardó. Apenas pusimos los pies sobre el puente volvió á empezar su carrera. El lago de Leman es la mar de Nápoles, es su azulado cielo, sus aguas azules, y mas aun, sus sombrías montañas, que parecen apiñadas las unas sobre las otras, cual si fueran los peldaños de una escalera del cielo: solamente, que cada peldaño ó escalon, tiene tres mil pies de alto. Despues, detrás de todo esto, aparece con su nevada frente el Monte Blanco, gigante curioso, que recrea su vista en el lago, por encima de los otros montes, que á su lado no son mas que cerros.

Así cuesta trabajo separar la vista de la orilla meridional del lago, para dirigirla sobre la orilla septentrional. No obstante, allí es donde la naturaleza ha derramado mas pródigamente las flores y los frutos de la tierra, que lleva en la punta de su falda: parques, viñedos, mieses, una aldea de diez y ocho leguas de largo, estendida de una á la otra punta de la orilla, castillos edificados en todos los sitios, variados al capricho, y llevando esculpidas en sus frentes las fechas precisas de sus nacimientos; en Nyon, edificios romanos, construidos por César; en Vuflans, un castillo gótico, levantado por Berta, la reina hiladora; en Morges, casas de campo ó *villas*, con preciosas azoteas, que cualquiera creeria, trasladadas enteras desde Sorrento ó desde Bayas; luego en el fondo Lausana, con sus esbeltos campanarios, con sus casas blancas, que parecen á lo lejos una bandada de cisnes, secándose sus plumas al sol, y que ha colocado sobre la orilla del lago la aldea de Oulchy, centinela encargada de avisar á los viageros, que no pasen sin rendir homenage á la reina de Vaux: nuestro barco se acercó á ella como un tributario, y depositó una parte de sus pasageros sobre la orilla. Apenas habia puesto el pie en el puerto, cuando divisé un jóven republicano, llamado Allier, á quien habia conocido en la

época de la revolucion de julio, y que se habia refugiado en Lausana hacia un mes, por haber sido condenado, por un folleto que escribió, á cinco años de prision.

Era un hallazgo para mí, pues ya habia encontrado mi *cicerone*. Vino él á abrazarme asi que me reconoció, aunque no habian mediado entre los dos relaciones de amistad. En aquel abrazo adiviné cuanto dolor habia en aquella pobre alma errante; efectivamente estaba atacado del mal del pais. Aquel hermoso lago de maravillosas orillas, aquella ciudad situada en una de las posiciones mas encantadoras del mundo, aquellas pintorescas montañas; todo esto no tenia mérito ni encanto á sus ojos; el aire estrangero le sofocaba.

Como este pobre muchacho no se hallaba en situacion de satisfacer mi curiosidad, pues cuando le hablaba en suizo me respondia en francés, se ofreció á presentarme á un escelente patriota, diputado de la ciudad de Lausana, que le habia recibido como á un hermano de religion y que no le habia consolado, por la única razon de que en el destierro nadie halla consuelo.

Mr. Pellis es uno de los hombres mas distinguidos que he encontrado en todo mi viage, por su instruccion, cortesanía y patriotismo. Desde el momento que nos dimos la mano, nos hicimos hermanos, y durante los dos dias que permanecí en Lausana tuvo la bondad de suministrarme los mas preciosos datos y noticias sobre la historia, legislacion y arqueologia del canton. Era un hombre muy versado en estas tres cosas.

El canton de Vaux que linda con el de Ginebra, debe su prosperidad á una causa enteramente distinta de la de su vecino. Sus riquezas no son industriales sino territoriales; el terreno esta dividido de modo que todos poseen, asi que de sus ochenta mil habitantes, los treinta y cuatro mil son propietarios.

El canton es, militarmente hablando, uno de los mejor organizados de la confederacion, y como todo vaudex es soldado, tiene siempre en tropas disponibles como en tropas de reservas, treinta mil hombres casi sobre las armas, que es la quinta parte de su poblacion. El ejército francés establecido bajo esta proporcion vendria á componerse de seis millones de soldados.

Las tropas suizas no reciben paga alguna, cumplen con servir en el ejército un deber de ciudadanos que no les parece gravoso. Todos los años pasan tres meses en un campamento para ejercitarse en las maniobras militares y acostumbrarse á las fatigas: de esta manera la Suiza encontraria siempre listo á su primer llamamiento de guerra un ejército de ciento ochenta mil hombres sin costarle absolutamente nada al gobierno. El presupuesto del nuestro, que presenta segun creo una fuerza efectiva de cuatrocientos mil hombres, sube á cerca de 306 000,000 de francos.

No puede ser oficial ninguno que no haya servido dos años. Los candidatos son nombrados por el consejo de Estado á propuesta del cuerpo de oficiales. El que ha llegado á la edad de veinte y cinco años sin haber servido en algun cuerpo de preferencia, entra á servir en el depósito hasta la edad de cincuenta y queda incapacitado para ser oficial. No puede casarse ningun ciudadano que no posea su uniforme, sus armas y la Biblia.

En cuanto al poder ejecutivo fúndase tambien en bases bastante sólidas y bastante claras; cada cinco años la cámara de los diputados se somete á una total renovacion y el consejo ejecutivo á una renovacion parcial. Todo ciudadano es elector; las elecciones se hacen en la iglesia, y los diputados prestan inmediatamente su juramento delante del escudo federal en donde están escritas estas dos palabras: *Libertad.—Patria.*

La catedral de Lausana parece haberse principiado hácia fines del siglo XV: iba ya á concluirse y solo quedaba por terminar la parte superior de uno de sus campanarios, cuando la reforma de Lutero interrumpió los trabajos en el año 1536. Su interior como el de todos los templos protestantes, está desnudo y despojado de todo ornato: en medio del coro hay un gran reclinatorio donde en la época en que el calvinismo hizo tan rápidos progresos, acudian los católicos á pedir á Dios que iluminase á sus estraviados hermanos. Acudieron alli por tan largo tiempo y en tan gran número que el mármol desgastado por el roce conserva aun estampadas la marca de sus rodillas.

El coro está rodeado de sepulcros casi todos notables, ya con respecto al arte, ya á causa de los ilustres restos que en ellos se guardaban, ya en fin á causa de las particularidades que se refieren en la muerte de los que alli yacen.

Los sepulcros góticos dignos de alguna atencion son los del pontífice Felix X, y de Oton de Granson á cuya estátua le faltan las manos. Ved aqui la causa de esta mutilacion.

En 1393, Jerardo de Estabayer, celoso de los obsequios que prodigaba á su muger la hermosa Catalina de Belp, el señor Oton de Granson, tomó el partido para vengarse de él y disimular la verdadera causa de su venganza de acusarle de ser el autor del envenenamiento de que estuvo á punto de perecer el conde Amadeo VIII de Saboya.

En su consecuencia presentó solemnemente su queja ante Luis Joinville, bailio de Vaux, y renovándola con grandes formalidades ante el conde Amadeo VIII, ofreció á su enemigo un combate á muerte como testimonio de la verdad de su acusacion. Oton de Granson, aunque debilitado por una herida aun mal cerrada, creyó de su honor no pedir un plazo y aceptó el reto. Convínose que el combate tendria lugar el 9 de agosto de 1393 en Bourg en Bresse, y que cada uno de los combatientes se

presentaria armado de una lanza, dos espadas y de un puñal. Convinose ademas que el vencido perderia las dos manos, á menos que no confesara si era Oton el crimen de que se hallaba acusado, y si era Jerardo de Estabayer la falsedad de la acusacion.

Fué vencido Oton: Jerardo de Estabayer le gritó que confesase que era culpable. Oton no respondió sino alargándole las dos manos que Jerardo le derribó de un solo golpe.

Vez aqui por que faltan las manos á la estátua, como le faltan al cadáver, porque fueron quemadas por el verdugo como manos de un traidor (1).

Cuando se abrió el sepulcro de Oton, á fin de trasportar sus restos á la catedral de Lausana, se encontró su esqueleto dentro de su armadura con su casco en la cabeza y sus espuelas en los pies; la coraza rota en el pecho marcaba el sitio por donde le habia herido la lanza de Jerardo.

Los sepulcros modernos son los de la princesa Catalina Orlaw, y el de lady Strafford Caning; el lord Strafford obtuvo á causa de su profundo dolor, que su muger fuese enterrada en el templo. Escribió á Canova encargándole un sepulcro, recomendando al escultor lo hiciese lo mas pronto posible. Llegó el sepulcro al cabo de cinco meses, precisamente á la mañana siguiente del dia en que lord Strafford acababa de pasar á segundas nupcias.

Desde allí Mr. Pellis, nuestro sábio y amable cicerone, nos ofreció hacernos ver la prision penitenciaria; al salir nos admiramos de la maravillosa vista que se descubre desde el llano de la catedral debajo de la cual recostada Lausana, disemina sus casas, siempre poco distantes las unas de las otras á medida que se van separando del centro. Mas allá de estas casas el lago azul terso como un espejo; al uno de los cabos de este lago, Ginebra, cuyos techos y cúpulas de zinck brillan heridas por los rayos del sol, cual los minaretes de una ciudad mahometana; en fin, en el otro estremo la garganta sombría del Valés que dominan con sus punteagudos peñascos cubiertos de nieve, el Diente de Morcle y el Diente del Mediodia.

Este llano es el punto de reunion de la ciudad, pero como está descubierto al Occidente, viene siempre de la cima de los montes cubiertos de hielo que rodean el horizonte, un aire sutil, agudo, peligroso para los niños y para los ancianos. En su consecuencia, acaba de decidir el consejo de Estado, que sobre la vertiente meridional de la ciudad se haga un paseo destinado á la vejez y á la infancia, que débiles ambas, ambas tienen necesidad del sol y del calor. Este paseo costará ciento cincuenta mil francos; ¿no es propia esta decision de los éforos de Esparta?

(1) El artista que ha hecho el sepulcro ha esculpido dos pequeñas manos sobre el almohadon de mármol que sostiene la cabeza de Oton.

En Suiza no hay ni galeras ni presidios, hay solamente casas penitenciarias. Una de estas es la que íbamos á visitar; asi los hombres que ibamos á ver, eran galeotes. Con este pensamiento entramos allí; empero se parecen tan poco aquellas casas á las prisiones de Francia, que nos creimos buenamente en un hospicio.

Hallábanse los detenidos en recreo, es decir, que podian pasearse una hora en un hermoso patio que les está destinado; los vimos desde una ventana hablando por grupos. Hiciéronnos notar que algunos llevaban vestidos con listas verdes y blancas y llevaban una especie de argolla al cuello; estos eran los galeotes.

Fuimos á otra ventana enfrente, y vimos en un jardin mugeres que se paseaban; era el jardin de las Madelonetas, y del San Lázaro vaudés.

Visitamos despues los cuartitos aislados en que duermen los detenidos; eran bonitas celdas que solo tenian de prision las rejas; cada celda estaba provista de los muebles necesarios para el uso de una persona. Tenian algunas hasta una pequeña biblioteca, porque se permite á los detenidos dedicar á la lectura las horas del recreo.

El objeto de estas casas penitenciarias, es, no solo separar de la sociedad los miembros que podrian serle perjudiciales, sino tienen tambien por resultado mejorar la moral de los encerrados allí. En general, los jóvenes franceses condenados á prision ó á presidio, salen de ellos mas corrompidos que cuando entraron; los condenados vaudeses, al contrario, salen mejores. Ved aqui sobre qué base lógica hace el gobierno descansar esta mejora. La mayor parte de los crímenes tiene por causa la miseria; esta miseria en que ha caido el individuo, proviene, de que no conociendo ningun estado, no ha podido, ayudado de su trabajo, crearse una existencia en medio de la sociedad. Secuestrarle de esta sociedad, retenerle aprisionado por un tiempo mas ó menos largo, y volverle á soltar en medio de ella, no es el modo de hacerle mejor; es privarle de la libertad y nada mas; vuelto á arrojar enmedio del mundo en la misma posicion que ha causado su primerá caida, esta misma posicion causará naturalmente otra segunda. El único medio de evitársela, es devolverle á los hombres que viven de su industria bajo un pie igual al suyo, es decir, con una industria y con dinero.

En consecuencia, las casas penitenciarias tienen por primer reglamento el que todo condenado que no sepa un oficio, ha de aprender uno necesariamente, el que él quiera elegir; el segundo reglamento es que las dos terceras partes del dinero que gane en este oficio durante su detencion será para él. Un artículo añadido posteriormente completa esta filantrópica medida. Autoriza á los prisioneros

para poder enviar una tercera parte de este dinero á su padre ó á su madre, á su muger ó á sus hijos.

Asi, la cadena de la naturaleza rota violentamente para el condenado por una sentencia judicial, se reanuda con nuevas relaciones. El dinero que envia á su familia le prepara en medio de ella una alegre vuelta. El interior de que su corazon tiene tanta necesidad, despues de haberse visto privado tan largo tiempo de él, le queda abierto, pues que en lugar de volver á el envilecido, pobre y desnudo, el miembro ausente de aquella familia, vuelve á entrar en ella purificado de su pasado crimen por el mismo castigo, y asegurado de su virtud en el porvenir por el dinero que posee y el oficio que ha aprendido.

Varios ejemplos vienen en apoyo de esta maravillosa institucion, lo que recompensa á sus autores: hé aqui notas copiadas del registro de las casas que atestiguan este resultado.

«B..., nació en 1807 en Bellerive, mozo de molino—pobre—ha robado tres medidas de centeno, y ha sido condenado á dos años de presidio.—Su beneficio al cumplir el tiempo y entre los socorros enviados á su familia, era de setenta francos de Suiza (cien francos franceses, poco mas ó menos), ademas ha salido tejedor muy hábil.»

Debajo de estas lineas, el ministro de la iglesia de la aldea, al volver B...., ha escrito de su puño.

«A la vuelta á Bellerive, este jóven escesivamente humillado por su detencion, se escondió en casa de su padre, no atreviéndose á salir de su casa. Los jóvenes de la aldea fueron á buscarle un domingo á su casa, conduciéndole en medio de ellos á la iglesia.»

«L..., convicta de varios robos,—tres años de reclusion, salió con buenas disposiciones, al volver á su departamento, donde por las noticias favorables que habian corrido en el pueblo, relativas á su escelente conducta durante su detencion, las jóvenes salieron á su encuentro, y despues de haberla besado, la llevaron en medio de ellas á la aldea; su beneficio, ciento trece francos de Suiza, (cosa de ciento ochenta francos de Francia) hilandera y sabiendo leer y escribir.»

«D..., condenada á diez años de reclusion, por infanticidio sin premeditacion.—Entró no sabiendo nada, salió instruida,—costurera escelente, con un beneficio de novecientos Francos de Suiza (mil doscientos francos de Francia poco mas ó menos) hoy dia, ama de llaves de una de las mejores casas del canton.»

¡No hay alguna cosa de patriarcal en este gobierno que instruye al culpable, y en la juventud que le perdona! ¡No es sublime la divisa federal puesta en práctica: *uno para todos, todos para uno*! Yo podia citar cien ejemplos iguales, inscritos en el registro de una casa de penitenciaria. Que se consulte los registros de todos nuestros presidios y todas nuestras cárceles, yo desafio aun al mismo Mr. Appert, á que me cite cuatro hechos, que balanceen moralmente con los que acabo de citar.

Al salir de la casa de penitenciaria, fuimos á tomar un sorbete, cuesta tres batc (nueve sueldos de Francia) y son los mejores que yo he tomado en mi vida. Se lo recomiendo á todos los viageros que pasen por Lausana.

Una segunda recomendacion gastronómica que los aficionados no me perdonarian haber olvidado, es la de la *ferra* del lago de Leman, este escelente pescado no se encuentra mas que alli, y aunque tiene mucha semejanza con el *labaret*, del lago de Neuchátel, y *la sombra de caballero*, del lago de Bourget, las sobrepuja á las dos en finura. No conozco mas que la saboga del Sena con quien se pueda comparar.

Despues que se ha visitado el paseo, la catedral y la casa de detencion de Lausana; luego que se ha comido en el Leon de Oro la *ferra* del lago, y bebido el vino blanco de Vevay, y tomado en el café, que se encuentra en la misma calle que la fonda los sorbetes, lo mejor que se debe hacer es alquilar un carruage y partir para Villeneuve. Durante el camino, se atraviesa Vevay, donde vivia Clara; el castillo de Blonay, que habitaba el padre de Julia; Clarens, donde se enseña la casa de Juan Jacobo; y por fin, al llegar á Chillon, se divisan á una legua y media, en la orilla opuesta las rocas escarpadas de la Meilleraie, desde cuya cúspide Saint-Preux contemplaba el limpido y profundo lago, en cuyas aguas estaba la muerte y el reposo.

Chillon, antigua prision de los duques de Saboya, es hoy dia arsenal del canton de Vaux, fué edificado en 1250. La cautividad de Bonnivard y su memoria, llamaron tanto la atencion, que hasta se ha olvidado el nombre de un prisionero, que en 1798, se escapó de una manera casi milagrosa. Este desgraciado empezó á hacer un agujero en el muro, ayudado de un clavo arrancado de las suelas de sus zapatos, pero salió de su calabozo, para encontrarse en otro mas grande nada mas. Entonces necesitó con la fuerza de sus puños, romper una barra de hierro, que cerraba una tronera de tres ó cuatro pulgadas de ancho; la señal de sus zapatos, que ha quedado sobre el descanso de la tronera, atestiguan que los esfuerzos, que se vió obligado á hacer, fueron sobrenaturales. Sus pies, con cuya ayuda se resbalaba, han ahondado la piedra una pulgada. Esta tronera es la tercera á la izquierda entrando en el calabozo.

En el articulo de Ginebra hemos hablado de Bonnivard y de Berthelier: el primero dijo un dia que por la independencia de su pais daria su libertad, el segundo respondió que él daria su vida. Esta doble oferta fué oida, y cuando el verdugo vino á reclamar su cumplimiento encontró á los dos prontos á cumplir-

la. Berthelier marchó al cadalso, Bonnivard transportado á Chillon encontró una cautividad horrorosa. Sujeto por medio del cuerpo á una cadena, cuyo estremo iba á unirse á un anillo de hierro clavado en un pilar, permaneció asi seis años no teniendo mas libertad que la de lo largo de la cadena, y sin poderse acostar mas que donde ella lo permitia, dando vueltas siempre como una bestia feroz al rededor de su pilar, ahondando con sus pisadas el suelo, atormentado por el pensamiento de que su cautividad no serviria tal vez de nada á la independencia de su pais y que Ginebra y él estaban condenados á una esclavitud eterna. ¿Como en una noche tan larga, que ningun rayo de luz venia á interrumpir, en que el silencio no era turbado mas que por el ruido de las olas que batian el muro del calabozo, ¡Dios mio! ¿cómo el pensamiento no mató á la materia ó la materia al pensamiento? ¿Cómo una mañana el carcelero no encontró á su prisionero muerto ó loco, cuando una sola idea, una idea eterna debia despedazarle el corazon y desgarrarle el cerebro? Y durante este tiempo, durante seis años, durante esta eternidad, ni un grito, ni un quejido atestiguan sus carceleros, escepto sin duda cuando el cielo desencadenaba la tempestad, cuando la tempestad levantaba las olas, cuando la lluvia y el viento azotaban el muro, tal vez entonces su voz se perdia en la inmensa voz de la naturaleza; tal vez entonces vos solo, Dios mio, podiais distinguir su grito y su desesperacion: sus carceleros no habian podido gozarse en su desesperacion y á la mañana siguiente le encontraban calmado y resignado pues la tempestad entonces se calmaba en su corazon como en la naturaleza. ¡Oh! sin esto, ¿sin esto, no se hubiera roto la cabeza contra su pilar? ¿No se hubiera estrangulado con su cadena? ¿Hubiese oido el dia en que entraron en tumulto en su prision y que cien voces le decian á la vez:

—Bonnivard, eres libre.

—¿Y Ginebra?

—¡Libre!

Desde entonces la prision del mártir se ha convertido en un templo, el pilar en un altar. Todo el que tiene un corazon noble y ardiente por la libertad, se vuelve de su camino y viene á orar al sitio donde Bonnivard ha sufrido. Se hace uno conducir derecho á la columna donde por tanto tiempo estuvo encadenado; busca uno en su granítica superficie donde cada uno inscribe su nombre los caractéres que él ha grabado; se baja uno hácia el camino ahondado por sus pies para buscar su huella, se cuelga uno del anillo al cual estuvo atado, para probar si está sólidamente clavado aun con su argamasa de ocho siglos. Todas las ideas se pierden en aquel momento escepto la de que estuvo encadenado seis años.... ¡seis años! es decir la novena parte de la vida de un hombre!

Una tarde en 1816, en una de esas hermosas noches que Dios ha hecho solo para la Suiza, una barca avanzaba silenciosamente dejando en pos de sí un rastro brillante por los quebrados rayos de la luna. Se dirigió hácia el muro blanquecino del castillo de Chillon, atracó en la orilla sin ningun ruido como un cisne que la sube; un hombre bajó, pálido el rostro, ojos penetrantes, con la frente erguida y despejada, envuelto en una capa que le tapaba los pies; sin embargo, se notaba que cojeaba un poco; pidió que le enseñasen el calabozo de Bonnivard: largo tiempo permaneció solo en él y cuando se entró despues que él salió del subterráneo, se encontró en el pilar donde habia estado encadenado el mártir, un nombre nuevo cuya copia exacta es la siguiente:

BYRON.

UNA PESCA DE NOCHE.

Llegamos al medio dia á Villeneuve.

Villeneuve, que los romanos llamaban *Penilucus*, está situada á la estremidad oriental del lago de Leman. El Ródano, que baja de la Furca, donde toma su nacimiento, pasa una media hora del camino de la pequeña aldea, que marca los límites del canton de Vaux, que adelantándose su puerta, se estiende cinco leguas mas allá, y separa el canton de Vaux del pais Valesano.

Un celerífero, que espera á los pasageros del barco de vapor, los conduce la misma tarde á Bex, donde duerme uno ordinariamente. La hora de delantera que habia ganado viniendo por tierra me permitió el recorrer hasta el punto en que el Ródano dividiéndose en dos ramales, se precipita gris y arenoso en el lago, para dejar en él todo su cieno y salir puro y azulado en Ginebra despues de haberle atravesado en toda su longitud.

Luego que volví á Villeneuve, el carruage estaba dispuesto para marchar; cada uno habia tomado su sitio, y me habian dejado como ausente aquel que creian ser peor, y que yo por mi hubiese escogido como mejor. Me habian colocado con el conductor en el primer cabriolé, donde nada me libertaba del viento de la tarde, pero tampoco nada impedia el ver el pais.

Es un hermoso golpe de vista á través del horizonte azulado de los Alpes, este valle abierto sobre el lago en una anchura de dos leguas

y que va estrechándose hasta llegar á San Mauricio, á punto de que una puerta le cierra entre el Ródano y la montaña. A derecha é izquierda del rio, y de media en media legua parecen y desaparecen pueblecitos vaudeses y valesanos, sin que la rapidez de nuestra marcha nos permitiese ver otra cosa que su atrevida y pintoresca situacion sobre la falda de la montaña; donde los unos casi á punto de resbalarse sobre un rápido declive, escalonado de vides, los otros fijos en una plataforma rodeado de abetos negros parecidos á nidos de pájaros ocultos en las ramas; algunos dominando un precipicio, y no dejando adivinar el camino que conduce á ellos. Luego en el fondo del paisage, y dominando todo esto á la derecha el Diente de Morcle, rojo como un ladrillo que sale del horno, elevándose siete mil quinientos noventa pies sobre nuestras cabezas; á la derecha su hermano el Diente de Mediodía ostentando su cabeza blanca de nieve á ocho mil quinientos pies entre las nubes; ambos á dos tersamente iluminados por los últimos rayos del sol se destacan sobre un cielo azúl. El Diente del Mediodía por una nube de un sonrosado claro, el Diente de Morcle por su color rojo encendido. He aqui, de lo que yo gozaba en castigo de haber llegado tarde, mientras que los de adentro, cerrados herméticamente los cristales se alegraban de haber escapado del frio de la atmósfera que yo no sentia y al través de la cual me parecia encontrarme en un pais de encantadoras.

Al anochecer llegamos á Bex. El carruage se paró á la puerta de una de esas bonitas fondas que no se encuentran mas que en Suiza. En frente habia una iglesia cuya fundacion, como la de casi todos los monumentos religiosos del Valaix parecen por su estilo romano, haber sido obra de los primeros cristianos.

La comida nos esperaba. Encontramos el pescado tan delicado, que pedimos nos lo pusieran y lo encargamos para el almuerzo del dia siguiente. Cito este hecho tan insignificante, porque este encargo me hizo asistir á una pesca que me era completamente desconocida y que no he visto hacer mas que en el Valés.

Apenas hubimos manifestado este deseo gastronómico, cuando la dueña de la posada llamó á un muchachon de diez y ocho á veinte años, que parecia desempeñaba las funciones de ayudante de cocina, limpia-botas, y hacia los recados como criado. Llegó medio dormido y recibió la órden, á pesar de espresivos bostezos, única especie de oposicion que se atrevia á hacer el pobre diablo á la interpelacion de ir á pescar algunas truchas para el almuerzo del señor, indicándome á mi con el dedo. Mauricio, este era el nombre del pescador, se volvió hácia mi, y me echó una mirada de pereza, tan llena de inesplicable reconvencion que me conmovió al considerar lo que iba á sufrir para no desesperarse, viéndose obligado á obedecer. Sin embargo, dije yo, si esta pesca debia incomodar mucho al muchacho (el semblante de Mauricio se iba animando á medida que mis frases tomaban un sentido favorable á sus deseos); si esta pesca, continué.... La dueña me interrumpió: Bah! bah! es negocio de una hora, el rio está á dos pasos; vamos, holgazan, toma tu linterna y tu hoz, añadió dirigiéndose á Mauricio, que habia vuelto á caer en la resignada apatía habitual en las gentes hechas para obedecer.—Despáchate.

—*Tu linterna y tu hoz* para ir á la pesca... Desde entonces Mauricio se perdió, pues me vino un deseo irresistible de ver una pesca que se hace como una corta de leñas. Mauricio exhaló un suspiro al pensar que ya no le quedaba mas esperanza que Dios, pero Dios le habia visto ya tantas veces en semejante situacion, sin procurar sacarle de ella, que no era probable hiciese entonces un milagro en su favor.

Tomó entonces con una energía que rayaba en desesperacion, una hoz que estaba colgada entre los instrumentos de cocina, y una linterna cuya forma merece una detallada descripcion.

Era un globo de cuerno como las lámparas que nosotros suspendemos en nuestras antesalas ó nuestras alcobas, al cual habian añadido un tubo de hoja de lata de la forma de un mango de escoba. Como este globo estaba herméticamente cerrado, la mecha que ardia en el interior de la linterna no recibia aire mas que por lo alto del conducto, evitándose asi que fuese apagado por el viento ó por la lluvia.

—¿Con que venís? me dijo Mauricio despues de haber hecho sus preparativos, y viendo que me preparaba á seguirle.

—Ciertamente, respondí: esa pesca me parece original.

—Si, si, murmuró entre dientes: es muy original, ver á un pobre diablo chapuzarse en el agua hasta la barriga, cuando deberia estar durmiendo en aquella misma hora sobre un buen monton de heno. ¿Quereis una hoz y una linterna? Asi pescareis tambien y habrá eso mas de original.

Un *¿Qué haces por ahí todavía? pesado!* que salió del cuarto inmediato, me evitó responder con una negativa á la oferta de Mauricio, que encerraba en si mas ironía que deseo de proporcionarme una diversion. Al mismo tiempo se oyeron inmediatos los pasos del ama de la posada que acompañaba su venida refunfuñando y no presagiando nada bueno para el que tardaba en salir. Lo conoció tan bien que á todo trance abrió rápidamente la puerta, salió y la volvió á cerrar sin aguardarme, tal prisa tenia de poner dos pulgadas de pino entre su pereza y la cólera de nuestra graciosa posadera.

—Soy yo, dije abriendo la puerta y siguiendo con los ojos la linterna que lucia á

cuarenta pasos de mí: yo soy el que ha detenido á este pobre muchacho preguntándole sobre la pesca, con que asi no teneis que reñirle, y eché á correr cuanto pude tras el de la linterna, á quien ya apenas veia.

Como mis ojos se hallaban fijos en una línea horizontal, tanto temia perder de vista mi precioso faro, apenas habia dado diez pasos cuando se me enredaron los pies en las cadenas que colgaban de nuestro celerifero, que con un ruido horrible caí rodando en medio del camino á cuyo estremo divisaba mi estrella polar. Esta caida, cuyo ruido llegó hasta Mauricio, lejos de detenerlo pareció darle mas fuerza para correr, porque conocia que ahora tenia que temer dos cóleras en lugar de una. La malhadada linterna, cual un fuego fátuo se alejaba rápidamente á medida que corria uno tras de ella. Habia perdido cerca de un minuto en caer, en levantarme y en palparme, á ver si me habia roto algo. Durante este tiempo, Mauricio habia adelantado terreno y comenzaba á perder la esperanza de alcanzarlo: hallábame amostazado con mi caida, dolorido todo el cuerpo con el golpe que habia dado en el suelo con las rodillas y el carrillo izquierdo: conocia la necesidad de ir mas despacio y no queria esponerme á dar un segundo porrazo. Todas estas reflexiones instantáneas, la verguenza, el dolor, la sangre que se me subia á la cabeza, me hicieron salir de mis casillas; me paré en medio del camino, di una patada y con voz sonora aunque conmovida pronuncié una de esas terribles interjecciones que eran mi último recurso.

—Mauricio, paraos, aguardarme ¡caramba!

Parece que la desesperacion habia dado á aquella corta pero enérgica interjeccion un aire de amenaza tal, que oyéndola Mauricio se detuvo y la linterna pasó de su estado de agitacion á un estado de inmovilidad que la hizo parecer una estrella fija.

—¡Caramba! le dije aproximándome á él y estendiendo las manos y los pies con precaucion delante de mí, es vd un demonio: oye vd. que doy un porrazo capaz de romper el empedrado de la aldea y echa vd. á correr para que yo no vea, mas de prisa con la linterna. Mirad, y le enseñaba mi pantalon roto; tocad, mirad, y le hacia ver mi carrillo arañado: me he hecho un mal terrible con las cadenas del celerifero que habeis dejado en el suelo delante de la puerta de la posada: eso es inaudito, al menos se ponen faroles. Mirad, mirad, ¡bonito me he puesto!

Mauricio miró todas mis rozaduras, escuchó todos mis lamentos, y cuando hube concluido de sacudir el polvo de mis vestidos y estirpar una docena de chinitas incrustradas como un mosáico en la palma de mis dos manos:

—Eso es lo que se gana, me dijo, con ir de pesca á las nueve y media de la noche; y siguió con la mayor flema su camino.

Habia verdad en el fondo de esta egoista respuesta, asi es que no juzgué á propósito devolver el argumento aunque era fácil contestarle. Continuamos pues, cerca de diez minutos casi, andando sin proferir una sola palabra, en el círculo de la vacilante luz que en derredor nuestro despedia la maldita linterna. Al cabo de este tiempo se paró Mauricio.

—Ya hemos llegado, dijo. En efecto, oia yo quebrarse en una especie de barranco las aguas de un arroyuelo, que bajaba de la vertiente occidental del monte Cheville, y que atravesando el camino por debajo de un puente que comenzaba á divisar iba á perderse en el Ródano, distante de alli unos doscientos pasos.

Mientras hacia estas observaciones yo, Mauricio hacia sus preparativos. Consistian estos en quitarse sus zapatos y sus botines, bajarse los pantalones y remangarse su camisa arrollándola y sujetándola con alfileres al rededor de la chaqueta. Este pelage le daba el aire de un retrato de cuerpo entero de Holbein ó de Alberto Durer. Mientras yo lo contemplaba se volvió hácia mí.

—¿Quereis hacer lo mismo? me dijo.

—¡Vais á meteros en el agua!

—¿Cómo quereis tener truchas para vuestro almuerzo sino voy á buscarlas?

—Pero es que yo no quiero pescar.

—Pero venis para verme pescar, ¿no es verdad?

—Sin duda.

—Entonces quitaos vuestro pantalon. Al menos que no querais meteros vestido en el agua. De gustos no hay nada escrito.

Entonces bajó el barranco pedregoso y escarpado en cuyo fondo mugia el torrente y donde debia verificarse la milagrosa pesca.

Le seguí dando traspies sobre los guijarros que caian rodando al pisarlos, y agarrándome á él que estaba derecho y firme como una estaca. Apenas habiamos bajado como unos treinta pies en aquella rápida y movediza pendiente, cuando Mauricio vió que tendria muchísimo trabajo en andar yo por alli sin apoyarme en él.

—Tomad, me dijo, llevad la linterna.

La cogí sin dar lugar á que me lo dijese segunda vez. Entonces con la mano que le dejaba libre me agarró por debajo del brazo con una fuerza que yo creia imposible en cuerpo al parecer tan débil, fuerza de montañés que tantas veces he admirado en iguales circunstancias hasta en niños de diez años: me sostuvo y me guió en esta peligrosa bajada su instinto de bueno y fiel guia, venciendo el rencor que hasta entonces me habia mostrado, y lo hizo tan bien, que gracias á su ayuda llegué sin accidente alguno hasta la orilla del agua. Metí la mano en ella, estaba helada.

—¿Vais á echaros dentro? le dije á Mauricio.

—Sin duda, respondió cogiendo la linterna de mis manos, y metiendo un pie en el torrente.

—Pero esta agua está helada, le repliqué, deteniéndole por el brazo.

—Sale de la nevera á una media legua de aqui, me respondió sin comprender el verdadero sentido de mi esclamacion.

—Pero es que yo no quiero que os metais dentro del agua, Mauricio.

—¿No habeis dicho que queríais comer truchas mañana en vuestro almuerzo?

—Si, sin duda, lo he dicho, pero sin saber que para satisfacer mi capricho, era preciso que un hombre.... que vos, Mauricio, os metiéscis hasta la cintura en este torrente helado, á riesgo de moriros dentro de ocho dias de un ataque al pecho ó de una pulmonía. Vamos, volvámonos, volvámonos, Mauricio.

—Y el ama, ¿qué dirá?

—Yo me encargo de responderla, Mauricio, vámonos.

—No puede ser: y metió en el agua la otra pierna.

—¡Cómo! ¿Por qué no puede ser?

—Ya lo creo, porque no sois vos solo el que querrá truchas. Yo no sé por qué, pero á todos los viageros les gustan las truchas, un mal pescado lleno de espinas! En fin, cada cual tiene su gusto.

—Y bien, ¿qué quiere decir eso?

—Quiere decir, que si no se necesitan para vos, se necesitarán para otros, y que ya que estoy aqui, es preciso echar el pecho al agua y pescar en seguida. Ya veis, otros viageros hay á quienes les gusta el gamo, y dicen algunas veces: queremos comer gamo mañana al volver de las salinas. ¡Gamo! ¿Una carne mala, negra? Tanto valdria comer macho cabrío. En fin, no importa. Entonces, cuando desea esto el ama llama á Pedro, como ha llamado á Mauricio cuando habeis dicho, quiero comer truchas. Pedro es el cazador, asi como yo soy el pescador. Y le dice á Pedro: Pedro, hace falta un gamo, como me ha dicho á mi: Mauricio, me hacen falta truchas. Pedro responde, está muy bien: coge la escopeta al hombro, sale á las dos de la madrugada, atraviesa por ventisqueros en cuyas grietas cabria esta aldea entera. Trepa por rocas en donde os romperíais cien veces la crisma, á juzgar por la buena maña con que habeis bajado por esta cuestecilla, y despues, á las cuatro de la tarde vuelve con una res á la espalda, ¡hasta que un dia no vuelva!

—¿Pues cómo?

—Si, Juan que estaba en la casa antes que Pedro, se mató y José que estaba tambien antes que yo, murió de una enfermedad como la llamábais hace poco, de una pulmonía.... pues bien, eso no me impide pescar truchas y tampoco impide á Pedro cazar gamos.

—Pero yo habia oido decir, le repliqué con asombro, que esos ejercicios eran placeres para los que se entregaban á ellos, placeres que degeneraban en una irresistible necesidad; que habia pescadores y cazadores que buscaban estos peligros como diversiones, que pasaban la noche en los montes para cazar los gamos á espera, que dormian en la orilla de los rios, para echar sus redes al amanecer.

—¡Ah! si, dijo Mauricio con un acento profundo de que yo le creia incapaz. Si, verdad es, hay algunos asi.

—¿Pero cuál es?

—Los que cazan y pescan por su cuenta.

Dejé caer mi cabeza sobre el pecho, sin cesar de mirar á aquel hombre, que sin saberlo acababa de echar un juramento tan amargo en la desigual balanza de la justicia humana. En medio de aquellas montañas, en aquellos Alpes, en aquel pais de las altas nieves, de las águilas y de la libertad, se abogaba asi, sin esperanza de ganarla, por la gran causa de los que no poseen contra los que poseen. Alli tambien habia hombres enseñados como los cormoranos y los perros de caza, á llevar á sus amos la pesca y la caza, á cambio de un pedazo de pan. Cosa estraña, por que ¿quién impedia á aquellos hombres el cazar y pescar? El hábito de obedecer.... En los mismos á quienes se quiere dar la libertad, se encuentran los mas grandes obstáculos para la misma.

Durante este tiempo Mauricio, que no se cuidaba de las reflexiones que me habia suscitado su respuesta, se habia metido en el agua hasta la cintura y comenzaba una pesca de que no tenia idea alguna yo, y que apenas hubiera creido posible á no haberla visto. Solo entonces comprendí de que le servian los instrumentos de que yo le habia visto armarse en lugar de la caña ó de la red.

En efecto, aquella linterna con su largo tubo, hallábase destinada á esplorar el fondo del torrente y por lo alto del tubo que quedaba fuera del agua, penetraba en lo interior del globo la cantidad de aire necesaria para mantener encendida la luz. De esta manera el fondo del rio se hallaba circularmente iluminado con un gran resplandor confuso y pálido que se iba debilitando á medida que se alejaba de su centro luminoso. Las truchas que se encontraban en el círculo que abrazaba aquel resplandor, no tardaban en aproximarse al globo, como hacen las mariposas y los murciélagos atraidos por la luz, tropezaban en la linterna y daban vueltas á su derredor. Entonces levantaba Mauricio poquito á poco la mano izquierda en que tenia la luz: las truchas fascinadas por el resplandor la seguian en su movimiento de ascension, despues en cuanto salia la trucha á flor de agua, con la mano derecha armada con la hoz heria al pescado en la cabeza, y siempre con tal destreza, que aturdido por la violencia del golpe, caia al fondo del agua, para volver á subir muy pronto muerto y ensangrentado, y pasar incontinente á un saco que llevaba al cuello colgado Mauricio, como el mor-

ral de un cazador. Atónito me encontraba: aquella inteligencia superior de que tan orgulloso me hallaba aun no hacia cinco minutos habia quedado confundida: porque es evidente que si la víspera aun, me hubiese encontrado en una isla desierta con truchas en el fondo de un rio por todo alimento, y no teniendo para pescarlas mas que una linterna y una hoz, esta inteligencia superior no me hubiera impedido probablemente el morirme de hambre.

Mauricio no sospechaba siquiera la admiracion que acababa de inspirarme y continuaba en aumentar mi entusiasmo con las repetidas pruebas de su habilidad, eligiendo como un propietario en su vivero las truchas que le parecian mas hermosas, dejando dar vueltas impunemente alrededor de la linterna á las pequeñitas que no le parecian dignas de la sarten ó de la mayonesa y salsa blanca. En fin, ya no pude contenerme mas, me quité los pantalones, las botas y las medias, me planté un trage de pescador sobre el modelo de Mauricio, y sin pensar que el agua estaba á dos grados sobre cero, sin atender á que las piedras me destrozaban los pies, fui á coger de mano de mi acompañante la hoz y la linterna en el momento mismo en que se presentó una magnífica trucha. La atraje á la superficie con las precauciones que habia visto emplear á mi predecesor y en el momento en que la tuve á tiro, la apliqué en medio del lomo por miedo de que se me escapase un golpe tal con la hoz que hubiera podido partir un tronco.

La pobre trucha volvió á subir partida en dos pedazos.

Cogióla Mauricio, la examinó un instante, y la volvió con desdén á arrojar al agua diciendo: Esta es una trucha deshonrada.

Deshonrada ó no, yo contaba con almorzar aquella y no otra; en su consecuencia volví á pescar mis dos fragmentos que se marchaban cada cual por su lado, y me volví á la orilla: ya era tiempo. Tiritaba con todos mis miembros, y daba diente con diente.

Siguióme Mauricio. Tenia su contingente de pescado. Habíanle bastado tres cuartos de hora para pescar ocho truchas; nos vestimos, y tomamos rápidamente el camino de la posada.

—¡Cáspita! me decia yo al volver, si alguno de mis treinta mil conocimientos parisienses hubiese pasado, lo que hubiera sido posible, por el camino donde hace un instante me entregaba al ejercicio de la pesca, y me hubiese conocido y visto enmedio de un torrente helado con el estraño trage que me habia visto obligado á adoptar, con una hoz en la mano y una linterna en la otra, estoy muy seguro de que dia por dia al cabo del tiempo necesario para su vuelta de Bex á París, y á la llegada de los periódicos de París á Bex, hubiera tenido la sorpresa de leer en el primer papel que me hubiese caido en las manos, que el autor de *Antoni* habia tenido la desgracia de volverse loco en su viage por los Alpes, *lo que*, no hubieran dejado de añadir, *es una pérdida irreparable para el arte dramático.*

Haciéndome todas estas reflexiones, que entretenian mi creciente congelacion, pensaba yo en un poyo que habia en el fogon de la cocina y sobre el que, en el momento que yo habia salido de la posada, se estiraba á cuarenta y cinco grados de calor, un soberbio gato, cuya incombustibilidad habia admirado, y me decia: en cuanto llegue voy derecho al fogon de la cocina, echo de allí al gato y me pondré sobre su poyo.

En efecto, dominado por esta idea, que me daba ánimo dándome esperanza, apreté el paso, y como para calentarme provisionalmente los dedos, me habia provisto de la linterna, llegué sin novedad alguna, á pesar de mi acelerado paso, á la puerta de la posada en cuyo interior debia encontrar el bienaventurado poyo objeto en aquel momento de todas mis aspiraciones. Llamé como hombre que no tiene ni tiempo ni ganas de que le hagan aguardar. Vino á abrirnos la posadera misma, pasé por cerca de ella cual una aparicion, atravesé el comedor como si me persiguiesen y me lancé en medio de la cocina.

¡Estaba apagado el fuego!....

En el mismo instante, oí al ama del hotel, que me habia seguido lo mas pronto que habia podido hacerlo, preguntar á Mauricio: ¿qué es lo que tiene ese caballero?

—Creo que tiene frio, respondió Mauricio.

Diez minutos despues me hallaba en una cama muy abrigada templada con un calentador y al alcance de mi mano un buen vaso de vino caliente, habiéndole parecido los síntomas de mi mal bastante alarmantes para atacarlos con tónicos y revulsivos.

Gracias á este enérgico remedio no tuve mas que un fuerte resfriado.

Pero tambien he tenido el honor de ser el primero en descubrir y comprobar un importante hecho para la ciencia y que me agradecerán seguramente el Instituto y la cocina parisiense; y es que en el Valais se pescan las truchas con una hoz y una linterna.

LAS SALINAS DE BEX.

A la mañana siguiente, despues de haber comido el trozo delantero de mi trucha me puse en camino para las salinas.

Mauricio con el que me habia enteramente reconciliado, me indicó una vereda que saliendo del jardin mismo de la posada conduce al establecimiento de esplotacion por un camino

mas corto y mas pintoresco. La primera cuesta, que es bastante penosa, pero en que á cada paso que se dá se ensancha el paisage una vez subida, dá principio á una senda que atraviesa un bosque de hermosos castaños que escitan la golosina de los viajeros. A su vista me recordé mi antiguo oficio de merodeador, y con el auxilio de una gruesa piedra que arrojé con toda mi fuerza contra el tronco del árbol que hallé mas á mano, hice caer una verdadera lluvia de castañas. Como estaban encerradas en sus conchas erizadas de espinas, procedí inmediatamente á sacarlas por el método tan conocido de todos los colegiales, y consiste en hacerlas rodar con cuidado entre la tierra y la bota, hasta que la presion combinada con la rotacion da un feliz resultado. A los diez minutos tenia ya mis bolsillos llenos y continuaba mi camino mascando las *castanœ molles*, cual pudiera haberlo hecho una ardilla ó un pastor de Virgilio.

Gran receta y admirable es esta contra el cansancio y el fastidio, y como tal la indico aqui á todo viajero terrestre que no halla en el camino distraccion alguna. En cuanto á mí, este es el método que he empleado, y que me prometo emplear en mis nuevas escursiones. Para ocupar mi alma llevaba yo de reserva en mi cabeza tres ó cuatro odas de Victor Hugo ó de Lamartine que repetia en voz alta, volviéndolas á empezar cuando las habia concluido, terminando por no comprender el sentido de las palabras deliciosamente halagado con la embriaguez del número y de la armonía. Para dar trabajo á mi caballería atasqué todos mis bolsillos con cuantas castañas y nueces pudieran caber en ellos; despues, sacándolas una á una las iba mondando con la punta de mi cortaplumas, con la meticulosa paciencia y el cuidado de un artista que esculpiese la cabeza de Voltaire sobre un baston de boj. Merced á estos dos recursos el tiempo y la distancia cesaban de dividirse por horas y por leguas. En fin, si alguna mala disposicion del alma me quitaba la memoria, si los árboles que habia á la orilla del camino no me ofrecian su fruto, cogia y hacia rodar con el pie y con perseverancia alguna piedrecilla, y esto venia á ser absolutamente lo mismo para mi distraccion.

Llegué á las salinas sin saber el tiempo que habia gastado en el camino. Los mineros mismos son los que por turno en las horas de descanso se encargan de acompañar á los viageros. Me dirigí á uno de ellos; inmediatamente tomó sus disposiciones para nuestro pequeño viage: consistian estas en poner á cada cual en la mano un farolito encendido y en el bolsillo una pajuela, eslabon y yesca. Hechos estos preparativos y tomadas estas precauciones nos dirigimos hácia una entrada abierta á pico en la montaña y cuyo orificio coronado de una inscripcion indicando el dia en que se habia dado el primer golpe de pico en la montaña, presentaba una abertura de ocho pies de alto sobre cinco de ancho.

Entró el primero mi guia en el subterráneo, y yo le seguí: la galería por la que caminábamos penetra atrevidamente y en línea recta en la montaña abierta á pico por todas partes con la misma proporcion de ancho y alto que hemos citado. De trecho en trecho inscripciones marcan los progresos anuales de los mineros, que tan pronto han tenido que horadar la roca viva donde se embotaban las mejor templadas herramientas y tan pronto una tierra blanda que á cada minuto amenazaba á los trabajadores con sepultarlos vivos en un hundimiento, y en la que no podian adelantar sino revistiendo la galería con madera sostenida por puntales. Esta galería tiene á ambos costados dos arroyuelos que corren por canales de madera. El que yo tenia á la derecha contenia el agua salada y el que tenia á mi izquierda agua sulfurosa, de que da cierta cantidad la montaña y que se separa cuidadosamente de la otra. En cuanto al terreno sobre que se camina es una prolongacion de tablas resbaladizas de diez y ocho pulgadas de ancho y unidas por los estremos. Apenas se han andado diez pasos en esta galería, cuando se encuentra á su derecha una escalerita compuesta de algunos peldaños: conduce al primer depósito, que tiene nueve pies de alto sobre ochenta de circunferencia: el líquido que encierra contiene cinco ó seis partes de materias salinas sobre cien partes de agua.

A unos veinte y cinco pasos mas lejos y siempre en direccion de la misma galería, se llega al segundo depósito: súbese á él como al primero por algunos escalones de madera que la humedad ha hecho muy resbaladizos: tiene como el otro nueve pies de profundidad, pero con doble circunferencia, y sus aguas contienen veinte y seis partes de materias salinas en lugar de cinco.

Uno de los ecos mas notables que he oido en mi vida, despues del de la Simoneta, cerca de Milan, que repite ciento tres veces las palabras que en él se dicen, es sin contradiccion alguna el del segundo depósito. En el momento de bajar á la segunda galería, mi guia me cogió por el brazo, y sin prevenirme nada, dió un grito: creí que la montaña se venia encima de nosotros, tan terrible fué el ruido y el rumor de que se llenó la caverna; mas de un minuto pasó antes de que se perdiese el último estremecimiento de aquel eco tan violentamente despertado. Oíasele rugir sordamente al chocar en las cavidades de la roca, cual un oso sorprendido que se hunde en las últimas profundidades de su cueva. Hay algo de horroroso en esta atronadora repercusion del eco de la voz humana en un lugar á donde no debia llegar, y donde la del mismo Dios no deberia resonar sino en el dia del último juicio.

Volvimos á ponernos en camino, y á poco

tiempo mi guia abrió una balaustrada redonda colocada á nuestra derecha, y poniendo el pie en el primer escalon de una escalera que se hundia perpendicularmente en un abismo, me preguntó si queria seguirle. Le invité á que bajase primero á fin de que yo pudiese apreciar la facilidad del camino: bajó en consecuencia todo el largo de una primera escala apoyada en un terraplen en donde empezaba una segunda escalera que conducia mas abajo aun. En aquel primer descanso me dijo: que el pozo en donde habíamos entrado contenia un manantial de agua salobre que los viageros acostumbraban á visitar. No sentí curiosidad por el fenómeno que se me prometia, encontraba que el camino para llegar á él estaba bastante mal alumbrado y bastante trabajoso.

Sin embargo, una mala vergüenza pudo mas en mí, coloqué á mi vez el pie sobre el primer escalon: el guia que vió mi movimiento, lo imitó inmediatamente y comenzamos á bajar él por la segunda y yo por la primera escalera; él con la indiferencia de un hombre habituado á aquella espedicion, y yo contando escrupulosamente uno á uno los escalones que bajaba.

Al cabo de cinco minutos de este ejercicio y habiendo llegado al escalon doscientos setenta y cinco, me detuve en medio de la escalera, y mirando hácia abajo vi á mi guia que arreglaba su bajada siempre por la mia, manteniéndose á igual distancia de mí como habíamos estado al empezar á bajar. El farol que llevaba iluminaba en derredor de él la húmeda y brillante pared de la roca: empero debajo de sus pies todo era oscuridad, y únicamente divisaba la punta de otra escalera que indudablemente me indicaba qne aun no estábamos al fin de nuestra bajada. Viéndome parado se paró tambien mi guia: yo mirando hácia abajo, él mirando hácia arriba.

—¿Qué es eso? me dijo.

—Decidme, amigo, respondí: haciéndole al mismo tiempo una pregunta ¿nos falta mucho para llegar al fin de esta diversion?

—Hemos andado un poco mas de la tercera parte del camino.

—¡Ah! ¿con que aun tenemos que bajar sobre unos cuatrocientos cincuenta escalones?

Bajó el guia la cabeza para echar mejor su cálculo, y despues de un instante la volvió á levantar.

—Cuatrocientos cincuenta y siete, dijo. Hay cincuenta y dos escaleras seguidas, las primeras cincuenta y una á catorce pies cada una y la última á diez y ocho.

—Lo que hace, segun decis, una profundidad de cuatrocientos cincuenta y siete pies debajo de mí.

—Cabal.

—De modo que si se rompiese la escalera...

—Caeríais de una altura de cien pies mas que si cayeseis desde la veleta de la torre de Strasburgo.

Aun no habia acabado estas palabras cuando convencido yo de que no estaban de mas mis dos manos para prevenir en cuanto de mí dependiese aquel accidente, solté el farol para agarrarme con toda mi fuerza á la escalera flexible, á la que me habia pegado como una lapa sobre una roca del mar. Tuve el placer de ver rodar por aquellos abismos mi farol y oir al cabo el sordo ruido que produjo su caida en el agua y que me anunció que acababa de llegar á donde nosotros íbamos.

—¿Qué es eso, me dijo el guia?

—Un vahido, nada mas.

—¡Qué diablos! cuidado con eso, que no es nada sano en este pais.

Tal era tambien mi parecer: en consecuencia sacudí la cabeza como un hombre que se despierta y me puse á bajar con mas precaucion aun que antes si esto era posible: como me habia quedado sin luz, me reuní á mi guia que brillaba orgullosamente sobre su escalera cual un gusano de luz sobre la yerba y continuamos bajando. Al cabo de diez minutos habíamos llegado al pie de la escalera cincuenta y dos, sobre un reborde gredoso, y un pie mas abajo se hallaba el agua. Buscaba yo en su superficie mi desventurado farol: á lo que parece se habia sumergido.

Al llegar allí me apercibí de una cosa en que no me habia dejado pensar mi anterior preocupacion de espíritu, y es que apenas podia respirar; parecíame que aquellas estrechas paredes me apretaban el pecho como en una pesadilla y me ahogaban En efecto, el aire esterior no llegaba hasta nosotros sino por la abertura de la puerta de entrada y nos hallábamos, como ya he dicho, á setecientos treinta y dos pies bajo el nivel de la galería; y como la galería misma está á novecientos pies casi de la cumbre de la montaña, tenia en aquel momento mil quinientos ó mil seiscientos pies de tierra sobre la cabeza: con menos hay para ahogarse.

El mal estar que sentia perjudicó mucho á la atencion que debia prestar á mi guia, que me esplicó los diversos trabajos de minas que habia habido que hacer para llegar hasta donde nos hallábamos. Recuerdo, sin embargo, que me dijo que la esperanza de hallar un manantial mas abundante habia determinado aun el hacer una escavacion mas profunda, que se verificaba con el auxilio de una sonda que habia llegado ya á ciento cincuenta pies, cuando se encontró detenida por un obstáculo que no pudo vencer y en el que todos los instrumentos y barrenas de acero se embotaron. Pensaron los trabajadores que algun enemigo de la esplotacion habia mientras comian ó descansaban los mineros echado una bala de cañon en el tubo y que en esta bala consistia el obstáculo.

Sin embargo, tal como está este manantial que es el mas fuerte de todos, pues que contiene veinte y ocho partes de materias salinas

sobre cien partes de agua, es bastante abundante. Cada cinco años se vacía el pozo y se reduce por la mezcla del agua ordinaria el líquido que de él se saca á veinte y dos partes de materia salina únicamente, grado que necesita esta agua para poderla hacer hervir. Los demas manantiales al contrario, que mas débiles no contienen mas que seis partes de materia salina sobre ciento de agua, refuerzan su principio salino corriendo á través de espinos en donde se elabora una evaporacion de la parte acuosa que aumenta en otro tanto la materia salina.

Dadas estas esplicaciones mi guia volvió á poner el pie sobre la escalera, y confieso que con cierto placer le ví comenzar su salida, que inmediatamente fué seguida de la mia. Las dos se verificaron sin el menor accidente, y con placer me hallé sobre el terreno mas sólido de la galería. Continuamos penetrando en aquel inmenso corredor horadado en línea tan recta que cada vez que nos volvíamos podíamos ver la entrada iluminada por los rayos del sol, disminuyendo gradualmente de anchura y de altura al paso y medida que nos alejábamos de ella. A cuatro mil pies de la entrada la galería hace un recodo; antes de doblarle me volví por última vez: brillaba aun la luz á la estremidad de este largo tubo, pero débil y aislada cual una estrella en la noche: dí un paso y desapareció.

Al cabo de otros cuatro mil pies casi se llega al filon de la sal fosil; alli se ensancha el subterráneo y se encuentra uno bien pronto en una inmensa cavidad circular. Todo lo que los hombres han podido arrancar á los anchos costados de la montaña, se lo han arrancado; en tanto que la tierra ha conservado un principio salino, la han escavado avariciosamente para llegar al fin. Asi vénse por todas partes nuevas galerías comenzadas, abandonadas despues, parecidas á nichos de santos ó celdas de ermitaños. Hay algo de triste en aquella pobre cantera vacía, cual una casa saqueada de que se han dejado abiertas todas las puertas.

Algunos pasos de alli, un rayo de luz esterior ilumina una gran rueda vertical de treinta y seis pies de diámetro puesta en movimiento por una corriente de agua dulce que cae de la montaña. Esta rueda mueve bombas destinadas á estraer de los pozos el agua salada y el agua sulfurosa, y á llevarla a la altura de las canales que la sacan fuera de la mina. Este rayo de luz llegaba á nosotros por un respiradero casi circular abierto con el objeto de renovar el aire interior de la mina y que va á parar verticalmente á la cumbre de la montaña. Mi guia me aseguró que con el auxilio de aquel inmenso telescopio se podia aun en buen tiempo distinguir las estrellas á las doce del dia. Precisamente no habia ninguna nube en el cielo aquel dia; miré con la mas escrupulosa atencion durante diez minutos, al cabo de los cuales me convencí de que habia en la asercion del valesano mucho amor propio nacional.

Mi situacion debajo del respiradero habia tenido al menos un resultado, el de llenarme el pecho de un aire puro mas que el que absorbia hacia media hora, asi es, que hecha mi provision, continué mi camino con mas ánimo. Bien pronto se paró mi guia para preguntarme si preferia irme por la salida de arriba ó la salida de abajo: preguntéle qué diferencia habia entre aquellas dos salidas: me respondió que por la primera habia cuatrocientos escalones que subir y por la segunda setecientos escalones que bajar. Inmediatamente me decidí por subir los cuatrocientos escalones: me acordaba de mi pozo, y por entonces me habia satisfecho bastante un esperimento de aquella especie.

Llegados á lo último de la escalera, descubrimos al pie de la galería la luz del sol. Confieso que me agradó mucho aquella vista; habia andado tres cuartos de legua por la mina, y encontraba el camino muy curioso, pero un poco de espuesto.

La salida hácia que nos dirigimos desemboca un valle angosto é inculto. Nos dirigimos por un sendero bastante rápido, que nos llevó á parar al cabo de media hora á la puerta por donde habiamos entrado. Aquel era el momento de ajustar mis cuentas con el guia; tenia que pagarle un viage y un farol; calculé ambas cosas en seis francos, y conocí por su agradecimiento que quedaba generosamente recompensado.

A las once de la mañana ya estaba yo en Bex de vuelta. Era muy temprano todavía y determiné continuar la jornada. Martigny, en donde me proponia hacer noche, no distaba mas que cinco leguas y media, asi es que no me paré en la posada mas que para cargar mi saco y coger mi baston. El primer pueblo que se encuentra saliendo de Bex es San Mauricio. Debe este nombre al gefe de la legion Tebana, que alli padeció el martirio con seis mil seiscientos soldados (1), antes que renegar de la religion de Jesucristo.

(1) Segun el autor del libro de *Gestis Francorum* y 6666 segun la leyenda del monge de Aganne. *Adon*, arzobispo de Viena, en su *Compendio de la Vida de los Santos*, sigue tambien esta última opinion. Venancio Fortunato, obispo de Poitiers, celebró en el año 590 esta gloriosa muerte con un poema, del que estractamos los siguientes dísticos:

Turbine sub mundi cum persequebantur iniqui
Christicolasque daret saeva procella neci,
Frigore depulso succedens corda peregit
Rupibus in gelidis fervida bella fide.
Quo, fue Maurici, ductor legionis opimae,
Traxisti fortes subdera colla viros,
Quos positis gladiis armarunt dogmata Tauli
Nomine pro Christi dulcius esse mori.
Pectore belligero poterant qui vincera ferra
Invitant jugulis vulnera rara suis.
Hortantes se clade sua sic, ire sub astra:
Alter in alterius caede natavit herus.
Adjuvit rapidas Rhodani fons sanguinis undas
Tinxit et alpinas ira cruenta nives,

San Mauricio fué mirado en todos tiempos como la puerta del Valés; en efecto, las dos cordilleras de montañas en medio de las cuales se estiende el valle, se aproximan y reunen de tal manera, que por la noche se puede cerrar este desfiladero con una puerta. César habia comprendido de tal manera la importancia de este paso que habia hecho añadir fortificaciones á su fortaleza natural á fin de tener siempre á su disposicion el paso de los Alpes. En aquella época, San Mauricio se llamaba Tarnade, del nombre de un castillo vecino, *Castrum Tauredunense*, que quedó completamente enterrado en 562 cuando se desmoronó el monte Tauredunum.

Varias inscripciones sepulcrales afirman la antigüedad de San Mauricio, al mismo tiempo que acreditan lo inespugnable de su posicion, pues los romanos, que temian mas que todo la violacion de los sepulcros, tenian cuidado de colocar las cenizas de las personas á quienes apreciaban, al abrigo de la venganza de sus enemigos. La familia de los Severos, sobre todo, parece haber adoptado un lugar para su fúnebre morada. Las tres inscripciones que siguen dan fé de lo que hemos dicho, puesto que en la primera consta que Antonio Severo, habia hecho transportar de Narbona á Tarnade el cuerpo de su hijo.

*

D. M.

Antoni II, *Severi* II, *Narbone de-*
Funti qui vixit annos XXV.
Menses III. *Diebus* XXIV. *Antonius*
Severus pater infelix corpus
Deportatium hic condidit.

*

M. *Pansio cor.*
M. *Filio Severo*
II. *Vir. Flamini*
Julia Decumina
Marito

*

D. PANSIO M. FL
SEVERO ANNO XXXVI
JULIA DECUMINA
MATER
FIL. PIENTISSIMO.

Tarnade habia permanecido siendo plaza fuerte é importante bajo los emperadores, pues la legion Tebea mandada por San Mauricio y compuesta de seis mil seiscientos soldados, se encontraba allí de guarnicion cuando Maximiano quiso hacerla sacrificar á los falsos dioses, y toda ella firme en la fé naciente, prefirió el suplicio á la abjuracion. Poco despues, como las vírgenes paganas que abrazan el cristianismo, Tarnade, bautizada con la sangre de los mártires, cambia de nombre y se denomina Agaune: la época precisa de este cambio se remonta al siglo IV, pues la carta Teodosiana que apareció por los años 380, la conserva aun su antiguo nombre, y diez años despues rotulaba San Martin el relicario que contenia los huesos de los tebanos: *reliquias de los mártires de Agaune*. Por lo demas, la conversion de Tarnade se remonta á una época mas lejana que la que hemos indicado aquí, si es que hemos de dar crédito á una inscripcion que ha llegado á ser la divisa de su casa consistorial: Era cristiana desde el año 58. *Cristiana sum. ab anno* 58.

La etimología de la palabra *Agaune* ha ocupado mucho la erudicion de los sabios de la edad media: el monge de Agaune hace derivar este nombre de la palabra latina *Acaunus*, cuyo orígen deducia de la céltica *Agaun*, que quiere decir, pais de las rocas. Otros piensan que fué San Antonio cuando iba de embajador cerca del emperador Maximiano, que se hallaba en Tréveris el año 385, el que determinó este cambio antes de dar al sitio en que los tebanos habian sido muertos, un nombre relativo á su martirio. Este santo prelado nos hace saber en una de sus cartas, que el lugar en donde se sepultó Sanson con todos los filisteos, bajo las ruinas del templo, lleva el nombre de *Agaunus*, de la palabra griega *Agon*. Festo, en su Vocabulario, da la significacion de esta palabra. *Agon*, era, segun él, la víctima que los emperadores inmolaban antes de emprender sus espediciones, á fin de obtener el favor de los dioses: San Gerónimo dice siempre *Agones martirum*, cuando habla de los combates de los mártires: en fin, llamábase *agaunistici* á ciertos donatistas fanáticos que trataban de que los matasen. Nos parece que esta importante cuestion debe decidirse en favor de esta última version.

Sea de esto lo que fuere, hácia el siglo IX se añadió el nombre del gefe de la legion asesinada, al nombre que espresaba la matanza; y *Agaune* se llamó *San Mauricio de Agaune*; quedando por último entre nosotros con solo el nombre de San Mauricio.

Los milagros obrados por las reliquias de los mártires les dieron tal reputacion, que los obispos de las Galias, á quienes hacian falta santos en sus diócesis, enviaban á buscarlos á Agaune. Bien pronto los párrocos, celosos del privilegio de sus superiores, llevaron la indiscrecion hasta el pedir para su iglesia, el uno un brazo, el otro una pierna; de modo

Tali sine polos felix exercitus intrans,
Junctus apostolicis plaudit bonore choris
Cingitus angelico super astra beata senatu,
Mors suit unde prius lux fovet inde viros
Qui faciunt sacrum Paradisi crescere censum
Ilacredes Domini luce perennedati.
Sidereo chorus iste throno cum carne locandus.
Cum veniet judix, arbiter orbis eris.
Sic pia turba simul, festinans cernere Christum,
Ut coelos peteret de nece fecit iter.

que probablemente, por muchos huesos santos que hubiera, hubiesen desaparecido todos en aquel pillage, si el emperador Teodosio no hubiese dado un edicto que prohibia bajo las penas mas rigurosas abrir sus sepulcros. De este modo se salvaron del robo un millar de mártires y muchas botellas de su sangre. Para conservar este precioso depósito, donó Cárlo-Magno á San Mauricio una cántara de ágata que ha conservado hasta nuestros dias el tesoro de la villa. Dióle tambien al mismo tiempo una mesa de oro, de peso de sesenta marcos, y enriquecida de diamantes, destinada para la comunion; sirvió para los gastos del viage de Amadeo III, conde de Saboya, á la Tierra Santa.

Me he estendido sobre los recuerdos antiguos de San Mauricio, en atencion á que al salir de la villa es imposible llevar ningun recuerdo moderno, y he procedido con ella lo mismo que con nuestros nobles actuales, á quienes por política llamo aun con sus antiguos nombres.

Apenas hube salido de San Mauricio, divisé al mirar á la derecha, la pequeña ermita de Nuestra Señora de Bex, edificada, ó mas bien elevada á la altura de ochocientos pies, contra la pared de una roca. Súbese á ella por una senda estrecha, sin barandilla, ancha en algunos parages menos de diez y ocho pulgadas. Está habitada por un ciego.

Mil pasos mas lejos, á la derecha del camino, y despues de andar diez minutos, se encuentra la capillita de Veroliez, construida en el mismo sitio en que padeció el martirio San Mauricio. En la época en que sucedió esto, el Ródano pasaba al pie del montecillo en que se verificó el suplicio, y la cabeza del santo cayó rodando hasta el rio, en el que desapareció.

Ya eran las tres de la tarde, y yo queria llegar á comer á Martigny; deseaba dedicar algun tiempo en ver la cascada de Pissevache, que me habian ponderado como una de las maravillas de la Suiza. En efecto, á la media hora de camino, y al doblar un recodo, la divisé á lo lejos, cortándose sobre su negro peñasco, cual un rio de leche que se precipitase de la montaña. El agua es siempre una cosa admirable en cualquier punto de vista; es en un paisage lo que un espejo en una habitacion; es el mas animado de todos los objetos inanimados; pero una cascada es superior á todos. Es verdaderamente el agua viviente: cree uno que hasta tiene alma. Interesan á uno los espumosos esfuerzos que hace al estrellarse contra las rocas; se escucha su ruidosa voz que gime al precipitarse; se lamenta uno por su caida de que no le consuela la espléndida gasa que con sus rayos le echa el sol al pasar; despues finalmente, se la acompaña con interés en su carrera mas tranquila en medio del valle, cual se acompaña en el mundo la existencia reposada de un amigo cuya mañana han agitado violentas pasiones.

Pissevache baja de una de las mas hermosas montañas del Valés, llamada Salanf: su caida es de una elevacion de cerca de cuatrocientos pies.

EL BEEFSTEAK DE OSO.

Llegué al hotel de las postas de Martigny hácia las cuatro de la tarde.

—¡*Vive Dios*! dije al dueño de la casa colocando mi palo con punta de hierro en un ángulo de la chimenea, y colgando en la punta del palo mi sombrero de paja, hay desde Bex aqui una buena caminata.

—Seis leguas cortas del pais, caballero.

—Si, que hacen doce de Francia casi.—¿Y de aqui á Chamuny?

—Nueve leguas.

—Gracias. Un guia para mañana á las seis.

—¿Irá el señor á pie?

—Siempre.

Al decir esto observé que mis piernas adquirian gran consideracion en el ánimo de nuestro fondista, era sin duda á costa de mi posicion.

—¿El señor es artista? continuó el fondista.

—Una cosa asi.

—¿El señor come?

—Todos los dias, religiosamente.

En efecto, como las mesas redondas son bastante caras en Suiza y cada comida cuesta cuatro francos, precio fijado de antemano y del cual no hay nunca rebaja, hacia largo tiempo que yo trataba en mis proyectos económicos de sacar alguna ventaja de esto. Al fin de largas y profundas meditaciones llegué á encontrar un término medio entre la rigidez escrupulosa de los fondistas y mi conciencia. Era el no levantarme jamás de la mesa sin haber comido el equivalente de los seis francos: de esta manera mi comida no me costaba mas que cuarenta sueldos. Solamente cuando me veian cebarme en un plato y me oian decir: *Mozo, otra cosa*, el fondista murmuraba entre dientes: hé aqui un inglés que habla divinamente el francés.

Bien veis ya que el dueño de la fonda de Martigny no estaba dotado de la ciencia Phisiognomónica de su compatriota Lavater, pues que se atrevia á dirigirme esta pregunta impertinente cuando menos.

—¿El señor come?

Cuando hubo oido mi respuesta afirmativa contestó.

—Habeis tenido suerte, pues aun tenemos oso.

—¡Ah! ¡ah! dije yo medianamente satisfecho del asado.

¿Y es bueno el oso para comer?

El fondista se sonrió con un lento movimiento de cabeza de arriba á abajo que podia traducirse asi: cuando lo hayais probado no tendreis ganas de comer otra cosa.

—Muy bien, continué yo, ¿y á qué hora es vuestra mesa redonda?

—A las cinco y media.

Saqué mi relój, no eran mas que las cuatro y diez minutos.—Bien, dije para mí, aun tendré tiempo de ir á ver el antiguo castillo.

—¿Quiere el señor que alguno le acompañe para que pueda esplicarle la época á que pertenece? me dijo el fondista contestando á mi aparte.

—Gracias, ya encontraré el camino yo solo, en cuanto á la época á la cual se remonta vuestro castillo, es la de Pedro de Saboya llamado el Grande, el que si no me engaño, lo hizo edificar hácia fines del siglo XII.

—El señor sabe nuestra historia tan bien como nosotros.

Le dí las gracias por la intencion, pues era fácil comprender que queria adularme con aquel cumplido.

—¡Oh! replicó, es que nuestro pais ha sido famoso en otro tiempo.

Tenia un nombre latino, ha sostenido grandes guerras y ha servido de residencia á un emperador romano.

—Si, repliqué yo, dejando caer al descuido la ciencia de mis làbios como el profesor del *Villano caballero*, si, Martigny es el *Octodurum* de los celtas, y sus actuales habitantes son los descendientes de los veragrianos de que hablan César, Plinio, Estrabon y Tito Livio, que hasta los llaman semi-germanos. Casi cincuenta años antes de Jesucristo, Sergio Galba, lugar-teniente de César, fué sitiado aqui por los seduneses: el emperador Maximiano quiso hacer alli que su ejército sacrificase á los falsos dioses, lo que dió motivo el martirio de San Mauricio y de toda la legion Tebana: en fin, cuando se encargó á Petronio, prefecto del pretorio, dividir las Galias en diez y siete provincias, separó el Valés de la Italia é hizo de vuestra ciudad la capital de los Alpes Peninos, que debian formar junto con la Tarentasia, la sétima provincia vienesa. — ¿No es esto, mi huésped?

El fondista estaba atónito de admiracion. Yo vi que habia producido efecto, me adelanté hácia la puerta, y él se arrimó á la pared con el sombrero en la mano y pasé muy erguido delante de él talareando:

Venid, gentil señora,
Venid, que ya os aguardo....

Aun no habia bajado diez escalones cuando oí gritar á voces á mis espaldas al mozo:

—Preparad el número 3 para su escelencia.

El número 3 era el cuarto en que habia dormido María Luisa cuando pasó por Martigny en 1829.

Asi mi pedantismo habia producido el fruto que deseaba. Me valió la mejor cama de la posada, y desde que habia salido de Ginebra me tenian desesperado las camas. Es preciso deciros que las camas suizas se componen pura y simplemente de un jergon y un colchoncillo de cerda, sobre los cuales se estiende una especie de tohalla muy corta que condecoran con el nombre de sábana, tan corta que en la estremidad inferior no puede doblarse debajo del colchon ni arrollarse en derredor de la almohada en la cabeza: de manera que los pies y la cabeza pueden gozar de ella alternativamente, pero nunca al mismo tiempo. Agregad á esto que de todas partes salen las cerdas fuertes y erizadas pasando las telas del colchon, lo qne produce sobre la piel del viagero el mismo efecto casi que si se hubiese acostado sobre un inmenso cepillo de limpiar la cabeza.

Lisongeado con la esperanza de pasar una buena noche, me fui á dar una vuelta de hora y media por la poblacion y sus cercanías, tiempo suficiente para ver todo lo mas notable que tiene la antigua capital de los Alpes Peninos.

Cuando regresé ya todos los viageros estaban en la mesa; eché una mirada rápida é inquieta sobre los convidados, vi que las sillas se tocaban y que todas estaban ocupadas: no tenia sitio.

Un estremecimiento corrió por todo mi cuerpo, y me volví para buscar al fondista, estaba detras de mí. Hallé en su rostro una espresion mefistofélica.—Sonreíase.

—¡Y yo! le dije; ¡y yo! ¡desgraciado!...

—Venid, me contestó indicándome con la mano una mesita aparte. Aqui teneis vuestro sitio: un hombre como vos no debe comer con toda esa gente.

—¡Oh dignísimo octodurense! ¡y yo sospechaba de él!

La mesita estaba maravillosamente servida. Cuatro platos, en medio de los cuales habia un beefsteak que hubiera dado envidia al mejor bisteck inglés... formaba el primer servicio...

Mi huésped vió que me llamaba la atencion y acercóse misteriosamente á mi oido:

—No todos podrán comer un beefsteak como ese, me dijo.

—¿Y de qué es ese beefsteak?

—De filetes de oso.

Lo mismo me habria importado que me hubiese dicho que era de filetes de vaca.

Miraba maquinalmente aquel plato tan ponderado, que me acordaba de aquellos pobres animales que siendo niño habia visto por las calles atados con una cadena en la nariz, que un hombre tenia por una punta, y les hacia bailar pesadamente; ó montar en un palo como el niño de Virgilio; oia el agudo sonido del

tamboril que tocaba el mismo hombre, y el silbido de la flauta en que soplaba; y todo esto no me daba mucha simpatía por la carne tan celebrada que tenia delante. Habia puesto el bisteck sobre mi plato, y por el modo triunfante con que se habia clavado mi tenedor, conocí que á lo menos poseia aquella buena cualidad que hacia tan desgraciados á los carneros de Mlle. Scudéry. No obstante, vacilaba yo siempre dándole vueltas y revueltas por ambos lados, cuando mi huésped, que me miraba sin comprender mi embarazo, me decidió diciéndome por última vez:

—Probadlo y ya me direis luego si es cosa rica.

En efecto, corté un pedazo del tamaño de una aceituna, lo impregné de manteca tanto como pude, y separando los labios me lo metí entre los dientes, casi mas por verguenza que con esperanza de vencer mi repugnancia. El fondista, en pie detrás de mí, seguia todos mis movimientos con la benévola impaciencia de un hombre que goza con la sorpresa que va á causar. Grande fué la mia, muy grande. Sin embargo, no me atreví á manifestar de pronto mi opinion, temia haberme engañado: volví á cortar silenciosamente un segundo pedazo de doble tamaño que el primero, y le hice tomar el mismo camino y con las mismas precauciones que el otro; asi que lo hube tragado esclamé:

—¡Cómo! ¿esta es carne de oso?

—Si señor, de oso.

—¿De veras?

—Os doy mi palabra de honor.

—Pues bien, es escelente.

En aquel mismo instante llamaron á mi huésped los de la mesa redonda, que seguro ya de que yo haria los honores á su plato favorito me dejó frente á frente de mi plato de beefsteak.

Habian desaparecido ya las tres cuartas partes cuando volvió á tomar el hilo de la conversacion que le habian interrumpido.

—Debeis saber, me dijo, que el animal á que habeis hecho los honores era una famosa bestia.

—Hice un signo de aprobacion con la cabeza.

—¡Pesaba trescientas veinte libras!

—Buen peso, contesté sin dejar un punto de comer.

—No se ha obtenido sin trabajo, me contestó.

—Bien lo creo, contesté llevándome el último trozo á la boca.

—Este animal se comió la mitad del cazador que lo mató.

El pedazo que antes me llevé á la boca se me salió de ella como impelido por un resorte.

—El diablo os lleve, dije volviéndome hácia donde estaba él. ¿Os parece regular venir con esas chanzas á un hombre que está comiendo?

—No son chanzas, es la pura verdad todo lo que os digo.

Sentí entonces que el estómago se me revolvia.

—Era, continuó mi huésped, un pobre labrador del Fouly, llamado Guillermo Mona. El oso de que ya no queda mas que el pedazo que teneis en el plato, venia todas las noches á robarle sus peras, porque para esa clase de fieras todo es bueno. Sin embargo, se dirigia con preferencia á un peral cargado de peras de agua. ¿Quién hubiera creido que un animal habia de tener los mismos gustos que el hombre y habia de ir á elegir en un cercado las peras mas sabrosas? Desgraciadamente el labrador de Fouly preferia entre todas las frutas estas peras. Al principio creyó eran los chicos los que venian á robarle; y en su consecuencia cargó su escopeta con sal y se puso en acecho. Hácia las once un rugido hizo retemblar la montaña.

—Calla, hay un oso en las cercanías, dijo el labrador. Diez minutos despues un segundo rugido se hizo oir, pero tan espantoso y tan cerca, que Guillermo pensó que no tendria tiempo para volver á su casa y se echó en el suelo sin mas esperanza que la de que el oso no venia por él sino por sus peras.—Efectivamente, el animal apareció casi de repente al estremo de la cerca dirigiéndose en línea recta hácia el peral en cuestion; pasó á diez pasos de Guillermo, subió lentamente al árbol cuyas ramas crugian bajo el peso de su cuerpo, y se puso á comer de tal manera que era evidente que dos visitas iguales harian inútil la tercera. Cuando el oso se hartó bajó lentamente como si sintiese alejarse, pasó al lado del cazador á quien la escopeta cargada de sal no servia de nada en aquellas circunstancias, y se retiró tranquilamente á la montaña. Todo esto habia durado poco mas ó menos una hora, durante la cual el tiempo habia parecido mas largo al hombre que al oso.

Sin embargo, el hombre era un valiente... y dijose en voz baja al ver alejarse al oso:—Está bien, vete, vete, pero no siempre pasará igual, ya nos veremos.—A la mañana siguiente uno de sus vecinos fué á verle y le encontró ocupado serrando un pedazo de hierro.

—¿Qué estás haciendo? le dijo.

—Me divierto, le contestó Guillermo.

El vecino tomó en la mano el pedazo de hierro, lo miró y lo revolvió como un hombre que ya conoce su uso, y despues de haber reflexionado un instante, esclamó:

—Guillermo, si quieres ser franco, me confesarás que este pedazo de hierro está destinado á atravesar una piel mas dura que la del gamo.

—Tal vez, contestó Guillermo.

—Ya sabes que soy buen chico, dijo Francisco (este era el nombre del vecino); pues bien, si quieres para los dos el oso; dos hombres valen mas que uno.

—Eso es segun, dijo Guillermo; y continuó serrando su tercer pedazo de hierro.

—Escucha, continuó Francisco, yo te dejaré la piel y la prima, y la carne la dividiremos (1).

—Quiero mejor todo, dijo Guillermo.

—Pero tú no me puedes impedir el buscar la huella del oso en las montañas, y si la encuentro, el de emboscarme á su paso

—Eres libre, puedes hacerlo.—Y Guillermo que habia acabado de serrar el tercer trozo se puso silbando á medir una carga de pólvora doble de la que ordinariamente se echa en una escopeta.

—Parece que llevas tu fusil de municion, dijo Francisco.

—Cierto, tres pedazos de hierro son mas seguros que una bala de plomo.

—Pero estropea la piel.

—Cierto, pero mata mas pronto.

—¿Cuándo piensas cazarlo?

—Mañana te lo diré.

—Por última vez, ¿quieres ó no?

—No.

—Te prevengo que voy á buscar la huella.

—Sea enhorabuena.

—Iremos juntos.

—Cada uno por sí.

—Adios, Guillermo.

—Buena fortuna, vecino.

Y el vecino al marcharse vió á Guillermo cargar su fusil de municion y poner los tres pedazos de hierro. En seguida, le vió colocar su arma en un rincon de la tienda. Al oscurecer, al volver á pasar por delante vió á Guillermo tranquilamente fumando su pipa sentado en un banco cercano á la puerta; Francisco se aproximó de nuevo.

—Mira, le dijo, no estoy resentido. Ya he encontrado la huella del oso, ya ves que no te necesito para nada. Sin embargo, vengo á proponerte aun otra vez el que sea para los dos.

—Cada uno de por sí, dijo Guillermo.

Es el vecino el que me ha contado esto antes de ayer, continuó el fondista. Me decia, concebis, capitan, porque yo soy capitan de la milicia, , concebis lo que era el pobre Guillermo. Todavía le veo sentado en el banco delante de su casa, con los brazos cruzados y fumando en su pipa, como ahora os estoy viendo.... ¡Y cuando pienso!... en fin. ..

—¿Y luego? le pregunté interesándome vivamente en su narracion, que revelaba todas mis simpatías de cazador.

—Despues, continuó el fondista, el vecino no supo ya nada de lo que hizo Guillermo hasta la noche.

A las diez y media su muger le vió tomar su fusil, rodearse un saco de tela gris en el brazo y salir. No se atrevió á preguntarle dónde iba, pues Guillermo no es hombre que da cuentas á su muger.

Francisco por su lado habia encontrado verdaderamente las huellas del oso; las habia seguido hasta que se perdian en el cercado de Guillermo, y no teniendo derecho de apostarse en las tierras de su vecino, se escondió entre el bosque de abetos que se halla entre el jardin de Guillermo y la montaña.

Como la noche era clara vió salir á Guillermo por la puerta trasera. Guillermo avanzó hasta el pie de una roca gris que habia rodado hasta el jardin desde la montaña vecina y que estaba á unos veinte pasos del peral. Se paró, miró al rededor á ver si alguien le espiaba. desarrolló su saco, se metió dentro no dejando fuera mas que la cabeza y los dos brazos, se apoyó contra la roca confundiéndose con la roca por el color de su saco y la inmovilidad de su persona, que el vecino que sabia dónde estaba no le podia distinguir. Un cuarto de hora se pasó esperando al oso. Al fin un rugido prolongado lo anunció. Cinco minutos despues Francisco lo vió.

Pero fuese por astucia ó porque hubiese olfateado al segundo cazador, no siguió el camino acostumbrado, sino que describió un círculo, y en lugar de pasar á la izquierda de Guillermo, como la víspera, pasó esta vez á la derecha fuera de tiro de Francisco, pero á diez pasos todo lo mas del fusil de Guillermo.

Guillermo no se movió. Hubiérase podido creer que no veia la fiera salvage que habia venido á buscar y que parecia despreciarle pasando tan cerca de él. El oso, que tenia el viento contrario, no pudo conocer la presencia de un enemigo y continuó velozmente su camino hácia el árbol. Empero en el momento en que se levantaba sobre sus patas traseras y abrazaba el tronco con sus patas delanteras presentando al descubierto el pecho sin que sus espesas espaldas pudieran protegerle, como un relámpago brilló al lado de la peña y el valle retumbó al tiro de fusil de doble carga y á los rugidos que lanzaba el animal mortalmente herido.

Acaso no hubo una sola persona en todo el pueblo que no oyese el tiro de Guillermo y los rugidos del oso.

El oso huyó pasando sin descubrir á Guillermo que ya habia metido los brazos y la cabeza en el saco, confundiéndose de nuevo con la roca. El vecino contemplaba aquella escena apoyado en su rodilla y sobre la mano izquierda, estrechando la carabina con su mano derecha, pálido y conteniendo la respiracion. Es un gran cazador, y sin embargo, me confesó que en aquel momento hubiera mejor querido estar en su cama que allí. Pero lo peor fué cuando vió que el oso herido, despues de haber hecho un círculo buscaba el camino de la víspera y que conducia á donde él estaba. Hizo la señal de la cruz, pues todos los cazadores son piadosos, encomendó su alma á Dios, y se aseguró que su carabina estaba montada. El oso no estaba mas que á cincuenta pasos de él, rugia de dolor, se paraba para

(1) El gobierno concede una prima de ochenta francos por cada oso que se mata.

revolcarse y morderse la herida y volvia á correr.

Cada vez se iba aproximando mas. Ya no estaba mas que á treinta pasos. Dos segundos mas y venia á estrellarse contra el cañon de la escopeta del vecino. De repente se para, aspira con ánsia el aire que venia del lado del pueblo, lanza un rugido terrible y vuelve á entrar en el cercado.

—Ten cuidado, Guillermo, ¡ten cuidado! gritó Francisco lanzándose en persecucion del oso, olvidándolo todo para pensar en su amigo, pues conoció que si Guillermo no habia tenido tiempo de volver á cargar su fusil estaba perdido; el oso le habia olfateado.

No habia dado mas que diez pasos cuando oyó un grito. Era un grito humano, un grito de terror y de agonía á la vez: un grito en el que, el que lo lanzaba habia reunido todas las fuerzas de su pulmon, todas sus oraciones á Dios, todas sus demandas de socorro á los hombres.—¡Favor!!!

Despues nada, ni una queja, ni un lamento siguió al grito de Guillermo.

Francisco no corria, volaba: la pendiente del camino aceleraba su carrera. A medida que se acercaba se distinguia mas clara y distintamente la monstruosa fiera, que se agitaba en la sombra pateando el cuerpo de Guillermo y destrozándolo en pedazos.

A cuatro pasos de ellos se hallaba Francisco, y tan cebado en su presa se hallaba el oso, que pareció no verlo. No se atrevia á tirar por miedo de matar á Guillermo, si no estaba muerto; porque de tal modo temblaba, que no estaba seguro de no errar el tiro. Cogió una piedra y se la tiró al oso.

Volvióse furioso el animal contra su nuevo enemigo: estaban tan cerca el uno del otro que el oso se puso de pies para ahogarle: sintió rozar el pecho del oso en el cañon de su carabina. Maquinalmente apoyó el dedo sobre el gatillo y salió el tiro.

Cayó el oso de espaldas, la bala le habia atravesado el pecho y roto la columna vertebral.

Francisco le dejó arrastrarse aullando sobre sus manos, y corrió á socorrer á Guillermo. No era ya un hombre, ni tan siquiera un cadáver. Era un monton de huesos y carne magullada, la cabeza habia sido casi enteramente devorada (1).

Entonces conoció por el movimiento de las luces que pasaban detrás de las ventanas, que estaban despiertos muchos habitantes de la aldea, llamó diferentes veces indicando con sus gritos el sitio donde se hallaba. Acudieron algunos labradores con armas, porque habian oido los gritos y los tiros de fusil. Bien pronto toda la aldea se reunió en el cercado de Guillermo.

Su muger vino con los demás; ¡horrible fué aquella escena! Todos los que alli estaban lloraban como niños.

Abrióse una suscricion que produjo setecientos francos en todo el valle del Ródano, Francisco cedió el premio que le correspondia, é hizo vender á beneficio de la viuda la piel y la carne del oso. En fin, todos se apresuraron á ayudarla y socorrerla. Todos los posaderos han consentido tambien en que se abra una lista de suscricion, y si el señor quiere poner su nombre en ella....

—¡Ya lo creo! dadme pronto esa lista.

Acababa de escribir mi nombre, y de reunir á él mi ofrenda cuando un robusto moceton rubio de alta estatura entró: era el guia que debia acompañarme al dia siguiente á Chamuny, y que venia á preguntarme la hora y modo con que queria viajar. Mi respuesta fué tan corta como terminante.

—A las cinco de la mañana y á pie.

EL COLLADO DE BALMA.

Fué mi guia exacto como el dispertador de un reloj. A las cinco y media atravesábamos la aldea de Martigny, donde no vi nada notable mas que tres ó cuatro niños raquíticos sentados á la puerta de la casa paterna vegetando estúpidamente al sol. Al salir del lugar atravesamos el Drance que baja del monte de San Bernardo por el valle de Entremont y va á entrar en el Ródano entre Martigny y la Batia. Poco despues dejamos el camino y tomamos una senda que se internaba en el valle, apoyándose á la derecha sobre la vertiente oriental de la montaña.

Asi que hubimos caminado cerca de media legua, casi, mi guia me invitó á volverme y contemplar el paisage que se desplegaba á nuestros ojos.

Comprendí entonces á primera vista la importancia política que César debia dar á la posesion de Martigny, ó para servirme del nombre que él le dá en sus *Comentarios*, de Vetoduro. Colocada como está esta poblacion, debia ser el centro de sus operaciones sobre la Helvecia por el valle de Tarnada; sobre las Galias, por el camino que seguíamos nosotros y que conduce á Saboya; y en fin, sobre la Italia por el *Ostiolum montis Jovis*, hoy el Gran San Bernardo, donde él habia hecho trazar una via romana que iba de Milan á Mayenza.

(1) Yo afirmo que no he tratado de inspirar horror y que nada he exagerado; no hay un solo valesano que ignore la catástrofe que acabo de contar, y cuando subimos por segunda vez al valle del Ródano para tomar el camino del Simplon, por todas partes con muy corta diferencia en los detalles, nos contaron esta terrible y reciente aventura.

Hallábamonos en el centro de aquellos cuatro caminos y podiamos verlos huir cada cual por su lado, siguiéndolos con la vista mas ó menos lejos, segun nos lo permitian los fantásticos accidentes de la gran cadena de los Alpes en medio de la cual nos veiamos.

El primer objeto que atraia la vista como punto central de aquel vasto cuadro, era desde luego la antigua ciudad de Martigny donde vivian desde tiempo de Anibal aquellos semi-germanos de que hablan César, Estrabon, Plinio, y Tito Livio; que debió á sus ventajas topográficas el terrible honor de ver pasar por medio de sus murallas los ejércitos de aquellos tres colosos del mundo moderno: César, Cárlo-Magno, y Napoleon.

La vista no se aparta de Martigny mas que para seguir el camino del Simplon, que internándose osadamente en el valle del Ródano, sigue de Martigny á Riddes una línea tan recta, que parece una cuerda tirante cuyos postes son los campanarios de aquellos dos pueblos. A su izquierda, el Ródano naciente, y niño aun, serpentea en el fondo del valle onduloso y brillante cual una cinta plateada que flota en la cintura de una esbelta jóven, mientras que sobre él se levanta por cada lado aquella doble cadena de Alpes, que se abre en el collado de Ferret, se ensancha para encerrar en toda su longitud al Valés, y que va á unirse cincuenta leguas mas lejos en el sitio en que la Furca, punto intermediario entre aquellos dos ramales graníticos. Véanse á su derecha é izquierda las anchas bases de Galleustock y del Mutthorn.

Volviendo la vista del horizonte al sitio que nosotros ocupábamos, descubriamos á la izquierda, pero para perderse luego detras del viejo castillo de Martigny, el camiuo que conduce á Ginebra por el valle de San Mauricio; y á la derecha, visible por mas de una legua el camino casi costeando el Dranza, torrente ruidoso y lleno de guijarros que ella atraviesa de tiempo en tiempo para pasar caprichosamente, de un lado á otro; el camino del Gran San Bernardo, y al que sucede saliendo de San Pedro una senda que conduce al Hospicio.—En fin, detras de nosotros al continuar nuestro camino, encontrábamos el camino rápido y escarpado, por el que trepábamos, y que desde luego parece dominar sin interrupcion el sombrío pico de la Cabeza Negra, mientras que pegando á la cima de la Forclas, cree uno deber escalar inmediatamente aquella especie de Pelion amontonado sobre el Ossa, se detiene admirado de que separe aquellas dos cúspides que parecen acercarse á una distancia de dos leguas, y mas cuando se abre entre ellas inopinadamente un valle cuya existencia no se podia siquiera sospechar.

Por habituado que yo estuviese ya á no formar juicio de las distancias por el testimonio de mis ojos en medio de aquellas masas colosales, no por eso dejé de asombrarme al descubrir de repente á mis pies y cual si faltase la tierra á mis pasos, aquella profunda grieta de la tierra.

Inmediatamente, debajo de mi, y á dos pies de profundidad, veia torcerse y relucir, delgado como uno de aquellos hilos que el viento arrebata á fines de verano, el torrente que escapándose de la hermosa nevera de Trient, serpentea caprichosamente por todo lo largo del valle, y va á horadar una montaña desde la base á la cima para ir á arrojarse en el Ródano entre la Yerreria y Vernaya. Algunas casas esparcidas en sus orillas y con sombríos techos, parecen colosales escarabajos, paseándose pausadamente por la llanura, en tanto que de los estremos opuestos de aquella especie de aldea se escapan dos caminos que apenas se pueden distinguir á la simple vista, y que conducen á Chamuny, uno por la Cabeza Negra y otro por el collado de Balma. Este último es, el que nosotros debiamos tomar.

Bajamos al valle. Mi guia me aconsejó que hiciese alto en una pequeña barraca olvidada por la aldea á orillas del camino, y pomposamente condecorada con el título de posada. Este descanso alli era preciso para prepararnos á hacer las otras dos terceras partes del camino que nos faltaba, no debiendo encontrar otra casa en tres leguas hasta el collado de Balma. Lo que comprendí claramente, que tenia gana de beber mi guia.

Nos dieron una botella de vino del pais, con la cual un parisiense no habria querido sazonar una ensalada, y nos la hicieron pagar á precio de vino de Burdeos, y que mi valesano apuró deliciosamente hasta la última gota. Felizmente hallé lo que se encuentra en Suiza en todas partes, una taza de escelente leche, en la cual eché algunas gotas de kirchenwassar (1). Bastante pobre era este almuerzo para un hombre á quien le quedaban aun que caminar seis leguas del pais. Mi guia adivinó la causa de mi preocupacion viéndome mojar tristemente un pedazo de pan duro y negro como piedra pómez en aquella bebida ágria, me animó un poco asegurándome que en la venta del collado de Balma encontrariamos con qué comer bien. Rogué á Dios que le escuchase, y continuamos nuestro camino.

Al cabo de media hora de andar nos hallamos en la entrada de un bosque de pinos, en donde yo habia visto ya antes que se perdia el camino. ¡No me habia engañado mi guia! alli era donde debia comenzar la verdadera fatiga. Sin embargo, como tanto tendré que hablar en lo sucesivo de sitios escarpados y peligrosos, no hago mencion de este mas que por recuerdo. Empezamos á costear la pendiente rápida del collado, teniendo á nuestra derecha un precipicio de quinientos á seis-

(1) Licor hecho con guindas silvestres.

cientos pies de profundidad, y mas allá del precipicio una montaña cortada á pico, que los habitantes del pais apellidan la Aguja de Illiers, que acababa de adquirir una celebridad reciente por la caida mortal que en 1831 habia dado un inglés que quiso llegar á su cúspide. Mi guia me hizo ver á las dos terceras partes de la altura de la Aguja el lugar en que le habia faltado el pie á aquel desgraciado, y el gran espacio que habia corrido rebotando de roca en roca, cual un alud viviente: despues al fin me señaló en el fondo del precipicio el lugar en que se habia estrellado, convertido en masa de carne informe y asquerosa, sin forma alguna humana.

Esta clase de historias, poco graciosas en sí, lo son aun mucho menos todavia contadas en el lugar mismo en que han sucedido, y es poco cómodo para un viajero, por flemático que sea, el saber que en el mismo sitio que ocupa se le ha resbalado á otro el pie, y que ese otro se ha matado. Además, los guias no son muy avaros de tales relaciones, son como un consejo indirecto que dan á los viageros para que no se arriesguen á ir sin ellos.

Sin embargo, allí mismo donde aquel inglés se habia matado, corria un pastor á todo correr seguido de su rebaño de cabras, saltando de roca en roca, y haciendo desgajar á cada brinco alguna piedra que en su caida arrastraba otras. Caian estas haciendo rodar pequeños peñascos, los cuales arrancaban otros mas grandes; en fin, toda esta avalancha bajaba aumentando su rapidez hasta el declive de la montaña, sonando como una lluvia de granizo sobre un tejado; y despues de un intérvalo de silencio, iba á precipitarse con un ruido sordo en el agua que corre en el fondo del barranco, cortado á pico que separa las dos montañas. Este pastor nos acompañó por la vertiente opuesta á la que nosotros seguiamos, redoblando su destreza y velocidad por espacio de una media legua, sin mas motivo al parecer que el prolongar el gusto que veia nos causaba con su agilidad y temeridad de montañés.

Hacia algun tiempo que el aire iba refrescando; nosotros continuábamos siempre subiendo, y ya habiamos llegado casi á siete mil pies sobre el nivel del mar; las grandes capas de nieve anunciaban que nos acercábamos á las regiones heladas donde la nieve no se derrite jamás. Habiamos dejado debajo de nosotros en la subida del bosque Magnen, las hayas y pinos; allí donde habiamos llegado no crecian mas que yerbas de pasto De tiempo en tiempo soplaba un vientecillo frio que helaba de repente en mi frente el sudor que el cansancio volvia inmediatamente á producir. Con una verdadera alegria supe por mi guia que íbamos á descubrir la posada del Collado de Balma; algunos minutos despues vi efectivamente que en medio de lo quebrado de la montaña que separa el valle de Chamouny del de Trient, se destacaba bajo un cielo azul, el techo rojo de aquella bienaventurada casa; despues sus paredes blancas que parecian salir de la tierra á medida que íbamos subiendo, y por último, los escalones de la puerta, en los cuales estaba sentado un perro castaño, que graciosamente se dirigió hácia nosotros con los ojos brillantes y la cola inquieta, para invitarnos á que fuésemos á descansar en la casa de su amo.—¡Gracias, mi perro, gracias! ¡ya vamos!

Tanta priesa tenia yo de hallar fuego y una silla, que me precipité en la venta sin tener tiempo siquiera de echar una mirada sobre el famoso valle de Chamouny, que desde el umbral de la puerta se desarrollaba á la vista en toda su estension y en toda su belleza.

Habiendo aplacado un poco el frio y el hambre, que son los dos mas grandes enemigos de un viagero, volví á sentir mi curiosidad.

Hice que mi guia me condujese teniendo mis ojos cerrados, hasta el sitio mas favorable para abarcar de un solo golpe de vista la doble cadena de los Alpes, y bien pronto me hallé colocado sobre un punto bastante elevado para no perder nada de su estension. Entonces abrí los ojos, y cual si se hubiese alzado el telon de una magnífica decoracion, me estremecí con un placer mezclado de espanto al verme tan pequeño en medio de tan grandes cosas, contemplé todo el conjunto de aquel inmenso panorama, cuyas nevadas cúpulas dominando la rica vegetacion de los valles, parecian el palacio de verano del dios del invierno.

En efecto, en tanto cuanto podia alcanzar la vista, no habia mas que picos descarnados, de cada cual de ellos colgaban, como la cola arrastrando de un manto, las brillantes ondulaciones de un mar de hielo. Luchaban por lanzarse mas cerca del cielo, la aguja de Jour, la aguja verde del pico del Gigante, y las neveras de Argentieres de Bossons ó de Tacconay, competian sobre cuál bajaria mas terrible y amenazadora al fondo del valle. Luego en el horizonte que cierra como si fuese la última cúspide de aquella cadena de su masa oculta, y que huye hácia los Pirineos dominando picos y agujas, recostado cual un oso blanco sobre los témpanos de hielo del mar del Polo, el hermano del Chimborazo y del Imaus, el rey de las montañas de Europa, el Monte Blanco, este último escalon de la escalera de la sierra, con cuyo auxilio se aproxima el hombre al cielo.

Una hora permanecí anonadado en la contemplacion de aquel cuadro, sin notar que hacia cuatro grados de frio.

Por lo que toca á mi guia, que habia visto cien veces ya aquel espléndido espectáculo, corria para entrar en calor á cuatro patas con el perro, y le hacia ladrar tirándole por la cola.

Por último se me acercó para darme parte de una idea que le acababa de venir á la imaginacion.

—Si quereis quedaros á dormir aqui, me dijo con el acento de un hombre que no sentiria el doblar su propina doblando las jornadas, no os faltará una buena cena y una buena cama.

¡Torpe! Si me hubiese dejado tranquilo, hubiérame visto obligado á quedarme allí, aunque Dios sabe cómo seria la cama y cena que me prometia.

Levantéme asustado á la idea del peligro que habia corrido.

—No, no, le dije, marchémonos.

—Es que no estamos mas que á la mitad del camino justo de Martigny á Chamouny.

—No estoy cansado.

—Es que hay cuatro horas.

—Tres y media.

—Es que todavía tenemos que andar cinco leguas y no quedan mas que tres horas de dia.

—Haremos las otras dos últimas de noche.

—Es que os perdeis un hermoso paisage.

—Ganaré una buena cama y una buena cena.

—Vamos, adelante.

Mi guia que habia apurado sus mejores razones se guardó para sí ya las demas y se puso en camino suspirando. ¡Nos marchamos!

Todo lo que pude ver mientras permitió la luz del dia distinguir los objetos no fueron mas que detalles del gran cuadro que tanto me habia sorprendido en su conjunto, detalles maravillosos para quien los ve, pero cansados, creo, para aquel á quien yo tratase de pintárselos. Por otra parte, entra en el plan de estas Impresiones, si es que estas Impresiones tienen un plan, hablar mas de los hombres que de las localidades.

Ya era de noche cuando llegamos á Chamouny. Habíamos caminado nueve leguas del pais, que sin exageracion equivalen á doce ó catorce de Francia; era, pues, una jornada buena.

Asi ya no me ocupé mas que de tres cosas, que recomiendo á todos los que quieran recorrer el camino que yo he recorrido.

Primera.—Tomar un baño.

Segunda.—Cenar.

Tercera.—Hacer que llegue á quien va dirigida, una carta de convite para comer al dia siguiente con este sobre:

A Mr. Jaime Balmat (1), *Monte Blanco.*

Ahora voy á decir en dos palabras, y desde mi cama á mis lectores, quién es Jaime Balmat, apellidado Monte Blanco, si acaso no ha llegado á noticia suya la celebridad de este señor.

(1) **Jaime Balmat es el Cristóbal Colon de Chamouny.**

—

JAIME BALMAT,

LLAMADO MONTE BLANCO.

Hay dos cosas consagradas que todo viagero que pase por Chamouny, debe indispensablemente ver, y son la Cruz de Flegera y el mar de Hielo. Estas dos maravillas están colocadas enfrente una de otra á derecha é izquierda de Chamouny, y á ninguna de estas cimas puede llegarse sin subir primero la base de una ú otra de las dos cadenas de montañas en cuyo centro está situado el pueblo. Y llegado al fin de la subida se domina el valle á la altura de cuatro mil quinientos pies poco mas ó menos.

El mar de Hielo que alimenta la nevada cumbre del Monte Blanco baja entre la aguja de Charmoz y el Pico del Gigante, y se adelanta hasta la mitad del valle. Allí, despues de haber llenado cual una inmensa serpiente el intérvalo que separa las dos montañas entre las cuales se arrastra, abre su verdinegra garganta y de la que sale á borbotones y con gran ruido el helado torrente de Arveyron. La subida que conduce al viagero sobre esta inmensa grupa, va como se ve, por el costado mismo del Monte Blanco, cuya mole colosal no puede abarcar la vista porque se le toca.

La Cruz de Flegera, al contrario, está colocada en la vertiente de la cadena de las montañas opuestas á la del Monte Blanco. Asi á medida que se va subiendo, sino fuese por la fatiga, se creeria que el coloso que se ve delante es el que se baja poco á poco y con la docilidad de un elefante que se echa en el suelo al mandato de su cornac, para dejarse ver del mismo. Llegados al fin á la cima en donde se encuentra la cruz, el viagero descubre delante de sí, y tan claro cual si no los separase mas que la distancia de algunos centenares de pasos, todos los accidentes de nieves, hielos, rocas y bosques, que la naturaleza caprichosa puede acumular en su desórden ó en su fantasía.

La primera subida que se hace de ordinario es la de la Cruz de Flegera; esto al menos me dijo el guia que me envió el síndico, porque debe saberse que en Chamouny los guias están sujetos á un sindicato que arregla los turnos de servicio, para que ninguno de ellos haga fortuna á costa de sus camaradas, intrigando con los viageros. Como yo no tenia ninguna particular predileccion por el mar de Hielo, dejé para la mañana siguiente la visita que contaba hacerle, y partimos.

El camino de la Cruz de Flegera es bastanle fácil; hay de vez en cuando un paso escar-

pado, algun precipicio, y tal vez unas rápidas pendientes, pero aun que yo no sea un hábil montañés, como se verá en su tiempo y lugar, sali con honor. En cuanto al camino que tenia que andar era un paseo en comparacion de las correrías que habia hecho ya, y tres horas nos bastaron para llegar á la cima. Desde allí se ve de frente lo que el dia antes se veia de perfil llegando por el collado de Balma que entonces sirve de punto de partida en el vasto panorama que se va á recorrer.

Hé indicado ya cuán difícil es el apreciar exactamente la distancia de las montañas, y de las ilusiones de óptica que causan la exajerada proporcion de los objetos que ve uno delante de sí. Desde la Cruz de Flegera divisábamos como á distancia de una legua de nosotros la casita blanca de tejado rojo que hay en la quebradura del collado de Balma, la que no obstante está cuatro leguas distantes de allí, distancia, si estuviese en una llanura, la impediria seguramente descubrir las primeras agujas y nevera que se ven al hacerse cargo uno de las alturas que se tienen delante, son las de Tour. Se eleva esta á siete ú ocho mil pies sobre el nivel del mar. Sigue inmediatamente despues la nevera de Arguntieres y la aguja del mismo nombre, que se levanta negra y punteaguda á la altura de doce mil y noventa pies, despues la aguja Verde, cuya cima cubierta de nieve se presenta cual el gigante de la fábula, que detiene á las águilas en su vuelo y esconde en las nieves su altiva frente. Esta aguja tiene seiscientos pies de altura mas que la anterior.

Luego de frente y apoyándose en el pie de la aguja rojiza del Dru y á los lados del Montauvert, desarrolla el mar de Hielo su inmensa salina, cuyas sólidas ondas, apenas visibles desde aquel sitio, parecen pequeñas montañas cuando se contemplan desde su base. Las cinco agujas que siguen despues son las de Charmoz, del Grepont, de la Bletierra, del Mediodia y del Monte-Maldito. La mas pequeña tiene nueve mil pies.

Por último, se ve la cumbre mas elevada del Mont-Blanc, que tiene de alto catorce mil ochocientos noventa y dos pies, segun Andres de Gy, á catorce mil seiscientos setenta y seis. De su costado nacen, y bajan al valle las neveras de Bosson y de Taconnay.

Al frente de aquella familia de gigantes, cuyas cabezas blanquea la nieve, propónese uno esta cuestion:

—¿La cima de estos montes ha estado en todo tiempo cubierta de nieve como lo está en este momento?

Tratemos de resolverla.

Dos teorías se disputan la formacion de la tierra: la neptuniana y la volcánica.

Todas las investigaciones geológicas tienden á probar que las diferentes capas terrestres resultan de un estado primitivamente fluido. La tierra, tanto en las alturas mas elevadas como en las mas profundas escavaciones, ofrece á la investigacion de los sabios materias cristalinas; luego no pueden existir cristalizaciones salinas sin liquidez. Por su parte en los estractos mas refractarios se hallan impresiones vegetales y animales, que prueban muy bien que aquellas sustancias han sido si no fluidas, ablandadas á lo menos á punto de no dejar duda de que han recibido las señales que han conservado. En fin, la disposicion generalmente reconocida de diferentes materias terrosas sobrepuestas las unas á otras y estendidas en capas paralelas, donde quiera, donde no se ha verificado un cataclismo, no deja duda alguna sobre este punto. Ahora esta fluidez es el resultado de un calor intenso ó el de un liquido primordial. ¿Es debida al sistema volcánico ó al sistema neptuniano, al fuego central ó al Océano universal? ¿Está equivocado Hutton, ó se engaña Werner?

Como cada una de estas teorías puede defenderse con el auxilio de las razones de que se han armado sus autores, y que seria aquí muy prolijo repetir, los geólogos modernos embarazados en la eleccion, se han ocupado únicamente en recoger los hechos y comprobar los resultados; los hechos recogidos, los resultados comprobados prueban que sea primitiva, ó subsiguientemente, la tierra estuvo enteramente cubierta de agua. Las montañas calcáreas del Derbyshiere y las de Graven en el Yorkshire contienen á la altura de dos mil pies sobre la mar, restos fósiles de zoófitos y escamas de pescados. La parte mas elevada de los Pirineos está cubierta de rocas calcáreas donde se descubren señales de animales marinos. La piedra de cal misma, que no ha podido conservar aquellos vestigios, disuelta en un ácido, exala un olor cadavérico sin duda debido á la materia que contiene. A siete mil pies de altura, tres leguas encima de las casas de Stchelberg, mas elevado que el valle de Botun, cubierto hoy por las nevadas, se encuentran hermosas petrificaciones de ammonitas entre los escombros de una hundida montaña, en el lugar que llaman Kriegsmatten. El Monte Perdido á diez mil y quinientos pies sobre el nivel del mar, ofrece iguales restos, en fin, Mr. de Humboldt los ha descubierto tambien en los Andes, á catorce mil pies de elevacion.

Ademas las tradiciones de la Biblia están acordes con las investigaciones de la ciencia. Moisés habla de un diluvio, y Cuvier lo confirma: el profeta y el sabio están acordes para contar á los hombres, á mas de tres mil años de distancia, el mismo milagro geológico; y la Academia registra como una verdad incontestable esta hermosa frase del Génesis, que Voltaire tomaba por el diluvio de la poesía:

Spiritus Dei ferebatur super aguas.

Partamos pues de este punto'
Toda la tierra estuvo cubierta de agua.

Esta agua soportaba, como soporta hoy la tierra, las diez y seis leguas de atmósfera que nos rodean. Bien pronto, ora por que se volatilizase por efecto del fuego interior, este taller de Vulcano, ora por que se evaporase por la accion del sol, ese ojo de Dios, comenzó á disminuir el agua del diluvio.

Entonces las partes mas elevadas de la tierra despuntaron sobre la superficie. El Chimborazo, el Imaüs y el Monte Blanco aparecieron uno tras otro, cual débiles islas en medio del Océano universal. Su contacto con el aire, la luz y el calor les dotó de fertilidad, y como la capa de aire que los rodeaba debia ser casi semejante á la que nos rodea, aparecieron en ellos las plantas, los árboles, los animales y los hombres. Las tradicciones antiguas no hablan mas que de montañas elevadas. Dios crió á Adan y Eva en el Edem. Prometeo formó el primer hombre en el Cáucaso.

Sin embargo, por una ú otra de las causas de que hemos hablado, y tal vez por su combinacion, las aguas se iban siempre retirando, y á mas de las cimas se descubrian ya las faldas de los montes. Al paso que la capa de aire que habia producido la fertilidad, iba bajando gravitando sobre la superficie del agua que se retiraba, la cima de los montes quedaba en una atmósfera mas fria, y que repeliendo á los hombres les obligaba á bajar á las regiones mas templadas. La tierra primitiva que sus abuelos habian visto cubierta de flores y pastos, se convirtió en estéril, seca y desquebrajada; las aguas del cielo viniendo á juntarse á las de la tierra, que se retiraban incensantemente, arrastraron consigo el suelo vegetal, la roca primitiva apareció en su desnuda y árida escabrosidad, y llegó un dia en que los hombres vieron con admiracion la capa de nieve temporal, que blanqueaba las cimas que habian sido su cuna. En fin, cuando el agua dejó en seco el fondo del valle y los cerros llegaron á la atmósfera rarificada, que por lo débil de su densidad se levanta sobre los otros principios acriformes; aquella nieve temporal se convirtió en eterna, y el hielo, invadiendo á su vez las comarcas que el agua fugitiva abandonaba, bajó cual un conquistador de las montañas á los valles amenazando tragárselos á su vez.

Además, aquí como en todas partes, la tradicion popular está acorde con su ignorancia ingeniosa, con la investigacion de la ciencia.

Escuchad á un labriego de la Furca, y os contará que esta montaña es el paso ordinario del Judio Errante cuando vuelve de Italia á Francia, solamente la primera vez que la pasó os dirán la halló cubierta de mieses, la segunda de pinos y la tercera de nieves.

Despues que hube contemplado á mi placer aquel inmenso cuadro, nos bajamos á Chamouny; á la mitad del camino casi, eché de ver que habia perdido mi relój. Quise volver atrás á buscarlo, pero mi guia me dijo que eso corria de su cuenta, no debiendo perderse cosa alguna en el valle de Chamouny. Paréme en un lugar en el que se descubria una vista casi tan hermosa como la de la Cruz de Flegera, y aguardé á mi compañero, á quien al cabo de media hora vi salir contento y triunfante de un bosque de pinos que acabábamos de pasar. Habia encontrado el relój y me lo enseñaba, agitándolo por la parte de la cadena; de seguro que estaba mas contento que yo. Le ofrecí una recompensa que rehusó. Este incidente nos hizo perder unos cuarenta minutos, y no llegamos al lugar hasta las cuatro de la tarde.

Al acercarnos á la posada, vi sentado en el banco delante de la puerta á un anciano de unos setenta años, que se levantó y vino á recibirme al hacerle una seña el mozo de la posada que hablaba con él. Conocí que era mi convidado, y me dirigí hácia él alargándole la mano.

No me habia engañado; era Jaime Balmat, el intrépido guia que en medio de mil peligros habia llegado el primero á la punta mas elevada del Monte Blanco, habia abierto el camino para Saussure. El valor habia precedido á la ciencia.

Le dí las gracias de haberme hecho el honor de aceptar mi convite. El buen hombre creyó que me burlaba de él, no comprendia que él fuese para mí un ser tan estraordinario como Colon, que encontró un mundo ignorado, ó como Vasco de Gama que volvió á hallar otro perdido.

Convidé á mi guia con su decano, y aceptó con tanta sencillez como habia rehusado mi dinero. Nos sentamos á la mesa; yo habia encargado de antemano la comida por la lista; mis comensales parecieron satisfechos y contentos.

Los postres suscitó la conversacion sobre los hechos de Balmat. El anciano, á quien el vino de Montmeillan habia puesto alegre y hablador, no deseaba otra cosa. El renombre de Monte Blanco que ha conservado, prueba ademas está orgulloso por los recuerdos que yo invocaba. No se hizo de rogar cuando le invité á que me contase todos los detalles de su peligrosa empresa. Unicamente me alargó su vaso, que llené, asi como tambien el de mi guia.

—Con vuestro permiso, mi amo; me dijo levantándose.

—En hora buena, y á vuestra salud, Balmat.

Brindamos.

—¡Pardiez! me dijo al sentarse, sois un escelente muchacho.

Y apurando despues su vaso paladeó el vino, cerrando y abriendo los labios, y echándose sobre la espalda de la silla procuró recordar sus ideas, que el último vaso que acababa de beber no habia acelerado mucho probablemente.

Mi guia por su parte se acomodó en su asiento para escuchar mas cómodamente una relacion que ya habia oido mas de una vez,

Hízolo con la mayor facilidad, pues haciendo dar media vuelta á la silla en que estaba sentado, se encontró con los pies cerca del fuego, con el codo sobre la mesa, apoyando la cabeza con la mano izquierda y teniendo un vaso en la derecha.

En cuanto á mí, tomé mi album y mi lapicero, y me preparé á escribir. Asi pondré á la vista de mi lector la relacion pura y sencilla de Balmat.

—¡Hum! Esto era en 1780: yo tenia veinte y cinco años, lo que hace tenga ahora, tal como me veis, setenta y dos bien cumplidos.

Entonces estaba yo bien.....era un moceton á toda prueba, con pantorrillas de diablo y un estómago infernal. Habria pasado tres dias seguidos sin comer..... ya una vez me sucedió habiéndome perdido en el Buet. Comí un poco de nieve, y nada mas.

Algunas veces mirando el Monte Blanco, decia yo entre mí:

—Buen mozo, por mas que hagas, ha de llegar un dia en que monte sobre tus espaldas.... Este pensamiento me bullia siempre dia y noche en la cabeza. De dia me subia al Brébent, de donde se ve el Monte Blanco como os estoy viendo, y pasaba horas enteras buscando un camino. ¡Bah! ¡bah! deciame por último, si no lo hay me lo haré; lo que es preciso es subir. De noche era otra cosa; apenas habia cerrado los ojos, cuando ya estaba caminando; subia al monte cual si hubiese un camino real, y me decia; ¡Caramba! ¡pues no era yo poco bestia en pensar que era tan difícil subir al Monte Blanco! Luego el camino se estrechaba poco á poco; pero á lo menos quedaba una buena senda como aquella de Flegera, y yo iba siempre adelante caminando. Por último, llegaba á sitios desconocidos donde el sendero se perdia y la tierra estaba movediza, y yo me hundia hasta las rodillas. Me era igual, trabajaba. ¡Qué tonto es uno cuando sueña! Despues de mucho trabajo salia de aquellos lodazales y entonces se hacia el monte tan escabroso que era menester andar á gatas; ya entonces era otra cosa. Caminaba de dificultad en dificultad. Ponia los pies sobre las puntas de roca y las sentia menearse como los dientes cuando se van á caer. Entonces sudaba y temblaba como un azogado, ¡era una pesadilla! No importaba, yo continuaba siempre mi camino. Era como un lagarto aferrado en una pared: veia que el suelo se movia debajo de mí, pero esto me importaba poco, yo no miraba mas que al aire, esforzándome para llegar, pero me faltaban las piernas; pues aunque las tenia bien firmes, ya no podia doblarlas. Entonces clavaba en las piedras las uñas, y viendo que iba á caer me decia: ¡Amigo Jaime, si no llegas á asirte de esta rama que tienes encima de la cabeza, estás perdido! Tocaba con las puntas de los dedos aquella maldita rama y me desollaba las rodillas lo mismo que los deshollinadores, tenia agarrada la rama, y estaba firme. ¡Ay, Dios mio! Toda mi vida me acordaré de la noche en que tuve este sueño. Mi muger me despertó dándome un puñetazo. Imaginaos que me habia colgado de su oreja y yo tiraba, tiraba como si fuese un pedazo de goma elástica. Entonces me dije: Jaime, vamos, es menester determinarte; y saltando de la cama, vestíme y calcé mis polainas.—¿A dónde vas? me preguntó mi muger.—A buscar cristal; le respondí.—Mira, no estés inquieta si no vuelvo esta tarde. Si á las nueve de la noche no he llegado, será señal de que me quedaré fuera. Tomé, pues, un palo bien fuerte con garfios, doble mayor que uno de esos regulares, llené mi calabaza de aguardiente, y metiéndome un pedazo de pan en el bolsillo me puse en camino.

Yo habia probado subir por la Mar de Hielo, pero el Monte-Maldito me habia cerrado el paso. Entonces me volví por la Aguja del Goûter, pero para ir desde allí hasta la cúpula del mismo, habia una especie de espina de un cuarto de legua de largo sobre dos pies de ancho: y por debajo mil ochocientos pies de profundidad.—¡Gracias!

Por esta vez resolví cambiar de camino, tomé el de la montaña de la Cote; al cabo de tres horas habia llegado á la nevera de Bossons; la atravesé, pero no era esto lo mas difícil. Cuatro horas despues me hallé en las Grandes-Mulas; llanura en que hoy se está con tanta comodidad, y yo os lo aseguro, esto era ya algo. Habia ganado bien el almuerzo, me comí una corteza de pan y bebí un traguito.— ¡Bueno!

En la época de que os hablo, todavia no se habia formado en las Grandes-Mulas el relleno que hay ahora, y se estaba mal allí, y ademas me tenia bastante inquieto la duda de si mas arriba encontraria lugar en donde pasar la noche; en vano buscaba á derecha é izquierda, pues nada veia. Al fin continué mi camino en gracia de Dios.

Al cabo de andar dos horas y media hallé un hermoso sitio, despejado y seco; sobresalia una peña entre la nieve, y me ofrecia una superficie de seis á siete pies, que era todo lo que necesitaba, no para dormir, sino para aguardar el amanecer de un modo menos duro que en la nieve. Eran las siete de la tarde, corté mi segundo pedazo de pan, bebí otro trago y me instalé sobre la peña en donde iba á pasar la noche, en lo cual empleé muy poco tiempo, pues que la cama costaba poco de hacer.

A eso de las nueve vi acercarse la oscuridad que subia del valle cual un humo denso y que veia se adelantaba lentamente. A las nueve y media me alcanzó y rodeó completamente, no obstante, veia encima de mi los últimos rayos del sol poniente, que á poco abandonaron la elevada cima del Monte Blanco. Seguílos con la vista mientras pude verlos. Al fin desaparecieron y anocheció. Vuelto hácia

Chamouny, como estaba, tenia á mi izquierda la inmensa llanura de nieve que sube á la cúpula de Goûter, y á la derecha de mi un precipicio de ochocientos pies de profundidad. Yo no queria dormirme de miedo de caer soñando, y asi me senté sobre mi morral y empecé á patear y darme con la una á la otra mano para mantener el calor. Bien prontó salió pálida la luna entre un cerco de nubes, y que del todo la cubrieron sobre las once. Al mismo tiempo veia bajar de la Aguja del Goûter una maldita niebla, que asi que estuvo sobre mí empezó á escupirme nieve á la cara. Entonces envolví la cabeza con el pañuelo y me burlé de ella. A cada minuto oia la caida de los aludes que rodando retumbaban como los truenos. Las neveras crugian, y á cada crugido sentia estremecerse la montaña. Yo no tenia hambre ni sed, y esperimentaba un estraño dolor de cabeza que me cogia desde la nuca hasta las cejas. Durante este tiempo la niebla continuaba. Mi aliento se habia helado sobre el pañuelo: la nieve habia empapado mis vestidos, y muy pronto me pareció que estaba desnudo. Redoblé la rapidez de mis movimientos y me puse á cantar para alejar una porcion de ideas tontas que me ocurrian; mi voz se perdia entre la nieve, y ninguno me respondia; en medio de aquella naturaleza helada todo estaba muerto, y mi voz me hacia á mi mismo una maldita impresion. Calléme porque tenia miedo.

A las dos el cielo empezó á blanquear hácia el Oriente, y con los primeros rayos del dia sentí renacer el valor.

Salió el sol luchando con las nubes que cubrian el Monte Blanco, esperaba siempre que al fin las disiparia, poco despues de cuatro horas se espesaron mas y mas, y el sol fué debilitándose, y conocí por último que me seria imposible ya aquel dia ir mas lejos. Entonces, para no perderlo todo, me puse á esplorar los alrededores, y pasé todo el dia visitando neveras y buscando los mejores pasos. Como venia la noche y con ella la niebla, volví á bajar hasta el *Pico del Pájaro* donde me cogió la noche. Pasóla mucho mejor que la anterior, porque ya no estaba sobre el hielo y pude dormir un poco. Me desperté tiritando, y tan pronto como amaneció, volvime á bajar hácia el valle, porque habia dicho á mi muger que no estaria fuera mas que tres dias. Hasta que llegué al pueblo de la Cote, no se deshelaron mis vestidos.

No habia aun dado cien pasos fuera de las últimas casas, cuando encontré á Francisco Paccard, á José Carier y á Juan Miguel Tournier. Eran tres guias, que llevaban su palo, su morral y su vestido de viage. Preguntéles á dónde iban, y me respondieron que á buscar unos cabritos que habian dado á guardar á unos muchachos. Como los cabritos no valen mas que cuarenta sueldos, creí por su respuesta que me querian engañar, y pensé que intentaban hacer el viage que yo no habia podido verificar, tanto mas, cuanto que Mr. de Saussure habia ofrecido un premio al primero que llegase á la cima del Monte Blanco. Una ó dos preguntas que me hizo Paccard sobre el lugar en donde podria dormirse en el *Pico del Pájaro* me confirmaron en mi opinion.

Respondíles que todo estaba lleno de nieve y que me parecia imposible hacer alto allí: entonces, los vi hacerse una seña de inteligencia, y yo hice como que no lo veia. Retiráronse aparte, se consultaron, y concluyeron por proponerme si queria subir con ellos. Acepté, pero no quise faltar á la palabra que habia dado á mi muger de volver á los tres dias. Volví á mi casa á decirla que no tuviese cuidado, y mudarme las medias y polainas, y tomar algunas provisiones.—A las once de la noche, sin haberme acostado, volví á marcharme, y al cabo de una hora encontré á mis compañeros en el *Pico del Pájaro*, cuatro leguas mas abajo del lugar en que habia pasado la noche anterior: dormian como marmotas; los desperté, y al instante se levantaron y nos pusimos los cuatro en camino Aquel dia atravesamos la nevera de Taconnay, subimos hasta las *Grandes-Mulas*, donde yo la antevíspera habia pasado tan famosa noche; luego tomando hácia la derecha, llegamos á eso de las tres á la cima de Goûter. Y á uno de nosotros, á Paccard, le habia faltado el aire un poco mas arriba de las Grandes-Mulas, y se habia quedado acostado sobre la ropa de uno de sus compañeros.

Llegados á la cúspide de la cúpula vimos menearse en la Aguja del Goûter una cosa negra que no podiamos distinguir. No sabíamos si era un gamo ó un hombre. Gritamos y nos respondieron, y despues, al cabo de un instante, como estábamos callados por oir un segundo grito, llegaron á nosotros estas palabras: *¡Hola! ¡los otros! aguardad, queremos subir con vosotros.*

Los aguardamos en efecto, y mientras los aguardábamos vimos llegar á Paccard que habia recobrado sus fuerzas. Al cabo de media hora nos alcanzaron los otros, que eran Pedro Balmat y María Coutet, que habian apostado con mis compañeros que llegaria antes que ellos á la cúpula del Goûter, y habian perdido la apuesta. Durante este tiempo, yo me habia aventurado á la descubierta para utilizar los momentos, andando un cuarto de legua, á caballo podria decir, en la espina ó lomo que une á la cúpula del Goûter con la cima del Monte Blanco. Aquello era un camino de volatineros, pero érame igual, me parece que habria llegado al cabo si no me hubiese venido á cerrar el camino el Pico Rojo. Como era imposible pasar mas adelante, volvíme hácia el sitio en que habia dejado á mis camaradas; pero ya no hallé mas que mi morral, pues aquellos, desesperanzados de trepar hasta la punta del Monte Blanco, se habian vuelto di-

ciendo:—Balmat es ligero, y nos alcanzará. Halléme solo y vacilé un momento entre el deseo de irme con ellos, y las ganas de intentar mi ascension. Habíame incomodado su abandono, pues un no sé qué, me decia que esta vez saldria adelante con mi empresa. Decidíme, pues, por este último partido: cargué con mi morral y me puse en camino; eran ya las cuatro de la tarde.

Atravesé la grande llanura y llegué hasta la nevera de la Brinva, desde donde descubri á Cormayor, y el valle de Aosta en el Piamonte. Cubria la niebla la cima del Monte Blanco y no contento con subir á ella, menos por miedo de perderme, que seguro de que no viéndome mis compañeros no quisiesen creer que habia llegado hasta allí. Aproveché el poco tiempo de dia que me quedaba para buscar un abrigo; pero al cabo de una hora, no habiendo podido hallarlo, y acordándome de la otra noche que os he contado, resolví volverme á mi casa. Púseme á caminar, pero al llegar á la grande llanura, como aun no sabia guardarme la vista con un velo verde, como supe despues, la nieve me fatigó los ojos, tanto que no podia ya distinguir nada, y tenia vértigos que me hacian ver grandes manchas de sangre.

Sentéme para reponerme, y dejé caer la cabeza entre las manos. Al cabo de una media hora, tenia ya buena la vista, pero habia llegado la noche y no tenia tiempo que perder. Me levanté, y adelante.

No habia yo dado cien pasos, cuando sentí palpando con mi palo que se hundia bajo mis pies el hielo, y me hallaba á orillas de la gran grieta. Ya sabes tú, Pedro Payot (este era el nombre de mi guia), la grieta grande en que murieron los tres, y de donde han sacado á María Coutet.

—¿Qué historia es esa? pregunté yo interrumpiéndole.

—Yo os la contaré mañana, contestó Payot, y luego, dirigiéndose á Balmat, le dijo, vamos, tio Jaime, continuad, que os escuchamos.

Balmat continuó:

—¡Ah! ya te conozco, la dije. El caso es, que aquella misma mañana la habiamos pasado por un puente de hielo cubierto de nieve. Lo busqué; entonces no pude hallarlo, porque la noche iba oscureciéndose mas y mas, y se fatigaba mi vista tambien cada vez mas. Volvióme el dolor de cabeza de que antes he hablado; no tenia ninguna gana de comer ni beber, y violentas palpitaciones me atormentaban el corazon. Sin embargo, era preciso decidirse á permanecer junto á la grieta hasta el amanecer. Puse mi morral sobre la nieve, coloqué como una cortina mi pañuelo sobre la cara, y me preparé lo mejor posible á pasar una noche como la otra. Sin embargo, como me hallaba cerca de dos mil pies mas alto, el frio era mucho mas intenso, y una fria y menuda nieve, me helaba hasta los huesos; sentia una pesadez y una gana irresistible de dormir, ocurríanme pensamientos tan tristes como la muerte, y yo bien sabia que estos tristes pensamientos y esta gana de dormir, eran mala señal, y que si tenia la desgracia de llegar á cerrar los ojos, podria ser muy bien que no los volviese á abrir mas. Desde el sitio en donde estaba, descubria á diez mil pies debajo de mi las luces de Chamouny, en donde mis camaradas estaban abrigados al rededor de la lumbre ó en la cama. Deciame yo: Tal vez ninguno de ellos piensa en mi, y si por ventura piensa alguno, dice sin duda al tiempo de atizar la lumbre ó de taparse esta oreja con la manta de su cama:—A estas horas aquel imbécil de Balmat, estará corriendo para entrar en calor.

—¡Buen ánimo, Balmat!—¡No era ánimo lo que me faltaba, sino fuerza! El hombre no es de hierro y yo conocia bien que no estaba allí muy cómodamente. En fin, en los cortos intérvalos de silencio, que interrumpia de minuto en minuto la caida de los aludes y el crugido de las neveras, oia ladrar un perro en Cormayor, aunque distaba aquel pueblo legua y media del sitio en que yo me hallaba; con esto me distraia.—Era el único ruido de la tierra que llegaba hásta mí. Sobre la media noche calló el maldito del perro, y volvíme á quedar en ese diablo de silencio como lo hay en los cementerios, porque no cuento por nada el ruido de las neveras y de los aludes. Aquel ruido es la voz de la montaña que se queja, y lejos de tranquilizar al hombre le espanta.

A eso de las dos ví aparecer en el horizonte la misma línea blanca de que ya os he hablado. El sol la seguia como la primera vez; como la primera vez tambien el Monte Blanco se habia calado su peluca, lo que le sucede cuando está de mal humor, y entonces no basta restregarse las manos. Yo conocia su carácter, y asi me dí por avisado, volví á bajar al valle, contristado, pero no desanimado por aquellas dos inútiles tentativas, por que ahora estaba bien cierto de que á la tercera vez seria mas feliz. Al cabo de cinco horas hallábame ya de vuelta en el lugar; eran las ocho de la mañana. En mi casa todo iba bien; mi muger me ofreció de comer, tenia mas sueño que hambre; ella quiso que durmiese en el cuarto pero temia yo que me importunasen las moscas, fuíme á encerrar en el pajar, en donde me eché y dormí veinte y cuatro horas sin despertarme.

Tres semanas pasaron sin mudanza favorable de tiempo, y sin disminuir ni en un ápice mis vivos deseos de hacer la tercer tentativa. El doctor Paccard, pariente del guia de quien he hablado, deseaba acompañarme en esta, y convenimos en partir juntos el primer dia bueno que hubiese. Al fin, el dia 8 de agosto de 1786 nos pareció bastante seguro, para arriesgarnos al viage. Fuí á encontrar á Paccard y le dije:

—Vamos, doctor, ¿estais bueno? ¿No teneis miedo al frio, á la nieve ni á los precipicios? Hablad.

—Contigo no tengo miedo de nada, me respondió.

—Pues ea, que ya es hora de trepar por esos riscos.

El doctor me dijo que estaba listo; pero en el momento de cerrar la puerta creo que el valor le faltó un poco, porque la llave no podia sacarla de la cerradura. Daba vueltas y revueltas, hasta que me dijo:

—Mira, Balmat, hariamos bien en tomar otros dos guias.

—No señor, le respondi, ó yo subiré solo con vos ó subireis con los otros; quiero ser el primero y no el segundo.

Reflexionó un instante, sacó la llave, se la metió en el bolsillo y me siguió maquinalmente con la cabeza baja. Al cabo de un rato meneó la cabeza.

—Bueno, me dijo, me fio de tí, Balmat...

—Adelante y en gracia de Dios.

Despues se puso á cantar, pero no muy afinado. El doctor no iba muy contento. Entonces le cogí del brazo y le dije:

—Es necesario que nadie sepa nuestro proyecto mas que nuestras mugeres.

Una tercera persona entró en la confianza, y esta fué la tendera en cuya tienda nos habiamos visto obligados á comprar jarabe para mezclar con el agua, siendo demasiado fuertes para aquel viage el vino ó el aguardiente. Como ella sospechaba alguna cosa, se lo manifestamos todo, invitándola á mirar al dia siguente á las nueve de la mañana hácia el lado de la cúpula del Goûter, á cuya hora debiamos hallarnos alli ya, si no nos sucedia alguna desgracia ó contratiempo.

Arreglados nuestros asuntos y despedidos de nuestras mugeres, partimos á las cinco de la tarde, tomando el uno por la derecha y el otro por la izquierda del Arro, á fin de que nadie pudiese sospechar nuestro proyecto y nos reunimos en el lugar de la Cote. Aquella misma noche fuimos á dormir encima de la Cote entre la nevera de Bossons y la de Taconnay. Yo me habia llevado una manta, de la cual me serví para abrigar al doctor envolviéndolo como á una criatura, y gracias á esta precaucion pasó bastante buena noche: en cuanto á mi dormí de un tiron hasta cerca de la una y media. A las dos apareció la línea blanca, y pronto despues salió el sol hermoso y brillante, sin nubes ni niebla, prometiéndonos en fin, un famoso dia. Desperté al doctor y nos pusimos en camino.

Al cabo de un cuarto de hora entramos en la nevera de Taconnay. El doctor temblaba un poco al dar los primeros pasos en aquel mar, entre aquellas aberturas cuya profundidad no puede medir la vista, sobre aquellos puentes de hielo que se sienten crugir debajo de uno, y que si llegasen á hundirse os hundirian tambien con ellos; pero poco á poco cobró aliento viéndome á mí, y salimos del paso sanos y salvos. Inmediatamente empezamos á trepar por las Grandes-Mulas, que pronto dejamos detrás. Enseñé al doctor el lugar donde yo habia pasado la primera noche, hizo un gesto muy significativo, callóse unos diez minutos; y deteniéndose de pronto:

—¿Crees tú, Balmat, me preguntó, que llegaremos hoy á la cima del Monte Blanco?

Yo comprendí bien de lo que trataba y le tranquilicé riendome, pero sin prometerle nada. Subimos aun asi por espacio de dos horas: desde la llanura habia comenzado á correr un vientecillo, que cada vez se hacia mas vivo á medida que adelantábamos; pero asi que llegamos al saliente de una roca que llaman la Mula Pequeña una ráfaga de viento se llevó el sombrero del doctor. Al voto redondo que echó, volvime y vi su sombrero que iba revoloteando hácia la parte de Cormayor. Contemplábale marcharse con los brazos abiertos.

—¡Oh! despedios de él para siempre, doctor, le dije, ¡ya no volvereis á verlo mas! ¡Se va hácia el Piamonte! ¡Buen viage!

Parecia que el viento habia tomado gusto á la burla, pues apenas habia dicho esto, cuando otra ráfaga nos obligó á echarnos en el suelo boca abajo para no irnos tras del sombrero, y en diez minutos no nos pudimos levantar. El viento azotaba la montaña y pasaba silbando sobre nuestras cabezas, y llevando torbellinos de nieve grandes como una casa. El doctor se hallaba desalentado, y yo no pensaba mas que en la tendera que á aquella hora debia estar mirando la cúpula del Goûter: así á la primer tregua que nos dió el viento me puse en pie; pero el doctor no quiso seguirme si no á gatas. Así llegamos á una punta desde donde podiamos descubrir el pueblo. Allí saqué mi anteojo de larga vista, y á doce mil pies debajo de nosotros en el valle, distinguí á nuestra buena comadre, á la cabeza de mas de cincuenta personas que se disputaban los anteojos unos á otros para mirarnos. Una consideracion de amor propio decidió al doctor á ponerse en pie: al momento que lo hubo hecho vimos que los del pueblo nos reconocian, al doctor por su levita y á mí por mi trage habitual. Los del valle nos hicieron señas con los sombreros, y yo les respondí con el mio. El doctor no pudo, por que el suyo estaba ausente con licencia absoluta.

Paccard habia gastado toda su energía en levantarse, y ni mis esfuerzos ni el estímulo que debian darle las señas de los del valle, podian determinarle á continuar subiendo mas. Despues de haber agotado en vano toda mi elocuencia, y cuando vi que perdia el tiempo, le dije que procurase estar lo mas caliente que pudiese, moviéndose mucho; me escuchaba sin oirme y respondia *sí, sí,* para desembarazarse de mí. Comprendí que debia tener frio, yo mismo estaba abotagado; de-

jéle la botella y me marché solo, diciéndole que volveria á buscarlo. *Sí, sí,* me respondió. Recomendéle de nuevo que no estuviese quieto en un solo sitio, y marchéme. Aun no habia dado treinta pasos cuando volviéndo la cabeza lo ví, que en vez de correr y saltar, se habia sentado de espaldas al viento, lo cual no dejaba de ser una escelente precaucion.

De allí en adelante el camino no presentaba una gran dificultad, pero á medida que iba subiendo el aire se hacia menos respirable. Veíame obligado á pararme de diez en diez pasos como un tísico, me parecia que ya no tenia mas pulmones y que mi pecho estaba vacío. Doblé entonces mi pañuelo á manera de corbata, me lo até sobre la boca, y empezé á respirar al través de él, con lo cual me alivié un poco. Sin embargo, cada vez sentia mas y mas frio, tardé una hora para andar un cuarto de legua. Caminaba con la cabeza baja, pero viendo que me hallaba en una punta que no conocia, levanté la cabeza, y ví que al fin habia llegado á la cumbre del Monte Blanco.

Entonces volví los ojos en mi derredor, temblando por si acaso me engañaba, y de miedo de ver otra aguja ó alguna nueva punta, porque no habria tenido fuerza para subirla; las articulaciones de mis piernas parecian sostenerse solamente con el auxilio de mi pantalon.—Pero no, no. Yo habia llegado al término de mi viage, habia llegado allí á donde nadie habia llegado, ni aun las águilas ni los gamos; habia llegado solo y sin mas socorro que mi fuerza de voluntad: parecia que era dueño de cuanto me rodeaba: yo era el rey del Monte Blanco, yo era la estátua de aquel inmenso pedestal.—¡Ah!

Entonces me volví hácia Chamouny, agitando mi sombrero á la punta de mi palo, y por medio de mi anteojo, ví que los del pueblo respondian á mis señas. Mis vasallos del valle me habian visto, y todo el pueblo se hallaba en la plaza.

Pasado aquel primer momento de exaltacion, pensé en mi pobre doctor. Bajé hácia él tan aprisa como pude, llamándole por su nombre, y asustado, no oyéndole responder; al cabo de un buen rato, le ví á lo lejos redondo como una bola, sin hacer movimiento alguno, á pesar de los gritos que yo le daba, y que seguramente llegaban á sus oidos. Le hallé con la cabeza entre las piernas, encogido y hecho un ovillo. Toquéle en la espalda, y levantó maquinalmente la cabeza: díjele que habia llegado á la cúspide del Monte Blanco, y parece que esto le fué bastante indiferente, pues no me respondió mas que para preguntarme dónde podria echarse á dormir.

Le dije que él habia subido para llegar á lo mas alto de la montaña, y que subiria. Le sacudí para volverlo en sí, le cogí por debajo de los sobacos y le hice dar algunos pasos. Estaba entumecido y lo mismo le daba ir á un lado que á otro, y lo mismo subir que bajar. Sin embargo, el movimiento que yo le obligué á hacer le restableció un poco la circulacion de la sangre, y entonces me preguntó si por acaso tenia en mi faltriquera unos guantes como los que yo llevaba en mis manos. Eran estos de piel de liebre, que yo me habia hecho espresamente para mi escursion sin separacion entre los dedos. En la situacion en que yo mismo me hallaba, le hubiese negado los dos á mi hermano; le dí, pues, uno.

A las seis, poco mas, estábamos en la cima del Monte Blanco, y aunque el sol despedia un vivo resplandor, el cielo nos parecia de un azul, subido y veíamos brillar en él algunas estrellas. Cuando dirigiamos los ojos hácia abajo, no veíamos mas que hielos, nieves, rocas, agujas, picos descarnados. La inmensa cadena de montañas que recorre el Delfinado y se estiende hasta el Tirol, ostentaba sus cuatrocientas neveras resplandecientes de luz. Apenas el verdor parecia ocupar lugar en la tierra. Los lagos de Ginebra y de Neuchatel no eran mas que unos puntos azules casi imperceptibles. A nuestra izquierda se estendia la Suiza montañosa, y mas allá la Suiza de las praderas parecida á una rica alfombra verde; á nuestra derecha todo el Piamonte y la Lombardía hasta Génova; enfrente teníamos la Italia. Paccard no veia nada, yo se lo contaba; en cuanto á mí, yo no padecia, no estaba cansado ni sentia apenas aquella dificultad de respirar que poco antes casi me habia hecho desistir de mi empresa. Así estuvimos mas de treinta minutos.

Eran las siete de la noche, no nos quedaban mas que dos horas y media de dia, por lo que era preciso partir. Cogí á Paccard por debajo del brazo y haciendo con mi sombrero la última seña á los del valle, empezamos á bajar. Ningun camino trazado nos dirigia, el viento era tan frio que la nieve no estaba derretida ni aun en la superficie, sin hallar mas señal que los agujeros que habian hecho nuestros palos al subir. Paccard no era mas que un niño, sin energía y sin voluntad á quien yo guiaba en el buen camino, llevándolo á cuestas en el malo. Cuando pasamos la grieta empezaba á anochecer, y en la grande llanura era ya de noche. Paccard se detenia á cada paso, declarando que no queria andar mas, y á cada paso, le hacia yo andar no por persuasion, porque de esto nada entendia si no á la fuerza. A las once salimos al fin de las regiones heladas y pusimos el pie sobre tierra firme; hacia ya una hora que habiamos perdido toda reverberacion del sol: entonces permití á Parccad que se parase, y me preparaba á envolverle de nuevo en la manta, cuando advertí que ya no se valia de las manos. Híceselo observar, y me respondió que no era estraño, pues que no las sentia, Quitéle sus guantes, y sus manos estaban blancas y como muertas, y yo mismo tenia

paralizada la mia en que me habia puesto su guante fino de piel en vez del de liebre que yo dejé. Decíale que entre los dos teníamos tres manos heladas, pero esto le importaba poco, puesto que no pedia mas que donde acostarse y dormir. Díjome que me frotase con nieve la parte entumecida; el remedio no estaba lejos. Hícelo asi empezando por él y acabando por mí. Luego pronto volvió á entrar en reaccion la sangre, y con ella volvió el calor; pero con unos dolores tan agudos cual si nos hubiesen picado las venas con agujas. Envolví á mi pobre muñeco en la manta, y lo acosté al abrigo de una roca, comimos un bocado, bebimos un trago, y arrimándonos mucho el uno contra el otro, cuanto pndimos, nos dormimos.

A la mañana siguiente á las seis, Paccard me despertó.—¡Qué estraño es esto! me dijo Balmat: oigo cantar los pajarillos y no veo la luz, sin duda no podré abrir los ojos.

Advertid que los tenia bien abiertos. Respondile, que sin duda alguna se engañaba y que debia ver muy bien. Entonces me pidió un poco de nieve que derritió con aguardiente en el hueco de la mano, y se frotó los párpados; pero no por esto vió mas, solamente que los ojos le escocian mas fuertemente.

—Veamos, parece que me he vuelto ciego, Balmat. Y ahora, ¿cómo haré para bajar?

—Agarraos á la correa de mi morral y venid detrás de mí, este es un medio.

Asi bajamos y asi llegamos al pueblo de Cotte. Allí, como temia que mi muger no estuviese alarmada, dejé al doctor que se fué á su casa, palpando con su palo, mientras yo volví á la mia, y entonces, y solo entonces, vi cómo venia. Yo mismo no me reconocia. Tenia los ojos encarnados, la cara negra y los labios amoratados; cada vez que reia ó bostezaba me brotaba la sangre de los labios y megillas, y por último no podia mirar á la luz.

Cuatro dias despues salí para Ginebra, á fin de hacer saber á Mr. de Saussure que yo habia llegado á escalar el Monte Blanco pero ya lo sabia, pues se lo habian dicho unos ingleses. Vínose inmediatamente conmigo y probamos la ascension; pero el tiempo no nos dejó subir mas arriba de la montaña de Cotte, y hasta al año siguiente no se pudo completar su gran proyecto.

—¿Y el doctor, Paccard, dije yo, ha quedado ciego?

—¡Ah sí, ciego! Hace once meses que ha muerto, á la edad de setenta y nueve años, y aun leia sin gafas. No tenia mas que los ojos sumamente encarnados.

—¿De resultas de la subida?

—No señor, no.

—¿Pues entonces, de qué?

—El buen hombre empinaba un poco el codo...

Al decir esto Balmat apuró su tercera botella.

EL MAR DE HIELO.

Habia citado á Payot para el dia siguiente á las diez de la mañana, el paseo que deviamos de hacer era de seis á siete leguas de ida y vuelta; vino á buscarnos cuando acabamos de almorzar, habia estado la víspera y cuando nos dejó, fué á acompañar á Balmat un corto trecho, y le habia dejado muy satisfecho de mí, y me prometió venir á visitarme al anochecer.

A la salida del pueblo, Payot se quedó atrás para hablar con una muger que encontró; como el camino se dividia á los cien pasos nos paramos ignorando cual de los dos caminos era preciso tomar; apenas Payot nos vió indecisos, vino á nosotros, y nos dijo para escusarse de la duda momentánea en que nos habia puesto.

—Estaba hablando con María.

—¿Quién es esa María?...

—Es la única muger de la tierra que haya jamás subido al Monte Blanco.

—¿Cómo es eso, esa muger? Me volví para mirarla.

—Sí, esa muger es un huron, imaginaos que en 1811 los habitantes de Chamouny se dijeron una mañana; bueno y hermoso es el conducir todos los dias á los estrangeros á la cumbre del Monte Blanco por gusto suyo, ¡si subiésemos un dia solo por el nuestro! Dicho y hecho, convinieron que al domingo siguiente, si hacia buen tiempo, los que quisiesen hacer parte de la caravana se reunirian en la plaza. A la hora citada, Jaime Balmat, que habiamos hecho nuestro capitan, nos encontró á todos reunidos; éramos en todos siete incluso él: los cuales eran Victor Terraz, Miguel Terraz, María Frasseron, Eduardo Balmat, Jaime Balmat y yo. Al tiempo de marchar, nos sorprendió al ver dos mugeres que llegaban para hacer la ascension con nosotros. La una de ellas llamada Eufrosina Ducrop, daba el pecho á un niño de siete meses. Balmat no quiso recibirla en la compañía; la otra que es la que acabais de ver, no estaba aun casada, y se llamaba Maria Paradis. Jaime Balmat se aproximó á ella, la tomó las dos manos y la miró fijamente.

—¿Pero qué, hija mia, estais decidida á venir con nosotros?

—Sí.

—¿Es que no necesitamos lloriqueos, lo entendeis?

—No haré mas que reir en todo el camino.

—No exijo eso, puesto que siendo yo un lobo viejo de la montaña, no me comprometeria á hacerlo, únicamente se os pide el que seais valiente y tengais ánimo; si os sentis con valor para marchar, dirigios á mí y aunque hu-

biese que llevaros sobre mis espaldas, os prometo que ireis á donde vayan los demas; ¿lo entendeis?

—Bien, contestó María tendiéndole la mano.

Arreglados todos de este modo emprendimos el viage.

Al anochecer, como de costumbre, se acostaron en las Grandes-Mulas: como las jóvenes tienen el sueño agitado, y que soñando hubiesen podido caer en el barranco, del cual os ha hablado Balmat, la pusimos entre nosotros, cubriéndola con vestidos y mantas; pasó por consiguiente una noche bastante buena.

Al dia siguiente, al amanecer todo el mundo estaba levantado; cada uno sacudió sus orejas, se sopló los dedos y emprendimos la marcha; muy pronto llegamos á un sitio escarpado, y nos encontramos delante de una especie de pared de mil doscientos á mil cuatrocientos pies de altura, y cuando digo una pared, bastará que os esplique el modo con que lo subimos para que convengais que nada exagero en esto. Jacobo Balmat, que subia el primero, no podia bajarse bastante para dar la mano al segundo de nosotros; entonces le alargó la pierna, sosteniéndose con su palo metido en el hielo, hasta que el segundo guia, agarrándose á su pierna, procuró coger el baston. En seguida Balmat tomando otro baston de las manos del segundo guia, lo ponia mas alto y recomenzaba la misma maniobra, que esta vez, se estendia del segundo al tercero, y á medida que subian despues, del tercero á los demás, formando un camino pegado al hielo como un reguero de hormigas contra la pared de un jardin.

—Y María, interrumpi yo, ¿á quién alargaba la pierna?

—¡Ah! María subió la última, contestó Payot; ademas nosotros no estábamos para mirar nada. Unicamente nos haciamos cargo, que si el primer baston llegaba á romperse, caiamos todos y á medida que subiamos, reflexionábamos mas y mas sobre esto; en fin, no hubo que deplorar ninguna desgracia, y ni aun á María le sucedió nada; pero apenas llegamos arriba, fuese cansacio de la subida, ó por medio de reflexion, sintió que sus piernas le flaqueaban; entonces se aproximó riendo á Balmat, y le dijo en voz baja á fin de que los otros no le oyesen: Mas despacio Jaime el aire me falta, haced como que sois vos el que está cansado. Balmat sigutó mas despacio, María se aprovechó de esta pausa para comer nieve á puñados, en vano la dijimos que la crudeza de la nieve la haria daño en el estómago. Era como si hablásemos al aire. Al cabo de diez minutos empezó á desfallecer; Balmat no bien lo vió llamó á otro guia, la tomaron en los brazos y la ayudaron á andar. En aquel momento, Victor Terraz se sentó y dijo: que ya no podia dar un paso mas. Balmat me hizo señas para que fuese á tomar el brazo de María en lugar suyo, se fué hácia Terraz que ya empezaba á dormirse y le sacudió vigorosamente.

—¿Qué me quereis? dijo Terraz.

—Quiero que vengas.

—Y yo quiero quedarme, soy libre de hacerlo.

—Te engañas.

—¿Me quereis decir por qué?

—Porque hemos salido siete y todos saben que somos siete los que hemos salido, y en llegando á la llanura nos podrán distinguir desde Chamouny las gentes del pueblo; verán entonces que no somos mas que seis, creerán que ha sucedido alguna desgracia á alguno, y como no sabrán á cuál, pondrás en consternacion á siete familias.

—Teneis razon, Balmat, dijo Terraz levantándose.

No se unieron á nosotros los dos rezagados hasta llegar á la punta del Monte Blanco, María estaba casi desmayada; sin embargo, se reanimó un poco y dirigió la vista al inmenso horizonte que se descubria, la digimos riendo que la dábamos por dote todo el pais que pudiese descubrir. Entonces Balmat añadió: ya que está dotada es necesario casarla: señores, ¿quién es el guapo que quiera casarse aqui?

—Nadie se presentó, escepto Miguel Terraz que me pidió media hora para reflexionarlo.

Como no podiamos estar mas que diez minutos poco mas ó menos, no se pudo aceptar la proposicion; asi es, que en seguida que hubimos visto aquello, Balmat nos dijo: hijos mios, esto es muy bueno, muy hermoso, pero el tiempo pasa. En efecto, el sol se marchaba, y nosotros hicimos lo mismo.

A la mañana siguiente cuando descendimos á Chamouny nos encontramos todas las mugeres del pueblo que esperaban á Maria para preguntarla detalles sobre su viage, ella contestó que habia visto tantas cosas que seria muy largo contarlas; pero que si tenian curiosidad de conocerlas, no tenian que hacer, mas que hacer ellas mismas el viage. Ni una siquiera aceptó.

Desde este tiempo, María ha quedado la heroina de Chamouny como Jaime es el héroe y dividen entre sí la curiosidad de los estrangeros y el sobrenombre de Monte Blanco, A cada nueva ascension va á establecerse un poco mas arriba de la aldea de Cote, y alli prepara una comida que los viageros nunca dejan de aceptar á la vuelta, y huéspeda y convidados con el vaso en la mano brindan por los peligros del viagero y el buen éxito de las nuevas ascensiones.

—¿Suelen suceder algunas desgracias? pregunté.

—A Dios gracias, me respondió Payot, nunca ha habido mas que guias que han muerto. Dios ha preservado siempre á los viageros.

—Efectivamente, Balmat hablaba ayer de un barranco en que cayó Coutet; pero me parece que entendi que lo habian sacado,

—Es verdad, aunque vió la muerte bien cerca, está hoy dia tan sano y fuerte como yo; pero otros tres quedaron sepultados con doscientos pies de nieve sobre el cuerpo; asi en las noches claras se ven revolotear tres llamas encima del barranco donde están sepultados; son sus almas que reviven, pues no es una sepultura cristiana un ataud de hielo y una mortaja de nieve.

—¿Y cuáles son los detalles de ese suceso?

—Escuchad, caballero, me dijo Payot, con una repugnancia marcada, probablemente antes de salir de Chamouny encontrareis á Coutet, él mismo os la contará; en cuanto á mí no era de la espedicion. Ví que la impresion que le dejaba el recuerdo de este accidente era tan profunda y triste que no tuve valor para insistir; por otra parte él se apresuró á distraer mi atencion de este objeto, haciéndome notar una fuentecita que corre á la derecha del camino.

—Es la fuente de Caillet, me dijo.

La miré con atencion, y como no encontrase nada de estraordinario, metí la mano pensando que seria un manantial mineral; estaba fria, entonces la probé creyendo seria ferruginosa; tenia el gusto del agua ordinaria.

—Y bien, dije levantándome: ¿qué es la fuente de Caillet?

—Es la fuente que Mr. de Floriant ha *inmortalizado* haciendo pasar en su orilla la primera escena de su novela Claudina.

—¡Ah! ¡ah! diablo, y no tiene otro atractivo á la curiosidad de los viageros?

—No señor, sino es el que está situada á la mitad del camino de la subida de Chamouny al Mar de Hielo.

—¿A mitad de camino?

—¡Justo!

—Amigo mio, ¿quereis que os dé un consejo?

—Con mucho gusto, caballero.

—Pues bien, es, el de no olvidar jamás por la inmortalidad de vuestra fuente el añadir como ahora mismo habeis hecho, el segundo título al primero; vereis á cuál de los dos se muestra mas sensible el viagero.

En efecto, el camino de Montauvert es uno de los mas execrables que yo he hecho, pero sobre todo, hácia fines del año. Cuando la gente de á pie y las mulas lo han estropeado, las partes estrechas del camino se van desigualando y dejando de ser plana la superficie convirtiéndose en un plano inclinado, es como si se marchase por un tejado de una altura de dos mil pies; un paso en falso, una distraccion, un punto de apoyo que falte, le hace á uno rodar hasta el torrente de Abeyron que se oye rugir en el fondo del precipicio precediéndole siempre como para enseñarle á uno el camino, las piedras que al mas leve movimiento pierden su equilibrio y cuyo peso las arrastra. Por este feliz camino tiene uno que trepar mas bien que subir durante tres horas casi. Despues se descubre una casa perdida entre los árboles; es la venta de las Mulas; veinte pasos mas allá se alza una casita dominando el Mar de Hielo, es la posada para los viageros. Si no temiese el pasar por parcial por la especie humana, añadiria tambien que allí son tratados mejor los cuadrúpedos, que los vípedos, en atencion á que para aquellos hay su cuadra, paja, avena, heno y salvado, lo cual para ellos equivale á una comida de cuatro principios, mientras que los vípedos no pueden conseguir en la posada mas que leche, pan y vino, lo que no equivale á un mal desayuno.

Por otra parte, la primera necesidad que se siente al llegar á la cima, no es el hambre, sino el deseo de abarcar de una sola ojeada aquella vasta naturaleza que os rodea: á derecha é izquierda el pico de Charmoz y la Aguja del Dru, que se lanzan hácia el cielo cual si fuesen los pararayos de la montaña, enfrente el mar de hielo, un océano congelado en medio del trastorno de una tempestad, con sus olas de mil formas, que se levantan á sesenta ú ochenta pies de alto, y sus grietas que se hunden á cuatrocientos ó quinientos pies de profundidad. Al cabo de un instante de esta vista ya no os hallais en Francia ni estais en Europa, os encontrais en el Océano Artico, mas allá de la Nueva Zelandia, sobre un mar polar, á las inmediaciones de la bahia de Baffin ó del estrecho de Bering.

Cuando Payot creyó que habiamos contemplado bastante de lejos el cuadro que se desarrollaba debajo de nosotros, juzgó que ya era tiempo de hacernos poner los pies en el lienzo: en su consecuencia comenzó á bajar hácia el Mar de Hielo que entonces dominábamos á la altura de sesenta pies, por un camino mucho mas estrecho que el de Montanvert, á tal punto que dudé un momento de si seria mejor servirme de mi palo como de un balancin para sostener el equilibrio ó como de un punto de apoyo. En cuanto á Payot, caminaba como por un camino real, sin cuidarse de mirar atrás para ver si yo le seguia.

—Decidme, valiente, le grité yo al cabo de un minuto, dándole un epiteto que en aquel momento no me podia convenientemente aplicar á mí mismo; decidme, ¿qué no hay otro camino?

—¡Toma! ¿y os habeis sentado? me dijo: ¿qué diablos haceis ahí?

—¡Ah! ¿que qué hago? le respondí: se me va la cabeza, y ¡vive Dios! ¿Creeis que yo he nacido encima de la veleta de algun campanario? Vaya, me gusta la chanza! Vamos, venid á darme la mano, no tengo amor propio ni vanidad.

Payot volvió á subir hácia mí y me alargó la punta de su palo, gracias á este auxilio bajé felizmente hasta la roca, situada á siete pies casi encima de un círculo de arena fina que rodea el Mar de Hielo. Llegado allí exhalé un ¡ah! muy prolongado, tanto por respirar como

por la satisfaccion que tenia de hallarme en una plataforma, pues recobrando el amor propio á medida que el peligro se habia alejado, traté de probar á Payot que si yo trepaba mal, saltaba bien, y con aire desembarazado y sin decir nada, á fin de gozar el efecto que produciria en él mi agilidad, salté desde la roca á la arena.

Lanzamos dos gritos que no hicieron mas que uno, él, porque me veia hundir, y yo por que me sentia hundirme; pero como no habia soltado mi palo, lo coloqué atravesado como lo habia hecho alguna vez y en iguales circunstancias con mi fusil cazando en las lagunas. Este movimiento instintivo me salvó, pues Payot tuvo tiempo de alargarme su palo, que primero agarré con una mano y luego con la otra, y tirando hácia sí como se saca un pez con la caña, volvió á colocarme sobre la roca.

Cuando estuve en pié

—¿Estais loco? me preguntó: ¿quién os hace saltar en un sumidero?

—¡Vive Dios! idos al diablo vos y vuestro maldito pais, en que no se puede dar un paso sin estar espuesto á romperse la cabeza ó á quedar sepultado. ¿Conozco yo acaso vuestros sumideros?

—¡Bueno! otra vez los conocereis, me respondió tranquilamente Payot; solo tendré el gusto de deciros que si no hubieseis atravesado el palo, os hubierais hundido debajo de la nevera, de donde no hubierais vuelto á salir probablemente hasta el verano que viene, por el torrente de Arveyron. ¿Ahora quereis venir al jardin?

—¿Qué jardin es ese?

—Es una pequeña lengua de tierra vegetal, en forma de triángulo, que está situada al Norte de la nevera de Taletre y que forma la parte mas baja de esas altas puntas de montañas llamadas las Rojas. ¿Las veis allá abajo?

—Si, muy bien. ¿Y qué se hace allí?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué se vá?

—Para decir que se ha estado.

—Pues amigo mio, yo no lo diré, y hemos concluido.

—¿Pero á lo menos bien querreis dar una vueltecita por el Mar de Hielo?

—Estoy á vuestra disposicion, por que sé correr patines.

—No importa; dadme siempre el brazo, no sea que hagais alguna nueva imprudencia.

—¡Yo! no lo creais, he salido de una, y no volveré á meterme en otra. Estad seguro que os seguiré como vuestra sombra.

Le cumplí, ó mas bien me cumplí religiosamente la palabra: anduvimos, yendo él delante y yo detras, casi un cuarto de legua sobre aquel mar, cuya estension no puede medirse hasta hallarse en medio de sus olas, cuyos horribles crugidos parecen quejas desconocidas que suben desde el centro de la tierra hasta su superficie. Yo no sé si acaso por efecto de una organizacion mas impresionable y nerviosa que la de los demas, en medio de aquellos grandes trastornos de la naturaleza, aun que se me demostró que no corria riesgo alguno real, esperimenté una especie de espanto físico al verme tan pequeño y perdido en medio de tan grandes cosas; un sudor frio cubrió mi frente, palidecí, se me alteró la voz, y si no me hubiese evitado aquel mal estar alejándome de los sitios que lo producian hubiese concluido por desmayarme. Asi aunque no tenia ningun miedo, puesto que no habia peligro alguno, sin embargo, no pude permanecer en medio de aquellas grietas abiertas á mis pies y de aquellas olas heladas suspendidas sobre mi cabeza: tomé el brazo de mi guia y le dije;

—Vámonos.

Payot me miró.

—En efecto, ¡estais pálido!

—No me siento bien.

—¿Qué teneis?

—Me mareo.

Payot se echó á reir y yo tambien.

—Vamos, añadió, no estais muy malo cuando os reis, bebed un trago y eso os repondrá.

En efecto, apenas hube puesto el pie en tierra se me pasó la indisposicion. Payot me propuso el seguir la orilla del Mar de Hielo hasta llegar á la Piedra de los Ingleses. Preguntéle qué piedra era aquella.

—¡Ah! me dijo, la hemos llamado asi porque los dos primeros viageros que llegaron hasta aqui, sorprendidos por la lluvia, se han refugiado debajo de la bóveda que forma, y han comido allí. Estos dos viageros eran unos ingleses que en una escursion habian descubierto á Chamouny, cuya existencia se ignoraba, por hallarse colocado este lugar en un valle, donde sin necesidad de comercio esterior se encuentra todo lo necesario para la vida. Ignorábase de tal modo qué hombres habitaban aquel pais desconocido, que entraron en él armados de pies á cabeza, junto con sus criados, pensando tener que habérselas con salvages; en lugar de esto hallaron una gente que los recibió de buen corazon, y que ignorantes ellos mismos de las bellezas que los rodeaban no habian pensado jamás en esplorar la sólida corriente de aquella Mar de Hielo cuya estremidad bajaba hasta el valle; el reconocimiento nos ha hecho consagrarles esta piedra donde encontraron un abrigo, porque viniendo aqui y diciendo los primeros al mundo entero lo que habian visto, han hecho la fortuna de este pais.

Al acabar estas palabras Payot me enseñó una roca formando bóveda sobre la que estaba grabada esta inscripcion recordando los nombres de los viageros y el año de su viage.

POCOX Y WINDHEM, 1741.

Despues de haber dado una vuelta en derredor de la piedra, tomamos el camino de la posada. Al entrar en el único cuarto de que se compone ví á un hombre de rodillas y con las manos en el suelo, que soplaba el fuego con la boca: Payot me detuvo en la puerta;

—¿Queríais ver á María Coutet? me dijo.

—¿Quién es María Coutet? respondí, tratando de acordarme.

—El guia que se vió arrastrado por un alud.

—Si, si, seguramente, tengo deseos de verlo.

—Pues bien, es ese que sopla el fuego; desde que estuvo á punto de helarse se ha vuelto friolero como una marmota.

—¡Cómo! ¿es ese el hombre que cayó en la grieta de la gran llanura?

—El mismo.

—¿Creeis que querrá contarme su desgracia?

—Ciertamente, aunque no sea una cosa alegre, es una cosa curiosa, y nosotros estamos aqui para satisfacer la curiosidad de los viageros.

Aparenté no advertir la especie de amargura con que pronunció estas palabras. Llamé al amo de la posada, á fin de que trajese una botella de vino y tres vasos, los llené, y tomando uno en cada mano, me dirigí á Coutet.

Al oirme ir hácia él se levantó. Presentéle el vaso, que aceptó con una sonrisa que en el mundo no he visto tan cordial como én los habitantes de la Saboya.

—A vuestra salud, le dije, amigo mio, y que Dios quiera que no nos hallemos nunca mas en un peligro igual como el que habeis corrido!...

—¿Querreis hablar de mi cabriola en la grieta? respondió Coutet.

—Precisamente.

—Lo cierto es (Coutet interrumpió la frase para apurar su vaso), lo cierto es que pasé un mal cuarto de hora, continuó dejando el vaso sobre la mesa y enjugándose la boca con el revés de su mano.

—¿Tendreis la bondad de decirme algunos detalles sobre este acontecimiento? le repliqué.

—Todos cuantos querais, caballero.

—Sentémonos entonces.

Dile el ejemplo que fué imitado, llané los vasos de los dos guias, y Coutet comenzó su relacion.

MARIA COUTET.

En 1820, llegaron á Chamouny el coronel inglés Anderson y el doctor Hamel, enviado por el emperador de Rusia para hacer esperiencias meteorológicas sobre las montañas mas elevadas del globo. Apenas llegaron manifestaron su intencion de subir al Monte Blanco, y dispusieron todos los preparativos necesarios para aquella espedicion; ya se habian verificado antes nueve ascensiones sin suceder desgracia alguna (1).

El dia señalado, hallaron listos los diez guias. Tocábame á mí el turno de ser guia en gefe: tomé el mando, pues, de la pequeña caravana: los que marchaban á mis órdenes eran Julian Devoisson, David Jolliguet, los hermanos Pedro y Mateo Balmat, Pedro Carriez, Augusto Terre, David Coutet, José Folliguet, Jaime Coutet, Pedro Fabret; trece entre todos, inclusos los dos viageros.

Pusímonos en marcha á las ocho de la mañana con buen tiempo, en apariencia, llegamos á las tres de la tarde á las Grandes-Mulas, donde nos detuvimos, porque sabiamos que nos faltaria bastante dia para llegar á la cima del Monte Blanco, y que en lo mas alto no encontrariamos sitio favorable para hacer alto de noche. Nos sentamos por consiguiente en una especie de rellano donde todavía encontramos los restos de la cabaña que alli habia hecho construir Mr. de Saussure, y preparamos la comida, invitando á los viageros á que comiesen para veinte y cuatro horas, pues á medida que irian subiendo, debian perder no solamen-

(1) Los que las habian efectuado fueron:
8 de agosto de 1786, Jaime Balmat, de Chamouny.
8 de agosto de 1786, el doctor Paccard, de Chamouny.
3 de agosto de 1787, Mr. Saussure, de Ginebra.
9 de agosto de 1787, el coronel Beaufroy, inglés.
5 de agosto de 1788, Mr. Woodley, inglés.
10 de agosto 1802, el baron de Doorthesen, de Curlandia.
10 de agosto de 1802, Mr. Forneret, de Lausana.
10 de setiembre de 1812, Mr. Rhodas, de Hamburgo.
4 de agosto de 1818, el conde Matezescki, polaco.
19 de junio de 1819, el doctor Ronsalaer, americano.
19 de junio de 1819, Mr. Howard, americano.
13 de agosto de 1819, el capitan Undrell, inglés.
Las ascensiones que han tenido lugar despues han sido hechas:
18 de agosto de 1822, por Mr. Federico Clissold, inglés.
4 de setiembre 1822, por Mr. Jackson, inglés.
26 de agosto de 1825, por el doctor Edmundo Clarke, inglés.
26 de agosto de 1825, por el capitan Markham Sherwille, inglés.

te el apetito, sino aun toda posibilidad de comer. Despues de la comida se habló de las anteriores ascensiones, de las grandes dificultades, felizmente vencidas. Estos antecedentes, nos daban esperanza y buen humor: el tiempo se pasó sin sentir, oyendo la relacion de los que ya habian hecho el viage. Llegó la noche sin que hubiese un solo instante de duda, miedo ó fastidio; entonces nos estrechamos unos contra otros, sobre una capa de paja echando unas mantas; se hizo una tienda de campaña con las sábanas, y cada cual pasó una noche tanto buena como mala.

Al dia siguiente por la mañana me desperté el primero, y levantéme en seguida, dí algunos pasos fuera de nuestra tienda, una ojeada me bastó para ver que habiamos perdido el tiempo por aquel dia, y volví á entrar meneando la cabeza.

—¿Qué hay de nuevo, Coutet? me preguntó Devoisson.

—Hay, respondí, que el viento ha cambiado y viene de Mediodia.

En efecto, el viento soplaba de aquel lado arrojando delante la nieve como una polvareda. Al ver esto nos miramos unos á otros, y de comun acuerdo determinamos no pasar mas adelante. Esta resolucion se llevó adelante á pesar de las instancias del doctor Hamel, que queria ensayar si se podria continuar el viage; todo lo que pudo conseguir de nosotros fué que aguardariamos á la mañana siguiente para bajar al lugar. El dia se pasó tristemente, al principio no nevaba mas que en la cumbre del Monte Blanco, pero poco á poco empezó á bajar la nieve hasta el sitio en que estábamos, cual una amiga que cree deber venir hasta nuestra puerta para avisarnos del peligro.

Llegó la noche. Las mismas precauciones fueron tomadas que el dia anterior, y la pasamos como habiamos pasado la primera. Amaneció el dia; nos mostró el tiempo tan amenazador como la víspera; nos reunimos en consejo y al cabo de diez minutos de deliberacion resolvimos volvernos á Chamouny: dimos parte de esta resolucion al doctor Hamel que se opuso formalmente. Estábamos á sus órdenes, nuestro tiempo y nuestra vida eran suyos, porque los pagaba: no insistimos, pues, únicamente echamos á suerte para saber quienes de nosotros se volverian á Chamouny para buscar mas víveres: designó la suerte á José Folliguet, á Jaime Coutet y á Pedro Fabret, que partieron inmediatamente.

A las ocho de la mañana, el doctor Hamel cansado de la tenacidad del tiempo, no solo no se contentó con permanecer mas en donde estábamos, si no que se empeñó en continuar el viage. Si á alguno de nosotros se le hubiese ocurrido esta idea lo hubiésemos tomado por un loco y le hubiésemos amarrado las piernas á fin de que no pudiese dar un paso; pero el doctor ignoraba los peligrosos caprichos de la montaña; nos contentamos, pues, con contestarle que hacer dos leguas solamente, á pesar de los avisos que el cielo y la tierra nos daban, era desafiar á la Providencia y tentar á Dios. El doctor Hemel dió una patada en el suelo y se volvió hácia el coronel Anderson; murmurando la frase *cobardes*.

Desde entonces no se pudo vacilar; cada uno se puso á hacer sus preparativos de marcha silenciosamente: al cabo de cinco minutos pregunté al doctor si estaba pronto á seguirnos; hizo señal que sí con la cabeza, porque aun nos guardaba rencor; partimos sin aguardar á los compañeros que habian bajado al pueblo.

Contra toda probabilidad, el principio de nuestra marcha se hizo sin ningun accidente. Llegamos asi al pequeño llano, y despues de haber trepado la cúpula del Goûter bajamos hácia la gran llanura. Llegados allí teníamos á nuestra izquierda un barranco que tiene por lo menos sesenta pies de anchura y ciento veinte de largo; á la derecha la cuesta del Monte Blanco que se elevaba en vertiente rápida á la altura de mil pies sobre nuestras cabezas; á nuestros pies doce ó quince pulgadas de nieve reciente y fresca caia durante la noche y en la cual nos hundíamos hasta las rodillas. Acabábamos de entrar en las ventiscas y el viento amenazaba ser cada vez mayor y mas fuerte á medida que subíamos; nuestra marcha sobre una sola línea se hacia de esta manera: Augusto Terre marchaba el primero, Pedro Carriez el segundo, y Pedro Balmat el tercero; despues seguian detrás Mateo Balmat, Julian Devoisson y yo; á seis pasos de distancia, poco mas ó menos, nos seguian David Coutet y José Folliguet, y detrás avanzaban los últimos á fin de que se aprovechasen del camino que nosotros les trazábamos, el coronel Anderson y el doctor Hamel (1). La precaucion que habiamos tomado para salvarnos, fué probablemente la que nos perdió: al marchar en línea recta cortábamos como con la reja de un arado aquella nieve blanda y reciente que todavía no tenia consistencia; por otra parte, la pendiente era demasiado rápida para mantener el equilibrio, asi es que debió resbalarse.

En efecto, de repente oimos un ruido sordo como el de un torrente oculto, y al mismo instante desde el alto del pico hasta el sitio en que nuestros pasos habian abierto un camino de diez ó doce pulgadas de profundidad, la nieve hizo un movimiento; inmediatamente vi cuatro de los cinco hombres que me precedian

(1) Este órden de marcha no era inspirado por las circunstancias, y sí solo una costumbre de los guias adoptada para preservar en lo posible de todo peligro al viagero. De esta manera se concibe que si hay algun barranco oculto en el camino ó se rompe alguna capa de hielo demasiado delgada, el accidente que pueda ocurrir lo sufren uno de los once guias que preceden al viagero y no éste que marcha sin peligro ni cuidado por una senda abierta y trillada.

caer con los pies al aire; uno solo me pareció quedaba de pie; despues sentí que las piernas me flaqueaban y caí gritando con toda mi fuerza: ¡*La abalancha*! ¡*estamos perdidos*!!!... Me sentí arrastrado con tal rapidez que rodando como una bola debí haber corrido el espacio de cuatrocientos pies en el intérvalo de un minuto. En fin, conocí que el terreno me faltaba y que mi caida era perpendicular; me acuerdo que dije entonces: ¡*Dios mio, tened piedad de mí*! y que al mismo tiempo me encontré en el fondo de un barranco tumbado en un monton de nieve, en donde casi al mismo tiempo y sin conocerlo oí precipitarse otro de mis compañeros.

Quedé un instante aturdido por la caida, despues oí encima de mí una voz que se lamentaba, era la de David Coutet.

—¡Oh mi hermano, mi pobre hermano! decia, mi hermano está perdido.

—No, le grité, héme aqui, David y otro conmigo; ¿Mateo Balmat ha muerto?

—No, valiente, no, me respondió Balmat, estoy vivo y héme aqui para ayudarte á salir. Y en el mismo instante se dejó resbalar á lo largo del barranco y cayó cerca de mí.

—¿Cuantos se han perdido? le pregunté.

—Tres, puesto que hay uno contigo.

—¿Cuáles son?

—Pedro Carriez, Augusto Terre y Pedro Balmat.

—Y á esos señores, ¿les ha pasado algo?

—No, á Dios gracias.

—Pues bien, probemos á sacar de aqui al que yo he visto caer conmigo y que no debe estar lejos.

En efecto, al volvernos descubrimos un brazo que salia fuera de la nieve; era el de nuestro pobre camarada. Tirámosle del brazo para descubrir su cabeza que estaba tapada con la nieve; aun no habia perdido el conocimiento, únicamente no podia hablar y tenia la cara amoratada como un asfixiado; no obstante, al cabo de algunos segundos se puso en pie, mi hermano nos echó una hacha con la que abrimos escalones en el hielo; llegados á cierta altura, nuestros camaradas nos alargaron sus palos, y tiraron de nosotros.

Apenas estuvimos fuera del barranco, vimos al coronel Anderson y el doctor Hamel, que nos dieron las manos diciendo:

—Vamos, valor, ya se han salvado dos, tambien salvaremos á los demas.

—Los demas están perdidos para siempre, respondió Mateo Balmat, porque aqui es donde yo los he visto desaparecer; nos condujo entonces hácia el centro del barranco y vimos que no habia esperanza alguna de salvarlos; nuestros desgraciados amigos debian tener sobre su cabeza mas de doscientos pies de nieve.

Mientras escarbábamos con nuestros palos, contó cada uno lo que habia sentido. Cuando caimos, Mateo Balmat fué el único que se quedó en pie. Era un mozo de prodigiosa fuerza, de modo que asi que vió que la nieve recien caida resbalaba, clavó su palo en la nieve helada, que habia debajo, y levantándose á fuerza de puños, en menos de dos minutos vió pasar por debajo de sus pies aquel alud de media legua que arrastraba á su hermano y á sus amigos con un ruido como el trueno: por un instante creyó que él solo se habia salvado, porque de diez que éramos él solo permanecia de pie.

Los primeros que se levantaron fueron los dos viageros.

Balmat les gritó:

—¿Y los demas?

En aquel momento David de Coutet se puso en pie.

—A los demas los he visto rodar por el barranco. Corriendo hácia ellos tropezó con el pie á David Folliguet que estaba aun aturdido de la caida. Aqui hay otro, me dijo; pero cinco solamente faltan y entre ellos mi hermano, mi pobre hermano! Y como yo le oí le respondí desde el fondo de mi barranco: Aqui estoy, hermano, aqui estoy.

Todo cuanto buscamos y cuanto hicimos fué inútil, como presumiamos ya antes; pero sin embargo, no pudimos determinarnos á abandonar á nuestros pobres camaradas, aunque hacia ya dos horas que los buscábamos. A medida que el dia se adelantaba el viento se hacia mas helado; nuestros palos, que nos habian servido para sondear, estaban llenos de hielo, y nuestros zapatos duros como madera.

Entonces Balmat, desesperado de ver que nuestros esfuerzos á nada conducian, volvióse hácia el doctor Hamel.

—Y bien, señor, le dijo: ved ahora si somos cobardes. ¿Quereis ir mas lejos todavía? estamos prontos.

El doctor respondió dando órden para volver á Chamouny; en cuanto al coronel Anderson, retorciase los brazos y lloraba como un niño.

—He hecho la guerra, decia, he estado en Waterloo, he visto las balas que arrancaban de las filas largas hileras de hombres, pero de hombres que estaban allí para morir..... mientras que aqui..... Las lágrimas le cortaban la palabra.—No, añadia aquel buen militar, yo no salgo de aqui de ningun modo hasta que se hayan encontrado los cadáveres á lo menos. Lo sacamos de allí á la fuerza, porque la noche se acercaba y era ya tiempo de bajar.

Al llegar á las Grandes-Mulas encontramos á los otros guias que subian provisiones; traian consigo dos viageros mas que contaban reunirse con el doctor Hamel y el coronel Anderson; contámosles nuestra desgracia, y nos volvimos tristemente hácia el lugar, á donde llegamos á las once de la noche.

Afortunadamente los tres infelices que ha-

bian perecido no eran casados, pero Carriez mantenia una familia entera con su jornal.

En cuanto á Pedro Balmat tenia una madre, pero la pobre muger no estuvo largo tiempo separada de su hijo, murió á los tres meses despues de su muerte.

VUELTA A MARTIGNY.

Cuando hubo terminado su relacion busqué con la vista al amo de la posada y fuíle á pagar la botella de vino que nos habia suministrado. No encontrándole di diez francos á María Coutet y le encargué que pagase la cuenta. Cinco minutos despues ya estábamos en camino para volvernos.

Al cabo de media hora de camino se detuvo Payot.

—Mirad, me dijo enseñándome una pendiente muy rápida, aquí se deja uno caer abajo solo cuando hay nieve; entonces se llega á Montembert en dos minutos y medio, mientras que por el camino ordinaiio se emplean tres horas.

—¿Cómo se hace esa operacion?

—Es la cosa mas fácil del mundo. Se cortan cuatro troncos de pinos y se les coloca en cruz; se sienta uno en cima y se deja caer tranquilamente, y con otro palo que se lleva en la mano como un remo para evitar tropezar en los árboles y en las malezas.

—¡Diablo! pues esa es una manera de viajar muy agradable, sobre todo para el fondillo de los pantalones.

—Algunas veces suelen quedarse en el camino, y nada mas.

—¿Y en verano se puede viajar así?

—No: ya veis esa sendita.

—Ancha como una rueda de Malboroug.

—Si; pues por aquí se acorta media hora de camino.

—¿Y podremos tomarla?

—Seguramente.

—Tomémosla, pues.

Payot, me miró con aire de duda.

—Parece que el vino de Montembert os da valor.

—No, lo que hace es hundirme el estómago; me muero de hambre.

—¿Quereis que os dé la mano?

—No vale la pena; pasad delante de mí, eso me bastará.

Payot se puso en camino no comprendiendo mi tenacidad, y sin embargo era sencilla. Un precipicio no hace que me desvanezca y vacile sino cuando está cortado á pico. Entonces, cuando miro desde lo alto esperimento un malestar indefinible y no puedo caminar, pero aun cuando el camino fuese mas estrecho, desde que mi vista descansa sobre alguna piedra ó terreno, por rápido ó quebrado que sea escapo á su influencia. Asi es que, cerca de un cuarto de hora despues, con grande honor mio, habiamos llegado á los manantiales de Larbion.

Sale el agua al pie de la nevera de Bois, y forma la estremidad inferior del Mar de Hielo, por una abertura de ochenta á cien pies de alto: esta caverna, como ya lo hemos dicho, tiene la apariencia de la garganta de un pescado: los arcos de nieve que la sostienen están encorvados y tienen la forma de muchas quijadas, que colocadas las unas tras las otras se hunden hácia la garganta de donde sale el manantial ágil y agitado como la lengua puntiaguda de una serpiente: algunos de estos arcos pueden apenas sostenerse derechos y amenazan aplastar en su caida al que entrase en la caverna, cosa posible no llenando el agua su cavidad.

Un accidente de este género aconteció en 1830, en el mismo sitio donde nos hallábamos. Habiéndose detenido muchos viageros delante de la caverna, uno de ellos, para arrancar de la bóveda uno de los arcos de hielo, disparó un pistoletazo. En efecto, cayó pronto uno de ellos con ruido terrible obstruyendo con su caida la entrada de la caverna y cerrando el paso al agua. Quisieron los viageros examinar entonces el recipiente que habia naturalmente formado detrás de este dique: pero en el momento que se preparaban para verlo, el agua, que habia duplicado su fuerza al reunirse, rompió la pared de hielo que la contenia, arrastrando consigo el dique y los viageros que le habian levantado: uno de ellos fué arrojado violentamente hácia la orilla, y se salvó con una pierna rota; otro fué arrastrado por la corriente, sin que los guias pudiesen prestarle socorro ninguno.

Payot me daba todos estos detalles, conduciéndome á Chamouny por el camino mas corto. Habiamos andado ya casi un cuarto de legua desde el sitio que habia sido testigo de este accidente y nos encontramos en una especie de isla entre el Arbe y Arbion, cuando se detuvo buscando con los ojos, con inquietud el puente que tenia costumbre de hallar en el sitio en que nos encontrábamos. En los Alpes esta especie de parages son en general muy movibles y sobre todo muy inconstantes: frecuentemente son un árbol arrojado al traves de una corriente ó precipicio cuyas dos puntas descansan en las dos orillas sin tener nada que fije su equilibrio, lo que tiene probabilidades de que para una vez que se pueda pasar por él bien, se caiga uno dos.

El puente habia sido precipitado probablemente de un puntapie en la corriente por algun viagero perezoso ó ingrato: en fin, sea por

esta causa, sea por cualquiera otra, el hecho es que el puente no estaba.

—Y bien, ¿qué hacemos? dijo Payot.

—¿Qué hay? le respondí.

—Hay, hay... por vida de.. continuó mirando á todas partes en tanto que yo, ignorante de lo que buscaba, seguia con mis ojos los suyos llenos de inquietud.

—¿Qué hay, pues? veamos.

—Hay, que no hay puente.

—¡Bah! ¿y eso os alarma?

—No me alarma precisamente, por que en volviéndonos atrás..... pero hay que perder media hora.

—Querido amigo, en cuanto á mi os declaro que siento demasiada hambre para perderla.

—Entonces, ¿cómo hareis?

—Sabeis que si trepo mal, salto bien.

—¿Saltareis diez pies?

—¡Valiente cosa!

—¡Oh!

—¿No hay otro sendero, es verdad?

—No, señor.

—Pues adios, Payot.

Al mismo tiempo tomé carrera y salté por encima del arroyo.

Volvíme á ver á mi hombre que tenia su sombrero en una mano, y se rascaba la oreja con la otra.

—Sabeis que os aguardo á comer; marcho delante y os tendré dispuesta la comida: hasta la vista, valiente mio.

Payot se puso silenciosamente en camino volviéndose atrás y subiendo las orillas del Arbion que yo bajaba. Al paso con que caminábamos los dos debia apenas haber llegado al puente al mismo tiempo que yo llegaba á Chamouny.

Mientras llegaba la hora de comer, yo consigné en el papel los detalles que me habia dado María Coutet sobre el accidente ocurrido en la ascension del doctor Hamel: mi huésped era el tio de Miguel Terre, uno de los tres que habian perecido en la gruta.

Cuando concluia entró Payot: el pobre diablo estaba hecho un mar de sudor: la comida estaba lista y nos pusimos á la mesa.

Vi durante la comida que con la hazaña que acababa de hacer habia crecido considerablemente en la opinion de mi guia: en general, los hombres de la naturaleza no hacen caso si no de lo digno de la naturaleza: poco les importa los talentos de nuestras ciudades que en un momento de peligro no pueden servirles de socorro alguno, y que no les sirven ordinariamente de ninguna utilidad. La fuerza, la destreza, la agilidad; he aqui las tres diosas de su culto, y los que las poseen son para ellos hombres de genio.

Asi, fuera de mis mareos que no comprendian, yo les era un hombre simpático; desde que habia tenido ocasion de dar delante de ellos una prueba cualquiera de fuerza ó de destreza, se acercaban á mí mas familiarmente, empero con mas respeto: seguros desde entonces de que yo podia comprenderlos, me contaban esas cosas íntimas que no tenian costumbre de decir sino á los hombres de su naturaleza; menos envidiosos por las cualidades físicas que en tan alto grado poseen, que nosotros por las cualidades morales, mi superioridad sobre ellos, probada algunas veces, no los humillaba, al contrario, espresaban una sencilla admiracion, cuyos murmullos, lo confesaré, lisongearon algunas veces mas mi amor propio que los aplausos de un teatro entero.

Hácia el fin de la comida llegó Balmat como me lo habia prometido; traiame cristales encontrados por él en la montaña, que me dió por valor de una docena de francos; quise pagárselos, pero se negó á ello con tanta obstinacion que vi no haria mas que incomodarle insistiendo.

Durante la noche me habló de los viageros ilustres que habia sucesivamente acompañado, y me nombró á los señores Sausure, Dolomieu, Chateaubriant y Cárlos Nodier. Tenia buena memoria, segun pude juzgar por el retrato que me hizo de estos dos últimos.

A las diez me separé de aquellas buenas gentes que probablemente no volveré á ver jamás, pero que estoy seguro conservan una buena memoria de mí; Payot no podia servirme de guia á la mañana siguiente, porque estaba de boda. Me ofreció en su lugar su hijo, que acepté.

A la mañana siguiente me despertó el muchacho sobre las cinco. La jornada era pesada; debiamos volver á Chamouny por la Cabeza Negra, que eran diez leguas del pais. El hijo de Payot no debia acompañarme sino hasta la frontera de Saboya. Mi guia valesano, que no habia conservado porque habia perdido todos sus derechos desde el momento en que habia puesto los pies en los estados del rey de Cerdeña, volvió á continuar sus servicios al volverse á hallar en su tierra.

El muchacho, demasiado débil para una correría tan larga, me traia un mulo que debia montar yo á la ida y él al volverse; de esta manera no haciamos mas que cinco leguas cada uno por nuestro lado.

Cabalgamos en ellas y partimos con nuestros grandes palos con su punta de hierro, parecidos á los de los bueyeteros romanos con los que conducen sus ganados á caballo.

Al cabo de un cuarto de legua salió un aduanero de una pequeña casita, junto á la cual íbamos á pasar, y nos aguardó en el camino: cuando nos juntamos en él nos pidió los pasaportes, é íbamos á obedecer su órden cuando nos detuvo el guardia diciéndonos que no eran los nuestros, sino los de las mulas los que pedia. Sacó de su bolsillo un certificado comprobando que era Durotrote y la Gris. Yo montaba la primera, y confieso que desde que supe su nombre vi que habia sido pues,

to con mucha propiedad. En cuanto á la Gris, adivinase que el color de su pelo le habia valido este gracioso nombre de bautismo.

Durante casi tres cuartos de hora seguimos el mismo camino que habiamos hecho ya para venir del condado de Valme á Chamouny; en fin, doblamos á la izquierda despues de habernos vuelto para despedirnos de estas magnificas vistas que ibamos á perder, y nos metimos en la garganta de Montets. A medida que ibamos entrando en ella cambiaba completamente el carácter del pais. Una tierra inculta, gris y pedregosa, surcada de barrancos, se estendia delante de nosotros; divisamos de lejos como grupos de pobres haraposos en las aldeas de Treluchau bajo, y de Treluchau alto; ademas, aquellas admirables chozas no proporcionan asilo á sus habitantes mas que tres ó cuatro meses al año; en los demas van á buscarlo sobre una altura al abrigo de los aludes. De trecho en trecho, y sembrados sobre el camino se levantan cruces que indican que alli donde se hallan, un guia, un viagero y alguna vez una familia entera, han perecido; aquellos simbolos de la muerte tampoco se hallan al abrigo de la destruccion; la mayor parte se hallan hechos pedazos por las piedras que caen rodando de la montaña.

Bien pronto entramos en la garganta de Valorima (valle de los Osos) llamada asi en oposicion del valle de Chamouny (valle de los Gamos); detuvímonos para desayunar y vimos que alli debian tener mucho miedo por las grandes precauciones que habian tomado. Los techos de las casas, que el viento amenazaba levantar, están sostenidos por enormes piedras colocadas sobre sus tejas como los pedazos de mármol que sirven de prensa-papeles en una mesa de despacho. La iglesia está rodeada de antecuadros como un castillo del siglo XV á fin de que pueda sostener los asaltos que la dan todos los inviernos los aludes al desprenderse de las montañas; en fin, muchas casas están como ciertas cabañas indianas sostenidas por postes, de manera que el agua pueda subir á la altura de muchos pies sin llegar á su suelo, y pasar por debajo sin arrebatarlos.

La garganta del Valorima está estendida una legua casi, aun mas allá de la aldea de este nombre; pasa el camino por medio de un bosque de pinos mas espesos que lo están ordinariamente los bosques de las montañas, y cerca del torrente de los Paisanos, que en su lengua siempre espresiva llaman agua negra. Efectivamente, aunque esta agua fuese perfectamente inodora, y la mas limpia, es tal el efecto que hace á la vista la bóveda de pinos que la sombrea, que justifica el nombre que ha recibido. Tres veces se pasa por puntos diferentes este caprichoso torrente. Despues se pasa de una montaña á otra, y se encuentra uno en la base de la Cabeza Negra.

Algunos pasos antes de llegar alli se encuentra á la derecha del camino un monumento de la escentricidad inglesa; es una enorme piedra de la forma de una seta, cuya cabeza se apoya por un lado en una peña de la montaña, y por la otra forma una especie de bóveda. Esta piedra pertenece en toda propiedad á una jóven miss y á un jóven lord que la han comprado al rey de Cerdeña. Una inscripcion atestigua esta posesion, que está grabada sobre un escudo de piedra que corona su base. Las armas de los dos compradores reunidas sobre una placa de cobre, y coronadas por una corona de conde, habian sido puestas encima de la inscripcion como un sello sobre certificacion ó patente. Pero parece que este metal tiene cierto valor en Saboya, porque hace ya muchísimo tiempo que ha desaparecido la placa. Nuestro guia nos dijo que del lado de Sierres, estos mismos ingleses habian tambien comprado dos árboles gemelos bajo cuya sombra habian *reposado*. He recurrido á las Cartas itálicas para penetrar el sentido de la sonrisa de mi guia al pronunciar esta palabra. Esta piedra se llama Balmarossa.

A medida que se sube á la Cabeza Negra, el camino es cada vez mas y mas salvage. Los pinos cesan de hallarse tan apretados como en el bosque, y parecen tiradores en guerrilla. Diríase que un ejército de gigantes queriendo escalar la montaña ha sido detenido por una mano invisible, y hecho rodar desde su cúspide. La mayor parte de los árboles han sido hechos pedazos por esos aludes de piedra, y enormes trozos de granito se han detenido de repente á los pies de aquellos que han ofrecido á aquellas masas una resistencia proporcionada á su peso multiplicado por su impulsion. El camino por su parte participa de aquella naturaleza salvage. Cada vez es mas y mas escarpado y se va angostando para pasar sobre un abismo; de manera, que en un punto cinco ó seis pasos tienen la anchura de medio pie. Este sitio es llamado por las gentes del pais el *Mal paso*.

Pasada ya esta especie de desfiladero, el camino es ya practicable, aun para los carruages, y baja por una pendiente bastante suave hácia la ciudad de Trient. Alli llegamos para comer; únicamente escogimos otra posada que la que habiamos estado antes cuatro dias, no hicimos mas que mudar de sitio; en cuanto á la comida no fué mas confortable que la primera.

Cien pasos mas allá de la aldea nos encontramos el mismo camino que habiamos seguido viniendo de Martigny: lo tomamos para volver á él. A las siete de la tarde ya nos hallábamos de vuelta en la capital de Valais.

Parece que la víspera habia habido en Martigny una espantosa tormenta de que no habiamos oido el ruido á diez leguas de allí. Este accidente atmosférico llegó á mi conocimiento en tanto que me apuntaban en el libro de la posada, donde todo viagero escribe su nombre y la causa de su viage. El último que

habia firmado comprobaba el diluvio que habia sufrido un inglés y que hace honor á su humor.

—Mr. Dumont.—Negociante.—Viagero por gusto.—Cinco muchachas y una lluvia á chaparrones.

——

EL SAN BERNARDO.

En el momento en que acababa de escribir sobre el registro mi nombre, mi profesion y motivo de mi viage, volví la cabeza y ví detrás de mí á mi antiguo amigo el dueño de la posada, que me saludó con un aire tan cómicamente triste, que ví bien que alguna desgracia nos amenazaba al uno ó al otro, ó tal vez á los dos. En efecto, el pobre hombre tenia tanta gente en su casa que no sabia donde acomodarme. El mismo habia cedido su cama á un viagero y contaba acostarse en el pajar. Trató tímidamente de probar que el olor de la paja era muy sano, y que yo estaria muy bien con él en el pajar, mejor que en el cuarto de otro en una cama; pero yo acababa de andar doce leguas á pie, circunstancia que me hacia muy poco accesible á este género de discurso, por muy lógico que pareciese ser: en su consecuencia dije á mi guia que me llevase al hotel de la Torre.

Intentó el último esfuerzo por detenerme en su casa mi huésped. Quedábale un cuarto grande donde habia empaquetado una sociedad de cinco viageros; uno mas no debia aumentar mucho la cantidad: me preguntó, pues, si me contentaría como ellos y con ellos con un colchon puesto en tierra, y con mi respuesta afirmativa se dirigió, yendo yo detrás, hácia el cuarto donde habia un ruido espantoso. Nuestros viageros se batian á almohadazos para conquistar los unos á los otros un sitio de tres pies de ancho por seis de largo: lo grande del cuarto no me pareció á primera vista que ofreciese cinco veces aquella medida geométrica. Pensé para mí que habia llegado en mal momento para la peticion que veniamos á hacer: probablemente mi huésped hizo la misma reflexion porque se volvió hácia mí con un aire de embarazo tan notable que queria decir no se atrevia, y que me encargara yo de la comision. Toqué suavemente á la puerta y noté que provisionalmente la batalla se daba á oscuras: los proyectiles habian apagado las luces: desde entonces tomé mi resolucion.

Apagué la luz de mi huésped, lo que hizo quedar el corredor en una oscuridad tan completa como en la que estaba el cuarto: le recomendé que no entregase bajo ningun pretesto la segunda llave del cuarto, y le supliqué que me dejase salir á mí solo del negocio: no queria otra cosa.

Continuaba el combate siempre, y las carcajadas de los combatientes hacian tal ruido, que entré en el cuarto, cerré la puerta con dos vueltas y me metí despues la llave en el bolsillo, sin que ninguno de ellos se apercibiese de que acababa de aumentarse la guarnicion de la plaza.

Apenas habia dado dos pasos, cuando recibí un colchonazo que me metió el sombrero hasta las narices. Felizmente se juzgará que yo no habia entrado allí para recibir y no dar: así es que no tuve mas que bajarme para coger un arma, y me puse á dar á mi vez con un vigor tal, que debió probar á mi adversario que acababa de llegar un refuerzo de tropas de refresco. Bien pronto me apercibí de que me hallaba apoyado contra un ángulo, posicion, como todo el mundo sabe, muy favorable en estrategia para una defensa individual. La mia hizo tan grandes maravillas, que comprendí en lo flojo de los golpes que me daban que perdian la esperanza de arrojarme de la plaza, y el combate se trasportó á otra parte. Aprovechéme de aquel momento para tender en el suelo mi colchon. Una capa sin propietario aparente, y en la cual me envolví las piernas, me pareció deber suplir admirablemente las mantas que la criada no habia traido aun, y que, gracias á la precaucion que yo habia tomado de cerrar la puerta con dos vueltas y meterme la llave en el bolsillo, me parecia muy difícil que pudiese traer; me envolví lo mas confortablemente posible, me eché sobre mi cama de campaña, y volviendo la cara hácia la pared, aguardé la tempestad que no debia tardar en estallar cuando alguno de los combatientes se apercibiese de que habia un colchon de déficit.

En efecto, poco á poco se restableció la calma; los gritos fueron menos ruidosos: cada cual pensó en establecer su vivac sobre el campo de batalla; yo sentí un colchon apoyarse en mis pies, y otro á mi derecha. Cada cual empaquetó el suyo como pudo entre los de sus compañeros, y se acostó; uno solo andaba rondando, buscando aun algun tiempo por los rincones: despues impacientado de no encontrar nada, le ocurrió una luminosa idea, y esclamó al punto: Caballeros, ¿hay uno de vosotros que se ha echado sobre dos colchones?—Esta acusacion fué rechazada por un grito unánime de indignacion, en el cual me abstuve, sin embargo, de tomar parte.

Nuestro hombre echóse á buscar mitad riendo y mitad jurando. Despues, no encontrando nada, concluyó por donde debia haber empezado; llamó para tener luz, oimos los pasos de la criada de la posada que se aproximaba; ví brillar la luz por el agujero de la cerradura, y metí instintivamente la mano en

mi bolsillo para asegurarme de que permanecia en él la bienaventurada llave.

Nuestro hombre fué á la puerta; hallábase cerrada.

—Abrid y dadnos la luz.

—Caballero, la llave está por dentro.

—¡Ah!

La mano del que buscaba me interceptó un instante la luz que venia del corredor; despues se bajó, pasó la mano por el suelo, y por la chimenea.

—¿Quién diablos ha cerrado la puerta por dentro, caballeros?

Todos callaban, y la muchacha continuaba aguardando.

—¡Pardiez! ¿No teneis una segunda llave de la posada?

—Si, señor.

—Pues bien, id á buscarla.

La muchacha obedeció; era un momento de prueba. Si el amo de la posada no habia seguido mis instrucciones yo era hombre perdido: reinaba el mas profundo silencio interrumpido solo por las impacientes patadas de nuestro desgraciado compañero que murmuraba entre dientes:

—¡No volverá esa bribonzuela! ¿Qué estará haciendo? Ya veis como no encuentra ahora la llave. ¡Ah! mil gracias á Dios no es poca fortuna.

Esta última esclamacion se la arrancó como es fácil de adivinar, la vuelta de la muchacha que se habia vuelto á parar delante de nuestra puerta.

—Despachad, vamos.

—Caballero, parece que lo hacen á propósito, no se encuentra la llave.

—¿Anda el diablo en esto?

—Sí, sí.

—Reiros, caballeros, divertida es la cosa, vive Dios, para mí sobre todo. Pues os prevengo que necesito un colchon por grado ó por fuerza.

Un hurra de los propietarios respondió á aquella amenaza y cada cual se aferró á su cama.

—¿Cuántos colchones habeis traido?

—Cinco.

—Ya veis, señores, que de seguro uno de vosotros tiene dos.

Respondiéronle con una negativa mas absoluta y mas enérgica aun que la primera.

—Muy bien: pero voy á verlo. Id á buscarme una caja de fósforos.

Habia en esta peticion un proyecto cuya ejecucion no veia yo claro, pero cuyo posible resultado me hizo estremecer. La muchacha volvió con los fósforos.

—Está bien, meted una de las cerillas por el agujero de la cerradura.

Obedeció.

—Ahora encended la punta que pasa por vuestro lado. Muy bien, asi.

Seguia yo la operacion con el interés que puede comprenderse: vi brillar al otro lado de la cerradura la llamita azul, que desapareció un instante en el interior de la puerta y volvió á aparecer á nuestro lado brillante cual una estrella. ¡Vaya una estúpida invencion la de los fósforos!

Al caso yo no sabia como salir del apuro y si mis nuevos camaradas tomarian á mal la chanza: á todo evento me volví hácia la pared á fin de tener tiempo de preparar un discursito de recepcion.

Durante este tiempo la llama del fósforo se fijó en el pábilo de la vela; iluminóse el cuarto. Oí á cada cual sentarse sobre su colchon para pasar la revista. En el mismo instante se escapó de las bocas de todos un grito de sorpresa y una voz tonante como la del juicio final, hizo oir estas terribles palabras:

—Somos seis.

Siguió á la primera voz, una segunda.

—Señores, á pasar lista.

—Si, la lista.

El que mas interesado se hallaba en pasarla era el que habia perdido su cama y comenzó inmediatamente.

—Primero: yo Julio de Lamark, presente.

—Caron, médico, presente.

—Cárlos Soissons, propietario, presente.

—Etugusto Reimonenq, estudiante, presente.

—Honorato de Sussy...

Volvíme vivamente:

—A propósito, mi querido Sussy, le dije alargándole la mano, puedo daros noticias de vuestra hermana la señora duquesa de O..... la he visto hace ocho dias en Ginebra: estaba lindísima.

Júzguese del singular efecto que produjo mi interrupcion. Todos los ojos se clavaron en mí.

—Caramba, si es Dumas, esclamó Sussy.

—El mismo en persona, mi querido amigo: ¿quereis presentarme á estos caballeros? Tendria mucho gusto en hacer su conocimiento.

—Ciertamente.

Sussy me cogió de la mano.

—Caballeros tengo el honor...

Cada cual se levantó sobre su cama y saludó.

—Ahora, caballeros, dije volviéndome hácia aquel á quien habia usurpado el colchon, permitidme que os devuelva vuestra cama, con una condicion sin embargo, la de que me autorizareis, para hacer traer otro colchon al lado de los vuestros.

Afirmativa y unánime fué la respuesta. Abrí la puerta: diez minutos despues tenia un colchon de que era el legítimo arrendatario.

Aquellos señores iban como yo al Gran San Bernardo. Habian tomado dos carruages. Me ofrecieron un lugar con ellos: acepté. La muchacha de la posada recibió órden de despertarnos por la mañana á las seis. La jornada era larga, hay diez leguas desde Martigny al

hospicio y solo las siete primeras se pueden hacer en ruedas. Cada uno de nosotros comprendia la importancia de un buen sueño, así dormimos de un tiron hasta la hora indicada. A las siete nos empaquetamos cuatro en uno de esos estrechos carricoches sobre los que ponen dos tablas atravesadas y á que dan el pomposo título de charabanes: y los otros dos nos acomodamos en uno de esos pequeños carruages suizos en que cada uno va á un lado como en artolas. Yo por mi desgracia me habia colocado en el charaban.

Aun no habiamos dado diez pasos cuando por el modo con que guiaba su caballo hice esta observacion á nuestro cochero:

—Amigo, creo que estais borracho.

—Es verdad, pero no hay miedo, mi amo.

—Muy bien, al menos sabemos á que atenernos.

Las cosas fueron grandemente mientras caminamos por el llano y no hicimos mas que reir de las ligeras curvas que caballo y carruaje describian; pero cuando despues de haber pasado Martigny-le Bourg y Saint-Branchier empezamos á entrar en el valle de Entremont, y descubrimos que el camino iba siendo cada vez mas escabroso y estrecho, con una pared de roca muy empinada por un lado, y por el otro un profundo precipicio, se nos fué quitando las ganas de reir, aunque las curvas continuaban siendo siempre las mismas, y le llamamos segunda vez la atencion, mas de una manera mas enérgica.

—Oid, mayoral, ó demonio, ¿os habeis propuesto que volquemos?

Dió un latigazo al caballo capaz de hacerle saltar el pellejo, y nos respondió con su estribillo favorito:

—No hay miedo, mi amo.

Solo que esta vez añadió, sin duda para animarnos:

—Por aquí pasó Napoleon.

—Ese es un hecho histórico sobre cuya verdad no tengo intencion de discutir; pero Napoleon iba en un mulo y le acompañaba un guia que no estaba borracho.

—¡Era un mulo!

—Estais muy mal enterado, no era sino una mula, sabedlo.....

Caminamos como el viento; nuestro guia continuó hablando, volviendo la cabeza hácia nosotros, sin cuidarse de echar al camino una mirada siquiera.

—Si, en una mula; por cierto que era su conductor Martin Groseiller, de San Pedro, y que debió á eso su fortuna.....

—¡Pero hombre!.....

—No hay miedo.—Pues como iba diciendo, el primer cónsul le envió de Paris una casa y cuatro fanegas de tierra. ¡Arre, arre!

Una rueda de nuestro charaban tocaba tan de cerca á la orilla, que caia al derrumbadero que Lamark y de Sussy que estaban al lado de la tabla, cuyo estremo sobresalia de la anchura del carruage, se hallaban suspendidos perpendicularmente sobre un abismo de mil quinientos pies de profundidad.

Demasiado pesada era la chanza, asi es que yo me arrojé á tierra á riesgo de romperme las piernas contra las ruedas, y detuve al caballo por la brida. Nuestros compañeros que nos seguian en el segundo carruage y que no comprendian nada de lo que nos venia sucediendo desde el principio del viage, lanzaron un grito que no habiamos oido; nos creian perdidos.

—No hay miedo, Napoleon ha pasado por aqui, no hay miedo.

Y cada palabra de este eterno estribillo iba acompañada de una lluvia de latigazos, de los que una parte caian sobre el caballo y otra sobre mí: furioso el animal se levantó de manos reculando, y el carruage se encontró de nuevo suspendido encima del espantoso barranco. Crítico era el momento; nuestros compañeros de carruage lo juzgaron mejor que nadie, asi es que tomaron una resolucion violenta é instintiva; se abrazaron al cochero, lo levantaron en alto de su asiento, y lo arrojaron al camino donde cayó pesadamente enredado como Hipólito en sus riendas que no habia soltado de la mano. El caballo, que era de un natural muy pacífico, se tranquilizó inmediatamente; aquellos señores aprovecharon aquel momento de descanso para saltar á tierra, y cada uno de nosotros, escepto el maldito cochero, se encontró sano y salvo y sobre sus piernas en medio del camino.

Dejamos á nuestro hombre que se levantase y llevase su caballo y carruage como pudiese, y nos pusimos á caminar á pie: esto era mas cansado pero mas seguro. A las dos comimos en *Liddes*, donde segun nuestro contrato debiamos mudar de caballo y cochero; estábamos demasiado interesados en que se cumpliese escrupulosamente esta cláusula para no dedicar todos nuestros cuidados á su ejecucion. Hecho este cambio nos volvimos á poner en camino completamente tranquilizados con el buen paso de nuestro cuadrúpedo y la pacífica traza de su amo, que entre paréntesis, era el escribano del lugar. En efecto, llegamos sin accidente alguno á San Pedro, donde concluye el camino hasta donde pueden llegar los carruages.

A los alrededores de aquella aldea hizo su última estacion el ejército francés cuando pasó el Gran San Bernardo, mas allá del cual le aguardaban los llanos de Marengo. Las gentes del pais nos enseñaron los diferentes puntos que habian ocupado la infantería, la caballería y la artillería; nos esplicaron como los cañones desmontados de sus cureñas y sujetos en el hueco de troncos de pinos, eran llevados á brazos por hombres que se relevaban de cien en cien pasos. Algunos de aquellos paisanos habian visto ejecutar aquella obra de gigantes y se jactaban con orgullo de haber tomado parte en ella; se acordaban del rostro del pri-

mer cónsul, del color de su vestido y hasta de las palabras mas insignificantes que habia pronunciado delante de ellos. Asi he encontrado yo en el estrangero vivo y en todo su poder el recuerdo de aquel hombre, que para nuestra actual generacion que no le ha visto, parece ser un héroe fabuloso producto de alguna imaginacion homérica.

Esta visita de localidad nos detuvo hasta las siete de la tarde. Cuando volvimos á San Pedro, el cielo estaba encapotado y prometia agua para la noche. Renunciamos, pues, á nuestro primer proyecto de ir á dormir al hospicio, y al volver á la posada pedimos que nos preparasen cena y cuartos.

No era esto cosa fácil; habian llegado muchas sociedades de viageros, y detenidos como nosotros por el tiempo que amenazaba y la proximidad de la noche, se habian apoderado de los cuartos y hecho un saqueo de las provisiones; para nosotros seis no quedaba mas que un pajar y una tortilla.

La tortilla fué devorada; despues procedimos á la inspeccion de nuestra alcoba.

Verdaderamente, solo un posadero suizo pudo tener la idea de hacer acostar á cristianos en semejante zahurda; el agua de la lluvia se filtraba por el techo de tablas; silbaba el viento en las rendijas de los postigos mal encajados, única cosa con que cerraban las ventanas; en fin, las ratas, á quienes habia hecho huir nuestra presencia, probaban royendo, cuyo ruido no podian equivocar oidos tan esperimentados como los nuestros, su derecho de propiedad sobre el local de que nos habiamos apoderado; y su intencion de reconquistarlo, mal que nos pesase, en cuanto que apagásemos las luces.

Al ver aquel infame pajar, propuso uno partir valerosamente para el hospicio aquella misma noche. Verdad es, dijo, que hay tres horas de fatiga y de lluvia; pero al cabo de ellas, ¡qué perspectiva! Una cena espléndida, buena lumbre, una celda bien cerrada y buena cama.

La proposicion fué recibida con entusiasmo; bajamos, y enviamos á buscar un guia. Al cabo de diez minutos llegó y le dijimos que buscase otros dos camaradas y nos proporcionase seis mulos, pues queriamos ir aquella misma noche á dormir al Gran San Bernardo.

—¡Al Gran San Bernardo! ¡diablo! dijo, y se fué á la ventana, miró el tiempo, se aseguró de que seria malo toda la noche, estendió la mano á la accion del viento, á fin de juzgar en qué direccion soplaba, y volvió hácia nosotros meneando la cabeza.

—¿Con que decis que os hacen falta tres hombres y seis mulos?

—Si.

—¿Para ir esta noche á San Bernardo?

—Si.

—Bueno, vais á verlos.

Y nos volvió la espalda para ir á buscarlos.

Sin embargo, las demostraciones que habia dejado escapar nos causaron algun recelo; lo volvimos á llamar.

—¡Qué! ¿hay algun peligro? le dijimos.

—¡Toma! el tiempo no es bueno; pero puesto que quereis ir al San Bernardo, se tratará de llevaros allí.

—¿Respondeis de ello?

—El hombre no puede prometer si no lo que puede hacer; se pondrán todos los medios, sin embargo, si quisieran seguir mi consejo mejor serian seis guias que tres.

—Bien, vengan seis; pero volviendo al peligro, ¿qué es lo que hay? Paréceme que no está tan adelantada la estacion para que hayamos de temer los aludes.

—Si, si no nos separamos del camino.

—¿Y quién se separa del camino cuando no está cubierto de nieve?

—Pues hombre, tendria que ver que á 26 de agosto...

—¡Oh! lo que es nieve, descuidad que la tendremos, y hasta las rodillas... ¿Veis esa lluvia tan menuda aquí? pues á una legua de San Pedro conforme vayamos subiendo hácia la hospedería eso será nieve. Asomóse otra vez á la ventana, y añadió volviendo:

—Y caerá en abundancia.

—¡Ah! ¡bah! ¡bah! al San Bernardo.

—Pero señores, repliqué yo, es preciso....

—Al San Bernardo: los que quieran que levanten el dedo.

De seis manos levantáronse cuatro. Quedó adoptada, pues, la partida.

—Ved, continuó nuestro guia, si fueseis montañeses, yo diria: bueno, pongámonos en marcha; pero yo creo sois parisienses; y el parisiense, con perdon vuestro, es muy delicado, teme el frio, y asi que pone los pies en la nieve ya está tiritando.

—¡Bien! no nos apearemos de los mulos.

—Eso decis ahora, pero tendreis que hacerlo á la fuerza.

—No importa; marchad á avisar á vuestros compañeros y á buscar á las caballerías.

—Con vuestro permiso, señores, ya sabreis que los viages por la noche se pagan al doble.

—Muy bien. ¿Y cuánto tiempo necesitais?

—Un cuarto de hora.

—Despachaos.

Al punto que nos quedamos solos tomamos las disposiciones mas esquisitas de comodidad para el camino; cada cual añadió á lo que llevaba encima alguna otra cosa mas, como blusa, leviton ó capa, llenó su calabaza de un escelente ron que proporcionaba Soissons, Repartiéronse fraternalmente los cigarros, y unos fósforos en su caja encarnada que habia de la chimenea pasaron por aclamacion desde allí al bolsillo de Sussy. Despues colocóse cada cual al derredor del fuego, lo aumentamos con toda la leña que pudimos encontrar, é hicimos provision de calor para el viage.

Entró nuestro guia.

—¡Bien! calentaos, nos dijo, eso no puede hacer mal nunca.

—¿Estais ya listos?

—Si, nuestro amo.

—Pues entonces á montar.

Bajamos y hallamos á la puerta nuestras caballerías, cada cual montó la suya, y movido de un sentimiento de emulacion, intentó hacer poner á su mulo á la cabeza de la columna. Todos saben, por poco que hayan montado en mulo una vez en su vida, que una de las cosas mas difíciles de este mundo es hacer pasar á un mulo delante de su compañero: esta lucha nos detuvo cerca de un cuarto de hora divertidos, tanta necesidad sentiamos de resistir con anticipacion la fatiga que nos esperaba: al fin Lamark se encontró de gefe de fila y soltando la brida á su mulo, consiguió por medio de sus mañas y baston ponerle al trote, gritando:

—No hay miedo, ¡Napoleon ha pasado por aquí!

Cuando un mulo toma el trote, trota tambien toda la caravana, y de rechazo los guias que van á pie, están obligados á correr á galope. Esto les inspira generalmente por esta especie de paseo una repugnancia de que han conseguido hacer partícipes á sus animales; asi que la cabeza de la columna, por ligera que parecia ir, no tardó en detenerse de repente y en imponer sucesivamente su inmovilidad á cada individuo, sea hombre ó animal de los que van detrás. Despues se vuelve á poner gravemente en marcha toda la línea, prolongándose á medida que se comunica el movimiento de su cabeza á su cola.

—Con vuestro permiso, dijo el guia de Lamark, que habia alcanzado á su mulo, y que por miedo de una nueva carrera le habia cogido la brida á pretesto de que era malo el camino, no es por aquí por donde ha pasado Napoleon; todavía no estaba hecho entonces este camino, es al lado opuesto de la montaña, y si fuese de dia, veriais que osados y fuertes debian ser los que pasaban por allí con caballos y cañones.

Todo el mundo era de su parecer, no tuvo contestacion.

—Señores, mirad; nuestro guia es profeta, dijo uno de nosotros.

En efecto, como hacia ya media hora casi que íbamos subiendo, el frio era cada vez mas intenso, y lo que en el llano era agua, allí nieve helada.

—¡Ah! ¡vive Dios! ¡nevar el 26 de agosto! Será curioso de contarse á nuestros parisienses. Señores, soy de parecer que nos apeemos, y nos batamos con bolas de nieve, en memoria de que Napoleon ha pasado por aquí.

Todos se echaron á reir de el recuerdo que les suscitaba aquella palabra sacramental; en cuanto al peligro que podia al mismo tiempo recordar hallábase completamente olvidado.

—Con vuestro permiso, señores, ya les he dicho que Napoleon pasó por el otro camino; en cuanto á batiros con bolas de nieve, no os lo aconsejaré, os haria perder tiempo, y no os sobrará; pensad que dentro de un cuarto de hora ya no vereis, ni para guiar vuestras caballerías.

—¡Bien! entonces nuestras caballerías nos guiarán á nosotros.

—Y es lo mejor que podeis hacer no contrariarlas: Dios ha hecho cada cosa para cada cosa, el parisiense para París, y el mulo para la montaña. He aquí lo que siempre he dicho á mis viageros: dejad al animal suelto, dejadle. Aquí como estamos aun en la llanura de Pron, no hay gran mal; pero en pasando el puente de Hudri, encontrareis un caminito como la maroma de un volatinero, y como la nieve no os dejará probablemente distinguir, abandonaos al mulo y descuidad.

—¡Bravo! ¡bien dice el guia! echemos un trago.

—¡Alto!

Cada cual llevó el frasco á sus labios, y la calabaza pasó al guia. En las montañas se bebe en el mismo vaso y en la misma calabaza y no se tiene asco del que seis pasos mas allá puede salvaros la vida.

El calor del ron puso alegres á todos, y aunque la noche y la nieve fuesen cada vez mas espesas, volvióse á poner en camino bulliciosamente la caravana riendo y cantando.

Producíame una impresion singular, en medio de aquel pais desolado, de aquella nieve, de la noche cada vez mas sombría, aquella fila de mulos, de ginetes y guias, que subian alegremente por la montaña sombría, silenciosa y terrible, sin un eco siguiera para devolverles sus cantos y gritos. Parece que no fuí yo solo el que esperimentó esta impresion, porque poco á poco fueron siendo menos ruidosos los cantos y mas escasas las carcajadas: oyéronse algunas malas palabras aisladas. Finalmente, una terrible interjeccion... ¿muchachos, sabeis que no hace calor? pronunciada vigorosamente, pareció ser de tal modo el resúmen de la opinion general, que no se levantó voz alguna para combatir al preopinante.

—Un trago, y vaya un cigarro.

—¡Bravo! ¿de quién es la idea?

—Yo, Julio Thierry de Lamark.

—En llegando al hospicio se le dará un voto de gracias.

—Sussy, los fósforos.

—Señores, tengo que sacar las manos de mis bolsillos, y se hallan allí tan calientes que desean quedarse. Que venga alguno á cogerlos de la faltriquera.

Un guia nos hizo este favor, sus camaradas encendieron las pipas en el fósforo, nosotros nuestros cigarros en sus pipas, y continuamos nuestro camino otra vez, no viendo nada mas que el punto luminoso que llevaba en la boca cada cual, y que brillaba á cada aspiracion; ¡tan oscura estaba la noche!

Esta vez ya no habia canciones ni gritos; el ron habia perdido su influencia: el mas profundo silencio reinaba en toda la línea, y no era interrumpido si no por el ruido de las voces con que nuestros guias arreaban á los animales, ya á gritos, ya sacudiéndolos.

En efecto, nada de todo lo que nos rodeaba brindaba á la alegría, el frio era cada vez mas intenso y la nieve caia en abundantes copos: no tenia mas luz la noche, que un reflejo mate y blanquizco; el camino se estrechaba mas y mas, obstruyéndole de cuando en cuando algunos peñascos que obligaban á nuestros mulos á tomar unas veredas en la misma vertiente del precipicio, cuya profundidad no podiamos medir si no por el ruido del Dranze que corria en su fondo: hasta este ruido que á cada paso iba debilitándose, nos probaba que el abismo iba siendo mas y mas profundo y escarpado. Por la nieve que veiamos en el sombrero y vestido del que iba delante, juzgábamos cada uno que debiamos llevar encima igual cantidad, ademas sentiamos al través de la ropa su contacto menos penetrante, pero mas helado que el de la lluvia: en fin, nuestro gefe de columna se paró.

—A fe mia, dijo, estoy helado, y voy á echar pie á tierra.

—Ya os lo habia dicho que tendriais que apearos, replicó nuestro guia.

Efectivamente cada cual conocia la necesidad de entrar en calor por medio del movimiento; echamos pie á tierra, y como apenas se veia, aconsejáronnos los guias que nos agarrásemos á las colas de los mulos, que de este modo nos ofrecian la doble ventaja de ahorrarnos la mitad de la fatiga, y sondear el camino. Ejecutóse puntualmente esta maniobra, pues comprendiamos la necesidad de abandonarnos al instinto de nuestros animales y á la sagacidad de sus conductores.

Entonces reconocí la verdad de la relacion de Balmat; pues sentia en mí el dolor de cabeza de que me habia hablado, sus desvanecimientos vertiginosos, y aquella irresistible gana de dormir, á la que hubiese cedido sobre mi mulo, y que solo la precision de andar á pie podia combatir. Parece que nuestro doctor mismo la sentia tambien pues propuso hacer un alto.

—¡Adelante, adelante, señores! dijo vivamente nuestro guia, os prevengo que el que se detenga no volverá á andar mas.

Habia en el acento con que pronunció estas palabras una conviccion tan profunda, que nos volvimos á poner en marcha sin hacer ninguna objecion. Uno de nosotros, no sé cual, intentó volvernos á nuestra antigua alegría con aquellas palabras sagradas que hasta entonces no habian dejado de producir su efecto:—*No hay miedo, Napoleon ha pasado por aquí.* Mas esta vez la chanza habia perdido su eficacia; ninguna risa respondió á ella y el desusado silencio con que fué recibida la dió un carácter mas triste que el de un lamento.

Caminamos asi maquinalmente y tirados por nuestros mulos, cerca de media hora, metiéndonos en la nieve hasta las rodillas mientras que corria de nuestra frente un helado sudor.

—¡Una casa! dijo de repente Sussy.

—¡Ah!

Cada cual soltó la cola de su mulo, asombrados de que los guias nada hubiesen dicho de aquella parada, de aquel descubrimiento.

—Con vuestro permiso, señores, dijo el guia. ¿Con que no sabeis que casa es esa?

—Aunque fuese la casa del diablo, con tal que podamos quitarnos en ella esta maldita nieve, y ponernos los pies en seco..... Entremos.

La cosa no era difícil, no habia en aquella casa ni puertas ni ventanas. Llamamos, pero nadie respondió

—¡Si, si! llamad, dijo nuestro guia, y si despertais á los que ahí duermen buena la habeis hecho.

Efectivamente, nada respondia, y la casa parecia desierta: sin embargo, por muy espuesta que estuviese á todos los vientos, nos ofrecia un abrigo contra la nieve; resolvimos quedarnos allí un rato.

—Si hubiese una chimenea encenderiamos fuego, dijo una voz.

—¿Y la leña?

—Busquemos la chimenea.

De Sussy alargó los brazos.

—¡Señores, una mesa! dijo.

Estas palabras fueron seguidas de una especie de grito, mitad de terror, mitad de asombro.

—Y bien, ¡qué hay!

—Hay que un hombre está tendido sobre esa mesa... aquí está una pierna.

—¡Un hombre!

—Entonces dadle un tiron á ver si se despierta.

—Hola, amigo; ¡eh!....

—Señores, dijo uno de los guias, separándose del grupo de sus camaradas que habian permanecido fuera, y asomando la cabeza por la ventana; señores, cuidado con semejantes chanzas, y en este sitio. Podria ocasionarnos alguna desgracia á todos, á vosotros y á nosotros.

—¿Pues en donde estamos?

—En uno de los depósitos de los muertos del Gran San Bernardo... Retiró su cabeza de la ventana y volvió otra vez á reunirse con sus compañeros, sin añadir nada mas; pero pocos oradores pueden jactarse de haber producido un efecto tan grande con tan pocas palabras. Cada uno de nosotros se quedó clavado en el sitio en que se hallaba.

—A fé mia, señores, que es preciso ver esto. Es una de las curiosidades del camino, dijo de Sussy, y encendió un fósforo.

Chispeo la cerilla, y difundió por un mo-

mento su débil luz, á cuyo resplandor divisamos tres cadáveres, el uno efectivamente tendido sobre la mesa, y los otros dos acurrucados en los dos ángulos del fondo: despues se apagó el fósforo y todo volvió á quedar otra vez á oscuras.

Repetimos de nuevo la operacion. Unicamente esta vez cada uno encendió en el fósforo un pedazo de papel enrollado, y con él en la mano derecha y otros muchos preparados en la izquierda, se comenzó á escudriñar toda la habitacion.

Seria preciso haberse hallado en la posicion en que nos hallábamos para tener una idea de la impresion que produjo en nosotros la vista de aquellos desdichados; seria preciso haber mirado aquellos rostros negros y horriblemente contraidos á la vacilante y dudosa luz de nuestras improvisadas velas, para conservarlos en la memoria, cual quedaron en la nuestra. Seria necesario haber tenido que temer para uno mismo, y en igual momento, la terrible suerte de aquellos antecesores que teniamos á nuestros ojos, para comprender que se nos erizaron los cabellos, que el sudor corrió de nuestra frente, y que por necesidad que esperimentáramos de descanso y de fuego, no sentimos ya mas que un deseo: el de abandonar lo mas pronto posible aquella posada de la muerte.

Volvimos á ponernos en camino, mas silenciosos y mas sombríos que antes de aquel alto, pero tambien llenos de la energía que nos habia dado la vista de semejante espectáculo; por espacio de una hora nadie habló una palabra, ni aun los guias. La nieve, el camino, el mismo frio, creo que habian desaparecido: de tal modo se habia apoderado de nuestra alma una sola idea; tanto oprimia nuestro corazon y apresuraba nuestra marcha un solo temor.

Al fin, nuestro guia gefe, dió uno de esos gritos habituales en los montañeses, y que por su agudo sonido se dejan oir á estraordinarias distancias, y que designan por su modulacion si el que llama asi pide auxilio, ó avisa sencillamente su llegada.

El grito se alejó como si nada pudiese detenerle sobre aquella vasta sábana de nieve, y como ningun eco nos le volvió á enviar, entró otra vez en el silencio la montaña. Anduvimos aun casi unos doscientos pasos mas, cuando oimos los ladridos de un perro.

—¡Aquí, Bandera, aqui! gritó nuestro guia.

Al mismo tiempo vimos venir hácia nosotros á un enorme alano, de la única raza conocida bajo el nombre de raza de San Bernardo, y reconociendo á nuestro guia, se puso de pie apoyando las patas delanteras en su pecho.

—¡Bien, Bandera, bien, pobre animal! Señores, con perdon vuestro este es un antiguo conocido mio, que se alegra mucho de verme. ¿No es verdad, Bandera? ¿eh? ¡hermoso perro!... ea, basta, basta..., vamos andando.

Felizmente el camino no era largo: diez minutos despues nos encontramos de repente delante del hospicio, que por aquella parte no se puede descubrir ni aun de dia, hasta que casi ha llegado uno encima. Un castaño nos esperaba en su puerta; puerta de dia y de noche abierta gratuitamente para todo el que llega allí á demandar hospitalidad, que en aquel sitio de desolacion es frecuentemente la vida.

Fuimos recibidos por el hermano que estaba de guardia, y llevados á una habitacion donde nos esperaba una escelente lumbre. Mientras nos calentábamos, nos estaban preparando las celdas, el cansancio habia hecho desaparecer el apetito, asi preferimos el sueño á la cena.

Nos sirvieron á cada uno cuando estuvimos en la cama una taza de leche caliente. El hermano que me trajo la mia me dijo, que me hallaba en el cuarto en que Napoleon habia comido; por lo que á mí toca, creo que fué en el que mejor he dormido.

Al dia siguiente á las diez ya estabamos todos en pié, y haciamos el inventario del cuarto consular que me habia tocado; nada le distinguia de los demas; ni una pequeña inscripcion recordaba allí el paso del moderno Carlo-Magno.

Nos asomamos á la ventana; el cielo estaba despejado, el sol resplandeciente y la tierra cubierta de un pie de nieve.

Es difícil formarse una idea de la áspera tristeza del paisage que se descubre desde las ventanas del hospicio, situadas á siete mil doscientos pies sobre el nivel del mar, y colocadas en medio del triángulo que forman la punta del Dronaz, el monte Velan y el Gran San Bernardo. Hay un lago, alimentado por el derretimiento de las nieves á algunos pasos del convento, que lejos de alegrar la vista la entristece mas; sus aguas, que parecen negras en medio de su marco de nieve, son demasiado frias para alimentar ninguna clase de pescados, y están demasiado heladas para atraer ninguna clase de pájaros. Es una imágen en pequeño del Mar Muerto, tendido á los pies de Jerusalen destruida. Todo lo que tiene alguna apariencia de vida animal ó vegetal, está escalonado sobre el camino, segun sus fuerzas le han permitido subir; únicamente el hombre y el perro han llegado á la cima.

Con este triste cuadro á la vista, y solo donde nosotros estábamos, se puede formar una idea del sacrificio de aquellos hombres que han abandonado los risueños valles del pais de Aosta y de la Tarantesa, la casa paterna, que quizá reflejaba en las azules ondas del pequeño lago de Orta, que brilla ardiente, húmedo y profundo como los ojos de una española enamorada; la familia amada, la bendecida esposa con su dote de felicidad y de amor; para venir con un baston en la mano y un perro por amigo, á colocarse en la nevada ruta de los viageros, como estátuas vivientes de sa-

crificio y del amor al prójimo. Allí es donde se tiene lástima de la fastuosa caridad del hombre de las ciudades, que cree haber hecho todo por sus hermanos cuando ha dejado caer ostensiblemente de la punta de sus dedos en el bolsillo de una bella postulante una moneda de oro, que le pagan con una reverencia y una sonrisa. ¡Oh! si fuese posible que en medio de una de esas noches voluptuosas de nuestro invierno parisiense; cuando el baile hace saltar á las mugeres cual un torbellino de diamantes y de flores, cuando los hermosos versos de Victor Hugo sobre la caridad, han atraido una lágrima juvenil en unos ojos chispeantes de placer; si fuese posible, que se apagasen las luces, que cayesen un lienzo de pared, que los ojos pudiesen atravesar el espacio, y que se viese de repente en medio de la noche, sobre un angosto sendero, al borde de un precipicio, amenazado por el alud, envuelto en una tempestad de nieve á uno de esos ancianos de cabellos blancos, que van repitiendo á grandes gritos: ¡Por aquí, hermanos! ¡Oh! ciertamente el mas orgulloso de su limosna, enjugaría su frente húmeda con el sudor de la vergüenza, y caeria de rodillas diciendo: ¡Dios mio!.....

Vinieron á decirnos que nos aguardaban en el refectorio.

Bajamos á él con el corazon oprimido. El hermano iba delante de nosotros para enseñarnos el camino: pasamos junto á la capilla y oimos el canto del oficio divino. Continuamos nuestro camino, y á medida que se alejaba el canto, risas estrepitosas llegaban á nosotros del otro estremo del corredor. ¡Risas!... esto nos pareció estraño en semejante lugar. Abrimos por fin la puerta y nos encontramos entre una multitud de jóvenes de ambos sexos que tomaban té y hablaban de Mdlle. Taglioni.

Nos miramos por un momento asombrados, y luego nos echamos á reir como ellos. Habiamos visto á aquellas damas en nuestro mundo parisiense. Acercámonos á ellas con los mismos modales que en un salon, hicimos los cumplimientos que exige el buen tono de la elegante sociedad, ocupamos los sitios que nos estaban reservados, la mesa y la conversacion se hizo general, ganando en alegría lo que perdia en etiqueta. Al cabo de diez minutos nos habiamos completamente olvidado de donde estábamos.

Verdad es que nada podia contribuir á recordárnoslo. El salon que llamaban refectorio estaba muy distante de corresponder á la idea austera que espresa este nombre. Era un lindo comedor, adornado con mas profusion que gusto: adornaba uno de sus ángulos un piano; veíanse varios cuadros en las paredes; encima de la chimenea se veia con profusion un reloj, floreros y algunos de esos juguetes de lujo que no se encuentran si no en el tocador de las señoras; en fin, reinaba en todas estas cosas un cierto carácter mundano, que nos fué esplicado con una sola palabra, cada uno de aquellos muebles era regalo hecho á los religiosos por alguna sociedad agradecida, que habia querido probar á los buenos padres, que á su vuelta á París, no se habian olvidado de la hospitalidad que habia recibido de ellos.

Mientras el almuerzo, nos dió el hermano que nos hacia los honores algunas noticias históricas sobre el monte de San Bernardo, que quizá no será inoportuno el consignar aquí.

Antes de la fundacion de la hospedería el Gran San Bernardo se llamaba Mont-Joux, por corrupcion de estas dos palabras latinas: *Mons-Jovis*, monte de Júpiter, viniéndole este nombre de un templo dedicado á aquel dios, bajo la invocacion de Júpiter *pœnin*. No se sabe cual fué la época fija de la creacion de este templo, cuyas ruinas están visibles aun. Desde luego la ortografía de la palabra *pœnin*, que Tito Livio escribe incorrectamente *pennin*, podria hacer creer que se remonta al paso de Anibal, y que este general, llegado con felicidad á la cima de los Alpes hubiera puesto la primera piedra votiva de un templo á *Júpiter Cartaginés*. Sin embargo, los *ex-votos* que han sido hallados haciendo escavaciones en estas ruinas, indican que los peregrinos que iban allí á cumplir algun voto eran romanos. ¿Al presente parece que estos fuesen á orar al pie de la estátua del dios de sus enemigos? Esto es imposible. ¿No pudiera haber sido al contrario edificado el templo por los mismos romanos, cuando los desastres de Asdrubal en Cerdeña obligaron á su hermano, afeminado en Cápua y batido por Marcelo, á abandonar la Italia cuyas tres cuartas partes habia conquistado para refugiarse bajo el amparo de Antioco? En el primer caso su creacion remontaria al año 535, y en el segundo al 555 de la fundacion de Roma. En cuanto á la época en que fué abandonado su culto, se podria fijar con probabilidad en el reinado de Teodosio el Grande, no habiéndose hallado en las ruinas del templo ninguna medalla posterior al reinado de los hijos de este emperador.

La fundacion de la hospedería data sin duda alguna del principio del siglo IX, pues se hace mencion de la hospedería de Mont-Joux en la cesion de tierras que hizo Lod-Her, rey de Loreña, á Ludovico, su hermano, en 859; existian pues, antes que el arcediano de Aosta viniese á establecerse en él, en 970, canónigos regulares de San Agustin para su servicio, y cambiase su nombre pagano de Mont-Joux, en el cristiano de San Bernardo. Desde aquella época hasta el dia ha habido cuarenta y tres superiores.

Nueve siglos han pasado, y ni el tiempo ni los hombres han cambiado nada en las reglas del monasterio, ni los deberes hospitalarios de los canónigos.

La cordillera de los Alpes, sobre la que se halla situado el San Bernardo, fué testigo de

cuatro pasages. de Anibal, Carlo-Magno, Francisco I, y Napoleon. Anibal y Carlo-Magno pasaron el Mont-Cenis; Francisco I, y Napoleon, por el mismo sitio en donde se halla edificado el hospicio. Carlo-Magno y Napoleon lo atravesaron para vencer. Anibal y Francisco I, para ser vencidos.

Ademas de las damas de que ya he hablado teniamos al almuerzo una inglesa y su madre. Hacia tres años recorrian la Italia y los Alpes á pie, llevando su equipage en una cesta, y haciendo sus ocho ó diez leguas por dia: quisimos saber el nombre de estas intrépidas viageras, y lo buscamos en el registro de los estrangeros; la mas jóven habia firmado, *Luisa, ó la hija de las montañas.*

Habiamos entrado para buscar este registro en la sala contigua al refectorio, adornada como éste, con varios regalos hechos á los buenos padres. Encierra ademas dos cuadros que contienen diversos objetos antiguos encontrados en las escavaciones del templo de Júpiter; los que se hallan mejor conservados son dos estátuas pequeñas, la una de Júpiter y la otra de Hércules: una mano enferma con la serpiente de Esculapio enroscada, y llevando en los dedos como señal de enfermedad, una rana y un sapo: en fin, muchas láminas de bronce en las que están los nombres de los que iban á implorar el auxilio del dios.

Yo copié muchos de estos *ex-votos*, y los reproduzco aquí sin alterar nada en el órden de los renglones.

J. O. M. Paenino: T. Macrinius demostratus. V. S. L.

Jovi optimo maximo	*votum solvit libente*
Pœnino	*nominibus aug*
Pro itu et reditu	*Jovi Pœnino sabineius*
C. Julius Primus	*censor ambianus.*
V. S. L.	*V. S. L.*

Interrumpióme en esta ocupacion el ruido que hacian nuestros convidados. Mientras yo copiaba mis inscripciones se habia marchado á decir misa el monge que nos habia hecho los honores del almuerzo, sin tomar nada. Nuestro doctor se habia colocado de centinela á la puerta del refectorio, de Sussy se habia puesto al piano, y nuestras damas, inclusa la hija de las montañas, bailaban la galop al rededor de la mesa.

En el momento de mas animacion del baile, entreabrió el doctor la puerta, y asomando la cabeza:

—Señoras, dijo á las bailarinas; aqui hay un hermano lego que pregunta si gustais ver el gran depósito de los muertos.

Esta proposicion paró la galop de repente: las señoras consultaron un momento entre si: el disgusto combatió con la curiosidad, la curiosidad venció: partimos.

Al llegar á la puerta esterior declararon que no pasarian de alli; habia pie y medio de nieve, y el depósito está situado á unos cuarenta pasos casi del hospicio. Pusimos los hombres unos sillones sobre unos palos, y ofrecimos llevar á nuestras bellas curiosas todo el camino: aceptaron.

No sin bastantes gritos y risotadas causadas por el balanceo y movimiento de la silla, y los tropezones de los que las llevábamos, llegaron á la ventana abierta eternamente, y por la cual se sumerge la vista en la vasta bóveda del gran depósito del San Bernardo. Imposible es ver un espectáculo mas curioso y horrible á la vez.

Figuraos una gran sala baja y abovedada de treinta y cinco pies cuadrados, casi iluminada por una sola ventana, y cuyo suelo está cubierto de una capa de polvo de pie y medio.

Polvo humano.

Este polvo, que parece cual las espesas olas del Mar Muerto, arrojar á su superficie los objetos mas pesados, está cubierto de multitud de huesos.

¡Huesos humanos!

Y sobre estos huesos, de pie, recostados en la pared, agrupados con la caprichosa inteligencia de la casualidad, conservando cada uno la espresion y la actitud en que la muerte les ha sorprendido, los unos de rodillas, los otros con los brazos estendidos, estos con los puños cerrados y la cabeza baja, aquellos con la frente y las manos levantadas al cielo; ciento cincuenta cadáveres, ennegrecidos por el hielo, con los ojos vacios y los dientes blancos, y enmedio de ellos una muger que ha creido salvar á su hijo dándole el pecho, y que parece enmedio de aquella infernal reunion, una estátua del amor maternal.

Todo esto encerrado en aquel cuarto; polvo, huesos ó cadáveres, segun la época de que datan, y en la ventana de aquel cuarto, iluminada por un sol alegre, cabezas de mugeres jóvenes y bellas, la vida animada desde veinte años apenas, contemplando la vida estinguida hace siglos. ¡Ah! ¡qué espectáculo tan estraño!.. ¡En cuanto á mí, toda mi vida estaré viendo á aquella pobre madre que da de mamar á su hijo!

¿Qué decir despues de esto del San Bernardo? Tambien hay una iglesia en que está el sepulcro de Dessaix, una capilla dedicada á Santa Faustina, una lápida de mármol negro, donde hay grabada una inscripcion en honor de Napoleon. Hay otras mil cosas tambien. Pero creedme, haced que os las enseñen antes de ir á ver á aquella pobre madre que está dando de mamar á su hijo.

LOS BAÑOS DE AIX.

La ciudad de Aosta es una linda y pequeña poblacion que tiene pretensiones de no pertenecer ni á la Saboya ni al Piamonte; defienden sus habitantes que su tierra formaba parte de aquella parte del imperio de Karl el Grande, que habia heredado de los señores de Stranlingen. En efecto, aunque suministran un contingente militar, no pagan contribucion alguna y han conservado la franquicia de caza, por lo demas obedecen, bien ó mal, al rey de Cerdeña. El carácter de la ciudad de Aosta es todo italiano, á escepcion del abominable idioma que allí se habla, y que creo es saboyano corrompido: por todas partes en el interior de las casas, las pinturas al fresco reemplazan á los papeles ó artesonados, y los fondistas no se descuidan nunca de serviros á la mesa una especie de pasta y una clase de crema, que destrozan pomposamente con el título de macarrones y sambasones. Agréguese á esto el vino de Asti y las chuletas á la milanesa, y se tendrá completa una mesa valdiostense.

La ciudad de Aosta se llamaba al principio Cordella, del nombre de Cordellus Latiellus, gefe de una columna de galos cisalpinos, llamados Salassos, que vinieron á establecerse allí.

En tiempo de Augusto se apoderó de ella una legion romana, mandada por Terencio Varron, y construyó á la entrada de la ciudad, en memoria de aquel suceso, un arco de triunfo, aun hoy en pie y entero sobre el que se leen estas dos inscripciones modernas:

El Salasso defendió largo tiempo sus hogares;
Sucumbió: Roma victoriosa
Depuso aquí sus laureles.

Al triunfo de Octavio Augusto César.
Detrotó completamente á los Salassos.
El año de Roma DCCXXIV.
(*24 años antes de la era cristiana*).

Al fin de la calle de la Trinidad hay otras tres arcadas antiguas construidas de mármol gris formando tres entradas, de las que una no tiene uso alguno hoy: la de en medio, como la mas alta, estaba reservada para el paso del emperador y del cónsul: sobre la columna que lo sostiene se lee esta inscripcion:

El emperador Octavio Augusto fundó estos muros.
Edificó la ciudad en tres años,
Y la dió su nombre el año de Roma
DCCXXVII.

A poca distancia de este monumento se encuentran todavía algunos restos de un anfiteatro de mármol ceniciento.

La iglesia ofrece los diferentes caractéres de las épocas en las que ha sido fundada y restaurada. El pórtico es de arquitectura romana modificada por el gusto italiano: las ventanas son ojivales y pueden datar del principio del siglo XIV. El coro tiene un pavimento de mosaico antiguo representando la diosa Isis rodeada de los meses del año, y contiene muchos hermosos sepulcros de mármol, sobre uno de los cuales está recostada la estátua de Tomás, conde de Saboya: un pequeño bajo relieve gótico de un esquisito trabajo está colocado delante del altar. Allí ha esculpido el autor con toda la sencillez del arte del siglo XV la vida de Jesucristo desde su nacimiento hasta su muerte.

Todos estos edificios, incluso las ruinas de un convento de la órden de San Francisco, patrono de la ciudad, pueden visitarse en dos horas: al menos este es el tiempo que nosotros le consagramos.

Al volver á la posada encontramos allí á un veturino (especie de mayoral) que el huésped habia hecho llamar durante nuestra ausencia. Aquel hombse se comprometia á llevarnos en el mismo dia á Pre-Saint Dicier, y nos empaquetó á todos los seis en un carruage donde hubiéramos ido bastante incómodos cuatro, asegurándonos que nos hallariamos muy bien cuando nos hubiéramos *arreglado*. Cerró en seguida la portezuela, y esclavo de su palabra no se detuvo á pesar de nuestros gritos si no á tres leguas de Aosta, un poco mas allá de Villanueva.

Debimos este momento de respiro á un accidente que habia sucedido ocho dias antes. Una porcion de hielo al caer en uu lago, cuyo nombre he escrito tan bien en mi album que me es imposible el leerlo é interpretarlo, habia hecho subir doce ó quince pies la masa de agua que habia salido fuera de su cauce. El torrente habia tomado para correr un camino distinto y encontrando sobre este camino una casita la habia arrastrado consigo: cincuenta y ocho vacas, ochenta cabras y cuatro hombres perecieron en la inundacion: se encontraron un cadáver hecho pedazos á lo largo de las orillas de este nuevo rio, que habia atravesado el camino real y habia ido á precipitarse en el Dora. Troncos de árboles, tablas, piedras se habian amontonado á la ligera para formar una especie de puente, y este puente es el que no se atrevia á atravesar nuestro conductor con su carruage cargado, lo que nos proporcionó la felicidad de salir un instante de nuestra jaula.

No conozco monge, cartujo, trapense, dervich, fakir, fenómeno viviente, animal curioso de los que se enseñan por dos cuartos, que haga una abnegacion mas completa de su libre albedrío que el desgraciado viagero que se mete en un coche público. Desde entonces

sus deseos, sus necesidades, su voluntad quedan á merced del conductor, de quien se convierte en una especie de propiedad. No le dará mas aire si no lo estrictamente necesario para que no muera asfixiado; no le dejarán tomar mas alimento que el preciso para que pueda llegar vivo á su destino. En cuanto á puntos pintorescos del camino por donde se pasa, en cuanto á los objetos curiosos que haya que visitar en las ciudades donde se hace parada, le será prohibido hasta hablar de ellos si no quiere hacerse insultar por el conductor: decididamente los carruages públicos son una admirable invencion... para los cofres y las maletas.

Declaramos al propietario de nuestro veturino que solamente cuatro de nosotros nos hallábamos dispuestos á volver á entrar en su máquina: en cuanto á los otros dos se hallaban muy decididos á terminar á pie las ocho leguas que nos quedaban por hacer: yo era uno de estos últimos.

Ya estaba bastante oscura la noche cuando llegamos á Pre-Saint Dicier; alli encontramos á nuestos camaradas de carruge un poco mas fatigados que nosotros: quedó convenido que al dia siguiente pasariamos el pequeño San Bernardo á pie.

A la mañana siguiente el que primero abrió los ojos dió gritos de admiracion que despertaron á toda la caravana: habiamos llegado de noche, como he dicho, y no teniamos idea alguna de la magnífica vista que se descubria desde las ventanas de la posada: en cuanto al posadero acostumbrado á esta vista, no habia pensado ni aun en hablarnos de ella.

Nos encontrábamos al pie del Monte Blanco, pero sobre la falda opuesta á Chamouny. Cinco neveras bajaban de la nevada cresta de nuestro antiguo amigo que cerraban el horizonte cual una pared: este inesperado punto de vista al que nada nos habia preparado era tal vez lo que mas hermoso habiamos encontrado durante todo nuestro viage: sin escluir yo á Chamouny.

Bajamos para preguntar á nuestro huésped el nombre de aquellas neveras y de aquellos picos: mientras nos los esplicaba pasó cerca de nosotros un cazador con una carabina en la mano y dos gamos á la espalda: eran una madre y su choto; los dos habian sido muertos recientemente.

El posadero que vió que eramos gente *curiosa* se aprovechó de ello y nos propuso hacernos ver los baños del rey: asi supimos que Pre-Saint Dicier poseia un manantial de agua mineral: tuvimos la imprudencia de aceptar la invitacion.

Nuestro huésped nos llevó entonces á una mala casuca de yeso que nos fué preciso visitar desde el sótano hasta el tejado: no nos perdonó ni una cacerola de la cocina, ni una esponja de las que usó en el baño. Creimos al fin que habiamos concluido el inventario cuando al salir nos hizo notar bajo el peristilo un clavo en el que S. M. se dignaba colgar su sombrero.

Me escapé dando al diablo al rey de Cerdeña, de Chipre y de Jerusalen: mi apóstrofe hizo caer naturalmente la conversacion sobre política, y como entre nosotros seis habia representantes de cuatro diferentes opiniones se entabló una discusion: al llegar á la aldea de San Mauricio aun íbamos disputando y habiamos andado sin sentir ocho leguas. El que menos ronco se encontraba se encargó de pedir la comida.

Terminada esta operacion como nos quedaban aun cuatro horas de dia, nos colocamos en dos carretas, y grave y pausadamente se pusieron en camino y no se detuvieron si no cuando sonaban las once en el hotel de la Cruz Roja en Moustier.

Aquel pueblecito nada tiene de notable si no las salinas. Las visitamos al dia siguiente por la mañana.

Hállase situado el establecimiento á una legua casi del manantial que esplota; este manantial al salir de la tierra contiene una parte y media de materia salina sobre cien partes de agua. Durante su curso la evaporacion del agua hace la proporcion de las sales mucho mas considerable en el momento en que el líquido se somete á la accion de la bomba. Esta bomba levanta á una altura de treinta pies el agua que se distribuye en una multitud de canalitos, de donde vuelve á caer sobre millares de cuerdas. En este estado estremo de division la evaporacion de la parte acuosa es mucho mas grande aun que la que anteriormente se ha verificado: y como las partes salinas no han desaparecido por esta evaporacion, resulta que se tiene al fin un agua muy cargada de sales que en seguida se pone á hervir en las calderas.

Podria obtenerse directamente la sal haciendo hervir el agua tal como sale del manantial; pero entonces seria mucho mas grande el gasto del combustible.

La totalidad que resulta de la esplotacion es de quince mil kilógramos haciendo parte de los cuarenta mil que se consumen en Saboya y que el rey vende á sus súbditos á seis cuartos la libra: en Bex la sal recogida por el mismo mecanismo se vende á seis maravedises por el gobierno.

El mismo dia á las cuatro de la tarde nos hallábamos en Chamberí. Nada diré del interior de los monumentos públicos de la capital de la Saboya; no pude entrar en ninguno de ellos en atencion á que llevaba sombrero gris. Parece que un despacho del gabinete de las Tullerías habia provocado las mas severas medidas contra el sedicioso fieltro, y que el rey de Cerdeña no habia querido por una cosa tan fútil esponerse á una guerra con su muy querido y caro hermano Luis Felipe de Orleans: como yo insistia reclamando enérgicamente contra la injusticia de semejante disposicion,

los carabineros reales que estaban de guardia á la puerta del palacio, me dijeron burlonamente que si absolutamente me obstinaba, habia en Chamberí un edificio á cuyo interior les era permitido llevarme: era la cárcel. Como el rey de Francia á su vez no hubiera querido probablemente esponerse á una guerra contra su muy caro hermano Cárlos Alberto por un personage tan poco importante como su ex-bibliotecario, respondí á mis interlocutores que eran muy amables para ser saboyanos y de mucho talento para ser carabineros.

Nos marchamos inmediatamente despues de la comida; sobre cuya cuenta rebajamos diez y ocho francos sin que esto pareciese perjudicar los intereses de nuestro huésped ó fondista llamado Chevalier, y llegamos una hora despues á las puertas de Aix. La primera palabra que oimos al pararnos en la plaza fué un viva á Enrique V pronunciado con una fuerza de órgano que nada dejaba que desear. Saqué inmediatamente la cabeza por la portezuela pensando que en un pais donde tan susceptible es el gobierno, no podria dejar de prenderse al legitimista que de una manera pública acababa de manifestar su opinion. Me engañaba; ninguno de los diez ó doce carabineros que se paseaban por la plaza hizo un movimiento hostil: es verdad que aquel caballero llevaba sombrero negro.

Las tres posadas de Aix se hallaban atestadas de gente: el cólera habia llevado allí á una multitud de cobardes, y la situacion política de Paris á una multitud de descontentos: de esta manera Aix se encontraba siendo la cita de la aristocracia de nobleza y de la aristocracia del dinero: la una se hallaba representada por Mad. la marquesa de Castries, la otra por el baron de Roschildt: Mad. de Castries es, como se sabe, una de las mugeres mas graciosas y de mas talento de Paris.

Pero esa multitud no habia hecho aumentar ni el precio de los alojamientos ni el de los alimentos. Encontré en casa de un tendero una habitacion bastante bonita por treinta cuartos al dia, y en casa de mi fondista una comida escelente por tres francos. Estos pequeños detalles, muy poco interesantes para muchas personas, los consigno aqui para algunos proletarios como yo que tal vez les darán importancia.

Quise dormir: pero en Aix es una cosa imposible antes de la media noche: mis ventanas daban á la plaza, y la plaza era el punto de reunion de una treintena de sus ruidosos elegantes que miden por el ruido que hacen el placer que esperimentan. No pude distinguir en medio de aquella baraunda sino un solo nombre: verdad es que fué repetido casi unas cien veces en el intérvalo de media hora: este nombre era el de Jacotot. Naturalmente pensaba que el que llevaba este nombre seria un eminente personage, y bajé con ánimo de hacer su conocimiento.

Hay dos cafés en la plaza, el uno estaba vacío, en el otro no se podia entrar; el uno se arruinaba, el otro se llenaba de oro. Preguntéle á mi huésped de qué procedia esta preferencia: me respondió que era Jacotot el que atraia á la multitud. No me atreví á preguntar quién era Jacotot por miedo de aparecer demasiado lugareño. Dirigíme hácia el café lleno de gente: todas las mesas se hallaban ocupadas; habia un lugar vacío en una de ellas; me apoderé de él llamando al mozo.

No me respondieron. Entonces saqué toda la voz que me permitian mis pulmones y renové mi interpelacion que no tuvo mas resultado que la primera.

—Poco tiempo haber llegado vos á Aix, me dijo con un pronunciado acento aleman uno de mis vecinos que estaba bebiendo cerveza.

—Esta tarde, caballero.

Hizo un gesto como para decirme: ahora comprendo; y volviendo la cabeza hácia el lado de la puerta del café no pronunció mas que esta sola palabra: ¡Chacotot!

—¡Voy, señor, voy! respondió una voz.

Jacotot se presentó en el mismo instante: no era otra cosa sino el mozo del café. Paróse delante de nosotros; la sonrisa se hallaba estereotipada sobre aquella buena y redonda cara estúpida que es preciso haber visto una vez para poderse formar de ella una idea. Mientras que le pedia un vaso de cerveza, veinte voces ó veinte gritos á la vez decian:

—Jacotot, un cigarro.

—Jacotot, el periódico.

—Jacotot, fuego.

Jacotot á medida que le pedian cada cosa la sacaba al instante de su bolsillo: hubo un momento en que pensé si seria el encantado bolsillo de Fortunatus.

En el mismo momento salió otra voz de un sombrío corredor perteneciente al café.

—Jacotot, veinte luises.

Jacotot colocó su mano encima de sus ojos, á guisa de pantalla, y miró quien le dirigia esta última peticion, y habiéndole probablemente conocido por hombre de garantía, echó mano al maravilloso bolsillo y sacó un puñado de oro, que le entregó sin añadir nada á su habitual estribillo; ya voy, señor, ya voy, y desapareció para ir á buscarme un vaso de grosella.

—¿Con que perdeis, Pablo? dijo un jóven que se hallaba en una mesa al lado de la mia.

—Tres mil francos.

—¿Vos jugar? me dijo mi aleman.

—No, señor.

—¿Por qué?

—No soy bastante pobre para desear ganar, ni bastante rico para poder perder.

Miróme fijamente, bebióse un vaso de cerveza, echó una bocanada de humo, colocó un codo sobre la mesa, apoyó su cabeza en su mano, y me dijo gravemente:

—Tener razon vos, jóven. ¡Chacotot!....

—Voy, señor, voy.

—Otra botella traer y otro cigarro.

Jacotot le trajo su sesto cigarro y su cuarta botella; encendió el uno y destapó la otra.

En tanto que por mi lado, yo tomaba mi grosella, dos de nuestros compañeros vinieron á tocarme en la espalda; habian organizado para la mañana siguiente con una docena de amigos que habian encontrado en Aix, una partida de baño al lago de Bourget, situado á una media legua de la ciudad, y venian á preguntarme si queria ser de los suyos. No habia necesidad de preguntar esto; solo me informe de los medios de trasporte; me respondieron que no tuviese el menor cuidado porque ellos lo habian dispuesto y preparado todo. Con esta seguridad me fuí á acostar. A la mañana siguiente me desperté con el ruido que habia debajo de mi ventana. Mi nombre habia por el momento reemplazado al de Jacotot, y una treintena de voces lo alzaban hasta mi segundo piso con toda la fuerza de sus pulmones. Echéme abajo de la cama creyendo que se habia prendido fuego á la casa, y corrí á la ventana. Treinta ó cuarenta burros cabalgados por otros tantos ginetes ocupaban en dos filas todo lo ancho de la plaza. Era un golpe de vista para encantar á Sancho Panza. Llamábanme, en fin, para que viniese á ocupar mi lugar en las filas. Pedí cinco minutos, que me fueron concedidos, y bajé. Habíanme reservado con una delicadeza y atencion, que se apreciará despues, una soberbia burra llamada *Cristina*. El marqués de Montairon, que montaba un hermoso caballo con buenas crines, habia sido nombrado por unanimidad general, y mandaba toda la brigada. Dió la señal de partir por esta alocucion tan familiar á todos los coroneles de coraceros.

—Adelante, cuatro en fondo, al trote si quereis, y al galope si podeis.

Echamos en efecto á andar seguido cada cual de un pilluelo que pinchaba con una vara la grupa de nuestros burros. Diez minutos despues nos hallábamos en el lago de Bourget. Solamente, y habiendo partido en número de treinta y cinco, habiamos llegado doce, quince habian caido en el camino, los otros ocho no habian podido jamás hacer salir á sus burros del paso; en cuanto á Cristina caminaba como el caballo de Perseo.

Son una verdadera maravilla los lagos de Suiza y de Saboya con sus azuladas y trasparentes aguas, que dejan ver su fondo á ochenta pies de profundidad. Es preciso haber llegado á sus orillas aun manchados como lo estábamos con los baños del fangoso Sena, para formarse una idea del placer con que nos precipitamos en ellos.

Al estremo opuesto de donde nos hallábamos, se elevaba un edificio bastante notable. Pregunté á uno de nuestros compañeros en el momento en que subia á la superficie del agua, tal era aquel edificio. Apoyó las manos sobre mi cabeza y los pies sobre mis espaldas, y me envió á quince pies de profundidad, y aprovechando el momento en que yo sacaba la cabeza á la superficie del lago, es Hautecombe, me dijo, la sepultura de los duques de Saboya y de los reyes de Cerdeña. Le di las gracias.

Propusieron ir á almorzar allí y visitar en seguida los sepulcros reales y la fuente intermitente. Nuestros barqueros nos dijeron que en cuanto á esta última curiosidad tendríamos que privarnos de ella en atencion á que hacia ocho dias que el manantial no corria, bajo pretesto de que habia veinte y seis grados de calor. No por eso fué menos aceptada la proposicion por unanimidad. Sin embargo, uno de ellos hizo una reflexion muy sensata, y era que treinta y cinco mocetones como éramos no seria fácil que encontrasen bastantes huevos y leche, únicos comestibles probables en una pobre aldea de la Saboya. En su consecuencia, un pilluelo y dos burros fueron despachados á Aix; el pilluelo era portador de una palabra para Jacotot á fin de que nos enviase el mejor desayuno posible: debia ser pagado por los que cayesen de sus burros al volver.

Llegamos, como es fácil conocer, á Hautecombe antes que nuestros proveedores; mientras les aguardábamos nos dirigimos á la capilla donde se hallan los sepulcros. Esta es una iglesia pequeña, bonita, y aunque moderna, está construida sobre un plan de forma gótica. Si las paredes estuviesen ennegrecidas por ese sombrío barniz que los siglos dan al pasar, se la tomaria en su esterior por una construccion de fines del siglo XV.

Al entrar se tropieza con un sepulcro: es el del fundador de la capilla, el del rey Cárlos Félix; parece que despues de haber confiado á la iglesia los cuerpos de sus antepasados, él, el último de su raza, quiso, cual un hijo piadoso, velar en la puerta sobre los restos de sus padres, cuya série subia á mas de siete siglos.

A cada lado del camino que conduce al coro hay colocados soberbios sepulcros de mármol sobre los que se ven tendidos los duques y las duquesas de Saboya. Los duques con un leon á sus pies, tipo del valor; las duquesas con un lebrel, símbolo de la fidelidad. Otros hay que habiendo marchado por la santa via en lugar de la via sangrienta, se hallan representados con un cilicio en el cuerpo y con sandalias á los pies en señal de padecimiento y humildad; casi todos estos monumentos son de un esquisito trabajo y de una escelente y sencilla ejecucion: por encima de cada tumba, y como para con ello dar un mentís al carácter y á la costumbre, un hermoso medallon oval ó cuadrado representa, ejecutado por artistas modernos, una escena de guerra ó penitencia sacada de la vida de de aquel que cubre bajo la piedra que corona. Allí podeis ver el héroe despojado

de la armadura de mal gusto que le cubre sobre su sepulcro, combatiendo vestido á la griega con una espada ó un dardo en la mano en la posicion académica de Rómulo y Leonidas. Estos señores eran demasiado orgullosos para copiar y tenian demasiada imaginacion para hacer las cosas que vieron. ¡Dios los tenga en el cielo!

Vimos algunos religiosos orando por las almas de sus antiguos señores. Son monges de una abadía del Cister perteneciente á la capilla y que tenian el encargo de cuidarla. La fecha de la fundacion de esta abadía sube al principio del siglo XII, y de ella han salido dos papas; Godofredo de Chatillon, electo en 1241 bajo el nombre de Celestino VI, y Juan Cayetano de los Ursinos elegido bajo el de Nicolás III en 1277.

En tanto que visitábamos el convento y que tomábamos estas noticias, llegaron nuestras provisiones, y un espléndido almuerzo se organizó debajo de los castaños, á trescientos pasos de la abadía. Tan pronto como recibimos esta bienaventurada noticia, nos despedimos de los reverendos padres y nos encaminamos á la pradera donde estaba el desayuno. Al ir alli dejamos á nuestra izquierda la fuente intermitente. Tuve curiosidad de visitar el sitio donde se halla; alli encontré inmóvil con su cigarro en la boca y las manos á la espalda á mi aleman de la víspera: aguardaba hacia tres horas á que corriese el manantial: se habian olvidado de decirle que hacia ocho dias que se hallaba seco.

Me reuní con mis camaradas recostados como los romanos alrededor del festin: no tuve mas que echar una ojeada sobre él para hacer entera y complida justicia á Jacotot: era digno de su alta reputacion.

Cuando hubimos terminado el desayuno, bebido el vino y roto las botellas, pensamos en volver y se recordó el convenio hecho por la mañana, á saber: que los que se dejasen caer de sus burros pagarian la parte de los que se mantuviesen firmes y no cayesen. Hecha la cuenta se encontró que el desayuno no costaba una gran cosa.

A nuestra vuelta encontramos á Aix en revolucion. El que tenia caballos los habia hecho enganchar. Los que no los tenian acudian á los carruages; los que no podian hallarlos se precipitaban á los despachos de las diligencias: algunos hombres se disponian á marchar á pie: las señoras, nos cercaban con las manos juntas en ademan suplicante para obtener nuestros burros: á todas las preguntas que les haciamos no respondian mas que estas palabras:

—¡El cólera, caballero, el cólera!

Viendo que no podiamos obtener ninguna noticia de aquella espantada poblacion, llamamos á Jacotot.

Vino con los ojos llenos de lágrimas y le preguntamos que habia.

El hecho era que un herrero que habia llegado la víspera y jactándose de haber burlado al gobierno sardo en la cuarentena de seis dias impuesta á todos los estrangeros, se halló atacado despues de almorzar de vahidos y cólicos. El desdichado habia tenido la imprudencia de quejarse; su vecino reconoció al instante mismo los síntomas del cólera asiático. Todos se levantaron dando horrorosos gritos, y varias personas escapándose, gritaron en la plaza: ¡El cólera! ¡el cólera! como se grita *¡fuego! ¡fuego!*

El enfermo, que estaba acostumbrado á semejantes indisposiciones y que de ordinario se curaba con té ó simplemente con agua caliente, era á quien menos se le daba de toda aquella gritería. Iba á marcharse muy tranquilo á su casa para curarse, cuando encontró á la puerta los cinco médicos del establecimiento de los baños. Desgraciadamente para él, en el instante en que iba á saludar á la facultad saboyana, un violento dolor le arrancó un grito, y la mano que echaba á su sombrero, descendió naturalmente sobre el abdómen, asiento del dolor. Miráronse los cinco médicos, cambiaron una mirada, como dando á entender que el caso era muy grave. Dos de ellos agarraron al paciente cada uno por un brazo, le tomaron el pulso, y le declararon colérico en primer grado.

El herrero, que se acordaba de las aventuras de Mr. de Pourceaugnac, les manifestó con mucha mansedumbre que á pesar de todo el respeto que debia á su profesion y su ciencia, creia conocer mejor que ellos su situacion, en la que se habia encontrado ya veinte veces, y que los síntomas que ellos tomaban por la epidemia, lo eran solo de indigestion, no de otra cosa: y que por consiguiente les suplicaba, tuviesen la bondad de dejarle libre el paso, por que se marchaba á su casa á decir que le hiciesen una taza de té. Pero los médicos declararon que no estaba en su poder el acceder á tal peticion, pues estaban encargados por el gobierno de velar sobre el estado sanitario de la poblacion, y que asi les pertenecia de derecho todo bañista que se pusiese enfermo en Aix. El pobre herrero hizo el último esfuerzo, y pidió que le dejasen cuatro horas siquiera para curarse á su manera, y que si pasado este término no estaba bueno enteramente, consentia en entregarse en cuerpo y alma en manos de la ciencia. Esta le replicó que el cólera asiático, el mismo del que estaba atacado el enfermo, hacia tales progresos que en cuatro horas ya estaria muerto.

Durante esta discusion habíanse hablado los médicos algunas palabras al oido, y uno de ellos que habia salido de alli volvió á poco acompañado de cuatro carabineros reales y un sargento que preguntó, retorciéndose los bigotes, en donde estaba el infame colérico. Enseñáronle el enfermo: dos carabineros le

agarraron por los brazos, y otros dos por las piernas, y el sargento sacó su sable y echó á andar marcando el paso. Los cinco médicos siguieron al acompañamiento: el infeliz herrero arrojaba espumarajos de rabia, gritaba, siempre aferrándose en que no tenia nada, y mordia cuanto estaba al alcance de sus dientes. Decian ya que eran los síntomas del cólera asiático en el segundo grado: la enfermedad progresaba atrozmente.

A los que le vieron pasar no les quedó duda alguna y se admiró la abnegacion de los dignos médicos, qne iban á desafiar el contagio; pero todos se dispusieron á huir de él lo mas pronto posible. En este estado de terror pánico, habiamos encontrado nosotros la ciudad.

Llegóse el aleman en aquel momento y dándole á Jacotot, en la espalda le preguntó si el susto de todos era por que el manantial del agua intermitente no corria. Jacotot volvió á empezar la relacion que acababa de hacernos. El aleman escuchó con su habitual cachaza, y cuando hubo terminado, se contentó con decir: ¡Ah! y se encaminó hácia el establecimiento.

—¿A dónde vais, caballero? ¿á dónde vais? le gritaron de todas partes.

—Yo, á ver al enfermo, respondió nuestro hombre, continuando su camino. A poco rato volvió con la misma flema con que se habia ido, y todos le rodearon preguntándole que hacian con el colérico.

—Le apren, respondió.

—¡Cómo le apren!

—Sí, si, le apren el ventre. Y acompañó estas palabras con un gesto que no dejaba ninguna duda sobre el género de operacion que indicaba.

—¿Con que entonces ya ha muerto?

—¡Oh! si, sin duda, ya, dijo el aleman.

—¿Del cólera?

—No de una indigestion, ¿pobre hombre? habeba almorzado mocho, y su almuerzo le hacia daño, le han posto en uno baño caliento, y su almuerzo le ha ahogado: fe aqui todo.

Y esta era la verdad. A la mañana siguiente fue enterrado el herrero, y al otro ya nadie pensaba en el cólera, solo los médicos aseguraban que habia muerto de la epidemia reinante.

Al otro dia me dispensé de la partida de baño. Tenia que estar en Aix muy poco tiempo, queria visitar en detalle las Thermas romanas y los baños modernos.

La ciudad de Aix se remonta á la mas remota antigüedad. Sus moradores, conocidos con el nombre de *aquensses,* se hallaban bajo la inmediata proteccion del procónsul Domicio, como lo prueba el primer nombre que llevaron las aguas: *aquae domitianae.* En tiempo de Augusto eran el punto de reunion de todos los enfermos opulentos de Roma.

Despues de haber sido cuatro veces quemada, la primera en el siglo III, la segunda y la tercera en el XIII, y la última en el XVII, despues de haber pasado en el año de 1000, el 5 de los idus de mayo, de la posesion de Rodolfo rey de la Borgoña Transjurana, á la de Beroldo de Sajonia; despues de haber sido por mucho tiempo un objeto de disputas y causa de guerra entre las casas de los duques de Saboya y de los condes de Ginebra, Aix quedó por fin, por medio de un tratado celebrado en 1293, bajo la dominacion de los primeros.

Las diferentes revoluciones acaecidas despues del paso de los bárbaros, á quienes se debe atribuir la primera destruccion de las Thermas romanas, hasta el último incendio de 1639, habian hecho olvidar la virtud medicinal de los baños de Aix.

Por otra parte tambien, las aguas llovedizas al bajar de las montañas que cercan la ciudad, arrastraban consigo porciones de tierra vegetal y fragmentos de roca, formando asi una capa de tierra de ocho ó diez pies y cubriendo las antiguas construciones romanas, A principios del siglo XVII, fué cuando un médico de una aldea del Delfinado, llamado Cabias, hizo notar los manantiales termales de los que no se cuidaban los habitantes de Aix. Los esperimentos químicos que hizo en ellos, por incompletos que fuesen, le revelaron el secreto de su eficacia para ciertas enfermedades. De vuelta á su pais, recetó el uso de estas aguas á la primera ocasion que se le presentó, y acompañó él mismo, para hacer su aplicacion, á los primeros enfermos ricos que quisieron someterse á este tratamiento. Su cura dió márgen á la publicacion de un folleto titulado: *De las curas maravillosas y propiedades de las aguas de Aix.* Esta publicacion se hizo en Lion el año 1624, y dió á los baños una nombradía, que se ha ido acrecentando cada vez mas y mas.

Los monumentos que quedan del tiempo de los romanos, son un arco, ó por mejor decir, una arcada, restos de un templo de Diana, y los fragmentos de las Thermas.

Háse encontrado ademas en las escavaciones para sepulturas en la iglesia de Bourget, un altar de Minerva, piedra de sacrificio, urna en que se recogia la sangre de la víctima, y por último el cuchillo de piedra afilada con que se la degollaba.

El cura ha hecho desaparecer todos estos objetos en un momento de celo religioso.

El arco romano ha sido objeto de una larga controversia, los unos han pretendido encontrar en él la entrada de las Thermas, situada á poca distancia del sitio en que está levantado, los otros han hecho de él un monumento funeral; otros, en fin, un arco de triunfo.

Una inscripcion confirma al menos el nombre del que edificó el monumento, si bien no dice el objeto con que lo levantó:

L POMPEIUS CAMPANUS.
VIUS FECIT.

De aquí ha tomado el nombre de arco de Pompeyo.

El templo de Diana está mucho menos completo. Parte de sus piedras han proporcionado las losas magníficas que forman las escaleras del Círculo (1); y las que han quedado enteras desaparecieron en la obra de un mal teatrillo al que han servido de cimientos. Una de las cuatro paredes de la biblioteca del Círculo está formada por el muro de este antiguo monumento. Se ha tenido el buen juicio de no cubrirla con tapiceria alguna, para que de este modo los curiosos puedan examinar despacio las piedras colosales que han servido para esta construccion. Las mas pequeñas tienen dos pies de altura y cuatro ó cinco de ancho. Están puestas unas encima de otras sin ninguna argamasa, y parecen sostenerse únicamente por el peso del equilibrio.

Los restos de las Thermas romanas están situados bajo la casa de un particular llamado Mr. Perrier. Ya hemos dicho antes que las aguas arrastrando tierra habian cubierto estas construcciones antiguas. Habian desaparecido enteramente quedando ignoradas de todos cuando las encontró Mr. Perrier al hacer las escavaciones para echar los cimientos de su casa.

Cuatro gradas de una escalinata antigua, revestidas de mármol blanco, conducen en primer lugar á una piscina octógona de veinte pies de longitud, rodeada por todos lados de gradas en que se sentaban los bañistas; estas gradas y el fondo de la piscina están revestidas de mármol blanco. Por debajo de cada grada pasan conductos de calor, y detrás de la mas alta de las gradas se hallan las bocas por las cuales se derramaba el vapor en la habitacion. En el fondo de la piscina estaba colocado el inmenso lavabo de mármol que contenia el agua fria en que se metian los antiguos inmediatamente despues de haber tomado los baños de vapor. El lavabo fué roto en la escavacion, pero la tierra acarreada por los aluviones y de que habia estado lleno, ha conservado la forma exacta de la cuba que lo abarcaba y en la que se habia secado.

Debajo de la piscina está el recipiente que contenia el agua caliente, cuyo vapor subia á la habitacion situada encima. Debia contener un inmenso volúmen, pues la pared del conducto que comunica con él, se halla corroida á siete pies de altura.

Solo la parte superior de este depósito se halla descubierta, pero examinando los chapiteles cuadrados de las columnas que salen de la tierra, y procediendo de lo conocido á lo desconocido, segun las reglas de arquitectura, están sepultadas estas columnas nueve pies en el suelo; están construidas de ladrillos, y cada uno de estos lleva el nombre del fabricante que los suministró, y se llamaba Glarianus. Siguiendo el mismo camino que debia seguir el agua, se entra en el corredor por el que se escapaba el vapor; las bocas de calor que se ven en el techo son las mismas cuyo orificio opuesto se encuentra detrás de la grada mas alla de la piscina.

Al final de otro corredor se encuentra una salita de baño particular para dos personas: tiene ocho pies de largo sobre cuatro de ancho, y la misma pieza forma el baño. Está revestida por todas partes de mármol blanco, y sostenida por columnas de ladrillos, entre cuyos chapiteles circulaba el agua termal. Bajábase de lado por escaleras de la misma longitud y anchura que el baño. Debajo de estas escaleras pasaban caloríferos á fin de que se pudiesen poner encima los pies desnudos sin incomodidad, y de que la frescura del mármol no enfriase el agua del baño.

Por lo demas todas estas escavaciones que cualquiera creeria hechas por el propietario del terreno con algun fin científico, no tenian mas objeto que el de hacer una bodega; los corredores que acabamos de describir conducen á ella en línea recta.

Volviendo á subir vemos en el jardin un meridiano antiguo; se diferencia muy poco de los nuestros.

Los edificios modernos son el Círculo y los baños.

El Círculo es el edificio en que se reunen los bañistas. Por veinte francos se da una tarjeta personal, que franquea la entrada á los salones. Compónense estos salones de un gabinete de reunion, en donde las señoras hacen sus labores, ó se ocupan en la música, una sala de baile y de conciertos, una pieza de billar, y una biblioteca de que ya hemos hablado con motivo del templo de Diana.

Hay contiguo á este edificio un gran jardin que ofrece un magnífico paseo. El horizonte se pierde por un lado á cinco ó seis leguas en una azul lontananza, y por el otro se termina con el Diente del Gato, la altura mas elevada de los alrededores de Aix, llamada asi por su color blanco y aguda forma.

El edificio donde se toman los baños se comenzó en 1772, y se terminó en 1784, por órden y á costa de Victor Amadeo. Una inscripcion grabada sobre la fuente del monumento atestigua esta liberalidad del rey sardo. Vedla aqui:

VICTOR AMEDEUS III REX FELIX AUGUSTUS
PP. HASCE THERMALES AQUAS A ROMANIS
OLIM E MONTIBUS DERIVATAS AMPLIATIS
OPERIBUS IN NOVAM
MELIOREM QUE FORMAM REDIGI
JUSSIT APTIS AD AE GRORUM USUM
AEDIFICIS PUBLICE SALUTIS GRATIA
EXTRUCTIS ANNO MDCCXXXIII.

En la primera sala entrando á la derecha,

(1) El Círculo es el parage donde se reunen por la noche los bañistas.

están los dos caños rotulados á donde van los bañistas tres veces al dia á llenar el vaso de agua que deben beber. Uno de estos caños tiene el rótulo de *azufre* y el otro el de *alumbre*; el uno tiene treinta y cinco grados de calor y el otro treinta y seis.

El agua de azufre pesa un quinto menos que el agua ordinaria, y una moneda de plata puesta en contacto con ella se óxida en dos segundos.

Las aguas termales comparadas con el agua comun, dan por resultado que el agua ordinaria, elevada por medio de la ebullicion á ochenta grados de calor, pierde en dos horas sesenta grados poco mas ó menos por su contacto con el aire atmosférico, mientras que el agua termal, depositada á las ocho de la noche en un baño, no ha perdido á las ocho de la mañana, es decir, doce horas despues, mas que catorce ó quince grados, lo que deja á los baños ordinarios un calor suficiente de diez y ocho ó diez y nueve grados.

Los baños que toman los enfermos están regularmente á treinta y cuatro ó treinta y seis grados. De este modo se ve que no hay nada que añadir ni quitar al calor del agua, que se encuentra en armonía con el de la sangre; esto da á las aguas de Aix una superioridad notable sobre las demas, pues en todas partes son ó demasiado calientes ó demasiado frias. Si son demasiado frias hay que calentarlas, y bien se echa de ver cuánta cantidad de gas debe desprenderse durante esta operacion. Si por el contrario son demasiado calientes, hay necesidad de enfriarlas por una combinacion con el agua fria, ó por el contacto del aire, y en uno y otro caso se concibe cuánto pierden de su eficacia con la mezcla ó la evaporacion.

Poseen tambien una ventaja natural estas aguas termales sobre las de los demas establecimientos, y es que los manantiales calientes, que por lo regular salen en los parages bajos, se hallan allí á treinta pies sobre el nivel del establecimiento; pueden asi con la facultad que les dan las leyes de la gravedad, elevarse sin medio de presion á la altura necesaria para aumentar ó disminuir su accion en la aplicacion de los chorros.

En ciertas épocas, y sobre todo cuando la temperatura atmosférica baja de doce á nueve grados sobre cero, cada una de las aguas, cuyo manantial parece, sin embargo, ser el mismo, presenta un fenómeno particular. El agua de azufre arrastra una materia viscosa, que haciéndose sólida ofrece todos los caractéres de la gelatina animal perfectamente hecha: tiene su gusto y cualidades nutritivas, mientras que el agua de alumbre arrastra una cantidad casi igual de gelatina puramente vegetal.

El martes de carnaval del año 1822, se sintió un terremoto en toda la cordillera de los Alpes; treinta y siete minutos despues del sacudimiento salió una multitud considerable de gelatina animal y vegetal por los tubos del azufre y del alumbre.

Seria demasiado largo describir los diferentes gabinetes y los varios aparatos de los chorros que allí se administran. El calor de los chorros varia, pero el de los gabinetes es siempre el mismo, es decir, de treinta y tres grados. Solamente uno de estos gabinetes, llamado el *Infierno*, tiene una temperatura mucho mas elevada; esto procede de que la columna de agua caliente es mas fuerte, y que cerradas una vez las puertas y las ventanas no se puede respirar el aire esterior sino únicamente el que se desprende de la evaporacion. Esta atmósfera, verdaderamente infernal, aumenta la circulacion de la sangre hasta ciento cuarenta y cinco pulsaciones por minuto; el pulso de un inglés muerto tísico, dió hasta doscientas diez pulsaciones, es decir, tres y media por segundo. Allí era donde habian llevado al herrero. El sombrero de aquel infeliz estaba aun colgado en una percha.

Se puede bajar hácia los manantiales por una entrada situada en la misma ciudad; es una abertura con una verja de tres pies de ancho, llamada el *Agujero de las serpientes*, porque su situacion al Mediodía y el vapor que sale de esta especie de respiradero atraen de once á dos una multitud de culebras. No se pasa nunca por allí en aquel momento del dia sin ver muchos de aquellos reptiles solazándose á aquel doble calor. No son nada venenosos, y los muchachos los domestican y se sirven de ellos, como nuestros limpia-botas y quita-manchas ambulantes, para sacar algunas monedas á los viageros.

Hallándome dispuesto á visitar las curiosidades de Aix, tomé la direccion de la cascada de Gresy, situada á los tres cuartos de legua, poco mas ó menos, de la ciudad. Un incidente ocurrido en 1813 á la baronesa de Broc, una de las damas de honor de la reina Hortensia ha hecho á esta cascada tristemente célebre. Esta cascada, por lo demas, nada ofrece de particular sino los embudos que ha horadado en la roca, y en uno de los cuales pereció aquella hermosa jóven. En el momento en que yo fuí, el agua estaba baja y dejaba en seco la boca de tres embudos que tienen de quince á diez y ocho pies de profundidad, y en cuyas paredes interiores ha abierto el agua una comunicacion desgastando la roca. De esta manera baja hasta el lecho de un arroyo que huye á treinta pies de profundidad casi, entre dos orillas, tan próximas, que fácilmente se puede saltar de un brinco. Visitaba la reina Hortensia esta cascada acompañada de Mad. Parquin y de Mad. Broc, cuando esta última, atravesando sobre una tabla el mas grande de estos embudos, creyó apoyar su sombrilla sobre la tabla, y la puso á un lado; la falta de un punto de apoyo la hizo doblar el cuerpo á un lado, se volvió la tabla; Mad. Brec dió un

grito y desapareció en el abismo: tenia veinte y cinco años

La reina la ha hecho levantar un sepulcro en el mismo sitio en que sucedió esta desgracia. En él se lee esta inscripcion:

AQUI
MAD. LA BARONESA DE BROC,
A LOS 25 AÑOS DE EDAD, PERECIO
EN PRESENCIA DE SU AMIGA
EL 10 DE JUNIO DE 1815.
VOSOTROS
QUE VISITAIS ESTOS LUGARES,
NO OS ADELANTEIS SINO
CON PRECAUCION SOBRE ESTOS
ABISMOS.
PENSAD EN LOS
QUE OS
AMAN.

Hállase al volver, sobre uno de los lados del camino, en la orilla del torrente, el manantial ferruginoso de *San Simon* descubierto por Mr. Despine, hijo, uno de los médicos de Aix. Ha hecho construir encima una fuentecita clásica en la cual ha hecho grabar el nombre mas clásico aun de la diosa HIJIE, y debajo de esta palabra estas otras: FUENTE DE SAN SIMON. Ignoro si la etimologia de este nombre tiene alguna relacion con el profeta de nuestros dias.

Se aplican las aguas de esta fuente á la curacion de afecciones del estómago y de enfermedades linfáticas. Yo la probé al pasar, y me pareció de muy agradable sabor.

Volví á la hora crítica de comer. Cuando hubimos concluido, cada cual se separó, y noté que nadie se quejó del mas pequeño dolor de cólico, y en cuanto á mí, estaba cansado de mis correrías de todo el dia, y me acosté.

Despertáronme á media noche con un gran ruido y un gran resplandor. Mi cuarto se llenó de bañistas. Cuatro llevaban hachones encendidos, venian á buscarme para subir al Diente del Gato.

Hay chanzas que no hacen gracia á los que son objeto de ellas, sino cuando los mismos se hallan en cierto grado de humor y de broma. Sin duda los que despues de una cena animada por la charlatanería y el vino y con los espíritus bien calientes por ambos, temian que el sueño no concluyese con la orgia, propusieron pasar juntos lo que quedaba de noche y emplearlo en hacer una ascension para ver salir la aurora desde la cima del Diente del Gato, debieron ser muy apoyados por los demas; pero yo que me habia metido en la cama muy tranquilo y cansado, con la esperanza de una noche muy pacifica, y me habia despertado sobresaltado por una invitacion tan incongruente, no recibí, como es fácil de concebir, con mucho entusiasmo la proposicion. Pareció esto muy estraordinario á mis trepadores que calcularon no estaba bien despierto, y para hacerme volver en mí enteramente, me agarraron entre cuatro y me pusieron en medio del cuarto. Entretanto otro, mas previsor aun, vertia en mi cama toda el agua que yo habia tenido la imprudencia de dejar en mi jofaina. Si este medio no hacia mas divertido el paseo propuesto, le hacia al menos casi indispensable. Tomé, pues, mi partido, como si la cosa me gustase mucho, y cinco minutos despues estuve listo para ponerme en camino. Eramos doce ó catorce entre todos, contando con dos guias.

Al pasar por la plaza vimos á Jacotot que cerraba su café, y al aleman que fumaba su último cigarro y vaciaba su última botella. Deseo nos Jacotot que nos divirtiéramos mucho, y el aleman nos gritó: Bon viage...—¡Gracias!...

Atravesamos el pequeño lago de Bourget para llegar al pie de la montaña que íbamos á escalar: estaba azul, trasparente y tranquilo como siempre, y parecia tener en su fondo tantas estrellas como se contaban en el cielo. A su estremo occidental se divisaba la torre de Hautecombe, derecha como una fantasma blanca, mientras que entre ella y nosotros se deslizaban en silencio barquillas de pescadores, llevando un hachon encendido en la popa, cuyo resplandor se reflejaba en el agua.

Si yo me hubiese podido quedar alli solo por horas enteras meditando en una barca abandonada, seguramente no hubiera echado de menos ni el sueño ni la cama. Pero yo no habia salido de casa para eso; habia salido para *divertirme*. Asi *me divertia*!... ¡Qué cosa tan singular es este mundo, en donde se pasa siempre al lado de una incomodidad cuando se busca un placer!...

A las doce y media empezamos á subir; era cosa bastante curiosa ver aquella marcha con hachones. A las dos ya estábamos á las tres cuartas partes del camino, pero lo que nos quedaba era tan difícil y tan peligroso que nuestros guias nos hicieron hacer un alto para esperar los primeros rayos del dia.

Asi que aparecieron volvimos á continuar nuestro camino, que se hizo á poco tan escabroso, que nuestro pecho tocaba casi en el suelo, sobre el que marchábamos en fila uno tras de otro.

Cada uno desplegó entonces su fuerza y destreza agarrándose con las manos á los matorrales y arbustos, y apoyándose con los pies en las quiebras de la roca y desigualdades del terreno. Oiamos como rodaban por la pendiente de la montaña escarpada como un tejado, las piedras que nosotros desprendiamos, y cuando las seguiamos con la vista, las veiamos bajar hasta el lago, cuya sábana azul se estendia á un cuarto de legua debajo de nosotros. Nuestros mismos guias no podian prestarnos socorro alguno, ocupados esclusiva-

mente en descubrirnos el camino mejor; solamente de tiempo en tiempo nos recomendaban no mirásemos atrás por miedo de los desvanecimientos y los vértigos: estas recomendaciones hechas con una voz breve y cerrada nos probaban que el peligro era muy real.

De repente uno de nuestros camaradas, el que iba inmediato á ellos, lanzó un grito que nos hizo estremecer á todos las carnes. Habia querido poner el pie en una piedra arrancada ya por el peso de los que le precedian y que se habian servido de ella como de punto de apoyo; la piedra se habia desprendido; al propio tiempo las ramas á que se agarraba, no siendo bastante fuertes para sostener solas el peso de su cuerpo, se le habian desgajado entre sus manos.

—¡Detenedle! ¡detenedle! gritaron los guias; pero era mas fácil decirlo que hacerlo. Cada cual tenia ya gran trabajo en sostenerse á si mismo. Así es que pasó rodando cerca de nosotros sin que ni uno solo le pudiese detener. Ya le creiamos perdido, y seguiamosle con la vista, sin aliento y con el sudor del terror en la frente, cuando se encontró tan cerca de Montaigu, que iba el último de todos, que este pudo, alargando la mano, cogerle por los cabellos. Hubo un momento en que dudamos si los dos iban á caer juntos. Este momento fué corto, pero fué terrible; y yo respondo de que ninguno de los que allí se hallaron olvidará en mucho tiempo el instante en que vió aquellos dos hombre oscilando sobre un precipicio de dos mil pies de profundidad, no sabiendo si iban á precipitarse, ó si llegarian á afianzarse en la tierra.

Por fin, llegamos á un bosquecillo de pinos que sin hacer menos rápido el camino, lo hizo mas cómodo por la facilidad que estos árboles nos ofrecian de agarrarnos en sus ramas, ó apoyarnos en sus troncos. La ladera opuesta de este bosquecillo tocaba casi en la peña viva cuya forma ha hecho dar á la montaña el singular nombre que lleva; una especie de escalera que forman varios agujeros irregulares hechos en la piedra, conduce á la cima.

Solamente dos intentaron este último escalamiento, no por que fuese mas dificil el paso que todo lo que acabábamos de hacer, sino porque no nos prometia una vista mas estensa; y la que teniamos delante de los ojos estaba muy lejos de indemnizarnos de nuestro cansancio y rozaduras: les dejamos trepar á su campanario y nos sentamos para quitarnos las piedrecillas y sacarnos las espinas. Entretanto llegaron ellos á la cima de la montaña, y como en prueba de tomar posesion, encendieron una hoguera y fumaron sus cigarros.

Al cabo de un cuarto de hora bajaron, guardándose bien de apagar el fuego que habian encendido por las ganas que tenian de ver si desde abajo se descubria el humo.

Despues de tomar un bocado nos preguntaron los guias si queriamos volver por el mismo camino, ó bien tomar otro mucho mas largo, pero mas fácil, y elegimos unánimemente este último. A las tres ya estábamos de vuelta en Aix, y puestos en medio de la plaza tuvieron aquellos señores el orgulloso placer de divisar aun el humo de su fanal. Preguntéles si me era permitido, ahora que ya me habia *divertido* bien, el irme á la cama. Como casi todos tenian probablemente necesidad de hacer otro tanto, respondióseme que no habia dificultad alguna.

Yo creo que hubiera dormido treinta y seis horas seguidas como Balmat, si no me hubiese despertado un gran rumor. Abrí los ojos, aun era de noche; asoméme á la ventana y ví á toda la gente de la ciudad en la plaza. Todo el mundo hablaba á un tiempo, quitábanse unos á otros los anteojos, y todos miraban hácia arriba á pique de torcerse la columna vertebral; creí que habia eclipse de luna.

Volvíme á vestir apresuradamente para tener tambien mi parte en el fenómeno, y bajé á la plaza armado de un anteojo de larga vista. Toda la atmósfera estaba colorada por un reflejo rojizo, el cielo parecia inflamado, ardia el Diente del Gato.

Al mismo tiempo sentí que me apretaban la mano, volvíme y ví á nuestros dos camaradas, los del fanal: me hicieron con la cabeza una seña y se alejaron. Preguntéles á donde iban, y el uno acercó sus manos á la boca á manera de bocina y me gritó:—A Ginebra. Comprendí el negocio, eran mis perillanes que habian pegado fuego al Diente del Gato, y Jacotot les habia secretamente avisado que el rey de Cerdeña apreciaba mucho sus bosques. Eché una mirada sobre la hermana menor del Vesubio: era un bonito volcan de segundo órden.

Un incendio nocturno en las montañas, es una de las cosas mas magníficas que pueden verse. El fuego suelto libremenie en un bosque, estendiéndose por todos lados como una serpiente enroscada en el tronco de un árbol que encuentra en su camino, enderezándose contra él, vibrando sus lenguas como para lamer las hojas, lanzándose por cima de su copa como un plumero, volviendo á bajar á lo largo de sus ramas y acabando por encenderlas todas como las de un árbol de pólvora preparado para algun público festejo; he aqui lo que nuestros reyes no pueden hacer en sus funciones ¡*He aqui lo que es hermoso*! Despues este árbol quemado sacude ardientes sus hojas; cuando pasa sobre él un golpe de viento se las arrebata cual una lluvia de fuego, cuando cada una de estas chispas, enciende una hoguera al caer, y todas las hogueras ensanchándose marchan delante las unas de las otras, acabando por juntarse y confundirse en un inmenso hogar: cuando una legua de terreno arde asi y cuando cada árbol que arde matiza el color de la llama segun su esencia, la varia segun su forma; cuando las piedras calcina-

das se despenden y ruedan haciendo pedazos todo en su camino, cuando el fuego silba como el viento y cuando el viento brama como la tempestad! ¡oh entonces eso es lo espléndido, eso es lo maravilloso! Neron era hombre que lo entendia, en materia de placeres cuando quemó á Roma.

Sacóme de mi éxtasis un coche que atravesaba la plaza escoltado por cuatro carabineros reales. Reconocí ser el de nuestros Ruggieros, que vendidos por los guias, denunciados por el maestro de postas habian sido alcanzados por los gendarmes de Cárlos Alberto, antes de haber podido salir de las fronteras de Saboya. Querian llevarlos á la cárcel; pero todos nosotros respondimos de ellos: en fin, con la fianza general y sus palabras de honor de no salir de la ciudad, quedaron en libertad de disfrutar del espectáculo que debian pagar.

El fuego duró tres dias.

Al cuarto les trajeron una cuenta de TREINTA Y SIETE MIL QUINIENTOS y tantos francos.

Encontraron un poco cara la cuenta por algunas malas fanegas de bosque, que no podia esplotarse por su situacion; en consecuencia escribieron á nuestro embajador en Turin, para que tratase si era posible de lograr alguna rebaja. Este se portó tan bien que á los ocho dias se redujo la cuenta á setecientos ochenta francos.

Mediante el pago de esta suma quedaban ya en libertad para salir de Aix. No se lo hicieron decir dos veces; pagaron, se hicieron dar sus recibos, y partieron inmediatamente por miedo de que al otro dia no saliesen con que se habia olvidado algun pico.

No he querido nombrar á los dos culpados que gozan en París de gran crédito y consideracion, y no trato de perjudicarlos.

Los ocho dias que trascurrieron despues de su partida, no ofrecieron mas que dos novedades. La primera fué un concierto execrable que nos dieron, una que se llamaba primer contralto de la Opera comica, y uno que se anunciaba por primer baritono de la ex-guardia real. La segunda fué la mudanza del aleman, que tomó un cuarto junto al mio: vivia antes en la casa de Roissard situada precisamente enfrente del agujero de las Serpientes, y una mañana se habia encontrado una culebra dentro de una de sus botas.

Como se cansa uno de las giras borricales, aunque no se caiga mas que dos ó tres veces; como el juego es una cosa muy poco divertida, cuando no se comprende ni el placer de ganar, ni el pesar de perder; como yo habia visitado ya todo lo curioso y notable de Aix y sus inmediaciones; y como finalmente la señora primer contralto y el señor primer barítono nos amenazaban con un segundo concierto; resolví distraer tan estúpida existencia yendo á visitar la gran Cartuja, que no está situada creo mas que á diez ó doce leguas de Aix. Contaba volver desde allí á Ginebra desde donde queria continuar mis escursiones, por los Alpes, comenzando por el Oberland. En consecuencia de esto, hice mis preparativos de marcha, alquilé un carruage mediante el precio de costumbre, diez francos al dia, y el 10 de setiembre por la mañana, fui á despedirme de mi vecino el aleman; me ofreció para fumar un cigarro y beber un vaso de cerveza, cumplido que creo no habia hecho á nadie hasta entonces.

Mientras sentado uno enfrente de otro trincábamos juntos, con los codos apoyados en la mesita, echándonos recíprocamente á la cara bocanadas de humo, vinieron á anunciarme de que el carruage me estaba aguardando. Levantóse y me acompañó hasta el umbral de la puerta. Llegado allí me preguntó:

—¿A dónde ir vos?

Se lo dije.

—¡Ah! ¡ah! contínuó: vos ir ver los cartujos: ¡oh! ser muy divertidos.

—¿Por qué?

—Si, si, comen en tinteros y duermen en armarios.

—¿Qué diablos quiere decir eso?

—Vos ver la cosa.

Estrechó mi mano, me deseó un *bon viage*, me cerró su puerta, de consiguiente nada pude sacar mas de él.

Fuí á tomar una jícara de chocolate; á despedirme de Jacotot. Aunque yo no hacia gran gasto, Jacotot, me miraba con respeto, porque le habian dicho que yo era autor. Cuando supo que me marchaba, me preguntó si no escribiria algo sobre los baños de Aix. Respondile que no era muy probable, pero sí posible. Entonces me pidió que en este caso no me olvidase de hablar del café cuyo primer mozo era él, lo que no dejaria de traer provecho á su amo; no solamente me comprometí á ello, sino que le prometí hacerle á él personalmente tan célebre como me fuese posible. El pobre mozo se puso enteramente pálido al saber que quizá algun dia se leeria su nombre impreso en un libro.

La sociedad que yo dejaba al alejarme de Aix, era una singular miscelánea de todas las posiciones sociales y de todas las opiniones políticas. Sin embargo, la aristocracia de nacimiento, traqueteada por do quiera, rechazada palmo á palmo por la aristocracia de dinero, que la sucede como en un campo segado brota una segunda mies, se hallaba allí en mayoría. Es decir que el partido carlista era el mas fuerte.

Inmediatamente despues seguia el partido de la propiedad, representado por ricos comerciantes de París, negociantes de Lion y fabricantes de fundicion del Delfinado; todas estas buenas gentes se creian muy desgraciados porque el Constitucional no llega á Saboya (1).

(1) Los únicos periódicos que allí se reciben son la Gaceta y la Cotidiana.

Habia tambien algunos representantes en aquella dieta enfermiza del partido bonapartista. Al momento se les conocia por el descontento que forma el fondo de su carácter, y por estas palabras sacramentales que sin venir á cuento sacaban en todas las conversaciones.—¡Ah! ¡si Napoleon no hubiese sido vendido!—Gentes honradas que no ven mas allá de la punta de su espada, que sueñan para José ó para Luciano un nuevo regreso de la isla de Elba y que no saben que Napoleon fué uno de esos hombres que dejan familia y no heredero (1).

El partido republicano era evidentemente el mas débil; si mal no me acuerdo, componiase de mí tan solo. Y aun como yo no aceptaba ni todos los principios revolucionarios de *La Tribuna*, ni todas las teorías americanas de *El Nacional*, y como decia que Voltaire habia hecho malas tragedias, y me quitaba el sombrero al pasar por delante de un crucifijo, me tomaban por un mero utopista, y nada mas.

Entre las mugeres era mas sensible la línea de demarcacion. El arrabal de San German y el de San Honoreto eran los únicos que caminaban juntos, pues la aristocracia de nacimiento y la de gloria son hermanas; la aristocracia del dinero no es mas que una bastarda. En cuanto á los hombres, el juego los reunia á todos; en torno de un tapete verde no hay castas, y el que apunta mas alto es el mas noble. Rotschild ha sucedido á los Montmorency, y si mañana abjura, pasado mañana nadie le disputará el título de primer baron cristiano.

Caminaba yo hácia Chamberí haciendo en mi interior todas estas distinciones, y como aun llevaba mi sombrero gris, no me atreví á detenerme; solamente noté, al pasar que un fondista que habia tomado por exergo de su muestra, estas palabras: «A las armas de Francia» habia conservado las tres flores de lis de la rama primogénita, que la mano del pueblo ha borrado tan brutalmente en el escudo de la rama segunda.

A tres leguas de Chamberí pasamos por debajo de una bóveda que atraviesa una montaña, podrá tener como unos ciento cincuenta pasos de longitud. Comenzado este camino por Napoleon, ha sido concluido por el gobierno actual de Saboya.

A poco de haberle pasado se encuentra la aldea de las Escalas; despues á un cuarto de legua de alli una pequeña poblacion, mitad francesa, mitad saboyana. Un arroyo traza las fronteras de los dos reinos: un puente sobre el rio está custodiado en un estremo por un centinela sardo y en el otro por uno francés.

Ni el uno ni el otro tienen derecho para pisar el territorio de su vecino, asi que cada uno se pasea gravemente hasta la mitad del puente; llegados á la línea de losas que forman la curva del arco, se vuelven recíprocamente la espalda y empiezan otra vez esta maniobra todo el tiempo que están de faccion. Por lo demas, volví á ver con placer el pantalon rojo y la escarapela tricolor que anunciaban un compatriota.

Llegamos á San Lorenzo, en donde se deja el carruage y se toman caballerías para ir á la Cartuja, que aun dista cuatro leguas del pais. No encontramos ni un solo mulo, pues estaban yo no sé en que feria. Esto nos importaba bastante poco á Lamark y á mí que somos bastante buenos andarines: pero no era cosa indiferente para una señora que nos acompañaba; sin embargo tomó su partido. Hicimos venir un guia que cargase con nuestros tres paquetes que reunió en uno solo. Eran las siete y media y no teníamos mas que dos horas y media de dia, y cuatro de marcha.

El valle del Delfinado en donde se sumerge la Cartuja es digno de ser comparado á las mas sombrías gargantas de la Suiza; la misma riqueza natural, la misma lozanía de vegetacion, el mismo grandioso aspecto; solo el camino tan escabroso lo mismo que aquellos por los lados de las montañas, es mas practicable que los Alpes y conserva siempre cerca de cuatro pies de anchura. No es por tanto peligroso de dia, y todo salió á las mil maravillas, mientras no sobrevino la noche. Esta se adelantó, apresurada por una terrible tempestad. Preguntamos á nuestro guia donde podríamos guarecernos: no habia una sola casa en el camino, fué preciso continuar nuestro viage; aun nos hallábamos en la mitad del camino de la Cartuja.

El resto de la subida fué horrible. La lluvia comenzó muy pronto, y con ella la mas profunda oscuridad. Nuestra compañera se agarró al brazo del guia. Lamark tomó el mio, y marchamos de dos en dos, pues el camino no era bastante ancho para dejarnos ir de frente; á la derecha teníamos un precipicio cuya profundidad no conocíamos, y en su fondo oíamos bramar un torrente. La noche estaba tan oscura que no veíamos el suelo en que poníamos el pie, ni divisábamos el vestido blanco de la dama que servia de guia, sino al resplandor de los relámpagos, que felizmente eran bastante repetidos para que hubiese tanta luz como tinieblas. Agregad á esto un acompañamiento de truenos cuyos estampidos multiplicaba el eco. Diríase que aquello era el prólogo del juicio final.

El tañido que oimos de la campana del convento, nos anunció al fin que ya nos acercábamos á él. Media hora despues, un relámpago nos dejó ver tendido á veinte pasos de nosotros el gigantesco cuerpo de la antigua cartuja. En su interior no se oia el menor ruido mas que el tañido de la campana; ni una luz brillaba en sus cincuenta ventanas; hubié-

(1) No ha sido buen profeta Dumas. A los pocos años de escribir sus Impresiones, la Francia por el voto universal ha restablecido el trono imperial, y colocado en él á Luis Napoleon III.

rase dicho que era un antiguo cláustro abandonado, en donde jugaban malignos espíritus.

Llamamos: vino un hermano á abrirnos. Ibamos á entrar, cuando vió á la señora que estaba con nosotros; volvió á cerrar inmediatamente, cual si el mismo Satanás en persona hubiese venido á visitar el convento. Está prohibido á los cartujos el recibir ninguna muger; una sola se ha introducido en trage de hombre, y cuando despues de su marcha supieron habia sido infringida su regla, hicieron todas las ceremonias del exorcismo en las habitaciones y celdas en que habia puesto los pies. Solo el permiso del papa puede abrir las puertas al enemigo femenino del género humano. La misma duquesa de Berry tuvo que recurrir á este medio en 1829, para visitar la Cartuja.

Muy embarazados nos hallábamos cuando se volvió á abrir la puerta. Salió un hermano lego con una linterna, y nos llevó á un pabellon situado á cincuenta pasos del cláustro. Allí es donde se aloja á toda viagera, que como la nuestra viene á llamar á la puerta de la Cartuja, ignorando las severas reglas de los discípulos de San Bruno.

El pobre monge que nos sirvió de guia y que se llamaba el hermano Juan María, me pareció la criatura mas dulce y obsequiosa que he visto en mi vida. Su cargo era el de recibir á los viageros, servirles, y enseñarles el convento. Comenzó por ofrecernos unas cucharadas de un licor hecho por los monges, y destinado á hacer entrar en calor á los viageros entumecidos por el frio ó la lluvia; en este caso nos hallábamos nosotros, y jamás se habia presentado ocasion mas á propósito de hacer uso del santo elixir. En efecto, apenas habíamos bebido algunas gotas nos pareció que habíamos tragado fuego, y nos pusimos á correr por el cuarto como unos endemoniados pidiendo agua: si el hermano Juan María hubiese tenido la idea de acercarnos en aquel momento una luz á la boca, creo que hubiésemos escupido llamas como Caco.

Entretanto se encendia el inmenso hogar y la mesa se cubria de leche, pan y manteca; los cartujos no solamente comen siempre de vigilia, sino que obligan á hacer lo mismo á los que los visitan.

En el momento en que acabábamos este refrigerio mas que frugal, tocó á maitines la campana del convento. Pregunté al hermano Juan María si me seria permitido asistir á ellos. Respondióme que el pan y la palabra de Dios pertenecian á todos los cristianos. Entré, pues, en el convento.

Soy yo tal vez uno de los hombres sobre quienes mas influye la vista de los objetos esteriores, y entre estos objetos los que mas me impresionan, son creo, los monumentos religiosos. La gran Cartuja, sobre todo tiene un carácter sombrío que no se encuentra en ninguna parte. Ademas, sus habitantes forman la única órden monástica que han dejado viva en Francia las revoluciones; es todo lo que queda en pie de las creencias de nuestros padres, es la última fortaleza que ha conservado la religion, en la tierra de la incredulidad. Aun asi cada dia la indiferencia la mina por dentro como el tiempo por fuera. De cuatrocientos que eran los cartujos en el siglo XV, no son mas que veinte y siete en el XIX, y como hace seis años no han reclutado ningun hermano, los dos novicios que desde aquella época han entrado, no han podido soportar el rigor del noviciado; es probable que la órden se irá destruyendo á medida que la muerte llame á la puerta de las celdas, que cuando estén vacias nadie vendrá á ocupar, y que el mas jóven de aquellos hombres sobreviviendo á todos, y conociendo que tambien va á morir á su vez, cerrará la puerta del claústro por dentro, é irá á tenderse él mismo aun vivo en la sepultura que sus manos hayan cavado, por que al dia siguiente no quedarán brazos para llevarle á ella muerto.

Ha debido verse ya por lo que he escrito anteriormente, que yo no soy uno de esos viageros que se entusiasman friamente, que admiran donde su guia les dice que admiren, ó que fingen haber sentido ante hombres ó localidades recomendadas anteriormente á su admiracion, sensaciones que están muy lejos de su alma. No, yo me he despojado de mi sensaciones, las he dejado desnudas para presentarlas á mis lectores; lo que he esperimentado lo he contado débilmente tal vez, pero no he contado mas que lo que he sentido. Pues bien ¿se me creerá, quizá, si digo ahora que jamás he sentido en mi corazon una sensacion igual á la que se apoderó de mí cuando vi al estremo de un inmenso corredor gótico de ochocientos pies de largo, abrirse la puerta de una celdilla, salir de ella y aparecer, bajo las bóvedas ennegrecidas por el tiempo, á un cartujo de blanca barba, vestido con aquel hábito llevado por San Bruno, y sobre el cual han pasado ocho siglos sin cambiar ni un solo pliegue? Adelantóse el santo varon, grave, reposado en medio del círculo vacilante de luz proyectado por el farol que llevaba en la mano, en tanto que delante y detrás de él, todo estaba sombrío y oscuro. Cuando se dirigió hácia mí, sentí que me flaqueaban las piernas y caí de rodillas; vióme en esta postura, se aproximó con aire de bondad, y levantando su mano sobre mi cabeza inclinada me dijo: «Yo os bendigo, hijo mio, si creeis, y tambien os bendigo si no creeis.»

Ríanse cuanto se quiera de lo que voy á decir, pero en aquel momento no hubiera dado aquella bendicion por un trono.

Cuando hubo pasado me levanté: iba á la iglesia y le seguí: allí me esperaba un nuevo espectáculo.

Toda la pobre comunidad, que ya no se componia mas que de diez y seis padres y

once legos, se hallaba reunida en una pequeña iglesia, alumbrada por una lámpara, envuelta en un velo negro. Un cartujo decia misa y todos los demas la oian, no sentados, no de rodillas si no prosternados, con las manos y con la frente pegada sobre el mármol; las capuchas caidas dejaban ver sus desnudos y afeitados cráneos. Habia jóvenes y ancianos. Cada uno de ellos habia venido allí impulsado por diversos sentimientos; los unos por la fé, los otros por la desgracia; estos por las pasiones, aquellos tal vez por el crimen. Los habia cuyas arterias de las sienes palpitaban cual si discurriese fuego por sus venas; estos lloraban: habia otros que apenas sentian la circulacion de su helada sangre; estos oraban. ¡Oh! estoy seguro que hubiera sido una hermosa historia para escribirse la historia de todos aquellos hombres.

Cuando se acabaron los maitines, pedí recorrer el convento de noche; temia que la luz me trajese otras ideas y yo queria verlo en la disposicion de espíritu en que me encontraba. El hermano Juan María tomó una lámpara, me dió á mí otra, y empezamos nuestra visita por los claustros. He dicho ya que estos claustros son inmensos, tienen la misma longitud que la iglesia de San Pedro de Roma, encierran cuatrocientas celdas que estuvieron todas habitadas á la vez en otro tiempo y de las que hay ahora vacías trescientas setenta y tres. Cada monge ha grabado sobre su puerta su pensamiento favorito, ya suyo, ya sacado de algun autor sagrado.

Ved aqui los que me parecieron mas notables.

AMOR, QUI SEMPER ARDES ET NUMQUAM EXTINGUERIS,
ACCENDE ME TOTUM IGNE TUO.

———

EN LA SOLEDAD DIOS HABLA AL CORAZON DEL HOMBRE,
Y EN EL SILENCIO EL HOMBRE HABLA AL CORAZON DE DIOS.

———

FUGE, LATE, TACE.

———

GUARDATE DE FIARTE EN TU DEBIL RAZON.
DIOS TE HA HECHO PARA AMARLE, NO PARA COMPRENDERLE.

———

SUENA UNA HORA..... ¡YA PASÓ!

Entramos en una de las celdas vacías, el monge que la habitaba habia muerto hacia cinco dias. Todas son iguales, todas tienen dos escaleras, una para subir á un piso y otra para bajar de él á otro. El piso superior se compone de un pequeño desvan, y el intermedio de un cuarto de chimenea junto al que hay un gabinete de trabajo. Todavía habia abierto un libro en el mismo sitio en que el moribundo habia echado los ojos por la última vez; eran las *Confesiones de San Agustin*. El cuarto de dormir está contiguo á esta primera habitacion; su mueblage se compone de un reclinatorio y una cama con un gergon y sábanas de lana. La cama tiene puertas que se doblan, que pueden cerrarse sobre el que duerme, y esto me hizo comprender cuál era el pensamiento del aleman al decirme que los cartujos dormian en un armario.

El piso inferior no contiene mas que un taller con instrumentos de tornero ó de carpintería, cada cartujo puede dedicar dos horas al dia á cualquier trabajo manual, y una hora al cultivo del huertecito contiguo á su taller; esta es la única distraccion que se les permite.

Al subir visitamos la sala del capítulo general y vimos allí todos los retratos de los generales de la órden de San Bruno, su fundador (1), muerto en 1101, hasta el de Inocencio el Albañil, muerto en 1707; desde este último hasta el padre Juan Bautista Mortes, general actual de la órden, se halla interrumpida la série de los retratos. El año 92, en el momento de la devastacion de los conventos, abandonaron los cartujos la Francia, llevándose consigo cada uno un retrato. Despues volvieron otra vez á su casa y trajeron cada uno el suyo, y los que murieron en la emigracion habian tomado sus precauciones para que no se estraviase el depósito de que se habian encargado; en el dia no falta ninguno en la coleccion.

De allí pasamos al refectorio, hay dos: el primero es el de los legos, y el segundo el de los sacerdotes. Beben en vasos de barro y comen en platos de madera. Estos vasos tienen dos asas para poder levantarlos á dos manos como hacian los primeros cristianos; y los platos tienen la forma de una escribanía, sirviendo el recipiente de en medio para la salsa, y poniendo en derredor las legumbres ó pescado, único alimento que les es permitido. Al ver la forma del plato me acordé otra vez del aleman cuando me dijo que los cartujos comian en un tintero.

El hermano Juan María me preguntó si queria ver el cementerio, aunque era de noche. Lo que miraba como un obstáculo, era para mí un motivo mas para decidirme á aquella visita. Acepté, pues; mas en el momento que abria la puerta por donde se entraba, me detuvo, cogiéndome el brazo con una mano, y mostrándome con la otra á un cartujo que ca-

(1) La fundacion de la órden se remonta á 1084.

vaba su sepultura. A su vista permanecí un instante inmóvil, despues pregunté á mi guia si podria hablar á aquel hombre. Respondióme que nada se oponia á ello, le supliqué que se retirara si eso era permitido. Lejos de parecerle indiscreta mi peticion pareció causarle gran gusto. Estaba cayéndose de cansado. Quedéme, pues, solo.

No sabia como llegarme á mi enterrador. Di algunos pasos hácia él; reparando en mí volvióse hácia mi lado, apoyóse sobre su azadon y aguardó á que le dirigiese la palabra. Redoblóse mi embarazo: sin embargo un silencio mas largo hubiera sido ridículo.

—Padre mio, le dije, muy tarde os ocupais en tan triste tarea; paréceme que despues de las mortificaciones y fatigas del dia debiériais sentir la necesidad de consagrar al descanso las pocas horas que os deja la oracion, tanto mas, padre, añadí sonriéndome, al ver que era jóven, que este trabajo que haceis me parece que no es urgente.

—Aquí, hijo mio, me dijo el monge con un acento paternal y triste, no son los mas viejos los que mueren primero, ni se camina en órden de edad al sepulcro; ademas, cuando la mia esté concluida quizás permitirá Dios que baje á ella.

—Perdonad, padre mio, repliqué; aunque tengo el corazon religioso conozco poco las reglas y prácticas santas; y asi puedo engañarme en lo que voy á deciros; pero me parece que la abnegacion que vuestra órden hace de las cosas del mundo no debe llevarse hasta el deseo de abandonarle.

—El hombre es dueño de sus acciones, respondió el cartujo, pero no de sus deseos.

—Muy sombrío es vuestro deseo, padre mio!

—Segun mi corazon.

—¡Habreis padecido mucho!

—Padezco siempre.

—Creia que en esta morada solo habitaba el sosiego.

—El remordimiento entra en todas partes.

Miré mas fijamente á aquel hombre y reconocí en él al que habia visto en la iglesia postrado y sollozando: él tambien me reconoció.

—¿Estábais esta noche en los maitines? me dijo.

—Al lado vuestro, si no me engaño.

—¿Me habeis oido gemir?

—Y os he visto llorar.

—¿Y qué habeis pensado de mí entonces?

—Que Dios habia tenido compasion de vos pues os concedia lágrimas.

—Si, si, desde que me las ha devuelto espero tambien que se canse su venganza.

—¿No habeis tratado de mitigar vuestros pesares confiándoselos á alguno de vuestros hermanos?

—Aquí lleva cada cual la carga proporcionada á sus fuerzas; la que otro le añadiese le haria sucumbir.

—Sin embargo eso os hubiera aliviado.

—Lo creo como vos.

—Siempre es algo, continué, un corazon que nos compadece y una mano que estrecha la nuestra!

Cogí su mano y se la apreté; desprendióse de la mia, y cruzando sus brazos sobre el pecho, me miró fijamente, como para leer por mis ojos en lo mas profundo de mi corazon.

—¿Es interés ó indiscrecion?... me dijo, ¿sois bueno, ó simplemente curioso? ...

Oprimióseme el corazon.....

—¡Vuestra mano por última vez, padre mio..... y adios!

Me alejé de alli.

—Escuchad, replicó.

Me paré. Llegóse á mí.

—No se dirá que se me ha ofrecido un medio de consuelo y que le he rechazado; que Dios os ha traido junto á mí, y que yo os he alejado. Habeis hecho por un miserable lo que nadie ha hecho seis años ha; le habeis estrechado la mano. ¡Gracias!..... Le habeis dicho que el contar sus pesares seria aliviarlos, y por estas palabras os habeis comprometido á escucharlos. Ahora no vayais á interrumpirme á la mitad de mi relacion y á decirme: ¡Basta!.... Escuchadla hasta el fin, porque todo lo que hace tanto tiempo tengo en el corazon, tiene necesidad de salir de él.

Se lo prometí. Nos sentamos sobre el roto sepulcro de uno de los generales de la órden; apoyó un instante su cabeza entre sus dos manos; este movimiento hizo caer su capucha, de modo que cuando levantó la cabeza pude verle á todo mi placer. Ví entonces que era un jóven de barba y ojos negros, á quien la vida ascética habia vuelto pálido y flaco, quitando algo á su hermosura, pero añadiendo espresion á su fisonomía. Era la cabeza de Giaour, tal como me la habia figurado por los versos de Byron.

—Inútil es, me dijo, que sepais el pais donde he nacido, y el lugar en que habitaba. Hace siete años que han pasado los sucesos que voy á contar; yo tenia entonces veinte y cuatro años.

Yo era rico y de una familia distinguida; fui arrojado al mundo al salir del colegio; entré en él con un carácter resuelto, una cabeza ardiente, un corazon lleno de pasiones, y con la conviccion de que nada podia resistir mucho tiempo á un hombre que tenia perseverancia y oro. Mis primeras aventuras no hicieron mas que confirmarme en mi opinion.

A principios de la primavera de 1825 se hallaba de venta una casa de campo contigua á la de mi madre; fué comprada por el general M..... Habia conocido al general en el gran mundo cuando aun era soltero. Era un hombre grave y severo, á quien la vista de los campos de batalla habia habituado á contar á los hombres como unidades y á las mugeres como ceros. Creí que se habria casado con la

viuda de algun mariscal con quien pudiera hablar de las batallas de Marengo y Austerlitz, y esperé muy poca distraccion de semejante vecindad. Vino á hacernos su visita de instalacion, y á presentar á mi madre su esposa, que era una de las criaturas mas divinas que formó el cielo.

Caballero, conoceis el mundo, su estraña moral, sus principios de honor, que consisten en respetar la fortuna del vecino, que no le sirve mas que de placer, y que permiten robarle su esposa que hace su felicidad. Desde el momento en que vi á Mad. de M .... olvidé el carácter de su marido, sus cincuenta años, la gloria de que se habia cubierto, cuando nosotros estábamos aun en la cuna; las veinte heridas que habia recibido mientras nosotros mamábamos todavía; olvidé la desesperacion de sus últimos dias y el ridículo que iba á echar sobre los restos de una vida tan hermosa; todo lo olvidé para no pensar mas que en una cosa: en poseer á Carolina.

Las haciendas de mi madre y la del general estaban, como he dicho, casi contiguas; esta posicion era un pretesto para nuestras frecuentes visitas. El general me habia tomado cariño, y yo, ingrato, no veia en la amistad de aquel anciano, sino el medio de robarle el corazon de su muger.

Carolina estaba en cinta, y el general se mostraba mas orgulloso de su futuro heredero, que de todas las batallas que habia ganado. Con este motivo su amor hácia su consorte tenia algo ademas de paternal y mejor. En cuanto á Carolina, se portaba con su marido exactamente como debe portarse una esposa para que sin hacerle feliz, no tenga que reconvenirle en nada. Yo habia advertido esta disposicion de sentimientos con el golpe de vista seguro de un hombre interesado en acechar la menor circunstancia, y estaba bien convencido de que madama M.... no amaba á su marido. Sin embargo, cosa que me pareció muy estraña, recibia mis atenciones con politica, pero con frialdad. No buscaba mi presencia, prueba de que no le causaba ningun placer; no la huia tampoco, prueba de que no la inspiraba ningun temor. Mis ojos constantemente clavados en ella, se encontraban con los suyos cuando la casualidad hacia que los levantase de su bordado ó de las teclas de su piano; pero parecia que mis miradas habian perdido el poder fascinador que antes de Carolina habian reconocido en ellas otras mugeres.

Pasóse asi el verano. Mis deseos se habian convertido en un amor verdadero. La frialdad de Carolina era un desafio: lo acepté con toda la violencia de mi carácter: como me era imposible hablarla de amor á causa de la sonrisa de incredulidad con que acogia mis primeras palabras, resolví escribirla. Envolví mi carta un dia en su labor, y cuando al dia siguiente la desdobló para trabajar, yo seguí sus movimientos con los ojos. A pesar de estar hablando con el general, vi que miraba el sobre sin sonrojarse y que guardaba el billete en su bolsillo sin conmoverse: únicamente se asomó una sonrisa imperceptible á sus labios.

En todo aquel dia vi que tenia intencion de hablarme, pero me alejé de ella. Por la noche se puso á trabajar con otras señoras al rededor de una mesa. El general leia un periódico, y yo me senté en un oscuro rincon desde donde podia mirarla, sin que lo reparasen, buscóme con los ojos en el salon y me llamó.

—Caballero, me dijo. ¿tendriais la bondad de dibujarme dos letras góticas para una punta de mi pañuelo; una C y una M?

—Si señora, con el mayor placer.

—Pero, las necesito esta noche, ahora mismo. Venid. Separó de su lado á una de las señoras, y me enseñaba el asiento vacío. Cogí una silla y fuí á sentarme. Ofrecióme ella misma una pluma.

—Me falta papel, señora.

—Aqui hay, me dijo y me presentó una carta cerrada en un sobre inglés. Yo creí que era una contestacion á la mia, y abrí con tanta frialdad como pude el sobre que me ocultaba la escritura, reconocí mi billete. Entretanto se habia ella levantado é iba á salir.

Yo la llamé.

—Señora, la dije alargando ostensiblemente la mano hácia ella, sin duda me habeis dado sin reparar una carta con sobre á vos. Con el sobre tengo bastante para dibujar las letras.

Vió ella que su marido levantaba los ojos de su periódico; se dirigió precipitadamente á mí, me cogió el billete de entre las manos, y mirándole dijo con indiferencia:

—¡Ah! sí, es una carta de mi madre.

El general volvió otra vez á fijar sus ojos en el *Courier Francais*: yo me puse á dibujar la cifra pedida, Carolina salió del salon.

Quizá os fastidian todos estos detalles, me dijo el cartujo interrumpiéndose, y os asombrarán oyéndolos de boca de un hombre que viste este trage y que abre un sepulcro. Es que el corazon es la última cosa que se desprende de la tierra, y la memoria lo último que se desprende del corazon.

—Esos detalles son verdaderos, le dije, y por consiguiente interesantes. ¡Continuad!

—Al dia siguiente á las seis de la mañana fui despertado por el general. Venia en trage y con todos los arneses de cazador, á proponerme una correría por los llanos.

Al pronto me turbó un poco su inesperada presencia; me tranquilizaron al momento su aire tan reposado, y su voz que habia conservado perfectamente el tono de la natural bondad que le caracterizaba. Acepté la proposicion y partimos.

La conversacion versó sobre cosas indiferentes, hasta el momento en que preparados á empezar la caza nos detuvimos á cargar las escopetas.

Mientras ejecutábamos esta operacion, me miró él fijamente. Esta mirada me intimidó.

—¿En que pensais, general? le dije.

—¡Pardiez! me respondió, pienso en que sois muy loco en haberos enamorado de mi muger.

Adivínese el efecto que produciria en mí semejante apóstrofe.

—¡Yo, general!... respondíle estupefacto...

—Si, no vayais ahora á negarlo.

—General, os juro...

—No mintais, caballero; la mentira es indigna de un hombre de honor, y yo espero que lo seais.

—¿Pero quien os ha dicho eso?

—¿Quién? ¡pardiez! ¿quién?... Mi muger.

—¡Madama M....!

—No me vayais á decir que se equivoca. Tomad esa carta que la habeis escrito ayer.

Y me alargó un papel que no me costó trabajo reconocer.

Un copioso sudor inundaba mi frente: cuando vió que vacilaba en cogerlo, lo arrolló, le dió la forma de un taco, y cargó con él su escopeta.

Asi que hubo concluido, me agarró por un brazo y me dijo:

—¿Es verdad todo lo que habeis escrito ahí? ¿son tales cual los pintais los tormentos que padeceis? ¿Se parecen á un infierno vuestros dias y vuestras noches? Decidme esta vez la verdad.

—¿Tendria yo alguna disculpa si así no fuese, general?

—Pues bien, hijo mio, replicó con su tono de voz desacostumbrado, entonces es preciso partir, abandonarnos, viajar por Italia ó Alemania, y no volver si no curado.

Le alargué la mano y me la estrechó cordialmente.

—¿Con que quedamos convenidos en eso?

—Si, general, mañana me marcho.

—No tengo necesidad de deciros que si necesitais dinero, cartas de recomendacion...

—Gracias.

—Escuchad, yo os ofrezco todo eso como lo haria un padre: no os incomodeis. ¿Lo rehusais decididamente? pues bien, á cazar, y no se hable mas de esto.

A los diez pasos saltó una perdiz, disparóla un tiro el general, y vi humear mi carta entre la yerba.

A las cinco volvimos á la quinta, yo habia querido marcharme, pero se empeñó el general en que le acompañase.

—Aqui teneis, señoras, dijo al presentarnos en el salon, á este jóven que viene á despedirse: mañana sale para Italia.

—¿De veras? ¿con que este caballero nos deja? dijo Carolina levantando los ojos de su labor. Encontráronse con los mios, ella sostuvo tranquilamente mis miradas por espacio de dos ó tres segundos, y luego volvió á continuar su trabajo.

Cada cual habló á su vez de tan repentino viage, del que ni una sola palabra habia yo indicado los dias anteriores; pero nadie penetró la causa.

Madama M.... hizo los honores en la mesa con una gracia y finura inimitables: por la noche di mi último adios á todos, el general me acompañó hasta la puerta del parque, y no sé si al salir de alli tenia á su muger mas odio que amor.

Viagé un año; ví á Nápoles, Roma y Venecia, y asombrábame cada dia de sentir desprenderse de mi corazon una pasion que yo juzgaba eterna. Llegué, en fin, á no acordarme ya de ella, sino como una de las mil aventuras de que se halla llena la vida de un jóven, con que recrea uno su memoria de cuando en cuando y que al fin olvida completamente.

Regresé á Francia por Mont-Cenis, y hallándome en Grenoble vine á visitar la Cartuja en compañía de un jóven con quien habia hecho amistad y reunídome en Florencia. Vi este monasterio en que vivo seis años hace, y dije riéndome á Manuel, asi se llamaba mi compañero, que si yo hubiese conocido este claustro cuando me hallaba tan enamorado, me hubiera hecho monge en él.

Volví á Paris, en donde renové mis antiguas relaciones; mi vida se reanudó en el mismo hilo por el que se habia roto, cuando conocí á madama M.... Pareciame que todo cuanto acabo de contaros no era mas que un sueño. Una novedad hallé y fué que harta é incomodada mi madre de verse sola en el campo, habia vendido nuestra hacienda y comprado una casa en Paris.

Habia yo vuelto á ver al general, quien se mostró muy contento de mí, ofreciéndome hacer presentes mis respetos á su esposa, lo que acepté, cierto y seguro de mi indiferencia. Al entrar en su cuarto, sin embargo, sentí una ligera opresion. Habia salido madama M..., fuera de casa. La emocion que yo habia esperimentado era tan poca cosa, que no me dió ningun cuidado.

Algunos dias despues fuí á pasear al bosque de Bolonia, y al revolver de una alameda me encontré al general y á su esposa. Huir de ellos hubiera sido una afectacion, y además, ¿por qué habia yo de temer el ver de nuevo á madama M...?

Fuí pues á su encuentro: hallé á Carolina mas linda qne cuando la habia dejado, pues entonces la molestaban ya los principios del embarazo, al paso que ahora se hallaba con toda la lozanía de la salud.

Dirigióme la palabra con un tono de voz mas afectuoso que lo que acostumbraba; me dió la mano, y cuando se la tomé sentí que se estremecia al estrecharla en la mia. Sentí un temblor en todo el cuerpo, la miré y bajó los ojos. Puse mi caballo al paso y marché al lado de ella.

El general me convidó á volver á su quin-

ta, para la cual marchaba dentro de poco con su muger. Insistió tanto mas cuanto que nosotros no poseiamos ya la nuestra. Rehusé la oferta, pero Carolina se volvió hácia mí, y me dijo: «Venid.» Hasta entonces no habia vuelto yo á oir su voz; nada respondi cayendo en un profundo éstasis: aquella muger no era la misma que yo habia visto un año antes.

Volvióse á su marido y le dijo:

—Este caballero teme sin duda fastidiarse con nosotros: dale permiso para que traiga algun amigo, y de ese modo puede ser que se determine.

—Pardiez, respondió el general, él es muy dueño.—Ya lo sabeis.

—Gracias, general, contesté yo sin saber casi lo que decia; pero tengo compromisos....

—Que preferis á los nuestros, dijo Carolina; ¡eso es muy amable!

Acompañando estas palabras con una de las miradas por las cuales un año antes hubiera yo dado mi vida, me hizo aceptar.

Habia yo continuado viendo en París á aquel jóven que conocí en Florencia. Vino á mi casa la víspera de la partida y me preguntó á donde iba. No tenia motivo alguno para ocultárselo y se lo dije.

—¡Hombre, que cosa tan rara! me contestó, á poco mas vamos juntos.

—¿Conoces tú al general?

—No, pero debia presentarme un amigo mio, que ha tenido que marcharse al interior de Normandía á recoger la herencia de no sé que tio que se le ha muerto; y lo siento tanto mas, cuanto que tu compañía me habria hecho mas grata mi estancia.

Acordéme entonces de la oferta de que pudiese llevar á cualquier amigo, que el general me habia hecho, y pregunté á Manuel:

—¿Quieres que yo te presente?

—¿Tienes bastante franqueza en la casa para eso?

—Completa.

—Pues entonces acepto.

—Bien está. Está pronto para mañana á las ocho, pues iré á buscarte.

A la una llegamos á la quinta del general. Las señoras estaban paseando en el parque, donde fuimos á buscarlas y al momento nos incorporamos con ellas.

Parecióme que madama M... se puso pálida al vernos y me dirigió la palabra con una emocion en la que no me pude equivocar. El general recibió cordialmente á Manuel, al paso que su muger le recibió con visible frialdad.

—Ya veis, dijo á su marido, señalándole con imperceptible arqueo de cejas á Manuel que estaba vuelto de espaldas, que este caballero tenia necesidad para venirnos á ver del permiso que le hemos dado; por lo demas, le doy las gracias dos veces.

Antes que hubiese encontrado alguna cosa que contestar me volvió la espalda y habló á otra persona.

Sin embargo, este mal humor no duró mas que el tiempo estrictamente necesario para que yo me felicitase de el, en vez de quejarme. En la mesa fui colocado junto á ella, y no reparé que conservase el menor resentimiento. Estuvo encantadora.

Despues de haber tomado el café propuso el general un paseo por el parque. Ofrecí mi brazo á Carolina, que lo aceptó, notándose en toda ella esa languidez y abandono que los italianos llaman *morbidezza*, y que nuestra lengua no tiene espresion que la esplique bien.

En cuanto á mí, estaba loco de felicidad. Aquella pasion, que habia necesitado un año para apagarse, le habia bastado un dia para apoderarse otra vez de mi alma; jamás habia yo amado á Carolina cual entonces la amaba.

Nada cambió en los dias sucesivos la conducta de Mad. M..... para conmigo; solamente noté que huia de hallarse conmigo á solas; vi yo en esta precaucion una prueba mas de su debilidad, y mi amor se aumentó, si era posible que se aumentase.

El general participó un dia á su muger la noticia de que tenia precision de ir á París á arreglar un asunto, vi brillar en los ojos de esta un rayo de alegría, y me dije á mí mismo:—¡Oh! Gracias, Carolina, gracias; porque esa ausencia no te pone contenta sino por la libertad que te dá. ¡Oh! nuestros serán todas las horas, todos los instantes, todos los segundos de esta ausencia.

El general marchó despues de comer; le acompañamos hasta el fin de la alameda que habia delante de la quinta, y Carolina tomó á la vuelta segun costumbre mi brazo; apenas podia sostenerse, sintiendo al parecer oprimido su corazon y respirando con dificultad; yo la hablaba de mi amor y ella no se incomodaba, y luego, cuando su boca me prohibió continuar, estaban sus ojos impregnados de una languidez tal, que hubiera sido imposible darles una espresion acorde con sus palabras.

La tarde se pasó como un sueño. Yo no sé á que se jugó, pero si me recuerdo muy bien de que me hallaba á su lado, junto á ella, que sus rizos tocaban mi rostro á cada movimiento que hacia, y que mi mano se encontró veinte veces con la suya. ¡Oh! fué una noche ardiente; corria fuego por mis venas.

Llegó la hora de retirarnos. Nada faltaba ya á mi felicidad, sino haber oido de boca de Carolina estas palabra que yo le habia repetido veinte veces en voz baja: ¡te amo, te amo! Entré en mi cuarto alegre y orgulloso cual si fuera el rey del mundo, porque mañana, quizás mañana, la mas bella flor de la creacion, el mas rico diamante de las minas humanas, ¡Carolina iba á ser mia! ¡mia!.... En estas dos palabras se cifraban todos los goces del cielo y de la tierra.

Repetíalas andando por mi cuarto de un lado para otro como un insensato. Me ahogaba.

Me acosté y no pude dormir. Me levanté, fuí á la ventana, la abrí. El tiempo estaba magnífico, el cielo resplandecia con las estrellas, el aire parecia embalsamado; todo era hermoso y feliz como yo, porque cuando uno es feliz es hermoso.

Pensaba yo que quizás me calmarian el silencio y la tranquila naturaleza. Aquel era el parque por donde nos habiamos paseado todo el dia. Podia encontrar en sus calles las huellas de sus lindos pies, á que acompañaban los mios; podia besar los sitios donde se habia sentado. Salí afuera.

En toda la ancha fachada de la casa no se veian mas que dos ventanas con luz y eran las de su cuarto. Me apoyé contra un árbol y clavé los ojos en sus cortinas.

Vi su sombra: aun no estaba acostada; velaba, abrasada acaso como yo, tal vez por pensamientos y deseos de amor..... ¡Carolina, Carolina!....

Permanecia inmóvil y parecia escuchar; de repente se lanzó hácia la puerta próxima á la ventana. Junto á la suya apareció otra sombra; tocáronse sus dos cabezas: se apagó la luz: di un grito, y me quedé sin poder respirar.

Creí no haber visto bien, creí que era un sueño..... pero mis ojos se clavaron sobre aquellas sombrías cortinas que mi vista no podia traspasar.....

El monge cogió mi mano y casi me la deshizo entre las suyas.—¡Ah! caballero, caballero, me dijo: ¿habeis estado celoso?

—¿Los habeis muerto? le dije.—Al oirme se echó á reir de una manera convulsiva, interrumpiendo aquella risa con sollozos: de repente despues, cruzando sus manos sobre la cabeza y dando un brinco hácia atrás, lanzó gritos inarticulados:

Levantéme y lo cogí por el cuerpo.

—Vamos, vamos, le dije, ánimo.

—¡Oh! ¡amaba tanto á esa muger! ¡La hubiera dado mi vida hasta su último aliento, mi sangre hasta su última gota, y mi alma hasta su último pensamiento! Esa muger me habrá perdido en este mundo y en el otro, caballero ¡porque moriré pensando en ella, en vez de pensar en Dios!

—¡Padre mio!

—¡Oh! ¿no veis que siempre estoy asi, que hace seis años que estoy encerrado vivo en este sepulcro esperando que la muerte que le habita mataria mi amor, y no se ha pasado un solo dia sin arrastrarme por mi celda; ni una noche que en los claustros no resonasen mis gritos; que los dolores del cuerpo no han hecho disminuir nada la rabia del alma?.....

Abrióse el hábito y me enseñó el pecho destrozado por el cilicio que á raiz de la carne llevaba.—Mirad, mirad, me dijo....

—Entonces, ¿los habeis muerto? le repliqué.

—¡Oh! mucho peor que eso fué lo que hice. No habia mas que un medio de aclarar mis dudas: era aguardar hasta que amaneciese, si era preciso, en el corredor á donde daba la puerta de su cuarto y ver quién salia

Yo no sé cuántas horas pasé alli, la desesperacion y la alegría calculan mal el tiempo. Una línea blanca comenzaba á aparecer en el horizonte, cuando se abrió la puerta: oí la voz de Carolina, y aunque hablaba en voz baja, llegaron á mí estas palabras:

«¡Adios! mi querido Manuel, ¡hasta mañana!»

Cerróse otra vez la puerta; Manuel pasó cerca de mí, no sé cómo no oyó los latidos de mi corazon..... ¡Manuel!.....

Volví á entrar en mi cuarto y caí en el suelo, revolviendo en mi imaginacion todos los medios de venganza, y llamando á Satanás en mi ayuda para que me inspirára uno: yo creo que me oyó. Concebí un proyecto; desde entonces me quedé tranquilo. Bajé á la hora de almorzar. Carolina estaba delante de un espejo, entrelazando su cabello con madreselva. Acerquéme por detrás, y de pronto vió ella en la luna mi cabeza sobre la suya: estaba yo tan pálido al parecer que se estremeció y se volvió.

—¿Qué teneis? me dijo.

—Nada, señora, he dormido mal.

—¿Y qué ha causado vuestro desvelo? añadió sonriéndose.

—Una carta que recibí ayer noche al dejaros, y que me llama á Paris.

—¿Y por mucho tiempo?

—Por un dia.

—Un dia pronto se pasa.

—Es un año ó una hora.

—¿Y en cuál de esas dos clases colocais el de ayer?

—Entre los dias felices; en toda una vida no se tiene mas que uno como ese, señora, porque cuando la felicidad llega á ese grado, no pudiendo aumentarse ya mas, empieza á decrecer. Cuando los antiguos llegaban á este término tiraban al mar algun objeto precioso, á fin de conjurar á las malas divinidades. Creo que yo deberia haber hecho como ellos anoche.

—¡Sois un niño! me contestó ella dándome el brazo para ir al comedor. Busqué con los ojos á Manuel; se habia marchado muy de mañana á cazar. ¡Oh! ¡estaban bien tomadas las medidas para que no se sorprendiera ni siquiera una mirada!

Despues del almuerzo pregunté á Carolina las señas de su almacen de música, pues tenia, la dije yo, que comprar algunas piezas. Cogió un pedazo de papel, escribió las señas, y me lo dió; no tenia yo necesidad de mas. Hice ensillar mi caballo, en lugar de tomar mi tilbury: me urgia ir de priesa. Carolina vino hasta el pie de la escalera para verme marchar: mientras ella me pudo ver, fui al paso, al llegar al primer recodo, eché mi caballo á todo escape; anduve diez leguas en dos horas,

Así que llegué á Paris, fuí á casa del banquero de mi madre. Tomé treinta mil francos: desde allí me dirigí á casa de Manuel. Llamé á su ayuda de cámara; salió este, cerré la puerta del cuarto donde nos hallábamos solos, y le dije:

—Tom, ¿quieres ganarte veinte mil francos?

—Tom abrió tanto ojo.

—¿Veinte mil francos? dijo.

—Sí, veinte mil francos.

—¿Si quiero ganarlos yo?... Seguramente que quiero.....

—Si yo no me equivoco, le repliqué, harias tú por la mitad de esa suma una accion aun peor que la que te voy á proponer.

Tom se sonrió.

—No me aduleis, señor, me dijo.

—No, porque te conozco.

—Hablad, pues.

—Escucha: saqué de mi bolsillo el papel que me habia dado Carolina y se lo enseñé.—¿Recibe tu amo cartas de esta letra? le dije.

—Sí, señor.

—¿En dónde las guarda?

—En su cómoda.

—Necesito todas esas cartas. Ahí tienes cinco mil francos adelantados, los otros quince mil te los daré cuando me traigas toda la correspondencia.

—¿Y en dónde me esperais?

—En mi casa.

Una hora despues entró Tom.

—Aquí las teneis, caballero, dijo presentándome un paquete de cartas:

Comparé las letras, eran iguales, dile los quince mil francos, se marchó. Entonces me encerré. Acababa de dar oro por aquellas cartas, y á la sazon hubiera dado sangre porque hubiesen sido dirigidas á mí.

Manuel era el amante de Carolina hacia dos años, la habia conocido soltera, y marchádose cuando se casó, llamaba suyo al niño de que tan orgulloso se mostraba el general. Desde aquella época la dificultad de hacerse presentar en casa de su querida les habia impedido volverse á ver. Pero un dia, como ya he dicho, encontré á Mr. M. ... con su muger, y fuí escogido por ella y por su amante para disfrazar su amor. Fuí el encargado de volver á llevar á Manuel junto á Carolina; y las atenciones, los cuidados y aun la ternura que hácia mí se afectaban era para no escitar las sospechas del general, que segun la confesion que anteriormente le habia hecho su muger, ya no debia ni podia temerme. Ya veis que la intriga estaba bien urdida, y que yo habia sido bien burlado y muy estúpido. Pero ahora me habia llegado mi turno..

Escribí á Carolina.

«Señora: ayer noche á las once estaba yo »en el jardin cuando Manuel entró en vuestro »cuarto, y le he visto entrar en él. Esta mañana »á las cuatro estaba yo en el corredor cuando »ha salido, y le he visto salir. Hace una hora »que he comprado á Tom por veinte mil fran»cos, vuestra correspondencia con su amo.»

El general no debia estar de vuelta en la quinta hasta dentro de dos ó tres dias, y así estaba yo seguro, de que la carta no caeria en sus manos.

Á la mañana siguiente á las once, vi entrar á Manuel en mi cuarto pálido y cubierto de polvo. Me encontró en la cama así como me habia echado la víspera, sin haber podido dormir un solo instante. Se dirigió hácia mí.

—¿Sin duda sabeis á lo que vengo? me dijo.

—Lo presumo, caballero.

—¡Teneis unas cartas mias!

—Sí, señor.

—¿Vais á devolvérmelas?

—No, señor.

—¿Qué tratais de hacer con ellas?

—Ese es mi secreto.

—¿Con que rehusais?...

—Rehuso.

—No me obligueis á deciros lo que sois.

—Ayer era un espía, hoy soy ladron: ya veis que yo mismo me lo digo antes que vos.

—¿Y si yo lo repitiese?

—Teneis demasiado buen gusto para hacerlo.

—¿Me dareis entonces una satisfaccion?

—Sin duda.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Pero os prevengo que va á ser un desafío implacable, un desafío á muerte.

—Me permitireis hacer mis disposiciones testamentarias, que no serán muy largas.—Toqué la campanilla. Entró mi ayuda de cámara, hombre de esperiencia con quien podia contar.

—José, le dije, voy á batirme con este caballero y es posible que me mate.—Abrí mi cómoda.—Así que sepas mi muerte, continué, tomarás estas cartas, y se las llevarás al general M.... y esos diez mil francos que están en el mismo cajon son para tí. Toma la llave.

Dí la llave á José, que me saludó y marchóse.

—Caballero, le dije á Manuel, ahora estoy á vuestra disposicion.

Manuel estaba pálido como la muerte, y de cada uno de sus cabellos caia una gota de sudor.

—¡Es una infamia lo que haceis! me dijo.

—Ya lo sé.

—¿Si me matais, replicó acercándoseme, volvereis al menos esas cartas á Carolina?

—Eso dependerá de ella.

—¿Qué ha de hacer para recobrarlas?....

—Es preciso que venga á buscarlas.

—¿Aquí?

—Aquí.

—¿Conmigo entonces?

—¡No! sola.

—Nunca.

—No os comprometais por ella.

—No consentirá.

—Puede ser. Volveos á la quinta y consultadlo juntos; tres dias os doy.

Reflexionó un instante, y salióse precipitadamente fuera de la habitacion.

Al tercer dia me anunció José que una señora cubierta con un velo queria hablarme en secreto. La hice entrar, era Carolina. La indiqué por señas que tomase asiento: se sentó; yo me quedé en pie junto á ella.

—¿Ya veis, señor, me dijo, que he venido?

—Hubierais cometido una imprudencia, señora, á no hacerlo.

—He venido confiada en vuestra delicadeza.

—Habeis hecho mal, señora.

—¿Con qué me devolvereis esas malhadadas cartas?

—Si, señora, pero con una condicion.

—¿Cuál es?

—¡Oh! la adivinais.

Envolvióse la cabeza con las cortinas de mi ventana, haciendo los mayores estremos como una muger desesperada, por que habia comprendido en el tono de mi voz que seria inflexible.

—Escuchad, señora, continué yo, los dos hemos jugado en un juego muy estraño; vos con astucia, yo con firmeza; yo he ganado la partida; á vos toca saberla perder.

Retorcióse las manos y sollozaba.

—¡Oh! vuestra desesperacion y vuestras lágrimas no harán nada, señora; os habeis encargado de secar un corazon, y lo habeis logrado.

—¿Pero, y si yo prometiese, contestó, por medio de un juramento al pie del altar, no volver á ver ya mas á Manuel?

—¿No estais obligada por juramento hecho al pie del altar á ser fiel al general?

—¡Cómo! no quereis otra cosa por esas cartas... con que ni oro ni sangre por.... sino...

—¡Nada!... lo dicho.

Desarrolló la cortina que envolvia su cabeza y me miró cara á cara. ¡Oh! ¡qué hermosa estaba aquella cabeza pálida con los ojos centellantes de cólera y los cabellos sueltos, destacándose sobre las cortinas encarnadas!

—¡Oh! dijo, apretando los dientes, caballero, vuestra conducta es muy atroz.

—¿Y qué direis de la vuestra, señora? Un año habia estado yo para apagar mi amor y lo habia logrado, volviendo á entrar en Francia para veneraros: ya no me acordaba yo de mis pasados tormentos, y no deseaba sino abrigar otro amor, cuando os encontré de nuevo; entonces no fuí yo quien os buscó, fuisteis vos quien me buscó á mí. Removisteis con vuestro dedo la ceniza de mi corazon, y procurasteis encender con su soplo las chispas del antiguo fuego. Y cuando estuvo encendido otra vez, cuando le visteis brillar en mi voz, en mis ojos, en mis venas, en todo mi cuerpo.... ¿para qué fui bueno? ¿para qué serví? Para llevar á vuestros brazos al hombre á quien amabais y para ocultar detras de mi capa vuestros besos adúlteros. Hice todo esto. ¡Cuán ciego estaba! Pero vosotros tambien estabais ciegos sin pensar que no tenia yo mas que levantar la capa para que el mundo entero os viese.... Ea, señora, á vos misma toca decidir lo que he de hacer ahora.

—Pero caballero, ¡oh, no os amo!

—Tampoco es amor lo que os pido..

—Será una violacion.

—Llamadlo como os dé la gana.

—¡Oh! no es posible que seais tan cruel cual fingis serlo. Tendreis lástima de una muger que se arrodilla á vuestras plantas.

Arrojóse á mis pies.

—¿Y tuvisteis vos compasion de mí, cuando yo estaba á las vuestras?

—Pero yo soy una muger... y vos un hombre...

—¿Y sufria yo menos por eso?

—Devolvedme esas cartas, caballero, os lo suplico por Dios...

—Ya no creo mas en él...

—Por el amor que me teneis...

—Está apagado.

—Por lo que mas ameis en este mundo...

—Ya no amo nada.

—Pues bien, haced lo que gusteis de esas cartas, me dijo levantándose, pero no accederé jamás á lo que de mí exijis. Y se lanzó fuera de la habitacion.

—Teneis de término hasta mañana á las diez, señora, la grité desde la puerta, cinco minutos mas tarde ya no será tiempo.

Al otro dia á las nueve y media entró Carolina en mi cuarto y se acercó á mi cama.

—Vedme aquí, me dijo.

—¿Y bien?

—Haced de mi todo lo que querais . . .

. . . .

Un cuarto de hora despues me levanté, fuí á la cómoda, saqué á la ventura una carta del cajon en que estaban todas y se la presenté.

—¡Cómo! me dijo palideciendo ¡una sola!

—Las otras os serán entregadas del mismo modo; cuando las querais, señora, podeis venir á recogerlas...

—¿Y volvió? esclamé yo interrumpiendo al monge.

—Dos dias seguidos.

—¿Y al tercero?

—La encontraron asfixiada con Manuel.

AVENTICUM.

A la mañana siguiente al amanecer fuimos á visitar la capilla de San Bruno; hállase situa-

da á una media legua encima de la Cartuja sobre la punta de una escarpada roca: nada ofrece de notable mas que lo pintoresco de los sitios y lo atrevido de su situacion. En lo interior unas detestables pinturas al fresco representan seis generales de la órden, y en lo esterior, encima de la puerta hay grabada esta inscripcion, cuya última frase no me ha parecido muy inteligible: la copio aquí tal como está.

SACELLUM
SANCTI BRUNONIS
HIS EST LOCUS IN CUO
GRATIANAPOLITANUS EPISCOPUS
VIDIT DEUM
SIBI DIGNUM CONSTRUENTEM
HABITACULUM.

Bajando de la capilla entramos en una grutita donde corren dos manantiales, cerca el uno del otro. El uno es de agua casi tibia, el otro está helado.

El camino por el que volvimos presenta un carácter grandioso y salvage: me paré para admirar uno de aquellos puntos y hacer notar á mi compañero de viage cuan bien dispuestos parecian aquellos parages por la naturaleza para que un pintor hiciese sin cambiar nada en ellos un precioso paisage: mi guia se echó á reir.

Como no habia nada estravagante en lo que decia, y ni tampoco era á él á quien yo dirigia la palabra, me volví para preguntarle la causa de su hilaridad.

—¡Ah! me dijo, es que vuestra reflexion me hace recordar una graciosa aventura.

—¿Qué ha sucedido aqui?

—En este mismo punto.

—¿Se puede saber?

—Ciertamente no hay misterio ninguno: ha sucedido á un paisagista de Grenoble que habia venido aqui á hacer pinturas; mozo de talento á fe mia: habia encontrado este punto de su gusto, habia establecido aqui su pequeña barraca: era cosa graciosa por demas: figuraos una tienda cerrada, con una abertura únicamente por arriba. Establecia un mecanismo que tapaba el agujero, de modo que la luz entraba por espejos tanto que yo no sé como lo hacia; pero todo el pais á quinientos pasos al rededor se reflejaba solo y en pequeño sobre su papel: llamaba á eso una cámara, una cámara....

—¿Oscura?

—Eso es: en efecto una vez dentro de la barraca, no se veia mas ni cielo ni tierra, no se distinguia mas que el paisage representado al natural sobre el papel, con los árboles, las piedras, la cascada, en fin todo, tan bien que cuando no hacia aire yo hubiera podido dibujar los árboles tan bien como él. Hete aqui pues que un dia que estaba en su máquina dibujando con ardor, ve en un rincon de su paisage una cosa que se movia: bueno, dijo, esto animará el cuadro. Entonces como queria dibujar la cosa que se movia hete aqui que mira, y despues que se refriega los ojos ¿sabeis qué era lo que se movia en un rincon del paisage?

—No.

—Pues bien, era un oso, no mas grande que una nuez, es verdad, porque el diablo del espejo lo achica todo, pero de una hermosa estatura visto por fuera: el oso se dirigia hácia su lado y crecia sobre el papel á medida que se adelantaba hácia él. Ya era grande como un huevo: á fé mia que tuvo miedo, tiró el papel, paleta y pinceles, y encomendándose á las piernas llegó á la Cartuja medio muerto. Desde aquella época ha vuelto muchas veces, pero jamás ha podido reducírsele á alejarse mas de quinientos pasos de los edificios, y entonces antes de comenzar mira y remira en todos los rincones de su paisage para ver si hay algun cuadrúpedo.

Prometí dar parte de la aventura á mis camaradas de taller: en efecto no dejé de hacerlo á mi vuelta y la anécdota alcanzó gran boga.

Bien pronto volvimos á pasar cerca de la gran Cartuja: nada quise ver durante el dia de aquel interior que tanta impresion me habia causado durante la noche, y sin detenernos bajamos hasta San Lorenzo del Puente, donde encontramos nuestro carruage: aquella misma noche nos hallábamos en Aix y á la mañana siguiente sobre el camino de Ginebra.

Mientras se comia en Anneci, corrí á la iglesia de la Visitacion, en la que están depositadas las reliquias de San Francisco de Sales: esperando á que abriesen la verja del coro examiné á cada uno de sus lados dos bustos pequeños, el uno de San Francisco, el otro de Santa Chantal, cuyos pedestales huecos y cerrados con un cristal dejaban ver fragmentos de huesos adorados como reliquias.

Al cabo de cinco minutos llegó el sacristan corriendo sin poder respirar, y me abrió el coro: al entrar en él la primera cosa que me chocó fué una vasta y doble verja por la que se podia penetrar en un grande aposento abovedado y sombrío. Aquella verja es la puerta de comunicacion de la iglesia con el convento de la Visitacion, y como, asi como he dicho, da al coro; las religiosas pueden asistir al sacrificio de la misa separadas de los demas fieles y sin estar espuestas á las miradas de los seglares.

Una caja de bronce y de plata colocada sobre el altar encierra los huesos de San Francisco: el cuerpo está revestido con los ornamentos pontificales; las manos, modeladas en cera, están cubiertas con guantes, y una de estas manos está adornada con el anillo pontifical: el rostro está oculto bajo una mascarilla

de plata. La caja, que vale diez y ocho mil francos, ha sido regalada en 1820 por el conde Francisco de Sales y su muger la condesa Sofía. Muchos parientes de este santo existen aun en las inmediaciones de Anneci, habiéndose verificado su muerte en 1625.

En una capilla lateral hay otra caja que sirve de sepulcro á Santa Chantal, que llaman generalmente y con mas familiaridad que veneración, la madre Chantal. Su caja es un poco menos rica y menos pesada que la del santo, asi es que no vale mas que quince mil francos. La donó á la iglesia la reina María Cristina, esposa de Cárlos Félix de Saboya.

Por la tarde estábamos en Ginebra, donde no paramos mas que la noche; al dia siguiente á las siete nos embarcamos para ir por nuestro hermoso lago azul: al medio dia abrazaba yo en Lausana á mi buen amigo Mr. Pellis, y á la una ya corria hácia Mudon en una de esas carretelas de un solo caballo, tan cómodas y elegantes si se comparan con nuestros fiacres y berlinas.

Este modo de viajar, que es el mas agradable de todos, no puede ponerse en práctica mas que por los caminos reales, por que la fragilidad de la caja no resistiria á los vaivenes en los caminos de travesía. El precio diario del caballo, carruage y cochero, es diez francos, pero como se debe pagar la misma cantidad por el retorno cuando se vuelve de vacío, es preciso calcular sobre veinte, amen de la *trinkgeld* (1) del cochero que queda á la generosidad del viagero, que suele pagarlo mezquina ó generosamente segun le ha servido bien ó mal el cochero. Esa *trinkgeld* suele comunmente ser de dos francos por dia. Añádanse á esto tres francos por el almuerzo, cuatro por la comida y dos por la cama, y se verá que en veinte y cuatro horas se ha de gastar una suma total de treinta y un francos, que con los gastos imprevistos la hacen subir á treinta y cinco.

Ahora que he dado estos detalles, que es muy importante conocer en un pais cuyos habitantes la mitad del año comen de lo que han ganado en la otra mitad, y en donde los posaderos y fondistas consideran á los viageros como aves de paso á los que cada uno de ellos necesita arrancar una pluma; volvamos á la carretelita que trota por el camino real de Lausana á Morat, y al través de cuyas cortinas de cuero empiezo á divisar á Mudon.

Mudon, el *Musdonium* de los romanos, no ofrece nada de notable mas que un edificio cuadrado del siglo tercero y una fuente del décimosesto, que representa á Moises con las tablas de la ley en la mano.

Nos detuvimos para comer en Payerna; alli se halla el sepulcro de la reina Berta; ha sido descubierto en una escavacion hecha debajo de la bóveda de la torre de San Miguel que pertenecia á la antigua iglesia abacial, donde se la habia sepultado segun una tradicion popular que indicaba aquel lugar como el de su sepultura. El sarcófago estaba tallado en una piedra arenisca, que habia conservado perfectamente los huesos de la viuda de Rodolfo. El consejo de estado del canton de Vaud, despues de haber examinado el proceso verbal de aquella escavacion, convencido de que aquellos huesos eran realmente los de la reina, muerta en 970, los hizo transportar á la iglesia parroquial, y mandó cubrir el monumento con una lápida de mármol negro, en la que se lee esta inscripcion:

PIAE MEMORIAE
BERTHAE
RUD. II BURGUND. MIN. REG. CONJUG. OPT.
CUJUS NOMEN IN BENEDICTIONEM
COLUS IN EJEMPLUM.
ECCLESSIAS FUNDAVIT, CASTRA MUNIIT,
VIAS APERUIIT, AGROS COLUIT,
PAUPERES ALUIT,
TRANSJURANAE PATRIAE
MATER ET DELICIAE.
POST IX SECULA
EJUS SEPULC. UT TRADITUR DETECTUM.
A. R. S. MDCCCXVIII.
BENEFICIOR. ERGA PATRES MEMORES.
FILII RITE RESTAURARE.
S. P. Q. VAUDENSIS.

A la piadosa memoria de Berta, la muy buena consorte de Rodolfo II rey de Borgoña menor, de la cual es bendecido el nombre y sirve de ejemplo la rueca. Fundó iglesias, fortificó castillos, cultivó campos, alimentó los pobres. Madre y delicia de la patria Transjurana, habiéndose encontrado su sepulcro despues de nueve siglos, segun se dice, en el año de gracia MDCCCXVIII, *reconocidos á los beneficios de los abuelos, los hijos lo restauraron religiosamente.*

El senado y el pueblo vaudés.

Otro monumento hay no menos visitado que el anterior, el cual por su parte espone el fondista á la curiosidad de los viageros, y es la silla de montar de la reina. Todavía se ve el agujero en donde solia colocar la rueca citada en el epitafio cuando recorria su reino. Ademas, las tradiciones de aquella época han quedado en la mente de todos como recuerdos de la edad de oro, y cada vez que se quiere hablar de un siglo afortunado, se dice: *Esto es del tiempo en que hilaba la reina Berta.*

Dos horas despues de haber salido de Payerna entramos en Avenches, que con el nombre de *Aventicum* era la capital de Helvecia en tiempo de los romanos. Entonces era do-

(1) Agujetas ó propina.

ble mayor su territorio que ahora. Las barcas del lago Morat atracaban al pie de sus murallas: tenia un circo donde rugian leones y combatian esclavos, baños donde las esclavas del Niger y del Indo trenzaban las perfumadas cabelleras de las damas romanas, y las entretegian con cintas blancas ó encarnadas, y un capitolio en donde los vencidos daban gracias á los dioses por el triunfo de sus vencedores. Comprometida por una de aquellas revoluciones romanas, parecidas á los terremotos que salen del Vesubio por caminos subterráneos á destruir á Foligno, alcanzáronla las mortales disensiones entre Galba y Vitelio. Ignorando la muerte del primero quiso permanecerle fiel; entonces Albano Cecina, gobernador general de Helvecia, marchó contra ella á la cabeza de una legion que llevaba el nombre de *la Terrible*. Dueño de Aventico creyó coger en un rico romano llamado Julio Alpino, al gefe del partido vencido, y á pesar de los testigos que deponian de la inocencia del anciano, á pesar de los llantos de Julia su hija, consagrada á Vesta, y á quien llamaban la hermosa sacerdotisa, Alpino murió en un suplicio. Julia no pudo sobrevivir á su padre; la erigieron un sepulcro con el epitafio siguiente que consagra aquel amor filial.

JULIA ALPINULA HIC JACET,
INFELICIS PATRIS INFELIX PROLES.
EXORARE PATRIS NECEM NON POTUI:
MALE MORI IN FATIS ILLI ERAT.
VIXI ANNOS XXIII.

Aquí reposa Julia Alpinula,
hija infeliz de un desgraciado padre.
No pude con mis ruegos evitar su muerte;
era su destino morir de mano airada.
Ha vivido veinte y tres años.

La piedra en que se hallaba grabada esta inscripcion ha sido comprada por un inglés.

Entonces fué arruinada Aventicum. *Widonissa*, que es la moderna Windich (1) y la antigua capital, no tuvo importancia alguna hasta el momento en que habiéndose retirado á ella Tito Flavio Savino, despues de haber desempeñado en Asia el encargo de intendente receptor de las contribuciones, dejando alli despues de su muerte á su viuda y dos hijos, llegó á ser emperador el menor de los dos. Este era Vespasiano.

Apenas se vió sentado en el trono romano cuando cual piadoso hijo se acordó de la humilde ciudad materna que habia dejado en las montañas de la Helvecia. Volvio un dia á ella sin corona y sin lictores, bajó de su carro á algunos estadios de la poblacion, y por uno de los caminos conocidos desde su infancia, se fué á la casa en que habia nacido, se dió á conocer de las gentes que la habitaban y pidió el cuarto que habia sido el suyo durante quince años, y desde aquel cuarto que le habia visto tan ignorante de su tan grande porvenir, decretó el esplendor de Aventico. Todo se anima de pronto á su poderosa voz. Volvió á levantarse el circo, y resonó de nuevo con los rugidos y lamentos que tenia ya olvidados. Nuevos edificios mas suntuosos aun que los antiguos salieron de las canteras de mármol de Crevola; alzóse mas suntuosamente un templo á Neptuno, y sobre sus columnas toscanas coronadas de un arquitrave, fueron esculpidos los caballos marinos de Amfitrite y las fabulosas sirenas de Ulises. Despues, en fin, cuando la ciudad volvió á verse hermosa y adornada, y como una coqueta se contempló de nuevo en las azuladas aguas del lago Morat, el emperador la regaló para completar su femenil atavio, un cinturon de murallas, que sacó á gran coste de las canteras de Narde-Nolex (1), y por segunda vez volvió *Aventicum* á ser la capital del pais, *gentis caput*, título que conservó hasta el reinado de Constantino Cloro.

En el año 307 de Jesucristo los germanos se arrojaron sobre la Helvecia y penetraron en Aventicum, en donde hicieron un inmenso botin. A los gritos de los habitantes que se llevaban esclavos, acudió el emperador con su ejército, rechazó á los germanos mas allá del Rin, edificó sobre las orillas de este rio y de un lago la ciudad de Constanza; erizó de fuertes y soldados la cadena de montañas que rodean la Argovia, para impedir una segunda irrupcion. Pero el socorro habia llegado demasiado tarde para *Aventicum*: la ciudad estaba arruinada por la segunda vez, y Ammiano Marcelino que pasó alli en 355, es decir cuarenta y ocho años despues, la encontró desierta. Sus monumentos estaban casi destruidos y derribadas sus murallas.

Asi permaneció mutilada y solitaria hasta que en 607 el conde Wilhen de Borgoña edificó su castillo romano sobre los cimientos del capitolio del emperador Galba.

Poco tiempo despues (en 616) durante la guerra entre Teodorico y Teodoberto, *Aventicum* fué tomada de nuevo; el castillo, que apenas se acababa de construir, demolido, y la ciudad tan completamente arruinada que la comarca tomó el nombre de *Aechtland*, ó pais desierto, y lo conservó hasta 1076, época en que Bonnardo, obispo de Lausana, hizó edificar la nueva ciudad con las ruinas de la antigua, y del nombre de *Aventicum*, la llamó Avenches.

La ciudad moderna conserva aun para el viagero que la pregunta, su historia pasada grabada en páginas de piedra y de mármol. Con el ausilio de una investigacion un poco seria se reconocen á cual de sus dos edades pertenecen sus ruinas. El anfiteatro, que se halla

(1) Pequeña aldea de la Argovia.

(1) Neuchatel.

edificado sobre punto elevado á un estremo de la ciudad, conserva aun escavado en sus cimientos el subterráneo donde se encerraban los leones; pertenece evidentemente á la primera época, es decir que se remonta el reinado de Augusto. Un helveciano y un romano esculpidos en el muro del recinto del circo, prueban dándose la mano que fué edificado poco tiempo despues de la pacificacion de la Helvecia.

Las dos columnas del templo de Neptuno, que se conservan en pie todavía, son de mármol blanco, datan del reinado de Vespasiano. Esto es todo lo que resta de una especie de bolsa ó academia levantada, por la compañía de marineros y á sus espensas, asi como lo prueba esta inscripcion grabada en su roto frontispicio.

IN HONOREM DOMUS DIVINAE
NAUTAE AVRANII ARAMICI
SCOLAM DE SUO INSTRUXERUNT,
L. D. D. D.

En la época en que yo visité aquellas columnas, una cigüeña habia establecido su nido sobre la mas alta de las dos, y alli criaba sus cigüeños bajo la proteccion del gobierno vaudés La multa de setenta francos impuesta á cualquiera que mate uno de aquellos animales, le daba tal confianza, que aunque nos acercamos no hizo el menor movimiento siquiera, y continuó gravemente partiendo en dos pedazos con el pico y las patas á una pobre rana, de que dió un pedazo á cada uno de sus hijos con una equidad enteramente maternal.

Los otros restos antiguos dignos de alguna atencion son una cabeza colosal de Apolo, una cabeza de Júpiter, y un leon de mármol. Estos restos se hallan encerrados en el anfiteatro.

En cuanto á las ánforas, urnas funerarias, estátuas pequeñitas de bronce, y medallas descubiertas en las escavaciones, el viagero las hallará rotuladas con bastante órden y gusto en casa del síndico Toller. Invito ademas á los aficionados á que miren con atencion una pequeñita estátua que el sencillo magistrado les enseñará bajo el nombre de Paris dando la manzana. Si verdaderamente es un Paris, y si todas las proporciones de aquella figurita son exactas, se esplica perfectamente el obstinado amor de Elena. No fué la hermosura el único don que Venus en su reconocimiento, concedió al pastor frigio!

Algunos centenares de pasos fuera de las murallas, y á orillas del camino, á la izquierda hay una casita construida á espensas de la ciudad, donde se conserva un mosaico bastante hermoso, que parece haber sido el fondo de un baño.

Para ver todas estas curiosidades nos bastaron una y media ó dos horas: despues salimos para Morat.

CÁRLOS EL TEMERARIO.

Morat es célebre en los fastos de la nacion suiza por la derrota de Cárlos el Temerario, duque de Borgoña. Aquella ciudad habia levantado delante de una de sus puertas, como trofeo en conmemoracion de su victoria, un osario construido con los cráneos y huesos de ocho mil borgoñones. Tres siglos se mantuvo en pie este templo de la muerte, mostrando sobre aquellos huesos emblanquecidos la huella de los terribles mandobles que habian descargado los vencedores, y llevando esta inscripcion triunfal en su frontispicio:

DEO OPT MAX.
CAROLI INCLITI ET FORTISSIMI
BURGUNDICE DUCIS EXERCITUS
MURATUM OBSIDENS AB HELVETIIS
CAESUS HOC SUI MONUMENTUM RELIQUIT.
ANNO MCCCCLXXVI (1)

Un regimiento borgoñon lo destruyó en 1798 cuando la invasion de los franceses en la Suiza, y para borrar todo vestigio de la afrenta paternal arrojó los huesos en el lago, que vomita algunos á sus orillas cada vez que le agita una tempestad.

En 1822 la república de Friburgo hizo levantar en el sitio en donde habia estado el osario una sencilla columna de piedra cuadrangular de unos treinta pies de altura casi, y que lleva grabada esta inscripcion en el lado que mira al camino:

VICTORIAM
XXII. JUN MCCCCLXXVI,
PATRUM CONCORDIA
PARTAM
NOVO SIGNAT LAPIDE
RESPUBLICA FRIBURG.
MDCCCXXII (2),

Si se quiere abarcar de una ojeada el cam_

(1) A Dios, optimo, maximo. Sitiando á Morat el ejército del muy inclito y muy fuerte Cárlos, duque de Borgoña, fué destruido por los suizos y dejó este recuerdo de su derrota. Año 1476.

(2) La república de Friburgo consagra con esta nueva lápida la victoria alcanzada en 22 de junio de 1476 por los esfuerzos de sus padres. 1822.

po de batalla de Morat, será preciso detenerse cerca de cien pasos de aquel osario; entonces se tendrá en frente á la ciudad construida en anfiteatro sobre las márgenes del lago que le baña los pies: á la derecha las alturas de Gurmels, detras de las cuales corre el Sarina, á la izquierda el lago de Morat que domina el monte Villq, cubierto todo de viñedos, separándolo del lago de Neufchatel, detras la aldea de Faoug, y en fin á los pies el terreno mismo en donde pasó el acto mas sangriento de la trilogia fúnebre del duque Cárlos, que comenzó en Granson y concluyó en Nancy.

Una derrota habia probado al duque que si habia conservado el sobrenombre del Temerario habia perdido el de Invencible. Habia desde entonces en su blason ducal una mancha que no podia labarse mas que con sangre: un solo pensamiento, pensamiento de venganza, reemplazaba en él la conviccion de su fuerza; siempre era el mismo su valor, pero no era la misma su confianza. Nadie desconfia de su armadura hasta que falsea. Sin embargo el orgullo de Cárlos era arrastrado á su destruccion por la voz de su orgullo y caminaba en la tempestad cual una nave perdida que se estrella en todas las rocas. Habia en seis meses reunido un ejército tan numeroso como el que habia sido destruido; pero los nuevos soldados que lo componian, sacados los unos de Picardía, otros de Borgoña, estos de Flandes, aquellos de Artois, eran estraños los unos á los otros y divididos entre sí. En otro tiempo la constante fortuna del duque los hubiera reunido por una confianza comun; pero llega: los dias adversos comenzaban para él y aquellos hombres marchaban al combate con indisciplina y murmurando.

Por su parte los suizos, segun costumbre, se habian dispersado inmediatamente despues de la victoria de Granson. Cada cual habia seguido su bandera en su canton, por que habia llegado la estacion del *Alpage*, y las nieves que se derretian llamaban á las montañas á los soldados pastores y sus rebaños.

Cuando en 10 de junio de 1476 el duque de Borgoña vino á sentar su campo en la aldea de Faoug, situada hácia la estremidad occidental del lago, la Suiza no tenia para oponerle mas que mil doscientos hombres y por toda muralla de defensa la aldea de Morat. Asi desde que Berna, su hermana, supo que el duque de Borgoña se adelantaba con todas sus fuerzas, marcharon mensageros para todos los cantones, y encendiéronse hogueras en las montañas como señales de guerra y el grito de *á las armas*, resonó por todos los valles.

Adriano de Bubemberg, que mandaba la guarnicion de Morat, vió avanzar aquel ejército treinta veces mas numeroso que el suyo, sin dar señal alguna de temor; reunió á los soldados y habitantes, les espuso la necesidad que iban á tener los unos de los otros, la precision en que estaban de no formar mas que una familia armada á fin de que se ayudasen mútuamente como hermanos, y cuando los vió en estas disposiciones, les dictó el juramento de sepultarse hasta el último, bajo las ruinas de su ciudad. Tres mil voces juraron al mismo tiempo, despues una sola voz juró á su vez imponer la muerte á cualquiera que hablase de rendirse. Esta voz era la de Adriano Bubemberg. Tomadas estas precauciones escribió á los berneses. «El duque de Borgoña está aqui con todo su poder, con sus afeminados italianos y algunos traidores alemanes; pero los señores del ayuntamiento, consejeros y ciudadanos de Berna pueden estar sin miedo, no apresurarse y calmar el ánimo de todos los demas confederados. Yo defenderé á Morat.»

Durante este tiempo, el duque cercaba la ciudad con las alas de su ejército, mandadas por el gran bastardo de Borgoña y por el conde de Romont. El primero se estendia por el camino de Avenelus y de Estavayer, el segundo por el camino de Arberg, el duque formaba el centro, y desde la magnífica habitacion de madera que se habia hecho construir sobre las alturas de Courgebaux, podia apresurar ó contener sus movimientos como un hombre que abre ó cierra los brazos. La ciudad estaba libre solo por una parte: la del lago, cuyas ondas venian á bañar sus muros, y sobre cuya superficie se deslizaban silenciosamente todas las noches lanchas cargadas de hombres, de socorros y municiones de guerra.

En el otro lado del Sarina y detrás del duque, los suizos no solamente organizaban la defensa, si no tambien el ataque. Las pequeñas poblaciones de Laupen y de Gumener habian sido puestas en estado de resistir á un golpe de mano, y Berna protegida por ellas, se habia hecho el punto de reunion de los confederados.

Bien vió el duque, que no tenia tiempo que perder; hizo intimar la rendicion á la ciudad; y á su negativa, por medio de su comandante, el conde Romont hizo descubrir setenta gruesas bombardas, que al cabo de dos horas habian derribado un lienzo de muralla bastante ancho para dar el asalto. Los borgoñeses viendo desmoronarse la muralla corrieron hácia la ciudad gritando: *Ciudad tomada*; pero sobre la brecha encontraron una segunda muralla mas difícil de derribar que la primera, muralla viviente, muralla de hierro, contra la que los once mil hombres del conde de Romont vinieron á estrellarse cinco veces en el espacio de ocho horas. En el primer asalto perecieron setecientos soldados, y el gefe de la artilleria fué muerto de un arcabuzazo.

El duque de Borgoña, se volvió cual un jabalí herido, y se replegó sobre el Laupen y Gumenen. El choque resonó hasta en Berna, que un instante tuvo gran miedo viéndose amenazada tan de cerca; envió sus banderas con seis mil hombres al socorro de las dos

ciudades. Este refuerzo llegó para ver tomar la retirada al duque Cárlos.

La cólera del borgoñon habia llegado á su colmo. Sitiado él mismo en cierto modo, entre las tres poblaciones que él mismo bloqueaba, parecíase á un leon defendiéndose en un triángulo de fuego. Nadie osaba aconsejarle; cuando llamaba á sus capitanes, se le acercaban con miedo, y los que por la noche estaban de centinela en la puerta de su tienda, le oian con terror gritar y romper sus armas.

La artillería tronó sin interrupcion durante diez dias, agujereando las murallas y arruinando la villa, sin cansar ni un momento la constancia de sus habitantes. Dos asaltos dirigidos por el duque en persona fueron rechazados. El Temerario subió dos veces sobre la brecha, dos veces volvió á bajar de ella. Adriano de Butemberg se hallaba en todas partes y parecia haber hecho pasar su alma al cuerpo de sus soldados: despues de haber empleado todo el dia en rechazar los furiosos ataques de su enemigo, escribia tranquilo por la noche á sus aliados: «Señores, no os precipiteis y estad tranquilos; mientras tengamos sangre en las venas defenderemos á Morat.»

Sin embargo, los cantones se habian puesto en camino y se reunian. Ya los hombres de Oberland, de Brienna, de Argovia, de Uri, y de Entlibuch habian llegado, y á ellos se habia agregado el conde Osvaldo de Thiestein, trayendo á los del pais del archiduque Segismundo. El conde Luis Eptingen se habia acampado bajo las murallas de Berna con el contingente que Estrasburgo se habia comprometido á dar; y que enviaba como aliada de palabra: en fin, el duque Renato de Lorena habia hecho su entrada ya en la ciudad á la cabeza de trescientos caballos, llevando cerca del suyo un oso monstruoso, maravillosamente domesticado, y al que daba á lamer su mano cual si fuese un perro.

Ya no se aguardaba mas que los de Zurich; llegaron el 21 de junio por la tarde. Estaban acompañados de los hombres de Turgovia, de Baden y demas bayliages libres.

Esto era mas que los confederados esperaban, y asi iluminóse la ciudad de Berna, y se pusieron mesas en las puertas de las casas en obsequio de los recien llegados.

Diéronseles dos horas de descanso, despues por la tarde, todo el ejército confederado se puso en marcha lleno de ánimo y esperanza entonando cada canton su himno de guerra.

Por la mañana asistió el ejército á maitines en Gumenen, y luego recibió la órden de batalla á espalda de la montaña opuesta á la en que habia colocado el duque sus tiendas.

Hans de Hallewyl, noble y valiente caballero de Argovia, mandaba la vanguardia. Berna le habia recibido entre sus ciudadanos para recompensar los altos hechos de armas en que se habia distinguido en los ejércitos del rey de Bohemia y en la última guerra de Hungría contra los turcos. Tenia á sus órdenes los montañeses del Oberland, del Entlibuch, antiguos liguros y ochenta voluntarios de Friburgo, que para reconocerse en la pelea habian cortado ramas de tilo, y puéstolas cual penachos en sus cascos y sombreros. Despues de estos venian mandando el cuerpo de batalla Hans Waldman de Zurich y Guillermo Herter, capitan de las tropas de Estrasburgo, á quien se habia dado esta parte de mando para honrar en su nombre á los fieles aliados que habia traido en socorro de la confederacion. Tenian bajo sus órdenes todos los cantones agrupados en derredor de sus banderas, cada una de las cuales estaba defendida por ochenta hombres escogidos entre los valientes, armados de corazas, de picas y hachas de armas. Por último, Gaspar Hertenstein de Lucerna, conducia la retaguardia. Mil hombres colocados á mil pasos á cada costado del ejército, protegian en guerrilla su marcha por entre los bosques que cubrian la pendiente de la cuesta que seguian yendo de Gumenen á Laupen. Todo el ejército de los confederados reunidos, podia ser de treinta á cuarenta mil hombres. El duque de Borgoña mandaba casi tambien con poca diferencia igual número de soldados; pero su campo parecia mucho mas considerable á causa de la gran cantidad de mercaderes y mugeres de mala vida que arrastraba en su seguimiento.

El dia anterior habia habido alarma entre aquella muchedumbre. Habia corrido la voz de que los suizos habian pasado el Sarina. Súpolo el duque con grande alegría, y habiase puesto de repente en movimiento todo su ejército y habia salido al encuentro del enemigo hasta la cresta de la montaña; pero la lluvia que sobrevino obligó á cada cual á volverse á cuarteles.

A la mañana siguiente el duque hizo ejecutar el mismo movimiento. Esta vez pudo ver al otro lado de la colina á sus enemigos atrincherados en el bosque. El cielo estaba encapotado y era espesa la lluvia. Los suizos, entretenidos en armar caballeros, no hacian movimiento alguno. El duque, despues de haber aguardado dos ó tres horas, juzgó perdida la jornada y se retiró á su campamento. Los generales, por su parte, viendo mojada la pólvora, tirantes las cuerdas de los arcos y rendida de cansancio la gente, dieron la señal de retirada. Este era el momento que aguardaban los confederados. Apenas vieron el movimiento que hacia el ejército del duque, cuando Hans de Hallewyl gritó á su vanguardia:—De rodillas, hijos, y oremos á Dios.—Obedecieron todos. Este movimiento fué imitado por los demas cuerpos, y la retaguardia, y la voz de treinta y cuatro mil hombres orando por su libertad y su patria se elevó hácia Dios.

En aquel instante, fuese casualidad ó proteccion del cielo, rasgóse el velo de nubes que encapotaba el cielo, para dejar paso á un rayo de sol que fué á reflejarse en las armas

de aquella muchedumbre arrodillada. Entonces se levantó Hans de Hallewyl, desenvainó su espada, y volviendo la cabeza hácia la parte de donde venia el rayo de luz esclamó: «Valientes, Dios nos envia la claridad de su sol; pensad en vuestras mugeres y en vuestros hijos!...»

Con un solo movimiento se levantó todo el ejército gritando á una sola voz: ¡Granson! ¡Granson! y rompiendo la marcha llegó con bastante órden sobre la cresta de la colina poco antes ocupada por los soldados del duque. Allí un gran número de perros de montaña que iba delante del ejército tropezó con una porcion de perros de caza que pertenecian á los caballeros borgoñones, y como si aquellos animales hubiesen participado del odio de sus amos, se arrojaron los unos sobre los otros. Los perros de los confederados, acostumbrados á hacer frente á los toros y á los osos, no tuvieron gran trabajo para vencer á sus enemigos, que echaron á correr hácia su campo; esto fué mirado por los confederados como buen agüero. Los suizos se dividieron en dos cuerpos para intentar dos ataques. Desde la víspera se habian destacado ya mil ó mil doscientos hombres del cuerpo del ejército, y atravesando el Sarina un poco mas arriba de su reunion con el Aar, se habian adelantado observando el conde Romont, á quien debian inquietar, para impedirle por este medio socorrer al duque Cárlos. Hallewyl que mandaba uno de aquellos cuerpos, reunido á su vanguardia, y Waldman que tenia el otro, combinaron sus movimientos de modo de atacar los dos al mismo tiempo; y partiendo del mismo punto se abrieron como una V, y se fueron á atacar, Hallewyl la derecha y Waldman la izquierda del campo, defendido en toda su circunvalacion por fosos y atrincheramientos, entre los cuales se veian las ennegrecidas bocas de un gran número de bombardas y de gruesas culebrinas. Aquella linea permaneció muda y sombría hasta el momento en que los confederados se encontraron á medio tiro de cañon. Entonces una faja inflamada pareció formar una cintura en el campamento, y grandes gritos dados por los suizos anunciaron que la muerte habia destrozado sus filas.

Sobretodo, la tropa de Hallewyl fué la que mas padeció en la primera carga. En seguida corrió á su auxilio Renato de Lorena con trescientos caballos. En el mismo momento abrióse una puerta del campamento, y una tropa de caballeros borgoñones, salió y dió una carga lanza en ristre. Como no estaban mas que á cuatro espacios de lanza los unos de los otros, una bala mató el caballo de Renato de Lorena, que desmontado rodó por el lodo: se le creyó muerto. Entonces le tocó á Hallewyl acudir en su socorro y le salvó. Waldman por su parte se habia adelantado hasta las orillas del foso; pero habíase visto obligado á retroceder ante el fuego de la artillería borgoñesa; se fué á rehacer su gente tras de una colina, y volvió de nuevo á atacar al enemigo.

Entonces fué cuando corrieron á decir al duque que los suizos le atacaban. Creia tan poco semejante audacia, que las primeras descargas no le habian hecho salir de su tienda, pensando que continuaban los suyos haciendo fuego contra la ciudad.

El mensagero que le llevó esta noticia lo halló en su cuarto medio desarmado y sin espada en el costado, y con la cabeza y manos desnudas. No quiso creer al pronto la noticia; pero cuando el mensagero le dijo que él habia con sus propios ojos, visto á los suizos que atacaban el campamento, se encolerizó profiriendo furiosas palabras y dándole un puñetazo. En el mismo instante entró un caballero con una herida en la frente y la armadura toda ensangrentada. Vióse entonces Cárlos obligado á rendirse á la evidencia. Púsose su casco y sus manoplas, saltó sobre su caballo de batalla que habia permanecido ensillado, y cuando le advirtieron que se olvidaba de tomar la espada, enseñó la pesada maza de hierro que colgaba del arzon de la silla, diciendo que aquella arma era cuanto necesitaba para pegar á semejantes animales. Al decir estas palabras puso á galope su caballo, subió corriendo al punto mas elevado del campo, y desde allí, levantándose sobre los arzones, abarcó con una ojeada el campo de batalla. Apenas hubieron reconocido por la bandera ducal que le seguia el sitio donde se podia hallar, corrieron hácia él el duque de Sommerset, gefe de los ingleses, y el conde de Marle, hijo mayor del condestable de Saint-Pol, y le preguntaron que era lo que debian hacer. *Lo que veais que yo haga,* respondió el duque lanzando su caballo hácia un punto que los enemigos acababan de forzar. Era todavia aun Hallewyl que con su vanguardia, rechazado de un flanco no habia cesado de dar vueltas alrededor de los atrincheramientos; encontrando al fin un punto mas débil se habia apoderado de él, y volviendo en seguida los cañones de los enemigos, contra los enemigos mismos, metrallaba casi á boca de jarro á los borgoñones con su propia artillería. Hácia aquel punto se dirigia el duque, y esta accion se verificaba por el punto por donde pasa hoy el camino de Friburgo.

Cárlos cayó como un rayo en medio de la pelea; su arma era el arma del carnicero, pues á cuantos daba, caian rodando á sus pies por el suelo cual toros bajo una maza. El combate acababa de restablecerse con cierta apariencia de fortuna para el duque, cuando en el estremó derecho se oyeron muchos gritos y un gran tumulto. Hertenstein y su retaguardia, habiendo continuado el movimiento circular indicado al ejército suizo para su plan de batalla, habia logrado dar ya la vuelta al campo enemigo, y le atacaba por el mismo sitio en que se reunia con el lago. Defendia este punto

el gran bastardo; hizo frente valerosamente al asalto, y tal vez lo hubiese rechazado si no se hubiese introducido un gran desórden en sus tropas.

Adriano de Bubemberg habia salido de la ciudad con dos mil hombres y acababa de cogerle entre dos fuegos.

Sin embargo, el duque Cárlos no habia podido recobrar la artillería que se hallaba en manos de los suizos; á cada descarga se llevaban estos filas enteras; pero los que estaban con él eran la flor del ejército, y nadie pensaba en retroceder. Eran los arqueros de á caballo, los hombres de armas de su casa y los ingleses; tal vez habrian aun permanecido firmes mucho mas tiempo, si el duque Renato que se habia reforzado, no se hubiese presentado escoltado de los condes de Eptingen, de Thierstein y de Gruyère á arrojarse con sus trescientos caballos en medio de aquella carnicería. El duque de Sommerset y el conde de Marle cayeron al primer choque. La bandera del duque era de la que queria apoderarse Renato, su enemigo capital: tres veces lanzó su caballo tan cerca de ella que no tenia mas que alargar la mano para cogerla, y tres veces se encontró entre ella y él un nuevo caballero que le fué preciso matar: al fin logró alcanzar á Jacobo de Maes que la llevaba, mató su caballo, y mientras que el ginete se hallaba cogido debajo del moribundo animal, y en lugar de defenderse, este estrechaba contra su pecho la bandera de su señor, Renato logró encontrar con la punta de su espada de dos manos una coyuntura de la armadura, y dejándose caer con todo su peso sobre el puño de la espada clavó en el suelo á su enemigo. Durante este tiempo un hombre de la comitiva, deslizándose por entre las piernas del caballo, arrancaba de las manos de Jacobo Maes la bandera que el leal caballero no soltó hasta despues de espirar.

Desde entonces fué como en Granson, no una retirada, sino una derrota; porque Waldman, vencedor tambien en el punto que habia atacado, vino aun á aumentar el desórden. El duque Cárlos y los soldados que le quedaban estaban cercados por todas partes: el conde Romont, molestado por los que se habian destacado contra él, ignorando ademas lo que sucedia á su espalda, no podia acudir á desembarazarle. No quedaba ya mas que una esperanza, abrir brecha en aquella muralla viviente, cuyo espesor no podia calcularse, y despues de llegar al otro lado, huir á todo escape hácia Lausana. Rodearon, pues, á su duque diez y seis caballeros, y enristrando las lanzas atravesaron con él por todo el ejército confederado. Cuatro cayeron en el camino: fueron los señores de Grimberges, de Rosimbos, de Mailly y de Montaigu. Los doce que permanecian firmes en sus sillas, lograron llegar á Morges con su señor, haciendo en dos horas una carrera de doce leguas. Esto era cuanto le quedaba al Temerario de su rico y poderoso ejército.

En el momento en que el duque cesó de resistir nada mas acaeció ya. Los confederados recorrieron el campo de batalla hiriendo á cuantos quedaban en pie y acabando de matar á los que habian caido: no se dió cuartel mas que á las mugeres; los borgoñeses que intentaron escaparse por el lago fueron perseguidos por medio de barcas. El agua estaba cargada de cadáveres y enrojecida con la sangre, y durante mucho tiempo, los pescadores, al sacar sus redes, recogieron fragmentos de armadura y trozos de espada.

El campamento del duque de Borgoña y todo lo que contenia cayó en poder de los suizos. Los vencedores regalaron al duque Renato en testimonio de admiracion por su valor durante la jornada, la tienda de Cárlos con las colgaduras, tapices y armas preciosas que se encerraban en ella. La artillería se dividió entre los confederados que habian enviado tropas, y cada canton que habia enviado gente obtuvo algunas piezas como trofeos de la batalla. Morat tuvo doce. Yo visité el lugar donde se conservan estos antiguos recuerdos de aquella gran derrota. Estos cañones no están fundidos de una pieza, están compuestos de varios anillos entrantes y salientes soldados unos con otros, modo de fabricacion que debia quitarles mucho de su solidez.

En 1828 ó 29, Morat pidió cañones á Friburgo para celebrar estrepitosamente la fiesta de la confederacion. La metrópoli del canton, no sé por qué causa, no accedió á esta demanda, los jóvenes se acordaron de los cañones del duque de Borgoña y los sacaron del arsenal donde dormian hacia ya cuatro siglos, les pareció digno de ellos el celebrar el aniversario de su nuevo pacto de libertad con los trofeos de la victoria que debian á la confederacion antigua. Los arrastraron con grande algazara á la esplanada que está á la izquierda del camino al entrar en la ciudad; pero á los primeros disparos una bombarda y una culebrina se reventaron, y cinco ó seis personas de las que servian estas dos piezas fueron muertos ó heridos.

FRIBURGO.

En Morat no nos detuvimos mas que dos horas: este tiempo bastaba ademas para visitar lo que la ciudad ofrece de curioso. Sobre las tres de la tarde volvíme á subir en nuestro carruage y nos pusimos en camino para Fri-

burgo. Al cabo de media hora de camino por una llanura llegamos al pie de una colina que nos invitó á subir á pie nuestro cochero, con pretesto de hacernos admirar el punto de vista, pero segun yo creo, para que no se cansase mucho su caballo. Yo, ordinariamente, siempre me dejaba engañar con estas supercherías, sin dar á entender que las adivinaba. Y si no hubiese sido por mis compañeros de viage, hubiera hecho todo el camino á pie. Esta vez á lo menos la invitacion del cochero no carecia de un motivo plausible La vista que abarca todo el campo de batalla, la ciudad y los dos lagos de Morat y Neuchatel es magnífica; el punto mismo en que nos encontrábamos era en donde habia hecho alzar su tienda el duque de Borgoña. Media hora de camino nos llevó despues á la cresta de la montaña, y apenas la hubimos pasado, cuando sobre la vertiente opuesta á la que acabamos de subir, reconocí el lugar donde habia hecho el piadoso *alto* todo el ejército de los confederados. El resto del camino no ofrece nada de notable mas que el lindo valle de Gotteron, que viene á reunirse con el camino á una legua antes de Friburgo y que se estiende hasta las puertas de la ciudad. Sobre la cima opuesta á la que nosotros seguiamos, nos hizo observar el guia la ermita de Santa Magdalena, que nos invitó á visitar al dia siguiente, y en el fondo del valle un acueducto romano que sirve hoy para llevar una parte de las aguas del Sarina á las ferrerías de Gotteron.

La puerta por la que se entra en Friburgo viniendo de Morat, es una de las construcciones mas atrevidas que se pueden ver. Suspendida como se halla encima de un precipicio de doscientos pies de profundidad, no habia mas que destruirla para hacer intomable la ciudad por aquel lado. Friburgo todo, parece el resultado de una apuesta hecha por un arquitecto fantástico despues de una opípara comida. Es la ciudad mas jorobada, digámoslo asi, que he visto: se ha tomado el terreno tal cual Dios lo habia hecho, los hombres han edificado encima y nada mas. Apenas se ha pasado de la puerta que se baja, no por una calle, sino por una escalera de veinte y cinco á treinta escalones, se encuentra entonces uno en un vallecito empedrado, adornado de casas por ambos lados. Antes de subir á la catedral que se encuentra enfrente hay dos cosas que ver; una fuente á la derecha y un tilo á la izquierda. La fuente es un monumento del siglo XV. Curioso por su sencillez, representa á Sanson derribando un leon. El Hércules judío, lleva al costado, metida en su cinturon, á guisa de espada, su quijada de burro. El tilo es á la vez un recuerdo histórico y un monumento del mismo siglo: ved aquí la tradicion á que se refiere su existencia.

Hemos dicho que los ochenta jóvenes que Friburgo habia enviado á la batalla de Morat habian colocado sobre los cascos y sombreros una rama de tilo para conocerse en medio de la refriega. El que mandaba estas gentes cuando vió ganada la accion despachó á uno de ellos á Friburgo á llevar la noticia á sus compatricios. El jóven suizo corrió sin descansar un momento como el griego de Marathon, y como él llegó moribundo á la plaza pública en donde cayó gritando, *victoria*, y agitando en su mano la rama de tilo que le habia servido de penacho. Esta rama religiosamente plantada por los friburgueses en el mismo sitio en donde habia caido su compatriota, produjo el árbol colosal que se ve allí hoy.

El campanario de la iglesia es uno de los mas elevados de la Suiza, tiene trescientos ochenta pies de altura. Por lo general en los Alpes hay pocos de estos monumentos; despues de la torre de Babel los hombres han renunciado á luchar contra Dios; las montañas sojuzgan á los templos; ¿quién es el loco que se atreveria á construir un campanario al pie del Monte Blanco ó del Yung-frau?—El pórtico es uno de los mas bien trabajados que hay en Suiza: representa en sus labores el juicio final en todos sus detalles. Dios castigando ó recompensando á los hombres que el sonido de la trompeta del juicio despierta y que los ángeles separan en dos secciones: la de los buenos, que inmediatamente entra en un castillo que representa el paraiso: la de los condenados, en la boca de una serpiente que representa el infierno; entre los condenados hay tres papas que se reconocen por sus tiaras. Al pie del bajo relieve se lee una inscripcion que indica que la iglesia se halla bajo la invocacion de San Nicolás, testimonio de la fé que los de Friburgo tienen en la intercesion del santo que han elegido por patrono, y del crédito de que piensan goza su patron con el Eterno Padre.

La inscripcion es esta:

PROTEGAN HANC URBEM ET SALVABO EAM
PROPTER.
NICOLAUM SERVUM MEUM (1).

El interior de la iglesia no ofrece nada notable mas que un púlpito gótico de bastante buen trabajo: en cuanto al altar mayor es del gusto de la estatuaria del tiempo de Luis XV, y se parece considerablemente al Parnaso de Mr. Titon du Tellet.

Como comenzaba á hacerse tarde, dejamos para el dia siguiente la visita que contábamos hacer á las demas curiosidades de la ciudad.

Friburgo es la ciudad católica por escelencia, creyente y rencorosa como en el siglo XVI. Esto da á sus habitantes un colorido de edad media muy característico. Para ellos no hay diferencia entre el pontificado de Gregorio VII

(1) Protegeré y salvaré esta ciudad por mediacion de mi siervo Nicolás.

del de Bonifacio VIII, ni distincion entre la iglesia democrática ó aristocrática: mañana en su caso descolgarian el arcabuz de Cárlos IX ó volverian á encender la hoguera de Juan Huss.

El dia siguiente por la mañana envié al cochero á que esperase en el camino de Berna, y pedí á mi huésped que nos buscase un mozo para acompañarnos á la ermita de Santa Magdalena, porque los caminos se hallaban impracticables para poder ir en carruage.

Nos dió por guia á un sobrino suyo, muchacho mofletudo, sacristan de profesion, y guia en los ratos perdidos. En Friburgo nos quedaba aun por ver la puerta Bourgillon, antigua construccion romana. Nos pusimos en camino guiados por nuestro *cicerone*. Pasamos para ir allí por cerca del tilo de Morat, cuya historia supe entonces, y bajamos despues por una calle de ciento veinte escalones que nos condujo á un puente que hay sobre el Sarina. En medio de aquel puente debe volverse la vista para mirar cómo se levanta Friburgo á manera de anfiteatro, como una ciudad fantástica: entonces se reconocerá bien la ciudad gótica hecha para la guerra y colocada en la cima de una escarpada montaña como el nido de una ave de rapiña; se verá el gran partido que ha sacado el genio militar de una localidad que parecia mas bien hecha para retiro de gamos que para morada de hombres, y cómo se ha formado en murallas un círculo de rocas.

A la izquierda de la poblacion, y como una cabellera echada hácia atrás, se ve una selva de abetos negros muy viejos, brotando de entre las quebraduras de las rocas, de donde sale el Sarina como una ancha cinta destinada á sostenerla; el Sarina con sus aguas grises serpentea un instante por el valle y desaparece en el primer recodo. Mas allá del riachuelo y sobre la montaña opuesta á la ciudad, se descubre sobre una especie de arrabal en forma de anfiteatro la puerta Bourgueñon, á la cual se llega por un camino abierto en la peña de la montaña. Esta vista recompensa mal el trabajo que cuesta el llegar hasta allí; es una construccion romana, pesada, maciza y cuadrada, como todas las que quedan de aquella época. Cerca de ella y á la izquierda del camino, hay una capilla bastante linda construida en 1700, en cuyas hornacinas esteriores se han colocado catorce estátuas de santos que datan de 1650, entre los cuales hay dos ó tres de algun mérito. En lo interior de la capilla no hay cosa alguna digna de notarse mas que los numerosos testimonios de la fé de los habitantes. Las paredes están llenas de *ex-votos* que atestiguan los milagros de la Vírgen María, bajo cuya invocacion se halla colocado aquel templo: los milagros en que se ha revelado su divina proteccion, están referidos y consignados en sencillas pinturas y en inscripciones mas sencillas todavía. La una representa á un anciano próximo á espirar, que de repente recobra la salud con la aparicion de la Vírgen María; la otra á una muger que va á ser aplastada bajo las ruedas de un carro que arrastra un caballo desbocado, y que una mano invisible detiene; otra tercera, á un hombre á punto de ahogarse, y que las aguas sacan ileso á la orilla obedeciendo á la voz de la Vírgen, y por último, uno en que se ve á un niño que cae en un precipicio y á quien preservan del golpe mortal de la caida las alas de un ángel.

He copiado la inscripcion escrita debajo de este cuadro, y que traslado aquí literalmente.

EL 26 DE JULIO DE 1799 HE CAIDO DESDE LO ALTO DE LA ROCA
DE LA CASA DE LOS HERMANOS BOURGER AL SUBIR
A MONTTORGE HASTA LA SARINA, JOSEPH
HIJO DE JUAN VEINSANT KOLLY BURGEOIT DE FRIBURGO, DE EDAD DE CINCO AÑOS, PRESERVADO POR DIOS
I POR LA SANTA VIRGEN, SIN HACERSE DAÑO ALGUNO.

Me hice conducir al sitio donde se habia verificado esta caida: el niño cayó de una altura de cerca de ciento ochenta pies.

Al volvernos por el camino de Berna, nuestro sacristan nos enseñó el punto que acababan de elegir los ingenieros para echar un puente que uniese la poblacion con la montaña situada enfrente. Este puente tendrá ochocientos cincuenta pies de longitud, y sobre una elevacion de noventa sobre los techos de las casas mas altas del valle. La idea de que Friburgo iba á hermosearse con un monumento tan moderno me contristó como parecia regocijar á sus habitantes. Esta especie de columpio que llaman puente colgante de alambre, desdecia mucho y de una manera estraña, á lo que me parece, con la gótica y severa ciudad que os trasporta á través de los siglos á los tiempos de creencia y feudalismo. La vista de algunos presidiarios con vestidos hilados de negro y blanco, que trabajaban bajo la vigilancia de un cómitre no contribuyó á iluminar aquel cuadro, que en mis ideas de arte y nacionalidad me entristeció tanto como pudiera hacerlo la vista de una casaca de color castaño en Constantinopla, ó de un calzon corto en las orillas del Ganges.

A las tres alcanzamos nuestro carruage que nos estaba esperando con el cochero con una inmovilidad y una paciencia admirable, nos colocamos en él con nuestro sacristan delante y caminamos hácia la ermita de la Magdalena. Despues de media hora de camino, poco mas ó menos, paróse el carruage y tomamos un atajo.

Al salir de Friburgo hacia un tiempo magnífico, lo cual no habia impedido que el mo-

nacillo de San Nicolás se hubiese armado de un enorme paraguas, que por la prediceccion que le mostraba, parecia ser el compañero ordinario de sus espediciones: era un criado muy servicial, vestido de percal azul, con algunos remiendos de lienzo gris, y cuando lo llevaba desplegado, tenia siete ú ocho pies de diámetro; ¡venerable paraguas-padre, cuya especie no se encuentra ya mas que en la Bretaña ó en la baja Normandía! Al principio nos habiamos reido de la precaucion de nuestro guia, que vivo y jovial como un suizo-aleman nos habia mirado largo tiempo con inquietud antes de saber lo que provocaba nuestra hilaridad, y que pasando un cuarto de hora, habiendo concluido por acertar la causa esclamó en voz alta: ¡*Ah*! *si, ser por mi paraguas. Ya comprendo.*

Al cabo de diez minutos, cuando comenzábamos á subir con un calor de veinte y cinco grados la escarpada cuesta que conduce á la puerta Bourgillon, recibiendo á plomo sobre nuestras cabezas los rayos del sol, vimos á nuestro guia que desplegaba su mecanismo y que trepaba tranquilamente por una senda lateral á la sombra de aquella especie de máquina de guerra, y abrigado bajo su techo como un Santisimo Sacramento bajo un pálio. Entonces comenzamos á conocer que el afecto que tenia á su compañero de viage no era tan desinteresado como pensamos al principio. Nos paramos siguiendo con envidiosa vista su ascension bajo la sombra móvil que le rodeaba como la atmósfera á la tierra. Asi que llegó á la altura donde nosotros estábamos detúvose á su vez, nos miró un momento con asombro como para preguntaros la causa de haber hecho alto, y viendo despues que nos pasábamos mútuamente unos á otros una botella de kirschenwaser y que nos enjugamos la frente con nuestros pañuelos, dijo hablando á solas cual si respondiese á una cuestion anterior:—¡*Ah*! *si, cha comprendo, teneis por el sol calor.*

Despues siguió su ascension del mismo modo con la misma calma con que habia empezado.

Al llegar al carruage, del mismo modo que un ginete cuida su caballo antes de pensar en sí mismo, dobló cuidadosamente nuestro guia á su querido paraguas, por quien empezaba yo á tener una veneracion casi tan profunda como la suya; arregló simétricamente los pliegues unos sobre otros, y habiéndole pasado por la anilla de laton que lo sujetaba, volvió á colocarle en el ángulo que formaba la banqueta de la carretela, guardándole todas las consideraciones, que segun él le eran tan debidas como á nosotros.

Adivínase que cuando nos volvimos á bajar para caminar á pie los tres cuartos de legua que nos quedaban para llegar á la ermita por una senda de atajo, lo primero que bajó fué el paraguas, y que no empezamos á andar hasta que su propietario estuvo bien seguro de que no habia sufrido el menor detrimento. No dejaba de haber razon para este exámen, pues mientras habiamos andado en la carretela se habia nublado el cielo, y un trueno lejano que retumbaba en el valle se acercaba cada vez mas. Bien pronto cayeron gruesas gotas de agua; mas como estábamos á la mitad del camino, á igual distancia de nuestro carruage que á la del objeto de nuestra escursion, echamos á correr hácia unos árboles detrás de los cuales presumiamos que se hallaba situada la ermita. Al cabo de cincuenta pasos la lluvia caia á torrentes, y á otros tantos teniamos empapada enteramente nuestra ropa en agua Volvimos entonces la cabeza, y descubrimos á nuestro sacristan tranquilamente cubierto con su paraguas como debajo de un vasto cobertizo. Venia hácia nosotros poniendo la punta de los pies sobre la superficie de las piedras de que estaba sembrado el camino, y que formaban un archipiélago de pequeñas islas en medio de la sábana de agua que cubria todo aquel llano; de modo que cuando se reunió con nosotros no necesitamos mas que una mirada para convencernos que la persona de nuestro guia se habia conservado intacta desde la cabeza á los pies; ni una gota de agua corria de su cabellera, ni manchaba los zapatos lustrados una sola mancha de barro. Al llegar á cuatro pasos de donde nosotros estábamos, detuvóse y se quedó atónito al vernos calados y goteando, tiritando, y como bastase el aspecto del tiempo para pensar cual debiamos estar nosotros, reflexionó un momento, y cual si hablase á solas segun solia, esclamó:—*Ah*! *si, cha entiendo, estar vosotros mojados, esto ser la tempestad.*

¡Bribonzuelo! de buena gana le habriamos ahogado, y aun creo que alguno de nosotros propuso el hacerlo; afortunadamente nos libró de este mal pensamiento el tañido de una campana que se oyó á pocos pasos de nosotros, y que parecia salir de debajo de la tierra. Era la de la ermita, de la que nos hallábamos á algunos pasos. La tempestad habia sido rápida y violenta como una tempestad de montaña, habia cesado la lluvia y el cielo estaba otra vez puro. Sacudimos nuestra ropa, y dejando aquel lugar de abrigo, nos dirigimos hácia la gruta mientras que el sacristan buscaba un sitio aireado donde pudiese secarse su paraguas. Bien pronto nos hallamos delante de la obra mas maravillosa quizás de cuantas ha concluido la paciencia de un hombre desde el principio de los siglos.

En 1760, un labrador de Gruyère, llamado Juan Dupré, resolvió hacerse ermitaño y abrirse él mismo una ermita, cual jamás pudieron creer que pudiese existir los padres del desierto. Despues de haber buscado mucho tiempo un sitio conveniente á su fin, creyó haber hallado en el lugar mismo en donde estábamos una masa de rocas bastante sólida á la vez y fácil de trabajar para poner en obra su proyecto.

Aquella masa cubierta en su cima de tierra vegetal sobre la que se alzan magníficos árboles, presenta al Mediodía una superficie cortada perpendicularmente, y domina á la altura de doscientos pies poco mas ó menos, el valle de Gotteron. Dupré trabajó sobre la roca no solo para abrir en ella una simple gruta, si no para tallar una habitacion completa con todas sus dependencias, imponiéndose ademas por penitencia no alimentarse mas que de pan y agua todo el tiempo que durase su trabajo. Al cabo de veinte años no se hallaba todavía su obra terminada, cuando fué interrumpida por la trágica muerte del pobre anacoreta. Ved aqui como la singularidad del voto, la persistencia con que lo cumplia Dupré, el atrevimiento de aquella escavacion en lo interior de la montaña, atraian á la Magdalena un gran número de visitas; y como de los dos caminos que conducian á ella, el mas corto y pintoresco, el del valle de Gotteron, era este el que siempre preferian los curiosos. Habia un pequeño inconveniente. Llegado al pie de la ermita era necesario atravesar el Sarina; pero Dupré mismo se encargó de vencer aquella dificultad, haciendo construir una barca y dejando el pico por el remo cada vez que algunas personas deseaban visitar la ermita. Un dia una bandada de jóvenes estudiantes vino á su vez á reclamar el auxilio del piadoso barquero, y cuando se hallaban con él en medio del rio, uno de ellos burlándose del terror de otro de sus camaradas, á pesar de las amonestaciones del ermitaño, puso sus pies sobre los dos bordes de la barca, y la imprimió dejándose pesar tan pronto á babor como á estribor, un movimiento tan brusco que la hizo volcar. Los estudiantes que eran jóvenes y vigorosos lograron llegar á la orilla á pesar de la rápida corriente; pero el anciano se ahogó y la ermita quedó sin concluir.

Llegamos, en fin, á la gruta, bajando cuatro ó cinco escalones por una especie de poterna que atraviesa una roca de ocho pies de gruesa. Aquella poterna nos condujo á una terraza tallada en la misma piedra que sobrecarga encima de ella como los diferentes pisos de ciertas casas góticas que avanzan sucesivamente sobre la calle. A la derecha se nos presentó una puerta y entramos por ella. Nos encontramos en la capilla de la ermita, de unos cuarenta pies de largo y treinta de ancho y con veinte de elevacion. Dos veces al año un sacerdote de Friburgo viene á decir alli la misa, y entonces aquella iglesia subteránea, que recuerda las catacumbas donde los cristianos celebraron sus primeros misterios, se llena de gentes de los pueblecillos inmediatos: toda su riqueza consiste en algunos bancos de madera y algunas santas imágenes. A los dos lados del altar hay dos puertas talladas tambien en la roca, la una conduce á la sacristía, cuartito cuadrado de unos diez pies de ancho y otros tantos de alto, y la otra al campanario. Este campanario estraordinario cuya modesta pretension enteramente opuesta á la de sus compañeros, no ha sido jamas la de levantarse sobre el nivel de la tierra, si no la de llegar á su superficie, se parece desde lo alto á un pozo y desde abajo á una chimenea: su campana está colgada en medio de los árboles que coronan la cumbre del monte, á cuatro ó cinco pies sobre la tierra, y el tubo por donde pasa la cuerda con que se toca tiene setenta pies de largo. Volviendo á entrar en la capilla y casi en frente del altar, se halla una puerta que conduce á un cuarto: en este cuarto, hay una escalera de diez y ocho escalones, que sirve para bajar á un jardinito; desde aquel cuarto se pasa á una leñera, y desde la leñera á la cocina.

A pesar de la abstinencia á que se habia condenado el digno anacoreta, no habia descuidado esta parte de casa tan necesaria á los individuos de la especie á que pertenecia, y parece que por una predileccion bien desinteresada, fué una de las partes mas cuidadas de la ermita. Cuando entramos en ella, pudimos por un momento creernos en una de aquellas grutas que pinta en las montañas de Escocia el genio de Walter Scott y que poblaba una bruja desgreñada con un hijo idiota. En efecto, debajo de la espaciosa campana de la chimenea, cuyo humo salia por un conducto de ochenta y ocho pies de alto, perpendicularmente horadado en la roca, hallábase sentada una vieja mondando unas legumbres que esperaba ya con la boca abierta una olla *hirviendo*, mientras que enfrente de ella un moceton de veinte y seis años sentado sobre una piedra, estendia sus pies sin cuidarse de que los metia en un mar de agua, que la tempestad habia vertido por la chimenea, preocupado únicamente por ver si habia algo que poder comer en los desperdicios que tiraba su madre y que él examinaba con la tímida glotonería de un mono. Nos detuvimos un momento á la puerta para contemplar aquella escena, alumbrada solamente por el rojizo reflejo del fuego del hogar, en él chispeaba un pino entero cortado verde con ramas y hojas, que ardia desde la raiz hasta la punta; era preciso tener el pincel de Rembrandt para trasladar al lienzo aquel estraño cuadro con su ardiente colorido y su pintoresca espresion, él solo podria hacer comprender su poesía, y él solo hubiera sabido copiar aquella luz viva y resinosa, reflejándose entera en la arrugada cara de la vieja, jugueteando en los plateados rizos de sus cabellos, mientras que hiriendo solo de perfil la cabeza del mancebo dejaba la mitad oscura, y cubierta de resplandor la otra mitad.

Habíamos entrado sin que nos sintieran, pero á un movimiento que hicimos, la madre alzó los ojos sobre nosotros, y aislando su mirada deslumbrada por el centro mismo de luz ante el cual se hallaba, puso una mano sobre

sus ojos á modo de pantalla, y nos vió de pié, y arrimados á la puerta; alargó el pié hácia su hijo, y empujándole bruscamente le sacó de la ocupacion que le absorbia. Presumo que le dijo en mal aleman, que nos enseñase la ermita, pues el jóven tomó del fogon una tea de pino inflamada, y se levantó con una languidez enfermiza. Quedó un instante de pie en medio de aquel charco casi compacto por la reunion del ollin y la ceniza que el agua al caer habia arrastrado consigo; despues nos miró con un aire estúpido, bostezó, estendió los brazos y se vino á nosotros. Nos dirigió algunos sonidos guturales é ininteligibles que no pertenecian á ningun idioma humano, pero como estendia el brazo donde tenia la tea del lado de los otros cuartos, comprendimos que nos invitaba á visitarlos; le seguimos. Nos condujo hácia un corredor de ochenta pies de largo y catorce de ancho, del que no pudimos comprender el uso. Este corredor estaba alumbrado por cuatro ventanas talladas á modo de troneras, mas ó menos macizas, segun el grueso esterior de la roca. El idiota acercó la antorcha á la puerta y nos la mostró con el dedo sin otra esplicacion que las sílabas: ¡Heu! ¡heu! que repetia cada vez que nos queria indicar alguna cosa trazada con lapiz casi borrado. Encontramos con mucha pena formas de letras; sin embargo, pudimos leer el nombre de María Luisa, la hija de los Césares de Alemania, que en aquella época, muger del emperador y madre del rey, habia visitado esta ermita en 1813 y habia escrito su nombre, casi borrado hoy dia en la historia como lo estaba sobre la puerta.

Pasamos desde aquel corredor al cuarto del ermitaño, que compone la última pieza de aquel bizarro aposento. Su cama de madera, sobre la cual hay tendido un colchon y una manta, sirve hoy de alcoba á la anciana, y enfrente de aquel lecho algunos haces de paja estendidos sobre el húmedo pavimento, insuficiente para un caballo en una cuadra y para el nicho de un perro, sirven de cama al idiota. Allí es donde pasan estos desgraciados su vida, no viviendo mas que de la limosna que les dan los curiosos que van á visitar su estraña habitacion.

La profundidad de la abertura que hizo el ermitaño en la roca es de trescientos sesenta y cinco pies; se paró en esta cifra en memoria de los dias que tiene el año. La bóveda tiene por todas partes catorce pies de altura.

Al volver por el cuarto contiguo á la capilla bajamos los diez y ocho peldaños de la escalera que nos condujo al jardin, donde crecen algunas legumbres miserables que cultiva el jóven que nos servia de guia. Un gesto demostrativo acompañado de su sílaba habitual: ¡heu! ¡heu! nos hizo volver la cabeza hácia una escavacion de la roca; es la entrada de una fuente de escelente agua que llaman la *Cueva del ermitaño*.

Habíamos visto en todos sus detalles aquella singular construccion. Mientras la visitamos, el tiempo se habia aclarado; vimos que lo mejor que podíamos hacer, era subir en el carruage y tomar el camino de Berna. Atravesamos la poterna, nos pusimos á buscar nuestro guia, muy preocupados por los primeros síntomas de un hambre que prometia hacerse voraz. Encontramos á nuestro sacristan de San Nicolás sentado á la sombra de un árbol con una piedra delante sobre la cual se veian los restos de un almuerzo. El tunante acababa de almorzar maravillosamente, segun pudimos juzgar por los huesos de pollo de que estaba sembrada la tierra á su alrededor y por una calabaza, que colocada sin tapon al lado de su paraguas atestiguaba haberse vaciado en un vaso mas elástico y de mas capacidad; en cuanto á nuestro hombre tenia los ojos levantados al cielo como dando gracias al Criador, como criatura que era, por todos los dones que de él habia recibido.

La vista de esto nos atormentó horriblemente el estómago.

Le preguntamos si no habria medio de procurarse en los alrededores algun comestible del género de aquellos que acababa de absorber. Nos hizo repetir varias veces nuestra frase; por fin, despues de haber reflexionado un instante nos dijo con aquella tranquila perspicacia que formaba el fondo de su carácter:—Si hambre tener, comprender yo, es el ejercicio.

Despues se levantó sin contestar de otro modo á nuestra pregunta, cerró su navaja, metió la calabaza en su bolsillo, recogió el paraguas y se encaminó hácia el sitio donde nos aguardaba el carruage, tan flemáticamente como si á su estómago lleno no le siguiesen dos estómagos vacíos.

Cuando ya nos hubimos unido á nuestro cochero nos consultamos para arreglar nuestras cuentas con el guia; se decidió que le daríamos un thaler (seis francos de nuestra moneda segun creo), por el medio dia que nos habia consagrado; saqué de mi bolsillo un thaler y se lo puse en la mano. Nuestro sacristan tomó la pieza y la volvió alternativamente de sus dos caras, examinó su grueso, á fin de asegurarse bien de que no estaba ni gastada ni borrosa, la metió en su bolsillo y tendió de nuevo la mano. Esta vez yo se la tomé con mucha cordialidad, y apretándosela con toda mi fuerza le dije en el mejor aleman que pude: *Gut reis mein freund.* El pobre diablo hizo un gesto de endemoniado, y mientras que despegaba ayudado con su mano izquierda los dedos de la mano derecha, murmurando algunas palabras que no pudimos comprender, subimos en el carruage. Al cabo de un cuarto de legua se nos vino á la imaginacion una idea, y fué la de preguntar á nuestro cochero si habia entendido lo que habia dicho nuestro guia.

—Sí, señores, nos contestó.

—¿Y bien?

—Ha dicho que un thaler es poca cosa para un hombre que como él habia soportado en un solo dia el calor, el hambre y la lluvia.

Ya se adivina cuál fué la impresion que debió hacer tal reconvencion á unos hombres tostados por el sol, mojados hasta los huesos y muertos de inanicion. Asi es que nos quedamos en la insensibilidad mas completa; solamente la traduccion de aquellas palabras nos llevó naturalmente á preguntar á nuestro cochero si habria alguna posada en el camino que debíamos recorrer hasta llegar á Berna. Su respuesta fué desesperante.

Dos horas despues, se paró y nos preguntó si queríamos visitar el campo de batalla de Laupen.

—¿Hay alguna posada en el campo de batalla de Laupen?

—No señor, es una gran llanura donde Rodolfo de Erlac, á la cabeza del pueblo, venció á los nobles el año 1339....

—Bien, muy bien; ¿y cuántas leguas hay aun hasta Berna?

—Cinco.

—Un thaler de *trinckgeld*, si llegamos en dos horas.

El cochero puso su caballo á galope con un ardor que la noche no logró menguar, y hora y media despues, desde lo alto de las montañas de Bumplitz, vimos esparcidas por el llano y brillando como gusanos de luz sobre el césped las luces de la capital del canton bernés.

Al cabo de diez minutos, nuestro carruage se paraba en el patio de la fonda del Alcon.

—

LOS OSOS DE BERNA.

Una zambra producida por muchos centenares de voces, nos despertó al dia siguiente al amanecer, nos asomamos á la ventana: se celebraba el mercado delante de la posada.

El mal humor que nos habia causado el despertar tan de madrugada, se disipó pronto á la vista del hermoso y pintoresco cuadro de aquella plaza pública, llena de cazadores y labradores con sus trages nacionales.

Una de las cosas que mas me habian desilusionado en Suiza, era la invasion de nuestras modas, no solamente en las clases de la sociedad, las primeras siempre en abandonar las costumbres de sus antepasados, sino tambien en el pueblo, conservador religioso de las tradiciones paternales. Me hallé bien indemnizado de mi retardo por la casualidad que reunia ante mis ojos y con toda su coquetería á las mas lindas paisanas de los cantones vecinos de Berna. Allí estaba la Vaudesa con sus cabellos cortos cubiertos por un ancho sombrero de paja punteagudo, que cubre sus sonrosadas megillas; la muger de Friburgo que rodea tres veces con las trenzas de sus cabellos la desnuda cabeza, con lo que forma su único peinado; la Vallesana que viene por el monte Gemmi, con su sombrerito á lo marquesa, bordado de terciopelo negro, del que cuelga hasta sobre sus espaldas, una ancha cinta bordada de oro; en fin, en medio de ellas es la mas graciosa de todas, la Bernesa con su gorrito de paja amarilla, cargado de flores como un canastillo, colocado coquetamente de medio lado sobre la cabeza, de donde se escapan por detras dos largas trenzas de cabellos rubios; su lazo de terciopelo negro en el cuello, su camisa, de anchas mangas con pliegues, y su corpiño bordado de plata.

Berna, tan grave, tan triste; Berna la antigua ciudad, parecia que aquel dia se habia puesto tambien sus joyas y vestidos de fiesta y derramaba por las calles á sus mugeres, cual suele una coqueta derramar sobre su vestido de baile sus flores naturales. Sus arcos sombríos y abovedados que se adelantan sobre la planta baja de sus casas, estaban animados por una muchedumbre ligera y alegre, destacándose por los colores vivos de sus ropas sobre la media tinta de sus ennegrecidas piedras; despues grupos de jóvenes con gorros de cuero en sus grandes y rubias cabezas, y con una especie de blusas azules llenas de pliegues en las caderas, verdaderos estandartes de Alemania, que hacian á uno creerse á veinte pasos de Leipsick ó de Iena, hablaban inmóviles, ó paseaban de dos en dos con la pipa de espuma de mar en la boca, y colgada de la cintura la bolsa del tabaco adornada de la cruz federal. Nosotros gritamos *bravo* desde nuestras ventanas, palmoteando como lo hubiéramos hecho en un teatro al levantarse el telon y ver una hermosa decoracion en escena. Despues, encendiendo nuestros cigarros en prueba de fraternidad, nos fuímos derechos hácia dos de aquellos jóvenes para preguntarles el camino de la catedral.

En lugar de enseñárnoslo con la mano, como hubiera hecho un parisiense ocupado, uno de ellos nos respondió en francés, pero con un ligero acento tudesco: «Por ahí» y haciendo aligerar el paso á su compañero, se puso á andar delante de nosotros.

Al cabo de cincuenta pasos nos paramos enfrente de uno de esos antiguos relojes complicados, á cuyos adornos consagraba á veces toda su vida un artífice del siglo XV. Nuestro guia se sonrió.—¿Quereis esperaros? nos dijo. Van á dar las ocho.

En efecto, en aquel mismo instante, el gallo que estaba encima del campanario sacudió las alas, y cantó tres veces con su voz automática. A aquella llamada salieron los cuatro

evangelistas uno por uno de su nicho, y cada cual tocó un cuarto de hora con el martillo que tenia en la mano; despues mientras sonaba la hora y al mismo tiempo que vibraba el primer golpe, se abrió una puertecita colocada debajo del cuadrante, y comenzó á desfilar una estraña procesion, dando vuelta en semicírculo en derredor de la base del monumento, y entró por una puerta paralela, que se cerró al dar la última campanada y al entrar el último personage que terminaba la comitiva.

Nosotros habiamos observado ya la especie de veneracion que profesan á los osos los berneses: al entrar la tarde antes en la ciudad por la puerta de Friburgo habiamos visto destacarse entre la sombra las estátuas colosales de dos de aquellos animales, colocados como lo están los caballos domados por esclavos que se ven á la entrada del jardin de las Tullerías por la plaza de la Concordia. En el tránsito de cincuenta pasos que dimos para llegar al relój, dejamos á nuestra izquierda una fuente que tenia un oso encima con una bandera en la mano, cubierto con la armadura de un caballero, marchando en dos pies con un osito en los pies vestido de page, y comiéndose un racimo de uvas ayudado de los pies delanteros. Habiamos pasado por la plaza de Greniers y observado sobre el frontispicio esculpido del monumento dos osos sosteniendo las armas de la ciudad, como dos unicornios el blason feudal: ademas uno de ellos derramaba con un cuerno de la abundancia los tesoros del comercio á un grupo de doncellas que se apresuraban á recogerlos, mientras que el otro alargaba graciosamente la pata á un guerrero vestido de romano del tiempo de Luis XV. Esta vez acabábamos de ver salir de un reloj una procesion de osos, unos tocando el clarinete, otros el violin, este el contrabajo, aquel la trompa, y detras de estos otros con espada al costado y fusil al hombro marchando, graves y bien alineados, con bandera desplegada y sus cabos y sargentos. Preciso es confesar que teniamos con que divertirnos, y asi estábamos llenos de alegria. Nuestros berneses acostumbrados á este espectáculo, se reian de vernos reir, y lejos de incomodarse parecian alegrarse de nuestro buen humor. Al fin les preguntamos en un momento de despique á que venia aquella continua reproduccion de unos animales que por su especie y por su forma no habian pasado hasta entonces por modelos de gracia ó de finura, y si tenia la ciudad motivo para quererlos mas que por sus pieles y carnes.

Nos respondieron que los osos eran los patronos de la ciudad.

Me acordé entonces de que en el calendario suizo habia efectivamente un San Oso; pero yo siempre lo habia conocido por pertenecer por su forma á la especie de los bípedos, aunque por su nombre pareciese aproximarse mas á la de los cuadrúpedos. Ademas era el patron de Soleure y no de Berna. Hice ésta observacion urbanamente á mis guias.

Nos respondieron que por la poca costumbre de hablar en francés, nos habian respondido que los osos eran los patronos de Berna, que no eran mas que los padrinos; pero en cuanto á este título tenian un derecho incontestable, pues que de ellos habia recibido Berna su nombre. En efecto, *Bœr* que en aleman se pronuncia *Ben*, quiere decir *oso*. Aquella graciosa chanza se complicaba mas y mas. El que hablaba mejor el francés de los dos que nos acompañaban; viendo que deseábamos la esplicacion, nos ofreció darla mientras nos llevaba á la iglesia. Adivínese cuan agradecido aceptaria la proposicion, yo que siempre ando á caza de tradiciones y leyendas. Esto es lo que nuestro *cicerone* nos contó.

La ciudad de Berna fué fundada en 1191 por Bertoldo V, duque de Zœringen. Concluida apenas, rodeada de murallas y cerrada con puertas, ocupóse en buscar un nombre para la ciudad, con la misma solicitud que una madre busca uno para el hijo que acaba de dar á luz. Desgraciadamente, parece que no era la imaginacion la parte mas brillante del noble señor, por que no pudiendo lograr encontrar lo que buscaba reunió en un gran banquete á toda la nobleza de las cercanias. La comida duró tres dias, al cabo de los cuales nada de positivo se habia determinado para el bautismo del niño, cuando uno de los convidados propuso, para acabar de una vez, que al dia siguiente se hiciese una gran cacería en los montes circunvecinos, y que se diese á la ciudad el nombre del primer animal que se matase. Esta proposicion fué aprobada por aclamacion.

Al amanecer del dia siguiente pusiéronse en camino todos. Al cabo de una hora de caza se oyeron grandes gritos de victoria. Corrieron todos hácia el sitio de donde salian: un arquero del duque acababa de matar á un ciervo.

Bertoldo pareció disgustado de que uno de los suyos hubiese empleado su destreza en un animal de aquella especie. Declaró en consecuencia, que no daria á su buena y fuerte ciudad de guerra el nombre de un animal que es el símbolo de la timidez. Algunos maliciosos pretendieron que el nombre de la víctima ofrecia tambien el símbolo de otra cosa que su señor á propósito olvidaba mencionar, á pesar de ser la que mas repugnancia le inspiraba. Bertoldo era viejo, y tenia una muger jóven y bonita.

Fué declarado nulo el golpe del arquero y continuó la caza.

Al anochecer los cazadores encontraron un oso.

Vive Dios, que era un animal cuyo nombre de ningun modo podia comprometer, ni el honor de un hombre ni el de una ciudad. El desgraciado animal fué muerto sin misericordia y con su sangre dió el bautismo á la naciente capital. Hoy hay aun á un cuarto de legua

de Berna, cerca de la puerta del cementerio de Muri-Stalden, una piedra que atestigua la autenticidad de esta etimología, con una lacónica y espresiva inscripcion.

Vedla aquí en aleman antiguo.

ERST BAER FAM (1).

Nada habia que replicar contra el testimonio de semejante autoridad. Yo di entero crédito sobre su palabra á la historia de nuestro estudiante, que no es mas que el prefacio de otra mas original aunque vendrá en su lugar.

Durante este tiempo habiamos atravesado una calle y una gran plaza, y nos hallábamos al fin en frente de la catedral. Esta es un edificio gótico de un estilo bastante notable, aun que contrario á las reglas arquitectónicas de la época, pues no ofrece á pesar de su cualidad de iglesia metropolitana, mas que un campanario y no una torre. El campanario está ademas truncado á la altura de ciento noventa y un pies, de manera que se parece á un pilon de azúcar colosal, á quien se hubiese quitado la parte superior. El edificio fué comenzado en 1421, segun los planos de Matías Heins, que obtuvo la preferencia sobre los de su competidor cuyo nombre se ignora. Este último disimuló su resentimiento por tal humillacion, y cuando el edificio llegaba á una elevacion bastante considerable, solicitó un dia de su rival el permiso de acompañarle hasta la plataforma. Matías sin desconfianza le concedió esta demanda con una facilidad que hacia mas honra á su amor propio que á su prudencia: pasó delante, empezó á enseñarle en todos sus detalles los trabajos, que su rival habia pensado dirigir algun dia. Deshaciase éste en tributar pomposos elogios al talento de su compañero, que queriendo probarle que los merecia, le invitó á seguirle á las demas partes del edificio, y le enseñó el camino mas corto, aventurándose, á setenta pies de elevacion sobre una tabla colocada entre dos paredes que formaban un ángulo. En el mismo instante, se oyó un gran grito: el infeliz arquitecto habia sido precipitado.

Nadie fué testigo de la desgracia de Matías si no fué su rival. Este contó haber tenido el dolor de haberle visto caer sin poder socorrerle cuando el peso de su cuerpo habia hecho volcar la tabla que no estaba á plomo sobre dos paredes mal niveladas. Ocho dias despues obtuvo el cargo del difunto, al que hizo levantar una magnífica estátua en el lugar mismo de la caida, lo cual le hizo adquirir en Berna una grande reputacion de modestia.

Entramos en la iglesia, que como todos los templos protestantes, no ofrece en su interior nada notable. Solo hay dos sepulcros á los lados del coro, el uno es del duque Zœringen, fundador de la ciudad, y el otro el de Federico Steiger, que era magistrado de Berna cuando los franceses se apoderaron de ella en 1798.

Al salir de la catedral fuimos á ver el paseo interior, que creo le llaman la Terraza. Está elevada á ciento ocho pies sobre la parte baja de la ciudad: una muralla escarpada de la misma elevacion sostiene las tierras y las preserva de un hundimiento.

Desde aquella terraza se descubre una de las vistas mas bellas del mundo. A sus pies se ven como un tapiz de varios colores los techos de las casas por entre las cuales pasa serpenteando el Aar, rio caprichoso y rápido cuyas azuladas aguas toman su orígen de las neveras del Finster-Aarhorn, y que ciñe por todos lados á Berna, ese castillo fuerte que tiene por puntos avanzados las montañas circunvecinas. En el segundo término se alza el Gürthen, colina de tres ó cuatro mil pies de elevacion, y que sirve de pasage á la vista para llegar á la gran cadena de neveras que cierra el horizonte cual una muralla de diamantes; especie de ceñidor resplandeciente, mas allá del cual parece debe de existir el mundo de las *Mil y una noches*; faja de mil colores que por la mañana y á la luz del sol toma todos los matices del arco iris desde el subido azul hasta el de rosa claro; palacio fantástico que por la noche cuando están sumidos en la oscuridad la ciudad y el llano permanece iluminado algun tiempo aun por los últimos resplandores del dia, espirando lentamente en su cumbre.

Aquella magnífica plataforma, toda plantada de hermosos árboles, es el paseo interior de la ciudad. En los ángulos del paseo hay colocados dos cafés donde se encuentran escelentes helados, y entre estos dos cafés, y enmedio del parapeto de la Terraza, una inscripcion alemana grabada sobre una piedra, recuerda un acontecimiento casi milagroso.—Un caballo fogoso desbocado que montaba un estudiante, se precipitó con su ginete desde lo alto de la plataforma, quedó muerto el caballo, y solo con unas leves contusiones el estudiante. El animal y el hombre habian dado un salto perpendicular de ciento y ocho pies. Ved aqui la traduccion literal de aquella inscripcion.

«Esta piedra fué erigida en honor de la omnipotencia de Dios y para transmitir á la posteridad su recuerdo.—El señor Teobaldo Vëinzœpfli saltó desde aqui abajo con su caballo el dia 25 de mayo de 1654; despues de este accidente sirvió treinta años á la iglesia, en calidad de pastor, y murió muy viejo y en olor de santidad el 25 de mayo de 1694.»

Una pobre muger condenada á galeras, seducida por este antecedente, intentó despues el mismo saltó, para escaparse de los soldados que la perseguian; pero menos feliz que Vëinzœpfli se estrelló sobre el suelo.

Despues de haber echado una última ojeada sobre aquella magnífica vista, nos dirigimos hácia la puerta de abajo á fin de dar la vuelta

(1) Aquí fué cogido el primer oso.

de Berna, por el Atemberg, bonita colina llena de viñedos que se alza á la otra parte del Aar, un poco sobre el nivel de la ciudad. Mientras caminábamos nos enseñaron una pequeña posada gótica que tiene una bota por muestra. Admirará con razon de verla en la puerta de un despacho de vino al conocer la tradicion de esta muestra.

Enrique IV, en 1602, habia enviado á Berna á Bassompierre en calidad de embajador cerca de los trece cantones, para renovar la alianza jurada ya en 1582 por Enrique III y la confederacion. Bassompierre, por la franqueza de su carácter, y la lealtad de sus relaciones, consiguió allanar las dificultades de aquella negociacion y hacer de los suizos aliados y amigos fieles de la Francia. Al tiempo de marchar, y cuando acababa de montar á caballo á la puerta de la posada, vió adelantarse hácia él los trece diputados de los trece cantones, llevando un enorme *widercome* en la mano, y viniendo á ofrecerle el trago de despedida,

Llegados cerca de donde él estaba, lo rodearon, levantaron juntos á un mismo tiempo las trece copas, que contenia cada una el liquido de una botella, y brindando unánimes por la Francia, se las bebieron de un trago. Bassompierre, aturdido de tal atencion, no halló mas que un medio de devolvérsela. Llamó á su criado, hízolo bajar del caballo, mandóle que le sacase la bota, cogiéndola por la espuela, hizo vaciar en aquel vaso improvisado trece botellas de vino; despues empinándolo á su vez para volver el brindis que acababa de recibir: *A la salud*, dijo, DE LOS TRECE CANTONES; y se bebió las trece botellas.

Los suizos encontraron que la Francia estaba dignamente representada.

A cien pasos mas llegamos á la puerta de abajo. Atravesamos el Aar por un puente de piedra bastante hermoso, y despues de media hora nos hallamos en la cumbre del Altemberg. Allí se encontró casi la misma vista que desde la terraza de la catedral, escepto que desde aquel segundo *belveder*, Berna forma el primer término del cuadro.

Muy pronto, aunque magnífico y muy agradable, dejamos aquel paseo. Como no podíamos abrigarnos de los rayos del sol por árbol alguno, hacia un calor sofocante; al otro lado del Aar, por el contrario, veíamos un bosque magnífico cuyas calles estaban llenas de gente que se paseaba. Temíamos al pronto vernos reducidos á volvernos por donde habíamos venido para encontrar el puente que habíamos ya pasado; pero vimos algo mas abajo un barquichuelo con cuyo auxilio se verificaba el paso con gran provecho del barquero, pues nos vimos obligados á aguardar mas de un cuarto de hora para que nos tocase la vez. Este barquero es un antiguo servidor de la república á quien la ciudad ha concedido en recompensa de sus servicios, el privilegio esclusivo del trasporte de los pasageros que quieren atravesar el Aar. Este trasporte se hace mediante una retribucion de dos sueldos, sin que se esceptúen mas que dos clases de la sociedad, que no tienen ninguna relacion entre sí, los soldados y las comadres del pais. Como yo habia hecho algunas preguntas á mi barquero, se creyó con derecho para hacerme tambien á su vez una reconociéndome por francés. Me preguntó si estaba por el rey nuevo ó por el antiguo. Mi respuesta fué tan categórica como su pregunta.—«Ni por el uno ni por el otro;» aludia el barquero á Cárlos X y á Luis Felipe.

Los suizos son en general muy preguntones y muy indiscretos en sus preguntas, pero las hacen con tanta bondad que hacen desaparecer la impertinencia; despues, cuando uno les ha esplicado sus cosas, ellos os cuentan á su vez las suyas con aquellos íntimos detalles que se reservan solo para los amigos de la casa. En una mesa redonda conoce uno á su vecino al cabo de un cuarto de hora como si hubiese vivido con él durante veinte años. Por lo demas, si uno quiere puede no contestar muy fácilmente á estas preguntas, que por lo comun son las que encuentran en el registro de las posadas; el nombre, la profesion, de dónde se viene y á dónde se vá. Este sistema es mucho mas cómodo que el de pedir los pasaportes, pues asi se puede indicar á los amigos que vienen despues del viagero ó que le preceden, el camino que se ha seguido y el tiempo que se permanece en cada punto.

A nosotros nos era lo mismo ir por una parte que por otra, con tal que visitásemos alguna curiosidad nueva; asi seguimos á la demas gente que iba al paseo de Engi, el mas concurrido en los alrededores de la ciudad.—En frente de la puerta de Aarberg habia una gran concurrencia, preguntamos el motivo, nos contestaron lacónicamente: *Los osos.* Nos acercamos á una especie de parapeto en derredor del cual se apoyaban como en la balaustrada de un teatro doscientas ó trescientas personas ocupadas en contemplar las monadas de cuatro monstruosos osos separados en parejas, habitando dos grandes fosos mantenidos con el mayor aseo, y embaldosados como el pavimento del comedor de una casa.

La diversion de los espectadores consistia lo mismo que en París, en tirar manzanas, peras y bollos á los habitantes de aquellos dos fosos; pero esta distraccion se complicaba con una combinacion que indicaré al señor director del Jardin de Plantas para que la adopte para mejor diversion de los aficionados.

La primera pera que ví tirar á los osos berneses se la tragó uno de ellos sin oposicion alguna esterior; pero no asi la segunda. En el mismo instante en que se levantó lentamente á buscarla engolosinado por la primera, salió de un agujero de la pared otro convidado cuya forma no pude conocer por lo estremado de su ligereza, y cogiendo la pera en las

narices mismas del estupefacto oso, se volvió á su madriguera con gran aplauso de la curiosa multitud. Un minuto despues apareció en la boca de la madriguera la cabeza fina de una zorra enseñando sus ojos vivos, y su negro y punteagudo hocico, acechando la ocasion de coger otra presa á costa del amo del palacio, del que la zorra parecia habitar un pabellon.

Aquello me dió ganas de renovar la esperiencia, y compré unos pastelillos, como el mejor manjar para escitar el apetito de los dos antagonistas. La zorra, que sin duda adivinó mi intencion, viéndome llamar á la bollera, fijó en mí sus ojos, y no me perdió de vista. Cuando hube hecho provision de víveres y me los hube colocado en la mano izquierda, tomé con la derecha un pastelillo y se lo enseñé á la zorra: la astuta hizo un ligero movimiento con la cabeza, cual si quisiese decirme: *Pierde cuidado, que te entiendo perfectamente*: y luego se relamió el lábio con la seguridad de un muchacho que está bastante seguro de conseguir su objeto para saborearlo de antemano. Sin embargo, contaba con darle una ocupacion mas difícil que la primera. El oso por su parte habia visto mis preparativos con cierto aire de inteligencia, y se columpiaba sentado sobre sus cuartos traseros graciosamente, con los ojos fijos, la boca abierta y las patas delanteras estendidas hácia mí. Durante este tiempo la zorra habia salido del todo de su madriguera, arrastrándose como un gato, y entonces me apercibí de que no habia sido su ligereza la única razon de no haberla conocido la primera vez de su salida, y era otra causa accidental. El pobre animal no tenia cola.

Tiré el pastelillo; el oso lo siguió con la vista, dejándose caer en cuatro pies para ir á buscarlo, pero al primer paso que dió, se lanzó de un brinco la zorra por encima de su espalda, tan bien calculado, que dió con el hocico sobre el pastelillo, y dando un gran rodeo, describió una curva para volverse á su madriguera. El oso enfurecido, aplicando á su venganza cuanto sabia de geometría, tomó la línea recta con una viveza de que nunca lo hubiera creido capaz: la zorra y él llegaron casi al mismo tiempo á la madriguera; pero la zorra llevaba la delantera, y los dientes del oso crujieron al cerrarse delante del agujero en el momento mismo en que acababa de desaparecer la ladrona. Entonces comprendí por qué la pobre diablo no tenia cola.

Repetí muchas veces esta esperiencia con gran satisfaccion de los curiosos y de la zorra, que de cada cuatro pastelillos atrapaba dos siempre.

Los osos que habitan el segundo foso son mucho mas jóvenes y mas pequeños. Pregunté la causa y supe que eran los sucesores de los otros, y que á su muerte debian heredar su lugar y su riqueza. Esto exige una esplicacion.

Hemos dicho como despues de su fundacion por el duque Zœringen habia recibido Berna su nombre, la parte que habia tomado en su bautismo el género animal. Desde aquel tiempo fueron los osos las armas de la ciudad, y se resolvió no solamente colocar su efigie en el blason, en las fuentes, en los relojes y en todos los demas monumentos, sino tambien proporcionarse osos vivos que serian alimentados y alojados á costa de los habitantes. Esto no era dificil, no habia mas que alargar la mano á la montaña y escoger. Cogiéronse dos osos pequeñitos, y traidos á Berna, fueron muy pronto un objeto de idolatría para sus habitantes por su gracia y gentileza.

Por esta época una vieja solterona muy rica que en los últimos años de su vida habia manifestado una particular aficion á estos amables animalitos, murió sin dejar mas herederos que algunos parientes bastante lejanos. Abrióse su testamento con las formalidades de estilo en presencia de todos los interesados. Dejaba setenta mil libras de renta á los osos, y mil escudos dados por una sola vez al hospital de Berna para fundar una cama en favor de los miembros de su familia. Los presuntos herederos atacaron el testamento á pretesto de que habia habido coaccion: se nombró de oficio á los herederos señalados un abogado, que como era un hombre de gran talento probó la inocencia de los desgraciados cuadrúpedos á quienes se queria despojar de su herencia, que fué públicamente reconocida, y el testamento declarado válido y bueno y los legatarios fueron autorizados para entrar inmediatamente á la posesion de su legado.

La cosa era fácil, la fortuna de la testadora consistia en metálico contante. Entraron en el tesoro de Berna un millon y doscientos mil francos que formaban el capital, siendo el tesoro responsable de aquella cantidad por disposicion del gobierno y debiendo pagar los intereses á los apoderados de los herederos, que eran considerados como menores. Adivínase que hubo un gran cambio, y se mejoró el tren de casa de los herederos. Sus tutores tuvieron coche y casa propia, dando en nombre de los pupilos banquetes suntuosos y lucidos bailes. En cuanto á ellos personalmente el guarda tomó el título de ayuda de cámara, y no los pegó mas que con un junquito con puño de oro.

¡Desgraciadamente nada es estable en las cosas humanas! Apenas habian gozado de aquella comodidad desconocida á su especie algunas generaciones de osos, cuando estalló la revolucion francesa. La historia de nuestros héroes no se halla ligada tan íntimamente con aquella gran catástrofe que debamos remontarnos á las causas que la produjeron ó los resultados que de ella se derivaron; por tanto, no nos cuidaremos mas que de los acontecimientos en que representaron un papel los osos.

La Suiza estaba demasiado cerca de la

Francia para no sentir alguna oscilacion del gran terremoto con que trastornaba al mundo el volcan revolucionario; sin embargo, quiso resistir aquella lava militar que surcó la Europa. El canton de Vaud se declaró independiente: Berna reunió sus tropas; victoriosa primero en el encuentro de Neueneck fué vencida despues en los combates de Strambrunn y de Grauholz, y los vencedores mandados por los generales Brum y Schaunbourg hicieron su entrada triunfante en la capital. Tres dias despues hizo su salida el tesorero bernés.

Once mulos cargados de oro tomaron el camino de Paris; dos de ellos llevaban la fortuna de los infelices osos, que moderadísimos en sus opiniones, fueron comprendidos en la lista de los aristócratas y tratados en consecuencia como tales. Bien les quedaba la casa que habian hecho á costa suya sus apoderados y que los franceses no se habian podido llevar, pero aquellos justificaban su título de propiedad, de modo que el último resto de su pasada opulencia fué arrastrado tambien en el naufragio de su fortuna.

Aquellos animales dieron entonces un grande ejemplo de filosofía á los hombres mostrándose tan magnánimos en la desgracia como humildes habian sido en la prosperidad, y asi respetados por todos los partidos atravesaron los cinco años de revolucion que agitaron á Suiza desde 1798 hasta 1803.

La Suiza habia abatido sus montañas bajo la mano de Bonaparte, cual el Océano sus olas á la voz de Dios. El primer cónsul la recompensó proclamando el acta de mediacion: y los diez y nueve cantones respiraron abrigados bajo el ala que la Francia estendia sobre ellos.

Apenas Berna estuvo tranquila se apresuró á reparar las pérdidas que habian tenido sus ciudadanos. Entonces fué pedir unos un empleo al gobierno; otros reclamar del erario los indemnizase, y algunos solicitar una recompensa nacional. Solamente aquellos que tenian mas derecho que nadie para obtenerlo todo, desdeñaron toda gestion, esperaron con el silencio del derecho que les asistía que la república se acordase de ellos.

La república justificó su divisa sublime, *uno para todos, todos para uno*. Abrióse una suscricion en favor de los osos: produjo setenta mil francos: con esta cantidad tan módica en comparacion de la que antes poseian, compróles el consejo de la ciudad un terreno que producia mil libras de renta. Los desgraciados animales despues de haber sido millonarios ya no eran mas que electores. El derecho electoral está fijado en Ginebra en nueve francos y lo mismo en Berna, segun creo.

Aun esta pequeña fortuna se encontró bien pronto reducida á la mitad motivada por un nuevo accidente, pero que esta vez estaba lejos de toda conmocion política. El foso que habitaban los osos estaba antes dentro de la ciudad y tocando el muro de la prision. Una noche, un preso condenado á muerte, pudo procurarse un punzon de hierro, se puso á hacer un agujero en la muralla: despues de dos ó tres horas de trabajo, creyo oir que del lado opuesto del muro trabajaban tambien, ó cosa parecida; esto le dió nuevos brios. Pensó que un desgraciado prisionero como él habitaba el calabozo contiguo y esperó que una vez reunido á él, la huida le seria mucho mas fácil estando dividido el trabajo. Esta esperanza crecia á medida que el trabajo adelantaba; el trabajador oculto obraba con una energía que parecia hacerle olvidar toda precaucion ; las piedras desprendidas por él rodaban estrepitosamente; su respiracion se oia con fuerza. El condenado no sintió mas que la necesidad de redoblar sus esfuerzos , pues la imprudencia de su compañero podia de un momento á otro descubrir su fuga. Afortunadamente quedaba poca cosa que hacer para que el muro se abriese. Una piedra gruesa solamente resistia aun á todos sus ataques. De repente la sintió mover; cinco minutos despues rodaba del lado opuesto. La frescura del aire esterior penetró hasta él; y vió que el socorro inesperado que habia recibido venia de la parte de afuera, y no queriendo perder tiempo, pensó pasar por el estrecho abierto que acababan de ofrecerle de una manera tan inesperada. A la mitad del camino encontró uno de los osos que hacia por su lado todos los esfuerzos posibles para penetrar en el calabozo. Habia oido el ruido que hacia el preso en el interior de la prision, y por un instinto de destruccion natural en estos animales, se puso á secundarle lo mejor posible.

El condenado se encontró entre dos peligros : ser ahorcado ó devorado: el primero era seguro, el segundo era probable : escogió el segundo que le salió bien. El oso intimidado por el poder que ejerce siempre el hombre, aun sobre los animales mas feroces , le dejó huir sin hacerle daño.

A la mañana siguiente el carcelero al entrar en la prision, encontró una estraña sustitucion de persona, y el oso estaba acostado sobre la paja del prisionero.

El carcelero huyó sin tomar la precaucion de cerrar la puerta; el oso le siguió gravemente, y encontrando todas las puertas abiertas llegó á la calle y se encaminó lentamente hácia la plaza del mercado de verduras. Se puede adivinar el efecto que produjo en la muchedumbre de vendedores el aspecto de este nuevo parroquiano. En un instante, la plaza se encontró desierta ; pronto el recien venido pudo escoger entre las frutas y legumbres esparcidas las que eran mas de su agrado. No fué culpa suya , y en lugar de emplear su tiempo en ganar la montaña, donde probablemente nadie le hubiese impedido llegar, se puso á regalarse á su gusto con las peras, y manzanas , fruta á la cual todo el mundo sabe

tienen estos animales la mas grande aficion. Su golosina le perdió.

Dos albéitares, cuyas tiendas daban á la plaza, encontraron un medio para hacer volver al fugitivo á su foso.

Hicieron calentar hasta hacer ascuas dos grandes tenazas, y acercándose al merodeador cada uno por su lado, le hicieron presa vigorosamente por las orejas, cuando se refocilaba mas en su banquete. El oso conoció desde luego que estaba cogido, y por lo mismo no hizo resistencia alguna, sino que siguió humildemente á sus conductores, sin protestar contra la ilegalidad de los medios que se habian empleado para su captura, mas que con algunos gritos lastimeros.

Sin embargo, como se pensó que podria repetirse semejante accidente, que no siempre podria tener un desenlace tan pacífico, resolvió el consejo de Berna que los osos fuesen trasportados fuera de la ciudad, y que se les construyesen dos fosos en las murallas.

Estos son los fosos que habitan hoy, cuya construccion ha venido á reducir á la mitad su capital, pues que costó treinta mil francos, y para proporcionarse esta cantidad, fué necesario que dejasen una inscripcion de hipoteca especial sobre sus bienes.

Asi que hube apuntado en mi album todos estos detalles, proseguimos nuestro camino para acabar nuestras visitas por los alrededores de Berna. Teniamos á la vista una magnífica alameda, y la seguimos como hacia toda la demas gente. Al cabo de una hora pasamos el rio en una lancha y nos hallamos en el Reichenbach, entre un alegre y ruidoso ventorrillo suizo, y el viejo y monotono castillo de Rodolfo de Erlac: el uno nos ofrecia un buen desayuno, el otro un gran recuerdo; el hambre obtuvo la preferencia sobre la poesia: entramos en el ventorrillo.

Para los aficionados al wals y á la berza ácida, no hay cosa mas admirable que una taberna alemana. Desgraciadamente, yo no podia gozar mas que de uno de aquellos placeres.

Asi que hube concluido de almorzar muy medianamente, me lancé en medio de la sala del baile, ofreciendo mi mano á la primera paisana que hallé cerca, que aceptó sin cumplimiento, á pesar de que yo llevaba guantes, lujo desconocido en aquella alegre reunion. Empecé á bailar aprovechando el primer compás de un balanceado rápido wals, cual si mis estudios todos hubiesen sido dirigidos á este arte. Verdad es que debe decirse que secundaba admirablemente la orquesta, aunque compuesta enteramente de músicos de aldea, que no sé qué instrumentos tocaban aunque debo decir que no he oido jamás en Paris una orquesta tan adecuada á aquel baile.

Terminado el wals pedí á mi pareja en aleman muy inteligible que me permitiese darla un beso; es una de las frases de aquel idioma cuya construccion y acento se me han quedado mas grabados en la memoria; la amable jóven me lo concedió con mucha gracia. En seguida fuimos á visitar el castillo Reichenbach. Hay sobre él una tradicion medio histórica, medio poética, como todas las tradiciones suizas. Alli descansaba en los últimos dias de su vida tan útil á la patria, tan honrado de sus conciudadanos, el viejo Rodoldo de Erlac de sus trabajos guerreros. Un dia vino á visitarle su yerno Rudenz, como tenia de costumbre; se trabó una discusion entre el viejo y el jóven sobre la dote que el primero debia de pagar al segundo. Rudenz se encolerizó, se arrebató, tomó la espada del vencedor de Laupen que estaba sobre la chimenea, hirió al infeliz viejo que espiró del golpe y se escapó. Pero los dos perros de Rodolfo, que estaban atados á cada uno de los lados de la puerta, rompieron sus cadenas, persiguieron al fugitivo por las montañas, y no volvieron sino cubiertos de sangre dos horas despues. Nunca volvió á verse mas á Rudenz.

El jóven que nos contó esta anécdota se volvia á Berna; nos propuso hacer el viage con él: nosotros aceptamos. Por el camino le dijimos lo que habiamos visto y nos informamos si nos quedaba algo mas que ver. Nos dijo que habiamos visitado lo mas pintoresco de la ciudad; con todo, nos propuso dar una vuelta y entrar en Berna por la torre de Goliat.

Llámase la torre de Goliat, porque sirve de nicho á una estátua colosal de San Cristóbal.

Esta denominacion no parecerá muy consecuente al lector, como tampoco me lo pareció á mí, por lo que voy á esplicar inmediatamente la analogía que existe entre el guerrero filisteo y el pacífico israelita.

Hácia fines del siglo XV, un señor rico y religioso, hizo donacion á la catedral de Berna, de una considerable cantidad que debia emplearse en la compra de vasos sagrados. Ejecutóse exactamente esta disposicion testamentaria y se compró una magnífica custodia que se encerró en el tabernáculo. Poseedores de aquella nueva riqueza redoblaron su vigilancia los dependientes de la iglesia, y discurrieron los medios de ponerla á cubierto de todo accidente. Colocar á un hombre por custodio en el santuario, no era posible: buscóse en la milicia celestial el santo que diese mas garantías de vigilancia y decision. Despues de una ligera discusion, San Cristóbal que habia llevado en hombros á Nuestro Señor, y cuya gigantesca talla demostraba grande fuerza, obtuvo la preferencia sobre San Miguel, á quien miraban como muy jóven para tener la prudencia necesaria para el empleo con que se le queria honrar. Se encargó al escultor mas hábil de Berna modelase la estátua que debian colocar cerca del altar para asustar á los ladrones, como se coloca un espantajo en los campos recien sembrados para asustar á los pájaros. Bajo este supuesto, asi que estuvo concluida la obra,

debió seguramente merecer los votos de todos, y el mismo santo, si Dios le permitió ver desde el cielo el retrato que de él habian hecho en la tierra, debió asombrarse no poco del carácter guerrero que bajo el cincel creador del artista, habia tomado su tranquila y pacífica persona.

En efecto, la santa imágen era de veinte y dos pies de alto, llevaba una alabarda en la mano, una espada al costado, y estaba pintada de azul y rojo de la cabeza á los pies, lo que le daba un aspecto formidable.

Con todas estas probabilidades de cumplir bien su mision, y despues de haberle hecho oir un largo discurso sobre el honor que se le habia concedido, y los deberes que imponia aquel honor, fué instalado el santo con mucha pompa detras del altar mayor sobre el que sobresalia toda su espalda.

Dos meses despues habia sido robada la custodia.

Adivínese cuanta zambra causó en la iglesia este lance, y el descrédito que naturalmente debió de recaer sobre el pobre santo. Los mas exasperados decian que se habia dejado sobornar; los mas moderados, que se habia dejado intimidar; otros mas fanáticos todavia lanzaban con mas furor sus invectivas y estos eran los miguelistas, que habiendo quedado en minoría en la discusion, habian guardado su rencor religioso con toda la fidelidad de un odio político. ¡Bravo! apenas hubo una ó dos voces que se atraviesen á tomar la defensa del infiel guardian. En su consecuencia fué espulsado ignominiosamente del santuario que habia guardado tan mal, y como Berna estaba entonces en guerra con Friburgo, se le encargó de proteger la torre de Lombach que se alzaba fuera de la ciudad delante de la puerta de Friburgo. Hízosele entonces en aquella puerta el nicho que ocupa aun hoy dia y se le colocó en ella cual á un soldado en su garita, con la prevencion de que fuese mas vigilante esta vez que la primera.

Ocho dias despues fué tomada la torre de Lombach.

Esta inaudita conducta trocó en desprecio el descrédito: el desventurado santo fué mirado desde entonces hasta por los hombres mas razonables, no solo como un cobarde, si no tambien como un traidor, y *desbautizado* de comun acuerdo. Se le despojó del nombre respetable que habia comprometido, y para envilecerle con un nombre abominable se le llamó Goliat.

Delante de él, y en actitud amenazadora, hay una linda estatuita de David sosteniendo una honda en la mano.

PRIMERA ESPEDICION EN EL OBERLAND.

EL LAGO DE THUN.

El segundo dia que pasamos en Berna, fué consagrado á visitar la ciudad, materialmente hablando, una escursion investigadora de la víspera habia desflorado todo lo pintoresco y poético.

Despues de la catedral de que hemos hablado, nos quedaban por ver aun en clase de monumentos, la iglesia del Espíritu Santo, el arsenal, la casa de la moneda, los pósitos, el hospital y el palacio del Estado en donde residen los *avoyeres* (magistrados), y los tesoreros. Todas estas construcciones datan de 1718 á 1740, es decir, que todos los itinerarios se las recomiendan á los viageros como construcciones magníficas y que todos los artistas las miran como unas pobres chozas.

A las siete y media de la tarde salimos de Berna, el camino desde allí á Thun es uno de los menos montuosos y mas cómodos de la Suiza. En general, los caminos de los cantones de Vaud, de Friburgo y de Berna, están admirablemente cuidados, y como el gobierno de estos cantones ha sido el primero que ha tenido segun creo, el pensamiento de que los caminos reales no solamente se construyan para los carruages, si no tambien para las gentes que caminan á pie, ha hecho colocar bancos de trecho en trecho, como en un paseo, y junto á ellos una columna truncada sobre la cual pueden dejar su carga los que van con ella á cuestas mientras descansan.

A las dos horas de nuestra salida nos envolvió la noche, pero con esa sombra trasparente que indica la salida de la luna. Estaba invisible, sin embargo todavía, para nosotros. Levantábase entre ella y nosotros la gran familia de neveras, espectros inmóviles y melancólicos que cerraban el horizonte y miraban dormir la llanura; sin embargo, bien pronto se coloraron sus cimas con un ligero reflejo de plata mate que cada vez fué siendo mas vivo. Entonces y directamente, detras de la nevada cabeza del Eiger, apareció un globo de fuego, que se hubiera podido tomar por uno de los fanales de guerra que llamaban á las armas á la antigua Suiza. Bien pronto despues volvió á tomar su forma esférica; pareció descansar ligeramente sobre la estremidad de la punta aguda como el fuego de San Telmo en la punta de un mástil; despues, por último, meciéndose cual un globo aereostático que huye de la tierra, tomó su vuelo lento y silencioso hácia el cielo.

Así proseguimos nuestro camino en medio

de todos los fantásticos encantos de la noche, sin perder de vista ni un instante la muralla de nieve hácia donde avanzábamos, y de la que nos llegaban, aun que estuviésemos cerca de seis leguas distantes de ella, rumores desconocidos y lastimeros producidos por la caida de los aludes y los crujidos de las neveras. De tiempo en tiempo, nos hacia volver la cabeza á derecha é izquierda un zumbido mas cercano; ¡era alguna cascada arrojando á una montaña su cinta de gasa, ó algun bosque de pinos sobre cuyas altas copas soplaba la brisa y que se quejaban las unas á las otras en una lengua que deben comprender los que la habitan. Las cosas al parecer mas inanimadas han recibido de Dios como nosotros, voces para alegrarse ó para llorar, acentos para alabar ó maldecir. Escuchad la tierra en una hermosa noche de verano, escuchad el mar durante una tempestad.

A las diez y media llegamos á Thun, desesperados por que haciendo tan buena noche no teniamos que andar aun cinco ó seis leguas.

Aqui iba á cambiarse nuestro modo de viajar, y los caminos reales iban á ceder su puesto á los lagos y á las montañas. Arreglamos nuestras cuentas con el cochero, que segun dijo, estaba desesperado por dejarnos. Comprendimos que esto queria decir de un modo muy cortés, que le diésemos algo mas para beber, y como era un escelente muchacho, no hubo en ello dificultad. Un cuarto de hora despues volvió á decirnos muy consolado que habia encontrado una señora y un caballero para su retorno á Lausana.

No ofrece Thun nada notable mas que su escuela de artilleria, y como no hubiésemos ido á Suiza para ver disparar cañones, retuve mi asiento para Interlaken en el barco de posta, no porque fuera mas cómodo este medio de trasporte, sino porque esperaba coger al vuelo en el camino alguna tradicion á los pasageros. A la mañana siguiente á las nueve y media partimos.

Embárcase uno á la misma puerta de la posada, y por espacio de diez minutos, poco mas ó menos, se sube por el Aar que desciende de las neveras de Inister-Ahorn, y se precipita en las rocas de Handek desde una altura de trescientos pies, viene despues á alimentar, atravesándolos en toda su anchura, á los dos lagos de Brientz y de Thun, separados uno de otro por la encantadora aldea de Interlaken, cuyo solo nombre indica su posicion.

Despues de estos diez minutos de marcha se entra en el lago.

Inmediatamente se ensancha el horizonte por todas partes, permaneciendo, sin embargo, mas limitado á la izquierda que á la derecha, porque á la izquierda le guarnece en toda su longitud una colina de bosque que desde la distancia á que se ve parece un muro alfombrado de yedra, mientras que por la derecha se prolonga el paisage ofreciendo dos escalones de montañas, las segundas de las cuales parecian mirar por cima de las primeras. De tiempo en tiempo se abre este primer plano y presenta azulada la garganta de un valle que desde las orillas del lago parece tan ancho como un foso de ciudadela, y que á su entrada presenta la abertura de una legua.

La primera ruina que choca á la vista al entrar en el lago es la del castillo de Schadeau, que fué construido á principios del siglo XVII, por un descendiente de la familia de Erlac. Su vista no recuerda á los habitantes ninguna tradicion histórica, al paso que el Stratlingen situado á media legua mas allá, le anonada con sus recuerdos.

El gefe de esta casa, á creer á la crónica de Einigen, no es otro que un Tolomeo, descendiente por su madre de la sangre real de Alejandría, y por su padre de una familia patricia de Roma. Convertido al cristianismo por medio de un milagro, (habia divisado estando de caza una cruz entre los cuernos de un cierbo que iba á matar) tomó en el bautismo el nombre de Theodo-Rick, y huyendo de las persecuciones del emperador Adriano, se presentó en la córte del duque de Borgoña, que estaba entonces en guerra con el rey de Francia. Cuando se hallaron á la vista ambos ejércitos, convínose entre los gefes que un combate singular decidiria la cuestion: el duque de Borgoña nombró por su campeon á Theodo-Rick, fijándose el dia del combate. Pero por la noche vió el mantenedor del rey de Francia en sueños al arcángel San Miguel peleando por su adversario. Dióle tal espanto esta vision, que al despertarse se declaró vencido. El duque de Borgoña, reconocido á Theodo-Rick por una victoria en que de una manera tan visible se habia manifestado la intervencion divina, le dió en recompensa á su hija Demut y el Hübsland, dote que se componia de la Borgoña y del lago Vandálico (1). En la orilla de este lago y en la parte mas pintoresca fué donde el nuevo señor de este hermoso pais hizo edificar el castillo de Stratlingen.

Doscientos años despues de estos sucesos. el señor Arnaldo de Stratlingen, descendiente de Theodo-Rick, fundó en honor de la milagrosa asistencia que San Miguel habia dispensado á su antepasado, la iglesia del Paraiso, que dedicó á este santo. En el momento en que los trabajadores acababan de colocar la última piedra, se oyó una voz que dijo: «Aqui se halla un tesoro tan grande que nadie podrá pagar su valor.» Pusiéronse inmediatamente á buscar este tesoro, y se encontró en el altar mayor una rueda del carro del profeta Elias, y sesenta y siete cabellos de la Vírgen. Habia sido practicada la cavidad en el altar para introducir allí á los enfermos y endemoniados, que los dias de gran fiesta obtuvieron muchas veces su entera curacion.

(1) Lacus Vandálicus,

Despues de muchas revoluciones sucesivas en las demás partes del mundo, la pequeña Borgoña que se hallaba sometida siempre á los señores de la misma raza, fué erigida en reino. Hácia el siglo X reinaba en él, el rey Rodolfo y la reina Berta, cuya silla y sepulcro hemos visto en Payerna; pero las costumbres sencillas y religiosas que les habian inmortalizado, fueron muy pronto reemplazadas por el lujo y la impiedad. La comarca que les estaba sometida, tomó bajo sus sucesores el nombre de *Zur Goldemen Luts* (mansion de oro y de placer), y el castillo de Spietz, que hicieron ellos edificar en las márgenes del lago, el de *Goldner Hof* (córte dorada). En fin, llegaron á tal grado en aquel pequeño reino la licencia y la impiedad, que la misericordia celestial se cansó y fué resuelta su pérdida. En consecuencia, habiendo Ulrico, último señor de esta raza, convidado á su córte el dia de su matrimonio, á un paseo por el lago, Dios suscitó una tempestad, y de un solo golpe de viento hizo zozobrar á toda aquella pequeña flotilla. Por un momento estuvo el lago cubierto de flores y diamantes, despues se lo tragó todo sin que una sola de las personas convidadas á aquella fiesta mortuoria obtuviese gracia delante de su juez.

El mismo dia desaparecieron la rueda del carro y los sesenta y siete cabellos de la Virgen. Desde entonces no se ha vuelto á hablar mas de ello. Una inscripcion grabada sobre la roca indica el sitio del lago que fué testigo de este suceso.

Mientras un pasagero nos referia esta trágica historia, el cielo parecia prepararse para obrar un milagro del mismo género que el que habia estinguido la familia real de los Stratlingen. Habíase oscurecido el dia y las nubes se bajaban gradualmente y nos ocultaban las blancas cimas del Blumlisalp y del Yungfrau, estendiéndose despues sobre la cordillera de montañas que formaba el segundo término del cuadro, truncando sus formas para darlas los mas caprichosos y mas desconocidos aspectos; el Nicsen, sobre todo, magnífica pirámide que se eleva en perfecta proporcion, y á la altura de cinco mil pies, parecia prestarse con suma complacencia á los mas fantásticos juegos de aquellos caprichosos hijos del aire. Primero fué una nube que detenida por su aguda cima, se fijó en ella, y estendiéndose sobre sus anchas espaldas, tomó la ondulante forma de una peluca á lo Luis XIV; despues, ensanchándose en círculo en su estremidad inferior, vino á unirse en su pecho y anudarse en él como una corbata. Por fin, aquella masa trasparente, espesándose y bajando poco á poco, cortó completamente la cabeza del gigante, é hizo de su poderosa base una mesa sobre la cual parecia puesto el mantel para una comida á la que Micromegas hubiese convidado á Gargantua.

Estaba yo muy ocupado en hacer todas estas observaciones, cuando acudió á nosotros desde el valle, mas rápido mil veces que un caballo, una especie de cierzo visible que parecia cortar la tierra. Lo que le hacia tan visible, no era otra cosa que el polvillo nevoso que habia levantado de las cimas de las montañas de donde bajaba. Híceselo notar á nuestro piloto que me respondió con una voz breve, y aun sin volver siquiera hácia él, tan ocupado estaba el timon. «Si, si, bien lo veo, y os respondo que nos va á dar mucho que hacer sino tenemos tiempo de ponernos al abrigo detrás de esas rocas. Vamos, chicos, gritó á los remeros: ¡cuatro brazos á cada remo, y boguemos adelante!» Los barqueros obedecieron al instante, y nuestra pequeña embarcacion tocó ligera la superficie del lago, cual una golondrina que moja la punta de sus alas en el agua.

Al mismo tiempo pasó sobre nosotros la primera ráfaga de viento mensagera de la tempestad que se venia encima, llevándose el sombrero del piloto. Este mostró tanta indiferencia á aquel accidente, que yo creí que no lo habia notado, y le dije alargando el brazo hácia el parage en que flotaba sobre el agua el fieltro, cual un barquichuelo perdido.

—Oid, amigo, qué ¿no veis?

—Si, si, me respondió, siempre sin mirar.

—Pero, ¿y vuestro sombrero?

—La administracion me dará otro. Es un caso previsto ya en la contrata, y á no ser asi no me bastaria mi sueldo. Ya van cinco en este año.

—¡Muy bien! ¡entonces buen viage!

Al mismo tiempo, el sombrero que al parecer hacia agua por el fondo, zozobró y desapareció.

Mientras contemplaba yo el naufragio del pobre sombrero, sentí disminuirse el movimiento de nuestra barca. Volvíme para averiguar la causa, y vi á dos marineros que habian dejado los remos y arrollaban con ligereza el toldo que tenia el barco. Esta maniobra hizo dar grandes gritos á las damas que veian acercarse la lluvia rápidamente y que habian contado con aquel abrigo para resguardarse de ella. El piloto se volvia hácia ellas.

—¿Quereis hacer lo mismo conmigo que con mi sombrero? les dijo....

—No.

—Pues bien: dejadnos maniobrar y estad tranquilos.

En efecto, veíase bien que no tendríamos tiempo de alcanzar el abrigo que las rocas nos ofrecian, aunque no estábamos mas que á cincuenta pasos; el viento nos vencia en ligereza, y nos anunció su aproximacion por los agudos silbidos de sus primeras bocanadas cargadas de nieve. Saltó en aquel momento la barca cual si diese sobre una piedra que un muchacho hace rebotar; nos hallábamos enmedio del huracan; nuestro pequeño océano tomaba la apariencia de tener una borrasca.

Sin embargo, la cosa era mas séria de lo

que á primera vista podia creerse. En el mismo sitio en donde nos hallábamos, se habia hundido en el fondo el último invierno un barco cargado de leña, y los barqueros se habian salvado, subiéndose sobre la pirámide que formaba su cargamento; habian pasado la noche sobre aquella eminencia que á la mañana siguiente se habia encontrado rodeada de témpanos de hielo que la noche habia consolidado al rededor como una isiita polar. Hasta despues de veinte y cuatro horas en esta situacion no vinieron á socorrerlos otros barqueros.

En cuanto á nosotros no teniamos ni aun esta probabilidad de salvacion; nos lo hizo comprender perfectamente el piloto, preguntándome á media voz:—¿Sabeis nadar?—Comprendí perfectamente, y á pretesto de que no temia mas que mi blusa, y no queria esponerme á que se mojase, me desembaracé de la especie de vaina en la que me tenia metido, y estuve pronto á todo evento.

Sin embargo, no tuvimos mas disgusto que el miedo, y nuestro barco llevado por el viento que cogiéndole de través, tenia trazas de quererle volcar, atravesó asi el lago en toda su anchura y abordó sin novedad á la punta de la Nesa, por bajo de la gruta de San Beat.

Al poner el pie en tierra dí gracias á la tempestad, en vez de guardarle rencor; gracias á ella podia hacer una peregrinacion al *Saint-Beaten Hohle*, que de otro modo no hubiera tenido ocasion de visitar. Pagué mi pasage al piloto, manifestándole, que no quedando ya mas que legua y media que andar para llegar á Neuchaus, en donde se encuentran carruages para Interlaken, haria á pie el resto del camino.

La tormenta duró aun media hora casi, hallamos abrigo dentro de una cabaña que hay al pie de la costa. Pasado este tiempo se despejó el cielo, el lago cesó de hervir, y nuestra embarcacion se puso otra vez en camino mientras yo comenzaba mi ascension acompañado de un chiquillo que se brindó á servirme de guia.

Por el camino supe que la gruta que íbamos á visitar habia servido de estancia á San Beat, que vino á establecerse allí en el siglo III. La habia conquistado á un dragon que tenia su residencia en ella, al que ordenó le dejase el sitio libre, lo que el dócil animal hizo al punto. Dice la leyenda que era oriundo de Inglaterra y de un ilustre nacimiento. Antes de haberse convertido y bautizado en Roma en tiempo del emperador Claudio, se llamaba Seutonio: salió de aquella ciudad con su compañero, que tambien se habia mudado su nombre de Achates en el de Justo, á fin de ir a predicar el cristianismo á la Helvecia. Hizo prontamente allí numerosos neófitos, cuyo número aumentó con un milagro. Un dia que unos barqueros se negaron á llevarle á Eineigen á la otra parte del lago en donde le esperaba una gran multitud del pueblo, tendió su capa sobre el agua, y colocándose encima, hizo sobre tan frágil embarcacion las dos leguas que le separaban de la aldea donde era aguardado: desde entonces toda aquella comarca quedó sometida á la palabra del hombre cuya celestial mision se habia manifestado con tal maravilla.

El camino de la gruta es difícil cual si el santo le hubiese escogido aludiendo al del cielo; hállase cortado por multitud de barrancos, contándome mi guia que en uno de ellos que me señaló, llamado por los habitantes la Flocksgraben, se habia caido ya hacia algunos años, de noche, un hombre con su caballo. El infeliz se rompió las dos piernas, y fueron tantos y tales los gritos que dió que se oyeron á la otra parte del lago, una legua de distancia, mientras esperaba auxilio: muriéndose de sed como ordinariamente ocurre siempre en caso de fractura, y no pudiendo menearse del sitio en que habia caido, habia mojado parte de su capa en el arroyo que corria al pie del barranco, chupándola para apagar la sed y refrescar su boca.

Llegamos, sin embargo, sin que nos sucediera nada semejante hasta la abertura de la gruta, ó mas bien de las grutas, por que la caverna tiene dos orificios. De la mas baja de sus dos bóvedas sale el manantial de Beaten-Bach (arroyo de San Beat), que se precipita con estrépito entre las rocas. En la orilla de este arroyo fué donde espiró el santo á los noventa y ocho años de edad: su cráneo fué conservado en la caverna vecina y espuesto hasta 1528 á la veneracion de los fieles, habiendo en aquella época venido dos diputados del gran consejo de la ciudad de Berna, que acababa de adoptar la reforma, á llevarse aquella reliquia, mandándola enterrar en Interlaken. No por eso cesaron los católicos en sus peregrinaciones á la gruta, hasta que se tapió la entrada en 1566, volviéndola á abrir despues. Esta bóveda puede tener unos treinta pies de profundidad y de cuarenta á cuarenta y cinco de ancho.

La gruta del arroyo, aunque menos venerada, es mas curiosa, presentando las arcadas por donde llega el torrente, aunque bajando gradualmente, un camino practicable por espacio de seiscientos ó seiscientos cincuenta pies. No habiamos hecho ninguno de los preparativos necesarios para aventurarnos en aquel abismo, y por otra parte aunque los hubiésemos hecho, la cosa fué bien pronto imposible. En efecto, apenas tuvimos tiempo para visitar la boca de la gruta, cuando me pareció que se aumentaba por momentos gradualmente el ruido que se oia en la profundidad. Híceselo notar á mi pequeño guia, que escuchó con atencion, despues no me dijo mas que estas palabras.—Es la revista de Seefeld, ¡huyamos!—Echó á todo correr. Yo no sabia lo que era la revista de *Séefeld* pero corria con tan buena gana el muchacho, que eché á correr

detras de él sin saber á donde iba ni de lo que huia Se detuvo y me detuve yo. Nos miramos y él se echó á reir.

Creí que el tunante se habia burlado de mí, y acababa de cogerle de una oreja para hacerle ver lo poco que me gustaban semejantes chanzas, cuando estendiendo la mano hácia la caverna me dijo.—¡Mirad!

Dirigí la vista en aquella direccion que me indicaba y presencie un fenómeno cuya esplicacion me pareció fácil. La boca de la gruta se habia llenado casi enteramente por el torrente cuyo volúmen se habia mas que triplicado. El ruido del agua que se agolpaba, era el que habiamos oido, y su aumento era debido al agua de la tormenta que se habia filtrado por las hendiduras de las rocas, y aumentado el manantial; si nos hubiésemos adelantado solamente cien pasos mas en la caverna, no hubiéramos tenido tiempo de huir: en cuanto al nombre de revista *Séefeld*, con el cual se designa este accidente que se renueva á cada tormenta, me esplicó mi guia que se derivaba á un tiempo del nombre del pasto que cubre la cima de la montaña que se llama *Séefeld* y de la semejanza del ruido que hace, con el que harian las descargas de fusileria mezcladas con cañonazos. Me aseguró que esta especie de detonaciones se oian á dos leguas.

Dadas estas esplicaciones, nos despedimos de Beaten-Hohle y nos pusimos en camino para Neuhaus; á donde llegamos sanos y salvos, y donde encontré yo un carruage que mediante la suma de un franco y cincuenta céntimos me llevó á Interlaken. Alli encontré á nuestros demas pasageros, no muy repuestos aun de su miedo, que iban á ponerse á la mesa Faltó uno cuando se pasó lista, aquel pobre diablo se sobrecogió tanto del miedo, que al poner el pie en tierra fué atacado de una calentura, que aun no se le habia quitado cuando volvi cinco dias despues de mi espedicion á la montaña.

SEGUNDA ESPEDICION EN EL OBERLAND.

EL VALLE DE LAUTERBRUNNEN.

Al llegar á Thun, he dicho creo, sin estenderme mas sobre este asunto, que alli es donde comienza el *Oberland*. Unos cuantos renglones sobre la significacion de esta palabra y sobre el pais que designa.

Oberland significa la tierra de arriba. Es para Berna lo que Dieppe para Paris, una romería. Con uno ó dos años de anticipacion se promete en las familias ir á ver las neveras lo mismo que en las calles de San Martin ó de San Dionisio se goza con igual anticipacion con la idea de ir á hacer una visita al mar. La reputacion de este magnífico pais se estiende mucho mas alla de la Suiza. Hay ingleses y franceses que salen de Lóndres y de París solamente para ver el *Oberland* y no otra cosa, y despues de haber hecho una escursion de siete ú ocho dias por las montañas que lo rodean, se tornan á su casa muy convencidos de que han visto todo lo que merece ser visto en la Suiza. Verdad es que si no es la parte mas curiosa, es al menos la mas brillante.

Interlaken se halla por su posicion, y es el punto de reunion de los viageros que llegan para ver ó que se vuelven despues de haber visto. No es raro el hallarse uno á la mesa con los representantes de ocho ó diez naciones distintas; asi la conversacion de los que comen es una especie de gerigonza en la que apenas puede comprender algunas palabras el filólogo mas diestro, propia para hacer olvidar á uno al cabo de quince dias su lengua materna.

Tambien alli empieza á ser mas grande la dificultad de comunicarse con los guias; muy pocos hablan francés de una manera inteligible. El que me dió el posadero me ha hecho estudiar en los cinco dias que le tuve conmigo un verdadero curso de patúa.

Nos habian detenido toda la mañana los preparativos de viage. No pudimos ponernos en camino para Lauterbrunnen sino á la una de la tarde.

Recomendáronnos mucho que no nos olvidásemos al pasar por Abatin, aldeita situada á un cuarto de hora de Interlaken, visitar las vidrieras pintadas que adornan una casa particular y que datan de tres siglos. Una de ellas me pareció bastante original para no pedir la esplicacion á su propietario; representaba un oso armado con una maza, y llevando dos rábanos en su cinto, y uno en la pata.

Ved aqui la tradicion á que se refiere esta estraña pintura. En 1250 el emperador de Alemania llamó á las armas á sus pueblos de Oberland, mandándoles que enviasen á su ejército cuantos hombres pudiesen poner sobre las armas. Habitaban entonces en Iseltwald, sobre las riberas del lago de Bienz, tres fuertes y poderosos gigantes: pasaban su vida cazando y se vestian con las pieles de los osos á quienes ahogaban entre sus brazos. Los pueblos de Oberland creyeron haber cubierto dignamente su contingente enviando aquellos tres hombres.

Cuando el emperador los vió llegar se enfadó mucho por que habia contado con un socorro mas eficaz. Los tres hombres que le enviaban, ni aun armados venian.

Los gigantes dijeron al emperador que no le diese cuidado el que fuesen pocos, pues

ellos tres solos le prometian hacer el servicio de un ejército entero, y que en cuanto á armas se las proporcionaria el primer bosque que encontrasen.

Efectivamente, penetraron en un bosque inmediato al campo de batalla una hora antes del combate, y cortaron cada uno una encina: limpiándolas de las ramas hicieron con ellas unas mazas, con las cuales se colocaron uno en el ala derecha, otro en la izquierda y otro en el centro del cuerpo del ejército. El éxito de la batalla probó que no habian presumido demasiado de su mérito, sus enormes mazas hicieron en las filas enemigas un destrozo que decidió muy pronto la victoria. El emperador agradecido les dijo entonces.—Pedidme lo que querais, que al momento lo tendreis. Consultáronse entre sí los tres gigantes; despues dijo el mayor:—*Pedimos que á vuestra graciosa magestad plazca otorgarnos el derecho de arrancar en los plantios de Boningen, territorio del imperio, todas las veces que nos paseemos por las orillas del lago y tengamos sed, tres rábanos que llevaremos uno en la mano, y los otros dos en el cinturon.*

Su magestad se dignó concederles su peticion: los tres gigantes llenos de júbilo regresaron á Iselwald, en donde disfrutaron del privilegio de comer rábanos imperiales todo el resto de su vida.

Un cuarto de legua mas allá de Mattin, y á la derecha del camino, las ruinas del castillo de Uuspunnen, se van desmoronando por momentos; pertenecia en otro tiempo al señor de aquel nombre, que era muy considerado por el consejo de Berna. Habia intentado en varias ocasiones, dando infinitos pasos, lograr del viejo Walter de Wadeuschwyl, unir el valle de Oberhasli, del que este era señor independiente, al territorio de la ciudad. Mientras el señor de Uuspunnen se ocupaba en esto, el jóven Walter vió á su hija, se enamoró de ella y dió con su padre pasos que no tuvieron éxito. El señor de Uuspunnen, furioso, prohibió á los jóvenes que se volviesen á ver; pero los jóvenes que se ocupaban poco de los negocios de sus padres, desaparecieron un dia juntos dejando á los ancianos que arreglasen sus intereses y los de la ciudad de Berna.

Al año murió el viejo Walter.

Una tarde que el castellano de Uuspunnen lloraba solitario y triste la pérdida de su hija única, llegaron á la puerta de su castillo á pedir hospitalidad dos peregrinos que volvian de Roma. Hízolos entrar. Los dos se llegaron á él, se arrodillaron á sus pies, y levantando las capuchas, le pidieron la bendicion paternal, única formalidad que faltaba todavia para su matrimonio. El anciano quiso negársela al pronto, pero entonces sacaron de su seno dos papeles que le presentaron: el uno era el perdon del papa, y el otro, una donacion al canton de Berna del valle de Oberhasli. El anciano no pudo resistir á aquel doble ataque; por otra parte, le habian hecho padecer demasiado los fugitivos para no perdonarlos.

Al cabo de una media legua atravesamos el arroyo de Saxeten, sobre los restos de su puente, que la tempestad de la víspera habia hecho pedazos; despues entramos en el valle de Lauterbrunnen, subiendo siempre la corriente del Lutchine.

El vallecito de Lauterbrunnen, es seguramente uno de los mas deliciosos valles de la Suiza; en ninguna parte se desarrolló mas la lozania de la vegetacion, como en la base de las montañas. Donde quiera que hay un rinconcito de tierra, al punto dice una semilla: esta tierra es mia, y la cubre. ¿Cae rodando por acaso desde la cima de la montaña un peñasco desnudo y árido? pues apenas se ha detenido en el valle: el viento le cubre de polvo, llega la lluvia, y le adhiere sobre su superficie. Pronto verdeguea en él un poco de musgo, cae en él una bellota, brota un arbusto, estiende sus mil rastreras raices, qne siguen enroscándose en los caprichosos contornos de la roca, hasta que por fin tocan á la tierra. Entonces, la masa de piedra queda prisionera para siglos, la encina que en lo sucesivo recibe ya su alimento de la madre comun, se agarra imperiosamente á ella, cual la garra de un águila sobre un canto, se desarrolla de dia en dia, y crece de año en año de tal modo, que se necesitará un dia nada menos que la cólera de Dios para desarraigar el gigante.

Despues de haber caminado media legua casi, por este paisage, cuyos tonos primitivos ya tan naturalmente acentuados, toman nuevo vigor por los accidentes de sombra y de luz que vierten sobre sus diferentes partes las nubes y el sol, se llega cerca de la roca de los Hermanos, dominada por la Rothen-Fluth. Este pico rojizo, como ya lo indica su nombre, estaba coronado en otro tiempo por un torreon perteneciente á dos hermanos, Ulrico y Rodulfo. Los desunió el amor de una muger. Rodulfo que habia sido el despreciado, ocultó su pena, y encerró en sí por algun tiempo su rencor. La víspera del dia en que debia hacerse el matrimonio, propuso al novio una caceria en la montaña; aceptó este sin desconfianza alguna la oferta de su hermano, y partió con él. Llegados al pie del peñasco que hemos indicado, y viendo la soledad que al rededor de ellos reinaba, Rodulfo dió á su hermano Ulrico una puñalada. Ulrico cayó muerto.

Entonces sacando de entre las zarzas un azadon que habia escondido la víspera, abrió el asesino un hoyo, arrojó en él su víctima, y lo cubrió con tierra, y notando que se hallaba manchado de sangre, se dirigió al Lutchine que corre á algunos pasos del peñasco.

Luego que hubieron desaparecido las manchas que cubrian su vestido, se levantó y echó una mirada por última vez sobre el teatro del asesinato, por ver si le denunciaba alguna co-

sa. El cadáver de Ulrico, que acababa de enterrar, estaba tendido sobre la arena.

Abrió Rodulfo un nuevo hoyo y arrojó en él segunda vez á su hermano, pero advirtiendo que á medida que lo llenaba de tierra volvian á aparecer las manchas de sangre en su vestido. Acabado de llenar el hoyo se encontró todo ensangrentado.

Dudando de sí mismo, volvió á bajar segunda vez al arroyo, cuyas cristalinas aguas hicieron desaparecer de nuevo aquel aterrador prodigio, y despues, volviéndose casi delirante hácia el peñasco, dió un grito horroroso y huyó. El sepulcro habia vomitado otra vez el cadáver.

Por la tarde las gentes de Ulrico hallaron el cadáver de su amo, y le condujeron al castillo.

Rodulfo, no atreviéndose á pedir hospitalidad á nadie, murió de hambre en la montaña.

Una inscripcion abierta en la roca comprueba la verdad del suceso, pero sin entrar en los detalles que acabamos de contar, y que sin duda hubieron de parecer demasiado pueriles al severo historiador que la ha hecho grabar. Védla aqui:

AQUI EL BARON DE ROTHEN-FLUTH FUE MUERTO POR SU HERMANO. OBLIGADO A HUIR, EL ASESINO TERMINO SU VIDA EN EL DESTIERRO Y LA DESESPERACION, Y FUE EL ULTIMO DE SU RAZA EN OTRO TIEMPO TAN RICA Y PODEROSA.

Casi enfrente de las ruinas del castillo de Rothen-Fluth á la otra parte del valle y como una pareja colosal, se alza el Scheinige-Platte; es una montaña cuya cima roja y de forma redonda conserva el rastro de las aguas primitivas. Desde la cima de esta roca que domina al valle á la altura de casi tres mil pies, fué precipitado por el genio de la montaña un cazador de gamos, cuya historia me contó mi guia con un acento que ofrecia una singular mezcla de duda y de credulidad. Aquel cazador que se entregaba á su profesion con todo el ardor que tienen por ella los montañeses, era un pobre diablo á quien la miseria habia obligado á tomar al principio este oficio, que despues se convirtió en una necesidad. Su destreza era reconocida y su reputacion se estendia del uno al otro confin del Oberland. Un dia, persiguiendo á una cierva preñada, el pobre animal, no pudiendo atravesar un precipicio, que en cualquiera otra ocasion hubiera atravesado de un salto, viendo la muerte delante y detras de ella, se tumbó á la orilla del abismo, y como un ciervo acosado se puso á dar gemidos. La vista de las angustias de la pobre madre no enterneció al cazador, qué armó su ballesta, cogió una flecha de la aljaba y se preparó para atravesarla, pero al dirigir su vista al sitio en donde la acababa de ver sola un instante antes, divisó á un anciano sentado teniendo á sus pies la cierva anhelante lamiéndole la mano. Aquel anciano era el genio de la montaña. A su vista bajó el cazador su ballesta, y el genio le dijo:

—Hombres del valle, á quienes Dios ha dado todos los dones que enriquecen la llanura, ¿por qué venís á atormentar asi á los habitantes de la montaña? Yo no bajo adonde vosotros estais para robar las gallinas de vuestros corrales, y los bueyes de vuestros establos. ¿Por qué, pues, subís entonces aquí para matar los gamos de mis rocas y las águilas de mis nubes?

—Porque Dios me ha hecho pobre, respondió el cazador, y no me ha dado nada de lo que ha dado á los demas hombres, escepto el hambre. Entonces, como no tengo ni gallinas ni vacas, he venido á buscar los huevos del águila en su nido, y á sorprender á los gamos en su guarida. El águila y los gamos encuentran su alimento en la montaña; yo no puedo hallar el mio en el valle.

Entonces el anciano reflexionó un poco, despues haciendo una seña al cazador de que se le acercase, se puso á ordeñar á la cierva en una copita de madera; la leche tomó al punto la consistencia y forma de un queso; el anciano se lo dió al cazador:

—Ahí tienes, le dijo, con que aplacar tu hambre en lo sucesivo; en cuanto á tu sed, mi sudor suministra bastante agua para que tú tomes tu parte. Encontrarás siempre entero este queso en tu morral ó en tu armario, con tal que nunca le consumas todo; te lo doy con la condicion de que en adelante dejarás en paz á mis gamuzas y á mis águilas.

El cazador prometió renunciar á su estado, volvió á bajar á la llanura, colgó su ballesta en su chimenea, y vivió un año del queso milagroso que se hallaba intacto cada nueva comida.

Por su parte, los gamos habian vuelto tambien á tener confianza en los hombres, y dejaban hasta el valle en donde se les veia brincar alegremente, saliendo al encuentro á las cabras que se encaramaban por la montaña.

Una tarde que el cazador estaba asomado á su ventana llegó un gamo tan cerca de su casa, que podia matarlo sin salir de ella. La tentacion era demasiado fuerte: descolgó su ballesta, y olvidando la promesa que habia hecho al genio, apuntó con su acostumbrada destreza al animal, que pasaba sin recelo, y lo mató.

Corrió al momento hácia el sitio donde habia caido el pobre animal, se lo cargó á la espalda, y habiéndoselo llevado á su casa, preparó un pedazo de él para cenar.

Despues que se lo hubo comido, se acordó del queso, que en aquella ocasion le iba á servir, no de comida, sino de postres. Fué, pues, al armario, y lo abrió: salió de él un enorme gato negro, con ojos y manos de hombre, que tenia el queso en la boca, y saltando por la

ventana, que se habia quedado abierta, desapareció con él.

No se inquietó por esto el cazador, se habian hecho tan comunes en el valle los gamos, que por un año no tuvo necesidad de irlos á buscar á la montaña. Sin embargo, poco á poco se fueron espantando, se hicieron mas raros, y al fin acabaron por desaparecer del todo. El cazador, que habia olvidado la aparicion del viejo, volvió á sus antiguas correrías por las rocas y las neveras.

Un dia se encontró en el mismo sitio en que tres años antes habia sacado de su guarida una cierva preñada. Sacudió el matorral de donde esta habia salido, y salió tambien otra dando brincos. Tiróla una flecha, y el animal herido, fué á parar al borde del precipicio en donde se habia aparecido el anciano.

Siguióla el cazador, pero no llegó á tiempo para impedir que el animal que perseguia, en las convulsiones de la agonía no resbalase, cayéndose al abismo desde lo alto de la roca.

Para mirar adónde habia caido, inclinóse. En el fondo estaba el genio de la montaña; sus ojos se encontraron con los del cazador, que no pudo separarlos de él. Entonces sintió que se apoderaba de él un vértigo increible, quiso huir y no pudo. El viejo le llamó tres veces por su nombre, y á la tercera el cazador lanzó un grito de angustia que se oyó en todo el valle y se precipitó en el abismo.

He designado con el nombre de Lutchine el riachuelo que costea el camino de Lauterbrunnen; he cometido un error, pues debiera haber dicho los dos de Lutchines (Zwey-Luchinen), porque cerca de unos mil pasos encima de las montañas de que acabamos de hablar, se encuentra el punto donde se reunen al pié del Hunneufluh el Lutchine Negro, que baja de la nevera de Grinderwald, y el Lutchine Blanco de la del Tschingel. Por algun trecho corren uno al lado del otro en el mismo álveo, sin mezclar sus aguas, que conservan á cada lado de la orilla su matiz propio, la una su tinte de yeso y la otra un color ceniciento. Allí el camino se divide en dos, lo mismo que el torrente, y se forma una senda en cada orilla, la una que conduce á Lauterbrunnen, y la otra á Grinderwald. Nosotros continuamos costeando el Lutchine Negro, y una hora despues ya estábamos en la posada de Lauterbrunnen.

Aprovechamos inmediatamente la media hora que el posadero nos declaró necesitaba para confeccionar nuestra comida, en ir á visitar el Stambach, una de las cascadas mas nombradas de la Suiza.

Desde lejos habiamos visto aquella inmensa colina semejante á una manga que se precipita de una altura de novecientos pies por un salto perpendicular, aunque ligeramente arqueado por el impulso que le dan los saltos superiores. Acercámonos á ella cuanto pudimos, es decir, hasta el borde del estanque que ha socavado en la roca, no por la fuerza sino por la continuacion de su caida, pues aquella columna compacta en el momento de lanzarse desde la roca, no es mas que vapor cuando llega abajo. Es imposible figurarse una cosa mas graciosa que los ondulantes movimientos de aquella magnífica cascada; una palmera cuando se dobla, una muchacha que se cantonea, una serpiente que se desenrosca, no tienen mas ligereza que ella. Cada soplo del viento la hace ondular como la cola de un caballo gigantesco, y tanto, que de aquel volúmen inmenso de agua que se precipita, y despues se divide, y despues se esparce, apenas caen algunas gotas en la balsa destinada á recibirla. La brisa se lleva lo demas, y va á sacudirla á un cuarto de legua de distancia sobre los árboles y las flores, cual un rocio de diamantes.

Gracias á los accidentes á que está sujeta esta bella cascada, rara vez han podido verla bajo la misma forma dos viageros á diez minutos de intérvalo uno de otro, tanta influencia tienen en ella los caprichos del aire, y tanta coquetería pone en seguirlos. No varia solamente en su forma, sino tambien en su color; parece que á cada hora del dia cambia la tela de su vestido, tanto se reflejan los rayos del sol en sus diferentes matices, en su polvo liquido y en sus centellas de agua. A veces llegan de repente corrientes de un viento del Sur (fonwnd) que cogen á la cascada en el momento en que va á caer, la detienen suspendida, la rechazan hácia su orígen é interrumpen enteramente su caida; despues las aguas corren de nuevo á precipitarse en el valle mas ruidosas y mas rápidas. A veces algunas bocanadas de viento del Norte helado congelan de un soplo aquellos copos de espuma que se condensa en granizo. Entretanto llega el invierno, cae la nieve, se adhiere á la pared de la roca desde donde se columpia, la cascada se convierte en hielo, aumenta de dia en dia las masas que se prolongan á su derecha é izquierda; terminando, en fin, despues de figurar dos enormes pilastras derribadas, que parecen el primer ensayo de una arquitectura audaz, que pusiese sus cimientos en el aire y edificaria de alto á bajo.

TERCERA ESPEDICION EN EL OBERLAND.

PASO DE LA VENGENALP.

Al dia siguiente fuí despertado al amanecer por mi guia con una cancion tirolesa bajo mi ventana.

Desde Berna y con las primeras palabras tudescas que habiamos oido, nos habian acompañado por todas partes canciones populares peculiares del pais. Es preciso haber viajado por Alemania para conocer cuan propagado se halla el genio musical en aquella tierra. Los niños se mecen entre los cantos nacionales, los aprenden al mismo tiempo que su lengua materna y los modulan con sus primeras palabras; y hombres sin método y sin maestro acercan á sus labios los instrumentos y sacan de ellos un partido armonioso, con un encanto que en vano se pediria algunas veces á nuestros mas hábiles profesores. Ya no son alli los roncos cantares de los muchachos de la llanuras de Francia, ni los aullidos salvages del guia de las montañas de la Saboya, son cantares que se corresponden, modulaciones infinitas reproducidas únicamente con algunas notas, octavas recorridas osadamente sin escala intermedia, piezas cantadas por seis personas y en que cada cual toma al primer golpe la parte que conviene á su voz, la sigue en todas las modulaciones adornándola á su capricho con notitas rápidas y chispeantes y que en fin, no ofrece ningun otro pais, escepto la Italia; y todavía aun en un grado muy inferior en mi opinion.

Creyendo mi guia que no le habia oido comenzó una segunda tirolesa en un tono mas alto. Abri mi ventana y le escuché hasta el fin.

—¿Tenemos buen tiempo, Willer? le dije cuando hubo concluido.

—Si, si, me dijo volviéndose, ya se oyen silbar las marmotas, y esa es una buena señal. Solo si quisiéseis partir ahora mismo llegariamos á las tres á Grinderwald, de este modo habria tiempo de visitar la nevera hoy mismo.

—Estoy listo, respondí.

En efecto, no tenia mas que ponerme mis polainas y echarme la blusa. Encontré á Willer á la puerta de la posada con el morral á la espalda, y mi baston en la mano; me lo dió y nos pusimos en camino.

Asi iba á emprender de nuevo mi vida de montañés, mi peregrinacion de cazador, de artista y de poeta, con mi album en el bolsillo, mi escopeta al hombre y mi baston con puntas de hierro en la mano. Viajar es vivir en toda la estension de la palabra; es olvidar lo pasado y el porvenir por lo presente: es respirar á su placer, gozar de todo, apoderarse de la creacion como de una cosa propia; es buscar en la tierra minas de oro que nadie ha esplotado, y en el aire maravillas que nadie ha visto; es pasar despues de la multitud y recoger sobre la yerba las perlas y diamantes que ignorante y negligente ha tomado por copos de nieve ó gotas de rocío.

Es seguramente cierto esto, como que muchos han pasado antes que yo, y no han visto las cosas que yo he visto, ni han oido las relaciones que á mí se me han contado, y no han vuelto llenos de esos mil recuerdos poéticos que mis pies han hecho trotar, separando, con gran pena á veces, el polvo de las pasadas edades.

Las investigaciones históricas que yo me he visto obligado á hacer, me han dado tambien una paciencia admirable para esas cosas. Yo ojeaba á mis guias como á manuscritos, demasiado feliz aun cuando aquellas tradiciones vivientes de lo pasado hablaban la misma lengua que yo. No se ofrecía en nuestro camino una ruina cuyo nombre no les obligase yo á recordar; ni habia un solo nombre cuyo sentido no les hiciese esplicarme. Esas historias eternas que quizá me harán el honor de atribuir á mi imaginacion, porque ninguna crónica las cuenta ni en ningun itinerario se refieren, me han sido contadas mas ó menos poéticamente por los hijos de las montañas, que han nacido en la misma cuna que ellas; las habian oido á sus padres á quienes sus abuelos se las habian dicho. Tal vez quizá no se las repetirán á sus hijos, porque de dia en dia la sonrisa incrédula del viagero de gran talento, hace espirar en sus labios aquellas sencillas leyendas, que florecen como las rosas de los Alpes á la orilla de los torrentes, al pie de todas las neveras.

Desgraciadamente para mí no habia nada igual en la ascension de la Vengenalp (este era el nombre de la montaña que subiamos), y si alguna cosa hubiese podido indemnizarme, hubiera sido sin duda, la maravillosa vista que se desarrollaba ante nosotros á medida que íbamos subiendo. A nuestros pies el valle de Lauterbrunnen, verde como una esmeralda, diseminaba sobre el césped sus casas encarnadas; enfrente el magnífico Stambach, cuyas cascadas superiores divisábamos entonces, merecia su nombre de polvo de agua, tan parecido era á un vapor flotante; á la izquierda el valle cerrado al cabo de dos ó tres leguas por la nevada montaña de donde se precipita el Schmadribach, cual si el mundo terminase alli: á la derecha el valle que acabábamos de recorrer, desarrollándose en línea recta en toda su estension, y volviendo los ojos, con el auxilio del Lutchine, que les sirve de conductor hasta la aldea de Interlaken, de la que al través de aquella atmósfera azulada que solo pertenece á las montañas, se divisaban las casas y los árboles, semejantes á los juguetes que se encierran en una caja y con los que forman los niños encima de una mesa ciudades y jardines.

Al cabo de una hora hicimos un alto para combinar nuestra admiracion y nuestro almuerzo; cosa muy fácil. Una roca saliente nos ofreció una mesa, un manantial su agua helada, y un nogal su sombra. Sacamos las provisiones del morral, y reconocí con gran placer á la primera ojeada que sobre ellas eché, que Willier era, por lo que toca á la prevision,

digno de ser nombrado para lo restante de camino comisario general de los víveres de toda la caravana.

Una nueva etapa de una hora nos condujo á la primera cumbre de la Vengenalp, cumbre cortada á pico á la que se llega por un camino tallado en la roca en ziz-zag. Una vez sobre la meseta, la pendiente de la subida es mas suave, y el sendero, tomando por último un partido forma línea recta por espacio de una legua; despues se encuentra una casita de campo en donde se hace alto. Habiamos llegado al pie de la Yungfrau.

Yo no sé si el nombre de esta jóven dado á la montaña que tenia delante de mis ojos la adornaba para mí de una gracia mágica; pero si es que ademas de la causa por la que se le ha dado, está maravillosamente en armonía con sus proporciones elegantes y su blancura virginal. En todo caso, y en medio de aquella cadena de colosos, sus hermanos y hermanas, me ha parecido la privilegiada de los viageros y de los montañeses. Enseñan los guias, sonriéndose, otras dos montañas colocadas sobre su poderoso pecho, llamadas por los geógrafos *puntas de plata* (1), y á las que los guias mas sencillos han dado el nombre de *tetas*.

Enseñan á su derecha el Finster-Aarhorn, mas elevado (2) que aquella, la Blumlisalp, mas poderosa por su base, pero vuelven siempre á la vírgen de los Alpes, de la que hacen la reina de las montañas.

Este nombre de vírgen fué dado á la Yungfrau, porque ningun ser creado habia, desde la formacion del mundo, manchado su capa de nieve, ni el pie del gamo, ni la garra del águila habian llegado á las altas regiones adonde ella levanta su cabeza. El hombre, sin embargo, resolvió hacerla perder el título que tanto tiempo y tan religiosamente habia conservado. Un cazador de gamos, llamado Pouman, hizo por ella lo que Balmat habia hecho por el Mont-Blanc; despues de varias tentativas inútiles y peligrosas llegó á subir á su punta mas elevada, y una mañana los montañeses asombrados vieron tremolar una bandera encarnada sobre la cabeza de la desflorada doncella. Desde entonces la llaman la *frau*, porque segun ellos, ya no tiene derecho de llevar el epíteto de *yung*, ultraje que equivale al que nosotros hariamos si arrancáramos de la frente ó del féretro de una doncella el ramillete de azár, adorno simbólico con el que sus compañeras la condujesen al altar ó al sepulcro.

Sobre una de sus tetas, sobre la que mira al valle de Lauterbrunnen, un lammergeyer (3) devoró á un niño que se llevó de Grinderwald, sin que sus padres ni cuantos acudieron á sus gritos pudieran socorrerle.

(1) Silberhorner.

(2) Trece mil doscientos cuatro, la Yungfrau tiene doce mil ochocientos sesenta y cuatro.

(3) Grau buitre de los Alpes (*gypaëtanos barbatus*).

A la derecha de la Yungfrau se levanta el Wetter-Horn, (pico del tiempo), llamado asi, no porque sea contemporáneo del mundo, *intacta œvis congenita mundo*, sino porque pronostica el tiempo que hará segun se halle cubierto é despejado de nubes.

A su izquierda se estiende sobre una base de muchas leguas la Blumlisalp (montaña de las flores), cuyo nombre tan significativo como el de Wetter-Horn, me pareció presentar con su apariencia una analogía mas difícil de esplicar, pues la montaña de las flores está enteramente cubierta de nieve. Entonces recurrí á Willer, que me esplicó asi esta contradiccion que hay entre el nombre y la montaña á la cual está aplicado.

—Nuestros Alpes, me dijo, no han estado siempre incultos cual lo están hoy. Las faltas de los hombres y los castigos de Dios han hecho descender las nieves sobre nuestras montañas y las neveras á nuestros valles; antes los ganados pacian adonde ahora no se atreven á subir el águila ni los gamos. Entonces la Blumlisalp estaba como sus hermanas y mas brillante aun que ellas sin duda, pues la sola entre todas habia merecido el nombre de montaña de las flores. Era de patrimonio de un pastor rico como un rey, que poseia un magnífico rebaño, en este rebaño habia una ternera blanca, era el objeto de todo su afecto. Habia hecho construir para ella sola un establo que parecia un palacio, y al que se subia por una escalera de quesos. Una noche de invierno vino á visitarle su madre que era pobre y habitaba en el valle; pero no habiendo podido tolerar las reconvenciones que le hacia sobre su prodigalidad, la dijo que no tenia sitio para alojarla aquella noche y que asi era menester que volviese á bajar otra vez á la aldea. En vano le suplicó le diese un rincon en la cocina junto al fogon, ó en el establo de su ternera; la hizo agarrar por sus pastores y echarla fuera. Silbaba en el aire una brisa húmeda y helada, y la pobre muger miserablemente vestida como estaba, se sintió penetrada de un intenso frio: entonces empezó á bajar hácia el valle entregando aquel hijo ingrato á todas las venganzas celestiales. Apenas fué pronunciada la maldicion, cuando la lluvia que caia se convirtió en nieve tan espesa, que á medida que la madre bajaba y detrás del último pliegue de su vestido que arrastraba, parecia que la montaña se cubria como con una mortaja. Llegada al valle cayó agobiada del frio, de la fatiga y del hambre. Al dia siguiente fué encontrada muerta, y desde entonces la montaña de las flores quedó cubierta de nieve.

Mientras Willer me daba esta esplicacion llegó hasta nosotros un ruido parecido al redoble del trueno, y mezclado de espantosos crugidos; creí que la tierra iba á abrirse bajo nuestros pies, y miré con inquietud á nuestro guia, diciéndole:

—¡Y bien!... ¿qué es esto?

Entonces estendió su mano hácia la Yungfrau y me enseñó una especie de cinta plateada y movible que se precipitaba de los costados de la montaña.

—¡Toma! una cascada, dije yo.

—¡No! es un alud, respondió Willer.

—¿Y eso es lo que produce ese estrépito tan espantoso?

—Eso mismo.

Yo no queria creerlo; pareciame imposible que aquel arroyuelo de nieve que desde lejos parecia una cinta de gasa flotante produgese un ruido tan aterrador. Volví los ojos á todas partes para buscar la verdadera causa; pero entretanto se apagó, y cuando miré de nuevo á la Yungfrau, ya habia cesado de correr la cascada.

Entonces Willer me dijo que descargase mi escopeta al aire, y lo hice.

La detonacion, que al pronto me pareció mas débil que en el llano, fué á estrellarse contra las montañas; nos fué devuelta repentinamente por su eco, y despues, á las últimas vibraciones sucedió un rugido sordo y creciente, parecido al que ya una vez me habia causado sorpresa. Willer me enseñó entonces en la base de una de las tetas de la Yungfrau una segunda cascada improvisada, y como el ruido era idéntico, necesité reconocer que la causa era la misma.

En esto divisamos corriendo hácia nosotros á un especie de enano montañes, á un chico raquítico que traia en sus brazos un cañoncito: lo colocó á nuestros pies, se agachó, hizo la puntería con tanto cuidado como si la bala hubiese debido abrir brecha en la montaña, y acercando un pedazo de yesca sopló sobre el oido hasta que salió el tiro. Inmediatamente se renovó por tercera vez el mismo accidente. La precipitacion del pobre diablo habia sido causada por la detonacion de mi carabina: tenia por oficio hacer caer aludes, y como yo lo habia hecho por mí mismo, temia que se le escapasen aquella vez los batz (1) que saca de propina por medio de su artillería á los viageros que atraviesen la Vengenalp: yo le tranquilicé al momento pagándole el tiro de mi carabina al mismo precio que su cañonazo.

Despues de habernos detenido cerca de una hora contemplando aquel magnífico espectáculo, volvimos á ponernos en camino, continuando la subida por una cuesta muy suave hasta el momento en que nos hallamos en el punto mas elevado de la arista de la Vengenalp, habiendo dejado ya buen rato antes, tras de nosotros los pinos, que semejantes á los soldados rechazados en un asalto, nos ofrecieran al principio, reunidos en bosque, el aspecto de un ejército que se reune; mas arriba diseminados segun su fuerza vegetativa la apariencia de tiradores que sostienen la retirada; y finalmente, en donde concluye su dominio, troncos caidos sin hojarasca ni corteza, semejante á cadáveres tendidos y desnudos en el campo.

Detuvímonos antes de bajar la ladera opuesta para despedirnos del pais que acabábamos de recorrer, y para saludar al otro en que íbamos á entrar. Reparé entonces en que nos hallábamos por casualidad en el centro de un círculo de treinta pasos de circunferencia, y aunque en derredor de él estuviese la tierra cubiertas de rosas de los Alpes, de genciana purpúrea y de anapelo, bajo nuestros pies el suelo estaba seco y desnudo como lo está en nuestros bosques en los sitios en donde se acaba de hacer carbon. Pregunté la causa de aquello á Willer, quien se hizo de rogar mucho tiempo para contarme la siguiente tradicion, que no me refirió, debo hacerle justicia, si no advirtiéndome que no la creia.

Habia en otro tiempo en el valle de Gadmin un hombre muy sabido en cosas de mágia, que mandaba á los animales como á inteligentes servidores. Todas las noches del sábado al domingo, los reunia sobre las montañas mas altas, ya á los osos, ya á las águilas, ya á las serpientes, y allí, describiendo con su varita un círculo que no podian salvar, los llamaba silbando: y cuando estaban reunidos les daba sus órdenes que iban á ejecutar al momento por los cuatro ángulos de Oberland.

Una noche que habia reunido á los dragones y serpientes, les mandó tales cosas, á lo que parece, que le rehusaron sus acostumbrados servicios. El mágico se enfadó y recurrió á encantos de que aun no habia echado mano, porque se guardaba de recurrir á palabras que, aunque sabia que eran poderosas, las tenia como criminales. Apenas las hubo pronunciado vió que dos dragones se apartaban de los demas reptiles que le rodeaban y se dirigian hácia una caverna cercana. Creyó que por fin obedecian, pero al momento volvieron á aparecer trayendo sobre sus espaldas una enorme serpiente cuyos ojos brillaban como dos carbunclos, y que llevaba en su cabeza una coronita de diamantes: era el rey de los basiliscos. Acercáronse de aquel modo hasta el círculo, del que no podian pasar, pero llegados á él levantaron en alto á su soberano y le lanzaron por encima de la línea mágica, que salvó de este modo sin tocarla. El mágico no tuvo tiempo mas que para hacer la señal de la cruz y decir: Estoy perdido: al otro dia se le encontró muerto en medio de su círculo infernal, en el que despues no ha crecido planta alguna.

Al momento dejamos aquel sitio maldito y nos dirigimos á Grinderwald, á donde llegamos felizmente sin haber encontrado al rey ni á la reina de los basiliscos (1). No nos detu-

(1) Monedita suiza que equivale á tres sueldos.

(1) Los pastores creen aun en la existencia de serpientes que por la noche van á mamar de sus

vimos en la posada mas que para encargar la comida, y nos encaminamos en seguida á la nevera, que no dista mas que un cuarto de legua del pueblo.

He hablado ya de tantas neveras, que no me estenderé en la descripcion de esta que no ofrece nada de particular. Unicamente contaré un suceso de que ella fué testigo y que servirá para hacer resaltar las costumbres particulares de la raza de hombres valientes y caritativos que ejercen su oficio de guias.

Súbese á la nevera de Grinderwald por medio de algunos escalones rústicamente formados en el suelo, y no me cuidaba yo mucho de hacer esta ascension, cuando Willer, que conocia mi flaco, me dijo que habia en él una cosa interesante que ver. Seguile al momento.

Despues de un escalamiento bastante penoso y que duró cerca de un cuarto de hora, nos encontramos en la superficie de la nevera, cuya pendiente se hace desde entonces mas suave; sin embargo, á cada paso es preciso costear grutas profundas cuyas paredes van á reunirse, oscureciendo su color, á cincuenta, sesenta y cien pies de profundidad. Willer saltaba por cima de aquellas quebrajas; yo concluí por imitarle, y despues de otro cuarto de hora de marcha llegamos á un gran agujero redondo como el brocal de un pozo. Willer echó en el una gruesa piedra que tardó algunos segundos en encontrar el fondo, y luego me dijo:—Cayéndose aqui dentro fué donde se mató en 1821, Mr. Mauron, pastor dé Grinderwald.

Hé aqui cómo sucedió el accidente y las consecuencias que tuvo.

Mr. Mauron, uno de los mas hábiles esploradores de la comarca, consagraba todo el tiempo que le dejaba libre el ejercicio de sus funciones, en correrías en las montañas: bastante buen físico y botánico distinguido, habia hecho curiosas observaciones meteorológicas y poseia un herbario donde habia reunido y clasificado por familias casi todas las plantas de los Alpes. Un dia que se entregaba á nuevas adquisiciones atravesó la nevera de Grinderwald, se paró en el sitio donde nosotros estamos para arrojar piedras en el agujero que tenemos delante de la vista. Despues de haber escuchado la caida de varias, quiso descubrir el interior del precipicio, y apoyando su baston ferrado sobre el borde opuesto á aquel sobre que él se encontraba, se inclinó sobre el abismo, el baston mal sujeto, resbaló y el pastor se precipitó. El guia corrió desalentado al pueblo, y contó el accidente del que habia sido testigo.

Algunos dias se pasaron durante los cuales esta noticia fué la conversacion de toda la comarca, el pastor era querido, y como el sentimiento causado por su muerte fué tan grande, se suscitaron sospechas sobre la fidelidad del guia que le habia acompañado; estas sospechas pronto tomaron consistencia, y hasta se llegó á decir que el pastor habia sido asesinado y arrojado en seguida en el agujero de la nevera; el objeto del asesinato habia sido el de robarle la bolsa y su reloj.

Entonces todo el cuerpo entero de guias á quienes estas sospechas ofendian en uno de sus miembros, se reunió y decidió que uno de ellos, el que la suerte designase, bajaria, aun con peligro de su vida al fondo del precipicio que habia servido de sepulcro á su desgraciado pastor; si el cadáver tenia encima su reloj y su bolsa, el guia era inocente.

La suerte le tocó á uno de los hombres mas fuertes y mas vigorosos de la comarca, llamado Burguenen.

El dia fijado, todo el pueblo se reunió en la nevera; Burguenen se hizo atar una cuerda á la cintura, una linterna al cuello, y tomando una campanilla en una mano para indicar al tocarla que necesitaba le subiesen, y su baston ferrado en la otra, á fin de preservarse del contacto cortante de los hielos, se dejó resbalar suspendido á un cable que cuatro hombres alargaban poco á poco. Dos veces estuvo á pique de asfixiarse, por la falta de aire, tocó y se le subió al nivel del agujero; pero al fin, á la tercera, se notó un peso mucho mas grande en el cabo de la cuerda. Burguenen reapareció trayendo el cuerpo mutilado del pastor.

El cadáver tenia su bolsa y su reloj. La piedra que cubre el sepulcro del pastor atestigua el accidente de que fué víctima y el arrojo del que arriesgó su vida para dar á su cuerpo una sepultura cristiana.

Hé aqui la inscripcion:

AMADO MOURON. MIN. DE S. E.
EN LA IGLESIA POR SUS TALENTOS Y SU PIEDAD.
NACIDO EN CHARDRONNE, EN EL CANTON DE VAUD,
EL 3 DE OCTUBRE DE 1790.
ADMIRANDO EN ESTAS MONTAÑAS
LAS OBRAS MAGNIFICAS DE DIOS
CAYÓ EN UN ABISMO
DEL MAR DE HIELO
EL 31 DE AGOSTO DE 1821.

AQUI REPOSA SU CUERPO
SACADO DEL ABISMO, DESPUES DE DOCE DIAS
POR CH. BURGUENEN DE GRINDERWALD.
SUS PARIENTES Y SUS AMIGOS,
LLORANDO SU MUERTE PREMATURA,
LE HAN LEVANTADO ESTE MONUMENTO.

Burguenen calculó haber bajado á la profundidad de setecientos cincuenta pies.

vacas; y pretenden preservarse de esto colocando un gallo blanco en medio de sus rebaños.

EL FAULHORN.

Al dia siguiente á las ocho de la mañana nos pusimos en camino para verificar la mas ruda ascension que hasta entonces habiamos intentado, teniamos la pretension de ir á dormir á la habitacion mas alta de Europa, es decir, á ocho mil ciento veinte y un pies sobre el nivel del mar; quinientos setenta y nueve pies mas alto del hospicio de San Bernardo, último límite de las nieves eternas.

El Faulhorn es, si no la mas alta, al menos una de las mas elevadas montañas de la cordillera que separa los valles de Thun, de Interlaken y de Brientz de los de Grinderwald y de Rosenlauwi.

Hace un año ó dos que un fondista, especulando con la curiosidad de los viageros, tuvo la idea de establecer sobre la meseta que corta su cumbre, una pequeña hostería que habita durante el estío. Así que llega el mes de octubre abandona su especulacion y su domicilo, desmonta las puertas y las ventanas á fin de no tener que hacer otras al año siguiente, y abandona su casa á todos los huracanes del cielo, que se desencadenan hasta que no dejan ni un madero en pie.

Nuestro huésped del valle tuvo gran cuidado de prevenirnos con anticipacion, como cofrade caritativo, que la vida animal era muy pobremente alimentada en las regiones superiores adonde íbamos á llegar, atendido á que el posadero estaba obligado á llevar todos sus comestibles de Grinderwald y de Rosenlauwi, haciendo el lunes las provisiones de toda la semana; medida que no tenia ningun inconveniente para los viageros que le visitaban el martes, pero que debia tener en gran perplejidad á los que como nosotros la casualidad llevaba el domingo á su casa. Nos invitó en su consecuencia y por nuestro interés, segun nos dijo, á volvernos á acostar á su casa, donde encontraríamos como ya nos habiamos podido convencer, buena cama y buena mesa. Le dimos las gracias por el consejo, pero le dijimos que nuestra intencion era si bajábamos el mismo dia, irnos derechos á Rosenlauwi y ganar de esta manera una jornada de marcha. Esta declaracion le hizo perder al instante una gran parte de la solicitud que acababa de demostrarnos tan tiernamente, y en el momento de nuestra marcha aun pareció mirarnos con la mas completa indiferencia, sentimiento de que nos dió una prueba, negándose á venderme un pollo fiambre que yo queria á todo evento llevar de compañero de camino.

Partimos, pues, bastante alarmados por nuestro porvenir gastronómico.

Toda mi esperanza descansaba en este punto en mi escopeta, que llevaba terciada á la espalda, pero cada uno sabe cuán precaria es en Suiza para el viagero la probabilidad de comer con lo que mate. La caza, naturalmente rara, deserta enteramente de las inmediaciones de los caminos frecuentados. Separéme, pues, cuanto pude del camino abierto, y me fuí seguido de mi guia golpeando en todos los matorrales, á ver si hacia saltar alguna pieza.

De trecho en trecho deteníase aquel y me decia:—¿Ois?

Escuchaba yo, y efectivamente llegaba á mis oidos una especie de silbido agudo.

—¿Qué es eso? preguntaba yo.

—Marmotas, contestó mi guia. Mirad, continuó, las marmotas son esquisitas.

—¡Diablo! si pudiese alcanzar la que silba.

—¡Oh! no podreis. Se la desuella como un conejo, se pone en el asador, donde se la rocia con manteca fresca ó con crema, despues se echan encima algunas yerbas finas, y cuando se ha comido la carne y roido los huesos se chupa uno los dedos.

—Decid amigo, ¿entonces no me pesaria matar alguna?

—Imposible. O bien cuando se la quiere comer fiambre se la pone buenamente en una olla con sal, pimienta, y un puñado de peregil, echándole un poquito de vino; se la deja hervir durante dos horas, y luego se hace una salsa con aceite, vinagre y mostaza. Ya me contareis maravillas si llegais alguna vez á probarla.

—Pues bien, amigo, trataré de que sea esta tarde.

—¡Si, si, corriendo! Son tan indignos esos animales, como que saben lo escelentes que están asados ó cocidos. He ahi porque no se dejan acercar. Solo en el invierno se destrozan sus madrigueras y se les encuentra por docenas durmiendo en rueda.

Como yo no contaba esperar al invierno para probar la marmota, me puse en seguida á acechar la que silbaba, pero no bien me aproximé unos cuatrocientos pasos de ella, el silbido cesó, y probablemente el animalito se escondió en su madriguera, pues no volví á verla mas. Otra me dió la misma esperanza, pero me burló de la misma manera, y asi de seguida cinco ó seis tentativas tan infructuosas como la primera me dieron á conocer la verdad de las palabras que el guia me habia dicho.

Volvíme al camino todo corrido, cuando saltó casi á mis pies un pájaro que no conocia. No estaba yo prevenido y se hallaba á cincuenta pasos cuando le disparé el tiro. Ví á pesar de la distancia que le habia tocado; mi guia me gritó que el pájaro iba herido. El pájaro continuó su vuelo, y yo me puse á correr tras de él para alcanzarlo.

Solo un cazador puede comprender por qué caminos se pasa cuando uno va corriendo tras de una pieza que va herida. No creo haberme presentado al lector como un intrépido

montañés; pues bien, yo bajaba á carrera tendida por una montaña tan pendiente como un tejado, tropezando con los matorrales en que me enredaba las piernas, dándome en los peñascos por encima de los que brincaba arrastrando conmigo un regimiento de piedras que á duras penas me seguian, sin mirar siquiera donde ponia mis pies; tan clavados tenia mis ojos en las curvas que describia revoloteando el desconocido pájaro que perseguia Este cayó al fin á la otra parte del torrente; arrastrado por mi impulso, salté por encima sin calcular su anchura, y puse la mano sobre mi asado. Era un magnífico ortega blanco.

Se la enseñé al momento, dando un gran grito de triunfo, á mi guia; se habia quedado en el mismo sitio en donde yo habia disparado, y entonces fué cuando conocí el trecho que habia andado; creo que anduve un cuarto de legua en menos de cinco minutos.

Tratábase de volver otra vez á desandar el camino, cosa no muy fácil por varias razones; la primera era el torrente. Acerquéme á él y ví entonces que tenia de catorce á quince pies de ancho, espacio que yo habia salvado no hacia mas que un instante, y que sin embargo me parecia muy respetable ahora que la examinaba. Dos veces tomé carrera y dos veces me detuve á la orilla; oia yo reirse á mi guia; me acordé entonces de Payot, de quien me habia yo reido en iguales circunstancias, y me decidí á hacer lo que él, es decir, á subir por la cascada hasta que encontrase un puente ó fuese mas estrecho su cauce. Al cabo de un cuarto de hora advertí que tomaba una direccio contraria á la que yo necesitaba seguir, y que me habia apartado mucho de mi camino.

Volvíme entonces hácia donde estaba mi guia, me lo ocultaba una eminencia del terreno: aprovechéme de esta circunstancia, y cogiendo una rama de pino, sondé el torrente con ella, y bien convencido de que no tenia mas que dos ó tres pies de profundidad, bajé osadamente, lo vadeé y llegué á la otra orilla mojado hasta la cintura. Hallábame nada mas que á la mitad de mis trabajos; me faltaba aun que subir la montaña.

Al comenzar esta operacion apareció el guia en la cima, le grité que me trajera mi baston sin cuyo auxilio era evidente que quedaria en el camino: hubiera sido tal vez mas filantrópico decirle que me lo tirase, pero ademas de ignorar yo si le detendria algun obstáculo en el camino, no me pesaba el vengarme de cierta carcajada que aun resonaba en mis oidos y contra la que conservaba francamente rencor, y por la frescura del agua qua chorreaba de mis pantalones.

No por eso dejó de acudir Willer con toda la servicial obediencia que forma el fondo del carácter de aquellas buenas gentes; me auxilió con su esperiencia arrastrándome tras de su baston ó llevándome sobre sus hombros de modo que, al cabo de tres cuartos de hora poco mas ó menos, hube desandado el camino que habia recorrido antes en cinco minutos.

Sin embargo, como habiamos ido subiendo siempre comenzamos á hallar en nuestro camino grandes masas de nieve que el calor del verano no habia podido derretir; un viento frio pasaba á bocanadas cada vez que la montaña le ofrecia una salida; en cualesquiera otras circunstancias apenas hubiera yo reparado en ello, pero el baño local que acababa de tomar me lo hacia á cada momento muy sensible. Tiritaba, pues bastante de frió al llegar á la orilla de un pequeño lago situado á siete mil pies sobre el nivel del mar, lo que significa que mil ciento veinte y un pies mas arriba, es decir, en la cima del Faulhorn, tiritaba muchísimo.

Asi, pues, me precipité en la barraca sin ocuparme de la hermosa perspectiva que habia ido á buscar. Sentí un fuerte dolor en el vientre, pero como no me habria sido lisonjero el verme atacado de una inflamacion aun en la mas elevada morada de Europa, reclamé en su consecuencia un gran fuego de mi huésped, que me preguntó cuantas libras de leña queria.

—¡Por Dios! dadme un haz, pese lo que pese. Tengo demasiado frio para calentarme por onzas.

El huésped fué á buscar un tronco muy gordo que suspendió de la romana, señalando el fiel diez libras.—Ahi teneis por treinta francos, me dijo.

Esto naturalmente debia parecer un poco caro á un hombre nacido en medio de un bosque en que se vende la leña á doce francos el carro, asi hice un gesto muy significativo.

—¡Pardiez! caballero, me dijo el huésped que al parecer lo comprendió, es que está obligado uno á ir á buscarla á cuatro ó cinco leguas, y traerla á cuestas, lo que hace que la manutencion sea un poco cara aquí, en atencion á que no se puede guisar sin leña...

El giro de la última frase y su terminacion por una reticencia no me anunciaban nada bueno para lo demas del gasto, pero como en todo caso mi asado me costaba ya los treinta francos de leña que iba á encender para calentarme, desafie á mi huésped á que me contase el resto de la comida al mismo precio; bien entendido de que este desafío lo hice con voz baja, pues si lo hubiera hecho alto parecia-me que el hombre debia aceptar sin la menor vacilacion.

Hice, pues, serrar mi tronco en tres, me encerré con él en mi cuarto, encajé diez francos de leña en mi estufa y sacando de mi saco ropa blanca, un pantalon de paño y mi levita algodonada, empecé una *toilette* análoga á la localidad.

Apenas habia acabado cuando llamó á mi puerta Willer: me invitaba á que me despachase si queria gozar de la perspectiva en toda su estension del horizonte. El tiempo amenazaba tempestad, y esta prometia quitar-

nos de los ojos bien pronto el aspecto del inmenso panorama que íbamos á ver. Me apresuré á salir.

Subimos inmediatamente á una colina de unos quince pies de altura, contra la que se apoya la posada, y nos hallamos en la cima mas elevada del Faulhorn.

Volviéndonos hácia el Norte, teníamos en frente de nosotros toda la cadena de neveras que veiamos desde Berna, y que corriendo de Oriente á Occidente, á cuatro ó cinco leguas de nosotros, parecian cerrar el horizonte únicamente á algunos pasos de distancia. Parecian todos aquellos colosos de cabelleras y espaldas blancas, la personificacion de los siglos agarrándose por las manos y rodeando al mundo: algunos mas gigantes que los demas, tales como el Walter-Horn, el Finester-Aahorn, la Yungfrau y la Blumlisalp, sobrepujaban en la cabeza á toda aquella familia patriarcal de ancianos, y de tiempo en tiempo nos daban el ruidoso espectáculo de un alud desprendiéndose de su frente, desplegándose sobre sus espaldas cual una cascada, y deslizándose entre las rocas que formaban sus armaduras cual una inmensa serpiente cuyas plateadas escamas brillan á los rayos del sol. Cada uno de aquellos picos lleva un nombre significativo que debe ya á su forma, ya á algunas tradiciones conocidas de las gentes del pais, tales como el Schveck-Horn, *pico truncado*, ó la Blumlisalp, *montaña de las flores*.

Volvimos hácia el Mediodía, el paisage cambiaba completamente de aspecto. A tres pasos del lugar en donde nos hallábamos, la montaña hendida por algun cataclismo y cortada perpendicularmente, dejaba ver, estendiéndose á seis mil quinientos pies debajo de nosotros, todo el valle de Interlaken, con sus pueblecillos y sus dos lagos que parecian inmensos espejos, colocados en su marco verde para que Dios desde el cielo pudiese mirarse en ellos. Mas alta y en lontananza se destacaban en masas sombrías, sobre un horizonte azulado, el Pilato y el Righi, colocados á los dos lados de Lucerna, cual los gigantes de las *Mil y una noches* encargados de guardar alguna ciudad maravillosa, mientras que á sus pies se retorcia el lago de los Cuatro cantones; y detrás de ellos, tan lejos como la vista podia estenderse, resplandecia el lago azul de Zug, confundido con el cielo al que parecia tocar.

Tocóme Willer en la espalda, volví la cabeza, y siguiendo con los ojos la direccion de su dedo, vi que iba á asistir á uno de los espectáculos mas imponentes de la naturaleza despues de una tempestad en el mar, es decir, á una tempestad en la montaña. Las nubes que traia consigo la tempestad se desprendian unas de la cumbre del Walter-Horn, y otras de los lados de la Yungfrau, y avanzaban silenciosos, negros y amenazadores, cual dos ejércitos enemigos que marchan uno contra otro y no quieren empeñar el fuego sino á una distancia mortal. Aunque vogaban con estrema rapidez, no se sentia el menor soplo de aire; hubiérase dicho que iban impulsadas las unas contra las otras por un doble poder atractivo; un silencio profundo, que no turbaba el grito de ningun ser, se habia estendido sobre la naturaleza, y toda la creacion entera parecia aguardar muda é inmóvil la crisis que le amenazaba.

Un relámpago, seguido de una detonacion espantosa, reproducida y prolongada por los ecos de las neveras, anunció que las nubes acababan de chocar, y que el combate habia comenzado. Aquella conmocion eléctrica pareció devolver la vida á la creacion, que se despertó sobresaltadamente con todos los síntomas del terror. Un aire caliente y pesado pasó sobre nosotros, agitando á falta de árboles una gran cruz de madera mal fijada en la tierra; los perros de nuestros guias aullaron, y tres gamos, levantándose de no sé donde, se presentaron de repente, brincando sobre la cuesta de la montaña que se elevaba al lado de la nuestra. Una bala que les envié y fué á parar á la nieve á algunos pies cerca de ellos, no les llamó en lo mas mínimo la atencion, el ruido del tiro ni les hizo siquiera volver la cabeza, tan entregados estaban al terror que les inspiraba el huracan.

Durante este tiempo las nubes se cruzaban, pasando una por encima de la otra, y lanzándose mútuamente relámpago por relámpago Veíanse acudir de todos los puntos del horizonte, como regimientos presurosos por tomar parte en una batalla, nubes de formas y colores diferentes, que precipitándose en la refriega, acrecentaban la masa de los vapores que se reunian á ellos. Pronto todo el Mediodía se hallaba encendido; la parte del cielo donde estaba el sol, tomó un color de púrpura encendido; el paisage se iluminó de una manera fantástica; el lago de Thun parecia arrastrar olas de llamas; el de Brientz se tiñó de verde, como una decoracion de la ópera iluminada por luces de color, y los de los Cuatro cantones y Zug perdieron su tinte azulado para tomar un blanco mate.

Bien pronto el viento redobló su violencia, los grupos de nubes se desgarraron, y azotados por él se separaron del centro comun, se diseminaron en todas direcciones, y como á una señal dada, se precipitaron sobre la tierra, desaparecieron diversas porciones de paisage, como si sobre ellas se hubiese corrido un telon. Sentimos algunas gotas de lluvia, despues casi en el mismo tiempo fuimos envueltos en vapor; encendióse junto á nosotros el relámpago, y reflejó uno de sus rayos en el cañon de mi carabina, que solté cual si fuera un hierro ardiendo. Nos encontrábamos en medio de la tormenta. Dejóse oir un *sálvese el que pueda* general, y nos refugiamos en la

posada. Por espacio de diez minutos azotó la lluvia nuestras vidrieras, el huracan hizo temblar la casa cual si quisiera arrancarla de cuajo, y el rayo pareció literalmente tocar á nuestra puerta. Al fin paró la lluvia, aclaró el tiempo y nos aventuramos á salir. El cielo estaba sereno, el sol radiante; la tempestad que antes habiamos tenido sobre nosotros se hallaba entonces á nuestros pies, y el ruido del trueno subia en vez de bajar. A cien pies debajo de nosotros la tormenta, como un vasto mar, rodaba sus olas en cuya profundidad se encendia el relámpago, y luego de aquel Océano que cegaba los precipicios y los valles salian como grandes islas, las nevadas cabezas del Eiger, del Montck, de la Blumlisalp y de la Yungfrau. De repente se presentó un ser animado, bajando en medio de aquella olas de vapor y elevándose á su superficie; era una grande águila de los Alpes que buscaba el sol, y que descubriéndole por fin, subió magestuosamente hácia él, pasando á cuarenta pasos de mí, sin que pensase siquiera en enviarla una bala, tan atónito estaba en la contemplacion del magnífico espectáculo que me rodeaba. Tronó la tempestad durante el resto del dia en el valle: sobrevino la noche.

Muerto de cansancio, y molestado aun por mis dolores, contaba con el sueño para restablecer mi equilibrio sanitario, que sentia violentamente desarreglado; pero contaba sin la huéspeda, ó por mejor decir sin mis huéspedes.

Apenas me hube acostado, cuando empezó sobre mi cabeza una barahunda infernal. Parecia que el fluido eléctrico derramado en el aire habia impresionado vigorosamente el sistema nervioso de nuestros guias é impulsádolos á la alegría. Los malditos se hallaban en número de doce reunidos en la especie de granero que formaba el primer piso de la casa, cuya planta baja habitaban los viageros; y como el piso bajo y alto, no estaban separados si no por unas tablas de pino de una pulgada de grueso á lo mas, no perdiamos una sílaba de una conversacion que tal vez me hubiera parecido tan interesante como alegre, á no ser en idioma aleman. El ruido de los vasos que chocaban sin interrupcion, la introduccion de dos ó tres nuevos convidados de diferente sexo, la completa ausencia de luces, desterradas por temor á un fuego, me infundieron tan vivos recelos sobre la duracion y ruidosa progresion de aquella bacanal, que cogí el baston ferrado que tenia al lado de la cama, y pegué á mi vez unos cuantos porrazos en el techo, en señal de invitacion al silencio. Efectivamente, paró el estruendo, los alborotadores hablaron en voz baja, pero al parecer era para concertar mútuamente la resistencia, pues á pocos instantes una grande carcajada me dió á conocer el ningun caso que hacian de mi reclamacion. Agarré otra vez el baston y la renové acompañándola del mas abominable juramento aleman que pude hallar en el repertorio tudesco. Esta vez no tardó la respuesta, pues uno de ellos cogió una silla, dió con ella en el suelo los mismos golpes que yo habia dado y para no diferenciarse en nada, me devolvió en francés el mas hermoso voto que he oido en toda mi vida. ¡Era un pronunciamiento completo!

Quedéme un instante aturdido de la respuesta, y despues me puse á pensar por que medio podria obligar á los rebeldes á rendirse. Mi silencio les hizo creer en mi derrota, y los gritos y la barahunda volvieron á comenzar de nuevo en las regiones superiores.

Sin embargo, acababa de acordarme de que el cañon de mi estufa tenia su orificio en un rincon del mismo granero en donde se solazaban mis enemigos. Lo caro de la leña habia hecho presumir al dueño que aquella estufa seria habitualmente un mueble de lujo, no habiéndole en consecuencia, inspirado esta conviccion recelo alguno sobre los resultados, supuesto que si no hay fuego sin humo, es incontestable tambien que mucho menos hay humo sin fuego.

Este recuerdo fué un rayo de luz, otro menos modesto la llamaria inspiracion del genio. Salté de la cama dando palmadas como un gefe árabe que llama á su caballo, y corriendo á la cocina, reuní cuanto heno pude hallar en ella, lo trasladé á mi fortaleza, cuyas puertas y ventanas atranqué por dentro y comencé al punto mis preparativos de venganza. Consistian, como sin duda habrá ya adivinado el lector en humedecer ligeramente la materia combustible á fin de que diese el humo mas denso posible; despues de adoptada anteriormente esta precaucion, atestar bien de ella la estufa, y por último dispuesta de este modo la artilleria, poner fuego á los combustibles. Asi lo ejecuté, y volvime muy tranquilo á esperar el resultado en mi cama, el resultado de una operacion tan hábilmente dispuesta, y de cuyo triunfo me daba garantias seguras la oscuridad que envolvia á mis enemigos.

En efecto, pasaron algunos minutos sin que hubiese cambio alguno en el proceder de mis guias, pero de pronto uno de ellos tosio, otro estornudó, y un tercero despues de un instante consagrado á la aspiracion nasal, afirmó que aquello olia á humo; al oir esto se levantaron todos de la mesa.

Aquel era el momento de redoblar mi fuego, y de aprovechar el desórden que se habia introducido en el ejército enemigo, para evitar volviese á rehacerse otra vez; precipitéme, pues, á la estufa, atestéla con carga doble, y luego cerrando la portezuela, esperé con los brazos cruzados, como un artillero al pie del cañon, el resultado de aquella segunda maniobra.

Fué tambien tan completa cual yo podia desear, ya no eran ni toses ni estornudos, sino gritos de rabia, aullidos de desesperacion;

los habia dado un humazo como á las zorras.

Cinco minutos despues tocaba á mi ventana un parlamentario; llegábame la vez de imponer mis condiciones, y usé de la victoria como verdadero héroe: como Alejandro, perdoné á la familia de Dario, y fué jurada la paz entre ella y yo, con la condicion de que ella no haria mas ruido, ni yo mas fuego.

Las cláusulas del tratado fueron religiosamente cumplidas por ambas partes, y comenzaba, no á dormirme sino á esperar que me dormiria, cuando los perros de los guias dieron un aullido prolongado que acabó por reasumirse en contínuos ladridos.

Creí que los cuadrúpedos estaban de acuerdo con sus amos para hacerme condenar: así es que busqué en mi arsenal una arma intermedia entre vara y baston, y salí de mi cuarto con intencion de ir á la perrera y de sacudir vigorosamente el polvo á sus habitantes, cualquiera que fuese la raza á que perteneciesen.

Apenas puse el pie fuera, cuando Willer, á quien no veia, tan abominablemente oscura era la noche, sobre todo para mí que salia de un cuarto con luz, me agarró de un brazo haciéndome señas de que guardase silencio: obedecí escuchando con mis dos oidos sin saber lo que iba á oir. Un grito modulado de cierta manera subió de lo profundo del valle; pero tan lejano y tan debilitado por la distancia, que vino á espirar en el mismo sitio en donde nosotros nos hallábamos, y que veinte pasos mas distantes tal vez hubiera sido imposible percibir.

—¡Es un grito de agonía! dijeron á una voz los guias reunidos para escuchar. Hay viageros perdidos en la montaña, encendamos las hachas, soltemos los perros, y al camino.

Pocas arengas produjeron jamás un efecto tan pronto sobre los oyentes como la que acabo de referir. Cada cual corrió á su puesto, los unos á la cocina para tomar ron, los otros al granero para buscar las hachas, otros, en fin, á la perrera para soltar á los animales; despues, reuniéndose todos, dieron á una sola voz un gran grito, que tenia por objeto anunciar á los viageros que habian sido oidos y que iban á socorrerlos.

Habia yo cogido mi hachon como los demas, no porque tuviese la presuncion de creer que de noche podria servir de mucho auxilio en caminos en que de dia me veia obligado algunas veces á andar á gatas; sino porque queria ver aquella escena nueva para mí en todos sus detalles. Desgraciadamente, apenas habiamos andado quinientos pasos, cada cual echó por su lado, permitiendo á mis valientes compañeros el conocimiento del terreno internarse por caminos casi impracticables. Yo ví, pues, que si iba mas adelante á buscar á los otros, los otros tendrian luego que venir á buscarme á mí, lo que haria perder tiempo inútilmente. Tomé entonces el partido menos filantrópico, pero mas prudente, el de sentarme en una roca, desde donde sumergiendo mis miradas en el valle podia seguir las diferentes direcciones que tomasen aquellas luces oscilantes cual fuegos fátuos sobre un estanque.

Durante media hora parecieron perderse; tan diversas y locas direcciones tomaron, desapareciendo entre los barrancos, volviendo á presentarse sobre las cimas, siendo acompañadas todas estas evoluciones, ademas de los gritos de los hombres, de ladridos de los perros y pistoletazos, que daban á aquel espectáculo una apariencia estraña y desordenada. Al fin se dirigieron hácia un centro comun, se reunieron en un espacio circunscrito de que ya no se apartaron, y luego, poniéndose en camino con cierto órden, se dirigieron hácia mi roca, acompañando entre dos filas á los viageros encontrados, con el mismo órden que lo hace una patrulla que lleva á vagabundos al cuerpo de guardia.

A medida que se aproximaba la comitiva distinguia á la opaca luz que las antorchas reflejaban sobre él, un tropel confuso de hombres, mugeres, niños, mulos, caballos y perros, relinchando, ladrando y hablando en lenguas distintas. Era aquello el arca de Noé suelta en la torre de Babel.

Me incorporé á la caravana cuando pasó delante de mí, y llegamos á la posada. Al examinar aquella miscelanea, se hallaron diez americanos, un aleman y un inglés, todos en el peor estado posible, habiendo sido hallados los americanos en el lago, el aleman sobre la nieve y el inglés agarrado á una rama de un árbol, suspendido sobre un precipicio de tres mil pies.

El resto de la noche se pasó en la mas perfecta tranquilidad.

ROSENLAWI.

A la mañana siguiente á las ocho estábamos todo el mundo en batalla, caballería é infantería, en la llanura de Faulhorn; la caballería se componia de una señora francesa, del americano, de su muger y sus siete hijos, yendo á pie el mayor de todos, el inglés, los seis guias y yo. En cuanto al aleman se encontraba enteramente baldado aunque habia pasado la noche sobre las baldosas de la cocina que se habian hecho calentar como un horno. No podia hacer ningun movimiento sin acompañarlo de terribles gritos, lo dejamos en Faulhorn, en donde si la Providencia no ha tenido por conveniente hacer un especial milagro, debe ha-

llarse aun, atendido lo poco favorable de aquella temperatura para la curacion de las pleuresias.

Dispuestos los preparativos indispensables, como el proveer las botas de vino y disponer cómodamente las caballerías, emprendimos la marcha con la alegría que sigue por reaccion á los lances apurados de que uno escapa sin detrimento de su persona.

Pensábamos visitar al paso la nevera de Rosenlawi é irnos á hacer noche en Meyringen, andando de esta manera una jornada buena, pero no difícil, yendo bien montadas las señoras que iban con nosotros y teniendo mis compañeros y yo unas piernas que podian competir ventajosamente en correr con los mas listos montañeses del Oberland.

He dicho mis compañeros, porque aun no habiamos andado quinientos pasos, ya nos considerábamos como los mejores amigos del mundo; pues nada intima tan pronto las amistades como el colegio, la caza y los viages. Además, yo habia visto al americano en París en los salones de la princesa de Salm, y en cuanto al inglés, contra la naturaleza de sus compatriotas, era de un carácter muy alegre y bnllicioso, formando contraste estas cualidades con su cara siempre impasible, aun en medio de todas las grandes gracias y bullas que hacia, contraste de que solo el actor Duboreau con su rostro frio y sus animados gestos ofrece á mi imaginacion un tipo parecido.

Ya se adivina, que dispuestos como nos hallábamos á la alegría, nos divertimos mucho, sino con su fisonomía al menos con sus modales.

Yo no he visto nunca nada mas ágil, mas imprudente, y mas diestro en sus imprudencias que aquel cuerpo de fantoccini, y aquella cabeza de clown: admirados estaban nuestros guias que miraban los saltos y pantomimas que hacia, y que en su silencio parecian decirle: «Corre, corre, que el dia menos pensado te romperás la cabeza.» El no hacia caso alguno de lo que pensasen, y continuaba saltando tranquilamente de roca en roca y pasando á pie cojo y á saltitos sobre los troncos que servian de puentes encima de los torrentes y riachuelos, y cogiendo grandes ramilletes de flores de las que las mas fáciles de alcanzar, por mí hubieran podido estar una eternidad allí, sin que me viniesen ganas de irlas á coger.

Aquella temeridad tenia tanto mas mérito atendiendo á qne caminábamos por un terreno gredoso, siguiendo un detestable camino que hacia dos años solo se habia abierto de Faulhorn á Rosenlawi, y que la lluvia de la noche y del dia anterior hacian aun mas peligroso. A cada momento resbalábamos los hombres ó tropezaban las caballerías, y las señoras daban unos gritos horrorosos justificados por el aspecto del sendero por donde las llevaban sus caballerías.

Un momento nos encontramos en una senda tan estrecha, que los guias no podian llevar por la brida á las caballerías, y costeábamos un precipicio que tenia mil quinientos pies de profundidad. En medio de aquel desfiladero se levantó de manos el mulo de la hija mayor del americano, y la pobre jóven, habiendo saltado fuera de la silla por el sacudimiento, se encontró sobre el cuello de su caballería oscilando como en un columpio, no sabiendo si caeria á izquierda ó á derecha, es decir, en el camino ó en el precipicio. Felizmente un guia la empujó con su palo, y dando un espantoso alarido cayó del lado donde no corria mas riesgo que hacerse una contusion ó algun arañazo.

Este accidente puso en confusion la caravana, porque las señoras de miedo de caer saltaron á tierra, al saltar cayeron, y por todas partes se oian gritos á cual mas agudos. Todo el mundo se creia en peligro de muerte, y pedia socorros que seguramente ninguno necesitaba. Los perros ladraban, echaban tacos los guias, los mulos aprovechaban aquel instante de descanso para pacer las yerbas que brotaban á orillas del precipicio, y el inglés plantado sobre una roca de veinte y cinco pies encima de nosotros, en una postura que hubiera desvanecido la cabeza de un gamo, silbaba taanquilamente el *God save the king*, (Dios salve al rey).

Al cabo de un instante se restableció la calma; se sacó á las señoras de entre las patas de los cuadrúpedos; atravesaron á pie una á una y dirigidas por los guias, el resto del mal camino, y diez minutos despues estaba toda la caravana sana y salva sobre un cesped liso y suave como el del tapiz verde del jardin de Versalles.

Aprovechamos esta circunstancia para almorzar y nos hicieron buena compañía las asustadas señoras, repuestas ya de su terror que para todas habia sido un pánico menos para una. Despues continuamos el camino.

Pronto entramos en el Oberhasli y atravesamos por la plaza de los luchadores. El dia anterior mismo habia habido ejercicios entre los montañeses, y nos pesó mucho no haber llegado á tiempo de asistir á aquel espectáculo.

Habiamos bajado ya á una atmósfera mas templada, y de trecho en trecho comenzamos á volver á ver pinares que se detienen en un punto determinado, cual si la vara de un mágico les hubiese trazado un encantado círculo para que no pudiesen pasar de allí. Aquellos troncos aislados nos ofrecieron una variedad á nuestros ejercicios, sirviendo de blanco á cuatro palos de montaña, que lanzados como dardos á treinta ó cuarenta pasos de distancia se clavaban en ellos todo lo largo de sus puntas de hierro. El americano era el mas listo de todos en este ejercicio, y el menos diestro era el inglés. Esto ocasionó entre los dos una disputa acalorada en la que los dejé enzarzados

para seguir, no con mi palo sino con el fusil, un gallo silvestre que se habia levantado bastante lejos de mí, para poderle tirar. Inútil me fué el seguirlo y á los diez minutos volví á bajar por el otro lado del bosquecillo en donde habia dejado á mis compañeros de viage.

Los divisé de lejos sentados á orillas de un torrente, y me acerqué á ellos sin poder comprender en que se ejercitaba el inglés, tan singular me pareció en lo que se ocupaba. Consistia su habilidad en llenarse la boca de agua, y despues hacerla salir por en medio de su carrillo. Yo al pronto creí que salia por la oreja, y admireme de aquel nuevo juego de manos; pero cuando estuve mas cerca vi que el agua al salir tomaba un color encarnado que debia á su mezcla con la sangre.

He aqui lo que era. Furioso el inglés por su inferioridad en el manejo del palo, habia apostado con el americano á que se colocaria á setenta pasos de él, y que no le alcanzaria con la punta del suyo. El americano aceptó la apuesta, y colocados á la distancia convenida, esclavo el inglés de su palabra, aguardó flemáticamente el golpe de aquel dardo de nueva especie que le habia atravesado la megilla, y roto un diente.

Este accidente trajo un poco de calma á la retaguardia de nuestra caravana, que al cabo de poco entraba por la gran puerta de la posada de Rosenlawi.

No nos detuvimos mas tiempo que para tomar un baño, y aun no fué necesario calentar agua pues era termal, y estando cerca el manantial llegaba tibia á la caja: despues nos encaminamos hácia la nevera, una de las mas famosas del Oberland.

Esta vez rodaba sobre nuestras cabezas una tempestad, hermana de la que el dia anterior habiamos tenido bajo nuestros pies; esta diferencia de posicion nos era muy poco favorable; con todo, proseguimos la espedicion sin cuidarnos de los prudentes consejos que nos daban los truenos, y llegamos sin desgracia al pie del Mar de hielo, situado á un cuarto de hora de la posada.

La nevera de Rosenlawi goza de merecida reputacion, pues si no es la mas grande, es en mi opinion la mas bella de todo el Oberland. Radiante por todas partes con un tinte azulado, cuya causa ignoro, y que le es esclusivamente propio, ofrece todos los matices de aquel color desde el claro de la turquesa hasta el subido y brillante del zafiro. La abertura colocada en su base, y por la que sale hirviendo de Reicherbach, parece al pórtico del palacio de una encantadora, y sostienen su bóveda de encage guarnecido de los festones mas caprichosos, variados y elegantes, por medio de maravillosas columnas que por su esbeltez y trasparencia se creería ser obra de los genios. Cuando uno se inclina para mirar sus profundidades en donde corre en torbellino el torrente, tanto se maravilla de aquella arquitectura fantástica, que tiene envidia á la diosa que habita semejante morada, y siente una celosa necesidad de precipitarse alli para compartirla con ella. Goethe hizo su Ondina sin duda en la entrada de una gruta semejante.

El ruido producido por los borbotones del agua que se estrella en la roca y que se resuelve en espuma, nos impedia hacia un cuarto de hora oir los truenos que sin embargo, redoblaban su fuerza. Habiamos olvidado completamente la tormenta cuando nos la recordaron algunas gotas guesas y tibias que comenzaron á caer; alzamos la cabeza, y el cielo parecia que se habia bajado sobre el vasto embudo que formaba la montaña en cuyo fondo nos hallábamos nosotros, y de instante en instante se iba bajando mas por las vertientes, acercándose mas á nosotros, cual si debiese concluir por aplastar nuestras cabezas. La respiracion nos faltaba cual si estuviésemos encerrados en una inmensa máquina neumática; nos parecia que no faltaba mas que un relámpago para inflamar la atmósfera ardiente que nos rodeaba. Al fin, el violento estampido de un trueno rompió aquel dosel de vapores y azotando el aire el huracan sacudió sobre nosotros sus vastas alas, destilando todas lluvia.

Estábamos demasiado lejos de la posada para ir á buscar alli un abrigo, y asi refugiándose bajo la copa de un árbol construimos con nuestros palos y blusas una pequeña tienda para poner á cubierto á las señoras. Aquella cabañita sirvió desde luego al objeto para que la hicimos por un rato, pero al cabo de un cuarto de hora estando ya calada la tela, cesó de chorrear el agua por encima, comenzó á calar y empezaron á caer sobre nuestras cabezas cuatro ó cinco fuentecillas á manera de chorros. Fué preciso, pues, desafiando la lluvia y los truenos salir al descubierto y tratar de volvernos á la posada; esto es lo que hicimos, volvernos con barro hasta el tobillo y en ciertos trechos con agua hasta la rodilla. Llegamos chorreando como unos canalones.

Llamamos á Willer, encargado de los equipages, pero cuando le pedimos la ropa blanca, nos respondió que sabiendo que nuestra intencion era llegar á Meyringen en aquella misma noche, habia aprovechado una proporcion que se habia ofrecido y mandado delante todo el bagage. Infelices de nosotros, no teniamos ni un pañuelo para mudarnos, y en cuanto á irnos á Meyringen era de todo punto imposible, pues los caminos estaban impracticables, hechos unos rios, por tanto ya no nos quedaba mas que un arbitrio el que adoptamos, y fué el hacernos calentar las camas y meternos en ellas en tanto que se ponian á secar los vestidos.

Comimos acostados como los emperadores romanos y nos dormimos luego despues.

Yo no sé cuanto tiempo hacia que no dormiamos; pero lo que sé bien es que estaba en lo mejor y mas profundo de mi sueño cuando se presentó la criada de la posada con un candelero en la mano.

—¿Qué hay? pregunté yo con el mal humor de un hombre á quien interrumpen en medio de una de las funciones que le son mas gratas.

—Nada, señor, sino que será preciso que os levanteis.

—¿Para qué?

—Es que la lluvia ha aumentado de tal manera las dos cascadas que dominan la posada, que el arroyo que pasa por delante de la puerta acaba de llevarse el puente, y es probable que se lleve tambien la casa.....

—¡Cómo! ¿llevarse la casa?.... ¿la casa en que estamos?

—¡Oh! si señor, ya se la llevó otra vez, no esta misma sino otra.

—¿Y mis vestidos?

—No teneis tiempo mas que para ponéroslos.

—Id, pues, á buscármelos.

Respondo de que nunca me he vestido con mas prontitud: aun no habia acabado de ponerme las mangas de la blusa, cuando sin escuchar los gritos de la criada que bajaba la escalera, y encontrando la puerta de la cocina, me metí dentro de ella de un salto.

—¡Hola! dije en seguida, al sentirme mojado hasta la pantorrilla.

—¡Pero, señor! gritaba la criada.

Yo no la escuchaba y me disponia á abrir una puerta.

—Señor, que vais por ahí á dar en el arroyo.

Solté en seguida el picaporte, y saltando encima de los hornillos, quise salir por una ventana.

—Señor, que vais á saltar en la cascada.

—¡Diablo! grité yo entonces, decididamente estoy circunvalado: ¿por dónde quereis que me vaya? ¡Era preciso haberme dejado estar tranquilo en la cama! A lo menos habria salido embarcado.

—Pero, señor, podeis salir por la ventana del piso principal.

—¡Lleveos el diablo! ¿por qué no me lo habeis dicho desde luego?...

—Si hace uua hora que os lo estoy diciendo y no me escuchais y correis como un perdido.

—Es verdad, yo tengo la culpa, guiadme.

Volvimos á subir al primer piso y la criada me enseñó una tabla que por una punta se apoyaba en la ventana, y en la montaña por la otra, pareciase mucho al puente de Mahoma para que se arriesgase en él un buen cristiano sin reflexionarlo bien.

—Muchacha, la dije guiñándole el ojo y rascándome la oreja; ¿qué, no hay otro camino?

—¿Os asusta? ¡Bah! vuestro amigo el inglés, que tiene una fluxion, ya lo sabeis, la ha pasado por ahí de un salto.

—¿Ha pasado? buen provecho le haga; ¿y las señoras, han pasado por ahí?

—No, las han sacado los guias.

—¿Y los guias donde están?

—En el monte á cortar pinos para atajar la cascada.

No habia medio de retroceder: tomé con valor mi partido, solo que me salí á caballo en lugar de ir á pie. Cualquiera que me hubiese visto desde abajo, me hubiera tenido por un brujo que se iba á su aquelarre montado en un mango de escoba.

Cuando hube llegado á mi destino, y el verme en tierra me hizo recobrar el aliento que habia perdido al pasar por la tabla, me dirigi hácia un punto en donde veia brillar hachones, y nunca olvidaré el estraño y magnífico espectáculo que se desplegó ante mis ojos.

La cascada que al llegar habiamos admirado por su gracia y ligereza, se habia convertido en un espantoso torrente; sus aguas, que habiamos visto antes plateadas de espuma se precipitaban negras y turbias con el lodo, arrastrando consigo peñascos que hacian saltar como guijarros, y árboles seculares que hacian astillas cual si fuesen varitas de mimbre. Nuestros guias, desnudos hasta la cintura y armados de hachas, derribaban con todo el ardor de su naturaleza montañesa los pinos que guarnecian las orillas, y haciéndolos caer de modo que formasen un dique. Cuatro ó cinco de ellos descansaban mientras se preparaban á reemplazar á sus compañeros y tenian en las manos hachones cuya vacilante luz iluminaba aquel cuadro. Pero muy pronto fué urgente el concurso de todos los brazos, los que alumbraban tuvieron que buscar donde colocarlos, teniendo que tomar otra vez las hachas. Viendo yo su embarazo y la urgencia del caso, cogí uno de aquellos hachones encendidos, y acercándome á un pino aislado que dominaba el terreno en que nos hallábamos, apliqué el fuego á una de sus ramas resinosas, y al cabo de diez minutos ardia ya desde el tronco hasta la copa, y estaba iluminada aquella escena por un candelabro en armonía con ella.

Yo no sabré esplicar el carácter primitivo y grandioso que ofrecia el espectáculo de aquellos hombres luchando con los elementos. Aquellos árboles que en cualquiera otro pais hubieran sido marcados con las cifras reales, cayendo unos sobre otros derribados por el hacha de los montañeses, seguros de no tener que dar de ellos cuenta á nadie, ofrecian una imágen de una de las primeras escenas del diluvio. En cuanto á mí, yo pegué fuego al árbol con cierta embriaguez, y cuando le vi caer di un verdadero grito de victoria: aquel fué tal vez el único momento de fatuidad que he tenido en toda mi vida. Sentia una conviccion estraordinaria de mi fuerza, y creo que

habria derribado todo el bosque sin descansar.

Sin embargo, resonó el grito de *basta*, y quedaron levantadas todas las hachas y fijos los ojos en el torrente vencido ya, y encadenado. La destruccion cesó tan pronto como fué inútil.

Volvímonos á la posada casi seguros de que no nos volverian á desalojar de ella; sin embargo, se quedaron dos hombres vigilando cerca del torrente para dar la alarma en caso de peligro. Ignoro si hicieron bien la guardia, pero lo que sé es que nos dormimos de un tiron hasta las ocho de la mañana.

Habiamos dormido tanto mas tranquilos cuanto que sabiamos que la jornada del dia siguiente, aunque larga, no era cansada, pues de las diez leguas que teniamos que hacer cuatro eran por el lago de Brienz y no teniamos nada en que ocuparnos en ver Meyringen por donde pasábamos, mas que tomar el desayuno y continuar la jornada.

El camino conservaba horribles rastros del huracan de la víspera, pues de trecho en trecho cortaban el camino los hondos surcos que habian dejado los torrentes improvisados por los que corrian unos arroyuelos bastante rápidos para entorpecer el paso, y de tiempo en tiempo encontrábamos árboles arrancados de cuajo cuyas raices enredadas á las piedras del camino formaban una especie de barricada que los mulos de las señoras querian mejor comer que saltar, y asi á cada momento se oian gritos espantosos de nuestras viageras, que á veces no carecian de motivo.

Al cabo casi de dos horas mas de trabajo que de camino nos hallamos en la cima de la montañita, que separa el valle de Rosenlawi del de Meyringen. Un rellano cubierto de césped ofrece desde lejos su rico tapiz para hacer un alto al viagero, y cuando seducido por aquella sábana verde se aproxima para descansar, admírase á medida que se adelanta de la coqueteria de la montaña, que al pie del rellano donde primero no habia visto mas que un lugar de descanso, ostenta toda la riqueza inesperada del valle mas lindo tal vez de la Suiza.

Es una cosa notable ademas el cuidado que se toma la naturaleza en mostrarse siempre bajo su mas ventajoso aspecto, ya ostenta su gracia, ya su fuerza, ó su riqueza, ó su aspereza. En medio de tantos picos y rocas á cuya cima nadie puede alcanzar mas que los gamos y las águilas, el hombre encuentra siempre una roca accesible, y desde alli con la vista abarca del modo mas favorable las líneas del paisage que se estiende bajo sus pies: parece que la naturaleza, coqueta como una muger, indiferente al voto de los animales, necesita para lisongear su orgullo los homenages del hombre, y semejante á las reinas que conocen la debilidad de su sexo, no puede permanecer en su trono sin hacer sentar en él á un rey.

En aquel rellano de Meyringen deben nacer en el alma estas reflexiones mas que en cualquiera otra parte. Despues de dos horas de camino por un pais medianamente hermoso en donde no se encuentra para distraer la vista del fatigoso aspecto de un doble muro de montes, mas que en un salto de agua bastante elevado, pero tan delgado que le llaman la cascada de la cuerda, (Seilibach) divísase de repente sin preparacion, cual si levantasen un telon, uno de los paisages mas variados y maravillosos que jamás han recompensado al viagero de su fatiga, deberia decir que se las habia hecho olvidar.

Despues de haber permanecido media hora absortos en la contemplacion de aquel espectáculo que no sabria reproducir la pluma sobre el papel, ni el pincel sobre el lienzo, nos encaminamos hácia la cascada de Reichembach, cuya caida no podiamos ver todavia, aunque ya nos indicaba su sitio una polvareda de agua parecida al vapor que arroja la boca de un volcan.

Para llegar á ella tuvimos que subir una cuesta tan rápida que han tenido que hacer escalones para llegar á su cumbre. Desde el rellano que forma se mira al abismo á donde el agua precipita su caida: alli se estrella á ochenta pies debajo de los que la contemplan, y volviendo á subir luego en una polvareda da un rocio bastante espeso que obliga á meterse en una casita construida con el solo objeto de resguardar de aquella lluvia que viene de la tierra en vez del cielo.

Allí como en otras muchas partes de la Suiza se vende un gran número de juguetes de madera esculpidas con el cuchillo, que por la gracia de sus formas y bien rematado del trabajo, son mas preciosos que muchas de las obras que salen de nuestras manufacturas. Son azucareros con guirnaldas de yedra ó de encina con un gamo por tapadera, cucharas y tenedores esculpidos como los de la edad media, y en fin, copas que recuerdan las que disputaban por sus cantos los pastores de Virgilio. Estos objetos se suelen vender muy caros algunas veces: yo vi vender en cien francos un par de estàs copas.

Desde la casita en donde está el almacen general, bajamos á otro rellano situado á cien pies debajo de aquella, y desde alli descubrimos la caida inferior del Reichenbach en donde, por la particular situacion de las rocas el agua se agita y rebota mas. Yo no he visto el Peneo de que habla Ovidio, ni sé si es exacto el cuadro que de él nos hace.

. . . . . Spumosis volvitur undis
Dejectuque gravi tenues agitantia fumus.
Nobila conducit, summasque aspergine silvas
Implicit, et sonitu plùs quam vicina fatigat.

pero lo que yo sé es que esta descripcion se adapta tanto al Reichembach, que yo la plagio

del primer libro de las Metamórfosis para escusarme de hacer otra que probablemente seria menos exacta.

Entonces para llegar á Meyringen apenas faltan mas que diez minutos, y de Meyringen á Brienz dos horas. Llegados á este último pueblo alquilamos una barca y nos dirigimos hácia Geissbach que tiene el privilegio con el Reichembach de dividir el trono de las cascadas del Oberland. Yo no emitiré mi opinion sobre esta importante cuestion, porque cansa todo, hasta las cascadas, y hacia ya cinco ó seis dias que habia visto tanto que comenzaban á fastidiarme todos los nombres que terminaban en *bach*.

Sin embargo, como hubieran tenido por una heregía el que hubiese pasado por delante del Geissbach sin pararme, eché pie á tierra y comencé á subir la montaña desde cuya cima se precipita la cascada en doce caidas cuyo estruendo oiamos ya desde Brienz, esto es, desde una legua.

A la mitad de la subida casi encontramos, al regente Kærli y sus dos hijas que nos aguardaban para ofrecernos la hospitalidad en una hermosa casa de campo cuyo piso principal adornaba un piano ante el cual se sentó, y sus hijas se pusieron inmediatamenie á cantar muchas canciones suizas y dos ó tres tirolesas. Aunque aquella hospitalidad y aquella música no fuesen enteramente desinteresadas, se nos habian ofrecido sin embargo con tanta amabilidad que no hubo medio de creer que cumpliamos con pagar al buen hombre, le dimos las gracias de todos modos. Tan encantado de nosotros, como nosotros pareciamos estarlo de el, nos regaló al marcharnos una estampa litografiada de su retrato y el de sus hijas. Está litografiado acompañando al piano á sus dos hijas cantando en pie detrás de él.

Una singularidad que recompensa el trabajo que se toma al subir el sendero bastante escabroso que conduce á las caidas superiores del Geissbach, es una gruta formada en la roca detrás de uno de las arcos que forma el agua en su caida. Se puede penetrar en ella sin mojarse absolutamente, gracias á la curva que describe la cascada por la rapidez de su salto, y desde allí se ve todo el paisage, es decir, el lago, el lugar de Brienz y de Roth-Horn. Gózase de esta vista al través de una gasa de agua moviéndose ella misma, da una apariencia de vida á los objetos sobre que está tendida, estos á su vez se mueven detrás de ella, perfiles sin color, cual gigantescas sombras chinescas.

Despues de haber dedicado cerca de una hora al regente Kærli y en visitar la cascada nos reembarcamos. Habiendo ofrecido doble propina á los barqueros si llegábamos en menos de cinco horas á Interlaken, voló nuestra barquilla. Pasamos cual aves de mar atrasadas, por delante de una hermosa isleta perteneciente á un general italiano al servicio de la Francia hacia mucho tiempo, y desterrado de su pais, segun creo, se habia retirado allí. Un poco mas lejos nuestros guias nos mostraron el Tanzplaz, peñasco cortado perpendicularmente, en cuya cima hay una magnífica llanura cubierta de cesped; allí iban á bailar en otro tiempo los habitantes de los inmediatos pueblos. Un dia un jóven y una muchacha que no podian conseguir de sus padres licencia para unirse, se citaron: se formó un gran wals, en el que tomaron parte como los demas, solamente que se advirtió que á cada vuelta que daban se acercaban al precipicio; al fin al dar la últimn vuelta se abrazaron mas estrechamente el uno al otro, se les vió besarse, y despues, como si les hubiese arrebatado el ardor del baile, se acercaron al abismo y se precipitaron en él. Al dia siguiente se les encontró en el lago muertos y abrazados aun. Desde entonces se ha mudado el sitio del baile en otro punto del valle.

A las cinco menos cuarto desembarcamos á diez minutos de distancia de Interlaken.

Nuestra espedicion por el lago, en vez de cansarnos nos habia dado fuerzas: podiamos despues de comer todavía dar una vuelta por Hohbuhl, hermoso paseo situado detrás de Interlaken.

Hohbuhl es un jardin inglés que se estiende desde la base hasta la cima de un pequeño terreno de tres ó cuatrocientos pasos de alto; por entre las árboles se pueden ver al paso y á medida que se suben las partes aisladas del panorama que desde arriba se abarcan en todo su conjunto. Fuera de la maravillosa perspectiva que desde allí se goza no ofrece nada notable mas que un banco en el que grabaron sus nombres Enrique de Francia, Carolina de Berry y Francisco de Chateaubriand en las épocas en que pasaron por Interkalen.

Al volver, en la posada hallé á Willer que me preguntó por donde contaba salir del Oberland al dia siguiente para ir á los pequeños cantones. Tres caminos podia elegir en las montañas: el monte Brunig, el Grimsel ó el Gemmi. Me decidí por el Gemmi que conocia por su fama. Al dia siguiente tuve la satisfaccion de conocerlo tambien de vista, lo que quiere decir que si alguna vez vuelvo á Interlaken saldré entonces por el Grimsel ó el Brunig.

EL MONTE GEMMI (1).

Debiamos partir de Interlaken á las cinco de la mañana en una carretela que debia con-

(1) Se pronuncia Ghemmi.

ducirnos hasta Kanderstg, lugar en donde el camino cesa de ser practicable para los carruages; era siempre ahorrar á nuestras piernas la mitad del camino; y como teniamos catorce leguas que hacer aquel dia para ir á los baños de Louëche y en la última parte del camino pasar una de las mas rudas montañas de los Alpes, estas seis leguas de atajo no eran cosa de despreciar. Asi es que, fuimos tan exactos como los militares. A las seis ya estábamos internados en el valle de la Kander, donde subimos la orilla durante el espacio de tres ó cuatro leguas; en fin, á las diez de la mañana recuperábamos nuestras fuerzas al rededor de una mesa bastante bien servida de la fonda de Kanderstg para la ascension que debiamos emprender: á las once ajustamos nuestras cuentas con el cochero, y diez minutos despues estábamos en camino con nuestro bravo Willer, que no debia separarse de mí hasta Louëche.

Durante legua y media poco mas ó menos, costeamos por un camino bastante fácil la base de la Blumlisalp, esta hermana colosal de la Yungfrau, que ha recibido ahora en cambio de su nombre de Montaña de las Flores, uno mas espresivo y mas en armonía, sobre todo con su aspecto, el de *Wild-Frau* (muger salvage). Sin embargo, por cerca que estuviese del Wild-Frau, olvidé la tradicion que le pertenece y en que una maldicion maternal forma el desenlace, para pensar en otra leyenda y en otra maldicion mas terrible de la cual Werner ha hecho su drama del *Veinte y cuatro de febrero*. La posada donde debiamos llegar dentro de una hora era la posada de Schwarrbach.

¿Conoceis este drama moderno en el que Werner ha trasportado el primero la fatalidad de los tiempos antiguos, esa familia de labradores que la venganza de Dios persigue como si fuese una familia real, esos pastores Atridas que durante tres generaciones en dia y hora fija, vengan los unos en los otros, hijos en padres, padres en hijos, los crímenes de hijos y de padres; este drama, que es necesario leer á media noche, durante la tempestad, á la luz de una lámpara moribunda; si no habeis jamás tenido miedo, sentireis entonces por la primera vez correr por vuestras venas el estremecimiento del miedo; este drama, en fin, que Werner lanzó en la escena sin osar tal vez ver su representacion, no por adquirirse un título de gloria, sino para desembarazarse de un pensamiento devorador que mientras existiese le roia incesantemente como el buitre á Promoteo?

Escuchad lo que Werner dice él mismo en su prólogo á los hijos y á las hijas de Alemania: «Cuando acabo de purificarme delante del pueblo, despertado por la confesion sincera de mis errores (1) y mis faltas contra él, quiero aun desprenderme de ese poema de horror que antes que mi voz lo cantase, turbaba como una nube borrascosa mi razon oscurecida, y que cuando le cantaba resonaba en mis oidos como el grito agudo de el buho... de ese poema urdido durante la noche, parecido al eco del estertor de un moribundo, que aunque débil, llena de terror hasta las médulas de los huesos.»

(1) Werner, de luterano que era, acababa de hacerse católico.

¿Ahora quereis saber lo que es este poema? Voy á deciroslo en dos palabras.

Un labrador habita con su padre una de las cumbres mas altas y escabrosas de los Alpes: el deseo de una compañera se hace sentir en el jóven Kuntz y á pesar del anciano se desposa con Trueda, hija de un pastor del canton de Berna que solo ha dejado al morir libros viejos, largos sermones y una hija hermosa.

El anciano Kuntz ve con pesar entrar una ama en la casa de que era dueño: de aqui querellas interiores entre el suegro y la nuera, querellas en las cuales, el marido, herido en la persona de su muger se irrita de dia en dia contra su padre.

Una tarde, era el 24 de febrero, vuelve alegre de una fiesta dada en Louëche. Entra con la alegria en la frente y cantando. Encuentra al anciano Kuntz regañando y á Trueda que llora. La desgracia interior velaba á la puerta qne él acababa de pasar.

Cuanta mas alegría tenia en su corazon, ahora es mayor su cólera. Sin embargo, su respeto hácia el anciano le cierra la boca, el sudor corre por su frente y se muerde sus apretados puños, la sangre le hierve y sin embargo calla. El anciano se irrita cada vez mas.

Entonces el hijo le mira riéndose con aquella risa amarga y convulsiva de un condenado: toma una hoz colgada en la pared:—La yerba va bien pronto á crecer, le dice, es necesrio que yo afile este instrumento. Caro padre, podeis continuar vuestro regaño, yo voy á acompañaros con musica.—Despues, afilando su hoz con el auxilio de un cuchillo cantaba una linda cancion de los Alpes, fresca y sencilla como una de esas flores que se abren al pie de las neveras:

En la cabeza un sombrero
Hornado de florecillas
La camisa de pastor
Con largas y bellas cintas.

Durante este tiempo, el anciano temblaba de rabia y prorumpia en amenazas.

El hijo seguia cantando siempre. Entonces el anciano, fuera de sí, arrojó á la muger uno de esos dictados injuriosos que enrojecen la faz de un marido. El jóven Kuntz se levantó furioso, pálido y temblando. El cuchillo, el cuchillo maldito con el cual afilaba su hoz se le escapó de las manos, y guiado sin duda por el demonio que vela por la perdicion del hombre,

fué á herir al anciano. El anciano cayó y volvió á levantarse para maldecir al parricida, despues volvió á caer y espiró.

Desde este momento la desgracia entró en la choza estableciéndose en ella como un huésped á quien no se puede arrojar. Kuntz y Trueda continuaron amándose sin embargo, pero con ese amor salvage, triste y monótono sobre el cual se ha derramado sangre. Seis meses despues la jóven parió. Las últimas palabras del moribundo habian herido al niño en el seno de su madre. Y como Cain, llevaba en sí el signo de maldicion, una hoz sangrienta en el brazo.

Algun tiempo despues ardió la granja de Kuntz, la mortandad entró en sus ganados, la cima del Renderhorn se desmoronó como empujada por una mano vengadora; una avenida de nieve cubrió la tierra en una superficie de dos leguas, y debajo de aquella nieve estaban sepultados los fértiles campos del parricida. Kuntz, no teniendo ya ni granja ni tierras, de propietario que era se hizo posadero. En fin, cinco años despues de haber nacido el niño Trueda parió una niña. Los esposos creyeron la cólera de Dios desarmada, pues esta niña era hermosa y no tenia ninguna señal de maldicion sobre su cuerpo.

Una tarde, era el 24 de febrero, la niña tenia entonces dos años y el niño siete, los dos niños jugaban en el umbral de la puerta con el cuchillo que habia muerto á su abuelo; la madre acababa de degollar una gallina, y el niño con aquel placer de sangre tan peculiar en la juventud en quien la educacion no lo ha borrado, lo habia presenciado: Ven, dijo á su hermana, á jugar juntos, yo seré la cocinera y tú la gallina.—El niño tomó el cuchillo maldito, arrastró á su hermana detras de la puerta de la posada; cinco minutos despues la madre oyo un grito, acudió: la niña estaba bañada en sangre, su hermano acababa de cortarle el cuello. Entonces Kuntz maldijo á su hijo como su padre le habia maldecido á él.

El niño se escapó. Nadie supo qué fué de él.

A contar desde este dia todo fué de mal en peor para los habitantes de la choza. Los peces del lago murieron, las cosechas fueron estériles, las nieves que ordinariamente se derretian en los grandes calores del estio cubrieron la tierra como una mortaja eterna; los viageros que mantenian la pobre posada se hicieron cada vez mas raros porque el camino llegó á ser cada vez mas difícil. Kuntz se vió obligado á vender los últimos bienes que le quedaban en la choza, y se hizo inquilino de aquel á quien se la habia vendido, y vivió muchos años con el precio de aquella venta; despues, un dia se encontró tan pobre que no pudo pagar el alquiler de aquellas miserables tablas que el viento y la nieve habian lentamente desunido, como para llegar hasta la cabeza del parricida.

Una tarde, era el 24 de febrero, Kuntz entró en su casa de vuelta de Louëche; se habia puesto en camino por la mañana para suplicar al propietario que le perseguia le concediese algun tiempo. Este le habia enviado al bailio y el bailio le habia condenado á pagar en veinte y cuatro horas. Kuntz habia estado en casa de sus amigos ricos; les habia rogado, implorado y conjurado en nombre de lo que tuviesen mas sagrado en el mundo, salvar á un hombre de la desesperacion. Ni uno de ellos le habia tendido la mano. Encontró un mendigo que partió su pan con él. Llevó aquel pan á su muger, lo arrojó sobre la mesa diciéndola: Come el pan entero, muger, yo he comido allá abajo.

Entonces habia una tempestad horrorosa, el viento rugia alrededor de la casa como un leon alrededor de un establo, la nieve caia cada vez mas espesa como si la atmósfera fuese por fin á condensarse; las cornejas y los buhos, pájaros de muerte á quienes la destruccion alegra, se regocijaban en medio del desórden de los elementos como los demonios de la tempestad, y llegaban atrevidos por la claridad de la lámpara á golpear con la punta de sus pesadas alas los vidrios de la cabaña donde velaban los dos esposos que sentados el uno en frente del otro osaban apenas mirarse; y cuando se miraban, separaban inmediatamente la vista, espantados de los pensamientos que se leian en sus frentes. En este momento llamó á la puerta un viagero, los dos esposos se estremecieron.

El viagero llamó por segunda vez; Trueda salió á abrir.

Era un hermoso jóven de veinte á veinte y cuatro años, con la blusa de cazador, con un morral y un cuchillo de monte al lado; llevaba alrededor del cuerpo un cinto para dinero y pendiente de él un par de pistolas En una mano llevaba una linterna próxima á apagarse, y en la otra un largo palo con punta de hierro.

Al ver aquel cinto Kuntz y Trueda cambiaron una mirada rápida como un relámpago.

—Seais bienvenido, dijo Kuntz, y alargó la mano al viagero. ¿Os tiembla la mano? añadió.

—Es de frio, respondió éste mirándole con una espresion muy estraña.

Dicho esto sentóse, sacó de su morral pan, kirchenwaser, un pedazo de torta y una gallina asada, y convidó á sus huéspedes á cenar con él.

—Yo no como gallina, dijo Kuntz.

—Ni yo, dijo Trueda.

—Ni tampoco yo, dijo el viagero.

Todos tres cenaron únicamente con la torta; pero Kuntz bebió mucho.

Acabada la cena entró Trueda en una pieza contigua, estendió por el suelo un poco de paja, y salió á decir al estrangero: vuestra cama está lista.

—Buenas noches, dijo el viagero.

—Dormid en paz, respondió Kuntz.

El viagero entró en su cuarto, cerró la puerta y se puso de rodillas para orar.

Trueda se fué á echarse en su cama.

Kuntz dejó caer su cabeza entre sus dos manos.

Al cabo de un instante, púsose en pie el viagero, desató su cinto que le sirvió de almohada, y colgó de un clavo sus vestidos; pero como estaba mal clavado cayó en el suelo arrastrando consigo la ropa que debia sostener.

El viagero trató de clavarlo otra vez en la pared dándole con el puño, la fuerza y sacudida de aquellos golpes hicieron caer alguna cosa colgada en la parte esterior del cuarto. Kuntz se estremeció, buscando tímidamente con los ojos el objeto cuya caida acababa de distraerle de la meditacion. Era el cuchillo dos veces maldecido que habia muerto al padre por la mano del hijo, y á la hermana por la del hermano, que habia caido cerca de la puerta del cuarto que ocupaba el forastero.

Kuntz se levantó para ir á recogerlo, y al bajarse su mirada penetró por el ojo de la llave en el cuarto de su huésped. Este dormia con la cabeza apoyada sobre el cinto. Kuntz se quedó con la vista clavada en la cerradura, y la mano sobre el cuchillo. La lámpara se apagaba en el cuarto del estrangero.

Kuntz se volvió hácia Trueda para ver si dormia, Trueda estaba apoyada sobre el codo con los ojos fijos, miraba á Kuntz.—Levántate y alúmbrame puesto que no duermes, dijo Kuntz.

Trueda tomó la lámpara; Kuntz abrió la puerta, y los dos esposos entraron.

Kuntz puso la mano izquierda sobre el cinto. Tenia el cuchillo en la mano derecha. El estrangero hizo un movimiento. Kuntz hirió. El golpe estaba dado con tanta seguridad que la víctima no tuvo fuerza mas que para decir estas dos palabras: ¡Padre mio!

Kuntz acababa de matar á su hijo.

El jóven se habia enriquecido en el estrangero, y volvia á partir su fortuna con sus padres.

He aquí el drama de Werner y la leyenda de Schwanbach.

Puede juzgarse hasta que punto tal recuerdo me preocupaba. El deseo de ver la posada que habia sido el teatro de aquellos terribles sucesos me habia sobre todo determinado á tomar el camino del Monte Gemmi. Habia en verdad una legua mas allá de la posada, cierta bajada que las gentes mismas del pais miran como una de las mas espantosas gargantas de los Alpes; lo que no me prometia para mi cabeza tan dispuesta á los vértigos una gran libertad para admirar el trabajo de los hombres que han abierto aquella bajada, y el capricho de Dios que ha levantado allí rocas contra las cuales se ha formado esta especie de escalera. A fuerza de pensar en la posada y en el camino fácil que á ella conduce concluí por no reflexionar en el infernal camino por el que de ella se sale.

Mientras resolvia en mi imaginacion todo aquel drama, ya habiamos subido á la montaña. Al llegar á su cumbre sentimos de pronto un aire frio. Mientras subimos habia pasado sobre nuestras cabezas y no lo habiamos sentido. Llegados á la cima nada nos resguardaba de él, y bajaba en terribles bocanadas desde los pinos del Altels y del Gemmi, como para custodiar el dominio de la muerte y rechazar de ella á los vivos hácia el valle en donde pueden vivir.

Imposible era ademas inventar una decoracion mas en armonía con el drama: detrás de nosotros, el delicioso valle de la Kander (Kander-Thal), jóven, risueño y verde: delante la nieve helada y las desnudas rocas: despues, en medio de aquel desierto, cual una mancha sobre una sábana mortuoria la maldita posada que presenció la escena que acabamos de contar.

A medida que me aproximaba era mas viva la impresion. Me disgustaba el cielo de un azul trasparente y el radiante sol que iluminaba aquella cabaña: hubiera querido ver la atmósfera oscurecida por las nubes: hubiera querido oir los silbidos de la tempestad desencadenada alrededor de aquella cabaña. Nada de esto habia. Al menos, sin duda la facha salvage de nuestros huéspedes creí que estaria en armonía con los recuerdos que le rodeaban. Tampoco: dos hermosas criaturas blancas y sonrosadas, un niño y una niña, jugaban sobre el dintel de la puerta abriendo agujeros en la nieve con un cuchillo. ¡Un cuchillo! ¿cómo tenian sus padres bastante imprudencia para dejar todavía un cuchillo allí en manos de sus hijos? Se lo arranqué vivamente: el pobre niño se lo dejó coger y se echó á llorar.

Entré en la cabaña, su dueño se dirigió á mí: era un hombre grueso de treinta y cinco á cuarenta años, muy robusto y muy alegre.

—Tomad, le dije, aquí teneis un cuchillo que he quitado á vuestro hijo que jugaba con su hermana. No dejeis semejante arma entre sus manos, ya sabeis lo que de ello podria resultar.

—Graçias, señor, me dijo mirándome con asombro, pero no hay peligro en esto.

—¡Desgraciado! ¡no hay peligro! ¿y el 24 de febrero?

El dueño de la casa hizo un marcado gesto de impaciencia.

—¡Ah! dije, ¿habeis comprendido? Al mismo tiempo eché la vista en torno mio: la disposicion de la cabaña era seguramente la misma que en tiempo de Kuntz. Nos hallábamos en la primera habitacion: en frente de nosotros en un hueco habia no la mala cama de Trueda, sino un bonito lecho suizo tan ancho como largo: á la izquierda estaba el cuarto donde habia sido asesinado el viagero. Fuí á la puer-

ta de aquel cuarto, lo abrí: habia una mesa puesta esperando para comer á los viageros que diariamente pasan. Miré al suelo, me parecia que iba á hallar en él las manchas de sangre.

—¿Qué buscais, caballero? me dijo el dueño: ¿habeis perdido alguna cosa?

—¡Cómo! dije yo respondiendo á mi pensamiento y no á su pregunta, ¿habeis tenido la idea de hacer un comedor de este cuarto?

—Porque no habia de poner en él una cama como habia hecho mi predecesor. Una cama es una cosa inútil aqui donde pocos viajeros se detienen á pasar la noche.

—Ya lo creo, despues del horrible suceso de que ha sido testigo esta cabaña...

—¡Vamos, otro que tal! murmuró con mal humor que no trató de ocultar el posadero.

—¿Pero cómo habeis tenido, continué diciéndole, valor de venir á habitar esta casa?

—No he venido á habitarla, señor mio, siempre ha sido mia.

—¿Pero y antes de ser vuestra?

—Era de mi padre.

—¿Con que sois el hijo de Kuntz?

—No me llamo Kuntz, me llamo Hantz.

—Si, habeis cambiado de nombre y habeis hecho bien.

—No he cambiado de nombre, y á Dios gracias espero no cambiar de él nunca.

—Comprendo, me dije interiormente, Werner no habrá querido.

—Mirad, caballero, espliquémonos, me dijo Hantz.

—Mucho me alegro de que prevengais mis deseos, yo no me hubiera atrevido á pediros detalles de acontecimientos que parece tan de cerca os tocan, mientras que ahora vais á decirme...... ¿no es esto?

—Si, voy á deciros lo que he dicho veinte veces, cien veces, mil veces: voy á deciros lo que hace quince años me tiene condenado á mí y á mi muger, lo que concluirá por hacerme hacer un desatino.

—¡Ah! ¡los remordimientos! me dije á mí mismo á media voz.

—Porque, continuó con desesperacion, semejante persecucion cansaria la paciencia del mismo Calvino. No hay aqui tal 24 de febrero, ni Kuntz, ni asesinato: esta posada es tan segura como el regazo de una madre para su hijo: mejor que nadie lo sabe el tunante que es causa de todo esto, pues que ha permanecido aqui quince dias.

—¿Kuntz?

—No señor, os digo que jamás ha habido aqui á veinte leguas á la redonda un solo hombre que se llame Kuntz, sino un miserable, un tal Werner.

—¡Cómo! ¿el poeta?

—¿Poeta?

—Si señor, el poeta: asi es como le llaman todos.

—¡Pues bien! caballero, el poeta vino á casa de mi padre. ¡Mas hubiera valido para su descanso en el otro mundo, y para el nuestro en este, que se hubiera roto la cabeza al trepar la roca que vais á bajar! Vino en 1813, me acuerdo como si fuese hoy mismo, era un hombre de noble y honrada cara, caballero; imposible sospechar nada de él. Asi, cuando pidió á mi pobre padre quedarse ocho ó diez dias con nosotros, mi padre no tuvo dificultad en ello, únicameute le dijo:—No estareis muy bien, no tengo mas que un cuarto que daros. El otro, que tenia sus miras, respondió:—Bueno es. Entonces le instalamos aqui donde estais. Debiéramos de haber sospechado algo sin embargo, porque desde la primera noche se puso á hablar alto como un loco. Yo crei que se hallaba enfermo: me levanté para mirar por el ojo de la cerradura, daba miedo: se hallaba pálido, tenia los cabellos echados hácia atrás, los ojos tan pronto clavados en un punto, tan pronto convulsivamente agitados: habia momentos en que permanecia inmóvil como una estátua, de repente gesticulaba como un endemoniado, despues escribia, escribia..... patitas de mosca que por lo regular siempre son mala señal; si bien esto no duró mas que quince dias, ó mejor dicho quince noches, porque durante el dia se paseaba alrededor de la casa. Yo soy el que le guiaba. En fin, despues de quince dias nos dijo:—Buenas gentes, ya he concluido, os doy las gracias.—No hay de qué, contestó mi padre, puesto que os he ayudado muy poco. Pagó, debo decirlo, pagó bien y despues partió.

Un año se pasó tranquilamente sin que volviésemos á oir hablar de él. Una mañana, era en 1815 segun creo, dos viageros entraron y miraron con atencion el interior de nuestra posada.—Toma, dijo uno, hé ahi la hoz.—Toma, dijo el otro, hé ahi el cuchillo. Era una hermosa hoz nueva que acababa yo de comprar en Kanderstg, y un cuchillo viejo de cocina que no servia ya mas que para partir azúcar, y que estaba colgado de un clavo cerca de la puerta del gabinete; les miramos con sorpresa mi padre y yo, cuando uno de ellos se acercó y me dijo:—¿No es aquí, amigo, donde tuvo lugar el 24 *de febrero* aquel horrible asesinato?

Quedamos mi padre y yo estupefactos.

—¿Qué asesinato? dije yo.

—El asesinato cometido por Kuntz en su hijo. Entonces les contesté lo que acabo de responderos.

—¿Conoceis á Mr. Werner? continuó el viagero.

—Si señor, es un bravo y escelente sugeto, que ha pasado quince dias aqui hace dos años, segun creo, y que no tiene mas que un defecto, que es escribir y hablar toda la noche en lugar de dormir.

—Pues bien, tomad lo que ha escrito en vuestra posada y sobre vuestra posada.

Entonces nos dió un librito que llevaba por título el 24 *de febrero*. Hasta ahí no habia na-

da de malo: el 24 de febrero es un dia como otro cualquiera y no tuve nada que decir; pero no bien leí treinta hojas, cuando el libro se me cayó de las manos. Eran mentiras; pero ¡qué mentiras! y sobre todo mentiras sobre nuestra pobre hostería; y todo eso para arruinar al desgraciado posadero. Si le habiamos llevado demasiado caro por los dias que pasó, podia muy bien haberlo dicho, ¿no es verdad? No es uno un turco para ahogar á nadie; pero no, si no dijo nada; pagó y aun dió para beber, y luego el hipócrita va á escribir que nuestra casa..... ¡Si eso hace estremecer! ¡Si es una indignidad! ¡es una infamia! Asi que venga un poeta aqui que yo le vea, no se me escapará de entre las manos. ¡Oh! el pagará por su camarada.

—Pero, ¿nada de lo que cuenta Werner ha pasado?

—Nada, nada absolutamente, es decir, ni la menor cosa. Mi huésped rabiaba.

—Entonces concibo que las preguntas que os hacen sobre esto, os deben ser sumamente impertinentes.

—Enfadosas decid, señor. Decid...... Y se agarraba los pelos con las manos, decid... ¡No encuentro palabra! Es hasta tal punto, que no pasa alma viviente que no me repita la misma cancion mientras la hoz y el cuchillo estén ahí. Mirad, dicen, ahí está la hoz y el cuchillo. Mi padre los quitó un dia porque ya se cansaba oir repetir siempre la misma cosa. Entonces era otra cancion.—¡Ah! ¡ah! decian los viageros, han retirado la hoz y el cuchillo, pero ved ahí el cuarto aun.—¡Diablo! si, si, tienes razon, es verdad ¡Ah, caballero! era para desesperarse uno: han abreviado la vida de mi padre por mas de diez años. Oir decir tales cosas sobre la casa en que uno ha nacido, oirlas decir por todo el mundo, y en todos los dias, y por lo regular dos veces mas que una; esto es inaguantable, daria la barraca por cien escudos. Os la doy, y tambien el moviliario, me marcharé, y asi no oiré hablar mas ni de Werner, ni de Kuntz, ni de la hoz, ni del cuchillo, ni del 24 de febrero, ni de nada.

—Vamos, vamos, patron, calmaos y dadnos de comer, esto valdrá mas que el desesperaros.

—¿Qué es lo que quereis comer, respondió nuestro hombre, calmándose de repente, y levantando la punta de su delantal?

—Algo de volatería.

—Si, si, aves, ya podeis tratar de buscarlas. Cuando habia gallinas era otra cosa, pero ahora. ¿No sabeis que aquel condenado puso una en su libro? ¡Una gallina! ¿Habeis visto cosa semejante? O no le debian gustar ó lo hizo por hacernos mal.

—Todo lo que querais, poco me importa: disponed cualquier cosa, en tanto que voy á dar un paseo por esos alrededores.

—Dentro de media hora estará pronta la comida.

Salí lamentando muy sinceramente la desesperacion de aquel pobre hombre: porque la influencia de la palabra del poeta es tan poderosa, que donde quiera que la siembra lo llena á su placer de recuerdos felices ó funestos, y convierte los seres que lo habitan en ángeles ó demonios.

Comencé mi paseo: pero la relacion de Hantz habia disipado casi toda la ilusion del paisage. El aspecto no dejaba de ser gigantesco y salvage; pero el principio vivificante habia desaparecido. El posadero habia con un soplo destruido el fantasma del poeta, y lo habia hecho desaparecer. Aquella naturaleza era imponente; pero despoblada é inanimada: habia nieve, pero sin manchas de sangre: asemejábase á una mortaja; pero no envolvia ningun cadáver.

Este desencanto abrevió una hora lo menos mi paseo topográfico por la cima donde habiamos llegado, pues me limité á echar un vistazo hácia el Oriente por encima de las dos cumbres que han dado á la montaña el nombre de *Gemmi*, derivado probablemente de *Geminus*; y otro al Oeste por encima de la inmensa nevera de Lammero, siempre *muerta y azul* cual la vió Werner. El lago del Daube (*Dauben see*) y el derrumbadero del Renderhorn los habia visitado ya, uno á la ida, y debia costear el otro al volver. Volví al cabo de media hora, y mi huésped fué muy puntual, pues ya me lo hallé de pie al lado de una mesa con abundante comida.

Al marcharme ofrecí al pobre Hantz que haria todo lo posible para disipar la *calumnia* de que era víctima. He cumplido mi palabra, y si alguno de mis lectores pasa alguna vez por la venta de Schwanbach, le quedaré muy agradecido si tiene la bondad de decir á Hantz que en este libro, sin el cual, jamás probablemente hubiera tenido noticia del poema de Werner: he referido con verdad el origen de él.

A distancia de un cuarto de hora, nos encontramos en la orilla del pequeño lago del Daube, que con el del San Bernardo y el del Taulhorn es uno de los mas altos del mundo conocido. De ahi es que como los otros dos está tambien desierto, porque no se puede sufrir la temperatura de sus aguas, ni aun en el rigor del verano.

Despues de haber pasado el lago, entramos en un pequeño despoblado, al fin del que hallamos una quinta abandonada, Willer me dijo que la bajada empezaba al pie de aquella casa. Curioso por ver aquel paso estraordinario, y recobrando la fuerza mis piernas, cansadas de andar durante tres horas por mal camino, apresuré el paso á medida que adelantaba, de modo que llegué corriendo á la casa de campo.

Dí un grito, cerré los ojos, y me dejé caer de espaldas.

No sé si mis lectores habrán esperimentado alguna vez la terrible sensacion de un vértigo, ni si al medir con la vista un gran pre-

cipicio, han sentido alguna vez el irresistible impulso de arrojarse en él; no sé si se les han erizado los cabellos ni si han sentido correr el sudor por la frente, ni si se les han contraido los músculos de su cuerpo, estirándoseles despues cual los de un cadáver galvanizado por la pila de Volta; pero si le han esperimentado conocerán un puñal introducido en la carne: ni el plomo derretido en las venas, ni la fiebre que corre en las vértebras causan una sensacion tan aguda como el de aquel estremecimiento que en un instante se apoderan de todo el cuerpo, y por eso no necésito decir nada mas. Habia llegado corriendo hasta la orilla de una roca perpendicular de mil seiscientos pies de altura sobre el lugar de Louëche, y si doy un paso mas, sin remedio me hubiera precipitado, en aquel profundísimo abismo.

Willer echó á correr tras de mí y me encontró sentado: apartó mis manos con las que me tapaba los ojos, y al ver que me desmayaba, me puso en los labios un frasco de kirchenwaser: sorbí un buen trago, y cogiéndome Willer por el brazo, me llevó hasta la puerta de la cabaña. Le ví entonces tan asustado al verme tan pálido, que recobrando mi fuerza moral sobre aquella sensacion física, me eché á reir para calmar su terror; pero aquella risa era una risa estridente, como la de los condenados que moran en el lago helado del Dante.

Con todo al cabo de pocos minutos ya me habia repuesto. Habia sentido lo que en circunstancias semejantes esperimento, un trastorno en todas mis facultades seguido de un completo reposo, porque la primera sensacion es de la parte física que domina instintivamente á la moral, y la segunda es, la moral que recobra su poder racional sobre la física. Cierto es que generalmente el segundo movimiento es mas penoso y sensible que el primero, y que se padece mas al recobrar la cabeza que cuando se halla uno trastornado.

Me puse en pie tranquilamente, y me dirigí de nuevo hácia el precipicio cuya vista habia causado en mí el efecto que he tratado de escribir. Se presentaba una sendita de dos pies y medio de anchura, por la que comencé á caminar con paso en apariencia tan firme como el de mi guia, únicamente que por temor de que mis dientes se rompiesen unos con otros me puse en la boca el pañuelo hecho veinte pliegues.

Durante dos horas bajé siempre dando vueltas y teniendo siempre tan pronto á mi derecha como á mi izquirda un precipicio escarpadísimo y llegué á Louëche sin haber pronunciado ni una sola palabra.

—¡Infeliz! me dijo Willer, ya veis que esto no ha sido nada.

Saqué entonces mi pañuelo de la boca y se lo enseñé; todo él estaba cortado como con una navaja de afeitar.

LOS BAÑOS DE LOUECHE.

Estaba tan fatigado al llegar á los baños de Louëche, que dejé para el dia siguiente la visita que me proponia mi guia Willer y la comida que me ofrecia el posadero, reclamé en cambio la cama que ni el uno ni el otro pensaba mandarme hacer.

Al dia siguiente entró Willer en mi cuarto á las nueve: era el momento de visitar los baños, pues los enfermos van á ellos antes de desayunarse. Mas gana tenia de dejarlos sumergirse á su placer en su piscina y de permanecer en la cama, á riesgo de perder aquella escena de ablucion que me habian dicho ser muy curiosa, pero Willer fué inexorable, y tuve que contentarme con catorce horas de sueño.

A veinte pasos de la posada encontramos la gran fuente de San Lorenzo, que abastece los baños, pues otros doce ó quince manantiales de agua termal que brotan en las inmediaciones se pierden sin utilizarse en el Dala, y nadie ha pensado nunca en sacar algun partido de ellos.

El aspecto de los baños de Louëche es en todo distinto del que ordinariamente presentan los establecimientos de este género; la ablucion, se hace no en gabinetes separados como en Aix, sino en comun, mezclados hombres y mugeres, lo que presenta un golpe de vista enteramente patriarcal.

Figúrese un estanque de la Escuela de natacion, y rodeado de una galería embaldosada con dos puentes perpendiculares uno á otro formando por su reunion una cruz latina, y en cada una de sus divisiones unos treinta bañistas apiñados, resultando para las cuatro un total de ciento veinte personas herméticamente encerradas en peinadores de franela, y no dejando ver á flor de agua mas que una coleccion de cabezas empelucadas ó engorradas á cual mas grotescas. Agréguese á esto que cada una de aquellas cabezas tiene delante de si una tabla de pino ó un corcho sobre la cual, con el auxilio de las manos, cuyos brazos no se ven, hace todo lo que tiene que hacer, come, bebe, hace calceta, juega á los naipes, y todo con tanta mas soltura y facilidad como que posee ademas un asiento movible que le sirve para cambiar de sitio, y con el que se coloca como le conviene, tan pronto en una esquina, tan pronto en otra, no teniendo para trasladarse mas que mover su mesita que le sigue por medio de un hilo, y el taburete invisible atado á la parte del cuerpo que no se ve en la superficie del agua. Ademas, la frecuencia de esos cambios de posicion, varia según el carácter de los bañistas. Hay tal per-

sonage apático que se está sus dos horas con la nariz vuelta hácia la pared y sin moverse de donde se ha colocado; tal político que se duerme leyendo un periódico cuya parte inferior se empapa en el agua y se encuentra descompuesta hasta el título cuando se despierta; tal enredador que se pasea en todas direcciones, teniendo siempre que decir algo al bañista mas distante: tropezándolo y derribándolo todo para llegar hasta él, hablando á un tiempo á su hijo que llora en el puente, á su muger que no sabe jamás donde encontrarle, y á su perro que ladra dando vueltas al rededor de la galería.

Los tres primeros estanques que visité me presentaron el mismo aspecto; únicamente el último, me ofreció un episodio que no olvidaré jamás.

En medio de aquellas ridículas cabezas aparecia el rostro pálido y melancólico de una jóven de diez y ocho años casi: no ocultaba sus negros cabellos bajo el gorro ó cofia de los demas bañistas; tenia cubierta su mesita no de vasos ni tazas, sino de rhododendron, jenciana y no me olvides (mio sotys) con que hacia un ramillete. El agua termal daba á estas plantas un brillo y una frescura que no podia dar á aquella jóven; parecia una flor muerta y arrancada de su tallo, en medio de aquellas flores vivas con que adornaba su frente y su pecho, cantando como Ofelia, loca y dispuesta á morir, cuando solo su cabeza y sus manos salian aun del arroyo en que se ahogó.

Es muy posible que si yo hubiera hallado aquella jóven en el paseo, en el baile, en el teatro, en cualquiera parte, en fin, fuera de aquella reunion, no hubiese fijado mi atencion en ella; quizá su cuerpo me hubiera parecido desgarbado, ordinario su modo de andar, desagradable su voz: hubiera pasado delante de mí como por delante de un espejo, reflejándose en él, pero sin dejar recuerdo alguno; mas allí, en aquel cuadro esculpido por Callot, yo veré siempre en ella una vírgen de Rafael.

Despues de haberla mirado bien, cerré los ojos y me alejé sin preguntar su nombre ni su edad; y apenas habia andado cuatro pasos oí decir al médico, hablando de ella: ¡*Dentro de un mes habrá muerto*!

Sofocado en aquella atmósfera tibia entre aquellas húmedas paredes, salí enteramente bañado de sudor. El cielo estaba cubierto de su velo azul, la tierra llevaba su trage de gala.

¡*Dentro de un mes habrá muerto*!

¡Muerta en medio de esta naturaleza tan jóven, tan robusta y tan viva!

Pasé por delante del cementerio y volví á recordar estas palabras cual un eco:

¡*Dentro de un mes estará muerta*!

Así desde ahora ya pueden los padres de esta hija querida hacer venir al sepulturero y decirle:—Poneos á trabajar sin perder tiempo, orque esa hermosa jóven que veis que Dios nos habia dado con una sonrisa, la que causaba nuestra alegría en el pasado, nuestra felicidad en lo presente y nuestra esperanza en el porvenir, ¡*dentro de un mes estará muerta*.

¡*Muerta*! es decir sin voz, sin aliento, sin miradas; ella cuya voz es tan armoniosa, cuyo aliento tan puro, cuyo mirar tan dulce!

Todos los dias, por espacio de un mes veremos apagarse una chispa en sus ojos, un sonido en su boca, un latido en su corazon; despues, al cabo de este mes, á pesar de nuestros cuidados, nuestras penas, nuestras lágrimas, llegará una hora en que se cerrarán sus ojos, en que su boca quedará muda, en que se hallará helado su corazon. El cuerpo será un cadáver, la que creemos nuestra hija será la hija de la tierra, y su madre nos la volverá á pedir.....

¡Oh! ¡qué cosa tan maravillosa es la ciencia que puede asi pronosticar al hombre uno de los dolores mas atroces de la humanidad! Pero, ¿no deberia matarse al médico que deja escapar de sus labios semejantes palabras?

Tres cuartos de legua casi habia yo caminado tan preocupado con el recuerdo de aquella jóven, que habia olvidado completamente mi camino y el objeto adonde debia conducirme, cuando Willer me cogió por el brazo y me dijo:—Ya hemos llegado.

Efectivamente, nos encontrábamos en una especie de gruta, teniendo encima de nosotros una cumbre de un peñasco perpendicular de ochocientos pies de altura, al pie del que corre el Dala, y á nuestra izquierda la primera de las seis escalas que establecen una comunicacion entre Louëche de los Baños, y la aldea de Albinnen, cuyos habitantes se verian obligados á dar un rodeo de tres leguas para ir al mercado, si no hubiesen abierto este camino aéreo.

Es preciso realmente ver este paso si se quiere formarse una idea de la maravillosa osadía de los habitantes de los Alpes. Despues de haberse echado en el suelo por miedo de perder la cabeza para mirar á ochocientos pies de profundidad las espumosas aguas del Dala, es preciso levantarse, subir la primera escala, ayudarse con las manos y los pies para agarrarse á la punta de la peña sobre que está puesta la segunda, y llegado á aquella parte en el momento en que uno dice á su guia que ninguna criatura humana puede aventurarse en semejante camino, oirá una tirolesa cantada en los aires, y á cien pies encima de uno suspendido sobre el abismo, verá á un aldeano cargado de frutas, á un cazador con su gamuza ó á una muger con su hijo que se encaminan hácia donde el viajero se halla, con el mismo desembarazo y ligereza que si anduviesen por la verde falda de una de nuestras colinas.

Willer me preguntó si queria continuar mi camino de ascension. Le di las gracias. Se

echó á reir.—Esto no es nada, me dijo, ahi viene una muger. Ya la vereis trepar.

En efecto, una muchacha llegó de los baños siguiendo el mismo camino que nosotros habiamos traido, subió la escala que acabábamos de dejar, y pronto apareció en el estrecho rellano en que apenas habia sitio para los tres, despues continuó su camino sin mas precaucion que recogerse por detrás su vestido, llevarlo adelante, y sujetárselo á la cintura con un alfiler, de modo que le sirviese de pantalon en vez de enaguas.

Mirábamos cómo subia, cuando apareció bajando un hombre en la cuarta escala. El caso era difícil no habiendo lugar para dos por aquel camino. ¿Cómo van á hacer ahora? pregunté á Willer.

—Ya vereis.

En efecto, aun no habia concluido de decírmelo, cuando ya lo habia visto.

El hombre, con una galantería de que muy pocos de nuestros *dandys* serian capaces en semejantes circunstancias, habia dado media vuelta, y pasando por el revés de la escalera, bajaba por un lado mientras la muchacha subia por el otro; encontráronse en la mitad, dijéronse algunas palabras y continuaron su camino. Parecia increible.

El hombre pasó junto á nosotros.

—¿Habeis visto á ese mozo? me dijo Willer al verle alejarse.

—¿Y qué?

—Esta tarde á las siete habrá bebido sus cuatro botellas de vino, saldrá de la taberna borracho perdido, y caerá treinta veces en el camino desde los baños hasta la primera escala, lo que no impedirá atravesar aquel pasage y llegar á su casa sin novedad.

Diez años hace que el bribon tiene este oficio.

—Si, y el mejor dia se matará.

—¿Quién? ¿él? ¡Pues ya!.... bajando la escalera de su bodega quizá, pero aqui nunca. ¿Pues que no hay un Dios para los borrachos?

—Querido amigo, me parece que yo no estoy en gracia de ese Dios, porque empieza á mareárseme la cabeza.

—Entonces bajaos pronto y no vayais á hacer como Mr. B...

—¿Quién es ese Mr. B?.... le dije cuando me hallé en tierra firme.

—¡Ah! ¿M. B?... Venid por aqui; voy á contároslo.

Pusímonos en camino, y continuó Willer.

—Mr. B. era un agente de cambio.

—Si, le dije. Un vago recuerdo pasó por mi cabeza.

—Se habia arruinado y habia arruinado á su muger y á sus hijos, jugando sobre los fondos públicos: vos que sois de París, debeis saber lo que es eso.

—Muy bien.

—Pues se habia arruinado. ¡Bueno! ¿qué hace? asegura su vida, ¿comprendeis? su vida: es decir, que si moria heredaba quinientos mil francos. Yo no concibo esto bien, por que es un embolismo de mil diablos; pero es igual, vos lo entendereis acaso.

—Perfectamente.

—Tanto mejor. Pues hete aqui que viene á Suiza en compañía de otros. Un dia almorzando dijo una señora: Vamos á ver las escalas. —¡Ah! sí, dijo Mr. B..... Vamos. Despues del desayuno montan en sus mulos, bueno: toman un guia. Mr. B. que tenia su idea, dijo: Yo quiero ir á pie, y fué á pie.

Al llegar aquí, mirad, sobre aquella pequeña cuestecilla que parece nada... No os arrimeis tanto á la orilla, que es muy resvaladiza y hay quinientos pies de profundidad debajo.

¿En que estaba?

—En que al llegar aquí...

—¡Ah! sí. Pues hete que al llegar aqui, deja que se pasen delante todos los demas, se sienta y dice á su guia: Ve á buscarme una piedra muy gorda ¿entiendes? muy gorda.—Bueno. El otro va, no sospechaba nada. A los cinco minutos vuelve con un morrillo que le costaba trabajo de llevar.—Aqui teneis uno famoso, le dijo, si no os gusta sereis dificil de contentar.

Buenas tardes, ya no habia nadie. Unicamente se veia en la yerba un pequeño resbalon que iba desde el sitio en donde se habia sentado, hasta el borde del precipicio. No es menester preguntar si el guia dió gritos. Acudieron entonces todo el mundo. Un caballero de los que iban alli, le dijo: amigo mio, aqui tienes un luis, trata de mirar en el abismo. El guia no se lo hizo de rogar. Se agarró como pudo á estos matorrales tanto, que llegó á mirar por el agujero.

—¿Y bien? le dijo el caballero.

—¡Ah! vedle alli en el fondo, respondió el guia.

—Ya lo veo.

No habia duda, pues que le veia.

Entonces la sociedad volvió á los baños; se hicieron venir hombres para buscar el cuerpo: el guia los dirigió.

Cinco horas despues trajeron dos cestos llenos de carne humana: eran los restos de Mr. B...

—¿Se habia matado con intencion de matarse?

—Jamás se ha sabido. La compañía de seguros le quiso entablar un pleito como á suicida, mas parece que Mr. B... ha ganado, pues ha heredado quinientos mil francos.

Yo habia ya oido contar esta historia en París, pero confieso que me habia hecho menos impresion que la que me causó en el mismo sitio en que sucedió, hasta tal punto que cuando Willer hubo concluido, me vi precisado á sentarme, las piernas me flaqueaban y corria el sudor por mi frente.

¡Estraña organizacion de nuestra sociedad que para el desarrollo de su industria, y de su

comercio da á un hombre la idea de semejante sacrificio, y le permite negociar hasta con su muerte!—por pesimista que sea, es preciso confesar que estamos muy cerca de la perfeccion.

Un cuarto de hora despues de esta relacion nos hallábamos en la plaza de Louëche de los Baños. Cerca de la fuente habia una gran reunion, unos viageros hacian cocer una gallina en el agua termal. Esta operacion era demasiado curiosa para que yo no la siguiese hasta su fin; dije á Willer que fuese á pagar al posadero, y viniese á buscarme allí con mi bagaje.

Al cabo de veinte minutos me encontró comiendo un alon del animal en quien en honor de la verdad, debo decir se habia hecho en su punto la esperiencia: aquel alon me habia sido ofrecido por el propietario de la gallina, que viendo el interes que tomaba yo en el esperimento, me habia juzgado digno de que apreciase sus resultados.

Por mi parte le ofrecí un vaso de kirchenwaser, que rehusó con mucho sentimiento, pues el pobre diablo no bebia mas que agua, y agua caliente.

Despues de estos cumplimientos nos pusimos en marcha para Louëche-le-Bourg. A la mitad del camino se detuvo Willer para enseñarme la aldea de Albinnen, á donde conduce el paso de las escalas que habiamos visitado dos horas antes. Esta aldea, está situada en la pendiente de una colina tan escarpada, que las calles parecen tejados; por lo que sus habitantes, segun me contó Willer, se ven obligados á herrar sus gallinas para impedir que se caigan.

A las tres llegamos á Louëche-le-Bourg, que no ofreció nada notable, y donde no nos detuvimos mas que á comer. A las cuatro atravesábamos el Ródano, y á las cuatro y media me despedia del buen Willer, para subir en una carretela de posta que debia llevarme la misma tarde á Brieg.

El camino que desde entonces seguimos era el que conduce al Simplon, al pie del cual se halla situado Brieg. Los vallesanos hicieron la carretera desde Martigny hasta esta ciudad, y los ingenieros franceses no comenzaron aquel maravilloso paso hasta mas de cien varas casi antes de las primeras casas.

Desde el momento en que me metí en este camino habia notado en el horizonte nubes amontonadas en la garganta del alto Vallés que se desplegaba delante de mí en toda su profundidad. Mientras duró el dia lo tomé por una de esas tempestades parciales tan comunes en los Alpes; pero á medida que fué oscureciendo tomaron un color sombrío, que dió finalmente lugar á los resplandores de un inmenso incendio. Todo un bosque situado sobre la vertiente septentrional del Vallés estaba ardiendo, y hacia resplandecer á tres mil pies bajo de sí la helada cabellera del Finster-Ahorn y á la Yungfrau. Cuanto mas se cerraba la noche, mas rojo se volvia el fondo del cuadro, y mejor veia yo dibujarse los objetos en los términos intermedios. Anduvimos asi siete leguas caminando siempre hácia el incendio, que á cada instante nos parecia íbamos á alcanzar, y que se retiraba delante de nosotros. Por fin divisamos el perfil negro de Brieg, pareciendo al principio salir apenas de la tierra, luego poco á poco se fué agrandando sobre el ensangrentado telon del horizonte como una vasta recortadura negra. Bien pronto no vimos del incendio mas que una claridad fulminante á la estremidad de las cúpulas de estaño que coronan los campanarios; y en fin, nos pareció que penetrábamos en un sombrío y prolongado subterráneo. Habiamos llegado, pasábamos la puerta, entrábamos en la ciudad muda, tranquila y dormida cual Pompea al pie de su volcan.

OBERGESLEN.

Brieg está situado en la punta occidental del Kunhorn, y forma la estremidad mas aguda de la union de los caminos del Simplon y del valle del Ródano. El primero ancho y hermoso, se adelanta hácia la Italia por la garganta del Ganter; el segundo, que no es mas que un mal sendero estrecho y caprichoso, atraviesa rápidamente la llanura para ir á escaparse en el lado meridional de la Yungfrau, se hunde en el Vallés hasta que la reunion del Mutthorn y del Galenstóck cierra este canton con la cima de la Furca, entonces vuelve á bajar desde esta cima con la Reuss, hasta que encuentra en Andermat el camino de Uri, en el que el pobre sendero entra como un arroyuelo en un rio.

En este último desfiladero me metí á pie al dia siguiente de mi llegada á Brieg: salí á las cinco de la madrugada de la ciudad, y tenia que andar doce leguas del país, lo que representa unas diez y ocho de Francia. Agrégase á esto que el sendero va siempre subiendo.

Las primeras casas que se encuentran en este sendero son de una pequeña aldea llamada Naters en aleman y Natria en latin. Este último nombre le viene, dice una leyenda, de un dragon que se llamaba asi y se lo legó al morir. Habitaba aquel dragon en una pequeña caverna desde donde se lanzaba para devorar los animales y las gentes que tenian la desgracia de aparecer en el círculo que le permitia abrazar la abertura de su cueva; y era tal el terror que se habia difundido en las inmediaciones, que habia interceptado toda comunica-

cion entre el alto y bajo Vallés. Muchos montañeses, sin embargo, le habian atacado; pero como hasta el último todos habian sido víctimas de su valor, nadie se atrevia hacia mucho tiempo á esponerse á una muerte que miraban como cierta.

En este tiempo fué condenado á la pena de muerte un cerrajero que habia asesinado á su muger. Despues de pronunciada la sentencia, el reo pidió combatir con el mónstruo, y se accedió á su demanda, y se le ofreció ademas el perdon si salia vencedor del combate. Dos meses de tiempo pidió el cerrajero para prepararse.

Durante este tiempo forjó una armadura del acero mas puro que pudo encontrar, luego una espada que templó en el helado manantial del Aar, y en la sangre de un toro recien degollado.

El dia y la noche que precedieron al combate, la pasó en oracion en la iglesia de Brieg; por la mañana comulgó como para subir al cadalso, y despues á la hora fijada se adelantó hácia la caverna del dragon.

Apenas le divisó el animal, salió de su roca desplegando sus alas, con las que se golpeaba el cuerpo con tanto ruido, que los mismos que se hallaban fuera de su alcance se espantaron. Marcharon los dos adversarios uno contra otro cual dos enemigos encarnizados, los dos cubiertos de su armadura, de acero el uno, y de escamas el otro.

Llegado á algunos pasos del dragon, bajó el cerrajero el puño de su espada, que era una cruz, y aguardó el ataque de su adversario. Este al parecer comprendia que no tenia que habérselas con un montañés comun.

Sin embargo, despues de un minuto de vacilacion se enderezó sobre sus patas traseras y trató de agarrar al condenado con las delanteras. La espada brilló cual un relámpago y derribó una de las patas del mónstruo. El dragon lanzó un rugido, y levantándose con el auxilio de sus alas dió vueltas alrededor de su antagonista y le cubrió de un rocío de sangre. De repente se dejó caer como para aplastarle con su peso, pero apenas estuvo al alcance de la terrible espada, cuando describió un nuevo círculo y le cortó una ala.

El animal mutilado cayó en tierra arrastrándose sobre sus tres patas, desangrándose por sus dos heridas, retorciéndose la cola y bramando como un toro mal muerto por la maza del carnicero. Estrepitosas aclamaciones de alegría respondian de todas partes de la montaña á aquellos mugidos de agonía.

El cerrajero se adelantó valerosamente hácia el dragon cuya cabeza á flor de tierra seguia todos sus movimientos, cual lo hubiera hecho una serpiente; únicamente que á medida que se aproximaba el cerrajero, retiraba el monstruo su cabeza, que por último se encontró oculta bajo su gigantesco cuerpo. De repente y cuando creyó á su enemigo á su alcance desplegó aquella terrible cabeza, cuyos ojos parecian arrojar fuego, y cuyos dientes fueron á romperse en la buena armadura del cerrajero. Sin embargo, la violencia del golpe derribó á éste, y en el mismo instante se echó encima de él el dragon.

Entonces hubo una terrible lucha en la que se confundian los gritos y los mugidos: de tiempo en tiempo se veia batir el ala ó levantarse la espada; se reconocia bien en ciertos momentos la armadura bruñida del cerrajero cortando las resplandecientes escamas del dragon; pero como el hombre no podia ponerse en pie, ni la fiera volver á tomar su vuelo, no se hallaban bastante aislados nunca los combatientes, para poder distinguir quien era el vencedor ó el vencido. Esta lucha duró un cuarto de hora, que pareció un siglo á los espectadores. De repente salió del sitio del combate un grito tan estraño y tan terrible, que no se supo si pertenecia al hombre ó al mónstruo.

La masa que se movia se bajó como una ola, tembló un instante todavía, despues en fin, quedó inmóvil. ¿El dragon devoraba al hombre? ¿el hombre habia muerto al dragon?

Acercáronse lentamente con precaucion; nada se removia: el hombre y el dragon estaban tendidos el uno sobre el otro. A veinte pasos en derredor suyo estaba cortada la yerba cual si un segador hubiese pasado por ella su hoz, y aquel lugar estaba empedrado de escamas que brillaban como polvos de oro.

El dragon estaba muerto, el hombre no estaba mas que desmayado. Se hizo al hombre volver en si quitándole la armadura y echándole agua helada; luego se le llevó á la aldea, que recibió en conmemoracion de este combate el nombre de *Naters* (víbora).

El dragon fué arrojado al Ródano.

Yo ví al pasar por Naters la gruta del mónstruo; es una escavacion de roca, abierta sobre la pradera donde se verificó el combate. Enseñáronme todavía el lugar en donde habitualmente se acostaba el dragon, y el rastro que habia dejado sobre la roca su cola de escamas.

Desde aquel sitio el sendero se une á la vertiente meridional de la cordillera de montañas que separa el Vallés del Oberland, y como es necesario hacer justicia á todo, aun el camino, confesaré que este es bastante practicable.

Detúveme en Lax despues de haber caminado diez leguas de Francia casi, y entré en un café donde me desayuné al lado de un buen estudiante que hablaba bastante bien el francés, pero que no conocia de nuestra literatura moderna mas que el Telémaco, que me dijo haber leido seis veces. Le pregunté si habia por aquellas inmediaciones algunas leyendas ó tradiciones historicas: meneó la cabeza.

—¡Qué ha de haber! me dijo, solamente se disfruta de una hermosa vista de la montaña

que tenemos delante de nosotros, y eso en los dias que no hay niebla.

Políticamente le di las gracias y me puse á leer el *Noticioso Vaudés*. Los que hayan leido este periódico podrán calcular el apuro en que me veia. La primera cosa que encontré en él fué la sentencia de muerte de dos republicanos cogidos con las armas en la mano en el claustro de Saint-Mery.

Dejé caer mi cabeza entre mis manos y arrojé un profundo suspiro: ya no estaba yo en Lax ni en el Vallés, habíame trasportado á Paris. Levanto la cabeza, me eché al hombro mi morral, y con mi baston en la mano me puse en camino. ¡He aquí á lo que habiamos venido á parar al cabo de dos años!.....

¡Cabezas rodando por las losas de las Tullerías, ó por el empedrado de la Greve, cuenta de partida doble llevada á favor de la muerte entre el pueblo y la monarquía, y escrita con tinta roja por el verdugo!

¡Oh! ¿cuándo se cerrará ese libro? ¡cuándo se le arrojará sellado con la palabra *libertad* en la tumba del último mártir!

Caminaba y estos pensamientos hacian hervir mi sangre: caminaba sin calcular ni la hora ni la distancia, viendo en derredor mio aquellas sangrientas escenas de julio y de junio, oyendo los gritos, los cañonazos y las descargas; caminaba, en fin, cual un calenturiento que se levanta de su cama y anda agitado por el delirio, perseguido por los espectros de la agonía.

De este modo pasé por cinco ó seis pueblecillos: debieron de tomarme por el Judío errante, tan taciturno y apresurado iba. Por fin, me calmó una sensacion de frescura; llovia á cántaros: aquella agua me hizo bien, no buscaba abrigo y continuaba mi camino, pero mas lentamente.

Atravesaba la aldea de Munster, recibiendo la lluvia sobre mi cabeza con la calma de Sócrates, cuando corrió hácia mí un muchacho de quince á diez y seis años, y me dijo en italiano:

—Señor, ¿vais á la nevera del Ródano?

—Si, jóven, le contesté inmediatamente en la misma lengua, que me habia hecho estremecer de placer.

—¿Quiere el señor un caballo?

—No.

—¿Y un guia?

—Sí, si eres tú.

—De muy buena gana, caballero, por cinco francos os guiaré.

—Te daré diez: ven.

—Necesito ir á despedirme de mi madre y á buscar mi paraguas.

—¡Bueno! yo voy andando poco á poco, tú me alcanzarás en el camino.

Me volvió la espalda el muchacho, echó á correr con todas sus fuerzas, y yo proseguí mi camino.

¡Estraña organizacion la de nuestra máquina! unas cuantas gotas de agua habian aplacado mi fiebre y mi cólera. Petion, amenazado por un motin, sacó la mano por su ventana, y se fué á acostar muy tranquilo, diciendo: esta noche no habrá nada: llueve.

Y nada hubo.

Si el 27 de julio hubiera llovido, no habria habido nada..... Se tiene mas miedo en Francia al agua que á las balas; no se sale sin paraguas, pero se baten sin coraza.

En efecto, pensaba yo, cuando oí galopar tras de mí á mi pequeño guia. El pobre diablo me alcanzaba al fin, yo le habia hecho andar corriendo media legua.

—¡Hola! ¿eres tú? le dije. Hablemos.

—Tomad primero mi paraguas.

—No, que el agua me gusta: pero toma tú mi morral.

—Con mucho gusto.

—¿De donde eres?

—De Munster.

—¿Y cómo es que hablas italiano en una aldea alemana?

—Por que he sido aprendiz de zapatero en Domo-d'Ossola.

—¿Tu nombre?

—Frantz en aleman, y Francesco en italiano.

—Pues bien, Francesco, yo voy no solamente á la nevera del Ródano, sino que desde alli bajaré á los Pequeños cantones, atravesaré los Grisones, un rincon del Austria, iré á Constanza, seguiré el Rhin hasta Basilea, y volveré probablemente á Ginebra por Soleure y Neufchatel. ¿Quieres tú venir conmigo?

—Si quiero.

—¿Y cuánto te daré al dia?

—Lo que gusteis; siempre será mas de lo que gano en mi casa.

—Te daré cuarenta sueldos y te mantendré, y al fin del viage te habrás ganado unos setenta ú ochenta francos.

—¡Esa es una fortuna!

—¿Te conviene?

—¡Y mucho!

—¡Pues bien! al llegar á la aldea inmediata, harás decir á tu madre que tu viage en vez de durar tres dias durará un mes.

—Gracias.

Francesco dejó su paraguas en el suelo, y dió uno voltereta.

Despues conocí que este era su modo de espresar una estrema alegría. Acababa de hacer á uno feliz, y á poca costa como se ve.

Era ademas una admirable é ingénua confianza la de aquel muchacho que se unia con tanto candor y abandono á la compañía de un desconocido que pasando á pie por su pueblo le habia encontrado por casualidad y se lo llevaba consigo por capricho. Solo hay una edad en que la desconfianza no puede turbar semejante resolucion: un hombre hubiera exigido una prenda, aquel niño me la habria dado á mí si la hubiese tenido.

Al llegar á Obergeslen dijo á Francesco que habia marchado por la mañana de Brieg, y respondióme que habia andado diez y siete leguas italianas, por lo que juzgando que era lo bastante para un dia, me paré en la posada.

Allí comenzó Francesco á prestarme sus servicios. Estaba él como en su casa, pues no habiamos caminado mas de dos leguas desde Munster, y conocia á todo el mundo en la posada, por lo que me dieron al momento el mejor cuarto y un fuego espléndido. Como me habia dejado empapar hasta los huesos, antes que pensar en la comida, fué una toilette tanto mas deliciosa cuanto que estaba sazonada por el sentimiento egoista y voluptuoso del hombre que oye llover sobre el tejado de la casa que le abriga.

Oí un gran ruido á la puerta; corrí á la ventana y ví á un guia y un mulo que acababan de llegar á trote largo, precediendo cien pasos á lo mas, á cuatro viageros que bajaban de la Furca cuando la tempestad habia comenzado y que habian andado dos horas perdidos por la montaña.

Como venian entre aquellos cuatro viageros dos damas que me parecieron jóvenes y bonitas, á pesar de sus cabellos caidos sobre el rostro y de sus mangas pegadas á los brazos, me di prisa á añadir tres ó cuatro leños á la chimenea, hice un paquete de todos mis efectos que se hallaban esparcidos por el cuarto, y me entré en el que estaba contiguo, llamé á Francesco y le encargué dijera al amo de la posada que podia disponer en favor de aquellas señoras de la habitacion que me habia dado, y que se encontraba caliente, cosa que me pareció esencial, para viageros que llegaban en el estado en que acababa yo de verlos.

A los cinco minutos recibia por medio de Francesco las gracias de aquellas señoras y de sus caballeros que me pedian permiso para mudarse de trage antes de presentarse en persona á mostrarme su gratitud.

Cuando entraron en mi cuarto me ocupaba en los preparativos de mi comida, que me invitaron á interrumpir, para que participase de la suya. Acepté. Eran dos hombres de treinta y cuatro á treinta y seis años, el uno francés, alegre, de talento, buen compañero, con la cruz de la legion y un rostro franco, antiguo conocido de las calles y sociedades de París, en donde nos habiamos encontrado veinte veces como sucede entre gentes del mundo; el otro, pálido, grave y tieso, con una cinta amarilla y el rostro frio, hablando francés exactamente, pero con el acento necesario para probar su orígen aleman; ademas completamente estraño á mis recuerdos. Aun no habian dado un paso en mi cuarto y ya habia yo olfateado al compatriota y al estrangero; aun no habian hablado veinte palabras, y ya sabia quienes eran.

El francés se llamaba Brunton y me recordaba el nombre de uno de nuestros mas distinguidos arquitectos.

El aleman se llamaba Kœfford y era gentilhombre de cámara del rey de Dinamarca.

Despues de los primeros cumplimientos de costumbre, supe que las señoras estaban visibles, y en su consecuencia, Mr. Kœfford se encargó de presentarme á ellas mientras que Mr. Brunton bajaba á la cocina; indiquéle yo, por si acaso, cierta marmita que cocia en el fogon y de la que se escapaba un olor suculento, y me prometió ocuparse de ella.

En las señoras hallé las mismas diferencias nacionales que en sus maridos.

Mi viva y linda compatriota se levantó al verme, y ya me habia dado gracias veinte veces antes que su compañera hubiese terminado la cortesía de etiqueta con que me saludó.

Esta era una muger alta y hermosa, blanca y fria, sin mas fuego en todo el cuerpo que la moribunda chispa que se apagaba en sus ojos.

Las dos habian arreglado el desórden del tocador, y vestian con trage de mañana propio de la estacion.

Apenas Mr. Kœfford entró, abrió dos ó tres *guias de Suiza*, desplegó un mapa, consultó un itinerario y muy pronto dejó á las señoras el cuidado de hacer los honores del cuarto que les habia cedido.

En cualquiera parte del mundo en que se encuentren, hallan los parisienses un motivo de conversacion, con cuyo auxilio pueden estudiarse, y bien pronto conocerse.

La ópera es la piedra de toque de buena sociedad que prueba á los fashionables. La ópera forma con sus abonados un mundo aparte en donde se habla esa lengua de los primeros palcos, que solo tiene uso para trasmitir de la *Chaussee-d'-Antin* al noble arrabal de San German las fluctuaciones de la bolsa, las variaciones de la moda, y los cambios de ministerio de la belleza.

Tenia yo una ventaja sobre mi linda compatriota, y es que la conocia y ella no me conocia á mí: es evidente que trataba de saber á qué clase de la sociedad pertenecia yo, y no podia adivinarlo en el primer ensayo, cambió la conversacion y la hizo recaer sobre el arte en general.

A los diez minutos ya habiamos pasado revista á la literatura desde Hugo hasta Scribe, á la pintura desde Delacroix hasta Abel Pujol, y á la arquitectura desde Mr. Percier hasta monsieur Lebas. Yo conocia á los hombres mejor que las cosas, y hablaba mas sábiamente de los individuos que de sus obras. El espíritu de mi compatriota estaba siempre fluctuante.

Despues de un momento de silencio, algunas preguntas que le dirigí sobre su salud hicieron virar de bordo la conversacion, que entró viento en popa en la medicina. Mi espiritual antagonista padecia de una nevralgia. Esta es, como todos saben, la enfermedad de

los que necesitan tener una. Cuando oís salir de la boca de una muger estas palabras: ¡tengo un horrible mal de los nervios! podeis inmediatamente traducirlas por estas: esa señora tiene de veinte y cinco á ochenta mil francos para gastar por año, palco en la ópera, no anda á pie nunca, y se levanta al medio dia. Se ve, pues, que mi interlocutora se entregaba mas y mas. Yo mantuve la conversacion como hombre que sin tener nervios no niega que existan, y que sin tener el honor de conocerlos personalmente, ha oido hablar mucho de ellos.

Mad. Kœfford, que habia permanecido simple testigo del combate mientras habiamos escaramuzado en un terreno nacional, viendo que la conversacion versaba en aquel momento sobre una cuestion de humanidad general, hizo un ligero esfuerzo que hizo salir el color á sus megillas, y dejó caer algunas palabras en medio de nuestro diálogo: tambien tenia nervios la pobre muger, pero eran nervios del Norte. Esto me proporcionó la ocasion de establecer una distincion muy sutil y muy sabia sobre el modo de sentir segun los grados de latitud, y quedó demostrado claramente á aquellas señoras al cabo de algunos minutos, lo mucho que yo me habia ocupado de la diferencia de las sensaciones.

Vacilaba cada vez mas mi compatriota en fijar su juicio sobre mi especialidad. Para ser nada mas que artista, era yo demasiado hombre de mundo, y para no ser mas que un hombre de mundo era demasiado artista; hablaba demasiado bajo para agente de cambio, muy alto para médico; y dejaba hablar á mi interlocutora, con lo que probaba que no era abogado.

En aquel momento entró Mr. Brunton con el rostro cómicamente trasformado, se dirigió en derechura á Mr. Kœfford, abismado siempre en guias é itinerarios, y le dijo gravemente:

—¡Pobre amigo mio!

—¿Qué es eso? preguntó el gentil-hombre volviéndose en un solo tiempo.

—¡Habeis leido en vuestro Ebel, continuó Mr. Brunton que los habitantes de Obergeslen fuesen antropófagos?

—No, dijo el gentil-hombre, pero voy á ver si eso está aquí.

Hojeó al instante su libro, llegó á la palabra Obergeslen y leyó en alta voz:

«Obergeslen ú Oberghestelen, penúltima aldea del alto Vallés, situada al pie del monte Grimsel, cuatro mil cien pies sobre el nivel del mar: sus casas son enteramente negras, este color proviene de la accion del sol sobre la resina que contiene la madera de alerce con que están construidas. Las crecidas del Ródano causan en ella frecuentes inundaciones durante el verano.»

—Yo no sé lo que quereis decir, continuó gravemente Mr. Kœfford levantando los ojos, ya veis que aqui en todo esto no hay una palabra sobre carne humana.

—Pues bien, amigo mio, hace ya mucho tiempo que os he dicho que vuestros compositores de itinerarios son unos ignorantes.

—¿Por qué?

—Bajad vos mismo á la cocina, levantad la tapadera de la marmita que hierve al fuego, y subireis á decirnos lo que habeis visto.

El gentil-hombre, que vió un hecho estraordinario que consignar en su libro de memorias, no se lo hizo decir dos veces. Se levantó y bajó á la cocina. Mad. Brunton y yo teniamos grandes ganas de reir. Su marido conservaba invariablemente ese rostro triste que saben tomar tan bien los hombres chanceros de buen tono. En cuanto á Mad. Kœfford habia vuelto á caer en sus meditaciones, y acostada mas que sentada en su sillon, seguia con los ojos vagamente fijos en el cielo, algunas nubes de forma estraña, que le recordaban las de su patria.

En esto volvió á entrar Mr. Kœfford pálido y enjugándose el sudor de la frente.

—¡Y bien! ¿qué hay en la marmita?

—¡Un niño! respondió dejándose caer sobre una silla.

—¡Un niño!

—¡Angelito! dijo Mad. Kœfford que habia escuchado sin oir ú oido sin comprender, y que veia sin duda pasar en sueños algun querubin de blancas alas y una aureola de oro.

Cuando se ha contado con una pierna de carnero asada ó una cabeza de ternera, y con esta esperanza se han acallado despues de una hora los murmullos de su estómago al olor de una marmita, y vienen á deciros despues que la marmita no contiene mas que un niño, aunque este niño fuese un ángel, como le llamaba Mad. Kœfford, es un equivalente demasiado triste para que el apetito no se subleve con el cambio. Ya iba yo á lanzarme fuera del cuarto cuando Mr. Brunton me detuvo por un brazo y me dijo:—Es inútil que vayais á verlo, os lo van á servir.

En efecto, muy pronto entró la criada trayendo en una fuente y tendido sobre un lecho de yerba un objeto que tenia la apariencia perfecta de un niño recien nacido desollado y cocido.

Las señoras dieron un grito y volvieron la cabeza, Mr. Kœfford se levantó de su asiento, se aproximó con la muerte en el alma al primer servicio, y despues de haberlo mirado atentamente dijo con un profundo suspiro:—¡*Era una niña*!

—Señoras, dijo Mr. Brunton sentándose y afilando un cuchillo, he oido decir que en el sitio de Génova, durante el cual, lo sabeis, Massena convidó un dia á todo su estado mayor á comer un gato y doce ratones, habíase observado en medio de la miseria general de nuestras tropas, un regimiento que se mantenia tan fresco y tan dispuesto cual si no hubiera

habido hambre. Despues de rendida la ciudad preguntó el general en gefe al coronel sobre aquella estraña escepcion. Este confesó entonces ingénuamente que sus soldados habian venido á pedirle permiso para comer carne de austriacos, y que él no habia creido deberles rehusar tan lijero favor; añadió tambien que como coronel le enviaban los mejores pedazos con la regularidad de una atribucion de víveres ordinaria, y que á pesar de su primitiva repugnancia habia concluido por encontrar que los vasallos de S. M. I. eran un manjar muy agradable.

Redobláronse los gritos.

Entonces Mr. Brunton levantó muy delicadamente la espalda del objeto en cuestion, y se puso á atacarla con tanto apetito como Céres cuando devoró la espalda de Pelope.

En aquel momento entró la criada, y viendo que solo Mr. Brunton estaba sentado á la mesa, dijo:

—¡Y bien! señoras, ¿qué, no comeis marmota?

Recobramos la respiracion; pero aun entonces que sabíamos el secreto, no nos chocaba menos la semejanza del cuadrúpedo con el vipedo, sobre todo sus manos y sus pies, articulados cual miembros humanos, bastando solos para impedirme el probar de aquel manjar que tanto me habia alabado Willer, subiendo el Faulhorn.

—¿Y no teneis otra cosa? pregunté á nuestra camarera.

—Uno tortilla, si gustais.

—Venga una tortilla, dijeron aquellas señoras.

—Pero ¿sabeis hacerla? Una tortilla, dije yo volviéndome á aquellas señoras, es en la cocina lo que el soneto en la poesía.

—Me parece al contrario, respondieron ellas, que es el A. B. C. del arte.

—Leed á Boileau y á Brillat-Savarin.

—¿Oid, muchacha? dijo Mr. Koefford.

—¡Oh! en cuanto á tortillas, todos los dias las hacemos, y á Dios gracias nunca se han quejado de ellas los viageros. Lo vereis...

Marchó la muchacha á hacer su tortilla. Diez minutos despues trajo una especie de galleta chata y dura que cubria toda la superficie de un enorme plato. Desde la primera ojeada vi que nos habian robado, mas no por eso dejé de cortarla y servir un trozo á cada una de las señoras. Estas, apenas la habian llegado á los labios, tiraron los platos, yo intenté hacer la misma prueba: mis previsiones no me habian engañado, pues tanto hubiera valido morder la manta de una cama.

—Hija mia, le dije á la criada, esta tortilla es execrable.

—¿Cómo puede ser eso? si se le ha echado todo lo necesario.

—¿Qué decis, señoras mias?

—Decimos que esto es para desesperarse, y que nos moriremos de hambre.

—En los casos desesperados es menester dejar algo á la casualidad. ¿Quieren estas señoras, que yo pruebe á hacer una?

—¿Una tortilla?

—Una tortilla, replique yo inclinándome modestamente.

Aquellas señoras se miraron.

Mr. Koefford dijo levantándose con viveza, y agarrándose á la única tabla de salvacion que veia flotar en las aguas, pues que este caballero tiene la bondad de ofrecernos....

—Con tal, repliqué yo, que Mr. Brunton y vos me sirvan de pinches.

—Con mucho placer, esclamaron aquellos dos señores con una espontaneidad que denotaba la confianza del hambre; con mucho placer, añadieron las señoras con una sonrisa de duda.

—Pues en ese caso, dije á la criada, venga manteca, huevos y nata fresca.

Encargué á Mr. Brunton que picase las yerbas, y á Mr. Koefford que batiese los huevos, agarré el mango de la sarten é hice la mezcla con una gravedad que encantó á aquellas señoras.

Ya la tortilla se freia en la manteca y todo el mundo me miraba con grande interés, cuando Mr. Brunton interrumpió el silencio general.

—Caballero, me dijo, ¿seria indiscrecion preguntaros á quien tenemos el honor de tener por cocinero?

—¡Oh! Dios mio, no señor.

—Es que estoy convencido de que os he visto en Paris.

—Y yo tambien.—Tened la bondad de pasarme la manteca.—Gracias.—Eché algunos pedazos sobre la tortilla que comenzaba á pegarse, á fin de que no se quemase.

—Estoy seguro que si me dijeseis vuestro nombre.....

—Alejandro Dumas.

—¡El autor de *Antony*! esclamó madama Brunton.

—El mismo, respondí yo echando en el plato la tortilla perfectamente hecha y poniéndola en la mesa.

—Sin escuchar ninguna felicitacion ni por el drama ni por la tortilla, alcé los ojos; la sociedad estaba estupefacta. Parecia que se habian formado de mi persona una idea mucho mas poética que la que les ofrecia el prospecto que acababa de darles. Por desgracia la tortilla se halló que estaba escelente. Las señoras se la comieron hasta el último pedazo.

EL PUENTE DEL DIABLO.

Al dejar á las señoras por la noche habia obtenido el permiso de ellas para visitarlas al dia siguiente. Me presenté, pues, en su habitacion tan pronto como supe què estaban visibles. Estaban ya enteramente repuestas de su trabajoso camino y de su mala comida; solo Mr. Koefford, que habia velado toda la noche en medio de sus mapas é itinerarios, parecia mucho mas cansado que la víspera.

Era un hombre original nuestro gentilhombre: puntual como la etiqueta, montado como un reloj y arreglado como una balanza. Antes de salir de Copenhague, habia compulsado todos los viageros que han escrito sobre la Suiza, consultado todos los mapas de los veinte y dos cantones y habia concluido por trazarse dia por dia, en el seno de la república helvética un itinerario del que no se habia apartado todavía ni en un cuarto de hora ni en un sendero.

Sobre este itinerario estaba escrito, 28 de setiembre, debia bajar al Oberland, atravesando el Grimsel. Verdad es que allí no se trataba de la tempestad que habia impedido este proyecto, por otra parte muy sencillo de ejecutarse como lo habia esperado Mr Koefford.

Nos hallábamos á 29 de setiembre en vez de estar á 28, nos encontrábamos en el Vallés en lugar de estar en el Oberland, y los guias declaraban que despues de la tempestad de la víspera, el único paso practicable era el del puente Gemmi, y que era necesario renunciar al del Grimsel. La cosa era igual para Mr. Brunton y su esposa, pero trastornaba toda la existencia de Mr. Koefford.

Hice todo lo que pude para animarle, le dije que el paso del Gemmi era mucho mas curioso que el del Grimsel, y que á todo evento el retraso era únicamente de un dia.

—¿Y creeis, me dijo con aire de desesperado, que no es nada el retraso de un dia? ¡estar obligado á hacer el lunes lo que se creia hacer el domingo! ¡señalar una hora y dar otra como un reloj descompuesto!

Mad. Bruton, su marido y yo hicimos lo que pudimos para consolar al pobre gentilhombre, pero se hallaba como Raquel llorando por sus hijos. En cuanto á su muger que conocia su carácter, no se atrevia á aventurar una palabra.

Sin embargo, como no habia que tomar otro partido, Mr. Koefford se decidió á sufrir un retrasó de veinte y cuatro horas y á pasar por el Gemmi. Dejéle, pues casi tranquilo, si no enteramente resignado.

Despues de mi vuelta á París, he sabido por una carta del desgraciado amigo á Mr. Brunton, que no habia llegado á Copenhague si no el 1.º de enero por la noche en lugar del 30 de diciembre. Habia faltado á hacer su visita de entrada de año al rey de Dinamarca y habia estado á pique de perder su llave de gentilhombre.

En cuanto á mí, que felizmente no tenia que hacer visita á ningun rey, besé las manos de las señoras y me puse en camino con Francesco.

Era un buen muchacho y escelente compañero, jovial y de buen humor, siempre contento, mas fuerte que los jóvenes de nuestras ciudades con cinco años mas, vivo como una lagartija y listo como un gamo.

Anduvimos dos horas casi siguiendo siempre las escarpadas orillas del Ródano, que de rio se habia convertido en torrente, y de torrente se convirtió á poco despues en arroyuelo caprichoso y fantástico, anunciando desde su orígen todos los espacios de su curso, como los caprichos de un niño anuncian en la aurora de la vida las pasiones del hombre.

Al fin al doblar un sendero descubrimos delante de nosotros llenando todo el espacio comprendido entre el Grimsel y la Furca, el magnífico gigante de hielo, con la cabeza reclinada sobre la montaña, los pies colgando en el valle, y dejando escapar como el sudor de sus costados tres arroyos que reuniéndose á cierta distancia, toman en su union el nombre de Ródano, que no pierde jamás el rio hasta que vomita sus aguas en el mar por cuatro desembocaduras, de las que la mas pequeña tiene cerca de una legua de ancho.

Salté por cima de los tres arroyos, de los que el mayor no tiene doce pies de una á otra orilla; terminada esta hazaña comenzamos á subir la Furca.

Es una de las montañas mas desnudas y tristes de toda la Suiza. Los habitantes atribuyen su aridez á que el Judío errante escoge casi siempre este paso para ir desde Francia á Italia. Ya he dicho que cuenta una tradicion que la primera vez que el réprobo atravesó esta montaña la encontró cubierta de mieses, la segunda llena de pinos, y la tercera de nieve.

En este último estado la encontramos tambien nosotros. Llegados á su cima, observé que la nieve estaba salpicada de trecho en trecho, como una inmensa alfombra atigrada de manchas encarnadas; y vi al aproximarme, que eran producidas esas manchas por manantiales que brotaban en la superficie de la tierra: juzgué que debian de ser ferruginosos y las probe. No me habia equivocado: era el orin el que daba á la nieve aquella tinta rojiza que al pronto me habia asombrado.

Mientras examinaba este fenómeno y trataba de dar con la causa, se acercó á mí Francesco, y con cierto embarazo me pidió mi calabaza, que se habia encargado de hacer llenar por la mañana en Obergeslen, y en la cual

habia echado vino en vez de kirchenwaser. Noté en el camino únicamente esta equivocacion; no habia podido adivinar por que motivo Francesco habia faltado de aquel modo á las instrucciones que yo le habia dado; pero como el licor sustituido al que yo bebia habitualmente era un escelente vino tinto de Italia, no habia considerado aquella infraccion de mis órdenes como una gran desgracia.

Al pedirme Francesco mi calabaza me hizo recordar otra vez aquel pequeño incidente que ya habia olvidado. Creí que una medida de higiene personal le hacia preferir el vino de Italia al agua de cerezas de los Alpes, y que iba á darme una prueba de esta preferencia, llevando á su boca mi calabaza: seguí de reojo sus movimientos, aparentando no mirarle, pero sin perder de vista ni una sola de sus acciones.

Nada de lo que yo habia sospechado sucedió: Francesco fué á colocarse sobre la cresta mas elevada de la montaña, y á caballo, por decirlo asi sobre dos vertientes, hizo dos veces la señal de la cruz, una vez vuelto hácia el Occidente, y la otra vez hácia el Oriente; despues, vertiendo vino en el hueco de la mano, arrojó al aire el líquido, que volvió á caer en derredor de él cual una lluvia, de la que cada gota hacia sobre la nieve una manchita encarnada bastante igual en el color á las manchas grandes cuya causa acababa de descubrir. Al fin, terminada aquella especie de exorcismo, me devolvió Francesco la calabaza sin haber pensado siquiera arrimársela á los lábios.

—¿Qué ceremonia infernal acabas de hacer? le dije volviéndome á colocar la calabaza en mi costado.

—¡Ah! me respondió, es una precaucion para que no nos suceda ningun accidente.

—¿Cómo es eso?

—Si: estamos en el camino de Italia, ¿no es esto? por aquí pasan los vinos que bajan de San Gotardo y que envian á Suiza, Francia ó Alemania; estos vinos están encerrados en barricas y conducidos por muleteros italianos que casi todos son borrachos. Como la Furca es la montaña mas fatigosa que tienen que subir en todo el camino, de ahí es que durante la subida les tienta el demonio de la borrachera, y logra ordinariamente su objeto, haciéndoles agujerear los toneles, que de este modo raras veces llegan llenos á su destino. Concebireis que semejantes hombres, depositarios infieles durante su vida, no pueden entrar en la morada de las gentes honradas despues de su muerte. Sus almas en pena vuelven, pues, á vagar por la noche en el mismo punto donde los ha vencido la tentacion; ellas son las que empapadas aun en el vino robado, hacen al pasar sobre la nieve esas manchas encarnadas esparcidas por todos lados; ellas son las que para distraerse persiguen al viagero con la tempestad, las que hacen resbalar su pie al borde del precipicio, y le estravian de noche con resplandores engañosos. ¡Pues bien! no hay mas que un medio de tener propicias á estas almas, y es el echarles, haciendo la señal de la cruz, algunas gotas de ese vino que tanto han querido durante su vida, y que ha sido para ellas causa de condenacion eterna despues de su muerte. Ved por qué he hecho poner en la calabaza vino en lugar de kirchenwaser.

Me pareció tan satisfactoria esta esplicacion que no hallé otra respuesta que renovar por mi cuenta la operacion que Francesco acababa de hacer por la suya, y no dudo que á esta precaucion diabólica debiésemos el llegar sin accidente alguno á Réalp, pequeña aldea situada en la base de la terrible montaña.

No hicimos alto en Réalp mas que una hora, y continuamos nuestro camino hasta Andermatt. Chateaubriand y Mr. de Fitz-James habian pasado por alli unos dias antes, y el posadero me enseñó con orgullo los nombres de los dos ilustres viageros inscriptos en su registro.

A la mañana siguiente me ajusté con un calesero que iba de retorno á Altorf. Toda nuestra discusion versó sobre el derecho que me reservaba de ir á pie cuando me diese la gana, el bueno del hombre no podia comprender que alquilase un carruage con la condicion de no estar dentro de él. Por fin le hice comprender, gracias á mi intérprete Francesco, que deseando ver en detalle ciertos parages del camino, una carrera demasiado rápida no me permitiria entregarme á esta investigacion. Convenidos en esto nos pusimos en marcha tomando el camino nuevo de San Gotardo á Altorf.

Este camino, ventajoso sobre todo para el canton de Uri, fué construido por él con el auxilio de sus mas ricos hermanos; Berna, Zuricg, Lucerna y Basilea le abrieron generosamente su bolsa á su primera invitacion y le prestaron entre ellos y sin interés ocho millones, que paga religiosamente entregando una suma anual de quinientos mil francos.

Apenas anduve un cuarto de legua desde Andermatt, usé del privilegio de andar á pie, pues habiamos llegado á uno de los parages mas curiosos del camino, es un desfiladero formado por el Gallenstok y el Crispalt, lleno enteramente por las aguas del Reuss, que yo habia visto nacer la víspera en la cima de la Furca, y que cinco leguas mas lejos merece ya por el incremento que ha tomado el nombre de gigante que le han dado.

Al llegar á este sitio el camino tropieza contra la base granítica del Crispalt, y ha sido preciso horadar la roca para que pudiera pasar de un valle al otro. Esta galería subterránea de ciento ochenta pies de longitud, é iluminada por aberturas que dan sobre el Reuss, es llamada vulgarmente agujero de Uri.

Despues de haber dado algunos pasos del otro lado de la galería, me encontré en frente del puente del Diablo, debiera decir de los

puentes del Diablo, porque efectivamente hay dos, verdad es que uno solo está practicable, habiendo el nuevo hecho que abandonen el antiguo.

Dejé que mi carruage tomara el puente nuevo, y me impuse el deber de llegar, valiéndome de pies y manos al verdadero puente del Diablo, al cual el nuevo favorito ha venido á robar no solamente los pasageros, sino tambien su nombre.

Los dos puentes están echados atrevidamente de una á otra orilla del Reuss, que salvan de un solo salto, y que corre bajo un solo arco; el del puente moderno tiene sesenta pies de alto y veinte y cinco de ancho; el del viejo no tiene mas que cuarenta y cinco sobre veinte y dos. No es el menos horroroso de pasar en atencion á que no tiene pretiles.

La tradicion á que debe su nombre es tal vez una de las mas curiosas de toda la Suiza: héla aqui en toda su pureza.

El Reuss, que corre en un cauce abierto á sesenta pies de profundidad entre rocas cortadas á pico, interceptaba toda comunicacion entre los habitantes del valle de Cornera y los del valle de Goschenen, es decir, entre los Grisones y las gentes de Uri. Esta solucion de continuidad causaba tal perjuicio á los dos cantones limítrofes, que reunieron á sus mas hábiles arquitectos, y partiendo gastos construyeron muchos puentes de una orilla á otra, pero nunca tan sólidos que pudiesen resistir mas de un año á las tempestades, á la crecida de las aguas ó á la caida de los aludes. Se habia hecho una última tentativa de este género al fin del siglo XIV, y terminado casi el invierno daba esperanzas esta tentativa de que aquella vez el puente resistiria á todos aquellos ataques, cuando una mañana vinieron á decir al bailio de Goschenen que la comunicacion se hallaba interceptada de nuevo.

—¡Solo el diablo podria hacernos un puente! esclamó el bailio.

No habia acabado apenas estas palabras cuando un criado anunció al señor Satanás.

—Hacedle entrar, dijo el bailio.

El criado se retiró, y dió paso á un hombre de unos treinta y cinco á treinta seis años, vestido á la manera alemana, llevando un pantalon ajustado encarnado, un justillo negro acuchillado en las articulaciones de los brazos cuyas aberturas dejaban ver un forro de color de fuego. Tenia en la cabeza una toca negra, á la que una gran pluma encarnada con sus ondulaciones daba una gracia muy particular.

En cuanto á sus zapatos, adelantándose á la moda eran redondos de punta, como lo fueron cien años mas tarde, hácia la mitad del reinado de Luis XII, y un gran espolon semejante al del gallo, pegado visiblemente á su pierna, parecia destinado á servirle de espuela cuando le diese la gana de viajar á caballo.

Despues de los cumplimientos de costumbre, sentóse el bailio en un sillon, y el diablo en otro. El bailio puso sus pies sobre los morrillos de la chimenea, y el diablo colocó muy formalmente los suyos sobre las brasas.

—¡Y bien! buen amigo, dijo Satanás, ¿con qué necesitais de mí?

—Confieso, monseñor, respondió el bailio, que no nos seria inútil vuestra ayuda.

—Para ese maldito puente, ¿no es eso?

—¿Y bien?

—¿Os es, pues, necesario?

—No podemos pasarnos sin él.

—¡Ah! ¡ah! dijo Satanás.

—Vamos, sed buen diablo, replicó el bailio despues de un momento de silencio, hacednos uno.

—Yo venia á proponéroslo.

—¡Pues bien! no se trata, pues, mas que de entendernos..... sobre.....

El bailio vaciló.

—Sobre el precio, continuó Satanás mirando á su interlocutor con una singular espresion de malicia.

—Si, respondió el bailio, conociendo que esto era lo que iba á embrollar el negocio.

—¡Oh! desde luego, continuó Satanás balanceándose sobre su silla y afilando sus garras con el cortaplumas del bailio, nos arreglaremos sobre el puente.

—Eso me tranquiliza, respondió el bailio, el último ha costado sesenta marcos de oro y doblaremos esta suma para el nuevo; esto es todo lo que podemos hacer.

—¿Qué necesidad tengo yo de vuestro oro, replicó Satanás, si lo hago cuando me da la gana? Mirad.

Cogió un carbon encendido del fuego, como quien coge una almendra de una caja de dulces.

—Alargad la mano, le dijo al bailio.

Vacilaba el bailio.

—No tengais miedo, continuó Satanás, y le puso entre los dedos una barra de oro del mas fino, y tan frio cual si hubiera salido de la mina.

El bailio le dió varias vueltas: despues quiso devolvérselo.

—No, no, guardadlo, replicó Satanás, poniendo con aire de suficiencia una pierna sobre otra, es un regalo que os hago.

—Comprendo, dijo el bailio metiéndose la barra en su escarcela, que no costándoos trabajo alguno el hacer oro, querreis que os paguen en otra moneda, y como no sé cual os pueda agradar os rogaria que vos mismo pongais las condiciones.

Satanás reflexionó un instante.

—Deseo que me pertenezca el alma del primer individuo que pase por el puente, respondió.

—Sea, dijo el bailio,

—Redactemos el acta continuó Satanás.

—Dictad vos mismo.

El bailio tomó una pluma y un papel y se preparó á escribir.

Cinco minutos despues fué firmada por Satanás en nombre propio, y por el bailio en nombre y como apoderado de sus parroquianos, una escritura hecha conforme *por duplicado* y de buena fé. El diablo se comprometió formalmente por aquella acta á construir en la noche un puente bastante sólido para durar *quinientos años*, y el magistrado por su parte, concedia en pago de aquel puente el alma del primer individuo que la casualidad, ó la necesidad obligase á pasar el Reuss por el paso diabólico que Satanás debia improvisar.

Al dia siguiente al amanecer ya estaba construido el puente.

Muy pronto el bailio apareció en el camino de Goschenen: iba á comprobar si el diablo habia cumplido su promesa. Vió el puente, que encontró muy bueno, y en el estremo opuesto divisó á Satanás sentado en un guarda-canton esperando el precio de su trabajo nocturno.

—Ya veis que soy hombre de palabra, dijo Satanás.

—Y yo tambien, respondió el bailio.

—¡Cómo, mi querido Curtio! repuso el diablo asombrado, os sacrificariais por la salvacion de vuestros administrados!

—Precisamente no, continuó el bailio depositando á la entrada del puente un saco que habia traido sobre sus espaldas, y cuyos cordones inmediatamente se puso á desatar.

—¿Qué es eso? dijo Satanás tratando de adivinar lo que iba á pasar.

—Prrrrrrooooou, dijo el bailio.

Y salió espantado del saco un perro con una sarten atada al rabo, y atravesando el puente, fué á pasar ladrando á los pies de Satanás.

—¡Eh! gritó el bailio, corred, corred, ved que se os escapa esa alma, que ya es vuestra.

Satanás estaba furioso: habia contado con el alma de un hombre, y se veia obligado á contentarse con la de un perro. Motivo habia para condenarse á no haberlo estado ya. Sin embargo, como era de buen trato, tomó el aire de hallar el caso muy chistoso, é hizo como que se reia mientras el bailio estuvo allí; pero apenas el magistrado hubo vuelto la espalda, comenzó á dar porrazos con pies y manos para demoler el puente que habia construido, pero habia hecho la obra con tal conciencia que se volvió con las uñas rotas y se melló los dientes antes de haber podido arrancar el mas pequeño pedernal.

—¡Gran tonto he sido! dijo Satanás. Despues de hecha esta reflexion se metió las manos en los bolsillos y bajó por las orillas del Reuss, mirando á derecha é izquierda cual hubiera podido hacerlo un aficionado á la hermosa naturaleza. Sin embargo, aun no habia renunciado á su proyecto de venganza. Lo que buscaba con los ojos era un peñasco de una forma y peso conveniente para trasportarle sobre la montaña que domina el valle, y dejarle caer desde quinientos pies de altura sobre el puente que le habia escamotado el bailio de Goschenen.

No habia andado aun tres leguas, cuando habia encontrado su negocio.

Era un soberbio peñasco tan grande como una de las torres de la catedral de Paris que arrancó de la tierra con tanta facilidad como un niño hubiera arrancado un rábano, se lo cargó al hombro, y tomando el sendero que conducia á lo alto de la montaña, se puso en marcha, sacando la lengua en señal de alegría y gozándose anticipadamente de la desolacion del bailio cuando al dia siguiente encontrase derribado su puente.

Cuando habria andado una legua, creyó Satanás distinguir una gran concurrencia del pueblo sobre el puente, dejó el peñasco en tierra, trepó sobre él, y colocado en su cumbre divisó distintamente al clero de Goschenen, con la cruz y estandarte y pendones á su cabeza á destruir la obra satánica y á consagrar á Dios el Puente del Diablo.

Vió bien Satanás que ya no podia hacer nada, bajó tristemente, y encontrando una pobre vaca, ya que no podia mas, la tiró del rabo y la hizo caer en un precipicio.

En cuanto al bailio de Goschenen, nunca mas volvió á oir hablar del arquitecto infernal; únicamente la primera vez que metió la mano en su escarcela se quemó los dedos con la barra de oro, que se habia convertido en ascua otra vez.

El puente subsistió quinientos años como habia prometido el diablo.

Si se quiere buscar la verdad oculta tras los misteriosos pero trasparentes velos de la tradicion, será, sobre todo cuando se trate de esos grandes trabajos atribuidos al linage humano, fácil el descubrirla. Asi en Suiza casi por todas partes hay calzadas del diablo, puentes del diablo, castillos del diablo, que despues de una investigacion un poco mas séria se reconocerán por obras de romanos. Contra el ejemplo de los griegos, que en sus invasiones destruian y robaban, los romanos en sus conquistas edificaban y enriquecian. Asi, tan pronto como fué sometida por César la Helvecia, se elevó una torre en Nyon (Novidunum), un templo en Moudon (Mus Donium), y una via militar, allanando la cumbre del San Bernardo, que cruzó la Helvecia en su mayor anchura y fué á desembocar al Rhin, cerca de Maguncia. En el imperio de Augusto, las casas mas nobles y mas ricas de Roma adquirieron posesiones de la nueva conquista, y vinieron á establecerse en Vindich (Vindonisa), en Avenches (Aventicum), en Arbon (Arbox-felix), y en Coire (Curia). Entonces, para hacer mas fáciles las comunicaciones entre aquellos ricos estrangeros, los arquitectos romanos, si no los primeros, al menos los mas atrevidos del mun-

do, echaron de una montaña á otra y sobre espantosos precipicios esos puentes aéreos, tan solidos, que casi en todas partes se les encuentra en pie.

La dominacion romana en Helvecia duró, se sabe, cuatrocientos cincuenta años; despues, un dia aparecieron sobre las montañas nuevos pueblos, venidos no se sabe de donde, conquistadores nómadas, buscando una patria, se establecieron segun su capricho con sus mugeres é hijos, donde creian estar bien, ahuyentando delante de sí con el hierro de su espada á los vencedores del mundo, cual los pastores ahuyentan los ganados con el palo de su cayado, y haciendo esclavas las poblaciones que Roma habia adoptado por sus hijas. Los que el soplo de Dios impelió hácia la Helvecia eran los burgundos y los allemanni; se establecieron desde Ginebra hasta Constancia y desde Basilea hasta el San Gotardo. Aquellos hombres incultos y salvages como los bosques de donde salian, se quedaron sobrecogidos de espanto ante los monumentos que habia dejado la civilizacion romana. Incapaces de producir semejantes cosas; su orgullo se sublevó á la idea de que fueran el producto propio de los hombres, y toda obra que les pareció superior á sus fuerzas, fué atribuida por ellos á la complaciente cooperacion del enemigo de los hombres, que aquellos necesariamente habian debido pagar á costa de sus cuerpos ó de sus almas. De ahí todas las maravillosas leyendas que heredó la edad media y que ha legado á sus hijos.

Una legua despues del puente del Diablo, y bajando siempre el Reuss, se encuentra un segundo puente echado sobre este rio, con cuyo auxilio se pasa de una orilla á otra en el sitio llamado el *Salto del Fraile*. Tiene este nombre de que un fraile que habia robado á una doncella y la llevaba en sus brazos, perseguido por sus dos hermanos, cuyos caballos le ganaban en ligereza, se lanzó sin soltar su carga de una orilla á la otra, á riesgo de estrellarse con ella en el precipicio. Los hermanos de la jóven no se atrevieron á seguirle, y el fraile se quedó dueño de la que amaba. El salto dado por este otro Claudio Frollo era de veinte y dos pies de ancho, y el abismo que salvaba de ciento veinte de profundidad.

Un cuarto de hora antes de llegar á Altorf, divisamos al otro lado del rio la aldea de Attenghausen, y á espaldas del campanario de aquella aldea, las ruinas de la casa de Walter Furst, uno de los tres libertadores de la Suiza. Acabábamos de abandonar el terreno de la fábula por el de la historia. En lo sucesivo ya no mas leyendas diabólicas ni tradiciones monacales, sino toda una epopeya entera, grande, bella y maravillosa, ejecutada por una nacion, sin otro socorro que el de sus hijos, y de la que leeremos bien pronto la primera página en Bürglen, sobre el altar de la capilla levantada en el punto mismo donde nació Guillermo Tell.

WERNER STAUFFACHER.

Un año ha pasado desde que nos despedimos de nuestros lectores á las orillas del Reuss, despues de haberles hecho atravesar con nosotros el *Puente del Diablo* y el *Salto del Fraile*. Si no nos es infiel la memoria nos quedamos cerca de la villa de Attenghausen, á espaldas de cuya torre divisábamos las ruinas de la casa de Walter Furst, uno de los tres libertadores de la Suiza. Desde entonces hemos hecho una larga y lejana escursion en otros pueblos y en el interior de otras comarcas, hemos traido nuevas impresiones y curiosos recuerdos, que tambien verán un dia la luz pública, aunque por deferencia fraternal deban ceder la preferencia á los anteriores. Tornemos, pues, no á nuestra Suiza de los montes y neveras, sino á la Suiza de las praderas y los lagos; no al suelo de la fábula, sino al terreno de la historia. No tenemos mas que subir á lo alto de esa montañita que está enfrente de nosotros, y atravesando por ese cementerio lleno de rosales, y á la izquierda de la iglesia nos hallaremos á la puerta de una capillita edificada sobre el área que ocupaba la casa misma en que nació Guillermo Tell, y de que el sacristan ha ido á buscarnos la llave.

Por sabida que sea la historia del héroe popular cuyo nombre acabamos de pronunciar, y por mucho que estemos familiarizados con esta historia, al hallarnos en el lugar en que estamos, no podemos dispensarnos de visitar los sitios que se despliegan á nuestra vista, y de entrar en algunos detalles sobre la revolucion helvética, y seguir en su desarrollo la asociacion que dió nacimiento á la mas estable república, no solamente de la era moderna, sino tambien de los antiguos tiempos. Ademas, no escribimos solamente para el lector comedor y sedentario que nos lee junto á la chimenea, apoyados los pies á los morrillos y arropado en su bata, sino tambien para el osado viagero que como nosotros, con el sombrero de paja en la cabeza, el morral á la espalda y el palo con punta de hierro en la mano, haya en lo sucesivo de seguir el camino que hemos andado y que le trazamos. Cualquiera que este sea, y á quien desde ahora damos nuestro fraternal saludo, se tendrá por dichoso en poderse sentar en lo alto de esta colina de rosas cerca de aquella iglesia y en frente de la casa en donde estamos, y de hallar en nosotros un resúmen histórico, corto, pero sin embargo, exacto, de los sucesos que pasaron hace seis siglos, y de que puede abarcarlos casi todos en conjunto sobre este inmenso panorama que se estiende á nuestros pies cual un inmenso mapa.

Alberto de Austria, perteneciente á la casa de Habsburgo, subió al trono imperial en 1298. A la época de su advenimiento al trono en la Helvecia (1), no existian aun ni asociaciones, ni cantones, ni dietas. El emperador únicamente poseia en medio de estas comarcas á título de gefe de los condes de Habsburgo, un considerable número de pueblos, fortalezas y tierras que hoy hacen parte de los cantones de Zurich, Lucerna, Yug, Argovia, etc. Los otros condes á quienes pertenecia lo restante del pais eran los de Saboya y de Neufchatel y de Rapperschwoydl.

Difícil seria escribir la historia individual de aquella nobleza rica, disoluta y revoltosa, siempre en guerra ó en placeres, agotando la sangre y el oro de sus vasallos, y cubriendo todas las cimas de las montañas de torres y fortalezas, desde donde, cual las águilas desde su nido, se dejaban caer en la llanura para arrebatar el objeto de sus depredaciones y ponerlo en seguridad tras los muros de sus castillos. Y no se crea que los que esto hacian eran únicamente los seglares, pues del mismo modo vivian los poderosos obispos de Basilea, de Constanza, de Coira y de Lausana; y los ricos abades de Saint Galles y de Ensielden seguian el ejemplo de sus mitrados gefes como la pequeña nobleza el de los grandes barones.

En medio de aquella tierra cubierta de esclavos y de opresores, tres distritos habian quedado libres. Eran los de Uri, de Schwitz y de Unterwald, que previendo los desgraciados dias y peligrosas circunstancias que estaban ocultas en el porvenir, se habian reunido desde 1291, y comprometídose á defender á todo trance, mútuamente contra todos, familias y bienes, y ayudarse, si llegaba el caso, con las armas ó los consejos. De esta alianza tomaron el nombre de Eidsgenossen (2), que se les dió, que quiere decir *aliados con juramento*. Alarmado ya Alberto con esta primera demostracion hostil, quiso forzarlos á renunciar á la proteccion del emperador, su único soberano, y sujetarlos á la mas inmediata y mas directa de los condes de Habsburgo, á fin de que si alguno de sus hijos no era elegido para el trono imperial, conservase á lo menos la soberanía de estos paises, que sin esto salian de la noble dinastía de los duques de Austria.

Mas Uri, *Schwitz* y Unterwald habian visto demasiado las depredaciones infames que se cometian en derredor de ellas, para dejarse engañar. Rechazaron abiertamente las indicaciones que se les hicieron en 1303 por los diputados de Alberto, y suplicaron que no se les privase de la proteccion del emperador reinante, esto es, que no se les separase del imperio.

Alberto les hizo responder que su deseo era el adoptarles como hijos de su real familia; ofreció feudos á los ciudadanos principales y habló de una creacion de diez caballeros en cada distrito. Aquellos viejos montañeses contestaron que no pedian nuevos favores, si no conservar sus primitivos fueros. Viendo entonces Alberto que no podia alcanzar nada por la corrupcion de aquellos hombres, quiso ver lo que podria hacer por la tiranía, y en consecuencia les envió dos bailios austriacos cuyo carácter despótico y arrebatado tenia bien conocido.

El uno era Herman Guessler de Brounig, y el otro, el caballero Beringuer de Landenberg. Establecieron estos nuevos bailios en el mismo pais de los confederados lo que nunca se habian permitido hacer sus antecesores. Landenberg tomó posesion del castillo real de Sarnen en el alto Unterwalden, y Guessler, no hallando morada digna de el en el pais que le habia tocado en suerte, mandó construir una fortaleza á que dió el nombre de *Urijoch ó Joug de Uri*. Desde entonces se empezó á poner en ejecucion el plan de Alberto que de este modo pensaba determinar á los confederados á separarse ellos mismos del imperio y ponerse bajo la proteccion de la casa de Austria. Aumentáronse, pues, los portazgos, castigáronse con crecidas multas las mas leves faltas, y los ciudadanos se vieron tratados con altivez y desprecio.

Un dia que Herman Guessler recorria el canton de Schwitz, paróse delante de una casa que acababa de construir Werner Stauffacher.

—¿No es una vergüenza, dijo encarándose con el escudero que le acompañaba, no es una vergüenza que esos siervos miserables edifiquen para sí tan hermosas viviendas, cuando serian demasiado buenas para ellos unas chozas?

—Dejadla acabar del todo, monseñor, contestó el escudero, y entonces mandad esculpir sobre la puerta las armas de la casa de Habsburgo, veremos si su dueño se atreve á reclamarla.

—Tienes razon, dijo Guessler, y metiendo espuela al caballo, prosiguió su camino. La muger de Werner que estaba en el umbral de la puerta, oyó la conversacion, y mandó á los trabajadores que parasen la obra y se fuesen á sus casas. Obedecieron.

Cuando Werner llegó, miró con estrañeza aquella casa solitaria, y preguntó á su muger por que se habian ido los albañiles y quien lo habia mandado.

—Yo, respondió ella.

—¿Y por qué? muger.

—Por que los vasallos y siervos no necesitan mas que una choza.

Werner lanzó un suspiro, y entró en la casa. Tenia hambre y sed, aguardaba tener preparada la comida, sentóse á la mesa. Su muger le sirvió pan y agua, y se sentó á su lado.

—¿Qué es esto, muger? qué, ¿ya no hay caza

(1) La Helvecia no tomó el nombre de Suiza hasta despues de la Confederacion.
(2) Etimología del nombre de *Huguemot*.

en la montaña, pesca en el lago, ni vino en la despensa?

—Cada cual debe vivir segun su condicion, los vasallos y siervos no deben alimentarse mas que de pan y agua.

Werner arqueó las cejas, comió el pan y bebió el agua.

Acostáronse ambos esposos, y antes de dormirse Werner, cogió en sus brazos á su muger y quiso abrazarla; pero esta rechazó sus caricias.

—¿Por qué me rechazas, muger? preguntó el marido.

—Por que los vasallos y los siervos no deben engendrar hijos para que sean siervos y vasallos cual sus padres.

Werner saltó de la cama, volvióse á vestir en silencio, descolgó de la pared una larga espada, que estaba alli colgada, se la echó al hombro, y salióse sin pronunciar una palabra. Marchó sombrío y meditabundo hasta Brünen. Llegado alli se ajustó con unos pescadores, pasó el lago, y dos horas antes de amanecer estaba en Attenghausen y llamaba á la puerta de la casa de su suegro Walter Furst. Bajó á abrirle aquel anciano, y aunque le asombró ver llegar á su yerno á aquella hora de la noche, no le preguntó el motivo y mandó á un criado que pusiese en la mesa un cuarto de gamo y una botella de vino.

—Gracias, padre, dijo Werner, he hecho un voto.

—¿Y cuál?

—De no comer mas que pan y no beber mas que agua hasta un momento tal vez muy lejano todavía.

—¿Y cuál?

—El en que seamos libres.

Walter Furst se sentó enfrente de Werner.

—Buenas palabras son las que acabas de decir, ¿pero tendrás valor para repetirlas ante otros mas que el anciano á quien apellidas tu padre?

—Las repetiré en presencia de Dios que está en el cielo, y delante del emperador que es su representante en la tierra.

—¡Bien dicho, hijo mio! Mucho tiempo hace que aguardaba de tí esta visita y semejante respuesta; empezaba ya á creer que no llegaria ni una ni otra.

Llamaron de nuevo; Walter Furst fué á abrir. Hallábase de pie á la puerta un jóven armado de un palo que parecia una maza: un rayo de luna iluminó en aquel momento sus facciones pálidas y desencajadas.

—¡Mechtal! esclamaron á la vez Walter Furst y Stauffacher

—¿Qué pretendes? ¿qué vienes á pedir? preguntó Walter Furst, asustado de su palidez.

—¡Asilo y venganza! respondió Mechtal con voz sombría.

—Tendrás lo que pides, respondió Walter Furst, si la venganza depende de mi como el asilo.

—¿Qué te ha sucedido, pues, Mechtal?

—Trabajaba yo en mi campo y tenia uncidos en mi arado los dos mejores bueyes de mi rebaño, cuando llegó á pasar un lacayo de Landenberg, que parándose despues un instante se acercó y dijo:

—Esos bueyes son demasiado buenos para un vasallo, y es preciso que cambien de dueño.

—Estos bueyes son mios, contesté, y como los necesito, no quiero venderlos.

—¿Y quién te habla de comprarlos, villano? Al decir estas palabras sacó un cuchillo de monte y cortó el tiro.

—Si me tomais esta yunta, ¿cómo me compondré para labrar mis tierras?

—Los villanos como tú ya pueden arrastrar por sí mismos el arado si quieren comer pan de que no son dignos.

—Vamos, le dije, aun es tiempo, seguid vuestro camino y os perdono.

—¿Y en dónde tienes tu arco ó ballesta para hablar de ese modo?

Junto á mí habia un arbolillo y lo rompí.

—No tengo necesidad ni de arco ni de ballesta, dije, ya veis que estoy armado.

—Si das un paso mas te echo fuera las tripas como á un gamo, me respondió.

De un solo brinco me planté junto á él con el palo levantado diciéndole:

—Yo, si poneis la mano sobre mi yunta, os aplasto como á una res de un golpe.

Alargó el brazo y tocó el yugo, creo que con la punta de los dedos; dejé caer el palo y con el cayó el criado de Landenberg. Le habia roto el brazo cual si fuese un mimbre.

—Y habeis hecho muy bien: era justicia, esclamaron los dos hombres.

—Lo sé y no me arrepiento, continuó Mechtal; pero tambien he debido fugarme. Abandoné mis bueyes, y me oculté todo el dia en el bosque del Rœstock, y despues, al llegar la noche pensé en vos, Walter, que sois bueno y hospitalario. Tomé el paso de Surchen, y aquí estoy.

—Bien venido seas, Mechtal, dijo Walter Furst alargándole la mano.

—Pero no es esto todo, continuó el jóven, necesitariamos enviar un hombre inteligente á Sarnen, para que se informase de lo que ha pasado desde ayer, y qué medidas de venganza ha tomado Landenberg contra mí.

En aquel momento oyéronse pasos, pesados por el cansancio; un instante despues llamó un hombre otra vez á la puerta diciendo: «Abrid, que soy Ruder.»

Mechtal abrió la puerta para arrojarse en los brazos del criado de su padre; pero le encontró tan pálido y tan abatido, que retrocedió espantado.

—¿Qué hay, Ruder? preguntó Mechtal con trémula voz.

—¡Desgraciado de vos, mi querido amo! ¡Desgraciado el que veo tranquilo con seme-

jantes crímenes! ¡Desgraciado de mí que os traigo tan malas nuevas!

—¿No le ha sucedido nada á mi padre? dijo Mechtal? ¿Han respetado su edad y sus canas? ¡La vejez es sagrada!...

—¡Respetar ellos alguna cosa! ¿Hay algo de santo para ellos!

—¡Ruder!.... esclamó Mechtal juntando las manos.

—Le han cogido y han querido hacerle decir dónde estábais, y como no lo sabia.... ¡pobre viejo! ¡le han sacado los ojos!

Mechtal lanzó un terrible grito, y Werner y Walter se miraron mútuamente con los cabellos erizados y cubiertas de sudor sus frentes.

—Mientes, esclamó Mechtal, cogiendo á Ruder por el cuello, ¡mientes! es imposible que hombres cometan semejantes crímenes. ¡Oh! ¡mientes, dime que mientes!

—¡Ah! respondió Ruder.

—¿Dices que le han sacado los ojos? ¡Y esto porque yo habia huido como un cobarde! ¡Han sacado los ojos al padre porque no queria entregarles al hijo, han metido una punta de hierro en los ojos de un anciano.... y esto en medio del dia, á la luz del sol y delante de Dios! ¡y nuestras montañas no se han desplomado sobre sus cabezas! ¡y nuestros lagos no han salido de madre para sumergirlos! ¡y no ha habido un rayo que los esterminase!...... ¡Ya no les bastan nuestras lágrimas, y nos hacen llorar sangre!.... ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡Tened misericordia de nosotros!

Mechtal cayó como un árbol arrancado de cuajo, y se revolcó por el suelo y mordió la tierra.

Werner se acercó á Mechtal.

—No llores como un niño, no te arrastres como una fiera: levántate como hombre, nosotros vengaremos á tu padre, Mechtal.

El jóven se encontró de pie de repente cual si un resorte le hubiese hecho ponerse derecho.

—Werner, habeis dicho que le vengaremos.

—¡Le vengaremos! respondió Walter.

—¡Oh! dijo Mechtal, arrojando un grito que se parecia á lo risa de un loco.

En aquel momento se dejó oir á cierta distancia el estribillo de una alegre cancion y los primeros rayos del dia dejaron ver á un nuevo personage que se presentó en una revuelta del camino.

— Entraos, dijo Ruder dirigiéndose á Mechtal.

—Quédate, dijo Walter, es un amigo.

—Que pudiera sernos útil, añadió Werner.

Mechtal dejóse caer agobiado en un banco.

Entretanto se iba aproximando mas el forastero, que era un hombre de unos cuarenta años casi, vestido con una especie de gaban pardo que no le pasaba de las rodillas, trage entre seglar y monástico; sin embargo, sus cabellos largos, barba y bigotes cortados como los de los hombres libres, indicaban que si pertenecia al claustro era muy accidentalmente. Su andar era mas bien el de un soldado que el de un monge, y se le hubiera podido tomar por un soldado, si en vez de espada no hubiese llevado colgado del cinto un tintero, pluma y pergaminos en una especie de aljaba desprovista de flechas. Completo estaba su vestido por un pantalon azul muy ajustado y unos borceguíes atacados por delante, y tambien por el largo palo con punta de hierro, sin el que rara vez viajan los montañeses.

Desde que habia divisado el grupo que se formó delante de la puerta, habia dejado de cantar, y se aproximaba con aquella franqueza que da la certidumbre de hallar personas conocidas. En efecto, á algunos pasos de distancia ya le dirigió la palabra Walter Furst.

—Bien venido seais, Guillermo, lè dijo. ¿A dónde vas tan de mañana?

—¡Dios os guarde, Walter! Voy á cobrar unos réditos del *Fraumunster* (1) de Zurich, del cual soy cobrador, como sabeis.

—¿Puedes detenerte un cuarto de hora con nosotros?

—¿Para qué?

—Para escuchar lo que va á decirte ese jóven.....

Guillermo se volvió hácia Mechtal, y viéndole llorar se aproximó entonces á él y le alargó la mano.

—Dios enjugue vuestras lágrimas, hermano, le dijo.

—¡Dios vengue la sangre! contestó Mechtal... y le contó todo lo que acababa de suceder.

Guillermo escuchó aquella relacion con una gran compasion y una profunda tristeza.

—¿Y qué habeis resuelto? preguntó Guillermo cuando aquel hubo acabado.

—Vengarnos y libertar nuestro pais, respondieron los tres.

—Dios se ha reservado la venganza de los crímenes y la libertad de los pueblos, dijo Guillermo.

—¿Y qué nos ha dejado á los hombres entonces?

—Las oraciones y la resignacion que las aceleran.

—Guillermo, no vales la pena de ser tan valiente arquero, si respondes como un monge cuando te se habla como á un ciudadano.

—Dios ha hecho los montes para los corzos y los gamos, y los corzos y los gamos para el hombre: por eso ligereza á la caza y destreza al cazador. Walter, os habeis engañado llamándome un valiente arquero, yo no soy mas que un pobre cazador.

—¡Adios, Guillermo, vete en paz!

—¡Dios sea con vosotros, hermanos!

Guillermo se alejó. Los tres le siguieron en silencio con la vista, hasta que hubo desaparecido en el primer recodo del camino.

—No hay que contar con él, dijo Werner

(1) Convento de mugeres.

Stauffacher, y es lástima, porque hubiera sido un poderoso aliado.

—Dios nos reserva á nosotros solos la libertad de nuestro pais. ¡Alabado sea Dios!

—¿Y cuándo ponemos manos á la obra? dijo Mechtal. Tengo prisa, mis ojos derraman lágrimas.,.. y sangre los de mi padre.

Cada uno de los tres somos de un diferente distrito: tú, Werner, de Schwitz; tu Mechtal, de Unterwalden; y yo de Uri. Elijamos cada uno de entre nuestros amigos diez hombres con quienes podamos contar: juntémonos con ellos en el Grutli... Dios puede lo que quiere, y los que marchan por su camino, treinta hombres valen por un ejército....

—¿Y cuándo nos reuniremos? preguntó Mechtal.

—En la noche del domingo al lunes, respondió Walter Furts.

—¡Allí estaremos! respondieron Werner y Mechtal, y se separaron los tres amigos.

CONRADO DE BAUMGARTEN.

Entre los diez hombres del canton de Unterwalden que debian acompañar á Mechtal en la noche del 17 de noviembre habia un jóven de Wolfranchiess, llamado Conrado de Baumgarten; acababa de casarse por amor con la mas hermosa doncella de Abrellen, y solo le habia hecho entrar en la conjuracion el deseo de libertar su patria; porque era dichoso.

Asi es que no quiso decir á su jóven esposa el motivo que de ella le alejaba, fingiendo que tenia un negocio en la aldea de Brünnen, y dijola el 16 por la noche que dejaba la casa hasta el dia siguiente. Palideció la jóven al oirle.

—¿Qué tienes, Rosita? preguntóla Conrado. Es imposible que una cosa tan sencilla te cause tal impresion.

—Conrado, respondió la jóven, ¿no podrias dilatar este viage?

—Imposible.

—¿No puedes llevarme contigo?

—Imposible.

—Entonces vete.

Conrado la miró.

—¿Serias celosa, pobre niña?

Rosita se sonrió tristemente.

—Pero no, es imposible, continuó diciendo: pero alguna cosa te ha sucedido que me ocultas.

—Tal vez hago mal en tener miedo, respondió Rosita.

—¿Y qué puedes tú temer en esta aldea en medio de nuestros parientes, de nuestros amigos?

—¿Conoces á nuestro jóven señor? Conrado.

—Si, sin duda, contestó éste arrugando las cejas. ¿Y bien!

—¡Y bien! me ha visto en Abulen antes de que fuese tu muger.

—¿Y te ama? esclamó Conrado apretando los puños y clavando fijamente en ella su vista.

—Me lo ha dicho.

—¿Hace ya tiempo?....

—Si, y yo lo habia olvidado ya; pero ayer le encontré en el camino de Stanz y me repitió las mismas palabras.

—¡Bien, bien! murmuró Conrado. ¡Insolentes señores!.... No era bastante mi amor á la patria, habeis querido tambien que se uniese el odio contra vosotros. Apresuraos á acumular nuevos crímenes sobre vuestras cabezas; ¡va á llegar pronto el dia de la venganza!

—¿A quién amenazas asi? dijo Rosa. ¿Olvidas que es nuestro amo?

—Si, de sus vasallos, de sus siervos y lacayos; ¡pero yo! Rosa, soy de libre condicion, ciudadano de Stanz, señor de mis tierras y de mi casa, y si no tengo el derecho de administrar justicia como él; al menos tengo el derecho de hacérmela yo mismo.

—Ya ves que tenia razon para temer, Conrado.

—Si.

—¿Entonces no te marcharás?....

—He dado mi palabra y es preciso que la cumpla.

—¿Me permitirás que te acompañe?

—Ya te he dicho que era imposible.

—¡Dios y Señor mio! murmuró Rosita.

—Escucha, replicó Conrado, quizás no tenemos razon para asustarnos.

Yo no he dicho á nadie que me debia de ir; nadie lo sabe: Yo no estaré ausente mas que hasta mañana al mediodia. Me creerán á su lado, y te respetarán.

—¡Dios lo quiera!

Conrado abrazó á Rosita, y se separó de ella.

La cita era en Grutli, como hemos dicho, y nadie faltó á ella.

Allí, en una pequeña llanura que forma una estrecha pradera, rodeada de zarzas, al pie de las rocas del Seelisberg, la tierra presentó al cielo uno de los mas sublimes espectáculos en la noche del 17 de noviembre de 1307: el de tres hombres prometiendo por su honor y á riesgo de su vida, dar la libertad á todo un pueblo. Walter Furst, Werner Stauffacher y Mechtal, estendieron los brazos y juraron á Dios, *ante quien son iguales los reyes y los pueblos, vivir y morir por sus hermanos, emprender y soportarlo todo en comun; no sufrir mas, pero tampoco cometer injusticias; respetar los derechos y propiedades del conde de Habsburgo; no hacer mal alguno á los bailios imperiales, pero poner coto á su*

tiranía; pidiendo á Dios si aquel juramento le era grato, lo diese á conocer con algun milagro. Al mismo instante saltaron tres fuentes de agua viva á los pies de los tres gefes. Los conjurados gritaron entonces: «¡Gloria al Señor!» y levantando las manos todos hicieron á su vez el juramento de restablecer la libertad como hombres de corazon. Se dilató la ejecucion de aquel designio hasta la noche del 1.º de 1308. Despues cada cual tomó el camino de su valle y de su cabaña.

Por mucha diligencia que hizo Conrado era ya mediodía, cuando al salir del Dallenwyl, divisó la aldea de Wolfranchiess, y cerca de la aldea la casa en donde Rosita le esperaba. Todo parecia tranquilo; sus temores se calmaron con aquella vista, su corazon cesó de palpitar, y se detuvo para respirar. En aquel momento le pareció que su nombre zumbaba en sus oidos llevado por una ráfaga de viento: estremecióse, y continuó su camino.

Al cabo de algunos minutos volvió á oir segunda vez la misma voz que le llamaba. Tembló, por que aquella voz era lastimera y creyó reconocer la voz de Rosita. Aquella voz venia del camino, precipitóse, pues, hácia el pueblo.

Apenas habia dado veinte pasos cuando vió venir hácia él una muger desgreñada y afligida que desde que le vió pronunció su nombre, y que sin fuerzas para seguir mas adelante cayó en medio del camino. Conrado no dió mas que un salto para llegar hasta ella. Habia reconocido á Rosita.

—¿Qué tienes, querida mia? esclamó.

—¡Huyamos! ¡huyamos! murmuró Rosita, tratando de levantarse.

—¿Y por qué es preciso que huyamos?

—Por que ha venido ¡Conrado! ha venido mientras que no estabas tú alli.....

—¡Ha venido!

—Sí, y abusando de tu ausencia y de que estaba sola.....

—¡Habla! ¡habla! pronto.

—Ha exigido que le preparase un baño.

—¡Insolente! ¿Y tú has obedecido?

—¿Qué podia yo hacer, Conrado?..... Entonces me ha hablado de su amor.... ha puesto en mí sus manos.... entonces he huido llamándote en mi auxilio..... he corrido como una loca..... despues, cuando te he visto me han abandonado las fuerzas y he caido como si faltase la tierra á mis pies.

—¿Y él donde está ahora?

—En casa.... en el baño.

—¡ Insensato ! esclamó Corando echando á correr hácia Wolfranchiess.

—¿Qué vas á hacer, desgraciado?

—Espérame, Rosita, vuelvo....

Rosita cayó de rodillas con los brazos estendidos hácia el punto en donde Conrado habia desaparecido. Asi permaneció durante un cuarto de hora inmóvil y muda cual la estátua de la oracion, despues se levantó de repente y dió un alarido. Era que Conrado volvia pálido y con una hacha ensangrentada en la mano.

—¡Huyamos, Rosita, dijo él á su vez; huyamos, por que no estaremos seguros sino al otro lado del lago! Huyamos sin seguir camino..... lejos de las sendas, lejos de las poblaciones... Huyamos, si no quieres que yo muera de miedo, no por mi vida, si no por la tuya!.....

Al decir estas palabras la arrastró consigo al través de la pradera.

Rosita no era una de esas flores delicadas y endebles como las que suelen criarse en nuestras ciudades; era una noble montañesa, fuerte y animosa en los peligros, acostumbrada al sol y á la fatiga. Conrado y ella pronto habian llegado á la falda de la montaña; Conrado quiso entonces descansar, pero ella le enseñó con el dedo la sangre que cubria el hierro de su hacha.

—¿Qué sangre es esa? le preguntó.

—La suya.... respondió Conrado.

—¡Huyamos! esclamó Rosita, y volvió á ponerse en camino.

Entonces se internaron en lo mas intrincado del bosque, trepando los flancos de la montaña por senderos conocidos solo de los cazadores. Conrado quiso pararse muchas veces; pero Rosita le animó siempre asegurándole que no estaba cansada. Al fin una media hora antes de anochecer llegaron á la cumbre de una de las alturas de Roestock, desde donde oyeron los balidos de los ganados que regresaban á Seidor y Bauen, y descubrieron delante de estas dos aldeas, echado en el fondo del valle, el lago de los Waldstetten tranquilo y puro cual un espejo. A aquel aspecto Rosita quiso adelantar su camino; pero sus fuerzas eran inferiores á su voluntad, y á los primeros pasos que dió empezó á tambalearse Conrado exigió que descansase algunas horas y le preparó una cama con hojas y musgo, en la cual se acostó, mientras él velaba á su lado.

Conrado sintió espirar uno á uno todos los clamores del valle, vió apagarse una á una todas las luces que parecian estrellas caidas al suelo. Luego á los discordantes rumores de los hombres sucedieron los armoniosos ruidos de la naturaleza, y á las efímeras luces encendidas por manos mortales, aquel espléndido polvo de estrellas que levantan los pasos de Dios. La montaña como el Océano, tiene tambien voces inmensas que de repente se levantan en medio de la noche de la superficie de los lagos, del seno de los bosques ó de lo profundo de las neveras. En sus intérvalos se oye el ruido continuo de las cascadas ó el borrascoso estruendo de los aludes, y todos estos ruidos hablan al montañés una lengua sublime que le es familiar á la que responde por sus gritos de terror ó por sus cantos de agradecimiento, por que aquellos ruidos le presagian la calma ó la tempestad.

Asi Conrado habia seguido con inquietud

el vapor que empañando el espejo del lago, habia comenzado á levantarse sobre la superficio, y que subiendo lentamente por el valle habia ido á condensarse al rededor de la nevada cabeza del Axemberg. Habia vuelto muchas veces ya los ojos con ansiedad hácia el punto por donde iba á salir la luna, cuando apareció pálida y rodeada de un círculo nebuloso que velaba su débil resplandor. De tiempo en tiempo soplaban algunas brisas que llevaban consigo un sabor húmedo y de tierra, y Conrado volviéndose hácia Occidente, y aspirándolas con el instinto de los lebreles, murmuraba en voz baja.—Si, si, os conozco bien, mensageros de la borrasca, y os doy gracias al aviso, que no desaprovecharé. En fin, una bocanada de viento trajo los primeros vapores de los lagos de Neufchatel y de los pantanos de Morat: Conrado vió que era tiempo de partir, y se inclinó hácia Rosita.

—Amada mia, no tengas miedo, murmuró á su oido, soy yo que te despierto.

Rosita abrió los ojos y echó sus brazos al cuello de Conrado.

—¿En dónde estamos? dijo Rosita. Tengo frio......

—Es preciso partir, el cielo está borrascoso á apenas tenemos tiempo para llegar á la gruta de Rikenbach en donde hallaremos un abrigo: cuando haya pasado el huracan nos iremos á Bauen, desde donde cualquier barquero nos llevará á Brunnen ó á Sissigen.

—Pues no perdamos un tiempo precioso, Conrado. ¿No valdria mas irnos en seguida al lago? Si nos persiguiesen.....

—Tanto les valdria buscar el rastro de un gamo, ó del águila, respondió con indiferencia Conrado. Está tranquila por eso, hija mia, vámonos, porque ya está encima la tormenta.

En efecto, oyóse un trueno lejano que recorrió con su estruendo las sinuosidades del valle y fué á perderse en los desnudos flancos del Axemberg.

—Tienes razon, dijo Rosa, no hay un instante que perder, huyamos, Conrado, huyamos.

A estas palabras, agarráronse de la mano, y corrieron tan á priesa como les permitia lo escabroso del terreno, en direccion á la gruta del Rikenbach.

Pero el huracan se habia declarado al mismo tiempo que los primeros albores del dia, y se aproximaba bramando: de diez en diez minutos surcaban el cielo multitud de relámpagos, y bajando las nubes sobre la cabeza de los fugitivos les robaban por un instante la vista del valle, y deslizándose por lo largo de la montaña, los dejaron impregnados de una fria y penetrante humedad que les helaba el sudor de su frente. De repente y en uno de aquellos intérvalos de silencio en que la naturaleza parece que reconcentra en sí todas sus fuerzas para la lucha que va á sostener, oyéronse á lo lejos los ladridos de un perro de caza.

—Es Napft, esclamó Conrado parándose.

—Habrá roto su cadena y aprovechado su libertad para cazar en la montaña, respondió Rosita.

Conrado la hizo señal de que callase, y escuchó con aquella atencion propia de un cazador y de un montañés acostumbrado á adivinarlo todo, salvacion y peligros, por los mas leves indicios. Volviéronse á oir de nuevo los ladridos, Conrado se estremeció.

—Si, si, murmuró. Napft está de caza ¿pero sabes tú bien la caza que busca?

—¡Qué nos importa!

—¡Qué importa la vida á los que huyen para conservarla! Somos perdidos, Rosita: el infierno ha sugerido á esos demonios una idea: no sabiendo donde encontrarme han soltado á Napft y fiádose á su instinto.

—¿Pero qué puede hacerte creer....

—Escucha y observa con que lentitud se aproximan los ladridos, lo tienen atado para no perder la pista, pues de otra suerte Napft ya estaria á nuestro lado. Pero de ese modo tardarán mas de una hora antes de alcanzarnos.

Napft ladró de nuevo, pero sin aproximarse de una manera sensible, al contrario, hubiérase dicho que su voz se hallaba mas lejana que la primera vez que se habia dejado oir.

—Pierde nuestro rastro, dijo Rosita con alegría; mira, la voz se aparta.

—No, no, respondió Conrado. Napft es demasiado bueno para engañarse: esto es que el viento sopla contrario: oye, oye. El violento estampido de un trueno interrumpió los ladridos que acababan de oirse mas de cerca, pero apenas se apagó el eco del trueno volvieron á oirse de nuevo.

—¡Huyamos! esclamó Rosita, ¡huyamos hácia la gruta!

—¿Y ahora de qué nos servirá la gruta? Si antes de dos horas no ponemos entre los que nos persiguen y nosotros el lago, somos perdidos.

Diciendo esto la cogió de la mano y se la llevó casi arrastrando.

—¿A dónde vas, á dónde vamos? Mira que pierdes la direccion del lago, esclamó Rosita.

—Ven, ven, es menester que burlemos la astucia de esos cazadores de hombres. De aquí al lago hay tres leguas: si fuésemos á él en línea recta, antes de veinte minutos ya no podrias andar mas, pobre criatura; ven, ven.

Rosita sin responder recogió todas sus fuerzas y adelantóse rápidamente en la direccion que su marido habia escogido; caminaron asi casi diez minutos despues; de repente se hallaron á orillas de uno de aquellos barrancos tan frecuentes en las montañas. Aquel lo habia producido un terremoto, en tiempos que hasta los bisabuelos habian olvidado ya, y un precipicio de veinte pies de ancho, y una legua de largo casi formaba una profunda cintura á la montaña.

Era una de aquellas arrugas que anuncian

la vejez de la tierra, pero llegados allí Conrado dió un terrible grito. El frágil puentecillo que pasaba de uno á otro lado, se habia roto por una roca que se habia desplomado rodando desde la cima de Rœstock. Rosita comprendió toda la desesperacion de aquel grito de su marido, y creyéndose perdida, dejóse caer de rodillas.

—No, no, todavía no es hora de orar, esclamó Conrado con los ojos brillantes de alegría. ¡Animo, Rosita, ánimo! Dios no nos abandona enteramente.

Al decir estas palabras habia corrido hácia un pino que las tempestades habian desnudado de sus ramas, y que vegetaba solitario y despojado á orillas del precipicio: habia comenzado la obra de su salvacion, cortándolo con su hacha con toda su fuerza: el árbol, atacado por un enemigo encarnizado y mas poderoso que las tempestades, gimió desde la raiz hasta la punta; verdad es que jamás leñador alguno habia descargado tan fuertes golpes.

Rosita animaba á su marido, escuchando al mismo tiempo los ladridos de Napft, que con estos contratiempos que los habian detenido ya se iba adelantando mas y mas.

—Animo, querido mio, le decia, ánimo, mira como tiembla el árbol ya, y se bambolea. ¡Oh cuán fuerte eres, Conrado mio! ya cae. ¡Dios mio! yo te doy gracias: ¡nos hemos salvado!

En efecto, el pino, cortado por su base, y cediendo al impulso que le habia dado Conrado, habia caido al través del precipicio, ofreciendo un puente intransitable para cualquiera que no fuese un montañés, pero muy bastante para el pie de un cazador.

—No temas nada, Conrado, esclamó Rosita lanzándose la primera, no temas nada y sígueme.

Pero Conrado, en lugar de seguirla, no atreviéndose á mirar el peligroso paso, echóse al suelo, y con su pecho sujetaba el árbol para que no vacilase bajo las plantas de su querida.

Oíanse entretanto los ladridos de Napft ya distante un cuarto de hora apenas. Conrado, de pronto sintió que el movimiento que los pasos de Rosita imprimia en el árbol habian cesado, se aventuró á mirar, y la vió que tendiéndole los brazos le escitaba á que fuese á reunirse con ella.

Conrado se lanzó inmediatamente sobre aquel vacilante puente con paso tan firme como si anduviese por un puente de piedra, y llegado á donde estaba su muger, volvióse, y de un puntapie arrojó el árbol en el precipicio. Rosita lo siguió con la vista, y al verle hacerse pedazos contra las rocas y rebotar de profundidad en profundidad, apartó los ojos y palideció. Conrado, al contrario, lanzó uno de aquellos gritos de alegria que arrojan el leon ó el águila despues de una victoria: despues pasó su brazo en derredor de la cintura de Rosita, y se internó en una de aquellas sendas por donde no pasan mas que las fieras. Sus perseguidores, guiados por Napft, llegaron cinco minutos despues á orillas del precipicio.

Entretanto la tempestad arreciaba, los relámpagos continuaban sin interrupcion, el trueno no cesaba un instante de retumbar, el agua caia á torrentes, los gritos de los cazadores y los ladridos de Napft, todo era perdido en aquel caos. Al cabo de un cuarto de hora detúvose Rosita.

—No puedo andar mas, dijo, dejando caer los brazos y flaqueándole las rodillas, decía á su esposo:

—Huye solo, Conrado, huye, te lo suplico.

Conrado miró en derredor de sí para conocer á qué distancia se encontraba del lago, pero el tiempo era oscurísimo, y bajo el velo de la tempestad todos los objetos habian tomado un tinte tan uniforme, que le fué imposible orientarse; levantó la vista al cielo y no vió mas que relámpagos y rayos: el sol habia desaparecido como un rey arrojado de su trono por una conmocion popular. La pendiente del terreno daba á conocer bastante el camino que se debia seguir; pero en este camino era fácil encontrar alguno de aquelloa accidentes en el terreno tan comunes en los montes, que solo pueden salvar las alas del águila ó las ligeras piernas de los gamos. Conrado dejó tambien á su vez caer sus brazos, y lanzó un gemido cual un atleta medio vencido.

En aquel momento, descendiendo de la cumbre del Rœstock, se dejó oir un estraño y prolongado murmullo; la montaña osciló tres veces semejante á un hombre borracho, y atravesó el espacio una niebla cálida como el vapor que se levanta del agua hirviendo.

—¡Es una manga! esclamó Conrado, ¡es una manga!.... y cogiendo á su esposa entre los brazos, acurrucóse con ella bajo la bóveda que formaba una inmensa roca, apretando despues á su esposa con un brazo aferrándose con el otro á las asperezas de la roca.

Apenas se hallaron bajo aquel abrigo, cuando se estremecieron las ramas superiores de los pinos, movimiento que se comunicó despues á las ramas inferiores; un silbido que dominó al ruido del huracan se apoderó á su vez del espacio; el bosque se dobló cual un campo de espigas; oyéronse horrorosos crugidos; despues se vieron volar hechos pedazos los troncos de los árboles mas robustos; desarraigábanse unos, levantábanse otros como si la mano de un demonio les cogiese al pasar por la cabellera, y huian ante el soplo de la manga dando volteretas y rodando cual un tropel insensato de gigantescas y horrorosas fantasmas. Encima de ellos un espeso monton de ramas hechas pedazos y matorrales volaban arrastrados por el mismo impulso, y debajo saltaban en torbellino millares de peñascos arrancados de la montaña como polvo. Afortunadamente la roca, bajo la que se habian abri-

gado, estaba unida por vínculos de siglos al inmenso esqueleto de la montaña, y permaneció inmóvil, protegiendo á los fugitivos, que hallándose en el centro mismo del huracan, siguieron con espantada vista la marcha de aquel aterrador fenómeno que adelantándose en línea recta, y derribando todos los obstáculos se dirigió hácia Banen: pasó sobre una casa que desapareció con él, llegó al lago, separó la niebla en dos paredes que parecian sólidas, encontró una barca que sumergió, y fué á estrellarse contra las rocas del Axemberg, dejando el espacio que habia recorrido vacío y devastado como el cauce de un rio que queda seco.

—Vamos, la manga nos ha abierto un camino, esclamó Conrado.

—Puede ser tambien que el huracan nos haya librado de nuestros enemigos, dijo Rosita reuniendo todas sus fuerzas para seguir á Conrado.

—Si, respondió este, si, si yo no hubiese arrojado el puente, porque se habrán hallado sobre la misma línea nuestra, y entonces es probable que hubiéramos visto pasar sus cadáveres por encima de nuestras cabezas: pero se han visto obligados á dar un rodeo para evitar el precipicio. La manga les habrá dado tiempo para alcanzarnos: mira ahí tienes la prueba...... mira.

En efecto, comenzaban á oirse los ladridos de Napft.

Conrado conociendo entonces que le faltaban las fuerzas á Rosita, la cogió en sus brazos y cargando con aquel peso continuó mas ligero aun que si ella le hubiese seguido á pie.

A las pocas palabras que hablaron en voz baja los dos esposos, se siguió un silencio de muerte de diez minutos. Conrado habia adelantado tanto que ya descubria ahora el lago á unos quinientos pasos al través de la lluvia y de la niebla: Rosita tenia clavados los ojos sobre el estraño valle que acababan de recorrer. De repente Conrado la sintió estremecerse, y al mismo tiempo se oyeron gritos de alegría: eran los de los soldados que les perseguian, y que al fin los habian visto. Napft vino á saltar al lado de su amo, pues al reconocerle habia tirado con tanta fuerza que habia roto la cadena que le sujetaba: colgaban aun algunos eslabones en el collar.

—Si, si, murmuró Conrado, eres un perro fiel, Napft, pero tu fidelidad nos pierde sem que una traicion. Ahora ya no es una cacería es una carrera. Desesperado entonces dirigióse Conrado en línea recta hácia el lago, seguido á trescientos pasos de distancia de ocho ó diez arqueros del señor de Wolfranchiess; pero al llegar á la orilla, presentóse un nuevo obstáculo: el lago estaba agitado como un mar tempestuoso, y ápesar de los ruegos de Conrado, ningun barquero queria arriesgar la vida por salvar la suya.

Conrado corria como un loco, llevando siempre en brazos á Rosita medio desmayada, y que á voces pedia proteccion, perseguido siempre por los arqueros que á cada paso se adelantaban en su alcance.

De repente saltó un hombce desde una roca al camino.

—¿Quién pide socorro? preguntó.

—Yo, yo, respondió Conrado, para mí y para esta muger que aquí veis. ¡Una barca, por Dios, una barca!

—Venid, dijo el desconocido saltando á una barquilla que estaba amarrada á una argollita.

—¡Oh! sois mi salvador.

—El salvador es aquel que derramó en la cruz su sangre por los hombres; Dios me ha traido á vuestro encuentro; dirigidle vuestras acciones de gracias y sobre todo vuestras oraciones, porque vamos á tener necesidad de que no nos pierda de vista.

—Pero al menos es preciso qne sepais á quien salvais.

—Estais en peligro; no necesito saber mas: venid.

Saltó en la barca Conrado y colocó en ella á Rosita.

El desconocido desplegó una pequeña vela y colocándose en el timon, desató la cadena que sujetaba la barca á la orilla. Inmediatamente se lanzó saltando de ola en ola, animándose al soplo del viento como un caballo con la espuela y la voz de su ginete. Apenas se hallaban los fugitivos á cien pasos del punto de donde se habian embarcado, cuando llegaron los arqueros.

—¡Venis demasiado tarde, mis amos! murmuró el desconocido; ahora estamos fuera de vuestras manos; pero no es esto todo, continuó volviéndose á Conrado. Echaos, jóven, echaos. ¿No veis que echan mano á los arcos? Una flecha es mas ligera que la mejor barca aunque se la lleve el demonio de la tempestad misma. Boca abajo os digo, boca abajo al instante. Conrado obedeció. Al mismo tiempo se dejó oir un silbido sobre sus cabezas. En el mástil de la barca quedó clavada temblando una flecha; las otras fueron á perderse en el lago.

El estrangero miró con reposada curiosidad la flecha cuya acerada punta se habia clavado enteramente en el mástil.

—Si, si, murmuró á media voz, en nuestros montes, se hacen buenos arcos de fresno, de tejo y de roble: si la mano que los maneja y el ojo que dirige la flecha que arrojan, estuviesen mas ejercitados, podria dar cuidado el servirles de blanco: ademas no es cosa fácil alcanzar al gamo que corre, al pájaro que vuela, ó á la barca que surca las olas. Volveos á echar, jóven, que nos mandan otra segunda descarga.

En efecto, clavóse una flecha en la proa, y atravesando otras dos la vela se quedaron enganchadas por las plumas. El piloto las miro desdeñosamente.

—Ahora, dijo á Conrado y á Rosita, ya podeis sentaros en los bancos de la barca como si estuvieseis en los del paseo del domingo: antes que tengan tiempo de sacar la tercer flecha de su aljaba ya estaremos fuera de tiro. Solamente con una ballesta se podria hacer llegar hasta aquí... ¡Mirad si me engañaba!

En efecto, la tercera descarga cayó en el surco que dejaba la barca. Los fugitivos estaban ya á salvo de la cólera de los hombres, y ya no tenian que temer mas que la de Dios; pero el desconocido parecia tan aguerrido contra la primera como contra la segunda.

Una media hora despues de haber saltado en la barca Conrado y su muger desembarcaban en la opuesta orilla. Napft á quien habian olvidado los habia seguido á nado.

Antes de separarse del estrangero pensó Conrado de cuanta utilidad podia ser aquel hombre en la conjuracion de que él hacia parte; comenzó, pues, por contarle lo que se habia resuelto en el Grutli; pero á la primera palabra le detuvo el estrangero.

—Me habeis llamado en vuestro socorro, y he acudido como hubiera querido que hubiesen acudido al mio, si me hubiese hallado en igual posicion á la vuestra, no me pidais nada mas, porque no lo haré.

—Pero á lo menos, esclamó Rosita, decidnos cual es vuestro nombre: que podamos llevarlo en nuestro corazon al lado del de nuestros padres y de nuestras madres, porque como á ellos os debemos la vida.

—Si, si, vuestro nombre, dijo Conrado, no teneis motivo alguno para ocultárnoslo.

—No, sin duda, respondió sencillamente el forastero, amarrando su barca á la orilla del lago. Yo he nacido en Burglen, soy cobrador del Fraumunster de Zurich, y me llamo Guillermo Tell.

Al decir estas palabras saludó á los dos esposos y tomó el camino de Fhulen.

GUILLERMO TELL.

Al dia siguiente al en que pasaron estos sucesos anunciaron al bailio Herman Guessler de Brounig un mensagero del caballero Beringuer de Landenberg. Dió órden de que le hiciesen entrar.

El mensagero contó la aventura de Mechtal, y la venganza de Landenberg.

Apenas habia acabado cuando anunciaron la llegada de un arquero del señor de Wolfranchiess.

El arquero contó la muerte de su amo y de qué manera se habia escapado el asesino, gracias al socorro que le habia dado un hombre llamado Guillermo de Burglen, aldea situada bajo la jurisdiccion de Guessler. El bailio prometió que se haria justicia de aquel hombre.

Acababa de empeñar su palabra cuando anunciaron á un soldado de la guarnicion de Schwanau.

El soldado contó que el gobernador del castillo, habiendo atentado al honor de una doncella de Art, habia sido sorprendido en la caza por los dos hermanos de la jóven, y muerto por ellos, refugiándose los asesinos despues en la montaña, donde se les habia inútilmente perseguido.

Levantóse entonces Guessler, y juró que si el jóven Mechtal que habia roto el brazo á un criado de Landenberg, ó Conrado de Baumgarten que habia muerto al señor de Wolfranchiess en el baño, ó los dos mancebos que habian asesinado al gobernador del castillo de Schwanau caian en sus manos, serian castigados con la pena de muerte. Con esta respuesta iban á retirarse los mensageros, pero Guessler les invitó á que le acompañasen antes á la plaza pública de Altprf.

Llegado allí, mandó plantar un mástil en el suelo, y sobre aquel mástil colocó su sombrero, cuyo fondo estaba rodeado con la corona ducal de Austria: despues hizo pregonar á son de trompeta, que cualquier noble, ciudadano ó villano que pasase por delante de aquella insignia del poder de los condes de Habsburgo, tuviese que descubrirse en señal de fé y homenage; entonces despidió á los mensageros, mandándoles que contasen lo que acababan de ver, invitando á los que les habian mandado á que hiciesen otro tanto en sus respectivas jurisdicciones: lo que añadia era el medio mejor para reconocer á los enemigos del Austria; en fin, colocó una guardia de doce arqueros en la plaza, mandándoles que prendiesen al primero que rehusase cumplir sus órdenes.

Tres dias despues fueron á prevenirle que habian arrestado á un hombre por haberse negado á descubrirse ante la corona de los duques de Austria.

Guessler montó á caballo al instante, y se fué á Altorf acompañado de sus guardias. El culpable estaba amarrado al mismo mástil en que se hallaba fijado el sombrero del gobernador, y á lo que podia juzgarse por su jubon de paño verde de Basilea, y por la pluma de águila que llevaba en el sombrero, era un cazador de la montaña. Llegado delante de él, mandó Guessler que le quitasen las cuerdas con que le tenian atado. Cumplida esta órden, el cazador que sabia bien que no estaba libre, dejó caer sus brazos y miró al gobernador con una indiferencia tan distante del miedo como de la arrogancia.

—¿Es verdad, le dijo Guessler, que te has negado á saludar ese sombrero?

—Si, monseñor.

—¿Y por qué?

—Porque nuestros padres me han enseñado á no descubrirme mas que delante de Dios, de los ancianos y del emperador.

—Pero esta corona representa el imperio

—Os engañais, monseñor, esa corona es la de los condes de Habsburgo y de los duques de Austria. Ponedla en las plazas de Lucerna, y de Friburgo, de Zug, de Bienna, y del pais de Glaris, y no dudo que sus habitantes le rendirán el homenage que exigis, pero nosotros que hemos recibido del emperador Rodolfo el privilegio de nombrar nuestros jueces, de gobernarnos por nuestras leyes, y de no depender mas que del imperio, debemos respetar todas las coronas, pero rendir homenage solamente á la del emperador.

—Pero al subir al trono romano el emperador Alberto no ha ratificado esas libertades concedidas por su padre.

—Ha hecho mal, monseñor, y ved por qué Uri, Schwitz y Unterwalden hanhecho alianza entre sí, y se han comprometido con juramento á defender mútuamente á todo trance sus personas, familias y bienes, y á auxiliarse unos á otros por los consejos y por las armas.

—¿Y crees tú que cumplirán su juramento? dijo Guessler sonriéndose.

—Lo creo, respondió tranquilamente el cazador.

—¿Y que morirán antes que quebrantar su juramento?

—Desde el primero hasta el último.

—Será preciso verlo.

—Mirad, monseñor, continuó el cazador, que tenga cuidado el emperador Alberto, no es afortunado en espediciones de este género. Se acordará del sitio de Berna, donde fué cogida su bandera imperial, y de Zurich, en donde no se atrevió á entrar á pesar de estar abiertas todas sus puertas; no obstante, con estas dos ciudades la cuestion no era por su libertad, sino por los límites de su territorio. Ya sé que vengó estas dos derrotas contra Glaris; pero Glaris era débil y fué sorprendida sin defensa, mientras que nosotros, y los demas confederados estamos prevenidos y armados.

—¿Y dónde has tenido tú tiempo de aprender las leyes y la historia, si no eres mas que un simple cazador como puede verse por tu trage?

—Sé nuestras leyes, porque es la primera cosa que nuestros padres nos enseñan á respetar y defender; y sé tambien la historia porque entiendo algo de letras, habiendo sido educado en el convento de Nuestra Señora de las Ermitas, por esto tengo el empleo de cobrador de las rentas del Fraumunster de Zurich. En cuanto á la caza no es mi oficio, sino mi diversion como la de todo hombre libre.

—¿Y cómo te llamas?

—Mi nombre de bautismo es Guillermo, y Tell el de mis abuelos.

—¡Ah! respondió Guessler con alegría. ¿No eres tú el que has dado socorro á Conrado de Baumgarten y á su esposa en la última tempestad?

—Yo dí paso en mi barca á un jóven y á una muger que huian perseguidos; pero no les he preguntado su nombre.

—¿No eres tú tambien el que citan como el mejor cazador de toda la Helvecia?

—A cincuenta pasos arrancaria una manzana puesta sobre la cabeza de su propio hijo, dijo una voz que salió de entre la muchedumbre.

—¡Dios perdone esas palabras y al que las haya dicho! esclamó Guillermo, pero de seguro que no han salido de la boca de un padre.

—¿Con que tienes hijos? dijo Guessler.

—Cuatro. Tres niños y una niña: Dios ha bendecido mi casa.

—¿Y á cuál quieres mas?

—A todos los amo igualmente.

—Pero por alguno tendrás mayor ternura.

—Por el mas pequeño tal vez, porque es el mas débil y tiene mas necesidad de mí, teniendo apenas siete años.

—¿Y cómo se llama?

—Walter.

Guessler se volvió hácia uno de los guardias que le habian seguido á caballo.—Corred á Burglen, le dijo, y traedme al niño Walter,

—¿Y para qué, monseñor? preguntó Tell.

Guessler hizo una seña y el guardia partió al galope.

—Ya lo verás, dijo Guessler volviéndose hácia el grupo y hablando tranquilamente con los escuderos y guardias que le acompañaban. Guillermo se quedó en pie en el mismo sitio en que estaba, con el sudor en la frente, los ojos fijos, y los puños cerrados.

Al cabo de diez minutos volvió el guardia trayendo al niño sentado sobre el arzon de la silla: despues llegando junto á Guessler lo bajó á tierra.

—Aqui está el pequeño Walter, dijo el guardia.

—Está bien, responció el gobernador.

—¡Mi hijo! esclamó Guillermo. El niño se arrojó en sus brazos.

—¿Me llamabas? padre, dijo el niño palmoteando de alegría.

—Y tu madre, ¿cómo te ha dejado venir? murmuró Guillermo.

—No estaba en casa: no habia alli mas que mis hermanos y yo. ¡Oh qué envidia van á tenerme! Han dicho que tú me quieres á mí mas que á ellos.

Guillermo exhaló un suspiro y estrechó á su hijo contra su corazon.

Guessler miraba aquella escena con los ojos brillantes de gozo y de ferocidad; despues, cuando se hubieron acariciado bien padre é hijo dijo señalando á una encina que habia en el otro estremo de la plaza.

—Atad á ese niño á ese árbol.

—¿Para qué? gritó Guillermo estrechándole en sus brazos.

—Para probarte que hay entre mis guardias arqueros que sin tener tu reputacion, saben tambien dirigir una flecha.

Guillermo abrió la boca como sino comprendiese, aunque la palidez de su cara y las gotas de sudor que corrian por su frente anunciasen que lo habia comprendido.

Guessler hizo una seña, y los soldados se acercaron á él.

—¡Atar mi hijo para probar la destreza de tus soldados! ¡Oh! no lo intentes, gobernador, Dios no te dejaria hacerlo.

—Eso es lo que veremos, dijo Guessler, y repitió la órden.

Los ojos de Guillermo brillaron como los de un leon; miró en derredor de sí para ver si hallaba un paso para escapar, pero estaba rodeado por todas partes.

—¿Qué quieren hacerme? padre, preguntó asustado el niño Walter.

—¿Qué quieren hacerte, hijo mio? ¿qué quieren hacerte? ¡Oh! esos tigres con rostro humano, quieren degollarte.

—¿Y por qué, padre? dijo el niño llorando: yo no he hecho mal á nadie.

—¡Verdugos! ¡verdugos! ¡verdugos! gritó Guillermo rechinando los dientes.

—Vamos, concluyamos, dijo Guessler.

Los soldados se echaron sobre él, y le arrancaron su niño; Guillermo se arrojó á los pies del caballo de Guessler.

—Monseñor, le dijo juntando sus manos en ademan suplicante: monseñor, yo soy el que os ha ofendido, á mí me debeis castigar, monseñor, castigadme, matadme; pero devolved ese niño á su madre.

—Yo no quiero que te maten, gritaba el niño agitándose en los brazos de los arqueros.

—Monseñor, continuó Guillermo, mi muger y mis hijos abandonarán la Helvecia y os dejarán su casa, tierras y ganados; se irán á mendigar de pueblo en pueblo, de casa en casa, y de choza en choza, pero en nombre del cielo perdonad á mi hijo.

—Hay un medio de salvarlo, Guillermo, dijo Guessler.

—¿Cuál, esclamó Tell, levantándose y cruzando los brazos: ¿cuál es? decidlo, decidlo luego, y si lo que quereis exigir de mí está al alcance humano, lo haré.

—No te exigiré nada que no te crea capaz de hacer.

—Ya os escucho.

—Hace poco que se ha dejado oir una voz de que eras tan diestro cazador, que á ciento cincuenta pasos de distancia quitarias una manzana de la cabeza de tu hijo sin causarle lesion alguna.

—¡Oh! Maldita era esa voz. Yo crei que solo Dios y yo la habíamos oido.

—¡Y bien! Guillermo, continuó Guessler, si consientes en darme esa prueba de destreza, te perdono por haber contravenido á mis órdenes, no saludando á ese sombrero.

—Imposible, monseñor, imposible; seria tentar á Dios.

—Entonces voy á probarte que tengo arqueros menos tímidos que tú:—Atad al niño.

—Esperad, monseñor, esperad; aunque sea una cosa muy terrible, muy cruel, y muy infame, lo reflexionaré.

—Cinco minutos te doy.

—A lo menos durante ese tiempo volvedme á mi hijo.

—Soltad al niño, dijo Guessler. El niño echó á correr hácia su padre.

—¿Con que nos ha perdonado, padre? dijo el niño enjugándose los ojos con sus manecitas llorando y riendo á la vez.

—¿Cómo perdonado? ¿Sabes tú lo que quieren? ¡Oh Dios mio! ¡cómo es posible que en la cabeza de un hombre quepa semejante pensamiento! Quieren..... ¡pero no, no lo quieren! es imposible que quieran semejante cosa. Quieren, pobre niño, que á ciento y cincuenta pasos yo quite una manzana de tu cabeza con una flecha.

—¿Y por qué no quieres tú eso, padre? respondió el niño sencillamente.

—¿Por qué? ¿y si no diese en la manzana, y si la flecha te tocase á ti?.....

—¡Oh! tú sabes bien que no hay peligro de eso, respondió el niño sonriendo.

—¡Guillermo! gritó Guessler.

—Aguardaos, monseñor, aguardaos, aun no han pasado los cinco minutos.

—Te equivocas: el tiempo ha pasado. Guillermo, decídete.

El niño hizo un gesto animando á su padre.

—Bien, murmuró Guillermo á media voz... ¡Oh! ¡nunca! ¡nunca!

—Volved á coger el niño, dijo Guessler á los soldados.

—Ya quiere mi padre, dijo el niño; y arrancándose de los brazos de Guillermo, echó él mismo á correr hácia el árbol.

Guillermo se quedó anonadado con los brazos caidos y la cabeza sobre el pecho.

—Dadle un arco y flechas, dijo Guessler.

—Yo no soy arquero, respondió Guillermo saliendo de su estupor; yo no soy arquero, sino ballestero.

—Es verdad, es verdad, gritó la muchedumbre.

Guessler se volvió entonces á los soldados que habian arrestado á Guillermo, como para interrogarlos.

—Si, si, dijeron ellos, traia ballesta y flechas.

—¿Y qué han hecho de ellas?

—Se las hemos quitado cuando se le ha desarmado.

—Que se le devuelvan, dijo Guessler. Fueron á buscarlas y las entregaron á Guillermo.

—Ahora una manzana, dijo Guessler.—

trayéndole una cestita llena de ellas: Guessler escogió una.

—¡Oh! ¡esa no! gritó Guillermo, esa no: á la distancia de ciento cincuenta pasos apenas podria verla. Verdaderamente no teneis compasion en escogerla tan pequeña.

Dejóla caer Guessler, y tomó otra que era una tercera parte mas gorda.

—Vamos, Guillermo, voy á darte gusto, le dijo el gobernador, ¿qué me dices de esta?

Guillermo la tomó, la miró, y suspirando se la devolvió.

—Vamos, ya estamos convenidos; ahora midamos la distancia.

—¡Un instante! ¡un instante! dijo Guillermo. Una distancia leal, monseñor, pasos de dos pies y medio nada mas. Esta es la medida en los tiros y desafios, ¿no es verdad, señores arqueros?

—Se hará como deseas, Guillermo. Se midió la distancia contando ciento cincuenta pasos de dos pies y medio.

Guillermo siguió al que calculaba el espacio, midió él mismo tres veces la distancia; despues, viendo que se habia hecho lealmente, volvió al sitio donde tenia la ballesta y sus dardos.—Una flecha sola, gritó Guessler.

—Dejádmela escoger al menos, dijo Guillermo: no es cosa de poca importancia la eleccion de la flecha: ¿no es esto, señores arqueros? Flechas hay que se desvian del camino, ya por que el hierro es muy pesado, ya por que la madera tiene algun nudo, ya por que han sido mal emplumadas.

—Es verdad, dijeron los arqueros.

—Pues bien, escogedla, repuso Guessler; pero una sola, ¿lo entiendes?

—Sí, sí, murmuró Guillermo, ocultándose otra en el seno, sí, sí, una sola: está dicho.

Guillermo examinó todas aquellas flechas con la mas escrupulosa atencion, tomólas y las dejó unas despues de otras, probólas en la ballesta para ver si entraban bien en el encage, púsolas en equilibrio sobre un dedo, para ver si el hierro pesaba mas de un lado, lo que hubiera hecho bajar la punteria. En fin, encontró una que reunia todas las cualidades necesarias, pero aun despues de haberla encontrado, continuó aun largo tiempo haciendo que buscaba entre las que habian quedado, pero solo para ganar mas tiempo.

—¿Y bien? dijo Guessler con impaciencia.

—Ya estoy listo, monseñor, dijo Guillermo: voy á encomendarme á Dios.

—¿Eso tambien?

—Ya que no he podido obtener piedad en los hombres, á lo menos pido misericordia á Dios. Esto es una cosa que no se niega ni al reo sobre el cadalso.

—Reza.

Guillermo se puso de rodillas, y pareció absorto en su oracion.

Entretanto ataban al niño al árbol: quisieron vendarle los ojos, pero él lo rehusó.

—¡Y eso! ¡y eso! dijo Guillermo interrumpiendo sus rezos ¿no le vendais los ojos?

—Pide veros, gritaron los arqueros.

—Y yo no quiero que me vea, esclamó Guillermo, yo no quiero ¿lo ois? sin eso no hay nada de lo dicho, ni de lo convenido, hará algun movimiento al ver llegar la flecha, y yo mataria á mi hijo. Walter, déjate vendar los ojos, te lo pido de rodillas.

—Que me los venden, respondió el niño.

—Gracias, dijo Guillermo, enjugándose el sudor de su frente y mirando en su derredor como enagenado, gracias, eres un escelente muchacho.

—Vamos, animo, padre, le gritó Walter.

—Si, si, respondió Guillermo poniendo una rodilla en tierra y armando la ballesta. Monseñor, dijo despues volviéndose á Guessler, aun es tiempo, evitadme un crímen y á vos un remordimiento. Decid que todo esto era para castigarme, para probarme, y que ahora que veis lo que he sufrido, me perdonais ¿No es así, monseñor? ¿No es verdad que me concedeis vuestra gracia? continuó arrastrándose sobre sus rodillas. En nombre del cielo, en nombre de la Vírgen María, en nombre de los santos, ¡perdon! ¡perdon!

—Vamos, date prisa, respondió Guessler y teme cansar mi paciencia. ¿No estamos ya convenidos? Vamos, cazador, demuestra tu habilidad.

—¡Dios mio! tened, piedad de mí, murmuró Guillermo levantando los ojos al cielo. Entonces cogiendo su ballesta colocó la flecha, apoyó la culata sobre el hombro, levantó lentamente la punta, despues poniéndola á la altura que quiso, aquel mismo hombre que poco antes temblaba como la hoja agitada por el viento, se quedó inmóvil como un arquero de mármol. No se oia ni un soplo, las respiraciones se habian suspendido y todos los ojos estaban fijos. Salió el tiro, resonó un grito de alegría; la manzana estaba clavada en la encina y el niño sin lesion alguna. Guillermo quiso levantarse, pero vaciló, dejó caer la ballesta y volvió á caer en el suelo desmayado.

Cuando Guillermo volvió en sí estaba en los brazos de su hijo. Cuando le hubo besado mil veces, volvióse al gobernador y encontró sus ojos chispeando de cólera.

—¿He hecho lo que me habeis mandado, monseñor? le dijo.

—Sí, respondió Guessler, eres un valiente arquero. Así perdono como he prometido tu falta de respeto á mis órdenes.

—Y yo, monseñor, os perdono mis angustias de padre.

—Pero tenemos otra cuenta que arreglar juntos. Tú has dado socorro á Conrado de Baumgarten, que es homicida y asesino, y tú debes ser castigado como cómplice suyo.

Guillermo miró en derredor de sí cual un hombre que se vuelve loco.

—Arqueros, conducid á este hombre á la

cárcel, pues para castigar el asesinato y la alta traicion se necesita un proceso en forma.

—¡Oh! debe de haber una justicia en el cielo, dijo Guillermo; y se dejó tranquilamente llevar á un calabozo.

En cuanto al niño fué fielmente devuelto á su madre.

——

GUESSLER.

La noticia de todo lo que habia sucedido en este dia, divulgóse en seguida por los pueblos de las inmediaciones, y ocasionó una grande efervescencia. Guillermo era querido de todos, porque la mansedumbre de su genio, sus virtudes domésticas, y el interés que se tomaba en las desgracias y calamidades de los demas, le habian conquistado la estimacion y aprecio de pobres y ricos. Su estraordinaria habilidad escitaba una siniestra admiracion, por lo que le consideraban como un ser privilegiado. Así son los pueblos primitivos: precisados á alimentarse con el resultado de su destreza y á defenderse con su propia fuerza, estas dos circunstancias son las que hacen mas notable al hombre y las que le colocan en el rango de un semidios. Hércules, Teseo, Cástor y Polux no subieron por otra escalera para llegar al Olimpo.

Como á cosa de media noche dieron parte á Guessler de que si no se ponia remedio seria muy posible que estallase una rebelion. Guessler calculó que lo mejor para evitarlo seria sacar á Guillermo del canton de Uri y conducirlo á una fortaleza de los duques de Austria situada al pie del monte Righi entre Kussnach y Weggis. En su vista, juzgando que el viage seria mas seguro embarcándolo que llevándolo por tierra, mandó disponer una barca, y una hora antes de amanecer ordenó llevar á ella al prisionero. Este, el gobernador, seis guardias y tres marineros componian toda la tripulacion.

Cuando Guessler llegó á Fluchen, punto del embarque, encontró exactamente cumplidas sus órdenes. Guillermo atado de pies y manos fué arrojado á la cala del barco; á su lado y como cuerpo del delito se hallaba el arma terrible que como instrumento de su muchísima habilidad habia suscitado tantos temores en el corazon del gobernador. Los arqueros sentados en los bancos inferiores le custodiaban, dos marineros de pie junto al pequeño mástil estaban prontos á izar las velas y el piloto aguardaba en la orilla la llegada del bailio.

—¿Tendremos buen viento? preguntó Guessler.

—Hasta ahora es favorable.

—¿Y el cielo?

—Anuncia un dia magnífico.

—Marchemos pues, sin perder tiempo.

—Al momento.

Guessler se sentó en la popa del barco, el piloto se puso al timon, los marineros desplegaron la vela y el barco comenzó á deslizarse por el espejo del lago, ligero y gracioso como un cisne.

Mas á pesar de la calma del lago y del estrellado cielo, que no dejaban de ser felices presagios, veíase algo de siniestro en aquella barca que surcaba silenciosa como un espíritu sobre las aguas.

El gobernador se hallaba sumergido en sus pensamientos, los soldados respetaban su silenciosa meditacion, y los barqueros, obedeciendo á su pesar, ejecutaban tristemente las maniobras que mandaba el piloto. De pronto atravesó por el espacio una luz meteórica, y desprendiéndose del cielo, pareció ir á sumergirse en el lago. Los dos marineros se miraron mútuamente, y el del timon hizo la señal de la cruz.

—¿Qué es eso, piloto? preguntó Guessler.

—Nada, aun nada; pero hay algunos que creen que una estrella que cae del cielo es una advertencia que nos envia el alma de alguno de los muertos que hemos amado en vida.

—¿Y esa advertencia es de buen ó mal agüero?

—El cielo ordinariamente no nos presagia nada próspero, porque la felicidad siempre es bien acogida.

—Cómo, ¿sería esa estrella un signo funesto?

—Hay antiguos navegantes que creen que cuando sucede una cosa parecida al tiempo de embarcarse, vale mas no hacerlo, si es posible.

—Si, pero cuando es muy urgente continuar el camino.....

—Entonces no hay mas sino fiarse en la tranquilidad de la conciencia y poner la vida en manos de Dios.

Siguió un profundo silencio á estas palabras y la barca siguió volando por el lago cual si tuviese las alas de un alcyon. Sin embargo, desde que se habia visto el meteoro, el piloto no dejaba de dirigir la vista alarmado hácia el Oriente, pues de allí debian llegar los mensageros de malas nuevas. Al cabo de poco mostróse evidentemente; se verificó un cambio en la atmósfera: á medida que comenzaba á parecer el dia palidecian las estrellas del cielo, no en medio de una luz mas clara como ordinariamente sucede, sino cual si una mano invisible hubiese corrido sobre ellas un velo de vapores entre la tierra y el cielo. Momentos antes de la aurora, arreció el viento, el lago tomó un color ceniciento, y el agua sin que la agitase la mas leve brisa, comenzó á formar bombitas como si quisiese hervir.

—Arriad la vela, gritó el piloto.

Los dos marineros comenzaron á ejecutar la maniobra, pero antes de obedecer la órden del piloto se levantaron algunas pequeñas olas rizadas de espuma que viniendo rápidamente de Brunnen parecian salir al encuentro de la barca.

—¡El viento! ¡el viento! gritó el piloto, arriad en banda.

Pero bien por la torpeza de los marineros, ó bien que algun nudo mal hecho estorbase la ejecucion de la maniobra, el viento se habia echado sobre la embarcacion antes de estar arriadas las velas. Sorprendida la barca se estremeció cual el caballo al oir el rugido del leon. Despues tambien cual el caballo pareció levantarse de manos, hasta que volviéndose por sí misma como si quisiera esquivar las fuerzas de tan terrible contrario, presentó el flanco á su enemigo. La vela, que poco antes estaba floja, se infló con violencia tal que parecia iba á reventarse, y á poco no sumerge la barca.

En tan apurado trance el piloto picó con su cuchillo el cable que sujetaba la vela, que ondeó al viento un momento como un pabellon izado en la punta del mástil, y libre por último de todo estorbo, comenzó á volar cual un pájaro arrebatado por las ráfagas del viento, y la barca se volvió á levantar tranquilamente recobrando su equilibrio. Entonces comenzó á dejarse ver el nuevo dia, y el piloto tornó á tomar el timon.

—Compañero, dijo Guessler, el presagio no mentia y á fé que no ha tardado en realizarse.

—Si, si, la boca de Dios no miente como la de los hombres y nunca sale bien el despreciar sus consejos.

—¿Creeis que no habrá mas que esa pequeña borrasca, ó calculais que esa ráfaga de viento es únicamente el preludio de una tempestad mas violenta?

—A veces sucede que los espíritus del aire y de las aguas se valen de la ausencia del sol para dar estas fiestas sin el permiso del señor, y entonces al salir la aurora callan y se calman los vientos y se marchan á donde huyen las tinieblas. Pero por lo regular es la voz de Dios la que hace soplar á las tempestades, y es necesario que se cumpla su voluntad en todo; por lo mismo infelices de aquellos contra quienes Dios las suscita.

—Mas tú debes tener presente que tu vida corre igual riesgo que la mia.

—Si, monseñor, ya sé que todos somos iguales ante la muerte, pero Dios es omnipotente y salva ó hace perecer al que quiere salvar ó hacer morir. El fué quien dijo al apóstol que caminase sobre las olas, y el apóstol caminó cual sobre la tierra; ese mismo prisionero á quien llevais tan atado tiene mas seguridad de salvarse, si está en gracia del Señor, que cualquiera hombre libre maldito por el cielo.—Rema un poco, Frantz, rema un poco para que podamos presentar la proa al viento: porque segun veo, aun no estamos libres.... ya vuelve, ya vuelve!

En efecto, crecian las olas y se levantaban cada vez mas espumosas, que las primeras, y aunque la barca esquivaba el viento que llegaba tras de ellas, la hacia saltar sin embargo, dando botes lo mismo que aquellas piedrecillas que los muchachos hacen saltar sobre la superficie del agua.

—Si el viento nos es contrario para ir á Brunnen, lo tendremos favorable para volvernos á Altorf, dijo Guessler alarmándole ya el riesgo que corria.

—Si, si, ya lo he pensado, respondió el piloto; y por eso he mirado tantas veces hácia ese lado. Mirad el tiempo, monseñor; esas nubes que pasan entre el Dodiberg y el Titlis, vienen del San Gotardo, y siguen el curso del Reuss, traen un viento contrario al que levanta esas olas, y antes de cinco minutos se estrellarán el uno contra el otro.

—¿Y entonces?

—Entonces será preciso que Dios nos mire con misericordia ó que nosotros nos encomendemos á Dios.

No pasó mucho tiempo sin cumplirse la profecía del piloto; los dos vientos se encontraron; brilló un relámpago y el estampido de un trueno marcó el instante del combate. Inmediatamente el lago tomó parte en la revuelta de los elementos; sus olas impulsadas y rechazadas por vientos opuestos se hincharon cual si las hiciese hervir en su interior un volcan sub-marino, y arrastraban la barquilla cual si fuese tan ligero su peso como un copo de espuma de los que formaban las olas.

—Somos perdidos, esclamó el piloto; los que no estén ocupados en la maniobra que se encomienden á Dios.

—¿Qué estás diciendo, profeta de desgracia? esclamó Guessler. ¿Por qué no decias antes el peligro que corríamos?

—Ya lo he hecho al primer aviso del cielo, pero vos no habeis querido escucharme.

—Debias haberte vuelto á pesar mio.

—Yo he creido que debia obedeceros, como vos debeis obedecer al emperador y como el emperador ha de obedecer á Dios.

Al decir esto, estrellóse contra la barca una ola furiosa que saltando sobre ella la dejó un palmo de agua dentro.

—Agua fuera, señores soldados, gritó el piloto, que bastante cargados vamos; pronto, pronto, que otra ola nos haria ir á pique. Aunque la muerte es inminente, bueno es que luchemos para evirarla.

—¿No encuentras medio alguno de salvarnos? ¿no te queda ya esperanza?

—La esperanza nunca falta, monseñor, porque la misericordia divina vale mas que toda la ciencia del hombre.

—¿Cómo has tomado sobre tí semejante responsabilidad no sabiendo mejor tu oficio, pícaro?

—En cuanto á mi oficio, monseñor, cuarenta años hace que lo ejerzo y tal vez no hay en la Helvecia mas que un piloto mejor que yo.

—Entonces, ¿por qué no se halla aqui para ocupar tu lugar?.....

—Aquí está, monseñor, dijo el piloto.

Guessler le miró con la mayor estrañeza.

—Mandad que desaten al prisionero, pues si hay un hombre que pueda salvarnos en este apuro no hay duda alguna que es solo él.

Guessler hizo un gesto de asentimiento y una ligera sonrisa de triunfo asomó á los lábios de Guillermo.

—¿Has oido? le dijo el viejo marinero mientras con un cuchillo le cortaba las cuerdas con que le tenian amarrado.

Guillermo manifestó que si, estendió los brazos como quien recobraba la libertad, y marchó á sentarse junto al timon en el lugar del piloto, que pronto á obedecer se reunió con los otros dos marineros.

—¿Tienes otra vela, Rudenz? preguntó Tell.

—Si, ¿pero de qué nos puede servir ahora?

—Si la tienes, tráela para izarla inmediatamente.

Rudenz le miró con el mayor asombro.

—Vosotros al remo, continuó Guillermo dirigiéndose á los marineros, y cuando yo os lo diga, remad. Al mismo tiempo empujó el timon y sorprendida la barca por aquella maniobra, osciló un instante, y despues cual un caballo que reconoce la maestría del ginete, dió una rápida vuelta. ¡Remad! gritó Guillermo á los marineros; y encorvándose estos sobre los remos hicieron seguir al barco la direccion tomada á pesar de las olas.

—¡Bien! ¡bien! murmuró el viejo Rudenz, ya ha reconocido á su amo y le obedece.

—¡Es decir, que ya estamos en salvo! esclamó Guessler.

—¡Jum! jum! respondió Rudenz clavando los ojos en los de Tell, todavía no, pero al menos estamos en buen camino, porque ya adivino lo que Guillermo quiere hacer. Esto es, Guillermo. ¡Tienes razon por vida mia! Entre las dos montañas de la orilla derecha debe haber una corriente de aire que si llegamos á cogerla nos pondrá á la otra parte en diez minutos.

—Has acertado; porque seria la primera vez que hubiese una tempestad asi en el lago sin que tomase su parte el viento de Oeste; ahí lo tienes, ya silba como si fuese el rey del lago.

Guillermo se volvió en efecto hácia el punto que el viejo indicaba con el dedo en donde un valle separaba dos montes, saliendo por el camino una corriente de aire que soplaba con violencia y formaba una especie de camino por el lago. Entró en aquel liquido sendero el barco, y virando de popa al viento cesaron de remar, los marineros se prepararon á izar desplegada que estuvo, la vela, la barca comenzó á andar con rapidez hácia la base del Axemberg.

Al cabo de dos minutos, como lo habia anunciado Rudenz, y antes que Guessler y los soldados hubiesen vuelto de su asombro y admiracion, ya tocaban á la orilla del lago. Entonces Tell mandó plegar la vela, y como si se bajase para amarrar alguna cuerda, colocó la mano izquierda en la ballesta, volvió con la derecha el timon, la barca viró en seguida, y Guillermo saltó ligero como un gamo sobre una roca que asomaba sobre la superficie del agua, en tanto, que cediendo la barca al violento impulso que le habia impreso su salto, comenzaba á retroceder. Con otro salto llegó Guillermo á tierra, y antes que Guessler ó sus arqueros hubiesen podido dar un grito, ya habia desaparecido en el bosque.

Pasado el asombro que habia causado la fuga de Guillermo, el gobernador mandó desembarcar para ir en persecucion del fugitivo, y fué cosa fácil, porque auxiliados de los remos llegaron á ganar la orilla. Saltó á tierra un marinero, y amarrando una cadena se hizo el desembarco sin accidente alguno, á despecho de las olas todavía embravecidas.

Inmediatamente, enviaron un soldado á Altorf con órden de enviar escuderos y caballos á Brünnen, en donde iba á aguardarlos el gobernador.

Llegado apenas al pueblo, Guessler hizo anunciar á voz de pregon y son de trompeta, que recibiria cincuenta marcos de plata el que entregase á Guillermo, quedando exento del pago de impuestos él y sus hijos hasta la tercera generacion, recompensa que prometió tambien por Conrado de Baumgarten.

Hácia el medio dia llegaron los caballos y escuderos. Guessler, ocupado solo de su venganza, no quiso detenerse y salió inmediatamente para Art, donde tenia tambien que tomar fuertes medidas contra los asesinos del gobernador de Schwanau. A las tres salia de aquel pueblo y costeando las orillas del lago de *Zoug*, llegó á Immensea, que atravesó sin detenerse, y tomó el camino de Kussnach.

Estos acontecimientos que acabamos de contar se verificaron en un dia frio y sombrío del mes de noviembre (el 19), ya tocaba á su fin y Guessler deseoso de llegar antes de la noche á la fortaleza, metia espuelas á su caballo que se habia internado en la hondonada de Kussnach. Al llegar á su estremidad acortó un poco el paso, y llamó á su escudero. Este, á quien el respeto habia mantenido á lo lejos, se adelantó siguiéndole á alguna distancia los guardas y arqueros: asi caminaron durante algun tiempo sin hablar. En fin, volviéndose Guessler hácia su escudero le miró cual si hubiese querido leer hasta en el fondo de su alma. Despues, de repente le dijo:

—Niklaus, ¿estás decidido por mí?

El escudero se estremeció.

—¿Y bien? continuó Guessler.

—Perdonad, monseñor, pero no aguardaba esa pregunta.....

—¿Qué no estás preparado é contestar? ¿no es verdad? Bueno, tómate tiempo porque es una respuesta con reflexion la que te pido.

—No se hará aguardar, monseñor: salvos mis deberes con Dios y el emperador, estoy á vuestras órdenes.

—¿Estás pronto á ejecutarlas?

—Estoy pronto.

—Esta noche marcharás á Altorf, tomarás alli cuatro hombres con los cuales irás esta noche á Bürglen, y alli únicamente les dirás lo que han de hacer.

—¿Y qué es lo que han de hacer, monseñor?

—Se apoderarán de su muger y de cuatro hijos. Asi que estén en su poder, los harás llevar á la fortaleza de Kussnach, donde los aguardaré, y una vez alli.....

—Si, os comprendo, monseñor.

—Preciso será que Tell se entregue á sí mismo, por que cada semana que tarde en hacerlo, costará la vida á uno de sus hijos, y la última á su muger.

Aun no habia acabado Guessler esta palabra, cuando dió un grito, dejó caer las riendas y estendió los brazos, y cayó del caballo: el escudero echó precipitadamente pie á tierra para socorrerle; pero ya no era tiempo, tenia atravesado el corazon con una flecha.

Era la que Guillermo Tell habia escondido bajo su vestido cuando en la plaza pública de Altorf, Guessler obligó á quitar una manzana sobre la cabeza de su hijo.

En la noche del domiugo al lunes siguiente se reunieron en el Grutli los conjurados: la muerte de Guessler habia provocado esta reunion estraordinaria.

Muchos de ellos eran de parecer de que debia adelantarse el dia de la libertad, y de este número eran Conrado de Baumgarten y Mechtal.

Pero Walter Furst y Werner Stauffacher se opusieron, diciendo que encontrarian al caballero de Landenberg alerta sin duda, y lo que haria la empresa mil veces mas aventurada, mientras que al contrario si permanecia tranquilo el pais despues de la muerte de Guessler, atribuirian aquella muerte á una venganza particular, y no se ocuparian mas que en buscar al matador.

—Pero entretanto ¿qué será de Guillermo? esclamó Conrado, ¿qué será de su familia? Guillermo me ha salvado la vida y no se ha de decir de mí que le abandono.....

—Guillermo y su familia están en seguridad, dijo una voz entre la muchedumbre de los conjurados.

—No tengo nada ya que decir..... respondió Conrado.

—Ahora, dijo Walter Furst combinemos el plan de la insurreccion.

—Si los ancianos me permiten hablar, dijo adelantándose un jóven del alto Unterwalden llamado Zagheli, propondré una cosa....

—¿Cuál? preguntaron los ancianos.

—Encargarme de la toma del castillo de Rossberg.

—¿Y cuántos hombres pides para eso?

—Cuarenta.

—Considera que el castillo de Rossberg es uno de los mejor fortificados de toda la jurisdiccion.

—Tengo medios para penetrar en él.....

—¿Y cuáles son?

—No puedo decirlos, respondió Zagheli.

—¿Estas seguro de encontrar los cuarenta hombres que te hacen falta?

—Estoy seguro.

—¡Bien! se acepta tu oferta.

Zagheli volvió á meterse entre la muchedumbre.

—Si se quiere abandonarme á mí la empresa, dijo entonces Stauffacher, yo me encargo del castillo de Schwanau.

—Y yo, añadió Walter Furst, tomaré la fortaleza de Uri.

Estas dos últimas proposiciones fueron acogidas con unánime aprobacion. Cada conjurado se comprometió durante las cinco semanas que debian trascurrir todavía, á reclutar soldados entre sus amigos mas valientes, y antes de separarse se adoptaron las tres banderas bajo las cuales debian marchar. Urí escogió para la suya una cabeza de toro con un anillo roto en memoria del yugo que iban á romper; Schwitz una cruz en recuerdo de la pasion de N. S. Jesucristo, y Unterwalden dos llaves en honor de San Pedro, que era muy venerado en Sarnen.

Asi como lo habian previsto los ancianos, la muerte de Guessler fué considerada como la espresion de una venganza particular. Las pesquisas inútiles dirigidas contra Guillermo se fueron paralizando al ver que no producian resultados, y todo quedó en calma y tranquilidad en los tres cantanes hasta el dia en que debia estallar la conjuracion.

En la noche del 31 de diciembre, el gobernador del castillo de Rossberg hizo la ronda como tenia de costumbre, visitó las guardias, colocó los centinelas, dió el santo y contraseña é hizo tocar á la queda.

Pareció entonces dormido el castillo como los huéspedes que encerraba, fué cesando el ruido poco á poco, y solo los centinelas colocados en lo alto de los torreones interrumpian aquel silencio con el ruido de sus pasos y con los gritos de alerta repetidos de cuarto en cuarto de hora.

Sin embargo, á pesar de aquella apariencia de sueño se abrió con precaucion una ventanita que daba á los fosos del castillo; asomó su tímida cabeza una jóven de diez y ocho á diez y nueve años, y á pesar de la oscuridad de la noche trató de penetrar con su vista en la profundidad de los fosos del castillo. Al cabo de algunos minutos de una investigacion que la oscuridad hacia inútil, dejó caer el nombre de Zagheli.

Este nombre fué dicho tan bajo, que hubiera podido tomarse por un suspiro de la brisa ó por un murmullo del arroyo. Sin embargo, fué oido, y una voz mas fuerte y mas atrevida, aunque prudente todavía, respondió con el nombre de Anneli.

La jóven permaneció un momento inmóvil con la mano sobre el pecho como para ahogar los latidos. El nombre de Anneli se dejó oir por segunda vez.

—Si, si, murmuró ella inclinándose hácia el sitio desde donde parecia hablarle el espíritu de la noche, si, querido mio..... pero perdóname..... tengo un miedo tan grande....

—¿Qué puedes tú temer? dijo la voz. Todo duerme en el castillo, los centinelas solos velan en lo alto de las torres..... yo no puedo verte y apenas te oigo ¿cómo quieres pues, que ellos nos oigan y vean?

La jóven no respondió, pero dejó caer alguna cosa. Era la punta de una cuerda á la que ató Zagheli una escala de que Anneli tiró, y fijó á uno de los barrotes de su ventana. Un instante despues entraba el jóven en su cuarto. Anneli quiso retirar la escala de cuerda.

—Aguarda, querida, la dijo Zagheli, prenda mia, aguarda un poco, porque aun me hace falta escalar; sobre todo no te asustes por nada de lo que veas que va á suceder, por que tu menor palabra, el menor grito tuyo seria mi muerte.

—¿Pero que hay?.... en nombre del cielo... dijo Anneli. ¡Ah! estamos perdidos.... mira.... mira.... y le señalaba á un hombre que aparecia en la ventana.

—No, no, Anneli, no estamos perdidos, son amigos.

—¡Pero yo, yo estoy deshonrada! esclamó la jóven ocultando su cabeza entre las manos.

—Al contrario, Anneli, son los testigos que van á asistir al juramento que hago de tomarte por esposa tan pronto como la patria este libre.

La jóven se arrojó en los brazos de su amante. Subieron uno tras otro los veinte jóvenes, despues Zagheli retiró la escala y cerró la ventana.

Los veinte jóvenes se esparcieron por el interior del castillo. La guarnicion sorprendida durmiendo, no hizo ninguna resistencia; los conjurados encerraron á los alemanes en la cárcel del castillo, vistiéronse sus mismos uniformes y la bandera de Alberto continuó ondeando sobre la fortaleza, que al dia siguiente abrió sus puertas á la hora acostumbrada.

A medio dia el centinela colocado en lo alto de la torre, divisó dirigirse á la fortaleza á todo escape á muchos caballeros. Dos conjurados se colocaron á la puerta, y los demas se formaron en el patio. Diez minutos despues, el caballero de Landenberg pasaba el puente levadizo; que se levantó en cuanto entró. El caballero estaba prisionero lo mismo que la guarnicion.

El plan de Zagheli habia salido completamente bien. Hemos visto que de los cuarenta hombres necesarios para su empresa habian escalado con él el castillo veinte, y se habian apoderado de él. Los otros veinte habian tomado el camino de Sarnen.

En el momento en que Landenberg salia del castillo real de Sarnen para ir á misa, presentáronle á aquellos veinte hombres trayéndole como regalos de costumbre, corderitos, cabras y gallinas. El gobernador les mandó entrar en el castillo y continuó su camino.

En cuanto hubieron llegado al umbral de la puerta sacaron de debajo de sus vestidos hierros afilados que colocaron en las puntas de sus palos y se apoderaron del castillo. Entonces uno de ellos se presentó en la plataforma é hizo oir tres veces el prolongado sonido de la trompa montañesa. Era esta la señal convenida; comenzaron á oirse de calle en calle los gritos y el estruendo de la rebelion.

Corrieron inmediatamente á la iglesia para apoderarse de Landenberg, pero prevenido á tiempo saltó sobre un caballo y tomó la fuga hácia el castillo de Rossberg. Esto era lo que habia previsto Zagheli.

Durante el resto de aquel dia se tuvieron con el bailio imperial los mayores cuidados, y se le guardaron las mas grandes consideraciones. Por la noche solicitó subir á la plataforma del castillo para tomar el aire. Zagheli le acompañó. Podia descubrir desde alli todo el pais sometido todavía la víspera á su jurisdiccion, y separando sus ojos de la bandera en que las llaves de Unterwalden habian reemplazado al águila de Austria; los fijó en la direccion de Sarnen y permanecia inmóvil y pensativo,

Pensativo é inmóvil se hallaba tambien Zagheli en el otro ángulo del parapeto, clavados los ojos en otro punto. Aquellos dos hombres aguardaban el uno socorro para la tiranía y el otro un refuerzo para la libertad.

Al cabo de un instante brilló una hoguera en la cumbre del Axemberg, y Zagheli lanzó un grito de alegría.

—¿Qué es esa hoguera? dijo Landenberg.

—Una señal.

—¿Y qué quiere decir esa señal?

—Que Walter Furst y Guillermo Tell han tomado el castillo de Orijoch.

En aquel mismo instante gritos de alegría que resonaron por toda la fortaleza confirmaron lo que Zagheli acababa de decir.

—Todos los Alpes se han convertido en volcanes, esclamó Landenberg: ved el Righi que se inflama.

—Si, si, respondió Zagheli saltando de alegria, tambien el Righi enarbola la bandera de libertad.

—¡Cómo! murmuró Landenberg: ¿es otra señal acaso?

—Si, Werner Stauffacher y Mechtal han to-

mado el castillo de Schwanau. Volveos ahora hácia este lado, monseñor.

Landenberg dió un grito de sorpresa al ver al Pilato coronarse á su vez con una diadema de fuego.

—Ved, continuó Zagheli, ved lo que anuncia á los de Uri y de Schwitz, que sus hermanos de Unterwalden no se han quedado atras y que han tomado ya el castillo de Rossberg y hecho prisionero al bailio imperial.

Nuevos gritos de alegría volvieron á resonar por toda la fortaleza.

—¿Y qué contais hacer conmigo? dijo Landenberg dejando caer su cabeza sobre su pecho.

—Contamos con haceros jurar que jamás volvereis á entrar en las tres jurisdicciones de Schwitz, de Uri y de Unterwalden, que jamás tomareis las armas contra los confederados, que jamás escitareis al emperador á que nos haga la guerra, y cuando hayais hecho este juramento sereis libre de retiraros á donde querais.

—¿Y me será permitido dar cuenta de mi mision á mi soberano?

—Sin duda, respondió Zagheli.

—Está bien, dijo Landenberg. Ahora deseo bajar á mi habitacion; semejante juramento exije ser meditado, sobre todo cuando se quiere cumplir.

EL EMPERADOR ALBERTO.

Parecia esta vez la casualidad favorecer de todos modos á los confederados. El dia 1.º de enero de 1308 empezó para la Helvecia la nueva era de su libertad, y el 15 del mismo mes, antes aun que hubiese llegado al emperador la noticia de la insurreccion, conocia ya la derrota de su ejército en Thuringe. Mandó inmediatamente levantar tropas, declaró que marcharia él mismo á su cabeza é hizo con su actividad ordinaria todos los preparativos de esta nueva campaña; apenas estaban terminados cuando de Unterwalden, llegó el caballero Beringuer de Landenberg y contó lo que acababa de pasar.

Escuchó Alberto esta relacion con impaciencia é incredulidad; pero despues cuando no hubo lugar á dudas, estendió los brazos en la direccion de los tres cantones y juró sobre su espada é imperial corona, esterminar hasta el último de aquellos miserables que habian tomado parte en la insurreccion.

Landenberg hizo cuanto pudo para apartarle de sus proyectos de venganza: pero todo fué inútil y declaró que él mismo en persona marcharia contra los confederados, y señaló para la marcha del ejército el dia 24 de febrero.

La víspera de este dia se le presentó Juan de Suabia, su sobrino, hijo de Rodolfo su hermano menor. El emperador habia sido nombrado tutor de aquel niño durante su menor edad; pero hacia ya dos años que su edad le emancipaba de la tutela, y sin embargo Alberto rehusaba constantemente devolverle su herencia; venia á intentar una nueva reclamacion última antes de la marcha de su tio. Hincóse de rodillas á sus pies respetuosamente y le volvió á pedir la corona ducal de sus padres: el emperador se sonrió, dijo algunas palabras á uno de los oficiales de su guardia, salióse y muy pronto volvió con una corona de flores. El emperador la colocó sobre la rubia cabeza de su sobrino. Y como este le mirase asombrado le dijo:

—Esta es la corona que conviene á tu edad; diviértete en deshojarla en el regazo de las damas de mi córte, y déjame el cuidado de gobernar tus estados. Juan se puso pálido, levantóse temblando, arrancó la corona de su cabeza y la pisoteó y se marchó.

A la mañana siguiente cuando el emperador montaba á caballo, un hombre armado completamente con la visera calada, vine á colocarse á su lado, Alberto miraba á aquel desconocido, y viendo que permanecia en el puesto que habia tomado, le preguntó quien era y que derecho tenia para marchar en su comitiva.

—Yo soy Juan de Suabia, hijo de vuestro hermano, respondió el caballero alzándose la visera, ayer reclamé mi soberanía y me la rehusásteis con razon, es preciso que la cabeza que debe llevar corona sepa lo que es el peso de un casco, y es preciso que haya manejado la espada el brazo que ha de llevar un cetro. Dejadme acompañaros, señor, y á mi vuelta dispondreis de mi lo que querais. Alberto echó una ojeada rápida y profunda sobre su sobrino. ¡Me habré engañado! murmuró; y sin darle ni negarle la licencia, se puso en camino Juan de Suabia le siguió.

El 1.º de marzo de 1308 llegó el ejército imperial á las márgenes del Reuss. Estaban preparadas lanchas para el paso del ejército, y ya el emperador iba á embarcarse en una de ellas, cuando se opuso Juan de Suabia, diciendo que estaban cargadas en demasía, y que el emperador no debia esponerse á los peligros que corria un simple soldado: al mismo tiempo le ofreció lugar en un barquichuelo en que se hallaban solamente, Walter de Eschembach, su ayo y tres de sus amigos, Rodolfo de Wart, Roberto de Balm y Conrado de Tegelfeld. El emperador se sentó cerca de ellos, tomó cada cual su caballo por la brida para que pudiese seguir á su amo nadando, y atravesando rápidamente la barquilla el rio

llegó á la orilla opuesta, en donde desembarcó el emperador con su comitiva.

A algunos pasos del rio sobre una pequeña altura, alzábase una encina secular. A su sombra fué á sentarse Alberto á fin de vigilar el paso de su ejército, y desatándose el casco lo arrojó á sus pies.

En aquel momento Juan de Suabia mirando en derredor de sí, y viendo á todo el ejército detenido en la otra orilla, montó á caballo, enristró su lanza, fingió hacer algunas maniobras del arma, tomó carrera, dirigiéndose á galope hácia el emperador, y le atravesó la garganta con su lanza. En el mismo instante, Roberto de Balm le hundió su espada en el pecho por la juntura de la coraza, y Walter de Eschembach le partió la cabeza con su hacha de armas. A Rodolfo de Walter y Conrado de Tegelfeld les faltó el valor, y se quedaron con la espada en mano, pero sin herir.

Apenas hubieron visto los conjurados caer al emperador mirándose mútuamente, y sin proferir una palabra, tomó la fuga cada cual por su lado, asustados unos de otros. Entretanto, agonizando Alberto, revolcábase sin socorro: una pobre muger que por alli pasaba acudió á sostenerle, y el gefe del imperio germánico exhaló el último suspiro en brazos de una mendiga que contuvo su sangre con harapos.

En cuanto á los asesinos anduvieron errantes por el mundo. Zurich les cerró sus puertas; los tres cantones les negaron asilo. Juan, el parricida, logró llegar á Italia subiendo la corriente del Reuss en cuyas márgenes habia consumado el crímen. En Pisa lo vieron disfrazado de monge, despues se perdió hácia el lado de Venecia, y no volvió mas á oirse hablar ya de él. Eschembach vivió treinta y cinco años oculto bajo el trage de pastor en un rincon de Wurtemberg, y no se dió á conocer sino á la hora de la muerte. Conrado de Tegelfeld desapareció cual si la tierra se lo hubiese tragado, murió no se sabe ni cómo ni cuándo. Rodolfo de Wart fué entregado por un pariente suyo, y fué cogido y enrodado vivo y abandonado aun sin acabar de morir á la voracidad de las aves de rapiña. Su muger, que no habia querido separarse de él, permaneció arrodillada junto á la rueda, desde lo alto de la cual la hablaba durante el suplicio exhortándole y consolándole hasta que exhaló el último suspiro.

Entre los hijos de Alberto (1), dos se encargaron de su venganza, y fueron Leopoldo de Austria é Inés de Hungría; Leopoldo poniéndose á la cabeza de sus tropas, Inés presidiendo los suplicios. Sesenta y tres caballeros inocentes fueron decapitados en Farnenghen, solo por ser parientes ó amigos de los culpados. Inés no solo asistió á la ejecucion, sino que se colocó tan cerca de los reos, que pronto corrió la sangre hasta sus pies y rodaron cabezas en torno suyo. Entonces le hicieron reparar que iban á mancharse sus vestidos.

—¡Dejad! ¡dejad! respondió, me baño con mas placer en esta sangre que lo haria en el rocío del mes de mayo. Terminado el suplicio fundó con los despojos de los muertos el rico convento de Konigsfelden, (campo del Rey) en el mismo punto en que habia sido asesinado su padre, y allí se retiró para terminar sus dias en la penitencia, la soledad y la oracion.

Durante este tiempo prepárabase para la guerra el duque Leopoldo, y por sus órdenes se preparó el conde Oton de Strassberg á pasar el Brunig con cuatro mil combatientes: mas de mil hombres fueron armados por los gobiernos de Walhausen, de Rolhemburgo y de Lucerna, para sorprender á Unterwalden por la parte del lago. El duque marchó contra Schwitz con la flor de sus tropas, llevando tras sí carros cargados de cuerdas para ahorcar á los rebeldes.

Los confederados reunieron apresuradamente mil y trescientos hombres, de los cuales habia cuatrocientos de Uri y trescientos de Unterwalden. El mando de este cuerpo se confirió á un gefe veterano, Rodolfo Reding de Biberek, en cuya esperiencia tenian gran confianza los tres cantones.

El 14 de noviembre tomó posicion aquel pequeño ejército sobre la falda de la montaña del Sattal, teniendo á sus pies pantanos intransitables, y detrás de los pantanos el lago Egeria.

Cada cual acababa de elegir su posicion para pasar la noche cuando se presentó una nueva tropa de cincuenta hombres. Eran los desterrados de Schwitz, que venian á pedir á sus hermanos les admitiesen en la defensa comun, aunque culpables. Rodolfo Reding tomó el parecer de los mas prudente y mas ancianos. Unánime fué la respuesta que no debia comprometerse la santa causa de la libertad admitiendo entre los defensores gente manchada. Se prohibió á los desterrados que combatiesen en el distrito de Schwitz. Se retiraron, caminaron una parte de la noche para tomar posicion en un bosque de pinos situado en lo alto de una montaña en el territorio de Zug.

El dia siguiente al amanecer los confederados vieron brillar las lanzas de los austriacos. Por su parte los caballeros al descubrir el pequeño número de los que debian disputarles el paso, echaron pie á tierra y no queriendo cederles el honor de comenzar el ataque marcharon á su encuentro. Los confederados les dejaron trepar por la montaña, y cuando los vieron fatigados por el peso de sus armaduras se precipitaron sobre ellos como un alud. Todo cuanto trató de resistir á aquella especie de asalto fué derribado al primer choque, y aquel torrente de hombres, fué en el mismo empuje á abrirse paso entre las fi-

(1) El emperador Alberto tuvo veinte y un hijos. Ninguno de sus hijos le sucedió como emperador.

las de la caballería, que cayó de rechazo sobre las demas tropas de infantería, ¡tan terrible y desesperado fué aquel choque! Al mismo tiempo oyéronse grandes gritos de la retaguardia. Vióse bajar rodando por la montaña peñascos que parecian desprendidos por sí solos, y rebotando, y entrando en las filas hacian pedazos hombres y caballos. Diríase que la montaña se animaba, y tomando parte por los montañeses sacudia su melena como un leon. Miráronse los soldados aterrados, y viendo que no podian devolver muerte por muerte se llenaron de un terror profundo y retrocedieron. En aquel momento la vanguardia, derrotada bajo las rústicas y ferradas mazas de los pastores, se replegó en desórden. El duque Leopoldo se creyó envuelto por numerosas tropas, dió la órden ó mejor el ejemplo de la retirada, y uno de los primeros abandonó el campo de batalla, y aquella misma noche lo vieron en Vintherthur pálido y consternado. El conde de Strasberg se apresuró á repasar el Brunig al saber la derrota de los austriacos.

Esta fué la primera victoria que alcanzaron los confederados. La flor de la nobleza imperial cayó á los golpes de pobres pastores y miserables villanos y sirvió para fertilizar aquella noble tierra de la libertad. La batalla tomó el espresivo nombre de *Mongensteru*, porque empezó á la luz del lucero de la mañana.

Asi se hicieron célebres los hombres de Schwitz, y á datar de esta victoria fueron llamados suizos los confederados, de la palabra *Schwizer*, que quiere decir hombre de Schwitz. Uri, Schwitz y Unterwalden fueron el centro á que vinieron á agruparse á su vez los demas cantones, que el tratado de 1815 fijo en veinte y dos.

En cuanto á Guillermo Tell, que involuntariamente habia tomado una parte tan activa en esta revolucion, despues de hallar su huella otra vez en el campo de batalla de Laupen, en donde peleó cual simple ballestero con setecientos hombres de los Pequeños cantones, se le pierde de vista de nuevo para no volver á encontrarlo hasta la hora de su muerte, que tuvo lugar á lo que se cree en la primavera de 1354.

Al derretirse las nieves del invierno creció mucho el Schaccen y arrastró tras sí una casa. En medio de los restos Tell vió flotar una cuna y oyó los gritos de un niño; precipitóse inmediatamente en el torrente, alcanzó la cuna y la dirigió hácia la orilla; pero en el momento en que él iba á salir perdió el sentido del choque de un madero y desapareció. Hay hombres elegidos cuya muerte corona su vida.

El hijo mayor del sabio Matteo publicó en 1760 un estracto de un escritor danés del siglo XII llamado *Saxo Gramaticus*, que cuenta el hecho de la manzana y la atribuye á un rey de Dinamarca. Al momento la escuela positiva, esa faja negra de la poesía, declaró que Guillermo Tell no habia existido nunca, y gozoso con este descubrimiento, intentó quitar al solemne dia de la libertad suiza los mas brillantes rayos de su aurora; pero el buen pueblo de Walstetten guardó un santo respeto á la religiosa tradicion de sus padres, y permaneció devoto á sus antiguos recuerdos. Allí el poema ha permanecido vivo y sagrado cual si acabase de verificarse (1), y por escéptico que uno sea, le es imposible dudar de la verdad de esta tradicion cuando al recorrer aquellas comarcas ve como los descendientes de Walter Furst, de Stauffacher y de Mechtel oran á Dios porque les conserve su libertad, delante de la capilla consagrada al nacimienro de Guillermo y á la muerte de Guessler.

—

PAULINA.

Volvió por último el sacristan y nos abrió la reja delante de la cual he detenido á mis lectores para referirles la antigua leyenda que acaban de leer. Las capillas de Guillermo Tell están construidas todas sobre un mismo plano, en el interior hay algunas malas pinturas, que no tienen ni aun el mérito de datar de una época en que la sencillez era una escuela. La que nosotros visitábamos estaba adornada con toda la historia de Tell y de Mechtal: el techo representaba el paso del mar Rojo por los israelitas; yo no he podido comprender jamás la analogía que habia entre Moisés y Guillermo Tell, sino es que ambos libertaron un pueblo; y como el sacristan tampoco sabia mas que yo sobre este artículo, me veo precisado á dejar en la oscuridad que lo cubre el pensamiento simbólico del artista.

Presentáronme un libro en el cual cada viagero que pasa escribe su nombre y su pensamiento; es necesario leer muchos nombres y pensamientos reunidos para ver qué nombres y pensamientos tan raros hay. Al pie de la última página reconocí la firma de un amigo mio llamado Alfredo de N. que aquella misma mañana habia pasado por allí; interrogué al sacristan y supe que seguia el mismo camino que yo y que habia vuelto á bajar á Altorf.

(1) Los archivos de Altorf conservan el nombre de ciento catorce personas que asistieron en 1330 á la creacion de la capilla Tellen Plate, (piedra de Tell) y que habian conocido personalmente á Guillermo Tell. Ademas su familia en la rama masculina no se ha estinguido hasta 1684, y en la línea femenina en 1720.—Juan Martin y Verónica Tell son los nombres de los dos últimos miembros de la familia.

Conveníame aquello: Alfredo es casi de mi edad; es un artista distinguido que estudiaba en los talleres de Mr. Ingres la pintura, que queria ejercer, cuando de no sé qué tio que en vida no le dió jamás un duro, heredó á su muerte 2,500 libras de renta. Alfredo habia continuado la pintura, solo que iba al taller en coche, y se habia cortado el cabello, barba y bigotes, de modo que era un hombre como los otros, teniendo ademas un buen corazon y talento.

Compréndese que un compañero de viage asi debia serme muy grato, á mí sobre todo que hacia ya algunos dias que me veia obligado á contentarme con Francisco, escelente muchacho sin duda, pero á quien el cielo habia dotado mas de virtudes sólidas que de cualidades agradables; muy capaz para sostenerme en los malos caminos cuando el miedo de dar un tropezon reunia todas mis facultades pensadoras sobre el punto en donde era preciso poner el pie, pero muy incapaz de distraerme en los buenos caminos, en los que en cuanto mi cuerpo estaba seguro de conservar su equilibrio, recobraban mi lengua y mi espíritu su completa libertad, y con ella aquel furor de preguntar que tengo siempre en mis viages. Pero habia una cosa que jamás pude hacer comprender á Francisco hasta entonces, que tampoco comprendió luego, y es preciso que le haga esta justicia, el hacerle traducir en italiano las respuestas á las preguntas que yo le mandaba hacer en aleman á mis guias. Hacia, es verdad, la pregunta, escuchaba la respuesta con gran atencion, y muchas veces con placer, pero se la guardaba religiosamente para sí. La única esplicacion que á mi mismo me he dado de aquel mutismo, es, que Francisco se figuraba que mis continuas preguntas tenian por objeto su instruccion particular.

Al salir de la capilla nos detuvimos un instante sobre la colina que domina el lago de los Cuatro Cantones, ofrece no solamente una deliciosa vista, sino tambien un magnífico panorama de historia; porque alrededor de aquel lago, cuna de la libertad suiza, han sucedido todos los acontecimientos de esta epopeya que acabamos de contar, y que gracias á la poesía de Schiller y á la música de Rossini, se ha hecho tan popular entre nosotros, que casi está tentado uno por creer que forma parte de nuestras crónicas nacionales.

Bajando hácia Altorf, atravesamos el Schachen por un puente cubierto; se halla en el mismo punto en que se ahogó Guillermo Tell al salvar al niño que arrastraba la avenida con su cuna.

En diez minutos llegamos á Altorf. Las dos primeras cosas que nos chocaron al llegar á la plaza fueron: una grande torre cuadrada, y paralela á ella una fuente bastante bonita: *La torre* está construida en el mismo lugar donde Guessler hizo plantar el mástil para poner su sombrero adornado con la corona ducal del Austria. La fuente en el que estuvo atado el niño Walter cuando su padre le quitó de la cabeza la manzana. La torre está pintada por dos lados: en uno de los frescos representa la batalla de Morgarten ganada al duque Leopoldo el 15 de noviembre de 1315, y el otro toda la historia de la libertad suiza. La fuente sirve de pedestal á un grupo de dos estátuas, la una es Guillermo Tell con la ballesta y la otra Walter con la manzana. Mi guia me aseguró que en su juventud se recordaba haber visto aun el árbol á que estuvo atado el niño; pero aquel árbol que tenia nada menos que quinientos años daba sombra á la casa del general Bessler. El buen veterano gustaba, á lo que parece del sol, hizo cortar el tilo que le robaba sus rayos, y en su lugar levantó la fuente que hay hoy, que segun el parecer de mi guia, que reasume el de los demas vecinos de Altorf presenta mejor golpe de vista. Medí la distancia que hay de la torre hasta la fuente y si la tradicion es exacta, Guillermo dió á ciento y diez y ocho pasos la famosa prueba de habilidad que le ha valido su poética reputacion.

Entramos para comer en la posada del Cisne, que está tambien en la plaza. Mientras el posadero nos calaba la sopa, y ponia á asar unas chuletas, vino su hija á preguntarnos en aleman si deseariamos ver la cárcel en donde estuvo Guillermo Tell, á lo que Francisco contestó en seguida y con el mayor desembarazo que no. Desgraciadamente para Francisco mis oidos comenzaban á acostumbrarse al aleman, habian comprendido la pregunta. Rectifiqué, pues, la respuesta diciendo á la muchacha que estaba dispuesto á seguir á mi nueva guia, y para no dejar duda de mi deseo á Francisco, interrumpiendo su indolencia, le ordené que viniese conmigo para servirme de intérprete, pues hacia ya tiempo que no me servia como guia, siendo él tan forastero como yo mismo en el pais por donde viajábamos. Obedeció, aunque con profundo disgusto, pues nuestra curiosidad iba á satisfacerse á espensas de nuestros estómagos, y Francisco era mas comilon que curioso. Siguióme con el rostro del hombre que se sacrifica por cumplir con sus deberes. Al ir á salir por la puerta vimos que nos llevaban la sopa á la mesa, último golpe dado al estoicismo del pobre mozo que me enseñó la sopera, y respirando voluptuosamente la atmósfera odorífica qne nos rodeaba, no dijo mas que esta palabra, en que estaba todo su pensamiento: ¡*La minestra*!...

—*Va bene*, respondí yo, *é troppo bollente; al nostro retorno sará excelente*!...

—*Die Kalte suppe ist ein selir schlecte; ding. La sopa fria es cosa muy mala*, murmuró Francisco en su lengua propia; pero casualmente yo no entendia palabra alguna de las que habia dicho, y me hice sordo á tan política interpretacion.

La hija del posadero nos llevó á una pequeña cueva que sirve hoy de despensa, en

cuyo techo hay dos argollas á las cuales nos aseguró sencillamente la doncella que habian estado atadas las manos de Guillermo Tell la noche que siguió á su rebelion á la autoridad de Guessler y que precedió á su embarque en el lago de los Cuatro Cantones. De las puertas de encina que cerraban el calabozo ya no quedan mas que los goznes, que tambien nos hicieron ver.

Escuché esta tradicion, tal vez muy apócrifa, con la misma fé con que la muchacha la contaba, y merezco ser contado, lo confieso, entre una clase de viageros olvidada por Sterne: la de los crédulos. Mi imaginacion se ha hallado siempre bien en no querer indagar el fondo de esta especie de cosas. ¿Por qué despojar ademas los lugares de la poesía de los recuerdos, la mas íntima de todas las poesías? ¿Por qué no creer que la pieza donde ahora se guardan manzanas es el calabozo en que cinco siglos antes estuvo encadenado un héroe? Desde entonces he visto en Pizzo la prision de Murat: he pasado una noche en la misma cama donde el soldado real sudó su agonía: he puesto el dedo en el agujero de las balas que se metieron en la pared despues de haberle atravesado el cuerpo, y de esto no podia caberme duda porque era un suceso de ayer, y los niños que lo vieron apenas son hombres hoy; pero dentro de cincuenta años, de ciento, de cinco siglos, suponiendo que la fortaleza humedecida quede en pie, todas esas señales vivas todavía hoy, no serán ya mas que tradiciones como la de Guillermo Tell; tal vez pondrán en duda el oscuro nacimiento, la caballeresca carrera, la muerte fatal *del re Joachimo*, y esta historia de héroes que hemos conocido se mirará como un cuento soldadesco referido á la hoguera de un vivac de soldados. Bienaventurados los que creen; ellos son los elegidos de la poesía.

—Si, añadirán los escépticos; pero tambien comen la sopa fria y las costillas quemadas.

A esto no tengo nada que responder sino que el álgebra es una cosa muy hermosa pero que jamás he comprendido nada de ella.

Acabada la comida pregunté al posadero si habia en la posada un jóven francés llamado *Alfredo de N.*

—Cuando llegasteis acababa de marcharse.

—¿Sabeis á donde ha marchado?

—A Fluelen donde habia de antemano mandado prevenir una barca.

—Entonces la cuenta y nos vamos.

Este fué un nuevo golpe para Francesco; me hizo repetirlo dos veces antes de decidirse á traducirlo en aleman. El pobre muchacho habia tomado todas sus disposiciones necesarias para pasar el resto del dia y la noche en Altorf. Le prometí que dormiria admirablemente en Brunnen, cuya hostería me habian ponderado mucho; esta promesa le hizo estremecer, porque todavía teniamos que andar cinco leguas antes de llegar al abrigo que yo le prometia; verdad es que cuatro y media debiamos hacerlas en el barco, pero el pobre Francesco, tan ignorante en geografía como descuidado é indiferente en historia, no sabia esto y ya compadecia á sus piernas, cuando yo le saqué de su error. Recobró al punto su buen humor, trájome alegremente el morral y el palo de camino, pagamos y nos despedimos de la capital del canton de Uri.

Francesco era con todo un escelente muchacho, fuera de la mania de que viajaba por gusto suyo, lo que ocasionaba equivocaciones contínuas tomando disposiciones que muchas veces á mí no me acomodaban y que yo deshacia. De aquí su asombro cuando contrariaba sus disposiciones con una palabra inesperada. En tales casos habia un momento de lucha entre mi voluntad y su asombro; casi inmediatamente cedia pasivamente como una pobre criatura acostumbrada á la obediencia, y su buena índole le hacia recobrar al instante su jovialidad, haciendo nuevos proyectos que tambien debian desbaratarse á su vez.

Alfredo nos llevaba dos leguas de delantera, ademas caminaba en carruage, lo que nos daba poca probabilidad de alcanzarlo: anduvimos mas aprisa y al cabo de un cuarto de hora entrábamos ya en Fluelen. Estaba á unos cien pasos del rio, cuando divisé á mi viagero, que iba á poner el pie en la barca.

Le llamé por su nombre con toda la fuerza de mis pulmones: volvióse y aunque visiblemente me habia reconocido, no por eso dejó de embarcarse, antes al contrario, parecióme que todavía tenia mas prisa á medida que yo me aproximaba. Llamélo segunda vez: saludóme sonriendo y meneando la cabeza; pero tomando al mismo tiempo un remo de mano de uno de los marineros, sirvióse de él para separar la barca de la orilla. En el movimiento que hizo descubrí entonces solamente á una muger que se ocultaba á su espalda. Comprendí al punto la causa de aquella aparente grosería y le tranquilicé con un respetuoso saludo, para que viese que yo no quedaba incomodado con su proceder, y era fácil de adivinar que me dirigia por mitad á su misteriosa vecina. Al mismo tiempo detuve á Francesco, que no comprendiendo nada de nuestra pantomima, continuaba corriendo hácia la embarcacion y gritando en aleman para que se parasen á los marineros. Alfredo me dió las gracias con la mano, y la barca se alejó graciosamente, dirigiéndose hácia la base del Axemberg, en donde está la capilla de *Tellen Plate*. En cuanto á Francesco, le autoricé para que hiciese prepararnos habitacion y camas en Fluelen, mision que desempeñó con la mas viva satisfaccion, con la no menos que tuve yo en ir á tenderme perezosamente á la orilla del lago.

Siempre es una escelente cosa el acostarse, pero esta accion se hace á veces con circunstancias maravillosas. Echarse sobre una

tierra histórica y orilla de un lago que se pierde entre montañas; ver deslizarse por el agua, como un fantasma, una barca, en la que hay una persona que nos suscita recuerdos de otra época, y hábitos de otra localidad, sentir mezclarse lo pasado á lo presente, por diferentes que sean uno de otro; estar en persona en Suiza y en espíritu en Francia, ver con los ojos de la imaginacion la calle de la Paz, y con los del cuerpo el lago de Lucerna; confundir en aquella infinita meditacion, sin objeto, sitios y objetos; ver pasar en aquel caos figuras que llevan luz en sí mismas, como los ángeles de Martyna, es un sueño del dia que puede compararse á los mas hermosos de la noche, mayormente si se verificase cuando oscurece la tarde, cuando el sol se oculta tras de una colina que se inflama como la del Horeb, y en donde el crepúsculo empapado todo de frescura, de silencio y de rocío, hace temblar en el Oriente las primeras estrellas de la noche: entonces comprendeis instintivamente, que el mundo camina para sí mismo, y no para el hombre, que no es mas que un espectador convidado por la bondad de Dios á aquel espléndido espectáculo, y que la tierra no es mas que un fragmento inteligente del sistema universal. Entonces pensais de repente con terror cuan poco espacio ocupais en la tierra; pero pronto, obrando el espíritu sobre la materia, vuestro pensamiento se estiende á la grandeza de los objetos que abarca: unis lo presente con lo pasado, los mundos á los mundos, el hombre á Dios, y os decis á vos mismo asombrado de tanta debilidad y tanta grandeza; ¡Señor, cuan pequeño me hicieron vuestras manos y cuan grande me ha hecho vuestro espíritu!

Hallábame sumergido en lo mas profundo de estos pensamientos, cuando la voz de Francesco me hizo volver á una esfera de cosas mas inferiores: venia á anunciarme que por pequeño que la mano de Dios me hubiese hecho, no habia lugar para mí en la posada de Fluelen, y viendo que aquella noticia producia en mi alma un efecto desagradable, me presentó en seguida á un mozo de Lausana, cochero de oficio, el cual ponia á mi disposicion el coche y caballos que habian traido á Alfredo, si queria volver á Altorf ó por si me decidia á dar la vuelta al lago por la orilla izquierda, por la cual hay un camino casi regular. Ninguna de las dos proposiciones me convenia, pero le hice una que no se esperaba, era la de que me alquilase por toda la noche el interior del coche, que aceptó como buen suizo, dispuesto siempre á sacar partido de todo. Convenimos en el precio por un franco y medio, y Francesco se fué en seguida á buscar paja para llenar el fondo del coche; mi blusa debia reemplazar las sábanas, y mi capa servirme de colcha.

Habiéndome quedado solo con el propietario de mi improvisada habitacion, le pregunté sobre Alfredo y sobre la persona que le acompañaba; pero no sabia absolutamente nada, sino que la señora estaba enferma, que parecia amar prodigiosamente á su compañero de viage y se llamaba *Paulina*.

Cuando me convencí bien de que no sabria nada mas, me desnudé, me eché en el lago, para hacer mi *toilete* de noche, y me fuí á acostar á mi carruage.

HISTORIA DE UN BURRO, DE UN HOMBRE, DE UN PERRO Y DE UNA MUGER.

A la mañana siguiente me despertó al amanecer el cochero que enganchaba los caballos al carruage, y como no tenia que ir á la misma parte él que yo, traté de saltar inmediatamente de mi cama, y encontré al buen Francesco dispuesto á seguirme. La barca que yo habia alquilado desde el dia anterior nos esperaba ya con dos marineros y el patron; embarcámonos y comenzamos á navegar; una hora despues desembarcábamos en la tierra de Guillermo Tell. Segun los marineros que venian con nosotros nos hallábamos en la misma roca en donde habia saltado el intrépido cazador, valiéndose de la libertad que Guessler le habia hecho dar en medio de la tormenta.

A un cuarto de legua poco menos de la capilla de *Tellen Plate*, sobre la misma márgen del lago y á espaldas de la aldea de Sissigen, se presenta un valle que tres leguas mas adelante cierra el Ross'-Stock; la cumbre escarpada de este cerro sirvió de senda á los veinte y cinco mil rusos mandados por Suwarow, que bajaron al lugar de Muotta el 28 de octubre de 1799. Entonces fué cuando se vieron desfilar ejércitos enteros por donde poco antes los cazadores de gamos se quitaban los zapatos y caminaban descalzos agarrándose con las manos por no caer. Allí fué donde tres pueblos procedentes de tres naciones diversas se reunieron en el nido de las águilas, como para poner á Dios por juez de sus diferencias. Hubo un momento en que todas aquellas heladas montañas se inflamaron como volcanes, las cascadas bajaron enrojecidas de sangre al llano, y cayeron sobre el valle aludes de hombres, siendo tan copiosa la mies de la muerte en un sitio en donde hasta entonces no habian subido los vivientes, que los buitres, para quienes la muerte habia trabajado, en tan abundante botin desdeñaban la carne y no comian mas que los ojos de los cadáveres, llevándoselos para alimentar sus polluelos.

Trataba de pararme y visitar aquel valle en que Massena y Suwarow habian luchado como titanes, pero los marineros me dijeron que subiendo por la Muota, volveria á encontrarme entre Inhenbolh y Schwitz, tendria mejor camino, y continué hácia el Grutli, pasando siempre por un pais tan fértil en recuerdos históricos que los unos se suceden sin interrupcion á los otros.

Llegamos á Grutli, subimos la cuesta no muy pesada de la colina, y llegamos á un rellano que es una deliciosa pradera: alli es donde, en la noche del 17 de noviembre de 1307, Werner Stauffacher del canton de Schwitz, Walter Furst del de Uri, y Arnaldo de Mechtal del de Unterwalden, seguidos de diez hombres cada cual, juraron libertar á su patria impetrando de Dios un milagro para conocer si aceptaba su juramento. Aun se ven los tres manantiales que brotaron á los pies de los tres gefes. Cinco siglos hace que están corriendo, y segun los antiguos profetas de las montañas se secarán el dia en que la Suiza pierda su libertad. El primero contando por la izquierda es el de Walter Furst, el segundo el de Werner Stauffacher, y el tercero el de Mechtal.

Dispuse almorzar en la misma rotonda que cubre las tres fuentes, que segun me esplicó el *cicerone* de aquel pequeño pedazo de mundo, se debe á la *munificencia* del rey de Prusia: observé una cosa que no dejaba de hacer honor al patriotismo de mis camaradas, y es que respetando sin duda el agua de las fuentes solo gastaron vino puro. No sé si se pusieron alegres por la satisfaccion de haber cumplido algun deber, pero lo cierto es que pasaron el lago con mucha algazara, acompañando el movimiento del remo con una tirolesa cuyo estribillo oí yo aun en la otra parte del Brunnen diez minutos despues de haberme separado de ellos.

Aquel sitio no ofrece nada notable, asi no nos paramos en él mas que para preguntar á un hombre que fumaba sentado en un banco en el umbral de la última casa, si era aquel el camino de Schwitz. Respondiónos que sí, y para corroborar su aserto, nos enseñó á trescientos pasos mas adelante á un hombre con un burro que iba delante de nosotros y por el camino que nosotros debiamos andar hasta Ibach. Mientras hablábamos, el hombre y el burro se habian ocultado á nuestra vista en un recodo del camino, y ya no pensábamos en ellos, cuando al llegar al sitio en donde los habíamos perdido de vista, vimos que el burro volvia á gran galope anunciando su vuelta con toda la valentía de un vibrante rebuzno. Detrás de él, pero no con tanta velocidad, venia corriendo el dueño usando la elocuencia mas persuasiva para detener al fugitivo. Como el idioma en que conjuraba á su burro era el mio materno, hizome tanto efecto como poco le hacia el terco animal á quien se dirigia. Al pasar por mi lado cogile por el ramal que iba arrastrando por el suelo, mas ni por esas se paró, continuó caminando; mas yo que no queria quedar desairado por un burro, me esforcé en detenerle y comenzé á tirar con toda mi fuerza. No sé quien hubiera vencido al fin si Francesco no hubiese acudido en mi socorro descargando una lluvia de palos en la parte posterior de mi adversario. El argumento fué concluyente, porque el burro se rindió y lo entregamos á su dueño, que llegaba jadeando y sudando á mares por todo su cuerpo.

Al pronto creimos que renovaria nuestras razones de palo al pícaro animal; pero con no poca admiracion le vimos dirigirle la palabra con un acento de ternura tan fuera de propósito, que no pude menos de reconvenirle por su mansedumbre diciendo, que echaria á perder el carácter de su asno si lo mimaba de aquel modo, consintiéndole tales caprichos.

—¡Oh! no es un capricho, no, es que se ha espantado.

—¿Y de qué?

—Del fuego que los muchachos han encendido en la carretera.

—¡Vaya! pues es chistoso que un burro tenga miedo á la lumbre.

—¿Qué quereis? no puede hacer mas el pobre animal.

—Pero si fueseis montado en él cuando le da ese miedo, si no sois buen ginete, os arrojaria al suelo por las orejas y os romperia la cabeza.

—¡Oh! si señor, sin duda alguna, por esto no le monto jamás.

—Entonces de bastante os sirve.

—Pues mirad, aquí donde lo veis, sabed que ha sido el mejor animal del mundo, dócil, trabajador, valiente..... no habia otro como él en todo el canton.

—Vuestra condescendencia lo habrá echado á perder.

—No señor, no, fué una desgracia..

—Arre, burro; grité yo viendo que se paraba otra vez.

—Aguardaos, señor mio.... es que no quiere pasar por el agua.

—¡Cómo! el agua tambien le espanta.

—Sí, tambien.

—¿Es decir que se espanta de todo?

—Efectivamente es muy miedoso.—Arre, borrico.

Acabábamos de llegar á un arroyuelo de unos diez pies de anchura que dividia el camino, y Perico, que así se llamaba nuestro héroe de cuatro patas, se plantó en la orilla del agua que le causaba miedo, sin querer entrar en ella de modo alguno. Su resolucion era muy terminante, y en valde se cansaba su amo en tirarle del ramal, pues Perico estaba terco y mas terco. Fuí á donde estaba el pobre hombre, y le ayudé á tirrar del borrico; pero Perico parecia clavado en el suelo, sobre todo con sus pies traseros. Francesco empe-

zó á empujarle por detrás, pero no por esto daba un paso el condenado animal, al fin me empeñé con tanta rabia y tiré tan fuertemente, que se rompió el ramal. Este incidente produjo resultados muy diferentes en los dos y que merecen la pena de referirse. El amo del burro se cayó de espaldas al arroyo, yo fui dando tropezones mas de diez pasos y me caí en el polvo, y Francesco faltándole el punto de apoyo, gracias al cuarto de conversion que hizo Perico al verse libre, cayó de cara cuan largo era en el arroyo.

—Ya me lo esperaba yo que no pasaria, dijo el mansísimo amo, mientras se sacudia los calzones empapados en agua.

—Pero ¿sabeis que ese burro es un infame rinoceronte? respondí yo limpiándome el polvo.

—*Diavolo di sommaro,* murmuró Francesco en tanto que iba á lavarse la cara en el agua llena de lodo.

—Mil gracias, buen señor, siento que os hayais incomodado.

—No hay de qué: solo siento que no hayamos hecho pasar á ese demonio.

—Que quereis, cuando se ha hecho todo lo posible....

—Pero ahora, ¿cómo diablos os compondreis?

—Daré un rodeo.

—¿Y dejareis que Perico se salga con la suya?

—¡Pues si no quiere pasar!.

—¡Oh! no, eso no, repliqué yo: aunque lo haya de pasar yo á cuestas, el burro pasará.

—¡Quiá! pesa mucho para eso.

—Cogerlo por el ramal, pues me ocurre una escelente idea.

Hízolo asi el buen hombre.

—Bien, añadí yo: ahora aproximadlo todo lo mas que se pueda al arroyo.

—¿Está bien asi?

—¡Perfectamente! ¿Has acabado de lavarte, Francesco?

—Si, ilustrísimo señor.

—Dame tu palo y pasa por delante de Perico. Hízolo asi Francesco mientras el amo estaba haciendo fiestas á su asno.

Yo me aproveché de aquel momento para ponerme al otro lado del animal, y mientras recibia las caricias de su amo, le pasé por debajo de la barriga nuestros dos palos de camino. Francesco comprendió inmediatamente mi intencion, volvióse de espaldas como un mozo de cuerda de los que trasportan objetos de peso muy abultados, y se colocó en los hombros las dos puntas delanteras de nuestros palos, mientras yo cogia las otras dos. ¡*Al aire*! dije, y Perico se vió levantar del suelo: ¡*adelante, marchen*! y comenzó á caminar triunfalmente cual si fuese en una silla de manos.

Bien que lo nuevo del modo le hubiese aturdido, bien que acaso reconociese la superioridad de nuestros conocimientos dinámicos, la verdad es que Perico no opuso la menor resistencia y lo depositamos sano y salvo á la otra orilla del arroyo.

¡Ay, Dios mio! dijo el amo del asno cuando lo vió otra vez en el suelo, nunca hubieras pensado una cosa semejante: ¿no es cierto, Perico?

—Y bien, le dije yo entonces al labriego, contadme el percance sucedido á vuestro burro, y de donde proviene que el fuego y el agua le causan miedo; pues me parece que acreedor soy á esta confianza, despues del servicio que acabo de prestaros.

—¡Ah! ¡señor! me respondió el labrador, colocando su mano sobre el cuello de su animal; la cosa sucedió hará dos años para el próximo noviembre : habia ya mucha nieve en la montaña, y una noche que habia yo vuelto como hoy á Brunnen con Perico: en aquel tiempo , ¡pobre animal! no tenia miedo á nada, y nosotros nos calentábamos, mi hijo que aun no habia muerto en aquella época, mi nuera Fidel y yo

—Perdonad, le interrumpí , pero cuando comienzo á oir una historia deseo perfectamente conocer los personages.

—Decidme. ¿quién es Fidel?

—Con perdon vuestro, es mi perro, un soberbio animal.

—Muy bien, amigo, ya os escucho:

—Calentábamonos, pues , oyendo silbar el viento entre los pinares, cuando llamaron á la puerta; corrí á abrir. Eran dos jóvenes de París que habian salido de Santa Ana sin guia y que se habian perdido en la montaña. Estaban tiesos de frio; les hice acercarse á la lumbre, y mientras entraban en calor, Mariana preparó un cuarto de gamuza. Eran gente franca, aunque medio helados, alegres y divertidos , verdaderos franceses, en fin. Lo que les habia salvado es, que llevaban consigo lo necesario para hacer fuego, haciendo dos ó tres hogueras en diferentes sitios para calentarse, y prosiguiendo despues su viage calentándose y volviendo á enfriarse, hasta que llegaron á la casa. Concluida la cena los llevé al cuarto que les habia preparado; no era elegante por cierto, pero era cuanto teníamos; calentito como un horno, porque tenia una puerta que daba al establo, y la gente aprovecha el calor de los animales. Cuando fui á buscar paja para hacer la cama, dejé abierta la puerta de comunicacion, y Perico que siempre estaba suelto, porque era manso como un cordero, entró detrás de mi en el cuarto, siguiéndome como un perro, comiendo paja de la que yo llevaba debajo del brazo.—Teneis un famoso animal, me dijo uno de los viageros.—Efectivamente, yo no sé si lo habeis reparado; pero Perico es soberbio en su género.

Yo hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Cómo se llama? preguntó el mayor de los dos.

—Se llama Perico. Podeis llamarlo, no es arisco, y vendrá.

—¿Cuánto puede valer un burro como este?

—¡Toma! veinte ó treinta escudos.

—Eso no es nada.

—Efectivamente, para lo que trabaja es nada. Vamos, Perico, amigo mio, es preciso dejar descansar á estos señores, y para no incomodar mas á aquellos señores, me fuí por la cuadra. Un instante despues les oí dar grandes carcajadas; bueno, dije yo, Dios bendice la choza donde la gente está alegre.

Al dia siguiente; sobre las siete, se despertaron los dos huéspedes; mi hijo se habia ido ya á cazar. ¡Pobre Francisco! era su pasion..... en fin, Mariana habia preparado el desayuno. Nuestros huéspedes comieron con apetito de viageros: despues quisieron ajustar cuentas, les dijimos que era lo que quisiesen, dieron un luis en oro á Mariana, que quiso devolvérselo, pero ellos se opusieron; eran ricos á lo que parece.

—Ahora, amigo, es menester otra cosa; necesitamos que nos presteis á Perico hasta Brunnen, dijo uno de los dos.

—Con muchísimo gusto, le respondí; lo dejareis en la posada del Aguila en donde lo recogeré cuando yo vaya á buscar provisiones. Perico está á vuestra disposicion, podeis montarlo un rato cada uno, los dos á un tiempo, pues es muy firme, y asi ireis descansados.

—Pero replicó el otro compañero, como pudiera suceder alguna desgracia al borrico...

—¿Qué quereis que le suceda? les dije. El camino es bueno desde aqui á Ibach, y desde Ibach á Brunnen es escelente.

—Pero no se sabe lo que puede snceder. Vamos á dejaros el valor del burro.

—Es inútil, tengo confianza en vosotros.

—Sin esta condicion no nos lo llevamos.

—Haced lo que querais; sois los amos.

—Habeis dicho poco ha que el asno valia treinta escudos.

—A lo menos.

—Ahi teneis cuarenta. Dadnos recibo. Si al llegar á Brunnen entregamos sano y salvo vuestro burro al posadero del Aguila, nos devolvereis esta cantidad, quedándoos con ella si le sucediere alguna desgracia á Perico.

Nada mejor podian decir que esto. Mi nuera, que sabia leer y escribir, porque era hija del maestro de escuela de Goldausles, dió un recibo circunstanciado. Aparejamos á Perico y se marcharon. Es menester hacer justicia á la pobre bestia; no queria marchar. Nos miraba con un aire triste que me causó pena, fui á cortar un pedazo de pan y se lo dí. El pan le gusta mucho: era el medio de hacer de él cuanto se queria; de modo que no tuve mas que decirle ¡*vamos*! y echó á andar. En aquel tiempo era obediente como un perrillo.

—Mucho ha cambiado con la edad.

—¡Está desconocido! pero no por la edad, sino por el accidente que le sucedió.

—¿Qué le sucedió durante el viage?

—¡Una cosa horrible! ¿No es verdad, pobre Perico?

—Veamos el accidente.

—Jamás lo adivinariais. Es preciso imaginaros que aquellos calaveras parisienses tuvieron una idea; ¡pero qué idea! una idea endiablada, y fué la de irse calentando durante todo el camino, en vez de hacerlo de rato en rato, como en el dia anterior. Para esto pensaron en Perico; despues he sabido cómo lo hicieron, porque me lo contó un vecino de Ried que trabajaba en el bosque y que los vió. Primero pusieron yerba mojada sobre la albarda del jumento, luego una capa de nieve, despues otra de yerba, y encima un haz de leña á que prendieron fuego con un fósforo, de modo que no tenian mas que seguir á Perico para calentarse, y que alargar la mano para encender sus cigarros, exactamente como si estuviesen delante de una chimenea. ¿Qué decís de la invencion?

—Que reconozco perfectamente á mis parisienses.

—Tambien hubiera debido reconocerlos yo, pues ya habia tenido que tratar con ellos en tiempo del general Massena.

—¡Cómo! ¿Habitábais entonces esta comarca?

—Recien llegado del canton de Vaux acababa de establecerme aqui, por esto hablo el francés.

—¿Y habeis visto el famoso combate de Muotta-Thal?

—Es decir, lo ví y no lo ví; pero esa es otra historia, esta es la mia.

—Es verdad, y todavía estamos en la de Perico.

—Como íbamos diciendo, durante una legua anduvo bien la cosa, habian atravesado la aldea de Schonembuch, calentándose y sin detenerse mas que para añadir leña al fuego. Toda la gente salió á las puertas para verlos pasar; nunca se habia visto una cosa igual; pero poco á poco el calor del fuego fué derritiendo la nieve, y ya se habian secado las dos capas de yerba sin que los parisienses hubiesen reparado que el fuego se acercaba á la piel de Perico, que fué el primero que lo notó. Comenzó por dar respingos, despues por rebuznar, despues por trotar, por ir á galope; de suerte que los jóvenes no podian seguirle; y cuanto mas de priesa andaba, mas la corriente del aire encendia la hoguera. En fin, el pobre animal se tumbó en el suelo revolcándose como un loco, levantándose y volviéndose á tumbar. La albarda llegó á quemarse y el pobre burro se asaba, se levantaba y se volvia á echar; en fin, á fuerza de rodar por tierra, llegó á la vertiente del rio, y como estaba muy en cuesta, fué á caer dentro de él.

Los dos calaveras continuaron su camino sin cuidarse de él: estaba pagado el importe del burro.

Al cabo de dos horas encontraron á Perico:

estaba apagado, pero como las márgenes del Muotta son escarpadas, no pudo salir del rio y se quedó todo aquel tiempo en el hielo: quisieron acercarlo á la lumbre; pero asi que la vió echó á correr como un rabioso, y no paró hasta llegar á casa, en donde estuvo seis semanas malo.

Desde aquel tiempo no puede sentir ni el fuego ni el agua.

Como yo habia visto repugnancias mas estraordinarias que las de Perico, comprendí perfectamente la suya, y tornó desde entonces en mi aprecio, y á tener toda la consideracion que le habian hecho perder sus dos escapatorias.

HISTORIA DEL HOMBRE.

Charlando á mas y mejor, llegamos á Ibach, y como el desayuno se hacia esperar mucho, propuse á mi hombre que tomásemos un bocado, el que admitió la oferta con la misma franqueza con que se le hacia, y nos pusimos á la mesa.

—A propósito, le dije, mientras nos hacian una tortilla, habeis dejado escapar cierta palabra, que yo he recogido.

—¿Cuál, mi amo? me respondió él, que empezaba ya á familiarizarse con mis maneras.

—Habeis dicho que habiais conocido á los franceses del tiempo de Massena.

—Un poco, respondió despues de haber apurado su vaso haciendo castañetear su lengua en el paladar.

—¿Y habeis tenido trato con ellos?

—¡Oh! con uno entre otros. ¡Qué ganapan! y era un capitan, sin embargo.

—¿No podriais contarme eso?

—Si tal. Imaginaos..... pero ya está aqui la tortilla....

Efectivamente nos traian el plato indispensable, único á veces de las malas posadas, y en la precipitacion con que mi convidado saludaba su presencia, habria sido una crueldad el distraerle de los cuidados que al parecer estaba dispuesto á tributarle.

—¡Diablo! dije yo, mucho me pesa que probablemente no sigamos mas lejos por el mismo camino, pues hubiéramos hablado de la famosa batalla.

—¡Oh! si, una de las mas famosas: ¿Vais á Schwitz?

—Si, pero no en seguida; quisiera antes ver la Muotta-Thal.

—¡Pues bien! Estamos entonces como deseamos, precisamente vivo yo alli; desde mi ventana se ve hasta la aldea de Muotta, en donde fué lo mas caliente de la refriega. Venios á dormir á mi casa, no estareis muy cómodamente, pero alli hay un cuartito.

—A fé mia, le dije yo, acepto la oferta como me la haceis, sin cumplimientos.

—Teneis razon, donde hay incomodidad no hay placer. Vereis á Mariana que es una escelente muchacha que me cuida mucho, no tendreis gamuza, porque el cazador no esta alli ya:—El anciano exhaló un suspiro: ¡pobre Francisco!..... En fin, encontrareis gallinas, buena manteca y esquisita leche. ¡Vamos!

—Estoy seguro de que estaré muy bien.

—Muy bien no, pero se tratará de que esteis lo menos mal. ¡A vuestra salud!

—A la vuestra, amigo, y á la de las personas de vuestro afecto.

—Gracias: me haceis recordar que me he olvidado de Perico.....

—Yo he pensado en él, yo, y probablemente á estas horas estará comiendo mejor que nosotros.

—Vaya, gracias. Mirad, todo lo que me queda en este mundo es Mariana, Fidel y Perico: cuando vuelvo á mi casa, Perico rebuzna, Fidel me sale á mi encuentro, y Mariana aparece en el dintel de la puerta. Los que llegan son bien recibidos de los que esperan. Cuando se vive aislados, como nosotros vivimos, uno se hace amigo de los animales, cuyas buenas ó malas costumbres se conocen: las buenas les vienen de la naturaleza y las malas de sus relaciones con nosotros. Cuando se sabe esto se les disimulan las malas, porque, ¿á qué empeñarse en que los animales sean mas perfectos que los hombres? Si Perico no hubiese conocido jamás á los parisienses, y esto sea dicho con vuestro perdon.....

—Continuad, continuad, yo no soy de Paris.

—No tendria el carácter maleado como lo tiene.

Y era verdad lo que decia, la civilizacion todo lo corrompe, hasta á los burros.

Durante este diálogo, habian desaparecido la tortilla y el queso, y en la botella no quedaba ya mas que para el último brindis; echámoslo, y partimos en seguida.

—¿Y nuestro capitan? dije yo al momento que hubimos pasado la última casa.

—¡Ah! si, el capitan! Era la mañana del 29 de setiembre, dia de la batalla; me acuerdo como si fuera ayer y hace ya treinta y cuatro años. ¡Cómo pasa el tiempo! ocho dias hacia que acababa de casarme, y tenia alquilada la casa que hoy ocupo. Habia yo dormido en Ibach, cuando al salir de la posada fui detenido por cuatro granaderos, me llevaron delante del general: yo no sabia qué querian hacer de mí.

—¿Hablas francés? me dijo él.

—Si: es mi lengua.

—¿Y hace mucho tiempo que vives en este pais?

—Cinco años.
—¿Y le conoces bien?
—¡Toma! ya lo creo.
—Bien está, capitan, continuó volviéndose á un oficial que aguardaba sus órdenes, ahí teneis al hombre que os hace falta. Si os dirige bien, haced darle una recompensa; y si os vende, hacedlo fusilar.
—¿Lo oyes? dijo el capitan.
—Si, mi oficial, respondí yo.
—Pues bien, ea, adelante y en marcha.
—¿Y á dónde?
—Ahora te lo diré.
—Pero en fin.....
—Vamos, pocas razones, ó te pego.
No habia nada que responder á esto. Internámonos en el valle, y cuando hubimos pasado por Schonemburch, en donde estaban las avanzadas francesas:—Ahora, dijo el capitan mirándome á la cara; es preciso tomar á izquierda ó á derecha y llevarnos mas arriba de la aldea de la Muotta; allí tenemos alguna cosa que hacer: ten cuidado de que no caigamos en manos de alguna partida enemiga, porque te prevengo que al primer tiro: cogió un fusil de manos de un soldado que llevaba dos, lo hizo voltear como un junco, y dejando caer la culata á dos pulgadas de mi cabeza añadió: te mato.
—Pero, señor, dije yo, no será culpa mia si..
—Ya estas prevenido, arréglate como puedas; ni una palabra mas y marchemos.
Hubo silencio en las filas y nos internamos en la montaña: como era necesario ocultar nuestra marcha á los rusos, que ocupaban á Muotta, gané los pinares que estais viendo y que llegan hasta mas allá de mi casa. Llegado cerca de ella le dije al capitan:
—Mi oficial, ¿teneis la bondad de permitirme que avise á mi muger?
—¡Ah! tunante, me dijo el capitan dándome un culatazo en las espaldas, ¿quiéres vendernos?
—Yo, mi oficial.... ¡Oh!
—Silencio, y marchemos.
Ya veis que no se podia replicar nada. Pasamos á cincuenta pasos de mi casa, sin que pudiera decir una palabra á mi pobre muger; rabiaba yo que era una compasion. En fin, por un claro descubrimos á Muotta: yo se la enseñé con el dedo, no me atrevia ya á hablar. Veíase á los rusos que avanzaban por el camino.
—Bien, dijo el capitan. Ahora se trata de que nos lleves lo mas cerca posible de esos canallas.
—Eso es bien fácil, dije yo, pues hay un sitio en que el bosque baja hasta cincuenta pasos del camino.
—¿Y es el mismo en que estamos?
—No, otro: hay un llano entre los dos; pero el segundo bosque impedirá que nos vean salir del primero.
—Llévanos á ese punto, y cuidado con que nos vean, por que al primer movimiento que hagan te mato.
Volvimos otra vez atrás, pues yo deseaba tomar todas las precauciones posibles para que no fuésemos vistos, convencido como estaba de que el maldito capitan haria lo que decia. Al cabo de un cuarto de hora llegamos á la ladera: habia como un medio cuarto de legua de un bosque á otro. Al parecer todo estaba tranquilo en derredor nuestro: nos internamos en el espacio vacío y todo iba bien hasta entonces: mas cátate que al llegar á unos veinte pasos del otro bosque, salió de el un fuego horroroso.....
—¡Toma! dije yo al capitan, parece que los rusos han tenido la misma idea que nosotros.
No tuve tiempo de decir mas: me pareció que la montaña entera caia sobre mi cabeza: era la culata del fusil del capitan. Yo ví fuego y sangre: luego no ví nada mas y cai al suelo.
Cuando volví en mí, era de noche; no sabia en donde me hallaba, ignoraba lo que me habia pasado, no me acordaba de nada, solamente sentia horrorosamente pesada mi cabeza.
Echéme mano á ella, sentí mis cabellos pegados á la frente, vi mi camisa llena de sangre, en mi derredor habia cadáveres, entonces me acordé de todo.
Quise levantarme; pero me pareció que la tierra temblaba, y me ví obligado á recostarme hasta que poco á poco fui volviendo enteramente en mí. Me acuerdo que á algunos pasos del sitio en que me encontraba corria un manantial; fuí de rodillas arrastrando hasta él, lave mi herida, tragué un poco de agua que me hizo mucho bien, pensé entonces en mi pobre muger y en la inquietud en que por mí deberia estar, esto me volvió mi ánimo, híceme cargo en donde me hallaba, y aunque vacilante todavía me puse en camino.
Parece que la tropa á que yo servia de guia se habia retirado por el mismo camino que yo la habia enseñado, pues en todo lo largo de la ruta encontré cadáveres, que disminuian sin embargo en cantidad, á medida que yo adelantaba; en fin, llegó el momento en que no encontré ninguno, ya sea porque la columna hubiese cambiado de direccion, sea porque hubiese llegado al sitio en que el enemigo hubiese cesado de perseguirla. Anduve todavía un cuarto de hora: al fin descubrí mi casa. Entre el bosque y ella habia un espacio vacío donde haciamos pacer nuestros animales y á los dos tercios de aquel espacio descubrí al resplandor de la luna una cosa semejante á un hombre tendido. Dirigíme al objeto en cuestion, á algunos pasos ya no me quedó duda alguna: era un militar, veia brillar sus charreteras; me incliné hácia él: era mi capitan.
Entonces llamé como tenia costumbre de hacerlo cuando volvia para anunciar desde

lejos mi regreso; mi muger conoció mi voz y salió, corrí hácia ella, y cayó casi muerta en mis brazos, habia pasado un dia terrible y lleno de inquietud. Habíanse batido en los alrededores de la casa; ella habia oido todo el dia el fuego de la fusilería y los cañonazos que retumbaban en el valle.

Interrumpila para enseñarla el cuerpo del capitan.

—¿Está muerto? esclamó.

—Muerto, ó no, respondi yo, es preciso llevarle á casa; si está vivo, todavia tal vez lograremos salvarle: si está muerto enviaremos á su regimiento sus papeles, que pueden ser de importancia, y sus charreteras que valen algo: ve á preparar nuestra cama.

Rosa corrió á la casa, yo cogí al capitan en mis brazos y lo llevé descansando mas de una vez, pues aun no me hallaba muy fuerte; por fin, bien ó mal, llegué, desnudamos al capitan y vimos que tenia tres bayonetazos en el pecho; pero sin embargo, no estaba muerto.

¡Cáspita! me hallaba bastante apurado, porque no soy médico; pero calculé que el vino que hace bien en el interior, no pòdia hacer mal en lo esterior, y asi vacié una botella del mejor, en una sopera, empape hilas y se las apliqué sobre sus heridas. Entretanto mi muger, que como todas las labradoras de los Alpes conocia ciertas yerbas medicinales, se fué á coger algunas á la luz de la luna, hora en que tienen aun mas virtud.

Parece que mis hilas hacian provecho al capitan, porque al cabo de diez minutos exhaló un suspiro, y al cabo de un cuarto de hora abrió los ojos, pero sin ver nada todavía. Si me hubiesen dado cuanto oro podia caber en mi cuarto no me habria puesto mas contento. En fin, tomaron vida y espresion sus miradas, y despues de haber vagado alrededor de la habitacion se fijaron en mí: vi que me reconoció.

—Y bien capitan, le dije muy gozoso, ¿y si me hubiéseis muerto?

Al oir yo esto, di un brinco. La palabra era magnífica por su espíritu evangélico.....

—Quince dias despues, continuó el anciano. se incorporó el capitan con su regimiento, y al dia siguiente un ayudante de campo me trajo quinientos francos de parte del general Massena, con los que compré la casa que tenia alquilada, y el prado que está alrededor.

—¿Y cómo se llamaba el capitan?

—No lo he preguntado.

Asi este anciano habia sido asesinado por un hombre, y habia salvado la vida á su asesino, y no habia tenido en el corazon ni bastante resentimiento por el mal que habia recibido, ni bastante orgullo por el bien que habia hecho, para desear saber el nombre de aquel que le debia la vida, y á quien él habia estado á punto de deber la muerte.

—Pues yo seré mas curioso que lo que vos lo habeis sido, respondí, porque quiero saber cómo os llamais.

—Santiago Elsener, para serviros, dijo el anciano quitándose su sombrero para saludarme, y descubriendo al mismo tiempo y sin pensarlo, la cicatriz que le habia hecho la culata del fusil del capitan.

En este momento Perico se puso á rebuznar; cinco minutos despues Fidel vino corriendo, y en el primer recodo del camino descubrimos á Mariana que nos aguardaba en el umbral de la puerta.

—Hija mia, dijo Santiago, te traigo un buen señor que viene á pedirnos cena y cama.

—Sea bien venido, dijo Mariana, la casa es pequeña y la mesa estrecha; pero sin embargo, hay lugar para el viagero; y me tomó el morral y el palo para llevarlos á mi cuarto

—¿Qué tal? ¡cómo habla! dijo Santiago sonriéndose, al verla alejarse; es que esta pobre Mariana ha recibido una educacion de una señorita; esa pobre Mariana es la hija del maestro de escuela de Goldan.

—¿Pero, dije yo recordando la catástrofe sucedida en 1806 al pueblo que Santiago acababa de nombrar, no habitaba su familia en aquel pais cuando al caer la montaña aplastó la pòblacion?

—Si tal: me respondió Santiago; pero Dios ha preservado al padre y á los hijos: solamente la madre pereció.

—¿Tendria á bien vuestra nuera referirme los detalles de este suceso?

—Todo cuanto querais, aunque ella era muy jóven cuando sucedió: pero su padre se lo ha contado tantas veces que se acuerda como si la cosa hubiese pasado ayer:—Bájate, Fidel.

Perdonad, señor, es su modo de hacer los honores de la casa.

En efecto, Fidel saltaba junto á mí como si hubiéramos sido conocidos antiguos; tal vez olfateaba al cazador.

—Ahora, me dijo Santiago, si no estais muy fatigado, y gustais subir á la colina que está detrás de mi casa, abarcareis de una sola ojeada el campo de batalla de Muotta-Thal y entretanto Mariana hará lo que tiene que hacer.

Seguí á mi guia llamando á Fidel, que anduvo tras de nosotros unos veinte pasos casi, pero al llegar allí se detuvo meneando la cola, nos miró un rato; despues, viendo que continuábamos nuestro camino, se volvió atrás parándose á mirarnos á cada diez pasos; por último, fué á echarse en el umbral de la puerta, tomando los últimos rayos del sol poniente.

—Parece que Fidel no es de los nuestros, le dije á Santiago, pues todo me parecia tan unido en aquella familia, que buscaba la razon de las cosas mas sencillas, seguro de encontrar siempre un misterio de intimidad.

—Si, si, me respondió el anciano, Fidel en tiempo de mi pobre Francisco nos queria á todos igualmente aquí, porque todo el mundo era feliz; pero desde que le hemos perdido, se ha unido á su viuda; parece que ella es la que

mas ha padecido; sin embargo, yo era el padre. En fin, Dios nos lo habia dado, Dios nos lo ha quitado; ¡hágase su voluntad!

Seguí con respeto á aquel anciano tan sencillo, tan resignado en su dolor, y llegamos á la cima de la colina, desde donde se descubria una parte del valle, desde Muotta hasta Schonemburch: á la derecha divisábamos la cumbre de la montaña, que desde 1799 se llama el *Paso de los Rusos*; dos leguas mas allá de Muotta, el monte Pragel cerraba el valle y lo separaba del Klon, que comienza en la otra falda de la montaña y baja hasta Noefels. Dominábamos el mismo sitio en que habia venido á estrellarse sobre nuestras bayonetas la salvage reputacion de Suwarow, y en que el gigante del Norte, corriendo desde Moscou, se vió obligado á batirse él mismo en retirada, despues de haber escrito á Korsakoff y á Jellachich, que habian sido derrotados por Lecourbe y por Molitor: «Vengo á reparar vuestras faltas: manteneos firmes como murallas. »Me respondereis con vuestra cabeza de cada »paso que deis hácia atrás.»

Quince dias despues, el que habia escrito esta carta, derrotado y huyendo despues de haber dejado en las montañas ocho mil hombres y diez piezas de artilleria, atravesaba el Reuss por un puente hecho apresuradamente con dos pinos que sus oficiales habian unido con sus fajas.

Permanecí allí casi cerca de una hora examinando todo aquel valle tan atormentado entonces, y hoy tan tranquilo. En el primer término tenia la casa, levantándose en medio de la verde alfombra sombreada por un enorme nogal, con su chimenea que elevaba en espiral su humo, tan tranquila se hallaba la atmósfera; en segundo término la aldea de Muotta, bastante cerca de mí para que viese sus casas, pero bastante distante para distinguir sus habitantes. En fin, en el horizonte el monte Pragel, cuya nevada cima tomaba un sonrosado tinte de los últimos rayos del sol.

Hay una gran semejanza entre el marino y el montañés, y es que uno y otro son religiosos; esto consiste en el poder del gran espectáculo que tienen incesantemente delante de sus ojos: en los eternos peligros que los rodean, y en esos grandes gritos de la naturaleza que se hacen oir en el mar y en la montaña. A nosotros, habitantes de las ciudades, nada llega grande; la voz del mundo cubre la de Dios; y para encontrar un poco de poesía nos es preciso el irla á buscar en medio de las olas, esas montañas del Océano, ó en medio de las montañas, esas olas de la tierra. Entonces, por poco poetas ó religiosos que hayamos nacido, lo que frecuentemente es lo mismo, sentimos despertarse en nuestro corazon una fibra que se estremece, sentimos vibrar en nuestra alma una voz que canta, y comprendemos bien que esa fibra y esa voz no estaban ausentes, sino adormecidas, que era el mundo el que pesaba sobre ellas, y que á las alas de la poesía y de la religion, como á las de las águilas, les falta la soledad y la inmensidad. Entonces se comprende perfectamente la resignacion del montañés y del marinero, ora camine errante por las neveras, ora bogue en el Océano. Allí el espacio es demasiado grande para que sienta profundamente la pérdida de una persona amada; solo cuando entra en su cabaña ó en su casa de campo, echa de ver que hay una madre de menos en el hogar entre él y su hijo, ó que falta un niño á la mesa entre él y su muger, entonces sus ojos, que habia levantado altos y resignados en tanto que habia podido ver el cielo á donde ha ido el alma, al perder de vista el cielo, se inclinan llorosos á la tierra que encierra el cuerpo.

El anciano me dió un golpecito en el hombro: Fidel venia á anunciarnos que la cena estaba lista.

HISTORIA DEL PERRO.

—Colocaos ahí, me dijo el anciano, acercando una silla á donde estaba mi cubierto preparado. Ese era el sitio de mi pobre Francisco.

—Escuchad, padre, le dije, si no tuviéseis un alma poderosa, un corazon lleno de religion, si no fuéseis un hombre cortado segun el espíritu de Dios, no os preguntaria ni lo que era vuestro hijo ni cómo ha muerto; pero creeis, y por consiguiente esperais. ¿Cómo Francisco os ha dejado aquí abajo, para ir á esperaros en el cielo?

—Teneis razon, respondió el anciano, y me haceis un bien hablándome de mi hijo. Cuando no estamos mas que los tres, Fidel, mi hija y yo, quizá le olvidamos alguna vez, ó aparentamos olvidarlo para no afligirnos unos á otros, pero asi que entra un forastero nos recuerda su edad, desde que deja su baston donde Francisco dejaba su carabina, y cuando ocupa en el hogar ó en la mesa el asiento que ordinariamente ocupaba el que nos ha abandonado, entonces nos miramos los tres y vemos que la herida no está aun cicatrizada y que necesita todavia mas lágrimas. ¿No es cierto, Mariana? ¿no es asi, mi pobre Fidel?

La viuda y el perro se acercaron á un mismo tiempo al anciano: la una le alargó la mano, el otro colocó su cabeza sobre sus rodillas. Algunas lágrimas silenciosas corrieron por las megillas del padre y de la muger; el perro dió un lastimero aullido.

—Si, continuó el anciano, un dia entró de vuelta de Speringen, que está á cinco leguas

de aqui, por la parte de Altorf; traia en brazos á éste (el anciano estendió la mano colocándola en la cabeza de Fidel), que no era entonces mas grande que el puño. Lo habia encontrado en un monton de estiércol, adonde lo habian arrojado con otros dos hermanos suyos; pero los otros habian caido sobre el empedrado y se habian matado. Se le hizo calentar leche y empezóse á alimentarle como á un niño con una cuchara; no era muy cómodo, pero el animalito estaba allí, y no era cosa de dejarlo morir de hambre.

Al abrir Mariana al dia siguiente la puerta halló en el umbral una hermosa perra que se entró adentro como si estuviera en su casa, dirigiéndose inmediatamente al cesto en donde estaba Fidel, y le dió de mamar. Era su madre, que guiada por el instinto habia seguido el mismo camino que Francisco, y asi que el cachorro mamó volvió á tomar el camino de Speringen. A las cinco horas tornó para el mismo objeto, volvióse á marchar como antes, y al dia siguiente al abrir la puerta se la encontró otra vez tendida en el umbral.

Durante seis semanas, y dos veces cada dia, hizo la perra su viage de ida y vuelta de Speringen, es decir, veinte leguas de camino, pues su amo le habia dejado un hijo en Sessigen, y Francisco habia traido el otro aqui, de modo que se dividia entre sus dos cachorros. En todos los animales de la creacion desde la perra hasta la muger, el corazon de una madre es siempre una cosa sublime. Al cabo de este tiempo no se la vió mas que cada dos dias, pues Fidel comenzaba á poder comer; despues no vino mas que cada semana, y por último, ya no se la vió mas que á muy largas épocas, á la manera de una vecina del campo que hace sus visitas.

Francisco era un osado cazador de las montañas, era muy rara la vez que la carabina que veis alli colgada sobre la chimenea disparase una bala que se perdiese. Casi cada dos dias le veiamos bajar con una gamuza al hombro, y de cuatro guardábamos una, vendiendo las otras tres; era una renta de cien luises por año. Nosotros hubiéramos querido mejor que Francisco solo hubiese ganado la mitad en otro oficio; pero Francisco era mas cazador por gusto que por oficio, y sabeis lo que es esta pasion en nuestras montañas.

Un dia pasó por nuestra casa un inglés, Francisco acababa de matar á un soberbio lammergerjer (buitre de los Alpes), el pájaro tenia diez y seis pies de una á otra parte de las alas, le preguntó si se podria coger otro igual vivo; Francisco respondió que era preciso cogerlo en el nido, y que esto solo se podia hacer en el mes de mayo, cuando las águilas están en huevos. Ofreció el inglés doce luises por dos aguiluchos, dejó las señas de un negociante de Ginebra, corresponsal suyo, que se encargaria de remitírselos, dió á Francisco dos luises por señal, y le dijo que el negociante le daria el resto al entregarle los aguiluchos.

Ya habiamos olvidado Mariana y yo la visita del inglés cuando á la primavera siguiente nos dijo Francisco una tarde al volver á casa:

—Ya he encontrado un nido de águila.

Nos estremecimos Mariana y yo, y sin embargo era una cosa muy sencilla lo que nos decia, y nos la habia repetido con mucha frecuencia.

—¿Y en dónde? le pregunté.

—En el Frolen-Alp.—El anciano estendió el brazo hácia la ventana.—Es, dijo, esa gran montaña de nevada cumbre que desde aqui veis.

Hícele seña con la cabeza de que la veia.

Tres dias despues salió Francisco como de costumbre con su carabina, y le acompañé durante unos cien pasos, porque yo mismo iba á Zug, y no debia de regresar hasta el dia siguiente. Mariana nos miraba á los dos: Francisco la vió en la puerta, se despidió de ella con la mano, la gritó, *hasta la noche*, y se internó en el bosque de hayas por cuya orilla hemos pasado hoy.

Vino la noche sin que Fraccisco pareciese, pero esto no alarmó mucho á Mariana porque sucedia frecuentemente que Francisco se quedase á dormir en la montaña.

—Perdonad, padre mio, os equivocais, interrumpió la viuda; todas las veces que Francisco tardaba, me afligia yo mucho, y cual si hubiese tenido un presentimiento de lo que iba á suceder, aquella noche estaba mas alarmada que de costumbre. Ademas me hallaba sola, no estábais alli para tranquilizarme; Fidel, á quien Francisco no se habia llevado consigo, se escapó por la mañana para reunirse con su amo; al anochecer habia nevado, y el viento era frio y triste. Miraba en la chimenea bailar llamitas azules parecidas á los fuegos fátuos que corren en los cementerios, tiritaba continuamente, tenia miedo y no sabia de qué. Los bueyes inquietos en el establo mugieron tristemente como cuando ronda un lobo en la montaña. De repente oí estallar una cosa detrás de mí: era ese espejito que vos nos habiais dado el dia de la boda, el cual se hizo pedazos por si solo, cual todavia lo veis. Me levanté y fui á ponerme de rodillas delante del crucifijo; apenas habia comenzado á rezar se me figuró oir en la montaña el aullido de un perro que se lamentaba; púseme en pie, senti correr un estremecimiento por todo mi cuerpo. En aquel momento el crucifijo que estaba mal colgado se cayó, se rompió uno de sus brazos de marfil; me bajé para recogerle, pero oí un segundo aullido, mas inmediato: dejé el Cristo en el suelo; fué un sacrilegio sin duda, pero habia creido reconocer la voz de Fidel. Corrí á la puerta, puse la mano sobre la llave no atreviéndome á abrir, clavados los ojos sobre aquella cruz de madera negra, en

la que no quedaban mas que la calavera y los dos huesos; ya no era un signo de esperanza, era un símbolo de muerte. Hallábame asi trémula, yerta, cuando una violenta ráfaga de viento abrió la ventana y apagó la lámpara. Di un paso para ir á cerrar aquella ventana y volver á encender la lámpara, cuando en aquel mismo instante, resonó en la misma puerta un tercer aullido; lancéme á ella, la abrí, entró Fidel enteramente solo; empezó á saltar como de costumbre, pero en vez de acariciarme me agarró el vestido y tiraba de él. Adiviné que Francisco se encontraba en peligro de muerte, y sin cerrar puerta ni ventana me eché fuera; Fidel caminaba delante de mí, seguíle.

Al cabo de una hora ya no tenia zapatos, mis vestidos estaban hechos girones, la sangre corria por mi rostro y por mis manos; andaba con los pies descalzos sobre la nieve, los jarales y el duro pedernal; nada sentia. De cuando en cuando me daban ganas de gritar á Francisco que ya iba á su socorro, pero no podia, ó mas bien no me atrevia.

Por todas partes donde pasaba Fidel, por alli pasaba yo tambien; no sé deciros por dónde ni cómo; porque nada sé. Despeñóse de la montaña un alud: oi un estruendo semejante al del trueno, sentí vacilar todo como en un terremoto. Me agarré á un árbol, el alud pasó. Fuí arrastrada por un torrente, sentí que iba rodando algun tiempo, despues fuí á tropezar contra un peñasco al que me así, y sin saber cómo me hallé de pie y fuera del agua: ví brillar los ojos de un lobo en un matorral que habia en el camino, dirigime en derechura al matorral, sintiéndome con valor para ahogar al animal si se atrevia á atacarme, pero el lobo tuvo miedo y echó á huir. En fin, al amanecer, guiada siempre por Fidel, llegué á orillas de un precipicio. sobre el que se cernia un águila, ví en el fondo una cosa como un hombre tendido, y dejándome resbalar por un peñasco en cuesta, caí junto al cadáver de Francisco.

El primer momento fué todo del dolor, yo no averiguaba como se habia matado, si no que me echaba sobre él, palpaba su corazon, sus manos, su rostro; todo estaba frio, todo estaba muerto; creí que iba á morirme, pero pude llorar.

No sé cuanto tiempo permanecí asi: alcé por fin la cabeza y miré en derredor mio.

Junto á Francisco habia un águila hembra ahogada, sobre la punta de un peñasco un aguilucho vivo triste é inmóvil cual un pájaro esculpido, y en el aire el macho describiendo eternos círculos y dejando oir de cuando en cuando un chillido agudo y lastimero. En cuanto á Fidel, sin aliento y muriéndose tambien, se habia echado al lado de su amo y lamia su rostro cubierto de sangre.

Francisco habia sido sorprendido por el padre y la madre: atacado por ellos, sin duda, en el momento en que acababa de apoderarse de su hijo y forzado á desasirse del peñasco por el que trepaba, se habia caido ahogando al águila que se habia arrojado sobre él y cuyas garras estaban aun marcadas en su espalda.

Ved por que queremos tanto á Fidel, continuó el anciano: á no ser por él, el cuerpo de Francisco hubiera sido pasto de los lobos y de los buitres, mientras que gracias á él descansa tranquilamente sepultado en una tumba cristiana, sobre la que de tiempo en tiempo, cuando la resignacion nos falta, podemos ir á rezar....

Comprendí que Santiago y Mariana necesitaban quedarse solos, y en vez de ponerme á la mesa, me salí de la habitacion.

HISTORIA DE LA MUGER.

A las diez me llevó el anciano al cuarto que habia preparado para mí; sobre una mesa cerca de mi cama habia un manuscrito, tinta y plumas.

—Aqui teneis, me dijo Santiago, me habeis pedido detalles sobre el hundimiento de Goldau, y yo no he querido hablar á mi hija de este accidente que la hubiera recordado la muerte de su madre, sobre todo en unos momentos en que ya tenia el corazon bastante quebrantado; pero aqui encontrareis una relacion exactísima de aquella catástrofe, escrita por su padre, mi antiguo amigo, llamado José Vigeld. Podeis copiarla y vereis que Dios fué quien preservó á Mariana para que pudiera ser algun dia el consuelo de un viejo que ya no tiene hijo.

Dí gracias á mi huésped; pero tenia bastantes recuerdos para ocupar la noche y aplacé para el dia siguiente por la mañana este nuevo trabajo.

Me despertó un rayo de sol que empezó á danzar alegremente sobre mis ojos cerrados, y quieras que no, me los hizo abrir. Al pronto creí que habia tenido sueños incoherentes y raros: Massena, Francisco, Fidel, Santiago, Mariana y las águilas se habian embrollado de tal modo en mi sueño que me costó todo el trabajo imaginable para compaginar en mi memoria todos estos recuerdos y hacer brillar la luz en aquel caos. Hecha esta operacion, recordé que aun me quedaba que oir otra catástrofe de familia que anotar no menos terrible, la del hundimiento de Ruffiberg.

Doy á mis lectores la relacion en toda su sencillez, por que la he copiado, ó mas bien traducido literalmente del manuscrito de mi

huésped. No carecerá de interés quizás; ahora que, gracias al bello talento de Mr. Daguerre, se puede ver en el diorama una pintura tan exacta y tan dramática de este suceso.

«El verano de 1806 habia sido muy tempestuoso, continuadas lluvias habian empapado la montaña; pero sin embargo habíamos llegado al 2 de setiembre sin que nada pudiese hacer presagiar el peligro que nos amenazaba. Hácia las dos de la tarde dije á Luisa, la mayor de mis hijas, que fuese á buscar agua á la fuente; tomó el cántaro y marchó, pero al cabo de un instante volvió diciéndome que la fuente habia dejado de correr. Como no tenia mas que atravesar el jardin para cerciorarme de aquel fenómeno, fuí yo mismo y vi que efectivamente el manantial se habia secado; quise dar dos ó tres golpes de azadon en la tierra para averiguar la causa de aquella desaparicion, cuando me pareció sentir temblar el suelo bajo mis pies, solté el azadon en el momento en que acababa de clavarlo en la tierra. Mas cuál fué mi asombro cuando lo vi moverse solo! Al mismo tiempo echó á volar una nube de pájaros dando agudos chillidos; levanté los ojos y vi desprenderse los peñascos y rodar á lo largo de la montaña; crei que me hallaba acometido de un vértigo. Me volví para ir á mi casa. Detrás de mí se habia formado un foso cuya profundidad no podia medir. Salté por encima, como hubiera hecho en un sueño, y corrí hácia mi casa; parecíame que la montaña se resbalaba sobre su base y me perseguia. Al llegar delante de mi puerta vi á mi padre, que acababa de llenar de tabaco su pipa; habia predicho frecuentemente este desastre. Le dije que la montaña vacilaba como un hombre borracho, é iba á caer sobre nosotros; él miró por su lado.—¡Bah! dijo: aun me dará tiempo para encender mi pipa; y se entró en la casa. En aquel momento pasó por el aire una cosa que hizo sombra; alcé los ojos, y era un peñasco lanzado como una bala de cañon, que fué á destruir una casa situada á cuatrocientos pasos de la aldea. Entonces apareció mi muger, revolviendo la esquina de la calle, con tres de nuestros hijos; corri á ella, cogí dos en mis brazos y le grité que me siguiera.

—«¡Y Mariana!..... esclamó ella lanzándose hácia la casa: Mariana que se ha quedado dentro con Francisca. Detúvela por un brazo, pues en el mismo momento la casa daba vuelta sobre sí como una devanadera. Mi padre que ponia el pié en el umbral fué arrojado á la otra parte de la calle. Yo tiré de mi muger y la obligué á seguirme. De repente se oyó un ruido espantoso, y una nube de polvo cubrió el valle. Mi muger me fué arrancada violentamente: me volví, habia desaparecido con su hijo: era una cosa incomprensible, infernal; la tierra se habia abierto y vuelto á cerrar bajo sus pies, y no hubiera sabido adonde habia pasado, á no haberse quedado una de sus manos fuera del suelo. Arrojéme sobre aquella mano que la tierra apretaba como unas tenazas, y no queria abandonar aquel sitio; sin embargo, mis hijos gritaban y me llamaban en su auxilio; me levanté como un loco, cogí uno debajo de cada brazo, y eché á correr. Tres veces sentí que la tierra se movia bajo mis pies y caí con mis hijos; tres veces me volví á levantar; al fin ya no me fué posible permanecer de pie; queria agarrarme á los árboles, y los árboles caian; queria apoyarme en un peñasco, y el peñasco huia como si se hallase animado. Puse á mis hijos en tierra y me eché sobre ellos; un instante despues parecia habia llegado el último dia de la creacion; la montaña toda entera caia hecha pedazos.

«Así permanecí con mis pobres hijos todo el dia y una parte de la noche; creiamos ser los últimos seres vivientes del mundo, cuando oimos gritos á algunos pasos de nosotros; era un jóven de Basingen, que se habia casado aquel mismo dia. Volvia de Art con toda la comitiva de la boda. En el momento de entrar en el Goldau se habia quedado atrás para coger en un jardin un ramo de rosas para su novia. Aldea, boda, novia, todo habia desaparecido de repente, y corria como una sombra por entre las ruinas, con su ramo de rosas en la mano, gritando: ¡Catalina! Yo le llamé, se vino á nosotros, nos miró, y viendo que no estaba con nosotros la que buscaba, volvió á echarse á correr como un loco.

«Levantámonos mis hijos y yo; mirando alrededor nuestro percibimos al reflejo de la luna un gran crucifijo que habia permanecido en pie; fuimos hácia él; un anciano estaba acostado cerca de la cruz, reconocí á mi padre, le creí muerto y me precipité sobre él; se despertó; la ancianidad es indiferente.

«Le pregunté entonces si sabia algo de lo que habia pasado en la casa en donde él habia entrado en el momento de la catástrofe; pero me dijo que no habia visto nada mas que á Francisca, la cocinera, que, habia cogido de la mano á Mariana gritando: *¡Hoy es el dia del juicio*! ¡huyamos! ¡huyamos! Pero que en aquel momento todo habia quedado trastornado, y él mismo se vió arrojado en medio de la calle; no sabia nada mas, pues habiéndole dado una piedra en la cabeza quedó aturdido con la violencia del golpe: cuando recobró el sentido habia pensado en la cruz, se habia ido á ella, habia orado, y se habia quedado dormido: entonces le confié mis hijos, y me puse á vagar por entre todos aquellos escombros, tratando de adivinar el sitio donde estaba nuestra casa.

«En fin, orientándome por la cruz y la cima del Rossberg, creí saber dónde me hallaba; subí á una pequeña colina formada por la tierra que cubria los restos de una casa, me agaché como cuando se habla con trabajadores que están en una mina, y llamé con toda mi fuerza. Al momento oí una voz de niño

que respondia con quejidos; reconocí la voz de Mariana. No tenia piqueta ni azadon; me puse á cabar con las manos, y como la tierra estaba movediza, muy pronto hice un agujero de cuatro ó cinco pies de profundidad. Toqué el tejado destrozado, y arranqué las tejas que lo cubrian. Luego que pudo pasar mi cuerpo, me dejé resbalar á lo largo de un madero; y como se habia hundido el techo me hallé en el interior de la casa, llena de piedras y astillas de madera. Llamé segunda vez y oí quejarse al lado de la cama; era la niña que habia sido arrojada debajo de la cama; toqué su cabeza y una parte de su cuerpo; quise traerla hácia mí, pero estaba cogida entre las tablas de la cama, que se habia hecho pedazos al hundirse el techo. La cama le habia roto una pierna.

«Levanté las maderas de la cama con un esfuerzo casi sobrenatural, y la niña salió de debajo á gatas, ayudándose con las manos. La tomé en mis brazos, y me dijo que no se hallaba sola, que Francísca debia de estar en alguna parte. Llamé á Francisca, y la pobre muchacha no pudo responder mas que con gemidos; coloqué la niña en el suelo, y comencé á buscar. Separada violentamente de Mariana, á quien habia cogido de la mano en el momento de la desgracia, se habia quedado suspendida entre las ruinas, con la cabeza hácia abajo, el cuerpo oprimido por todas partes, y el rostro magullado. Despues de muchos esfuerzos habia logrado sacar una mano y enjugarse los ojos llenos de sangre. En esta horrenda situacion oyó los gemidos de Mariana. Llamóla, la niña respondió: preguntóla en dónde estaba, y Mariana dijo que se hallaba echada boca arriba cogida, sin póderse mover, por la cama, pero que tenia las manos libres, y que á través de una hendidura se descubria el cielo y aun los árboles. Entonces la niña preguntó á Francisca si permanecerian mucho tiempo de aquel modo y si no vendrian á socorrerlas; pero Francisca, llena de su primera idea, de que era llegado el dia del juicio, la dijo que ellas solas sobrevivian á la creacion, y que muy pronto iban á morir y ser felices en el cielo: entonces la jóven y la niña se pusieron á orar. Mientras oraban, tocó una campana la oracion, y dieron en un relój las siete. Francisca reconoció la campana y el relój de Sternerberg. Existian, aun, pues, seres vivientes y casas en pié; podian aguardar socorros; en consecuencia, trató de consolar á la niña; pero Mariana comenzaba á tener hambre, y pedia llorando su sopa; pronto se debilitaron sus gemidos, y Francisca no volvió á oirlos mas. Creyó que la pobre niña habia muerto, y rogó al ángel que acababa de dejar la tierra, se acordase de ella en el cielo. Pasáronse asi muchas horas. Francisca tenia un frio insoportable, su sangre que no podia circular á causa de la presion de sus miembros, se le agolpaba al pecho y la ahogaba. Sentiase morir á su vez.

«Entonces fué cuando Mariana, que solo se hallaba dormida, se despertó y empezó á quejarse de nuevo; aquella voz humana, por débil é impotente que fuese reanimó á la pobre Francisca, que hizo esfuerzos inauditos, logrando al fin sacar una pierna, con lo que se encontró aliviada. Despues la sobrecogió un gran sopor, y acababa de ceder á su influencia, cuando mi Marianita oyó mi voz y me respondió. Encontré por fin á Francisca, y con una pena increible logré sacarla de entre los escombros en que se hallaba. Creia tener rotos los brazos y piernas, y pedia agua, porque lo que mas le hacia padecer, decia, era la sed. La llevé junto á Mariana, debajo del agujero que yo habia hecho, y por el que se veia el cielo; la pregunté si descubria las estrellas; pero me respondió que creia estar ciega. Entonces la dije que permaneciese quieta en aquel sitio en que estaba, y que yo iba á volver al momento para socorrerla; pero me cogió de un brazo y me rogó que no la abandonase. Respondíla que nada tenia que temer, que todo estaba tranquilo; ahora que iba á comenzar por sacar de allí á Mariana, y que al momento volveria y la traeria agua. Consintió en ello.

«Desaté entonces el delantal que tenia ella, y me lo até al cuello; puse á Mariana en el delantal, cogí las otras dos puntas con los dientes, y gracias á este espediente que me dejaba libres las manos, logré subir por el madero, por donde habia bajado. Corrí al pié de la cruz: en el camino vi pasar junto á mí como una sombra al desdichado jóven que buscaba á su novia; llevaba siempre su ramo de rosas en la mano.

—«¿Habeis visto á Catalina? me dijo.

—«Venid conmigo, al lado de la cruz, le respondí.

—No, continuó él, es preciso que la encuentre.

«Y desapareció en medio de los escombros llamando siempre á su novia.

«Hallé al pie del crucifijo, no solo á mí padre y á mis hijos, sino á tres ó cuatro personas que instintivamente habian ido á buscar un refúgio al pie de la cruz..... Deposité á su lado á Mariana recomendándosela á sus hermanos, mayores que ella, referí á los que allí estaban que Francisca se habia quedado sepultada entre los escombros, y que no sabia cómo sacarla de ellos. Me dijeron que una sola casa separada del pueblo habia quedado en pie, y que allí podria encontrar una escalera y cuerdas. Corrí allí: se hallaba abierta y abandonada por sus propietarios que habian huido; sin embargo, oí ruido sobre mi cabeza, y llamé. ¿Eres tú, Catalina? dijo una voz que reconocí por la del novio, me partia el corazon; entré en el patio para no volver á ver mas á aquel desgraciado jóven, hallé una escalera que cargué sobre mi espalda, una calabaza que llené de agua, y volví á prestar socorro á Francisca.

«La frescura del aire la habia devuelto no poco las fuerzas, y estaba de pie y me aguardaba. Introduje la escalera, que era bastante larga para tocar en el suelo, bajé cerca de Francisca, le dí la calabaza, que vació con ansia, despues la ayudé á subir por la escalera, guiándola, porque no veia, consegui sacarla fuera de la especie de sepulcro en que habia permanecido catorce horas. Durante cinco dias estuvo ciega, y todo el resto de su vida sujeta á ataques convulsivos y accesos de terror.

«Apareció el sol, y nada puede dar una idea del espectáculo que iluminó. Tres aldeas habian desaparecido; dos iglesias y cien casas estaban enterradas; cuatrocientas personas sepultadas vivas; un trozo de la montaña habia caido rodando hasta el lago Louvertz, y cegándole en parte habia levantado una ola de cien pies de altura y de una legua de estension, que habia pasado sobre la isla de Schwanau arrastrando las casas y los habitantes. La capilla de Olterr, construida de madera, fué hallada flotando sobre el lago como por milagro; la campana de Goldau, arrebatada por el aire, fué á caer á un cuarto de legua de la iglesia.

«Diez y siete personas solo sobrevivieron á esta catástrofe.

«Escrito en Art en honor de la Santísima Trinidad, el 10 de enero de 1807, y dado á mi hija Mariana para que no olvide nunca, cuando yo no exista para recordarlo, que si el Señor nos ha castigado con una mano nos ha sostenido con la otra.

JOSEPH VIGELD.»

Mi huésped entró en mi cuarto cuando terminaba yo de copiar las últimas lineas del manuscrito de su suegro. Venia á anunciarme que estaba listo el desayuno.

Era la cena de la víspera á que nadie habia pensado tocar.

——

UN CONOCIMIENTO DE POSADA.

El dia estaba magnífico. Por muchas ganas que tuviese de quedarme mas tiempo en compañía de aquella escelente familia, tenia mis horas contadas, y fui á despedirme de Perico, á quien llevé un pedazo de pan: tambien me despedí de Fidel prometiéndole un collar, estreché la mano al anciano que queria á la fuerza acompañarme otra vez hasta Schonemburch, y encargué á Mariana que no me olvidase en sus oraciones.

En el momento de doblar el ángulo en donde la víspera habiamos hallado á Fidel, me volví á mirar todavía otra vez aquella casita que blanqueaba sobre el verde musgo. El anciano estaba sentado sobre su banco de madera, Mariana de pie, me miraba alejarme de allí, y Fidel estaba tendido á los primeros rayos del sol matinal; todo esto se destacaba en una atmósfera pura, con un aspecto reposado y tranquilo, capaz de hacer creer que la desgracia se habia debido olvidar de aquel rinconcito de tierra. Seguramente lo hubiera creido asi, si no hubiese hecho mas que pasar por delante de aquella casa; pero habia entrado en ella, se habia desarrollado ante mis ojos toda la vida real de sus habitantes con su alegría y sus lágrimas. La cabaña tiene su drama como el palacio, únicamente que el dolor de la aldea es silencioso, y el de la ciudad ruidoso; el aldeano llora en la iglesia, y el hombre de la ciudad en la calle; el pobre se queja á Dios de los hombres, y el rico se queja de Dios á los hombres.

No nos paramos en Schwitz mas que el tiempo únicamente necesario para el desayuno, pues nada ofrece la ciudad notable mas que el honor de haber dado su nombre á la confederacion, y la forma estraña de las dos montañas sobre que está apoyada: despues nos pusimos nuevamente en camino para Sewen, en donde tomamos un barco, dejamos á la izquierda el castillo de Schwanau, quemado por Stauffacher en 1308, y fuimos á abordar, al cabo una hora casi de navegacion, al punto mismo en que se habia precipitado en el lago una parte de la montaña. Desde el momento en que descubrimos los restos del Ruiffiberg, me habian dado ganas de atravesarlo, y desde lejos la cosa me parecia de las mas fáciles, porque en los Alpes no se puede juzgar ni de la distancia, ni del volúmen de los objetos. Mis barqueros me habian dicho que me arrepentiria de aquella empresa, pero yo no habia querido creerles, de modo que, llegado á la orilla, una mal entendida vergüenza me impidió volverme atrás, y me aventuré á penetrar en medio de aquellas gigantescas ruinas de la naturaleza.

Es preciso haber visto aquel horrible caos para formarse una idea de él: no son mas que rocas arrancadas de sus bases, árboles sacados de raiz, colinas sin formas ni verdor. Todas las veces que seguiamos aquellos valles caprichosos y sin continuidad, era cosa de creer que como el Cain de Byron visitábamos el cadáver del mundo. En medio de aquel trastorno de la creacion, nos era imposible adoptar un camino, proponernos un objeto, orientarnos en nuestro camino; á cada momento era preciso doblar peñascos perpendiculares que no se podian saltar, agarrarse con las manos á las ramas y raices de los árboles, volverse sin saber á donde conducian aquellas vueltas, ni si el camino adoptado tenia salida.

De tiempo en tiempo, sofocados por la vista de aquellas masas en el fondo de las que parecia arrastrarnos, nos agarrábamos á una de ellas, la trepábamos hasta la cima, y encontrábamos mas allá del desierto en que nos habiamos metido, la naturaleza viva y alegre de las praderas, de los lagos y de las montañas; entonces respirábamos cual los nadadores que suben á la superficie del agua, haciamos nuestra provision de aire, y nos sumergiamos de nuevo en el fondo de aquellas olas de tierra que habian tragado tres aldeas que pisaban nuestros pies, con todos sus habitantes sepultados. Francesco no comprendia nada del capricho que habia tenido yo de pasar por en medio de aquellos escombros, cuando podia haber tomado el camino de Art, y confieso que yo mismo, como ya en iguales circunstancias me habia sucedido, comenzaba á encontrar bastante estúpida esa curiosidad que me arrastra siempre á donde hay mas fatiga que sufrir.

En fin, despues de cuatro horas de caminar por medio de aquella tierra convulsiva, tocamos en su estremidad, y divisamos á un cuarto de legua el lindo campanario de Art, que se destacaba sobre el lago de Zug, y que no estaba separado de nosotros mas que por una encantadora pradera del mas delicioso verde. Se adivina con cuanto placer y delectacion pisamos aquel mullido tapiz, despues de haber andado dando tropezones cinco ó seis horas por vueltas y revueltas, subidas y bajadas, en medio de peñascos, de árboles y de tierra desmoronada. Asi al llegar á Art, en lugar de pedir la comida pedí una cama, y encargué que por ningun pretesto me despertaran.

Cuando abrí los ojos, los rayos de la luna iluminaban mi cuarto con una luz tan dulce, que no pude resistir al deseo de levantarme y asomarme á la ventana. Daba sobre el lago de Zug que brillaba como un espejo de plata: á la izquierda el monte Righi, casi cortado á pico, se alzaba magestuosamente hasta las estrellas, que parecian trémulas flores coronando su cima; á la derecha las casas de San Adriano y de Walchwyl dormian á todo lo largo de la ribera, abrigadas por la montaña de Zug. Ni una nube manchaba el cielo, ni un soplo agitaba el aire, ni un ruido se despertaba en el espacio: el mundo dormido flotaba en el éter cual un bagel que boga, y dejaba ver en su confianza que Dios le miraba andar.

Entonces me ocurrió una idea fatal para Francesco: era la de aprovechar aquella hermosa noche y aquel fresco resplandor para ponerme en camino, á fin de llegar muy de mañana á Lucerna. No tenia mas que un inconveniente, era el hambre que comenzaba á dejarse sentir. Quise volverme á la cama para tratar de volver á dormirme otra vez; pero como ya habia tomado el descanso necesario, no pude volver á cerrar los ojos; ademas aquella mágica claridad de la luna que bañaba todo el paisage de una tinta azulada, me atraia irresistiblemente. Salté segunda vez de la cama, y me metí con mi trage mas que ligero por los corredores de la posada, buscando el cuarto del amo y llamando á todas las puertas, á fin de estar seguro por este medio de hallar el suyo. Mi pesquisa fué por largo tiempo inútil, sea que los cuartos estuviesen deshabitados, sea que sus inquilinos tuviesen el sueño pesado. En fin, comenzaba ya á desesperar del éxito de mi escursion, cuando del último cuarto á donde llamé, me respondieron en aleman: *Varten sie da binich.*—Esperad, aqui estoy.

Trataba yo de aguardar, pues la lengua que se me hablaba, y que yo reconocia por la de mi huésped, resonaba demasiado dulcemente en mis oidos; quedéme, pues, en el corredor aguardando á que se abriese la puerta, lo que no tardó, presentándose en ella un mozo alto, rubio, restregándose los ojos y preguntando si era ya hora de partir.

—Para mí sí, respondí sonriéndome, pero tal vez no para vos, caballero; por que creo que los dos nos hemos equivocado, yo tomandoos por el posadero, y vos tomándome á mí por vuestro guia. Tened la bondad de disimular. Quise retirarme y añadió:

—Perdonad, me dijo, pero ¿podria al menos saber á quien he tenido el honor de recibir?

—A Mr. Alejandro Dumas.

—Creed que me alegro muchísimo.

—¿Me permitis la misma pregunta?

—A Mr. Eduardo Vielers, abogado de Bruselas.

—Celebro muchisimo haber tenido la alta honra.....

Y nos hicimos una cortesía como si nos encontraramos en un salon; sin embargo, el conocimiento habia tenido algo de mas original, atendido el trage en que nos hallábamos y que por lo parecido tenia el aire de uniforme.

—Ahora, caballero, continué yo, ¿me atreveria sin ser indiscreto, preguntaros una cosa?

—Hacedlo.

—¿Teneis hambre por casualidad?

—¡Um! hizo el bruselés consultándose, me parece que sí.

—Es que yo me acosté ayer sin cenar, por que me estaba muriendo de sueño cuando llegué.....

—Y yo, caballero, por que llegué demasiado tarde, y no habia mas que huevos en la posada.

—No os gustan los huevos, segun parece.

—Ni olerlos.

—¿De manera, que estais en ayunas?

—Lo mismo que vos.

—¡Y bien! es preciso comer.

—Comamos.

—Despues, si gustais, nos aprovecharemos de esta hermosa noche para ponernos en camino.

—Con mucho gusto. ¿Pero qué comemos?

—Dios proveerá: primero vamos á ponernos nuestros pantalones.

La proposicion era oportuna, y así fué adoptada sin discusion: cinco minutos despues estábamos medio *presentables*, era todo cuanto se necesitaba en aquel momento.

—Ahora, dije yo, mi querido abogado, vos que hablais aleman como Lutero, encargaos de despertar al huésped, y preguntadle si no habrá medio de echar mano de las gallinas que han puesto los huevos; con ellas haremos un guisado. Yo voy á despertar á mi guia, y á ver si puede servirnos para alguna cosa.

Fuí al cuarto de los criados; reconocí á Francesco por su triunfante modo de roncar. Le tiré por las piernas, despertó y me conoció.

—¡Ah! escelencia, dijo estendiendo los brazos ¡ha! que hermoso sueño tenia.

—¿Y qué era, muchacho?

—Soñaba que me dejabais dormir.

La reconvencion me llegó al corazon, y si Francesco al dirigírmela no se hubiera dejado deslizar de la cama, creo que la compasion hubiera vencido al egoismo; pero el pobre muchacho se habia dado demasiada prisa en obedecerme, y pagó la pena de su prontitud.

Cuando volví, encontré á mi nuevo conocido en conversacion con el posadero. Las noticias eran desastrosas: no habia decididamente en toda la casa nada mas que huevos.

—¡Pero qué! dije yo á mi abogado; ¿teneis una antipatía invencible por la tortilla?

—La detesto.

—¿Y por el pescado?

—El pescado es otra cosa, lo adoro.

—Pero es que no hay pescado en la posada, interrumpió el huésped.

—¿Cómo que no hay? ved lo que dice mi *Itinerario*. «Art, grande y hermosa aldea del canton de Schwitz en la márgen del lago de Zug, entre el Righe y el Ruffiberg.—Posada del Aguila Negra.—Se está allí muy bien.—Buen pescado.... Mirad, buen pescado, aquí está impreso.

—¡Oh! si, en el lago, ha querido decir. Allí si que hay veteles, truchas y ferras soberbias.

—Pues bien, vamos á pescarlas.

—Si no tengo redes.

—Sin redes.

—Ni tengo cañas.

—Sin cañas.

—¿Pues con qué?

—Con la carabina.

—¿Y para contarme esos cuentos, habeis venido á despertarme? me dijo el posadero.

—Si, amigo mio, y todavía añadiré otra cosa; preparad todo lo que haga falta para un buen guiso á la marinera, encargaos de las cebollas, del vino y la manteca, yo me encargo del pescado.

—¡Vamos! será preciso verlo, dijo el buen hombre preparando su cacerola.

—Enhorabuena. ¿Es vuestra la barquilla que está en el lago?

—Si.

—¿Me autorizais á tomarla?

—Si.

—¿Quereis prestarme ese hornillo de barro en que está sentado mi guia?

—Si.

—¡Y bien! es cuanto necesito: gracias. Ahora, Francesco, enciende fuego en el hornillo, recoge ramas de pino, toma una cuerda, y en camino.

—¡Buena pesca! dijo el posadero en tono gangoso.

Cogí mi carabina, hice seña al abogado de que me siguiera y salimos.

En un salto estuvimos á la orilla del lago: até con la cuerda el hornillo á la proa de la barca, lo cargué de nuevas ramas de pino: Francesco se sentó en el banco de enmedio con un remo en cada mano, Mr. Viclers desató la cadena que tenia amarrada la barca á la orilla, y vino á reunirse conmigo; hice seña á nuestro remero de que pusiera mano á la obra, y comenzamos á resbalar por el lago.

Estaba como ya he dicho, liso como un espejo, y tan limpio que veíamos perfectamente á la profundidad de casi veinte pies. El agua reflejaba la trémula llama de nuestro hornillo que parecia arder enmedio del elemento destinado á apagarla. De tiempo en tiempo veiamos como un relámpago plateado que pasaba por debajo de nuestra barca, y yo enseñaba con el dedo á mi camarada de pesca aquel presagio de buen éxito, pues era la escama chispeante de un habitante del lago, que despertado por aquel resplandor desacostumbrado pasaba rápidamente por el círculo de luz que nosotros llevábamos delante. Poco á poco pareció que los peces no solamente se familiarizaban con nosotros, sino que atraidos por la curiosidad subian desde el fondo del agua, hasta pararse á la distancia de algunos pies de su superficie inmóviles y como adormecidos: podiamos reconocer su forma y su especie, pero ninguno subia bastante cerca de nosotros que quisiese arriesgarme á desperdiciar una bala. Hice señal á Francesco que dejase de remar, y eché nuevas ramas en el hornillo: duplicóse la llama, los peces atraidos como por encanto, se elevaban con un movimiento de aletas tan imperceptible, que no reparábamos que subian á la superficie, si no por el aumento de su dimension; en fin, entraron en el foco de luz reflejado por el agua, y les vimos brillar como si cada una de sus escamas fuese un diamante; podíamos elegir á nuestro gusto y capricho. Mi compañero me mostraba una soberbia trucha, pero ya habia echado mis cálculos sobre

un lavareto magnífico, pues conocia su especie por haber tenido con ella en el lago de Ginebra relaciones de que no habia tenido motivo sino de alegrarme. Hácia él, pues, dirigí el cañon de mi carabina; el abogado me miraba conteniendo la respiracion; Francesco se habia colocado á gatas junto á nosotros, y parecia tener gran interés en lo que iba á suceder; únicamente el lavareto parecia ignorar que era el objeto de la atencion general. Subia insensiblemente como si despues de haber atravesado el primer foco reflejado por el agua hubiese querido llegar hasta la verdadera llama que ardia en el aire; por fin juzgué que estaba á buena altura, solté el gatillo, y salió el tiro.

No pudimos menos de estremecernos nosotros á aquella detonacion, cual si hubiese sido inesperada; toda la montaña se habia conmovido hasta lo mas profundo; hubiérase dicho que el trueno vagaba por las costas del Righi y del Ruffiberg; oimos cómo se alejaba de eco en eco por la parte de Zug, y despues se disminuia, y por último se apagaba. Volvimos entonces los ojos otra vez al lago, todos nuestros curiosos habian desaparecido; únicamente á una gran profundidad descubríase un punto plateado que enseñé á mis compañeros: era nuestro lavareto que subia panza arriba. Al cabo de algunos segundos flotaba en la superficie del agua, de modo que no tuvimos mas que alargar la mano para cogerle; la bala le habia llevado media cabeza.

Volvímonos triunfantes á la posada; nuestro huésped nos aguardaba delante de sus fogones; no habia, sin embargo, creido deber adelantarse hasta empezar su guisado.

—¿Qué tal? le dije yo enseñándole el pescado; ¿qué decis de esto, buen hombre?

—Digo, que siempre hay algo que aprender en toda edad, respondió con aire de profunda humildad y mirando la magnífica pieza que le trujimos.

—Pues bien, mientras acabamos de vestirnos haced un fricassé y procurad condimentarlo bien.

Ignoro si era necesaria la recomendacion; pero lo que sé es, que el guisado estaba escelente, y que el lavareto era de tan decente dimension que hubo para todo el mundo, aun sobró para el guia de mi nuevo amigo, que habia llegado durante la comida.

Concluida la cena, ajustamos nuestras cuentas con el huésped; y como luego comenzase á aparecer una ligera tinta anaranjada en la cima del Ruffiberg, pensamos que ya era hora de ponernos en camino. A la puerta de la posada mi compañero tiró por la izquierda y yo por la derecha.

—¿A dónde diablos vais? me dijo.

—¡Toma! á Lucerna.

—¡A Lucerna!..... de allí vengo yo.

—¡Toma, toma, toma!..... Entonces, ¿por qué no llevamos el mismo camino?

—Vamos enteramente opuestos, vueltos de espaldas.

—Entonces, buen viage.

—¡Guardeos Dios!

—Si pasais por Bruselas.....

—Si vais á Paris.....

—Está dicho. ¡Adios!

—¡Adios!

Y nos separamos para no volvernos á ver probablemente mas que en el valle de Josaphat.

—¿Y bien? dije yo á Francisco, ¿qué piensas de esto, muchacho?

—A fé mia, señor, me respondió, pienso que teneis costumbres muy singulares; dejais los caminos buenos para tomar los malos, dormis de dia para caminar de noche, y pescais con una carabina.

——

LAS GALLINAS DE M. CHATEAUBRIAND.

Saliendo de la posada del Aguila y tomando el camino que se estiende á la izquierda del lago de Zug, nos encontramos sobre un terreno que pertenece esclusivamente á la historia. El camino que seguiamos fué seguido por Guessler y va á parar á su sepulcro. No nos detuvimos en Immensea, adonde llegamos á las siete de la mañana, si no el tiempo preciso para hacer un alto, y tomamos inmediatamente el camino de Kussnach, cuyo nombre, amorosamente poético beso de la tarde, está tan poco en armonía con el recuerdo de muerte que trae á la memoria. A cosa de un cuarto de legua de Immensea, nos metimos en el camino abierto en el barranco á cuyo estremo velaba Guillermo Tell: su ancho es lo apuradamente suficiente para que pueda pasar un carruage, y se halla encajonado por ambos lados por unas rocas de doce pies de altura, sobre las que se elevan árboles cuyas ramas uniéndose y entrelazándose forman un arco sobre la cabeza del viagero. A su estremo se levanta una capilla construida en el mismo sitio en que espiró Guessler. Enfrente de la capilla un sendero lateral se separa del camino. Sube á unos veinte pasos casi, y se detiene al pie de un árbol. A dar crédito á la tradicion, detrás de este árbol, cuyo tronco cubierto de musgo se descubre á la izquierda yendo de Immensea, fué donde se ocultó Tell, y contra él apoyó su ballesta para asegurarse mas del tiro.

Admitiendo esta distancia entre el tirador y el blanco, Guillermo habia disparado á veinte y siete pasos.

La capilla no contiene nada de particular que la distinga de las otras. Está adornada de las efigies de San Nicolás de Bari y de San Cárlos Borromeo, y lo mismo que en las demas, me presentaron en esta un libro en que los peregrinos ponen sus nombres: en la penúltima página hallé el de Mr. Chateaubriand.

Desde Martigny habia yo visto aparecer de tiempo en tiempo en los libros de las posadas este grande y hermoso nombre confundido entre los apellidos oscuros de los viageros. En Andermat habia dibujado un viagero encima de este nombre una lira coronada de laureles. El posadero me lo habia enseñado como un nombre de príncipe, y yo le habia desengañado diciéndole que era un nombre de rey. Farfullé allí mi firma muy lejos y muy debajo de la suya, cual debia hacerlo un cortesano respetuoso, y me puse otra vez en camino.

Saliendo del bosquecillo en que está situada la capilla de Tell, descubrimos á mano izquierda las ruinas de la fortaleza á donde se dirigia Guessler cuando fué muerto. Tomamos el sendero que conduce allí, y en menos de diez minutos llegamos á aquel castillo destruido por Stauffacher en el mes de enero del año 1308, y que no ofrece nada notable mas que el recuerdo que suscita. El sendero que conduce á él atraviesa enteramente, entra por un lado y sale por otro, y lleva en derechura á Kussnach. Nos embarcamos allí para Lucerna.

El lago de los Cuatro cantones pasa generalmente por el lago mas hermoso de toda la Suiza, y en efecto, lo caprichoso de su forma da á sus diferentes perspectivas mucho de imprevisto. Sin embargo, hasta entonces yo le habia preferido al lago de Brienz con su cinturon de neveras; pero al llegar enfrente de Lucerna me ví en la necesidad de confesar que en ninguna parte se habia todavía presentado á mis ojos una vista tan completa en su conjunto y sus detalles.

En efecto, enfrente de mí, en el fondo de su pequeño golfo, se elevaba Lucerna rodeada de fortificaciones que datan del siglo XVI, y que dan un aspecto estraño á esta ciudad, en un pais en que las verdaderas murallas están construidas por la mano de Dios, y tienen catorce mil pies de altura; á su derecha y á su izquierda, como dos centinelas, como dos gigantes, como el genio del bien y del mal, se elevan el Righi, rey de las montañas (1), revestido de su manto de verdura bordado de aldeas y cabañas, y el Pilato (2), esqueleto huesoso y descarnado coronado de nubes, donde duermen las tempestades. Jamás ha abarcado un golpe de vista un contraste tan completo como el que ofrecen estos dos montes. El uno cubierto de vegetacion desde su base hasta su cumbre, abriga ciento cincuenta cabañas, y alimenta tres mil vacas; el otro, cual un mendigo, vestido apenas con algunos retazos de verdura sombría que dejan entreveer sus costados desnudos y destrozados, no está habitado sino por las tempestades y las águilas, las nubes y los buitres; el primero no tiene mas que tradiciones risueñas, el segundo no recuerda mas que leyendas infernales, asi es que el camino que costea su base es el que Walter Scot ha escogido para teatro de la terrible escena con que principia su novela de Cárlos el Temerario.

El viento que soplaba de Brünnen y que hinchaba nuestra pequeña vela, nos hacia deslizar tan dulcemente por medio de aquel paisage delicioso, que yo, recostado en la proa, no sentia el movimiento, y estaba dispuesto á creer que la ciudad era la que venia hácia nosotros, durando esta ilusion hasta los últimos momentos en que, creciendo, parecia salir del agua. Doblamos una torre, que, sirviendo en otro tiempo de faro (Lucerna), dió su nombre á la ciudad, y abordamos al muelle. Una posada que encontramos en nuestro camino era la del Caballo Blanco, allí nos detuvimos.

La primera noticia que supe, y en efecto, era la mas importante, era que Mr. de Chateaubriand habitaba en Lucerna. Recuérdese que nuestro gran poeta, el que consagró su pluma á la dinastía caida, se desterró voluntariamente despues de la revolucion de julio, y no volvió á París hasta que fué llamado por el arresto de la duquesa de Berri. Paraba en la fonda del Aguila.

Me vestí inmediatamente con intencion de ir á hacerle una visita; yo no le conocia personalmente. En París no me hubiese atrevido á presentarme á él; pero fuera de Francia, en Lucerna, y en el estado de aislamiento en que se hallaba, pensé que le causaria algun placer el ver á un compatriota. Fuí, pues decidido á la fonda del Aguila, pregunté á un mozo por Mr. de Chateaubriand, y me respondió acababa de salir para dar de comer á sus gallinas; se lo hice repetir creyendo haber oido mal, pero por segunda vez me dió la misma contestacion. Dejéle mi nombre, reclamando al mismo tiempo el favor de ser recibido al dia siguiente, pues comenzaba á hacerse ya tarde, y las correrías que habia hecho desde Brigy, junto con lo poco que habia dormido en las tres ó cuatro últimas jornadas, me hacian sentir que no tendria demasiado con lo restante de dia y de noche para reponerme enteramente: en cuanto á Francesco toda ciudad era Capua para él.

Al dia siguiente recibí una carta de Mr. de Chateaubriand, remitida desde la víspera, pero que no me la habian dado por miedo de despertarme; era una invitacion para ir á almorzar á las diez: eran ya las nueve, y no habia tiempo que perder; salté de la cama y me vestí.

Hacia mucho tiempo que deseaba yo ver á Mr. de Chateaubriand; mi admiracion hácia él

(1) *Regina montium.*
(2) *Mons Pilatus.*

era como la religion de un niño; era el hombre cuyo genio habia sido el primero en separarse del camino trillado para abrir á nuestra jóven literatura la senda que despues ha seguido: él solo habia suscitado contra sí mas odios que todo el cenáculo entero: era la roca, azotada durante cincuenta años por las olas de la envidia, removidas aun contra nosotros; era la lima en que se habian desgastado los dientes cuyos restos habian procurado mordernos.

Asi, cuando puse el pie en el primer tramo de la escalera, estuvo á punto de faltarme el aliento.

Enteramente desconocido pareciame que no hubiera pesado tanto sobre mí aquella inmensa superioridad, pues dejaba de existir el punto de comparacion para medir nuestras dos alturas, y no tenia el recurso de decir como Strombole al monte Rosa:

«Yo no soy mas que una colina, pero encierro un volcan.»

Al llegar á la puerta me detuve: el corazon me palpitaba con violencia, y habria vacilado menos creo, en llamar á la puerta de un cónclave. Tal vez en aquel momento Mr. de Chateaubriand creia que yo le hacia aguardar por impolítica, mientras no me atrevia á entrar por veneracion. En fin, oí que subia el mozo, no podia permanecer mas tiempo á la puerta, llamé y salió á abrirme el mismo Mr. Chateaubriand.

Ciertamente debió formar una opinion muy singular de mis modales, si no atribuyó mi cortedad á su verdadera causa; pues yo tartamudeaba como un señorito de provincia, sin saber si debia pasar delante ó detrás de él, y creo que, como Mr. Parceval ante Napoleon, si me hubiese preguntado mi nombre, no hubiera acertado á responderle. El seguramente se hizo cargo de mi agitacion, y procuró tranquilizarme alargándome la mano.

Mientras el almuerzo, hablamos de la Francia: tocó sucesivamente las cuestiones políticas que se agitaban en aquella época desde la tribuna hasta el club; y todo con esa brillantez del hombre de genio que profundiza las cosas y los hombres, que estima en su verdadero valor las convicciones y los intereses, y que no se hace ilusion sobre nada. Me convencí completamente de que Mr. de Chateaubriand juzgaba desde entonces como perdido el partido á que pertenecia, que cifraba toda su esperanza en el republicanismo social, y continuaba adicto á su causa mas porque se hallaba desgraciada que por que juzgase que era la mejor. Esto es propio de todas las almas grandes; necesitan consagrarse á alguna cosa; cuando no es á las mugeres, es á los reyes, cuando no á los reyes, es á Dios.

No pude menos de llamar la atencion de Mr. de Chateaubriand, sobre que sus teorías realistas por la forma, eran republicanas en el fondo.

—¿Os asombrais de eso? me dijo sonriéndose.—Confeséle que si.

—Yo lo creo, eso me asombra á mí mas aun, continuó; pues he rodado sin querer como un peñasco que arrebata el torrente, y ahora me encuentro mas próximo á vos que á mí!.... ¿Habeis visto el leon de Lucerna?

—Todavia no.

—Iremos á visitarle, es el principal monumento de la ciudad: ¿ya sabeis el motivo porque se erigió?

—En triste conmemoracion del 10 de agosto.

—Si.

—¿Y qué tal cosa es? ¿merece la pena de verlo?

—Es muy bueno, es un hermoso recuerdo.

—Es un dolor que la sangre vertida en defensa de la monarquía fuese comprada á una república, y que la muerte de la guardia suiza no fuese mas que el pago exacto de una letra de cambio.

—Nada tiene de estraño eso en una época en que tantas personas dejaban protestar sus pagarés.

Ya se vé que aqui diferiamos en ideas, y tal es la desgracia de las opiniones, resultado de principios opuestos; siempre que la necesidad los aproxima, se entienden sobre las teorías, pero se separan en la práctica, y en el terreno de los hechos.

Llegamos en frente del monumento situado á corta distancia de la ciudad en el jardin del general Ptuller. Es un peñasco cortado á pico, cuya base está bañada por un estanque redondo: en aquel se ha cavado una gruta de cuarenta y cuatro pies de longitud sobre cuarenta y ocho de elevacion, y en ella un jóven escultor de Constanza, llamado Ahorn, ha construído sobre un modelo de yeso de Thorwalden, un leon colosal herido de una lanza, cuya astilla se ha quedado en la herida, y que espira cubriendo su cuerpo con el escudo de las flores de lis que ya no puede defender. Encima de la gruta se leen estas palabras:

HELVETIORUM FIDEI AC VIRTUTI:

y debajo de ella los nombres de los oficiales y soldados que perecieron el 10 de agosto; los primeros en número de veinte y seis, y los segundos de setecientos sesenta. Este monumento tenia mayor interés por la nueva revolucion que acababa de verificarse, y por la nueva fidelidad que habian desplegado los suizos. Sin embargo, ¡cosa rara! el inválido que cuida del leon nos habló mucho del 10 de agosto: pero no nos dijo ni una palabra del 29 de julio; habiase olvidado ya la mas reciente de las dos catástrofes, y la cosa era sencilla: en 1830 no habia arrojado mas que al rey, y en 1790 habia arrojado el trono.

Enseñé á Mr. de Chateaubriand los nombres de aquellos que habian hecho tanto honor á su fama, y preguntéle cuáles serian

si se elevára en Francia un monumento semejante, los nombres de los nobles que se podrian inscribir en la losa funeraria de la monarquía para formar juego con aquellos nombres populares.

—Ni uno, me respondió.

—¿Comprendeis eso?

—Perfectamente, los muertos no se hacen matar.

La historia de la revolucion de julio estaba toda entera en estas palabras: la nobleza es el verdadero escudo de la monarquía; mientras que este se ha llevado en el brazo ha rechazado la guerra estrangera y sofocado á la civil, pero desde el dia en que su cólera lo ha roto imprudentemente se ha hallado sin defensa. Luis XI habia dado muerte á los grandes vasallos. Luis XIII á los grandes señores, y Luis XVI á los aristócratas, de suerte que cuando Cárlos X llamó en su auxilio á los de Armagnacs, Montmorencys y Lauzuns, su voz no evocó mas que sombras y fantasmas.

—Ahora, me dijo Mr. de Chateaubriand, si habeis visto todo lo que queríais ver: vamos á dar de comer á mis gallinetas.

—Ahora me recordais una cosa, es que cuando me he presentado ayer en vuestra posada, me dijo un mozo que habiais salido para dedicaros á esa campestre ocupacion. ¿Vuestro proyecto de retiro llegará hasta el estremo de hacerse labriego?

—¿Por qué no? un hombre cuya vida hubiese sido agitada como la mia por el capricho, la poesía, las revoluciones y el destierro sobre las cuatro partes del mundo, seria muy feliz, no con poseer una casita en las montañas, pues no me gustan los Alpes, sino con una dehesa en Normandía, ó una alquería en Bretaña. Creo decididamente que tal es mi vocacion en los dias de mi ancianidad.

—Permitidme que no lo crea. Recordad á Cárlos V en Yuste; no sois de esos emperadores que abdican ó de esos reyes á quienes se destrona; sois de esos príncipes que mueren bajo un dosel, que se entierran como Carlo-Magno, con los pies sobre su escudo, la espada al costado, la corona en la cabeza, y el cetro en la mano.

—Estad alerta, hace mucho tiempo que no me han adulado, y seria capaz de caer en el lazo. Vamos á dar de comer á mis gallinetas.

Por mi honor que hubiera querido caer de rodillas delante de aquel hombre que tan grande y tan sencillo encontraba.

Pasamos por el puente de la Córte que conduce á la parte de la ciudad que está separada por un brazo del lago; es el puente cubierto mas largo de la Suiza despues del de Rapperchwyll, tiene mil trescientos ochenta pies, y está adornado con doscientos treinta y ocho pasos sacados del Antiguo y del Nuevo testamento.

Nos paramos á los dos tercios casi de su estension, y á corta distancia de un sitio cubierto de cañaverales. Mr. de Chateaubriand sacó de su bolsillo un pedazo de pan que se habia guardado del almuerzo, y comenzó á hacerlo migas en el lago: al momento salieron de la especie de isla que formaban los cañaverales inmediatamente una docena de gallinas de agua y vinieron presurosas á disputarse la comida que les preparaba á aquella hora la mano que habia escrito *el Genio del Cristianismo*, *los Mártires* y *el último de los Abencerrajes*. Miré largo tiempo sin decir nada, el singular espectáculo de aquel hombre echado sobre el parapeto del puente, con los labios contraidos por una sonrisa, pero los ojos tristes y graves. Poco á poco su ocupacion se convirtió enteramente en maquinal, su rostro tomó una espresion de profunda melancolía, sus pensamientos pasaron sobre su ancha frente como nubes por el cielo, habia entre ellos recuerdos de patria, de familia, de tiernas amistades, mas sombríos que los otros. Adiviné que aquel era el momento que se habia reservado para pensar en la Francia.

Respeté aquella meditacion todo el tiempo que duró. Al fin hizo un movimiento y exhaló un suspiro. Me aproxime á él, se acordó de que me hallaba allí, y me alargó la mano.

—Pero si os apesadumbra tanto el no estar en Paris, le dije yo, ¿por qué no volveis á él? ¡Nada os destierra de allí, todo os llama!

—¿Qué quereis que haga yo allí? me dijo. Hallábame en Cotterets cuando sucedió la revolucion de julio: volví á Paris, ví un trono en la sangre, y otro en el lodo; abogados componiendo una carta, y un rey dando apretones de manos á los traperos. Era para morirse de tristeza, sobre todo cuando está uno lleno de las grandes tradiciones de la monarquía, por eso me fugué.

—Por algunas palabras que se os han escapado esta mañana, habia yo creido que reconociais la soberanía popular.

—Si, sin duda, bueno es que de tiempo en tiempo la monarquía se empape en su orígen que es la eleccion; pero esta vez ha saltado una rama del árbol, un eslabon de la cadena, era necesario elegir á Enrique V, y no á Luis Felipe.

—Deseais una cosa muy triste para ese pobre niño, respondí yo; los reyes del nombre de Enrique son desgraciados en Francia; Enrique I fué envenenado, Enrique II muerto en un torneo, Enrique III y Enrique IV fueron asesinados.

—Pues bien, vale mas en todo esto morir por el puñal que en el destierro: es mas pronto y se padece menos.

—¿Pero vos, no volvereis á Francia? Veamos.

—Si la duquesa de Berri despues de haber hecho la locura de presentarse en la Vendeé, hace la tontería de dejarse prender, volveré á Paris para defenderla ante sus jueces, ya que mis consejos no han podido impedir que fuese allí.

—¿Y si no?

-Si no, continuó Mr. de Chateaubriand, desmigando otro pedazo de pan, continuaré en dar de comer á mis gallinetas.

Dos horas despues de esta conversacion me alejaba de Lucerna en una barca conducida por dos remeros: habia visto todo lo que queria ver de la ciudad, y ademas llevaba un recuerdo que no contaba hallar alli, el de una entrevista con Mr. de Chateaubriand; habia estado al lado todo un dia del gigante literario de nuestra época, con el hombre cuyo nombre resuena tan alto como el de Goethe y Walter-Scot. Habíale yo medido como aquellas montañas de los Alpes que se elevaban brillantes con su blancura ante mis ojos, habia subido á su cumbre, habia bajado al fondo de sus abismos, habia dado la vuelta á su base de granito, y le habia encontrado mas grande todavia de cerca que de lejos, en la realidad que en la imaginacion, en la palabra que en las obras. Desde aquel tiempo la impresion que habia recibido no ha hecho mas que acrecentarse, y nunca mas hetratado de volver á ver á Mr. de Chateaubriand por miedo de no encontrarle tal como le habia visto, y que este cambio no causase detrimento al culto que le habia consagrado. En cuanto á él es probable que ha olvidado no solo los detalles de mi visita, si no aun la visita misma, y esto es muy sencillo: yo era el peregrino y él era el dios.

—

EL RIGHI.

A las cuatro llegamos á Wegghis, sitio elegido por mis barqueros, despues de una madura deliberacion para comenzar mi ascension á la montaña mas famosa de la Suiza, por el magnífico panorama que se descubre desde su cima.

Hallábase ya muy adelantado el dia, y asi no nos paramos en la posada mas que el tiempo para buscar un guia. Desgraciadamente habiamos llegado tarde. Como prometia hacer un tiempo magnífico al dia siguiente, habia habido abundancia de viageros, lo que habia producido escasez de guias, tanto que el último habia salido hacia una hora con un inglés. Aconsejónos el posadero que fuéramos á alcanzar al *gentleman* prometiéndonos que si éramos buenos andarines lo conseguiriamos á la mitad del camino de la subida, lo que nos permitiria aprovecharnos para la última parte de la montaña, que es la mas dificultosa, de la compañia de su cicerone.

Nos aprovechamos del consejo, y nos pusimos en camino inmediatamente. El camino que sale de la misma puerta de la posada, estaba visiblemente trazado para que temiéramos perdernos. A doscientos pasos de la casa se internaba en un hermoso bosque de nogales y de encinas, que nos acompañaron asi por espacio de una media legua, despues entramos en un terreno árido y de color de orin, devastado asi por la erupcion de 1795.

Esta singular erupcion, cuya causa se ha tratado por mucho tiempo de averiguar, y cuya solucion se ha encontrado en nuestros dias, amenazó un instante á los habitantes de Wegghis con la misma calamidad que á los de Herculano, con la diferencia de que, en lugar de ser tragados por las lavas estuvieron á pique de serlo por el lodo. El 16 de julio de 1795 al amanecer, los habitantes de Wegghis, que toda la noche habian estado de pie alarmados por ruidos cuya causa ignoraban, vieron abrirse grietas trasversales á un tercio de la altura de la montaña, en el punto en que las capas de piedra del Rossberg, desconchadas por el valle de Goldau, van á apoyarse en las capas calcáreas del Righi. De estas grietas brotó una corriente de fango de color ferruginoso, que se estendió cual una ancha sábana de un cuarto de legua de anchura y de diez á veinte pies de alto, siguiendo las desigualdades del terreno, y adelantándose con bastante lentitud para dar tiempo á los habitantes de salvar lo que tenian de mas precioso. Este lodo enteramente parecido á la lava, escepto que su fusion no era producida por el calor, se amontonaba sobre los objetos que le oponian un obstaculo y saltaba por encima de ellos, cuando no los arrastraba por delante. La erupcion duró asi siete dias, y por todas partes donde pasó, la fresca verdura del Righi desapareció bajo un tinte ferruginoso, que visto desde el lago, forma aun una costra inmensa á los lados de la montaña. Ademas, la industria de los habitantes ha reconquistado ya á la vegetacion una parte de este desierto, y concluirá por recuperarlo enteramente; entonces, cual los pescadores de Torre del Greco y de Resina, dormirán de nuevo acostados en la base de un volcan tan peligroso como el de Nápoles, porque el fenómeno, del que estuvieron á punto de haber sido víctimas á fines del siglo pasado, lo causa la filtracion de las aguas que penetran desde la cumbre del Righi en el interior de la montaña, encuentran una capa de tierra situada entre dos capas de roca, y le quitan su consistencia, de modo que, cediendo á la presion de la mas superior, esta tierra desleida pasa al estado de lodo. Estos síntomas son tanto mas alarmantes cuanto que son los que anunciaron la caida del Rossberg, y que aquella vez no seria ya una capa de la montaña la que se precipitaria en el valle, sino la montaña entera resbalaria sobre su base, cual un buque sobre el declive en que se le ha cons-

truido en el astillero, y que cegando el lago de Lucerna, inundaria todas las comarcas de al rededor.

Acabábamos de pasar aquella llanura desolada y nos acercábamos á la pequeña ermita de Santa Cruz, que forma la mitad del camino, cuando vimos venir hácia nosotros muy veloz y dando zancadas tan exactamente como pudiera hacerlo un compás que anduviese, á un jóven que fácilmente conocimos ser nuestro inglés. Le seguia su guia, haciéndole medio en aleman, medio en francés, todas las observaciones que creia propias para hacerle desandar el camino para continuar su ascension interrumpida; pero él, sordo é impasible, continuaba bajando aumentando la rapidez á medida que bajaba, de modo qua era de temer que antes de quinientos pasos echase á correr. Al primer golpe vimos que el temor de perder su jornal inspiraba al guia sus oficiosas y apremiantes instancias, de modo que le pregunté si queria abandonar la fortuna del inglés y agregarse á la nuestra. La proposicion fué aceptada en el instante mismo. Paróse y dejó á su viagero acabar su camino. Este, sin inquietarse por el abandono de su guia, continuó bajando la montaña en la misma progresion, lo que nos dió esperanzas de que al paso que iba, se hallaria en Wegghis antes de media hora.

Preguntamos al guia si sabia qué género de asunto llamaba con tanta urgencia á su judio errante hácia el lago; pero nos dijo que por fuerza debia padecer de aquella enfermedad porque le habia acometido súbitamente, habiéndole costado mucho trabajo el decidirle á que subiera al Righi, y para decidirle habia tenido necesidad de prometerle que allí probablemente se encontraria solo. Entonces, y bajo esta promesa habia tomado su partido y puesto en marcha, preguntando de quinientos en quinientos pasos si habia llegado: al responderle que no, volvió á ponerse en camino con una resignacion de cuákero, al oir la respuesta negativa; en fin, á la mitad del camino habia creido que una porcion de gentes le precedia. Esta noticia al parecer le causó estupor, quedóse un instante inmóvil y encendido, despues, de repente, dando media vuelta se habia puesto en camino para Wegghis. En vano el guia le habia dicho que ya que estaba á la mitad del camino le era mas corto el continuar subiendo. El inglés habia pensado sin duda entre sí, que al dia siguiente tendria que bajar, y esta enfadosa conviccion le habia inspirado la resolucion desesperada de que sin nosotros hubiera sido víctima su guia.

El episodio mas curioso de la subida del Righi es un camino formado por cuatro trozos de roca, que es imposible adivinar cómo se han colocado derechos los unos sobre los otros, de modo que forman un arco.

Es evidente que la mano de los hombres no ha entrado por nada en este caprichoso incidente de la naturaleza. Mi guia, segun la costumbre de los aldeanos suizos, no dejó de atribuirla al eterno enemigo del género humano; pero por mas que le pregunté, no sabia con qué objeto habia tenido el diablo aquel capricho.

Desde aquel momento caminamos por llano, viendo bajarse las montañas vecinas y desplegarse el panorama á medida que nos elevábamos: sin embargo, la noche comenzaba á amontonarse en las profundidades, mientras todos los picos se hallaban todavia iluminados con una viva luz; por lo demas el sol parecia bajar visiblemente, y la sombra subia como una marea. Muy pronto no hubo ya mas que las cimas de las montañas que parecian formar islas en aquel mar de tinieblas; despues se sumergieron á su vez las unas tras de las otras. Muy pronto nos alcanzó á nosotros tambien el diluvio. Durante algun tiempo vimos todavia resplandecer la cabeza del Pilato, mil cuatrocientos ó mil quinientos pies mas elevado que el Righi.

Por fin, el resplandor de aquel último farol, se apagó, y cuando llegábamos al Staflel los Alpes enteros estaban sumergidos en la oscuridad. Habiamos gastado dos horas y cuarto en hacer la subida.

Al poner el pie en la posada, creimos entrar en la torre de Babel, veinte y siete viageros de once naciones diferentes nos habiamos reunido para ver desde el Righi la salida del sol; entretanto estaban muertos de hambre ó poco menos; el posadero no esperaba tanta gente, no habia hecho provision de víveres bastante. Así la sociedad me hizo una recepcion fria, pues era una boca mas que venia á caer enmedio de una guarnicion hambrienta. Cada cual votaba y juraba en su lengua, lo que hacia el mas abominable concierto que jamás habia oido.

Desde que supe de lo que se trataba, calculé que seria valiente y magnánimo en mí el vengarme de la acogida que me habia hecho la sociedad dándole una prueba de filantropía; en su consecuencia saqué de mi morral de caza un soberbio ánade que yo habia matado al doblar la punta de Niederdos antes de llegar á Wegghis; no era una gran cosa, pero en fin, en tiempo de escasez, todo es precioso. Pensé entonces que el inglés habia tenido alguna revelacion del hambre que reinaba en las altas regiones, y que por eso habia dado tan precipitadamente la vuelta al valle.

En aquel momento oimos á unos cincuenta pasos de la posada el sonido de una trompa de los Alpes, era una galantería de nuestro huésped, que á falta de otra cosa, nos obsequiaba con una serenata.

Salimos para escuchar aquel famoso *Van de las Vacas*, que cuentan da al suizo el mal de la patria: para nosotros estrangeros, no era mas que una especie de melodía bastante monótona, que á mí en particular me sugirió

una idea enteramente formidable, la de que si habia algun viagero perdido en la montaña, los sonidos de la trompa le indicarian su camino. Comuniqué esta reflexion al que tenia mas inmediato á mí; era un inglés grueso que en tiempo ordinario debia tener aire bastante jovial, pero que en las circunstancias en que nos hallábamos, presentaba todas las apariencias de una profunda melancolia. Reflexionó un instante, despues le pareció que mis temores eran fundados, porque se separó de la sociedad, fué á arrancar la trompa de las manos del pastor que la tocaba, y se la bajó al posadero diciéndole:

—Amigo, guardad este instrumento para que vuestro mozo no alborote mas con él.

—Pero, milord, esto es costumbre, la música es grata á los viageros.

—En los tiempos de abundancia, será posible: pero nunca en tiempos de escasez;—y volviéndose á mí añadió: Estad tranquilo, ya le he hecho guardar su trompa de caza.

—A fé mia, milord, que creo que ya es tarde, pues si no me engaño descubro allá á lo lejos una especie de sombra que me parece otro recien llegado.

—¡Oh! esclamó el inglés. ¿Creeis eso?

—¡Toma! miradlo.

En efecto, á los primeros rayos de la luna vimos adelantarse á un jóven bastante desembarazado que se dirigia de propósito hácia nosotros, haciendo dar vueltas sobre su dedo índice á su palo de camino. A medida que adelantaba, iba yo descubriendo en él el verdadero tipo de comisionista viagero parisiense. Tenia un sombrero gris puesto bastante sobre las orejas, patillas y barba, corbata á la colin, gaban de terciopelo, y un pantalon á lo cosaco; esto, como se vé, es el trage de rigor. Al llegar á nosotros, acaso para probar su ciencia adquirida en el servicio de la milicia nacional, y su vocacion natural por los primeros papeles de la opera cómica, se detuvo á diez pasos de nosotros, tomó su palo á guisa de fusil, y comenzó á mandar y obedecer al mistiempo.

—¡Al hombro! ¡presenten! *salutem omnibus*. Buenos dias á todo el mundo; ¿y qué hay de nuevo?

—Lo que hay, mi querido compatriota, contesté yo, es que si llegais con el secreto de la multiplicacion de los panes y de los peces, habreis hecho bien en quedaros en Wegghis.

—¡Bah, bah! cuando hay para tres hay para cuatro.

—Si, pero cuando hay para cuatro, no hay para veinte y ocho.

—Tanto peor, á fé mia; en la guerra como en la guerra; una vez en Lucerna no he querido irme sin ver el Righi; únicamente como no habia guia en el pueblo, he venido enteramente solo. Ya me conocen los montes, como que soy de Montmartre; sin embargo, como es de noche, creo que me habria perdido á no oir el sonido de la trompeta vuestra.—¿Sois vos, buen señor, el que soplábais en la máquina? continuó dirigiéndose al inglés.

—No, señor, no, no ser yo.

—Perdonad, milord, es que teneis traza de tener escelente respiracion.

—Es posible, pero no soy aficionado á la música.

—Haceis mal, porque la música dulcifica las costumbres.—¡Hola! ¡ah de casa! ¿qué tenemos para cenar? ¡hola! ¡hola! y se entró en la posada.

—¡Qué alegre es ese amigo vuestro! me dijo un aleman que no habia hablado todavía.

—Perdonad, pero este jóven no solo no es mi amigo, sino que ni aun le conozco: es un compatriota y nada mas.

—Decid, ¿qué manera es esta de ayudarme á buscar? interrumpió el recien llegado saliendo á la puerta con la boca llena mordiendo una tostada con manteca.

—No repareis en esto, milord, añadió volviéndose al inglés, lo que yo cómo no perjudica á nadie, es una tostada que he hallado en la alacena, y que el ladron del posadero reservaba para su cara mitad; felizmente que yo he ido á dar un vistazo por la cocina.

—¡Y bien! y ¿qué noticias traeis? le dije.

—Tenemos lo preciso para no morir de hambre (el inglés dió un suspiro).

—Parece que milord tiene buen apetito.

—¡Un hambre del diablo!

—Entonces, dijo el comisionista viagero, pido á la sociedad el permiso de hacer partes para que haya comida para todos; yo en estas circunstancias sé repartir un huevo pasado por agua entre cuatro.

—Estos señores y señoras ya tienen la comida lista, gritó el posadero.

El posadero habia echado el pecho al agua. La sopa no habia llegado á adquirir proporcion con los convidados para que hubiese para todos, y la carne se perdia en un bosque de peregil: sin embargo, el comisionista, que en calidad de trinchador se habia sentado enmedio de la mesa, supo dividir con tanta habilidad, que todos tuvimos bastante para ver que no valian un bledo la sopa y la carne.

Luego nos presentaron el asado con cuatro platos. El primero se componia de huevos en tortilla, el segundo de huevos duros, el tercero de huevos estrellados, y el cuarto de huevos revueltos. El asado consistia en veinte pajaritos y mi ánade. Este fué dividido en ocho pedazos por el comisionista, que equivalian á otros ocho pajaritos, y pasando el plato al inglés nos dijo: Señores y señoras, cada uno que tome un pajarito ó un pedazo de ánade, á su eleccion; el pan á discrecion. El inglés tomó dos pajaritos.

—Decid, *señor milord*, dijo el comisionista, si todo el mundo hace como vos, no habrá

mas que para la mitad de la mesa. El inglés hizo como que no comprendia.—¡Bravo! ¿con que no entiendes el francés? dijo el comisionista haciendo una bolita de miga de pan del tamaño de una avellana, y colocándola entre el pulgar y el índice, como los chicos que juegan á las bolas.—Aguarda, voy á hablarte en tu lengua.—¡Goddem! sois un buitre;—y disparó la bolita de pan, que fué á pegar derechita en las narices del milord.

El inglés alargó la mano, cogió una botella, como para servirse de beber, se la tiró á la cabeza al comisionista, que aguardándose ya aquella respnesta, la cogió al aire como hace un escamoteador con una naranja.

—Gracias, milord, le dijo: en este instante tengo mas hambre que sed, y mas hubiera querido que me hubiéseis enviado vuestro pajarito que vuestra botella: sin embargo, no quiero negarme al brindis que me ofreceis.—Y vertió algunas gotas de vino en su vaso ya lleno.

—Brindo por el placer de encontraros en otro parage donde no seamos mas que cuatro en vez de veinte y ocho, y donde en lugar de botellas de vino, podamos enviarnos balas de plomo á la cabeza.

—Con la mayor satisfaccion, respondió el inglés, levantando el vaso y apurándolo hasta la última gota.

—Vamos, señores, vamos, dijo entonces uno de los comensales, basta de esto, que hay señoras delante.

—¡Toma! dijo el comisionista: ¡tenemos otro compatriota!

—Os equivocais, señor mio, no tengo ese honor, soy polaco.

¡Bueno! el ser polonés,
Lo mismo es que ser francés.

—¿Quién quiere tortilla? Y el comisionista viagero se puso á dividir la tortilla en veinte y ocho partes, con el mismo desembarazo que si nada hubiese pasado.

Hay una cosa muy notable; todos los pueblos tienen desafio; pero en ninguno se propone y acepta tan ligeramente como en Francia, ni se sale al campo con mas indolencia. Coger la espada ó la pistola es un asunto serio para todos; pero para un parisiense es motivo de broma. Veis dos hombres que se pasean por el bosque de Vincennes, á cincuenta pasos uno de otro; el uno tararea un ária de la *Cenerentola*; el otro hace apuntaciones en un librito de memorias. Creeis que el primero es algun amante que espera alguna cita, y el segundo un poeta que busca consonantes; pues no: aquellos dos señores aguardan á que decidan sus amigos si se han de dar de estocadas, ó si se levantarán la tapa de los sesos. En cuanto al modo no les concierne á ellos; este es negocio de los testigos. En esto no hay acaso un gran valor; pero á lo menos hay un gran desprecio de la vida.

Es que tambien hace cincuenta años que todos hemos visto la muerte tan de cerca y con tal frecuencia, que nos hemos acostumbrado á ella: nuestros abuelos la han desafiado sobre los cadalsos, nuestros padres en los campos de batalla, y nosotros en las calles: puede decirse que las tres generaciones han ido delante de la muerte cantando. Esto depende de que hace un siglo hemos tocado el fondo de todas las cuestiones sociales y religiosas. Nosotros nos hemos hecho tan escépticos en política, que ya no hay medio de creer en la conciencia; somos tan sábios en anatomía que no hay medio de esperar en el alma. De aqui resulta que no teniendo la vida creencia, ni la muerte terror, lejos de ser un castigo la muerte, se convierte á veces en una libertad.

Pero no nos hallábamos aqui en este caso, y nos hemos dejado arrastrar de generalidades fuera de toda situacion individual. Mr. Alcides Jollivet, este es el nombre de nuestro comisionista viagero, tal vez no habia examinado jamás la vida por este desengañado aspecto. Lejos de eso, parecia que la Providencia le habia concedido una existencia de algodon y seda, y cual si temiera verla terminar de una manera imprevista, queria aprovechar los instantes que le quedaban, y su alegria y jovialidad se habian aumentado de una manera sensible despues de la disputa. En cuanto al inglés, al contrario, se habia puesto mas sombrío, y su mal humor se mostraba especialmente contra el plato de huevos revueltos que tenia delante, que casi completamente habia devorado. Ademas, cuando nos sirvieron los postres, que magestuosamente se componian de ocho platos de nueces y tres de queso, se convenció de que ya no habia que aguardar otra cosa mas, se levantó de la mesa y desapareció.

Diez minutos despues entró el posadero á decirnos que no habia camas mas que para las señoras; pero el inglés traidoramente se habia escurrido en la primera cama que halló, de manera que fué forzoso que dos señoras durmiesen juntas. Jollivet propuso que echásemos un cántaro de agua fria en la cama del inglés; pero la muger del aleman y su hija le detuvieron, diciéndole que ellas tenian la costumbre de dormir en una misma cama.

Asi que las señoras se hubieron retirado vino á mi el comisionista viagero diciéndome.

—Cuento con vos, por que ya debeis calcular que esto no es cosa concluida.

—¡Bah! respondi yo, es preciso esperar que esto no tendrá consecuencia.

—¡Qué consecuencias! aunque no fuese más que por amor propio nacional. ¡Oh! no sabeis cuanto detesto yo á los *goddem*. Ellos han hecho morir á nuestro emperador, Asi jamas he querido yo viajar por Inglaterra por cuenta de casa alguna.

—¿Y esto, por qué?

—Porque hay demasiados ingleses.

Era escusa á la que no habia nada que replicar.

—Fuesen polacos, en hora buena, continuó: esta es una nacion de valientes. ¿En dónde estará el nuestro?

—Acaba de salir.

—No tienen mas que una falta, que ya puede decirse ahora que no nos oye, y es que todos tienen unos nombres que necesita uno romperse la cabeza para pronunciarlo, de modo que uno se halla embarazadísimo cuando habla con ellos.

—Estar errado vos, contestó el aleman que nos escuchaba, no haber cosa mas fácil en el mundo: dais un estornudo, y añadis luego *ki*, y nada mas.

En aquel momento entró el polaco, que habia ido á buscar su capa.

—Señor, le dijo Jollivet, ¿seria una indiscrecion en mí el rogaros que seais mi padrino en caso de tener un desafio?

—Perdonad, amigo mio, contestó con altivez, pero no suelo mezclarme en cuestiones de taberna. Y se fué á tender su capa en el suelo y acostóse encima.

—¡Vaya! que es político el hijo del Vístula, dijo Jollivet; ¡y yo que habia hecho ya quince leguas para volar al socorro de la Polonia cuando supe que ya habian tomado á Varsovia! Me servirá de leccion.

—Yo estar de buena gana de testigo vuestro, dijo el aleman; milor hacer mal por que por él me he quedado sin pajarito.

—¡Bravo, cabeza de hierro! esclamó Jollivet: ¿quereis que pasemos la noche bebiendo ponche? Yo lo hago un poco cargado.

—¡Ben! ¡ben! esto me gusta, respondió el aleman.

—¿Y vos? me dijo Jollivet,

—¡Gracias! mas me estimo el dormir, respondí.

—Libertad, libertad, yo me voy á la cocina.

—Pues yo me acuesto.

—Buenas noches.

Estendí mi capa en el suelo, despues me eché sobre ella; por mucho que necesitase dormir no lo hice tan pronto que no viese volver al comisionista con una cacerola llena de ponche cuyas azuladas llamas iluminaban su alegre rostro.

A la mañana siguiente nos despertó la trompa de los Alpes; levantámonos, y como no teniamos que hacer tocador, en seguida estuvimos listos para irnos al Righi-Culm, un cuarto de hora antes de amanecer.

Cuando llegamos á la cima mas elevada, todos los Alpes se hallaban aun sumidos en la noche, pero aquella noche de una maravillosa pureza nos ofrecia una espléndida salida del sol. En efecto, despues de algunos minutos dejó verse hácia Oriente una línea purpurina, y al mismo tiempo se comenzó á descubrir al Mediodía la gran cordillera de los Alpes como un recorte de plata sobre un cielo azul y estrellado, mientras á Norte y Poniente se perdia la vista en la niebla que se alzaba de las praderas de la Suiza. Sin embargo, aunque el sol no apareció todavía, las tinieblas se disipaban poco á poco, la línea purpurina del Oriente se encendia mas y mas, las nieves de la gran cadena de los Alpes resplandecian, y la niebla, evaporándose por todas partes donde no habia agua, se estacionaba sobre los lagos y acompañaba el tortuoso curso del Reuss, que se retuerce por las praderas como una inmensa serpiente.

En fin, despues de diez minutos de crepúsculo, durante los cuales luchó la noche con el dia, el Oriente pareció arrastrar olas de oro, los grandes Alpes se cubrieron de un tinte anaranjado, y mientras que á sus pies una segunda cadena mas baja, que los rayos del sol no habian podido alcanzar, destacaba sobre la primera su perfil de un azul oscuro, la niebla se rasgó en anchos copos, que arrastró el viento Norte dejando ver los lagos como inmensos cauces de leche. Entonces fué solamente cuando salió el sol de detrás de la nevera del Glarner, bastante pálido al principio para que se pudiese fijar en él la vista, pero casi en seguida, y como un rey que reconquista su imperio, volvió á tomar su manto de llamas y lo sacudió sobre el mundo, que se animó con su vida, se iluminó con su resplandor.

Hay descripciones qne la pluma no puede trasmitir, hay cuadros que el pincel no puede hacer, es preciso apelar á los que lo han visto y contentarse con decir que no hay espectáculo mas magnífico en el mundo como la salida del sol sobre aquel panorama en cuyo centro se encuentra uno, no siendo necesario mas que dar una vuelta sobre el talon para abarcar de una ojeada tres cadenas de montañas, catorce lagos, diez y siete ciudades, cuarenta pueblos, y setenta neveras sembradas sobre siete leguas de circunferencia.

—Me es igual, me dijo dándome Jollivet un golpe en la espalda: hubiera sido un diablo el ser muerto, y sobre todo por un inglés, antes de haber visto lo que acabamos de ver.

Sobre las siete nos pusimos en camino para volver á Lucerna.

ALCIDES JOLLIVET.

Eran las cuatro de la tarde casi, y disponia yo lo necesario para que á la mañana siguiente tuviese un barco que me llevase á

Stamtadt, cuando entró en mi cuarto mi nuevo amigo Jollivet.

—Poco á poco, me dijo. No os marchareis asi: sabeis que tengo que ajustar unas cuentas con mi *goddem*.

—¡Bah! ¡bah! le dije, creia que ya habiais olvidado aquella ridícula cuestion.

—¡Gracias! ¿Con que os tiran una botella á la cabeza sin decir allá va eso, y lo dejareis asi? Entonces no conoceis á Alcides Jollivet.

—Veamos, sentaos y hablemos.

—Con mucho gusto; pero si yo os hiciese subir una copita de kirsch.....

—Lo tengo yo muy bueno; aguardad un poco.

—No, no os incomodeis que ya lo veo.... ¿y vasos?.... Tambien tenemos vasos: ahora predicad, que yo ya os escucho.

—Y bien, querido compatricio, ¿creeis que el insulto que habeis hecho ó recibido es bastante sério para matar á un hombre ó para que un hombre os mate? ¡Veamos!

—Escuchad, dijo Jollivet paladeando su copita, yo soy un buen muchacho, (es famoso el kirsch que teneis), yo no soy capaz de afligir ni á un niño, yo no soy quimerista porque no sé batirme, ¿dónde lo habeis comprado?

—Aqui mismo.

—¿En el Caballo Blanco?

—Si.

—¡Ah! el tio Franc no me ha dado nunca de esta clase: me quejaré á Catalina. Convengo en que si la disputa hubiese sido con un francés, la cosa pasaria de otro modo; porque entre compatriotas nadie debe meterse, y las cosas se hablan y arreglan; pero con un inglés.... ¡Ya veis! ademas yo no puedo sufrir á esos ingleses, hicieron morir á mi emperador. ¡Con un inglés! ya es otra cosa, tanto mas que alli habia alemanes, rusos, polacos, del Africa y la América, ¿qué sé yo? ¡y luego se diria en las cuatro partes del mundo que los franceses han quedado debajo! ¡Oh! ¡eso no, no será! En Francia bueno que retroceda un francés ante otro francés, nada hay que decir; ¡pero en el estrangero!.... cada uno de nosotros representa la Francia; si lo que me ha sucedido á mi os hubiera sucedido á vos, os batiríais, y si no, me batiria yo en vuestro lugar. Mirad, en Milan, el año pasado, un viagero comisionista de París, de la calle de San Martin, se quedó sin dinero, se lo prestó un italiano dándole recibo, y al cumplir el plazo no le pagó: al dia siguiente llegué yo á la ciudad: se hablaba de esto entre los comerciantes, y se murmuraba de los franceses. Alto allá, dije yo, es un amigo mio que me ha encargado de pagar, yo me he retardado dos dias, y mia es, no suya la culpa, me he detenido en Turin para divertirme, y he hecho mal, son quinientos francos, ahi van, poned vuestro recibo y dadme su pagaré.

—¿Y vuestro amigo os los ha reembolsado despues?

—¡Mi amigo! yo no le conocia; solamente él era de la calle de San Martin y yo de la de San Dionisio. El viajaba por negocios de vino, yo por sedería; son quinientos francos menos en mi bolsillo, pero quedó sin mancha el nombre francés.

—Sois un escelente jóven, le dije apretándole la mano.

—Si, si, y me alegro de haberlo hecho: yo no tengo talento, no he recibido una grande educacion; no hago dramas como vos, porque os he reconocido al fin, ademas vuestro nombre es conocido en el *boulevard de San Martin*; pero tampoco hay ninguno que pueda darme lecciones en punto á aritmética: sé que dos y dos son cuatro, y que una botella tirada á la cabeza vale un pistoletazo.

—En efecto, es verdad, teneis razon.

—Es una felicidad, y no ha costado poco trabajo sacaros la verdad del cuerpo.

—Escuchad, le dije clavando en él mis ojos, yo no os conocia: á primera vista, disimuladme, no me habeis inspirado ni el interés ni la confianza que en este momento.

—No lo estraño, porque no gasto cumplimientos y tengo modales de viagero comisionista, ¿qué quereis? es mi condicion; pero el corazon es sólido, sin embargo, y por el honor nacional me dejaria hacer pedazos.

—En cuanto á lo que habeis dicho de nuestra conducta en el estrangero, soy de vuestra opinion. En un desafío fuera de Francia, un testigo.... es un segundo, un padrino, es un hermano; y si el hombre á quien representa no se bate, es preciso que se bata él. Asi, reflexionadlo; cuando me hayais mezclado en el asunto, si no lo terminais, tendré que hacerlo yo.

—¡Y bien! estad tranquilo, id á buscar al inglés, y arreglad las cosas con él como mejor os convenga, me direis despues lo que es preciso hacer, y lo haré.

—¿Qué arma preferis?

—Ni sé manejar la espada ni la pistola, la única arma que manejo bien es la vara de medir; en esta no temo hallar quien me dé lecciones. Os parecerá chanza.

—No estamos aqui para chancearnos.

—¿Tendreis serenidad en el campo?

—No puedo responder de esto, se me sube la sangre á la cabeza. Será preciso que estalle; pero os respondo que será hácia adelante.

—Por vida de.... vaya un desafío tonto, esclamé yo dando una patada: Vamos, vamos andando: y cuanto él quiera, ¿lo ois? desde la aguja de hacer calceta hasta el cañon.

—¿En dónde vive?

—En la *Balanza*.

—¿Y cómo se llama?

—Sir Roberto Losly Baronet.

—Pasad por el *Aguila* y llevad con vos al aleman, es un escelente sugeto y no me pesará que lo presencie.

—Está bien, aguardadme aqui.

—Escuchad, si os es lo mismo, subiré á mi cuarto á decir dos palabras á mi mugercita.

—¿Sois casado?

—¿Casado? Vaya, vaya.

—¡Muy bien!

—Mirad, cuando volvais dad tres golpes en el techo con el palo de viage y bajaré.

—¡Bien! Dejadme solo el tiempo de arreglarme un poco.

—¡Bah! estais asi bien.

—Querido amigo, hay ciertas proposiciones que no pueden hacerse sin ir con camisa de chorrera y guantes blancos.

—Teneis razon, que todo os salga bien. Y no cedais ni un paso, ni retrocedais una pulgada. Una satisfaccion ó una bala.

—Perded cuidado....

Me vestí pensando en aquella singular mezcla de espresiones vulgares y de elevados sentimientos. Ese tipo, que en vano se buscaria en cualquier otro pais, y que es tan comun en Francia, me era ya conocido: pero jamás me habia puesto al alcance de estudiarlo tan de cerca. Desde este momento á mas del interés real que me inspiraba aquel valiente jóven, tenia cierta curiosidad de anatomista. El autor dramático es como el médico, en todas las cosas ve el lado artistico á pesar suyo, y al mismo tiempo que el alma se interesa, tambien á su pesar su talento estudia. Triste, es, sin duda, decirlo, pero en uno y en otro hay seca una parte del corazon; en el médico la que toca á la ciencia, en el poeta la que toca á la imaginacion.

Encontré al aleman en la posada del Aguila; habia dado su palabra, y en general las gentes de su nacion no se vuelven atrás; me acompañó á ver al inglés.—En la posada de la *Balanza*, preguntamos por sir Roberto, nos dijeron que estaba en el jardin, entramos en él. Apenas habiamos andado veinte pasos cuando lo encontramos en una calle. Ejercitábase en el tiro de la pistola, su criado cargaba las armas. Nos acercamos á él lentamente y sin ruido, y llegados á diez pasos de distancia nos paramos. El inglés era muy fuerte en el manejo de la pistola; acertaba á una oblea pegada en la pared á veinte y cinco pasos de distancia

—¡Cristo! murmuró el aleman.

—¡Diablos! esclamé yo.

—Perdon, señores, dijo sir Roberto, no os habia visto, estaba ejercitando mi mano.

—No la teneis, mal por los últimos tiros que acabais de disparar.

—No, no, yo estar bastante contento.

—Celebramos el encontraros en tan feliz disposicion, asi concluiremos mas pronto el negocio que nos trae.

—Si, si, venis por lo de la botella, ¿no es esto? Muy bien; muy bien, os esperaba.

—Entonces, señor mio, no será larga la negociacion.

—No, será muy corta. Vuestro camarada desea batirse y yo tambien.

—Entonces, señor mio, enviadnos vuestros testigos, pues convenidos en el punto principal, ya no hay mas que arreglar las armas, lugar y hora.

—Si, si; á las siete estarán mis testigos en vuestro cuarto.

—Está bien, hasta la vista.

—Adios.—John, vuelve á cargar las pistolas, y antes de salir del jardin, teniamos la prueba de que milord continuaba su ejercicio.

—¿Sabeis, dije á mi compañero, que nuestro adversario tira muy bien la pistola?

—Ya, respondió el aleman.

—Quisiera tener pistolas de tiro, para ver al menos lo que sabe hacer nuestro hombre, vamos á casa de un armero, quizá las hallaremos.

—Yo tengo, respondió el aleman.

—¿Y son buenas?

—De la marca de *Kuchensister*.

—Perfectamente, vamos á buscarlas.

—Vamos.

Volvimos á la posada del Aguila, el aleman sacó de su caja las pistolas, eran buenas; ademas, el nombre del autor estaba escrito en letras de plata; incrustadas en el cañon á un lado

—Ya os conozco, dije probando los gatillos; no sois tan brillantes como nuestros juguetes de Paris, ni tan delicadas como vuestras hermanas de Lóndres; pero sois buenas y seguras, y con tal que la mano que os apunte no tiemble, encajais una bala tan lejos y tan recta como si hubiéseis salido de los talleres de Versalles ó de las fábricas de Manchester. ¿Me permitís que me las lleve? pregunté al aleman.

—Podeis hacerlo.

—Hasta mañana á las siete.

—Hasta mañana.

Regresé á la posada bastante alarmado. El asunto se iba volviendo sério. El inglés habia estado tranquilo, digno y cortés. Era evidente que era un hombre que no solamente se batia, sino que tambien sabia batirse. La ofensa era recíproca, por consiguiente no le tocaba á él elegir ó rehusar las armas; la suerte debia decidir, y si la suerte decidia que las armes fuesen pistolas, yo no veia probabilidad en favor de mi pobre compatricio. Hallábame de pie delante de la mesa, dando vueltas y revueltas á los Kuchensciter, sin poderme decidir á hacerle bajar. En fin, quise probar si eran tan buenas como con las que yo habia comenzado mi educacion; cargué las dos, y como mi ventana daba al jardin, apunté á un arbolillo á unos veinte pasos lejos, y, disparé..... la bala arrancó un pedazo de corteza,

—¡Bravo! dijo una voz que salia de la ventana que habia encima, y reconoci á Jollivet: bravo, bravísimo, y se descolgaba de su balcan para llegar al mio.

—¿Qué demonios haceis?

—Tomo el camino mas corto.

—Pero vais á romperos la cabeza, querido amigo.

—¡Yo! no soy tan niño; sé gimnástica, y me aprovecho de ella.

Al decir esto soltó la barra de hierro con que se sostenia, solo con una mano, y cayó en mi balcon.—Vedme aqui y sin balancin.

—Por vida mia, que me causais miedo.

—¿Y eso, por qué?

—Porque sois un niño travieso y nada mas.

—¡Bah! en la ocasion seré hombre, perded cuidado. Y bien ¿qué hay de nuevo?

—He visto á nuestro inglés.

—¡Ah!

—Se batirá.

—Tanto mejor.

—Lo hemos encontrado en el jardin.

—¿Y qué hacia allí? porque ha pasado el tiempo de la fresa.

—Tiraba la pistola.

—Es una diversion como cualquiera otra.

—¿No me preguntais cómo tira?

—Mañana lo sabré.

—¿Y vos? veamos, tomad esta pistola que está cargada.

—¿Para qué?

—Para que yo vea lo que sabeis hacer.

—No paseis pena por eso, si nos batimos tiraré bastante cerca para no errarle.

—¿Con que estais muy decidido?

—Ya empezais á estar pesado.

—Bueno, no hablemos mas de esto.

—¿Y á qué hora?

—A las ocho, poco mas ó menos.

—Cuando me llamáreis bajaré, entretanto me vuelvo á mis amoríos.

Y al decir estas palabras se puso á trepar como una ardilla por el ángulo de mi ventana, y volvió á subir al balcon entrando en su cuarto.

Empleé el resto de la tarde en proporcionarme espadas y en prevenir un cirujano. Francesco se encargó por su parte de tener lista una lancha, y la alquilé para todo el dia. Al dia siguiente á las siete, el aleman estaba en mi cuarto, venian detrás de él los testigos de sir Roberto. Como yo lo habia previsto, se determinó que la suerte decidiese sobre las condiciones del desafio, y propúsose para sitio del combate una isleta inhabitada del golfo de Kussnach. Arreglados estos preliminares se retiraron aquellos señores.

Llamé á Alcides como habiamos convenido dando con mi palo en el techo: Alcides respondió con el talon de su bota, y cinco minutos despues bajó. Se habia tambien vestido con esmero, porque habia oido lo que le dije el dia anterior, y quiso probarme que no lo habia olvidado; desgraciadamente su trage no estaba bien elegido para la ocasion en que iba á servirle. Llevaba un fraque con botones de metal cincelado, unos pantalones rayados, una corbata de seda negra y el cuello blanco.

—Vais á volver á subir á vuestro cuarto y mudaros enteramente de vestido.

—¿Y eso, por qué? Todo es nuevo, flamante.

—Si, estais elegante, pero las rayas del pantalon, los botones de vuestro fraque y el cuello de vuestra camisa, son otros tantos blancos que es inútil presentar á vuestro adversario. Poneos si teneis un pantalon oscuro, una levita negra, y meted dentro el cuello de la camisa.

—Si, todo eso tengo; pero me voy á retrasar mucho.

—Tranquilizaos, nos sobra el tiempo.

—¿Y en dónde vá á ser el lance?

—En la isleta de Kussnach.

—Dentro de un instante vuelvo á bajar.

En efecto, cinco minutos despues volvió con el vestido indicado.

—Ya estoy aqui dijo: trage completo de un conductor de coches fúnebres, no me falta mas que una gasa en el sombrero; pero no vale la pena de retardar el viage por eso: vamos, que no quisiera por nada en el mundo llegar el último.

La lancha estaba á cincuenta pasos de la posada, y los barqueros no aguardaban mas que á nosotros, el cirujano ya estaba á bordo. Apenas estuvimos en el lago vimos la lancha de sir Roberto á unos quinientos pasos delante de nosotros.

Un luis de gratificacion, dijo Jollivet á los barqueros, si llegamos á la isla antes que aquella barca.

Dobláronse los barqueros sobre sus remos, y la barquilla se deslizó por las aguas cual una golondrina: la promesa hizo milagros: llegamos los primeros.

Era una isleta de casi setenta pasos de longitud, en medio de la cual el abate Reynal, en uno de sus accesos de libertad filosófica, habia hecho levantar un obelisco de granito para consagrar la memoria de los patriotas de 1308. Primero habia solicitado de los magistrados de Unterwalden erigir aquel monumento en el Grutli; pero le dieron las gracias y le dijeron que era inútil, por que la memoria de sus antepasados no corria riesgo de perderse entre sus descendientes. Habiase, pues, contentado con la isla de Kussnach, y alli habia hecho levantar su monumento, atravesado para mayor solidez con una barra de hierro. Desgraciadamente esta precaucion que debia eternizar el monumento, fué la causa de su ruina. Atraido por el hierro, un rayo hizo pedazos algunos años despues el obelisco.

No podia cogerse un lugar mas á propósito para la escena que se preparaba. Era una lengua de tierra mas larga que ancha, en medio de la que se hallaban los restos del monumento del abate Reynal, solitaria enteramente, porque en las crecidas del lago, causadas por el deshielo de las nieves, el agua la cubria enteramente.

Acababa yo de examinarla en todas sus partes, cuando llegó la barca del inglés. Se quedó á la orilla del lago sir Roberto, y sus

testigos se adelantaron hácia nosotros: dí un paso para salirles al encuentro; pero Jollivet me detuvo por el brazo. Hice señas al aleman de que al momento iba á donde él estaba, y se adelantó en consecuencia á recibir á aquellos señores.

—Una palabra sola, dijo Jollivet.

—¿Cuál?

—Prometedme que si la suerte nos concede la facultad de arreglar las condiciones del combate, aceptareis las mias, estas serán las de un hombre que no tiene miedo: estad tranquilo.

—Os lo prometo.

—Marchaos ya.

Adelantéme hácia nuestros adversarios. Sir Roberto les habia prohibido espresamente hacer concesion alguna, de modo que no tuvimos que ocuparnos mas que de los preparativos del combate. Echamos una moneda de cinco francos al aire. Aquellos señores eligieron pistola si salia cara; nosotros espada si salia cruz; la pieza quedó de cara y se adoptó la pistola.

Echóse segunda vez al aire la moneda para saber si se valdrian de las pistolas del inglés, que le eran familiares, ó de las del aleman, que ni uno ni otro habian visto nunca; la suerte favoreció tambien á nuestros contrarios.

En fin, apelóse por tercera vez á la suerte para saber á quién tocaba fijar las condiciones del combate, y la suerte nos fué favorable. Fui á buscar á Jollivet.

—Os batis á pistola, le dije.

—Muy bien.

—Sir Roberto tiene el derecho de elegir sus armas.

—Me es igual.

—Ahora os toca fijar el modo de batirse.

—¡Ah! dijo Jollivet levantándose. ¡Bien! en ese caso vamos á reirnos. Quiero,—puedo decir quiero, porque me habeis dado vuestra palabra—quiero que marchemos el uno contra el otro con una pistola en cada mano, y que la disparemos á discrecion.

—Pero mi querido amigo.....

—Estas son mis condiciones y no aceptaré otras.

Nada tenia que decir; yo habia comprometido mi palabra. Trasmití mi mision á los testigos de sir Roberto. Fueron á decírselo. Despues de algunas palabras volvió uno de ellos. Sir Roberto acepta, dijo. Saludámonos recíprocamente.

Fui á buscar las pistolas á la barca y las traje; comenzaba ya á cargarlas cuando Jollivet me cogió por el brazo:

—Dejádselas cargar á nuestro amigo el aleman; tengo que deciros dos palabras.

Para esto nos separamos un poco.

—No tengo á nadie en el mundo, y si soy muerto, por consiguiente nadie me llorará, si no es una pobre muchacha que me ama con todo su corazon.

—¿La habeis escrito?

—Sí, aquí está la carta. Si soy muerto, haced que llegue á sus manos; si salgo herido y no pueden trasportarme á Lucerna, id á buscarla vos mismo, y enviádmela á donde me halle.

—Es decir que vive en esta ciudad.

—Es Catalina, la hija del ama de la posada. La tengo dada palabra de casamiento, y entretanto la pobre muchacha..... ya me comprendeis.

—Se hará lo que querais.

—Gracias. Vamos, ¿estamos ya listos, angelitos?

Me volví hácia nuestros adversarios, que aguardaban ya.

—Yo creo que si, respondí.

—Venga la mano, me dijo Jollivet, y me la apretó.

—Sangre fria.

—Perded cuidado.

En aquel momento se acercó á nosotros el aleman con las pistolas cargadas. Llevamos los dos á Alcides Jollivet á la estremidad de la isleta, y viendo que los padrinos de sir Roberto ya se habian separado de él, nos volvimos á colocar enfrente de ellos, dejando á los dos combatientes á cincuenta y cinco pasos de distancia uno de otro; nos miramos para ver si podia darse la señal, y viendo que nada se oponia á ello, dimos tres palmadas, y al tercer golpe los adversarios se pusieron en marcha.

Seguramente una de las sensaciones mas agudas que se pueden esperimentar, es la de ver á dos hombres llenos de vida y de salud, que debieran vivir todavía largos años, que se adelantan el uno contra el otro llevando la muerte en cada mano. En semejante circunstancia el papel de actor es yo creo menos penoso que el de espectador, y estoy seguro que el corazon de aquellos hombres que de un momento á otro podiá cesar de latir, se hallaba menos violentamente oprimido que el nuestro. Mis ojos se hallaban clavados como por fascinamiento en aquel jóven, que el dia antes miraba solamente como un calavera de bastante mal gusto, y por quien me interesaba en aquella hora como por un amigo. Habíase echado sus cabellos hácia atras; su cara habia perdido aquella espresion burlona que le era habitual; sus negros ojos, cuya hermosura solo entonces reparé, estaban clavados atrevidamente en su adversario, y sus lábios entreabiertos dejaban ver sus dientes violentamente apretados. Su andar habia perdido su modo vulgar; iba derecho y con la cabeza erguida, y el peligro le daba una poesía que nunca habia sospechado yo en él. El espacio que los separaba iba desapareciendo; ambos llevaban el paso mesurado, igual; ya no se hallaban mas que veinte pasos el uno del otro. El inglés disparó su primer tiro. Sobre la frente de Jollivet pasó una cosa cual una nubecilla;

pero no por esto dejó de andar. A quince pasos tiró el segundo pistoletazo el inglés, y aguardó. Alcides hizo un movimiento, cual si se tambalease, pero siguió siempre adelante. A medida que se iba acercando, su pálido rostro tomaba una espresion terrible; al fin se detuvo á una vara de su enemigo: pero no creyéndose bastante cerca, dió todavía un paso mas y luego otro.

Era imposible soportar aquel espectáculo.

—¡Alcides! le grité: ¿vais á asesinar á un hombre? tirad al aire, ¡voto á Dios! ¡tirad al aire!

—Esto es muy cómodo de aconsejar, respondió el viagero comisionista, desabrochándose la levita, y enseñando su pecho ensangrentado. Vos no teneis como yo dos balas en el cuerpo.

A estas palabras alargó el brazo, é hizo saltar la tapa de los sesos al inglés á boca de jarro.

—Me es igual, dijo entonces sentándose sobre una de las ruinas del obelisco, creo que tendré para rascar algun tiempo, pero al menos he dado pasaporte para la eternidad á uno de esos pícaros ingleses que han hecho morir á mi emperador.....

PONCIO PILATO.

Sir Roberto quedó muerto en el acto, Se habia trasportado á Alcides Jovillet á Kussnach: yo habia ido á Lucerna para prevenir á Catalina, y seguro de que iba á tener el enfermo quien le cuidase mejor y aun mas eficazmente que yo, alejéme en mi barca que el viento impelia hácia la estremidad opuesta del lago donde se habia verificado el duelo. Nada podia separar de mi memoria de lo que habia sido testigo por la mañana, do quiera que se fijasen mis ojos no veia mas que círculos de sangre. Francesco y yo guardábamos silencio, cuando uno de los barqueros dijo de improviso á su compañero:

—¿No te habia dicho que le sucederia una desgracia?

—¿A quién? dije yo estremeciéndome.

—Al inglés.

—¿Cómo podeis pensar eso?

—¡Oh! ¿veis? eso nunca falta.

—¿El qué?

—Cuando se ha visto el Poncio-Pilato, mirad.

Lo miré.

—Sí, sí. El inglés ha querido subir al monte el viernes, apesar de todo cuanto se le ha dicho, porque los inglesés son gentes que no creen en nada.

—Adelante, ¿y qué?

—Se ha encontrado con el *maldito* vestido de juez como acostumbra todos los viernes.

—¿Estais loco, amigo mio?

—No, no está loco, dijo seriamente Francesco, lo que ha dicho es verdad; pero estais obligado á creerlo.

—Tal vez lo creeria si lo comprendiese; pero no lo comprendo.

—¿Sabeis cómo llaman á ese monte rojo y descarnado que tiene tres cumbres en memoria de las tres cruces del Calvario?

—Se llama el Pilato.

—¿Y de donde le llaman asi?

—De una palabra latina: *Pileatus*, que quiere decir peinado, porque teniendo siempre nubes en su cima, parece que lleva la cabeza cubierta: además está comprobado muy bien por el proverbio que os he oido á vos mismo decir esta mañana cuando os he preguntado qué tiempo tendriamos.

Si Pilato se pone el sombrero
Hará un tiempo hermoso y sereno.

—No señor, no estais bien enterado, dijo el barquero.

—Entonces, ¿de dónde le viene ese nombre?

—De que sirve de sepulcro al que condenó á muerte á Cristo.

—¿A Poncio Pilato?

—Si, si.

—Vamos pues, el P. Brottier dice que está enterrado en Viena, y Flaviano que ha sido arrojado al Tiber.

—Todo eso es verdad.

—¿Luego entonces hay tres Pilato?

—No, no: no hay mas que uno, siempre el mismo, únicamente que viaja.

—¡Diablo! eso me parece bastante curioso; ¿y se puede saber esa historia?

—No es ningun misterio; cualquiera aldeano os la contará.

—¿Y vos, la sabeis tambien?

—Me han arrullado con ella en la cuna, pero estas historias son buenas para nosotros que somos unos imbéciles, no sirven para vosotros que no las creeis.

—La prueba de que las creo es que habrá cinco francos para beber si me la contais.

—¿De veras?

—Ahi estan.

—¿Qué haceis de estas historias, que á tan buen precio pagais?

—¿Qué os importa?

—Al caso, eso me atañe.

—Pues señor, sabeis que el verdugo de Nuestro Señor habiendo sido llamado á Roma desde Jerusalen por el emperador Tiberio.....

—No, yo no sabia eso.

—¡Bien! pues por eso os lo cuento.... Vien-

do pues, que por sus crímenes lo iban á condenar á muerte, se ahorcó de las rejas de su prision, de modo que cuando lo fueron á buscar para ejecutar la sentencia lo encontraron muerto: descontento el verdugo de hallar hecho su trabajo, le ató una piedra al cuello y arrojó el cadáver al Tíber. Apenas estuvo en él, cesó el Tíber de correr hácia el mar y retrocediendo á su nacimiento, cubrió las campiñas é inundó á Roma. Al mismo tiempo estallaron sobre la ciudad tempestades horrorosas, la lluvia y el granizo azotaban las casas, cayó un rayo y mató á un esclavo que llevaba la litera del emperador Augusto (1), el que tuvo tanto miedo que hizo voto de edificar un templo á Júpiter Tonante. Si vais á Roma, lo lo vereis, todavía existe. Pero como este voto no detenia á los elementos se consultó al oráculo: el oráculo respondió que hasta que no pescasen en el rio el cuerpo de Poncio Pilato continuaria la desolacion. y la abominacion.—No habia nada que decir.

Convocaron los pescadores y navegantes; mas ninguno quiso sumergirse para buscar al canalla que tal zambra movia en el fondo del agua. Al fin se vieron obligados á ofrecer la vida á un reo de muerte si salia con la empresa. Aceptó el condenado, y habiéndole atado por el cuerpo con una soga se chapuzó dos veces en el rio; pero inútilmente. A la tercera vez viendo que no subia tiraron de la cuerda y volvió á subir á la superficie del agua el reo; pero agarrando á Pilato de la barba. El pescador estaba muerto; pero en su agonía sus crispados dedos no habian soltado la presa que habia hecho en el maldito. Separaron los dos cadáveres, hicieron un entierro magnífico al reo y se acordó que el ex-procónsul de Judea fuese llevado á Nápoles y arrojado en el Vesubio. Dicho y hecho; pero apenas se halló el cuerpo en el cráter cuando mugió la montaña, se estremeció la tierra, arrojó cenizas el volcan, corrió la lava y Nápoles quedó destruido, sepultado el Herculano y abrasada Pompeya. En fin, como no se dudaba que estas desgracias las ocasionaba el cuerpo de Pilato, se propuso una gran recompensa al que lo sacase de su nueva tumba. Un decidido ciudadano se presentó, y un dia que la montaña estaba mas tranquila, se despidió de sus amigos y marchó á su empresa, prohibiendo que nadie le siguiese, para esponerse solo. La noche de su partida todo el mundo veló; pero ningun ruido se sintió; el cielo permaneció puro, y el sol salió con toda su magnificencia y cual no se habia visto hacia largo tiempo; dirigiéronse entonces al monte en procesion, y hallaron el cadáver de Pilato á la orilla del cráter del volcan, sin que nunca, nunca jamás, se haya vuelto á oir hablar del que allí lo habia sacado.

(1) Espero que se me creerá bastante instruido en historia para que no se me acuse de hacer matar en tiempo de Tiberio á un esclavo que llevaba la litera de Octavio.

Entonces como no se atrevian á echar á Pilato al Tíber por miedo á las inundaciones, ni arrojarlo al Vesubio por causa de los temblores de tierra, lo metieron en una barca que se sacó al puerto de Nápoles, y abandonada á merced de las olas, pues tan difícil era, á que él fuese á buscar sepultura á donde mejor le conviniese. Soplaba el viento de Oriente y el barco se dirigió á Occidente; pero al cabo de ocho ó diez dias sopló de Mediodía, y el barquillo navegó hácia el Norte. Por último, entró en el golfo de Leon, halló una de las bocas del Ródano, y subió rio arriba, hasta que hallándose cerca de Viena en el Delfinado el arco de un puente antiguo cubierto por el agua, se hundió la barca.

Entonces se renovaron los mismos prodigios, alborotóse el Ródano, y saliendo de madre, cubrió los vecinos campos: el granizo destruyó las casas y viñedos á donde no llegaron las aguas del rio, y los rayos cayeron en las habitaciones de los hombres. Los vieneses, que no sabian á qué atribuir aquel cambio de la atmósfera, edificaron templos, hicieron peregrinaciones, dirigiéronse á los adivinos mas sábios de Francia é Italia, y ninguno pudo decir la causa de las desgracias que afligian aquellas comarcas. En fin, la desolacion de doscientos años. Al cabo de este tiempo, se oyó decir que el judío errante iba á pasar por allí, y como era un hombre muy sábio, en atencion á que no pudiendo morir tenia toda la ciencia de los pasados tiempos, los principales del pais determinaron acechar su paso, y consultarle sobre los desastres, cuya causa ignoraban. De que el judío errante ha pasado por Viena no cabe duda alguna.

—¡Pardiez! ¿qué duda ha de haber? dijo interrumpiendo el barquero.

—Ya lo veis, repuso radiante mi hombre.

—Y la prueba, continuó, es un romance que se ha hecho con un grabado representando su verdadero retrato, y en el que hay estas coplas:

Al pasar por la ciudad
De Viena en el Delfinado
Diz que al errante judío
Los vieneses consultaron.

—Sí, se les ve en el fondo pintados con el sombrero en la mano.... dijo el barquero.

—Pues bien....... Meri y yo hemos pasado una noche y un dia en buscar lo que los ciudadanos de Viena podian tener que decir al judío errante: cosa muy sencilla, nada, debieron preguntarle qué significaban los truenos, la lluvia y el granizo...

—Justamente.

—¡Bien! amigo, os estoy agradecido: he aqui aclarado un famoso punto histórico: vamos, vamos adelante.

—Rogaron, pues, al judío que les librase de tanta plaga: el judío errante consintió, convi-

dáronle á comer; pero como no podia detenerse mas de cinco minutos en cada lugar, y hacia ya cuatro que hablaba con los habitantes de Viena, bajó hácia el Ródano, echóse al agua vestido y todo, y á poco volvió á aparecer con Pilato á cuestas: la gente le siguió llenándole de bendiciones. Sin embargo, como él caminaba muy aprisa, los que le seguian le dejaron á dos leguas de la ciudad, diciéndole, que si alguna vez le llegaban á faltar los cinco sueldos que constituyen su único patrimonio, ellos se los darian de renta. El judío errante les dió las gracias y continuó su camino bastante embarazado de lo que haria de su antiguo conocido Poncio Pilato, con él á cuestas.

Dió la vuelta al mundo pensando donde podria colocarlo, y sin poder hallar nunca un sitio conveniente porque por todas partes se podian repetir las desgracias que habia ya causado; por último, atravesando por el monte que veis, el cual en aquella época se llamaba Fracmont (*Mons fractus*), creyó que podria hacer su negocio. En efecto, casi en la cumbre, enmedio de un espantoso desierto y sobre un álveo de rocas y peñascos se estiende un pequeño lago que no alimenta ser viviente alguno, sus orillas no tienen ni cañas ni árboles. El judío errante subió á la cima del Esél, que desde aqui veis, y es el mas agudo de los tres picos, desde donde en los dias serenos se descubre hasta la catedral de Strasburgo, y desde alli arrojó á Poncio Pilato al lago.

Apenas estuvo en él cuando se oyó en Lucerna un estruendo al que no estaban acostumbrados, parecia que rugian en la montaña todos los leones del Africa, todos los osos de la Siberia y todos los lobos de la Selva Negra. Desde aquel dia las nubes que antes solian pasar de largo se detuvieron encima de ella, y llegaban de todos lados cual si se hubiesen dado cita alli; esto hacia que descargasen sobre Fracmont todas las tempestades y dejasen tranquilo lo restante de la comarca. De esto proviene el refran que me deciais:

Cuando Pilato se pone el sombrero
estará el tiempo hermoso y sereno.

—Es claro, y aunque asi no fuese, prefiero esta historia á la otra.

—¡Oh! ¡pero es que es una historia verdadera!

—Pero si os digo que la creo.

—Es que teneis aire de....

—Yo no tengo aire de nada.

—Enhorabuena, porque sino, seria inútil continuar.

—Vamos, continuad, cuando digo que lo creo de todas veras.

—Esto duró sobre unos mil años: Pilato hacia siempre de las suyas; pero como la montaña dista de la poblacion tres ó cuatro leguas, no habia gran incomodidad, y lo dejaban estar; únicamente cuando se acercaba al monte algun aldeano ó aldeana que no estuviese en gracia de Dios, Pilato le echaba la garra y buenas noches.

En fin, un dia (esto fué al principio de la reforma, hace ya tres ó cuatrocientos años), pasó por alli un templario español que venia de Tierra Santa y que buscaba aventuras, el que habiendo oido hablar de Poncio Pilato, quiso habérselas con él. Pidió al avoyer (magistrado) que le permitiese tentar su aventura, y como no se deseaba otra cosa, se lo permitieron con el mayor gusto. La víspera del dia señalado para la espedicion, el caballero templario confesó y comulgó, pasó la noche en oracion, y el primer viernes de mayo de 1531, ahora me acuerdo del año, se puso en camino hácia el monte, acompañándolo hasta Stenibach todo el pueblo en masa. Stenibach es este lugarcillo que acabamos de pasar. Algunos mas valientes que los demas le siguieron hasta Nergiwel; pero alli le abandonaron todos, y solo continuó su camino llevando por todas armas su espada. Apenas llegado al monte encontró un torrente furioso que le cerraba el camino: lo sondeó con una rama de un árbol, y vió que era muy profundo para vadearlo; buscó paso por todas partes, y no pudo encontrarlo; entonces se puso en oracion, y al terminar su oracion levantó los ojos y vió un magnífico puente colocado alli por la mano del Señor, por el cual pasó atrevidamente al otro lado. Apenas habia dado tres pasos, cuando volviendo la vista hácia atrás para ver el milagroso puente, ya habia desaparecido aquella obra.

Una legua mas adelante, y cuando acababa de penetrar en una garganta estrecha y rápida, que conducia á la llanura de la montaña en donde está el lago, oyó sobre su cabeza un horrible ruido, al mismo tiempo sintió vacilar en su base la masa de granito, y vió venir hácia él un alud, que precipitándose semejante al rayo, llenaba toda la garganta y rodaba dando saltos cual si fuese un rio de nieve. El pobre templario no tuvo tiempo mas que para doblar la rodilla y decir; «Señor, Dios mio, tened piedad de mí.» Mas apenas hubo proferido estas palabras, cuando partiéndose de por medio aquella grande mole, pasó por sus lados con un estrépito horroroso, y fué á sepultarse en el abismo de la montana.

El último y mas terrible obstáculo fué el que tuvo que vencer al llegar al rellano. Era el mismo Pilato en trage de guerra, llevando por arma en la mano un pino sin ramas que le servia de clava.

El encuentro fué terrible, y si subis á la montaña, todavía podreis ver el sitio donde pelearon los dos adversarios. Todo un dia y toda una noche combatieron y lucharon, y la roca ha conservado las huellas de sus pies. En fin, triunfó el campeon de Dios, y generoso en su victoria ofreció á Pilato una capi-

tulacion que fué aceptada. El vencido se comprometió á mantenerse tranquilo en el lago seis dias de la semana, con condicion de que el séptimo, que seria el viernes, pudiese salir vestido de juez tres veces si queria. Como el cumplimiento del pacto se puso sobre un pedazo de la verdadera cruz, Pilato se vió obligado á ejecutarlo punto por punto.

En cuanto al vencedor, bajó de la montaña y no volvió á encontrar mas ni el alud ni el torrente que eran obras del demonio, y que habian desaparecido con su poder.

Entonces el consejo de Lucerna tomó la decision de que nadie fuese al monte el viernes, porque en este dia la montaña pertenecia al réprobo, y el templario habia previsto que los que llegasen á verlo moririan dentro del año.

Durante trescientos años se observó esta costumbre, y ningun estrangero podia subir al Pilato sin permiso de la autoridad, y este permiso no se daba jamás para el viernes, en cuyo dia no iban tampoco los pastores, que prestaban juramento cada año de hacerlo asi. Hasta el año 1799, durante la guerra de los franceses, se llevó á efecto la prohibicion; pero desde entonces acá va quien quiere y cuando quiere á ver á Pilato; pero hay muchos ejemplos de que el verdugo de Cristo no ha renunciado á sus derechos.

Asi, cuando el jueves último el inglés envió á buscar un guia para decirle que estuviese listo al dia siguiente por la mañana, éste le contó la historia que acabais de oir; pero sir Roberto se rió y burló de ella, y sin escuchar á nadie emprendió su subida, á pesar de que el guia le previno que él no pasaria del lago.

En efecto, un cuarto de legua antes de llegar á la meseta del monte, Nicklaus, que es un hombre prudente y muy religioso, se detuvo, y se puso á rezar. El inglés continuó su camino, y dos horas despues volvió pálido y desencajado el rostro. Por mas que dijo que aquello provenia del hambre que tenia por haber dejado á Nicklaus el pan, el vino y las pollas, en vano comió y bebió con gran apetito; lo cierto es, que Nicklaus quedó convencidísimo de que no el hambre, sino el susto de haber encontrado á Pilato era lo que le tenia pálido y desfigurado, y que de consiguiente, debia morir dentro de aquel mismo año. El guia pensó que debia avisar á sir Roberto y manifestarle el peligro que corria para que arreglase sus asuntos; el inglés se echó á reir; pero habeis visto si Nicklaus tenia razon.

Al acabar esta última frase, mi barquero levantó el remo y desembarcamos en Stantard. Al punto me puse en camino para Stanz, á donde llegué despues de una hora de camino.

Lo primero que hice al entrar en la posada de la Corona fué escribir á Mery, y decirle que ya sabia lo que los habitantes de Viena tenian que decir al judío errante, y que de todo le daria parte á mi regreso á Paris.

UNA PALABRA POR OTRA.

La primer cosa que vimos al salir de la posada de la Corona para dar un paseo por la ciudad, fué la estátua de Arnoldo Winkelried teniendo contra el pecho las lanzas que le atravesaron. El sacrificio de este mártir es uno de los bellos y grandes recuerdos de la Suiza, que no se ha negado jamás. Leopoldo de Austria, hijo del duque que habia sido batido en Morgarten, habia jurado vengar la derrota paternal. Habia llamado á sí para aquella cruzada de despotismo á toda la grande nobleza, y se habia puesto á su cabeza. Su vanguardia estaba mandada por el baron de Reinach que la dirigia subido en un carro cargado de cuerdas, gritando á los habitantes que antes de ponerse el sol cada uno tendria una al cuello. Entre este ejército iba un cuerpo de segadores, no para combatir sino para destruir las mieses de los campos, y deteniéndose en las aldeas á la hora en que descansaban los labriegos, se hacian traer la comida de los segadores. Sin embargo, al llegar á Simpach tardaron en traerles el almuerzo, y entonces lo pidieron otra vez con amenazas. Paciencia, les respondió aquel á quien se lo pedian: ahora lo traen los de Lucerna. En efecto, en aquel momento se veia á los lucerneses bajar por el camino de Adelwil para reunirse con sus hermanos de Schwitz, de Uri, de Unterwalden, de Zug y de Glaris, que los aguardaban en un campo rodeado de fosos y resguardado por la espalda por la montaña y los recibieron con grandes gritos de alegría.

Entonces vió Leopoldo que habia llegado el momento de dar la batalla, y queriendo saber con que hombres tenia que habérselas, envió para examinarlos á un capitan viejo y valiente, llamado el conde de Haremburgo. Adelantóse éste hasta los fosos del campamento, y cual si los suizos estuviesen seguros del resultado, le dejaron examinar á su placer la fuerza numérica y sus medios de ataque y defensa.

Aquella tranquila confianza asustó mas al conde que una estrepitosa demostracion de guerra. Volvió lentamente á su campo, donde Leopoldo le esperaba á caballo, cubierto de sus arneses de guerra, escepto la cabeza en que no tenia el casco todavía. Tenia cerca de él tambien á caballo y con sus hábitos eclesiásticos, el dean del cabildo de Strasburgo. Interrogado por su señor, el conde de Harem-

burgo, respondió que creia seria bueno aguardar un refuerzo, y que aquellas gentes que se creian tan despreciables, le parecian resueltos y muy terribles. «¡Corazon de liebre!» dijo con desden el prelado, y volviéndose á Leopoldo: «Monseñor, le dijo: ¿cómo quereis que os haga servir á esos villanos? ¿cocidos ó asados? escoged.»

A este tiempo vió llegar el duque un nuevo consejero; era su bufon; era de Uri, y habia obtenido de su amo una licencia para ir á ver á sus compatriotas. Habia sido testigo de la salida de los suizos de su canton y del entusiasmo y el juramento que habian hecho de morir todos hasta el último, si preciso era, por defender la sagrada herencia de sus padres. Fué del mismo parecer que el conde de Haremburgo y suplicó al príncipe que no se diese la batalla; pero una nueva chanzoneta del prelado fué mas fuerte que todas las consideraciones de la prudencia. Leopoldo pidió su casco, lo colocó sobre su cabeza y gritó: —¡*Marchemos*!

Apenas los suizos hubieron visto en camino á los austriacos, salieron de su campamento y marcharon á su encuentro. Los dos ejércitos, el uno fuerte con cuatro mil caballeros perfectamente armados, y el otro de mil trescientos aldeanos sin corazas, se pararon á un tiro de ballesta uno de otro.

Los segadores se habian derramado por la falda de la montaña, y habian comenzado cantando su obra de destruccion.

El terreno sobre que iba á trabarse el combate era desigual y pedregoso y estaba cerrado entre el lago y la falda de la montaña, desventajoso para que pudiese maniobrar la caballería. El duque mandó á su nobleza echar pié á tierra: su gendarmeria hizo otro tanto; entonces se bajó del caballo el mismo duque, y se colocó en las primera filas: muchos quisieron hacerle montar á caballo y que tomase un puesto menos peligroso; uno de ellos fué el anciano conde de Haremburgo; pero el duque les impuso silencio diciendo: combato por mis derechos y por mi herencia: «No quiera Dios que perezcais vosotros y que viva yo feliz. Para todos nosotros el bien y el mal, para todos la misma muerte ó la misma victoria.»

Los dos ejércitos hicieron entonces un nuevo y mismo movimiento para aproximarse; pero por medio de una maniobra diferente, los caballeros austriacos marcharon de frente con lanzas en ristre impeliendo delante de ellos aquella muralla; los suizos por el contrario, segun su costumbre, formaron un triángulo y empujaron uno de sus ángulos vivientes contra el batallon que querian romper, pero mal protegidos por sus armas defensivas, y no llevando por ofensivas mas que unas alabardas cortas, cuya longitud era una tercera parte menor que la de las lanzas austriacas, no pudieron romper el muro de hombres que les presentaban sus enemigos. En vano volvieron dos veces á la carga. En vano la segunda vez se puso á la cabeza Pedro de Goldennigen con la bandera del canton; Pedro de Goldennigen, cayó estrechando entre sus brazos el estandarte que no pudieron arrancarle, y que aun se puede ver tinto en su sangre en las casas consistoriales de Lucerna. Entonces fué cuando Arnoldo de Winkelried que llevaba coraza, y uno de los gefes, se quitó la armadura, montó sobre un caballo, se puso á la cabeza del obstinado triángulo, que volvió á la carga por tercera vez, y que por vez tercera se encontró con la incontrastable barrera de hierro contra la cual habian encontrado la muerte ya cincuenta confederados. Inmediatamente habiendo arrojado su espada estendió los brazos, abarcó en ellos una porcion de lanzas, y reuniéndolas sobre su pecho se dejó caer con todo su peso sobre las puntas. Esta caida abrió brecha para los suyos, y el ángulo penetró cual el hacha en una encina. Desde entonces los austriacos se vieron embarazados para pelear por la misma longitud de sus lanzas, y los suizos con sus espadas cortas y con sus pequeñas alabardas llevaban toda la ventaja en un combate que se hacia cuerpo á cuerpo. Bien vió el conde de Haremburgo que todo estaba perdido, pero intentó hacer un último esfuerzo, y corriendo hácia la montaña en donde estaban los segadores, los llamó para llevarlos á otra siega, y poniéndose á su cabeza él mismo con una hoz les dió el ejemplo entrando en un campo de hombres tan apiñado de espigas.

Aquel ataque imprevisto, el arma estraña con que se hacia, el valor del anciano guerrero que lo dirigia, todo arrojó el terror por un momento en las filas de los suizos. El duque, aprovechó aquel momento, y viendo por un claro que acababa de abrirse, que la bandera de Austria iba á caer en poder de los confederados, se precipitó hácia ella, llegó en el momento en que acababa de caer el oficial que la llevaba, y se la cogió de sus moribundas manos; en el momento todos los esfuerzos se volvieron contra él, y antes que los señores de su comitiva llegasen en su auxilio, ya habia caido lleno de heridas, sujetando con los dientes y las manos, los girones de su bandera que no habia soltado sino con la vida.

Al lado del duque cayeron seiscientos setenta y seis caballeros, de los cuales trescientos cincuenta llevaban el casco coronado. El cadáver del duque fué transportado á la abadía de Kœnigsfelden en el mismo carro donde iba subido el baron de Reinach, que aun estaba lleno de las cuerdas que debian amarrar aquellos mismos aldeanos que le habian vencido.

Cerca de la estatua de Winkelried, que consagra este gran recuerdo, se levanta la iglesia de Stanz, que trae á la memoria un combate mas moderno y no menos encarnizado. En 1798 los soldados franceses atacaron el Un-

terwalden: Stanz resistió con encarnizamiento: fueron vencidos los suizos, dejaron el campo de batalla en medio del que se elevaba la capilla de Winkelried, cubierto de muertos, entre los cuales se hallaron diez y siete doncellas, que habian combatido con sus hermanos y sus amantes, y se refugiaron en la iglesia llena de mugeres y ancianos; pero aquella débil fortaleza fué bien pronto tomada; los franceses, á pesar del vivo fuego que se les hacia desde dentro, penetraron en ella, y á la primera descarga que hicieron cayó el sacerdote que elevaba al cielo la Ostia santa, atravesado el pecho con una bala que hizo en el altar un agujero que todavía existe. El mártir moderno se llamaba Wisler Lusen.

Detras de la iglesia hay una capilla edificada en el mismo sitio donde se enterraron los muertos, en número de cuatrocientos catorce, entre los cuales habia ciento y dos mugeres, y veinte y cinco niños. En ella se ha puesto esta inscripcion:

DEN ERSCHLAGEMEN FROMMEN UNTERWALDEN, VON 173 VON IHHREN EDELDEKEN UND VERVADEN GEVIDME.

Dedicada á las piadosas víctimas de la matanza de Unterwalden, por ciento setenta y tres de sus amigos y parientes.

Fuimos á hacer una última visita á la capilla de Winkelried y nos pusimos en camino para Sarnen, á donde llegamos á las dos de la tarde.

Al venir habiamos dejado á la izquierda el camino de Wil, por el que se va á Wolfranchiess, patria de Conrado de Baumgarten, donde se verificó la aventura trágica del baño. Como de este recuerdo no queda mas que el recuerdo mismo, no creimos necesario el incomodarnos para ir á buscar en la tradicion los detalles que ha conservado la historia. Por otra parte Sarnen los tiene tan importantes ó mas, pues á la cima del monte que domina á la poblacion estaba el castillo de Landenberg, que fué sorprendido por los aldeanos que fingian llevar regalos, el dia 1.° de enero de 1308, y en el centro de la villa está la casa de Mr. Land-Weilbel, construida en el mismo punto donde sacaron los ojos al anciano Mechtal.

Mientras la visitábamos oimos algunos tiros disparados regularmente: y al instante recordé que era domingo y que en Suiza una de las mas grandes diversiones de aquel dia es el tiro de escopeta. Habia oido celebrar mucho á los tiradores de Entlibuch y de Mechtal, y tenia deseos de ver por mis propios ojos si era justa su celebridad. Envié á Francesco á buscar mi carabina y le encargué me la llevase al tiro, donde yo le esperaba.

No me fué difícil encontrar mi camino; los mismos disparos me guiaban, y á los diez minutos me hallaba ya en la carrera de los tiradores. Delante de ellos á trescientos pasos de distancia, en el mismo pie del monte estaba el blanco, y cerca de este, una cabañita en donde se escondia el encargado de marcar el punto del círculo donde habia dado el tiro, y de tapar el agujero con un pedazo de madera que embutia con un martillo.

Al verme me saludaron los tiradores con la política propia de los suizos, y tuve necesidad de rogarles que no se incomodasen, y que continuasen su ejercicio. Me aproximé á ellos, y como yo mirase con mucho interés el blanco de cada tiro, uno que acababa de cargar su escopeta me la ofreció. Lo que yo habia visto de su destreza me daba esperanza de luchar ventajosamente con ellos. Sobre tres tiros el que mas se habia acercado al centro se habia quedado á seis pulgadas de él, y por poco que valiese el arma que me ofrecian, estaba seguro de hacerlo tan bien como ellos.

Antes de servirme del arma que acababan de darme quise examinarla, pero en el momento en que iba á mover el gatillo, el tirador á quien pertenecia, me puso la mano en el brazo para impedírmelo. Como yo no comprendia su intencion, pregunté en francés si habia en aquella honrosa reunion quien supiese hablar italiano ó inglés, entonces un hombre de Linthal que se encontraba casualmente, y que entre los grisones habia aprendido algunas palabras del patuá milanés, trató de hacerme entender que el gatillo era tan suave que en el momento en que pusiese el dedo encima saldria el tiro. Como la conversacion se prolongaba, y todos tenian clavados los ojos en mí, abrevié echándome la escopeta al hombro. Entonces advertí que estaba cubierto el rastrillo con un saquito de piel, y como yo no comprendiese de qué podia servir, quise quitarlo; pero el tirador me puso de nuevo la mano en el brazo esplicándome en su mal aleman, de que yo no comprendia ni una palabra, la utilidad de aquel pequeño utensilio. Cuando hubo terminado, mi hombre de Linthal empezó á traducirme la recomendacion en mal italiano. Como yo no comprendia ni el uno ni el otro, y me veia como Mr. de Pourceaugnac entre sus dos médicos, respondí en aleman á uno: *Ser gül*, y en italiano al otro: *Va bene*. Metí el saquito de cuero en el bolsillo de mi chaleco, me abotoné la blusa, y me dispuse para tirar.

Apenas habia echado mano al gatillo cuando ya habia salido el tiro: la bala pasó á lo menos á treinta pies por cima del blanco. El hombre de la cabaña que no podia adivinar lo que me habia sucedido, ni tampoco que fuese yo el que habia tirado, salió de su escondite, y fué á buscar en el blanco el golpe que se habia guardado muy bien de dar allí; pero como no lo halló volvió la espalda á los tiradores, y para el torpe tirador hizo una mueca que me hizo sentir el no tener en la escopeta

una carga de perdigones. Aquella demostracion fué acogida con aplausos y risas de la muchedumbre.

Una burla, de cualquiera parte que venga, es siempre una cosa muy pesada para el que la recibe, y mas humillante, sobre todo, si se le hace en medio de gentes de una condicion inferior, y en un pais cuya lengua no se comprende, pues no se puede devolver chanza por chanza. Me separé para hacer lugar á otro tirador, mordiéndome los labios y examinaba la escopeta que tan mala jugada me habia hecho, cuando se me acercó mi hombre de Linthal, que habia seguido con interés todos mis movientos y parecia haberme tomado bajo su proteccion. Llevóme á un lado y viendo que debia sustituir el gesto á la palabra, armó la escopeta que tan mal me habia servido, y soplando sobre el gatillo, solo con el soplo la descargó.

Entonces comprendí cuán finas eran aquellas armas, y que nada hay comparable á las escopetas de tiro suizas, y que para facilitar la destreza, no hay mas que tocar con el dedo ligeramente para dispararlas. Cuando conoció que ya principiaba á entenderle, me acompañó hasta cerca del que iba á tirar, y vi que el rastrillo de su escopeta estaba cubierto tambien con un saquito como el que tenia yo en el bolsillo. Hizo una seña al que estaba inmediato, lo levantó: partió el tiro casi al mismo instante, y fué á dar á un pie del centro en el blanco. El hombre burlon de la cabañita volvió á salir, é hizo un saludo muy espresivo al que acababa de dar aquella prueba de habilidad, y se volvió á su barraca.

—¿*Avete capito*? me dijo mi protector.

—¡Pardiez! lo he comprendido. Perfectamente. El saquito de cuero sirve para impedir que salga el tiro si por ventura se dispara sin quererlo, y si yo hubiese dejado atar el mio en vez de metérmelo en el bolsillo como un imbécil que soy, el tiro no hubiera salido antes de tiempo, ni pasado por la humillacion de ver que un suizo se burlase....

—*Va bene, va bene,* respondió mi hombre, *voi avete capito.*

—¡Perfectamente! Vámonos á empezar. Ahí está vuestro saquito, colocadlo en su lugar y no lo quiteis hasta que yo os dé la señal.

—*Siete sicuri.*

—Muy bien; carguemos otra vez.

Yo quise ayudarle en esta operacion, pero me dió á entender que era de demasiada importancia para abandonar el menor detalle á una mano profana. En efecto, comenzó por limpiar el oido con una pajita, despues tomó la pólvora necesaria contando literalmente los granos uno á uno, que debian componer la carga, echó despues un taco de cuero, pasó por el cañon un trapo grasiento, é hizo entrar la bala atacándola con un macito: despues sacó la pajita del oido, y colocando el saquito sobre el rastrillo me devolvió la escopeta.

Es una cosa muy rara que nada puede predominar á la cuestion de amor propio. Me encontraba en medio de una reunion de aldeanos cuya opinion debia serme tanto mas indiferente, cuanto que ninguno de ellos sabia mi nombre ni mi pais, é importábame muy poco el recuerdo de mi destreza ó torpeza que allí dejase. Sin embargo, cuando me acerqué á la carrera donde se tiraba, el corazon me palpitaba cual en las primeros tiempos de mi carrera dramática cuando oia en una primera representacion la señal para alzar el telon.

Habia un gran silencio y nadie se cuidaba de sí, para pensar en mí únicamente y para ver lo que haria. Habian visto que uno de los mas afamados tiradores de la comarca me habia prestado su arma, despues de habernos hablado algunas palabras en lengua estrangera; habian visto tambien la atencion que habia puesto en la carga de la escopeta, lo que era prueba de que no seria carga perdida: en fin, en el modo con que cogí la escopeta, vieron que me era familiar.

Desde entonces era evidente que el primer tiro se me habia ido, lo que equivalia á no haber tirado, y aguardaron el segundo para juzgar.

Asi tomé todas las precauciones necesarias: aparté del hombro todo lo que podia impedir que la culata encajase bien en él, elegí la línea de abajo á alto, y colocado delante del blanco céntrico, hice señal de que quitasen el saquito, y cuando estuve seguro de mi puntería apenas hube tocado el gatillo, salió el tiro, pero esta vez estaba tranquilo. Coloqué mi escopeta descansando sobre ella y me quedé esperando.

El hombre de la barraca salió de su escondite, miró el blanco, y tomando una bandera que estaba oculta detrás de él y volviéndola hácia nosotros la agitó tres ó cuatro veces en señal de homenage y saludo. En aquel momento todos aplaudieron palmoteando, y mi fiador me tocó en el hombro.

—¿Qué hay?

—Habeis dado en el centro.

—¿De veras?

—Palabra de honor.

Miré en torno mio, y en los ojos de todos vi que era verdad. En aquel momento llegó Francesco con mi carabina.

—Toma, le dije, *ve y da* este *thaller* á aquel que apunta los tiros y en cambio del blanco que me traerás.

Francesco obedeció, en tanto los tiradores me rodeaban para examinar mi carabina, hermosa arma de Lefaucheux, arreglada por Devernic, que se cargaba por la culata. Esta nueva invencion les era enteramente desconocida, de modo que no podian comprender el mecanismo de su construccion, la examinaban con toda la atencion de aficionados. Lo que mas les daba que hacer era lo corto del cañon, y no podian creer que tuviese mucho al-

cance. Entonces metí en el cañon un cartucho, y apuntando rápidamente á un pino aislado que se alzaba á doble distancia que el blanco, hice fuego.

Ni un tirador se quedó allí, todos echaron á correr para ver el resultado de un tiro que ellos dudaban que pudiese alcanzar tan lejos, saliendo de un cañon de siete pulgadas. El primero que llegó cerca del pino dió un grito que fué repetido por todos, la bala habia entrado dentro del tronco mas de una pulgada, en términos que en el agujero que habia hecho entraba pulgada y media de baqueta, Durante este tiempo volvió Francesco por otro lado trayéndome el blanco, desconchado por la bala.

Este incidente interrumpió el ejercicio: mi carabina causaba la admiracion de toda aquella agente, y casi hubieran creido que poseia un arma encantada á no haber principiado por hacer fuego con una de las suyas.

Mi protector se hallaba lleno de alegría; hubiérase dicho que le tocaba una gran parte de la gloria que acababa de adquirir, se aproximó otra vez, y poniéndome la mano sobre el hombro

—¿Sois cazador? me dijo.

—He nacido en medio de un bosque.

—¿Habeis cazado gamos?

—Nunca.

—Bueno, si acaso venis á Glaris, acordaos de Próspero Lehman, y venid á pedirle que os haga matar uno.

—Entendámonos, bien, si me lo prometeis cuento con ir por allí.

—Sereis muy bien recibido.

—No hay mas que hablar.

—Ahora, si quereis, dejadme tirar dos ó tres balas con vuestra carabina.

—¡Cómo dos! diez si quereis. Aquí teneis cartuchos en abundancia, ya sabeis el modo de serviros de ellos; me la devolvereis á la posada del *Cuerno de Caza*, en donde estoy alojado. Me voy para comer.

Al decir esto me despedí de los tiradores, petrificados de asombro de que se pudiesen inventar armas mejores que las de Berna y Lausana.

Al cabo de dos horas trajo mi carabina Lehman, que habia gastado hasta mi último cartucho, y acertado dos ó tres veces en el blanco, de modo que se hallaba estasiado ante el arma que me devolvia. Le enseñé mi escopeta de dos cañones, que era del mismo sistema, y acercándome á la ventana disparé á dos golondrinas que maté.

Esta última prueba trastornó enteramente los cascos del pobre cazador, y se concibe muy bien sabiendo que en Suiza no se conoce nuestra manera de cazar por los llanos, y que allí no se tira nunca mas que á punto fijo, y que aun en ciertas partes, como el Appenzell y la Turgovia, apoyan el fusil sobre una horquilla para tirar al blanco. La caza al vuelo ó á la carrera les es absolutamente desconocida, y un parroquiano de las llanuras de San Dionisio les escitaria en este punto su admiracion.

Pasé la noche con mi nuevo amigo, cuyo idioma empezaba á comprender: me contó sus cacerías por los montes de que era rey, y me renovó la invitacion de hacerme tomar parte activa en una de ellas. Yo le habia dado mi palabra ya, y le repetí, que aun cuando debiera desviarme de mi camino, no dejaria de ir á Glaris. El debia marchar al dia siguiente al Lenthal y yo á Lucerna; pero convenimos en que me despertaria á las cuatro de la mañana el dia siguiente, á fin de no separarnos sin haber consagrado nuestra amistad con un vaso de agua de cerezas.

Al dia siguiente, como habiamos convenido, me despertó Lehman, y cuando bajé al comedor hallé á todos nuestros tiradores de la víspera reunidos. Venian á despedirse de mí como de un hermano; la caza es una verdadera francmasonería.

Me separé de aquellas buenas gentes, que sin duda no volveré á ver mas en mi vida; pero que aunque ignoran mi nombre estoy seguro que han conservado mi recuerdo, y me puse en camino. El camino no me ofreció nada notable hasta llegar á Aljonach, en donde me detuve un rato en la posada con el hombre mas jovial que he visto. En fin, me puse en camino para Lucerna, contando con tomar un barco en Hergiswel ó en Steinbach.

Al salir de Gitad, el camino no sirve para ruedas hasta Winkel. No me sorprendió poco el hallarme en una revuelta del camino con un caballero con su criado que habiéndose metido con su carruage en un camino abominable, habian volcado y trataban de levantarlo. Me fuí hácia ellos preguntándome en mi interior qué diablo de idea aquel hombre razonable habia tenido en tratar de andar por tales parages, y confieso que no hallaba satisfactoria respuesta.

En cambio en el que parecia amo reconocí al inglés que cuatro ó cinco dias antes habia visto bajar tan aprisa del Righi dejando el guia á mi disposicion. Viendo que podia serle de alguna utilidad, preguntéle en mal inglés por qué casualidad le hallaba con un carruage en aquel camino de herradura. El inglés, que era un jóven alto, seco y pálido, se puso muy encarnado, tartamudeó algunas palabras que me hicieron creer al pronto que era tartamudo, y despues, reprimiéndose poco á poco llegué á comprender en medio de las vacilaciones de su lengua, que le habian dicho que podia pasar con su carruage.

—¿Y quién os ha dicho eso?

—Los suizos.

—Lo estraño, respondí yo, los habitantes de este pais son poco dados á este género de chanzas. ¿Qué les habeis preguntado?

—Si podria pasar por encima de estos montes un carruage, y les he señalado con el de-

do aquel mas alto que está alla abajo en el fondo.

—Si, el Brumg.

—No sé cómo se llama.

—¿Y qué os han respondido?

—Se han echado á reir y me han contestado que si.

—¿En qué lengua les habeis preguntado eso?

—En aleman,

—¿Con que hablais el aleman?

—Un poco.

—¿Y cómo habeis dicho? *Ascolta, Francesco, il signor inglese va parlare tedesco.*

—He dicho: *Kanor cinen vogel über dieser Berg fahren.*

—¿Qué es lo que significa la palaba *vogel*? dije yo á Francesco.

—Significa pájaro.

—¡Cómo! dijo el inglés.

—Y bien, ya me habia figurado esto, respondí yo: habeis tomado una palabra por otra: *vogel* por *wager*, y habeis preguntado si un pájaro puede pasar por encima de esos montes.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! esclamó el inglés.

—De modo que, los suizos, que han creido que os burlábais de ellos, se han echado á reir y os han respondido que si.

—Y bien, ¿qué hemos de hacer?

—Levantar vuestro carruage y volver á tomar el camino de Lucerna.

HISTORIA DE UN INGLÉS QUE TOMÓ UNA PALABRA POR OTRA.

Cuando se levantó el carruage, el cochero tomó á los caballos por la brida y los guió á pie. El inglés, Francesco y yo marchamos delante, y como el camino era mas cómodo para pedáneos que para cuatro ruedas, llegamos á Steinbach un cuarto de hora antes que el coche. Empleamos aquel cuarto de hora en buscar un carretero para que compusiese el destrozo que se hubiese hecho en el carruage del inglés. Pero el carretero en Steinbach era un personage desconocido, un mito fantástico, un ente de razon, pues no habia memoria allí de haber visto carruage alguno, y el del inglés habia escitado la curiosidad general. El inglés, que parecia muy tímido, estaba abatido por su mala ventura, su rostro se ponia alternativamente pálido y colorado, su lengua tartamudeaba, y era tan grande su cortedad que llegué á juzgar que era yo la causa. Asi me apresuré á decirle, que si no nos necesitábamos, estábamos prontos á despedirnos de él. Hizo entonces esfuerzos tan desconcertados para detenernos, que yo me confirmé mas y mas en mi opinion, y saludándole, continué mi viage.

Me detuve en Winkel; habia andado casi siete ú ocho leguas francesas, y no sentia descansar un rato. Envié á Francesco á que buscase un carricoche cualquiera en que meterme hasta Lucerna que distaba aun dos ó tres millas de Alemania, que equivalen á cuatro ó cinco leguas de Francia. Mientras andaba corriendo el pueblo, yo investigaba por la posada, y con no poco trabajo descubrí una polla cebada que el posadero contaba guardar para mejor ocasion, y que no me quiso ceder hasta que para decidir la cuestion me puse á desplumarla yo mismo. Con aquel asado y dos platos de huevos de diferente modo condimentados, me lisonjeaba con la perspectiva de una comida bastante confortable.

En el momento en que me llevaban la comida al comedor, mi inglés llegó con su carruage medio desmantelado, y al entrar preguntó si habia algo que comer, á lo que respondió el posadero, que un francés recien llegado lo habia tomado todo. Esta noticia pareció causar tan sensible dolor á nuestro *gentleman*, que olvidando inmediatamente los poco atentos modales con que habia agradecido el trabajo que yo me habia tomado para ayudarle á levantar su carruge, bajé á invitarle á participar de mi comida. Despues de haberse alternativamente puesto colorado y pálido cinco ó seis veces lo menos, y despues de haberse limpiado el sudor que le corria por la frente, á pesar de correr un aire muy fresco, aceptó, y se puso á la mesa con una torpeza tan grande, que llegué á pensar que nunca habia comido en buenas mesas. En esto llegó Francesco y me dijo en italiano que no habia podido encontrar ni una mala carreta.

—Entonces nos veremos obligados á continuar nuestro viage á pie.

—¡Oh Dios mio! si señor, dijo Francesco.

—Lleve el diablo este pais; nada se encuentra si no lo trae uno consigo, y aun así, añadí señalando el carruage del inglés que iban á componer, lo que uno trae se rompe.

—Pero, dijo mi convidado, si yo me atreviese.....

—¿A qué?

—A ofreceros un lugar en mi carretela.

—¡Atreveos, pardiez!

—¿Aceptariais?

—¡Cómo si aceptaré! con mil amores.

—De eso queria hablaros esta mañana cuando nos hemos encontrado; pero me encontraba tan embarazado.....

—¿De qué?

—De mi posicion.

—¿Cómo? ¿por que habiais volcado? ¡Vaya! esa es una desgracia que puede sucederle á cualquiera, sobre todo yendo por malos caminos: no hay por que tener embarazo por eso.

—¡Ah! gracias, porque me tranquilizais. Me aliviais de un gran peso.

—¡Cómo! ¿os intimido yo? Vamos, sois muy bueno.

¿Quereis quitaros vuestro fraque?

—Gracias, no tengo calor.

—Estais sudando á mares.

—Es que la sopa estaba muy caliente.

—Debíais haber soplado, ó esperar á que se enfriase.

—Os habeis comido ya la vuestra y queria alcanzaros.

—¡Teniamos tiempo! ¿Por qué no me lo habeis dicho que queriais que fuésemos los dos iguales? os habria aguardado. ¿Pero conoceis el italiano?

—Si, señor.

—Entonces, si no teneis inconveniente, hablemos esa lengua en vez de hablar inglés, pues apenas de cuatro palabras comprendo una.

—No sé si podré.

—Veamos, haced la prueba: *Volete ancora un pezzo di cuesta perdice.*

Y bien, ¿qué teneis?

—Nada, nada, dijo el inglés poniéndose como un carmesí y dando en el suelo una patada... nada.

—Pero hombre, si os ahogais. Aguardad, aguardad, os daré unos golpes en la espalda... Bebed encima, bebed bien..... va pasando, ya estais mejor ¿no es verdad?

—Si señor.

—Y bien ¿qué habeis tenido? veamos.

—Vuestra pregunta me ha sorprendido.

—No tenia nada de irregular, os preguntaba si queríais mas perdiz aun.

—Si, pero me lo preguntábais en italiano, he querido responderos en la misma lengua, y me he atragantado.

—Amigo mio, os aconsejo que dejeis esta timidez, que al fin y al cabo debe incomodaros mucho.

—Es muy seguro, me respondió el inglés con un aire profundamente triste.

—Bueno, pues es preciso curaros.

—Imposible, desde que tengo uso de razon soy así, y he hecho todo lo que he podido para vencer esta desgraciada organizacion, y he concluido por renunciar aun hasta á la esperanza. Por eso viajo; he hecho tantos disparates en Inglaterra, que me vi obligado á salir de Lóndres, pero esta desgraciada cortedad me sigue en todas partes. Ella ha sido causa de que os hiciera una grosería esta mañana, por ella he comido la sopa casi hirviendo, y por ella he estado á punto de ahogarme hace poco cuando queria responderos en italiano, que es la cosa mas fácil del mundo. Os aseguro que soy muy desgraciado.

—Pero á lo menos sois rico, segun parece.

—Tengo cien mil libras de renta.

—¡Pobre jóven!

—Si señor, si. De buena gana daria setenta y cinco mil, ochenta mil, lo daria todo por ser un hombre como los demas, por que con lo que yo sé me crearia una posicion honrosa, y adquiriria fama tal vez, mientras que ahora con mis cien mil libras de renta y mi tontería debo morir de esplin.

—¡Bah! ¡bah!

—Pues es como os lo digo. No sabeis, no podeis saber tampoco que cosa es estar uno convencido de que vale algo, tanto á lo menos como la mayor parte de los hombres, y ver gentes sobre las cuales tiene uno la conciencia de superioridad, que le llevan la ventaja en todas partes, que pasan por instruidos y yo por ignorante, por de talento ellos, y yo por imbécil, que se hacen dueños de las casas de donde me echan y en donde desearia uno de buena gana estar siempre. Mas tarde, si me atrevo á contaros mis penas, comprendereis cuanto he sufrido con mis cien mil libras de renta, que el diablo cargue con ellas, ya que no me han acarreado mas que disgustos y humillaciones.

—Contadme esto en seguida; esto os aliviará.

—No me atrevo todavía.

—Vamos, ya os arreglareis para eso.

—Mirad y ved cuan colorado me pongo solo de pensarlo.

—Efectivamente, lo estais como un tomate.

—Pues bien, cuando me sucede esto no tengo mas remedio que echar á correr.

—No corrais por que yo iria detrás.

—¿Para qué?

—Para saber vuestra historia: yo estoy formando coleccion de ellas.

En aquel momento entró el posadero. La comida se habia terminado, y la carretela estaba arregada y así pedi la cuenta de nuestro gasto. El inglés sacó un bolsillo lleno de oro, que pasó de una á la otra mano, y yo le pregunté.

—¿Qué vais á hacer?

—Me parece....

—Me parece que yo os he convidado, y puesto que soy el anfitrion yo debo pagar y no vos; ademas quiero poder alabarme de que he dado de comer á un hombre que tiene cien mil libras de renta.

—Muy bien, pero á condicion de que cenarais conmigo.

—Con el mayor gusto, pero me permitireis de que yo me encargue del ponche.

—¿Y eso por qué?

—Porque quiero hacerlo de modo que suelte vuestra lengua. ¿No os habeis emborrachado nunca?

—Nunca.

—¡Pues bien! probadlo, es un escelente remedio contra el esplin.

—¿Lo creeis asi?

—De veras.

—No me atreveré nunca.

—¡Qué bueno sois! vamos, vamos al carruage.

—Al carruage, y á gran galope hasta Lucerna, dijo el inglés con aire resuelto.

—No, no, al paso, si gustais, porque yo no tengo costumbre de volcar, y esto turbaria mi digestion.

—Pues bien, al paso, que tambien me gusta ir al paso.

Sentámonos los dos en la testera. Francesco subió al pescante con el cochero, y nos pusimos en camino.

Al llegar á Lucerna el inglés y yo teniamos ya tal intimidad que apenas se ponia colorado al hablarme, y hasta se habia atrevido á hacerme una ó dos preguntas.

Nos apeamos en el *Caballo blanco*, y mi primer cuidado fué preguntar al tio Franz por la salud de Jollivet: no podia éste ir mejor, y estaba fuera de cuidado. Ninguna de las balas habia penetrado en el pecho, la una habia resbalado por encima de una costilla, y habia salido por cerca de la columna vertebral, y la otra habia únicamente rozado los pectorales. Eché una mirada en torno mio, y no vi á Catalina: no tuve la indiscrecion de preguntar dónde estaba, y me fui en seguida á mi cuarto, que estaba desocupado. Mi compañero de viage se quedó detrás para encargar la cena.

Hay en las posadas suizas una cosa escelente que se buscaria en vano en las francesas, y son los baños, grande y delicioso remedio para el cansancio. Esto es mucho mas hospitalario, si se observa, como yo lo tengo visto, que los suizos no toman parte en este goce que reservan esclusivamente para los estrangeros. En cuanto á mí, mi pieza de estudio y trabajo por lo comun era el baño; allí escribia mis notas diarias, y no sé si lo cómodo y agradable que me hallaba en tales casos ha dado ese tinte de benevolencia hácia los hombres, y de admiracion por las cosas, que me encuentro ahora desde la primera hasta la última página de mi album.

Del baño me habia pasado á la cama, y en ella dormia lo mas profundamente del mundo, cuando vinieron á despertarme para decirme que la cena estaba lista. Costóme un poco reponerme; me habia olvidado completamente del inglés, de su carruage y de la cena, que entonces, lo confieso, habria deseado que no me los hubieran recordado.

Sin embargo, me levanté y bajé, y al atravesar la cocina vi en movimiento todas las cocineras, los asadores al aire y las cacerolas en revolucion. Pregunté si habia alguna boda en la posada, y si podria en ella bailar si tal habia; pero me respondieron que todos aquellos preparativos eran para nosotros. Hubo un momento en que llegué á creer que para honrarme, el inglés debia haber convidado al ayuntamiento de Lucerna, pero me desengañé al entrar en el comedor; no habia mas que dos cubiertos en la mesa.

Nos sirvieron una comida para quince personas, y como nosotros, haciendo un gran esfuerzo, comimos apenas lo que pudieran tres, nuestras sobras, por tres dias consecutivos, debieron abastecer la posada del *Caballo Blanco.*

El inglés soportó valerosamente el asalto, comenzaba evidentemente á acostumbrarse á mi trato; habia comenzado por ponerse colorado al volverme á ver, pero paulatinamente fué desapareciendo aquel rubor, que no era natural de sus megillas. Al fin de la cena, cuando se trajo el ponche, estaba ya bastante natural, y gracias á algunos vasos de vino de Champagne, que le habia decidido á beber, comenzaba á hablar casi como hablamos todo el mundo. Ví que habia llegado la mejor ocasion para abordar los negocios serios.

—Y bien, le dije al tiempo de llenarle de ponche el vaso. ¿Qué hemos hecho del esplin? Me parece que se ha quedado en el fondo de la segunda botella de vino de Champagne.

—Si, me respondió con el acento propiamente melancólico de un hombre que empieza á estar alegre. Si estuviéseis siempre conmigo, creo que acabaria por retirarse y quedaria libre para lo porvenir. ¡Pero lo pasado! lo pasado existiria siempre.

—¿Tan terrible es, pues, lo pasado?

—¡Ah! esclamó el inglés lanzando un suspiro.

—Vamos, vamos, confesémonos.

—Llenadme otro vaso de ponche.

—Ahí va; pero hablad despacito, si gustais, para que no os pierda ni una palabra.

—Si no tuviese este miedo, dijo el inglés vacilando.

—¡Qué, todavia!

—Trataria de contaros esto en francés.

—¡Cómo en francés! ¿Con que sabeis el francés?

—A lo menos lo he aprendido, me respondió cambiando de idioma, y dándome la prueba por respuesta.

—Amigo mio, sois polígloto en primer grado, y me haceis sudar hablandoos en italiano, que yo chapurreo únicamente, ó bien inglés que no hablo ni una palabra, cuando sabeis el francés como un hijo de la Turena. Hablad, pues, hablad. Me parece á mí que os burlais con esas ideas de timidez, de esplin y de misantropía. Desde ahora os prevengo que vuelvo á mi lengua materna, y que no salgo ya mas de ella: por otra parte, quien debe de hablar sois vos y yo únicamente oir. Todo lo mas que haré será serviros ponche en el vaso: vamos, ahora ya no os daré mas que al fin de cada capítulo. A la salud vuestra, y para que Dios os desate la lengua como al jóven Ciro. ¿Sabeis el persa?

—Iba á aprenderlo cuando tuve la desgracia de heredar de mi tio las cien mil libras de renta, causa de todos mis pesares.

—Comenzemos por el principio. Pues señor, habia una vez...... ahora os toca continuar.

—Primero es menester que sepais mi nombre.

—Tendré mucho placer en saberlo.

—Me llamo Williams Blimdel. Mi padre era un modesto labrador de las cercanías de Lóndres, que no habiendo recibido grande educacion, sintió toda su vida el haber permanecido en su primitiva ignorancia. Asi en vez de dedicarme á la labranza como era muy razonable, tuvo la fatalidad de hacerme sabio, y me envió á la universidad con intencion de que fuese sacerdote. Mi llegada causó una sensacion particular, por que yo siempre he sido alto y delgado, y teniendo el pelo de color de algodon; aunque habitualmente pálido, á la menor emocion me he puesto siempre colorado como un pimiento, y por esta razon he sido recibido con risas y cuchicheos por mis camaradas, principiando desde aquel dia mis infortunios. La certeza de que yo era un objeto de burla entre mis condiscipulos, el conocimiento de mi torpeza y timidez, y por fin, el aislamiento necesario por esto, fueron causa de que durante diez años que estuve en la universidad, no tomase parte en ninguno de los juegos que son la recompensa de los trabajos de los niños. Lejos de esto, ocupaba estudiando mis horas de recreo, y mis compañeros, que no podian dar con el verdadero motivo de mi soledad, juzgaban que yo no lo hacia mas que para captarme la benevolencia de mis maestros; me acusaban de hipócrita, mientras yo á mis solas lloraba á lágrima viva oyendo sus gritos de alegría, y haciéndome pagar con crueles burlas los triunfos que sobre ellos conseguia.

Al principio soporté todas estas tribulaciones con constancia y resignacion; pero al cabo de diez y ocho meses ó dos años, se me hizo intolerable aquella vida, y hubiera muerto, creo, si la casualidad no me hubiese deparado un consuelo.

Las ventanas de nuestra escuela, elevadas á seis pies del suelo, á fin de que ningun objeto esterior distrajese el estudio de los alumnos, daban sobre un jardin consagrado, asi como el nuestro, á la diversion de un colegio de señoritas. Mientras en una parte oia yo gritos estrepitosos, oia á veces en la otra parte cantos deliciosos. Sin embargo, pasaron diez y ocho meses, como he dicho, sin que me ocurriese la idea de mirar por aquella ventana y distraer mis voluntarias penitencias por el espectáculo de la diversion de mis jóvenes vecinas, y cuando me ocurrió esta idea pasé aun una porcion de tiempo antes de llevar á cabo aquella idea, sin disfrutar mas placer que una distraccion maquinal, que embotaba momentáneamente el recuerdo de mis dolores: mas al fin fuéme necesaria aquella distraccion, y apenas el maestro salia, dando el descanso de una hora y cerraba la puerta de la escuela, donde siempre me quedaba solo, ponia los bancos sobre la mesa, las sillas sobre los bancos, y subiéndome encima, echaba mis miradas distraidas sobre aquel enjambre de niñas que salia de la colmena y venia á zumbar hasta bajo las paredes de mi encierro. Entonces sentia que la naturaleza se habia engañado haciéndome hombre, y que si yo hubiese sido de un sexo diferente, todos mis defectos hubieran sido virtudes, mi debilidad física una gracia, mi cortedad pudor, y solo mi pelo amarillento y mi rostro tan pronto pálido como colorado, á nada venia bien; pero al menos aquellas jóvenes tenian velos, bajo los cuales ocultaban los suyos.

Su recreo empezaba y concluia un cuarto de hora antes que el nuestro, y esto me servia de regla; cuando las veia entrar á las unas detras de las otras, y desaparecia detras de la puerta el vestido azul celeste de la última, bajaba yo de mi pedestal, ponia cada cosa en su lugar, y cuando los maestros y mis camaradas volvian, me encontraban echado sobre los libros, y ni sospecha tenian de que hubiese interrumpido mi trabajo.

Hacia ya dos ó tres meses que me procuraba esta distraccion todos los dias, conocia de vista á todas las educandas, estaba al corriente de sus hábitos, y hasta diria de sus caractéres; eran para mí cual flores vivas en un tapiz riquísimo. Sin embargo, tan indiferentes me eran unas como otras, y mi afecto se repartia entre todas como sobre hermanas.

Un dia, entre todos aquellos rostros jóvenes conocidos, ví uno nuevo que no habia nunca visto: era el de una niña sonrosada con cabellera rubia, con cabeza como la de un querubin. Aquella encantadora carita estaba llena de lágrimas. La pobre niña acababa de separarse de su familia, y creia no poder consolarse nunca mas. El primer dia sus compañeras quisieron distraerla en vano; la herida estaba todavía demasiado fresca, y debia verter toda aquella sangre del corazon que se llaman lágrimas. Este episodio de mi novela me conmovió profundamente, veia yo un punto de semejanza entre aquella pobre niña y yo; pensaba que cual yo iba á llevar una vida triste y aislada, y sabiendo lo que yo habia padecido, la tenia compasion, por lo que iba á padecer.

El dia siguiente trepé á lo alto de mi pirámide con mas afan que tenia de costumbre hacerlo. Mi mirada abarcó todo el jardin: las muchachas jugaban como de costumbre, y la recien llegada estaba sentada al pie de un árbol entre otras dos niñas, que para consolarla se habian traido los mas lindos juguetes y sus mas ricas muñecas. La pobre reclusa no lloraba ya, pero tampoco jugaba. Toda la hora de recreo la pasó escuchando los consuelos de sus dos amigas, á las cuales dió la mano al irse. Al dia siguiente, su lindo rostro no conservaba mas que débiles rastros de tristeza, y comenzó á tomar parte en los juegos de sus nuevas amigas; en fin al cabo de ocho dias

habia olvidado con la ligereza de la infancia aquel nido maternal, fuera del cual, débil avecilla, habia creido que no podria vivir.

No habia mas que yo cuya desgraciada organizacion no supiese hallar mas que penas donde descubrian los demas placeres. Con esta certidumbre se aumentaban mas y mas mi tristeza y cortedad, y continué la dolorosa existencia que habia empezado y de la cual no tenia fuerza para salir.

Sin embargo, un rayo dorado y alegre acababa de iluminar una parte de mi existencia Entre mis veinte y cuatro horas sombrías tenia una hora de sol; era la hora que pasaban jugando las niñas bajo mi ventana. La última que habia entrado, á quien oia llamar Jenny, era ya tan loca y tan risueña como sus compañeras; y aunque al principio me supo mal que no hubiese conservado aquella tristeza que la unia mas íntimamente conmigo, concluí al fin por perdonarla al verla tan dichosa. Todos los dias aguardaba aquella hora de recreo con impaciencia. Apenas habia llegado, cuando yo ocupaba ya mi sitio acostumbrado. Hubiera podido decir que no vivia mas que durante aquella hora, y que lo demas del tiempo aguardaba la vida.

Llegaron las vacaciones: las ví llegar casi con terror: eran seis semanas, durante las cuales no iba á ver á Jenny. La idea de volver al seno de mi familia que me amaba tanto, de volver á ver á mi padre, que desde la muerte de mi madre habia concentrado en mí todo su afecto, no eran mas que un débil consuelo á mis penas. Solo entre los demas compañeros que estaban llenos de alegría por la llegada de esta época, persistia triste y pensativo. Sin embargo, estaba muy distante de pensar en el esceso de pesar que me amagaba. Yo habia siempre presumido que la época de las vacaciones era la misma en ambos establecimientos, y calculaba el número de dias que me quedaban para ver á Jenny, cuando una mañana al subir á mi acostumbrado tablado hallé vacío el jardin.

No comprendí al pronto la causa, creí que á mí se me habia adelantado la hora y retrasado á las niñas; esperé que se abriese la puerta, por donde solia salir aquella bandada de palomas; pero permaneció cerrada y el jardin desierto. Entonces comprendí la verdad, mi corazon se comprimió, y corrieron por mis ojos silenciosas lágrimas. No pudiendo ya calcular la hora por la retirada de las pensionistas, me estuve allí llorando, al volverse á abrir la puerta para la segunda leccion me sorprendieron con los ojos llenos de lágrimas sobre mi tablado. Quise bajar aprisa, se me resbaló un pie, caí de cabeza sobre la esquina de un banco; levantáronme desmayado, me llevaron á la enfermería, con la cabeza abierta por esta herida, de la que conservo esta cicatriz que todavía veis.

Mis maestros me amaban en razon inversa del odio que me tenian mis compañeros. Para ellos era yo un niño dócil, humilde y trabajador: nunca me habian tenido que castigar por perezoso, travieso ó desobediente, y la facilidad que yo tenia en aprender y retener lo que aprendia, les hacia esperar que seria con el tiempo una lumbrera de la Iglesia.

No calculaban que mi timidez, pues no vivian en el mundo, podria ser tan fatal, y no hacian nada para hacérmela perder. De ahi es que mi desgracia causó un general pesar á todos mis profesores, prodigáronseme los mayores cuidados; y gracias á la general benevolencia que me manifestaron pude tomar mis vacaciones al mismo tiempo que los demas estudiantes.

Llegado á casa de mi padre, el buen hombre, que no tenia en el mundo á nadie mas que á mí, vió el bello ideal de la perfeccion en su hijo, y le hacian concebir este error las brillantes notas de mis profesores: hasta me encontró alto y mas hermoso, ¡pobre padre! Mi reputacion de sábio me habia precedido á mi casa. Todos los mozos, criados y sirvientes no me llamaban mas que el doctor, y mi padre para hacerme digno de este título por las apariencias, como me creia serlo de hecho, me mandó hacer casaca negra, chaleco negro, calzon corto negro, color que parecia hecho á propósito para exagerar la longitud de mi talla y lo exiguo de mi persona.

Sin embargo, yo continué triste y pensativo en medio de los labriegos y de los criados: no porque fuese tanto mi embarazo entre ellos como entre mis superiores ó iguales, si no porque no podia olvidar la cabeza rubia de Jenny que veia todos los dias á la misma hora. Aquella hora la pasaba solo en mi cuarto, al pie de un árbol ó á la orilla de algun arroyo, la dedicaba enteramente al recuerdo del jardin, que yo veia siempre con su césped, sus flores, sus árboles, y con toda aquella gozosa infancia que lo poblaba. Viéndome preocupado mi padre, quiso llevarme á Lóndres para distraerme. Nuestra hacienda solo distaba una jornada, aunque larga, de la capital, y enganchando el caballo á un carricoche, llegamos á Lóndres en dia y medio.

Allí volvieron á empezar mis tribulaciones. Mi padre no habia dejado para honrarme mas, de hacerme poner el trage que me habia hecho hacer, y que despues de mucho tiempo no era de moda en Lóndres ni aun para las personas de una edad avanzada. Todos los muchachos que encontraba llevaban un vestido análogo á su edad, solamente yo iba hecho una caricatura grotesca de otra época. Conocí cuan ridículo estaba, y esto aumentó mi sorpresa, no sabia que hacer de mis brazos tan largos, ni de mis piernas tan delgadas: mi rostro pasaba en un cuarto de hora de la palidez mas clara al carmesí mas subido. Mi padre no comprendia nada de lo que pasaba en mí, y trabajo le costaba en no detener á los

transeuntes y decirles:—Mirad este gallardo mozo que no tiene mas que quince años, ya lo veis, es un pozo de ciencia.

El segundo dia de nuestra llegada pasábamos por la calle del Regente (*Regent Street*) para ir á San James; producia yo mi efecto acostumbrado en cuantos me rodeaban, corriéndome el sudor por la frente como de costumbre, cuando á traves de la nube con que la vergüenza cubria mi rostro, me pareció reconocer á Jenny en un coche que venia corriendo hácia nosotros. Era en efecto la misma cabeza rubia con las megillas sonrosadas, el color blanco, y su límpida mirada. Acercábase aquella vision, no habia duda, era ella.... era Jenny..,.. Detúveme por que no podia dar un paso adelante, me pareció que toda mi sangre se agolpaba á mi cara, y estendí los brazos hácia el coche, gritando con voz ahogada.—Jenny, Jenny.—Me vió sin oirme, y enseñándome inmediatamente á su padre que estaba á su lado, esclamó riendo:—Papá, mira que raro va aquel muchacho vestido de negro.... El coche pasó arrastrado por el galope de dos caballos magníficos, llevándose mi vision y dejándome el alma profundamente traspasada por el efecto que habia producido en la jóven que sin saberlo ella tanta influencia habia adquirido sobre mi vida.

Aquel encuentro fué el único suceso notable que ocurrió durante las vacaciones. Pasó el tiempo de su duracion, y llegó el dia de volver á la universidad. Mi padre no dejó de añadir á mi equipage el maldito trage negro que tan fatal me habia sido, y volví para continuar aquella educacion que el autor de mis dias no habia recibido, y con la que contaba tanto para dar á su hijo una consideracion de la que gracias á su ignorancia no habia gozado él en toda su vida.

Fuí acogido por mis maestros con el mismo afecto, y con la misma antipatía por mis camaradas. Entramos á la escuela, y como de costumbre fuéronse todos al patio al llegar la hora de recreo, y yo solo quedé fijo en mi pupitre sobre mis libros. Apenas estuvo cerrada la puerta, reconstruí mi tablado; sin embargo, el corazon me palpitaba horriblemente. ¿Las vacaciones del colegio contiguo se habian acabado? ¿Y si se habian acabado habria vuelto Jenny? Quedé un largo rato de pié sobre la mesa sin atreverme á subir; decidíme, en fin, llegué á la cumbre de mi pirámide, eché los ojos al jardin, respiré; corrieron lágrimas de mis ojos, Jenny estaba entre sus compañeras, habia vuelto, tenia delante de mí diez meses de felicidad.

Asi se pasaron cinco años durante los cuales se acabó mi educacion. Sabia el griego como Homero, y el latin como Ciceron, hablaba el francés, el italiano y un poco el aleman, y era uno de los sobresalientes en matemáticas y en álgebra. Todas estas cosas reunidas y ademas todavía mi desgraciado carácter, me habian determinado á seguir la carrera del profesorado. El director del establecimiento en donde yo habia estado siete años me propuso asociarme á su empresa, y, salvo el beneplácito de mi padre, acepté, sin darme cuenta en el fondo de mi corazon que lo que me determinaba, era el deseo de seguir viendo á Jenny, que nunca me habia visto mas que en el malhadado dia en que mi grotesco aspecto habia escitado su hilaridad.

Con todos estos proyectos en la cabeza, salí para pasar las últimas vacaciones, no deviendo volver á la institucion sino en clase de profesor.

Pero como decís los franceses el hombre propone y Dios dispone.

—¿Estamos al fin del primer capítulo? interrumpí yo.

—Justamente, respondió sir Williams.

—¡Pues bien! entonces un vaso de ponche, esto os dará fuerzas para abordar las terribles situaciones que preveo en el porvenir.

Sir Williams lanzó un suspiro, y bebió un vaso de ponche.

Llegué á la granja de mi padre con la firme resolucion de llevar á cabo el proyecto que acabo de contaros, cuando cambiaron completamente el estado de mis negocios dos acontecimientos inesperados: murió mi pobre padre, y me llegó un tio de la India.

Poco habia oido hablar yo de este tio, que todo el mundo creia muerto hacia muchísimo tiempo, y llegó justamente para cerrar los ojos de su hermano. Como hacia ya mas de treinta años que mi padre y él se habian separado, no fué muy grande su dolor; pero yo estaba inconsolable. Muchas veces me habia hecho sufrir la ignorancia de mi padre, la posicion inferior que ocupaba en la sociedad, y de ahí el trato y costumbres patriarcales que habia conservado; pero muerto aquel respetable anciano, desapareció la parte material y se borró todo recuerdo ante su sombra tan querida y amante. Recordaba entonces, con agudo dolor, las menores desazones que le habia dado, y lloraba amargamente cuando me asaltaba su memoria. Mi tio no podia comprender este exagerado dolor; pero como, segun él, era indicio de un buen corazon, y no tenia otro pariente en el mundo, puso en mí la pequeña parte de afecto que podia separar de la gran cantidad de amor que se tenia á sí mismo. Un dia que yo me hallaba mas triste que de costumbre, me ofreció dar un paseo con él. Le acompañé maquinalmente, pero por preocupado que estuviese, le ví tomar el camino de su castillo, distante una legua y media de nuestra hacienda, el cual habia quedado entre mis recuerdos de niño, como un palacio de encantadoras que veia siempre resplandeciente á traves del velo movedizo de los corpulentos árboles, que se alzaban en torno de él.

Llegados á una puertecilla del parque, ví que mi tio sacaba una llave de su bolsillo y

que abria aquella puerta. Le detuve, preguntándole lo que hacia.

—Voy á entrar, me dijo.

—¡Cómo! ¡vais á entrar! ¡pero este castillo!

—Es de un amigo mio.

—Pero tio, contesté poniéndome encarnado como un carmesí, pero yo no conozco á vuestro amigo.. .. tampoco vengo prevenido para visitar á un gran señor...., os dejo, me voy.... me escapo.

—Vamos, vamos, dijo mi tio agarrándome por el brazo, yo creo que eres loco. El propietario de este castillo es un buen hombre que no gasta cumplimientos, un hombre como yo, que te recibirá perfectamente, y de quien espero quedarás muy contento.

—¡Imposible, tio, imposible! Os lo suplico. ¿Pero qué haceis?.....

Mi tio habia cerrado ya la puerta.

—He venido sin vestir.

Mi tio se metió la llave en el bolsillo.

—¿Y si hubiese señoras?.... ¡ay! ¡me moriria de vergüenza!

Mi tio iba delante silbando el *God save the king*. Me fué preciso seguirlo: las piernas me flaqueaban, la sangre se me arrebató á la cabeza, y al través de una nube veia objetos por delante de los que pasaba. Al llegar á la puerta vi á un caballero que llevaba una casaca verde llena de bordados con unas enormes charreteras y un gran sable. Lo tomé por un general y lo hice un saludo hasta el suelo. Mi tio pasó por delante de él sin quitarse el sombrero, dejándome aturdido de su impolítica. Sin embargo, no se ofendió el caballero de la casaca verde, el que nos siguió á corta distancia. Luego encontramos en el vestibulo un hombre negro en trage oriental tan rico, que me recordó á uno de los reyes magos que visitaron al niño Jesus, y buscaba yo interiormente en mi memoria de qué manera se aproximaba uno á los rajah de la India, para hacerlo delante de aquel personage, y ya iba á arrodillarme, y á ponerme las manos en la cabeza, cuando mi tio se quitó su levita y se la tiró sin cumplimiento alguno al sectario de Vish-nou. Esta última accion trastornó todas mis ideas, y yo no sabia en donde me hallaba, vivia mecánicamente, creia soñar. Mi tio continuaba andando y yo detrás de él. En fin, llegamos á un delicioso pabellon que se componia de una habitacion completa de la mas grande elegancia.

—¿Qué te parece esta habitacion? dijo mi tio.

—Me parece el palacio de un rey, respondí todo asombrado.

—¿Con que te conviene?

—¡Cómo, tio mio!

—Quiero decir que si vivirias gustoso aqui.

Quedé sin saber qué decir, con la boca abierta y la cabeza completamente perdida. Mi tio tomó naturalmente mi silencio de admiracion por consentimiento, y añadió tocándome en el hombro:

—Pues bien, esta habitacion es la tuya.

—Pero tio, dije reuniendo todas mis fuerzas, ¿pero este castillo de quién es?

—Mio, pardiez.

—¿Luego, sois rico, tio?

—Tengo cien mil libras de renta.

Al pronto me parecia que mi cabeza iba á estallar; apoyé mi frente en el mármol de la chimenea. En cuanto á mi tio, encantado del inesperado efecto que me habia causado, se retiró diciéndome, que si tenia necesidad de algo no tenia mas que tocar la campanilla, y que el negro y su cazador estaban á mis órdenes.

Si os he dado una idea de la timidez de mi carácter podeis representaros mi situacion: media hora me quedé abismado con el peso de tan imprevisto acontecimiento, y por último me levanté. Al primer paso que dí, vi mi persona reproducida en tres ó cuatro espejos inmensos, y confesaré con toda humildad, que cuanto mas me ví, mas indigno me hallé de habitar el lugar en que me encontraba. No solo mi trage era comun, sino que, como se habia hecho el año anterior, y á pesar de mis veinte y un años crecia uno, el fraque me venia corto de mangas, y los pantalones de pierna. Lo era tanto tambien mi chaleco, que cual un justillo de Alberto Dureto ó de Holbein, dejaba ver la camisa entre él y el pantalon, sino tambien las hebillas de los tirantes. Todo esto estaba bien, todo esto era bueno naturalmente en la pobre granja de mi padre, pero en un palacio encantado hacia tanto contraste con los objetos que me rodeaban, que yo buscaba un sitio donde esconderme, y apenas lo hube hallado me metí en él como una liebre en su madriguera, y me quedé allí á meditar.

No sé cuanto tiempo permanecí así: el cazador que yo habia tomado por un rajah vino á anunciarme que estaba la comida en la mesa, y me esperaba mi tio. Bajé; por fortuna se hallaba solo y respiré.

Al fin de la comida, cuando le trajeron su ponche y el negro le encendió la pipa, despidió á los criados y quedamos solos los dos. Mi tio, que parecia estar preocupado; aspiró y arrojó el humo de su pipa sin hablar palabra alguna, pero de repente, rompiendo el silencio:

—¡Y bien, Williams! me dijo.

Yo que no estaba preparado, dí un brinco en mi silla.

—¡Y bien, tio! contesté tartamudeando.

—Es necesario que nos ocupemos un poco de tí, hijo mio. Cuando yo llegué, tu pobre padre tenia bastante en ocuparse de él. Yo me eché á llorar y no pude preguntarle qué pensaba hacer de tí. Vamos, ahora ¿por qué lloras? Tú que sales del colegio debieras ser mas filósofo. Ayer le tocó á mi hermano, mañana á mí; dentro de ocho dias á tí tal vez; es menester tomar la vida por lo que vale, por lo que dura: ¿no ves? todas tus lágrimas no resu-

querian al pobre Jack-Blundel: así créeme: enjugate los ojos, bebe un baso de ponche, toma una pipa y hablemos como dos hombres.

Di las gracias á mi tio en cuanto al ponche y á la pipa, y me enjugué los ojos tratando de no llorar mas.

—Ahora veamos cuáles son tus proyectos para el porvenir, dijo mi tio mirándome de reojo.

—Yo queria dedicarme á la educacion, y creo que los estudios que he hecho me hacen capaz de esa santa mision.

—¡Ta!... ta!... ta!... dijo mi tio. Eso estaba bueno cuando eras el hijo de un pobre labrador; pero ahora eres el sobrino de un rico nabab, y la cuestion muda de aspecto. Yo no tengo hijos, y gracias á Dios, como no cuento casarme, no los tendré jamás, y todo lo que yo poseo ha de ir á parar á tí. Curioso seria ver un maestro de escuela con cien mil libras de renta. Comprende que esto es imposible. Vamos, pensemos mas alto, señor gentleman.

—¿Qué quereis, querido tio? yo no puedo desistir; yo no soy mas que un pobre tonto que no sé nada de mundo, y no sé de la vida mas que trabajar y estudiar, y con el permiso vuestro, lo mejor que puedo hacer es seguir mis primeras ideas.

—¡Tus primeras ideas! ¿estás loco? Con tu fortuna ó con la mia, que para el caso es igual, segun seas avaro ó vanidoso puedes aspirar á los mas ricos partidos de Lóndres, ó bien enlazarte á una familia noble que esté arruinada y le de importancia.

—¡Yo casarme, tio! esclamé.

—¿Y por qué no? ¿has hecho voto de celibato?

—¡Casarme yo!... podré casarme, podré unirme con..... El nombre de Jenny estaba ya en mis lábios: era la primera vez que concebia la idea de tanta felicidad. Poseer aquella niña rubia y encantadora, que por seis años habia sido todo para mí..... ¡Casarme con Jenny!... ¡hacerla mi esposa!... ¿era esto posible?... Mi tio me decia que con sus riquezas podia aspirar á todo, y la esperanza solamente me daba ya mas felicidad que la que yo podia soportar. Sentí que me ahogaba, que iba á ponerme malo, y me salí de aquella pieza y me fui corriendo al jardin buscando la frescura del aire. Mi tio creyó que estaba loco, y pensando que cuando me hubiese pasado aquel arrebato volveria, pidió mas tabaco y mas ponche, llenó por segunda vez su pipa, y por tercera su vaso, y continuó fumando y bebiendo.

¡Ah! mi tio era un hombre de muy buen sentido.

Cuando yo hube dado dos ó tres vueltas por el jardin corriendo, y calmado á mis latidos, volví á entrar en el pabellon mas sosegado: encontré á mi tio en el mismo sitio acabando de fumar su tercera pipa, y el segundo bol, con la misma calma y voluptuosidad.

—Y bien, me dijo: ¿insistes siempre en ser maestro?

—Aunque esta es mi voluntad real y verdadera, creo que Dios no lo quiere, pero yo me acuerdo haber visto alguna vez á algunos de esos jóvenes que llaman gentes de mundo, hechos para frecuentar la sociedad, y para agradar á las mugeres, os confesaré, tio, que cuanto mas me acuerdo de ellos, mas me parecen de otro género que yo, susceptibles de una perfeccion á que yo no puedo llegar.

Mi tio se echó á reir.—Ves tú, Williams, me dijo, así que se le hubo pasado el acceso de la risa. Toda la diferencia que hay entre ellos y tú consiste en que ellos tienen la cabeza llena de términos de caza, de corridas de caballos y de apuestas, y tú de términos latinos, griegos y hebreos. Cuando hayas olvidado lo que sabes para saber lo que saben ellos, tú harás un caballero tan inútil, tan impertinente, y por consiguiente tan *presentable* como cualquiera de ellos. Tú déjame solamente hacer, y yo me encargo de tu educacion.

Di las gracias á mi tio por sus bondades, y cuando dieron las ocho en el reloj le pedí licencia para subir á mi cuarto á dormir, pues no solia recogerme tarde. Mi tio me hizo con la mano una señal de que podia retirarme, volvió á encender la pipa que se habia apagado en aquel acceso de alegría, y llamó al criado para que fuese á buscar otro bol de ponche.

Adivínase fácilmente que si me retiré á mi cuarto no fue para dormir. Parte de la noche la pasé soñando con los ojos abiertos, y cuando llegó el sueño continuaron los mismos que tenia despierto.

Al dia siguiente á las nueve, me despertó un caballero muy elegante, que acompañado por el ayuda de cámara de mi tio, entró en mi alcoba seguido de un groom que llevaba un paquete.

—El sastre, dijo el ayuda de cámara.

Miré á la persona que me anunciaba con aquel título, y confieso que, si no me la hubieran presentado, nunca habria creido que un hombre de esterior tan distinguido tuviese un oficio tan humilde. Aun estaba yo en dudas sobre lo que el criado habia dicho, cuando el sastre á quien yo miraba sin decir una palabra, creyó que le tocaba á él dirigirme la suya.

—Espero vuestras órdenes.

—¿Para qué?

—Para probaros algunos vestidos que traigo ya hechos, y para tomaros la medida de los que me haga el honor de encargarme.

—Y bien, le dije, tened la bondad de dejarlos ahí, yo me los probaré.

—Milord, perdonad, me dijo el sastre: necesito probárselos yo mismo, porque si el pantalon fuese ancho ó estrecho de una pulga-

da, si el chaleco no bajase justo hasta su punto y si el fraque hiciese una sola arruga, seria yo hombre deshonrado.

—Pero.... continué yo vacilando, ¿entonces voy á tener precision de levantarme?...

—No teneis precision, milord, y mi deber es esperar á que os levanteis cuando querais.

En efecto se quedó de pie y aguardaba.

Como vi que efectivamente estaba decidido á esperarme, y no me atrevia á decirle que pasase al cuarto del lado, decidíme, aunque costándome mucho, á levantarme delante de él. Echó una rápida mirada sobre mi, y volviéndose á su groom, dijo:

—El número 1.°, milord es de primera talla.

El groom sacó un vestido negro completo: el sastre me lo probó, y hubiera dicho que estaba hecho espresamente para mi, por lo milagrosamente que venia á mi larga persona.

Despues, habiéndome tomado inmediatamente las medidas necesarias para surtirme el guardaropa, se retiró. Yo le acompañé hasta la puerta, dándole gracias por el trabajo que se habia tomado.

Volví á entrar en el cuarto para ver el cambio que hacia en mi el nuevo trage. Estaba desconocido, y comencé á creer que mi tio tenia razon, y que si alguna vez conseguia vencer mi desgraciada timidez, único origen de todos mis males, llegaria á ser un hombre como los demas.

Estaba, debo confesarlo, bastante contento de mi exámen, cuando entró un criado seguido de un *gentleman* en trage completo de baile: como yo no estaba preparado para esta visita ceremoniosa, me turbé prodigiosamente, y no sabia si debia adelantarme hácia el forastero, cuando el ayuda de cámara anunció á

—¡El maestro de baile del señor!

El recien llegado se dirigió á mi con la mayor gracia, echó una benévola mirada al discípulo que él iba á formar, y deteniendo su ojeada en la parte superior de mi persona, me dijo:

—Milord, estoy encantado por haber sido elegido para enseñar un par de piernas tan hermosas.

Yo no estaba acostumbrado á oir alabanzas sobre mi físico, así que me desconcertó completamente. Quise responder, empecé á tartamudear, traté de dar un paso, y enredé tanto las piernas que causaban la admiracion de mi maestro, que á poco mas caigo cuan largo era: él me detuvo.

—¡Bien! ¡bien! dijo. Veo que no habeis recibido ningun principio, vale mas así, porque no habrá que quitar vicio alguno.

—El caso es que tengo, las rodillas y las puntas de los pies, algo vueltas hácia dentro: en cuanto á lo restante del cuerpo..... creo que poseo..... que..... que.....

—¡Bueno, bueno! esclamó mi optimista, veo que milord no tiene la palabra espedita; ¡tanto mejor! eso me prueba que la inteligencia ha pasado á las estremidades. Estad tranquilo, milord, que si la hay la desarrollaremos; si no la hay, haremos que baje. Vamos, milord, empecemos.

Mucho me costaria decir lo que pasó en aquella primera leccion; todo lo que recuerdo es, que me sirvió de mucho mi profunda ciencia de las matemáticas para conservar mi equilibrio y guardar el centro de gravedad en las cinco posturas.

Cuando mis pies salieron del instrumento de tortura en que hicieron su aprendizage, se negaban literalmente á sostener mi cuerpo, por delgado que fuese, y cojeaba de ambas piernas cuando fui al comedor donde me esperaba mi tio para almorzar.

—¡Hola, hola! me dijo mirándome de pies á cabeza. Williams, por mi nombre que pareces un verdadero *dandy*. Tus pies dicen que ya has tomado una leccion de baile, pero tus brazos se mantienen tontos aun; pero con algunas lecciones de esgrima se corregirán.

—¡Cómo! ¿tambien quereis, tio, que aprenda á manejar la espada? ¿y eso, para qué?

—Para batirte, si se burlan de ti, ¡pardiez! —Al decirme esto sentí un estremecimiento por todo el cuerpo.—¿Por ventura no eres valiente?

—No sé, tio, porque nunca lo he pensado.

—Pero si insultasen á una muger á quien tu amases, ¿qué harias?

—Si insultasen á..... Jenny, iba á decir, pero me contuve. Sí, sí, tio, me batiria, estad tranquilo, respondí con viveza.

—¡En hora buena! Pero hoy has hecho ya ejercicio por la mañana, debes tener gana, almorcemos.

Sentámonos á la mesa, almorzamos, al acabar de tomar el té, llegó el maestro de armas. Era uno de los mas acreditados de Lóndres. Desde luego no estuvo tan satisfecho de mis brazos como el maestro de baile lo habia estado de mis piernas: pero yo hice tantos esfuerzos con el solo pensamiento de que acaso un dia podian insultar á Jenny en mi presencia y que yo tendria la dicha de defenderla, que cuando se fué quedó mas contento de lo que yo podia esperar.

Como vais viendo, estaba yo en buen camino de mejorar, cuando una mañana notando que mi tio tardaba en levantarse mas de lo regular, subí á su cuarto y lo encontré muerto.

Por la noche habia muerto de una apoplegia fulminante.

Sir Williams se detuvo al decir esto, y esta vez no le llené el vaso de ponche, y solo le alargué la mano.

Esta muerte fué para mi un golpe terrible, prosiguió Williams, y no pensé ni un instante en la inmensa fortuna de que me dejaba heredero, no viendo mas que el aislamiento á

que me condenaba. Mi tio, sin hacerme olvidar á mi padre, era quizás el único hombre que por su originalidad hubiera podido curarme la enfermedad moral que padecia; pero su muerte la hizo incurable, y para entregarme enteramente á mi dolor despedí al maestro de esgrima y al de baile.

Seria preciso tener mi fatal organizacion para comprender cuán aislado y solo me hallé desde entonces en adelante. En mi vida habia sabido mandar nada á nadie, y los que continuaron cuidado la casa fueron el general y rajah, que asi les llamaba mi tio desde el dia de mi engaño. Ambos eran fieles criados, me servian escrupulosamente, y no tuve que hacer mas que vivir, de manera que pasados dos ó tres meses, yo era ya otra vez el mismo hombre que antes, á escepcion de mi manera de vestir.

El castillo que mi tio habia comprado estaba adornado con ricos muebles, y sobre todo con una biblioteca bastante buena en la cual pasaba yo la mitad del dia. Otras veces tomaba las obras de Xenofonte ó de Homero y me iba á reclinar sobre el césped de un bosquecillo que formaba los lindes de mi propiedad, absorbiéndome á veces tanto en el sitio de Troya, ó con la retirada de los diez mil, que el rajah ó el general tenian que irme á buscar para comer.

Un dia que, como de costumbre, me estaba recostado en un árbol leyendo uno de mis autores favoritos, sacóme de mi preocupacion el sonido de una trompa de caza que resonó no lejos de alli: levanté la cabeza, y al mismo instante pasó por delante de mí una zorra, deslizándose entre las yerbas. Oí en seguida el ladrido de los perros que acababan de encontrar la pista, luego salieron todos corriendo y pasaron por el mismo lugar que la zorra. Como yo pensé que los perros estarian seguidos de los cazadores, me retiraba para no ser visto, cuando resonó la trompa á ciento cincuenta pasos, y salieron de un bosque contiguo todos los cazadores llevados á galope por sus caballos.

Habia entre ellos una muger que iba delante de todos guiando su corcel con la destreza de una amazona; llevaba largo el vestido, un sombrerito de hombre en la cabeza, y en su rededor un velo verde. Yo miraba atónito la valentía de aquella señora, de que yo aunque hombre me creia incapaz, cuando acercándose hácia mí, se le enganchó el velo á una rama, cayéndosele el sombrero, apareciéndoseme la hermosa cabeza y la rubia cabellera, cabellos que tenia tan conocidos. Sentí que las piernas me faltaban, y me apoyé contra un árbol..... Era Jenny que pasó como una vision sin detenerse, dejando á un picador el cuidado de recoger el sombrero, tan arrebatada iba en su carrera. Un minuto despues todo habia desaparecido, y á no ser por los ladridos de los perros, y el ruido de los cazadores, hubiera creido que soñaba; pero volviendo de repente la vista desde el punto en donde habia pasado, vi en la punta de una rama un pedazo de velo verde. Corrí hácia él en seguida, y gracias á mi estatura pude cogerlo; lo besé, le puse sobre mi corazon, volví á besarlo, estaba loco de contento y era feliz como nunca lo habia sido.

En esto llegó á avisarme el rajah, pues tambien me habia distraido: aquella vez lo mismo le hubiera sucedido á cualquiera. Volviamonos juntos á casa, cuando al pasar por cerca de un soto, vimos á la otra parte á un hombre tendido en el suelo y junto á él un caballo que arrastraba la silla; por el trage del caido conocí que era uno de los cazadores, el cual, habiéndose separado del camino, no vió en el que seguia á galope tendido, un salto de lobo que habia al otro lado del seto, y al quererlo salvar se le espantó el caballo y quedó tendido en el suelo. Le levantamos al momento, y como estábamos á cuatro pasos del parque, lo llevamos al castillo; mientras el *general* iba en busca de un médico, el rajah fué á buscar el caballo.

Afortunadamente los cuidados del médico eran poco necesarios, pues á las primeras gotas de agua que le eché en la cara, y á poco de hacerle aspirar sales, volvió en si el jóven cazador; cuando llegó el médico ya estaba en pié el enfermo. Fuese que el doctor creyese necesaria una precaucion, fuese que no quisiese perder el viage, mandó una sangría, encargando que el enfermo guardase dos ó tres horas de reposo. Yo ofrecí á mi huésped mandar un criado para que fuese á calmar la inquietud de su familia. Como esta vivia á dos horas de distancia no mas, aceptó, y escribió á su hermana, que habiéndose perdido en el camino, se habia quedado á comer en una quinta vecina, y que por lo mismo tranquilizase á su padre, si acaso hubiese concebido algun temor por su tardanza. Acabada la carta, la cerró, puso el sobre y me la dió. Al darla al criado que debia llevarla, leí maquinalmente el sobre y ví el nombre de miss Jenny Burdett: aquel jóven era su hermano!.... La carta se me cayó de las manos..... tartamudeé una escusa..... y me salí del cuarto con pretesto de órdenes que tenia que dar.

Cuando volví á entrar, sir Enrique se hallaba ya del todo bueno, pero en compensacion, yo era el que me hallaba malo. El modo de encontrarle, el miedo que esperimenté de que el accidente fuese de consideracion, el placer que sentí al ver que me habia equivocado, todo me habia hecho olvidar un momento mi timidez, pero ya la habia vuelto á recobrar, mayor que nunca, al saber el estrecho vínculo de parentesco de sir Enrique con la que tanto tiempo hacia absorbia todos mis pensamientos. No obstante, por urbanidad ó por precaucion, me pareció que sir Enrique no se habia apercibido de nada, y todo el tiempo de

la comida, hizo el gasto de la conversacion con una facilidad elegante, que yo hubiera dado la mitad de mis riquezas y de mi vida por poseer. Despues se despidió de mí á las nueve, disculpándose y rogándome le perdonase la molestia que decia me habia ocasionado, y solicitando licencia para volver á darme las gracias pór mi hospitalidad.

Cuando se marchó, respiré; toda nuestra conversacion de dos horas, confusa en mi cabeza, comenzaba á ordenarse. Segun lo que sir Enrique me habia dicho de su familia, vi que su padre sir Tomás Burdett, poseia doscientas mi libras de renta, y suponiendo, con toda probabilidad, que quisiese guardar la mitad para sí, podria dar treinta y cinco mil francos á cada uno de sus tres hijos. Por la fortuna podia yo aspirar á la mano de Jenny, es decir, á ser el hombre mas venturoso del mundo, segun mi parecer. Por otra parte el hermano de Jenny me habia dejado columbrar que su padre, forzado por la gota á permanecer tres meses del año sentado en su poltrona, y acostumbrado á la distraccion de sus hijos durante sus dolencias, trataba casarlos lo mas cerca de su vecindad. Como se ha visto, nuestras dos quintas no distaban entre sí mas que cinco ó seis millas, y tambien por aquel lado podia concebir esperanzas. Desgraciadamente, como yo me hallaba solo, debia dar todos los pasos por mí mismo, y me sentí á punto de desmayarme á la sola ídea de hallarme cara á cara con Jenny, de hablarla, de darla el brazo para acompañarla á la mesa ó en el paseo: por otra parte, si no me presentaba, Jenny era la mayor de las dos hijas de sir Tomás, podia llegar antes que yo otro pretendiente mas osado y robarme mi felicidad haciendo á Jenny esposa suya. ¡Jenny esposa de otro! ¡Oh! esta idea era capaz de hacerme volver loco.

Pasé toda la noche entre veleidades de valor y timidez, y por último logré dormirme á las dos de la madrugada, agobiado con mas fatiga que si hubiese luchado con un ángel como Jacob.

Fuí despertado por el rajah, que entró en mi alcoba á darme una carta; la abrí con un temblor de presentimiento. Me la escribia sir Tomás; habia sabido el accidente de su hijo y los cuidados que yo le habia prodigado, y me decia que á no hallarse malo todavía de su último ataque de gota, habria venido en persona á darme las gracias, pero que deseando cumplir cuanto antes, lo que él miraba como un deber de toda su familia, me convidaba á comer al dia siguiente.

Si hubiese leido mi sentencia de muerte no me hubiese puesto mas pálido. La carta se escapó de mis manos y me dejé caer sobre la almohada con tanto abatimiento, que el rajah creyó que me ponia malo. Le pregunté con voz apagada si esperaban respuesta, y me respondió que ya se habia marchado el que habia traido la carta, lo cual me animó un poco: no tenia necesidad de tomar una resolucion instantánea.

Aquel dia se pasó en alternativas de ánimo y temor; yo me decia á mí mismo que aquella invitacion abria la puerta á mis deseos, lo que habria llenado de contento á cualquiera otro hombre en mi lugar y con mis sentimientos, y que por ella entraba en la casa bajo un escelente pretesto, el de un servicio hecho á un individuo de la familia; temblaba porque sabia que las mugeres se forman la idea de un hombre por el modo de presentarse la primera vez que lo ven. No se me ocultaba de que si alguna buena cualidad tenia no era de aquellas que resaltan á la vista; muy al contrario, para hallar en mí algun mérito se necesitaba conocerme y tratarme con mucha intimidad. Recordaba tambien lo poco favorable que me habia sido la mirada de Jenny en nuestro encuentro de Lóndres seis años antes, pues aunque no debia temer que me reconociera por haber olvidado aquella circunstancia, la tenia yo muy presente, y este recuerdo era peor que un remordimiento.

Llegó la hora de comer. Me puse maquinalmente á la mesa, pero no pude comer. Pensaba que al dia siguiente á la misma hora me hallaria en casa de Jenny, delante de ella, y que mi suerte se decidiria por una desgracia ó una felicidad eterna, y esto por una torpeza ó tontería que yo fuese á cometer, y no podria evitar. Semejante estado era inaguantable. Pedí papel y tintero, y contesté á Sir Tomás, que una indisposicion repentina me privaba del honor de aceptar su convite. Llamé al general y le mandé llevar la carta; pero apenas habia marchado, sentí oprimírseme el pecho. Subí á mi cuarto, me eché sobre la cama y me puse á llorar.

Si, á llorar, á verter lágrimas amargas, lágrimas de despedida á la felicidad de que no era digno, pues no me sentia con fuerza para cogerla del árbol de la vida; lágrimas de dolor, porque perdida aquella ocasion de ver á Jenny, tal vez ya no la volveria á encontrar mas; lágrimas de vergüenza en fin, porque conocia que era vergonzoso para un hombre ser asi el esclavo de una necia timidez y de su debilidad miserable.

Pasé una noche horrorosa, y formé veinte proyectos á cual mas ridículos. Queria escribir á Jenny directamente y confesarle mi amor, contarla mi debilidad, decirla que no habia mas que dos probabilidades para mí en el mundo, vivir á su lado, vivir eternamente feliz, ó vivir lejos de ella, y morir en la desesperacion. ¡Oh! conocia que una carta asi la escribiria yo dolorosa, elocuente y apasionada, conocia que la escribiria con mis lágrimas. ¿Pero, cómo hacerle entregar esta carta? y aun entregada, si Jenny la tomaba por el lado ridículo, ¿no era un hombre perdido? ¿no me condenaba á no presentarme jamás ante su familia, y mucho menos ante ella? ¿No valia

mas dar tiempo al tiempo y arrojarse en brazos de la suerte que parecia favorecerme? La casualidad es con frecuencia nuestro mejor amigo, y resolví confiarme á ella.

Así se pasó aquel dia y recobré algun valor, y cuanto mas se aproximaba la hora de ir á casa de sir Tomas, mas ridículo y exagerado hallaba el miedo del dia anterior. Creia que si no hubiese rehusado su invitacion, hubiera tenido valor para ir á ella.

Despues, cuando dieron las diez de la noche, pensé que el dia siguiente á la hora aquella, ya estaria concluido todo, que ya habria visto á Jenny, que seria amigo de su familia, podria visitarla cuando se me antojase, y sin duda *ella* me habria animado con alguna palabra, y en fin, que quizás á aquella hora seria un hombre en el colmo de la alegría, en lugar de ser el hombre mas desgraciado de la tierra.

El resultado de este raciocinio fué la formal resolucion de admitir el primer convite que se me hiciese. Besé el pedacito de velo, me acosté. Esta victoria sobre mí mismo, me produjo una noche tranquila, y me desperté alegre y casi dichoso. El dia estaba magnífico, y apenas hube almorzado tomé mi Xenofonte, y por el camino acostumbrado me dirigí á mi árbol. A su sombra me hallaba, y abismado en lo mas profundo de mi lectura, cuando sentí que me tocaban en la espalda. Era sir Enrique.

—Y bien, mi querido filósofo, me dijo, siempre salvage y retirado; os prevengo que hay conspiracion contra vuestra misantropía, porque ninguno de nosotros ha creido en vuestra enfermedad.

Yo quise tartamudear algunas disculpas.

—No, continuó sir Enrique, nos habeis tomado por gente de gran ceremonia. Os habeis engañado, y la prueba es, de que en persona vengo á deciros espresamente que en casa se os espera sin etiqueta á comer.

—¡Cómo! esclamé yo: ¡hoy!

—Hoy, y os prevengo que no se os admite escusa alguna, y que se os esperará sin comer hasta que vengais, y que si no venís no se comerá. Ahora ved, si quereis cargar con la responsabilidad de que ayune una familia entera.

—No, de ningun modo.... ya iré, respondí haciendo un esfuerzo y suspirando.

—En hora buena, dijo sir Enrique. Eso es hablar en razon. ¿Qué leiais? ¿una novela de Walter-Scott, poesías de Tomás Moore, ó un poema de Byron?

—No, respondí, no, leia..... Yo no sé qué maldita vergüenza me detuvo en el momento en que iba á pronunciar el nombre del gran capitan, á quien sin embargo profesaba yo una veneracion casi divina. De modo que le alargué el libro.

Sir Enrique dejó caer una mirada en él.

—¡Griego! esclamó: querido vecino, ¿cómo quereis que yo lo lea? Desde que salí del colegio no he vuelto á ver ni una vez siquiera á esos autores cuya coleccion tan malos ratos me tiene dados, empezando por el divino Homero, y concluyendo por el sublime Platon. Sin jactancia puedo decir que soy incapaz de distinguir el alpha de omega.

Quise levantarme.

—No, no os incomodeis, continuó sir Enrique, yo no hago mas que pasar.

—¡Cómo! esclamé, ¿no me aguardais? ¿qué, no vamos juntos? ¿no me presentais á vuestra familia?

—No me hableis de eso, me respondió sir Enrique: estoy desesperado de que no hayais venido ayer, pero hoy tengo una apuesta considerable en una riña de gallos. No puedo faltar porque me esperan, pero estad tranquilo, que yo me daré priesa, y llegaré á los postres.

Si no hubiese estado sentado me habria caido. Todo mi valor me habia venido con la idea de que sir Enrique me presentaria en el salon de aquellas señoras, de las que no conocia mas que á Jenny..... Dejé caer mi Xenofonte con un sentimiento profundo de desaliento. Sir Enrique no se apercibió de ello, se despidió con la misma soltura con que se habia llegado á mí, dejándome consternado con la promesa que yo habia hecho, y que ya no tenia medio de retractar.

Permanecí así una hora agobiado y anonadado, y no salí del abatimiento sino para pensar que no me quedaba mas que el tiempo preciso para vestirme si queria llegar á casa de sir Tomás á hora de comer. Me levanté vivamente, y volví corriendo á la quinta. Encontré en la escalinata el *general* y el *rajah*, que viéndome correr desde lejos, acudian á ver qué me sucedia. Habíanme creido perseguido por algun perro rabioso.

Subí á mi cuarto, revolví todo el guardaropa, y por último, hice eleccion de un pantalon de color de tierra, claro, un chaleco de seda abrochado, y un fraque de verde-botella. Era la eleccion de colores que me pareció mas armoniosa. Mandé al rajah que me hiciese ensillar el caballo, deseoso de estarme solo un rato para ensayar ante el espejo el saludo de entrada que me habia enseñado el maestro de baile: y vi con satisfaccion que aun me acordaba de él bastante para hacerlo bien, si no se me iba la cabeza al tiempo de saludar. No obstante, no me tranquilizó del todo este ensayo, porque sabia la distancia infinita que hay de la teoría á la práctica. Hallábame en mi sétimo ú octavo ensayo, cuando volvió el rajah, y me dijo que el caballo estaba ensillado. Miré el relój, y ya no podia esperarme mas, porque eran las cuatro; tenia que andar cinco millas, y no siendo muy fuerte en equitacion, no podia caminar mas que al trote. En consecuencia apelé á todo mi valor y bajé con paso bastante resuelto, tratando de silbar

una cancion, y dándome con el látigo en las pantorrillas.

—Preveo, dije yo, interrumpiendo al narrador, que van á suceder cosas tales, que no estará de mas un vaso de ponche, para daros ánimo para contarlas.

—¡Ay! contestó sir Williams, presentando el vaso, por mucho que preveais, jamás os aproximareis á la realidad.

Monté, pues, mi caballo, continuó sir Williams, y emprendí mi camino; durante una hora la preocupacion que me causaba la necesidad de conservar mi equilibrio, no me dejó ocuparme en otra cosa, pero á medida que iba tomando mi aplomo se hacia mas cruel que nunca mi inquietud. Sin embargo, de vez en cuando algun respingo de mi caballo me recordaba el cuidado de mi seguridad. Tales movimientos provenian de que como mi maestro de baile me habia quitado radicalmente la costumbre de llevar los pies hácia dentro y enseñádome lo contrario, formaba con mis talones y el vientre del caballo un ángulo agudo, cuyo punto estremo eran mis espuelas, resultando que por poco escarceador que fuese el caballo, debia por último cansarse del continuo cosquilleo, y tomar un trote que no me dejaba pensar mas que en la crítica posicion en que me colocaba. Pero apenas volvia á ponerse al paso se verificaba una reaccion mucho mas terrible que el peligro pasado, la cual subia de punto á medida que me aproximaba á la quinta de sir Tomas, que ya comenzaba á divisar á un cuarto de legua de distancia medio oculta entre una arboleda. Al mismo tiempo oí el sonido de una campana, y creí que era la de la comida. La idea de tener que disculpar mi tardanza me llenó de tal ansiedad, que olvidándome de que no me tenia firme en mi caballo sino por una especie de transaccion, y que no debia hacerle correr, le metí las espuelas en los hijares y le sacudí con el látigo en el cuello. El resultado de este rigor fué rápido como un relámpago, pues el caballo que hacia algun tiempo estaba contenido, tomó inmediatamente el galope; á los cien pasos perdí un estribo; á los doscientos otro: solté las riendas y me aferré al arzon delantero, pudiendo de esta suerte conservar el equilibrio. Los árboles corrian veloces y las casas daban vueltas como locas. Sin embargo, enmedio de todo esto veia la quinta de sir Tomas que parecia salir á mi encuentro con una rapidez increible. Al fin pasó de repente el torbellino que me arrastraba, pero continuando el impulso que me daba el galope, vine á apearme de un salto por las orejas. Creíme perdido, pero sintiéndome caer poco á poco, sobre un plano inclinado, me hallé en pie entre las aclamaciones de lady Burdett y de su hija, que habiéndome visto desde lejos, y contentas del deseo que de llegar pronto manifestaba el andar de mi caballo, se habian asomado á la ventana, para verme ejecutar mi último juego de equitacion gimnástica.

Al verme en terreno firme vi que mis piernas estaban mas dispuestas á servirme que las de mi cuadrúpedo. Tranquilicéme, pues, un poco y volví en mí, alcé los ojos, y me hallé delante de sir Tomás Burdett: su vista me dió aquella fuerza febril que debe dar á un reo la vista del verdugo. Adelantéme bastante animosamente hácia él, y cambiados los primeros saludos, me hizo pasar adelante, y entramos en su casa. Ya no habia nada que decir; era preciso tener osadía. Pasé con firme paso por una serie de habitaciones cuyas puertas estaban abiertas, para llegar al salon de la biblioteca en donde me esperaban: lady Burdett, fué la primera que vi, á su lado estaba Jenny. Entré, y á una distancia regular coloqué mis piernas en tercera, y al llevar hácia atrás el pie derecho, lo puse con todo el peso de mi cuerpo y con toda la fuerza de mi aplomo geométrico, sobre el pulgar del pie izquierdo del baron, que lanzó un grito, porque justamente tenia la gota en él: me volví rápidamente para darle mis escusas, pero sir Tomás me tranquilizó inmediatamente con su calma digna que me hizo admirar la fuerza estóica que le dió su buena educacion para sufrir aquel penoso accidente. Nos sentamos.

El aire gracioso de lady Burdett, el angelical rostro de Jenny, y la conversacion florida y amena de sir Tomás me animaron un poco, y pronuncié algunas palabras. La biblioteca era rica, y los libros estaban primorosamente encuadernados, comprendí que el baron era un hombre instruido y acorde conmigo en literatura en cuanto á las opiniones que yo habia emitido. Luego hablé de la magnífica coleccion de clásicos griegos que publicaba á la sazon el librero Longmann. Enmedio de los elogios que yo hacia, ví en un estante una edicion de Xenofonte en diez y seis tomos: como la mas completa que yo conocia no formaba mas que dos, escitó tan vivamente mi curiosidad aquella novedad bibliográfica, que olvidando mi cortedad habitual me levanté para examinar las materias desconocidas que podian llenar aquellos catorce tomos de suplemento.

Sir Burdett, comprendiendo mi intencion, se levantó para prevenirme que lo que yo veia no era mas que una tabla, sobre la cual habian clavado tomos figurados para continuar la simetría de la biblioteca. Yo por el contrario creí que me queria ofrecer uno de aquellos tomos, y deseando evitarle toda molestia me precipité sobre el tomo octavo, y por mas que me dijo el baron, di un tiron tan fuerte que arranqué la tabla dejándola caer sobre una mesa y derribó un tintero de porcelana cuyo contenido se vertió sobre una magnífica alfombra turca. Al ver aquello lancé un grito desesperado. En vano sir Tomás Burdett y las señoras me decian que no habia mal ninguno y que no era cosa de cuidado, no quise oir na-

da, y echándome en el suelo, saqué el pañuelo y me obstiné en limpiar la tinta con él. Terminada esta operacion me metí el pañuelo en el bolsillo, y no sintiéndome con fuerzas para volverme á mi sillon, me dejé caer sobre el inmediato.

Un quejido sofocado que salió de debajo del almohadon me causó nueva alarma: sin duda acababa de sentarme sobre un ser animado, y era seguro que por débil que fuera deberia cuidar de su conservacion, y no dejaria que yo añadiese impunemente el peso de mi humanidad al almohadon. En efecto, empezó á agitarse mi sillon con movimientos convulsivos semejantes á los que sacuden el monte Etna, cuando se remueve Encelado. Lo mejor hubiese sido levantarme inmediatamente y dejar libre al animal que tan injustamente oprimia. Entró entonces la hija menor de sir Tomás en busca de su *Mizifuf*. Comprendí yo que estaba sentado sobre el estraviado animal, de quien solo podia dar razon y de su paradero, pero era ya demasiado tarde para levantarme.

Eran demasiados estragos en diez minutos para un hombre solo, un baron cojo, una alfombra manchada, un gato, digo un perro estropeado por todos los dias de su vida. Me decidí al menos á ocultar á la vista de todos mi último crímen. Mi apurada posicion me hizo feroz; y sentéme de firme añadiendo á mi peso la fuerza que hacia con mis brazos sobre el sillon, pero tenia que habérmelas con un animal que queria disputar caramente su existencia, así su oposicion fué digna del ataque; sentí al animal replegarse, doblarse, y retorcerse cual una serpiente. En el fondo de mi corazon no podia menos de hacer justicia á la bella defensa, pero si él combatia por su vida yo combatia por mi honor y á los ojos de Jenny. Sentia que las fuerzas comenzaban á faltar á mi adversario, y esto redoblaba las mias. Desgraciadamente la dignidad que debia conservar la parte superior de mi persona me quitaba una gran parte de mis ventajas: hice un falso movimiento. Mi enemigo logró sacar una pata y sentia que me entraban en la carne cuatro uñas, cuatro alfileres, cuatro aguijones. Fijé entonces mi opinion, era un gato. Sea satisfaccion de saber con que clase de enemigo tenia que habérmelas, ó sea poder sobre mí mismo, fué imposible á los circunstantes el conocer en mi rostro lo que pasaba hácia la parte posterior de mi persona, y el dolor del arañazo de Mizifuf habia aliviado á mi corazon de un gran peso. Ya no era un ser débil y sin defensa el que yo injustamente aplastaba, era un enemigo que me habia herido, y de quien me vengaba con toda justicia; no era un cobarde asesinato el que cometia, sino un duelo franco y leal en que cada combatiente usaba las armas que habia recibido de la naturaleza, y en que el vencido no tenia que culparse sino á sí propio de su derrota. Esperimenté entonces toda la fuerza que da una situacion crítica, la conciencia de su derecho. Sentí cual Hércules el poder de ahogar al Leon de Nemea, hice otro esfuerzo, y vi que habia logrado mi objeto. Avisaron para ir á comer: si hubiesen llegado cinco minutos antes, me perdia.

El sentimiento de mi victoria me dió una especie de exaltacion, gracias á la cual tuve valor de ofrecer el brazo á lady Burdett. Despues de haber vuelto á pasar por las habitaciones que antes he citado llegamos al comedor. Lady Burdett me hizo colocarme entre ella y Jenny, á quien aun no habia dirigido la palabra de cortedad, y sir Tomás y miss Dinah, su hija pequeña, se sentaron enfrente de nosotros.

Despues del percance del Xenofonte, mi rostro estaba hecho una ascua, y ya comenzaba á serenarme y tranquilizarme cuando otro accidente nuevo vino á sacarme los colores. Habia acercado lo mas que pude á la punta de la mesa el plato de sopa que lady Burdett me acababa de dar, cuando al inclinarme para responder al cumplido que miss Dinah me hacia por el buen gusto de mi chaleco, me apoyé en el plato, y vertí sobre mis pantalones la sopa tan caliente aun, que nadie habia comido una cucharada porque estaba hirviendo.

El dolor me arrancó un grito, y la sopa inundó mis pantalones chorreando hasta las botas. A pesar de mi servilleta, y de haber acudido en mi auxilio con las suyas lady Burdett y miss Jenny, el efecto del líquido abrasador fué prodigioso; tenia yo la parte inferior de mi cuerpo como en un horno, pero recordando el dominio que sir Tomás habia tenido sobre sí cuando le dí un pisoton en su pie gotoso, contuve mis quejas y sufrí mi tormento en silencio, enmedio de las reprimidas carcajadas de las señoras y de los criados.

No os hablaré de mis torpezas en el primer servicio: la salsera boca abajo, la sal vertida sobre la mesa, y un pollo que me dieron á trinchar por deferencia ó traicion, y cuyas coyunturas no pude encontrar por mas que hice, vinieron á dar á sir Burdett y á su familia, una idea poco ventajosa del convidado que habian admitido á su mesa. Por fin llegó el segundo servicio, y allí era donde me esperaba la tercera serie de mis desgracias, á las que definitivamente debia sucumbir.

Trajeron entre otros platos un *pudding* con ron encendido; lady Burdett habia tenido la habilidad de servirme un pedazo sin que se apagase, y yo tenia ganas de alimentar, por medio de un pedazo clavado en la punta del tenedor y bien embebido con el alcool, la llama que ardia en el altar que delante tenia: en aquel momento miss Dinah, que parecia haber jurado mi perdicion, me pidió le alargase un plato de pichones que habia junto á mí. Presuroso en obedecerla al punto, me metí el pe-

dazo de pudding encendido en la boca, y tanto hubiera valido tragar las ascuas de Porcia. No hay palabras con que haceros comprender semejante agonía: los ojos se saltaban de sus órbitas, y daba una especie de rugido nasal, que por fuerza debia ser desgarrador al oido. Por fin, á despecho de mi resolucion, de mi valor y de mi vergüenza, me vi obligado á arrojar en el plato la causa primera de mi tormento. Sir Tomas, su muger y sus hijas, esperimentaban, lo veia bien, una compasion real por mi infortunio, y buscaban algun remedio, porque tenia el interior de la boca completamente quemado: el amo proponia el aceite comun, otro agua, y un tercero, que era todavía miss Dinah, afirmó que lo mejor era el vino blanco en tales circunstancias. Adoptó la mayoría esta opinion, y al momento me trajo su criado un vaso lleno del licor pedido. Por obediencia, mas bien que por conviccion, me lo llevé á la boca, y lo llevé maquinalmente, pareciéndome que habia puesto vitriolo en mis quemaduras; pues, fuera por chanza ó por equivocacion, el despensero me habia enviado un vaso de aguardiente el mas fuerte. Como no estaba acostumbrado á licores fuertes, no podia tragar aquel gargarismo infernal, que me abrasaba la lengua y el paladar, y conocí, que á pesar mio, iba á arrojar el aguardiente, lo mismo que lo habia hecho con el pudding. Llevé ambas manos á la boca y las crucé convulsivamente sobre mis labios, pero el líquido impelido por las convulsiones de la naturaleza, se lanzó violentamente á través de mis dedos como al través de los agujeros de una regadera, y roció á las señoras y todos los platos de la mesa. Resonaron al punto por todas partes grandes carcajadas, y en vano sir Tomas reprendió á sus criados y lady Burdett á sus hijas. Yo mismo conocia que era imposible no reirse, y esta conviccion aumentaba todavia mi martirio: subióseme á la cabeza el sudor de la vergüenza, sentia destilar una gota de agua de cada uno de mis cabellos, y entonces perdí completamente el espíritu. Para poner fin á aquella intolerable transpiracion, saqué mi pañuelo del bolsillo, y sin acordarme ni ver que aun estaba todo empapado de la tinta del Xenofonte, me enjugué con él la cara, que al punto se halló embadurnada de negro en todas direcciones. Entonces ya nadie pudo contenerse: lady Burdett se dejo caer casi desmayada de risa sobre su silla: sir Tomas cayó en convulsion sobre la mesa, y las hijas casi se ahogaban. En aquel momento dirigí mis ojos á un espejo que tenia delante, me ví..... Conocí que todo estaba perdido, me lancé desesperado fuera del comedor, me precipité en el jardin: en aquel momento volvia sir Enrique: viendo huir un hombre á todo correr, me tomó por un ladron y corrió tras de mí gritándome que me detuviese; pero la vergüenza me daba alas, salté el foso como un gamo espantado, y atravesando campos en línea recta, sin seguir camino alguno trazado, me dirigí hácia Williams-House, y vine á caer jadeando, muerto de fatiga y sin fuerzas á la puerta de mi quinta.

Estuve enfermo tres meses, durante los que la familia de Sir Burdett tuvo el buen gusto de no enviar ni un recado para saber de mi salud. Apenas pude levantarme hice traer un carruage con caballos de posta, y abandoné la Inglaterra sin despedirme de nadie, llevando conmigo por único consuelo, este pedazo de velo que conservaré toda mi vida, y que quiero coloquen en mi féretro despues de mi muerte.

Ahora ya adivinareis por qué me habeis visto el otro dia bajar tan rápidamente el Righi, y es que supe á la mitad del camino que entre los viageros que me precedian habia un compatriota que podria conocer mi nombre y mis aventuras. Ved aqui la vida que llevo; huyendo siempre de toda sociedad, devorado por la idea de que todas las desgracias las debo á mi mismo, y agobiado por la conviccion de que no hay felicidad posible para mí en este mundo.

Desgraciadamente no habia nada que replicar á esto. Esto era claro como el dia y cierto como el Evangelio. En su consecuencia, en vez de perderme en vulgaridades filosóficas, hice traer un segundo bol de ponche, y al cabo de una media hora, tuve la satisfaccion de ver á sir Williams, si no consolado, al menos fuera del estado de sentir momentáneamente toda la estension de su desventura.

ZURICH.

Al dia siguiente muy temprano entré en el cuarto de sir Williams, y le encontré profundamente aterrado. El remedio de la víspera habia producido un efecto enteramente contrario al que yo aguardaba. Sir Williams tenia el ponche triste, y no habia mas que hacer que dejarle morir tranquilamente del esplin.

—¡Hola! me dijo al verme y tendiéndome los brazos: ¿sois vos, querido amigo? ¿con que no me habeis abandonado?

—¡Cómo abandonado! me parece que todo al contrario, os he sacado de debajo de la mesa cuando el esceso de vuestras desgracias os han hecho rodar de vuestra silla, os he metido tiernamente en la cama y os he deseado todos los sueños que debieran salir esta noche por la puerta dorada. No podia hacer mas.

—Si, podíais hacer mas, y acabais de hacerlo; podíais volver esta mañana á verme, y habeis vuelto. ¿Consentiriais en continuar el viage conmigo?

—¡Cómo si consiento! sin duda: en primer lugar teneis un escelente carruage, luego, cuando no estais cortado no careceis de talento, y por último, bajo todos aspectos me pareceis un escelente compañero de viage. Caminaremos mientras haya tierra que nos sostenga, y cuando no la haya tomaremos un buque.

—¡Gracias! si hay un hombre que pueda salvarme la vida sois vos.

—No deseo otra cosa.

—Asi saldremos de Lucerna hoy.

—Entendámonos: es preciso separarnos momentáneamente.

—¿Pues cómo?

—Tengo una visita que hacer.

—Yo la haré con vos.

—Imposible, amigo mio; voy á ver á un valiente jóven que acaba de batirse con uno de vuestros compatriotas que le habia alojado dos balas en el pecho, y á quien ha muerto; de modo que, en el estado en que se halla, si viese á un inglés..... ya veis, con eso de que habeis hecho morir á su emperador, seria capaz de causarle un trastorno.

—Ya comprendo.

—Asi, os vais á Zug, mañana nos reunimos, y soy enteramente vuestro en lo restante del viage, con tal que vayais á donde yo quiera.

—Iré á cualquier parte, yo no voy á punto determinado.

—Pues bien, no hay mas que hablar; hasta mañana en Zug.

—Y qué, ¿no tomareis el té conmigo?

—Si, á condicion de que yo os lo he de ofrecer.

—Comprendo que quereis que alternemos.

—Si, mucho.

—Pero yo tengo un escelente té como no lo encontrareis en toda la Suiza.

—A esto no tengo réplica que oponer; tomemos el té.

Tomado el té, me acompañó sir Williams hasta el puerto, nos citamos por última vez para Zug, y en seguida saltamos Francesco y yo en la barca que nos aguardaba. Dos horas despues nos hallábamos en Küsnach.

Me informé del dueño de la posada de la salud del herido; se hallaba muy próximo á la convalecencia. Diéronme las señas de su cuarto, subí á él, y empujando con cuidado la puerta, entré sin hacer ruido. Estaba en la cama y dormia en brazos de Catalina, que se hallaba sentada junto á él, cuyo pesar y vigilias revelaban su palidez. Le hice señas que no despertase al enfermo, y me senté junto á una mesa para escribir mi nombre. Entre tanto abrió él los ojos y me reconoció.

—¡Cómo! ¡vive Dios! me dijo, ¡sois vos y no me despiertan! ¿en qué estabas pensando, Catalina?... Mira, ese es mi mejor amigo, abrázale por mí, querida, tráele aqui, junto á la cama, y déjanos hablar un rato, y cuando vuelvas á subir no olvides una taza de caldo de pollo, comienzo ya á tener apetito. Catalina, religiosa observadora de las órdenes de Jollivet, vino á presentarme su megilla, me llevó junto á su amante y se fué.

—¿Con que habeis vuelto á pensar en mí? está muy bien; gracias, me dijo Jollivet. Ya veis que esto va mucho mejor. ¡Ah! ¿os quedais hasta la boda?

—¿Cómo hasta la boda? ¿pues quién se casa?

—Yo.

—¿Y con quién?

—Con Catalina.

—Y bien, os doy la enhorabuena, sois un escelente hombre.

—Y aun es poca recompensa para lo que la debo, particularmente despues de lo mucho que me ha cuidado. ¿Querreis creer que aun no se ha desnudado una sola noche siquiera? duerme sentada en ese sillon en que estais, y con la cabeza en mi almohada. Cuando digo que duerme, no duerme, porque cuantas veces me despierto la encuentro con los ojos abiertos.

—Estará muy dichosa con vuestro proyecto.

—Aun no la he dicho nada; esta es una resolucion que yo he tomado entre mí. Asi, mirad dentro de quince dias, segun dice el médico, ya estaré levantado; dentro de tres semanas puede quedar hecho todo; quedaos hasta entonces ó volved. Si es preciso esperaros, se os esperará.

—Imposible, querido amigo. ¿Dónde estaré yo dentro de tres semanas? Ni un mes me queda á mí que permanecer en Suiza; me llaman con urgencia de Francia. Yo no coloco como vos muestras de mis dramas en el estrangero, y asi tengo obligacion de hacer mi despacho en mi domicilio.

—¡Bah! bah! bah! ¿qué son quince dias mas ó menos? ¿Con que consentisteis en ser testigo de mi desafío, y os negareis á serlo de mi casamiento? Ademas, con que os aguardáseis únicamente cinco ó seis meses, podriais todavía ser padrino. Mira, Catalina, continuó Jollivet dirigiéndose á su querida que entraba con una taza en la mano, ayúdame.

—¿A qué? respondió Catalina.

—A hacerle que se quede hasta la boda.

—¿Hasta qué boda?

—Hasta la de Catalina Frantz y Alcides Jollivet, que si no hay impedimento por parte de la futura, se hará antes de un mes á fé de hombre de honor

Catalina dió un grito, dejó caer la taza, y fué á echarse medio desmayada sobre la cama de Jollivet.

—¡Y bien! ¿qué es eso? ¿qué tienes? ¿estás loca?

—¡Oh! esclamó Catalina, con que mi hijo ya tendrá padre!... El cielo te bendiga, Alcides, por el bien que me haces. Dios sabe que jamás te hubiera pedido semejante cosa, pero sabe tambien que asi que te hubieras ido yo habria muerto. ¡Ah! Señor, Señor, ¡cuán gran-

de, cuán bueno, cuán misericordioso sois!

Dijo Catalina estas últimas palabras con tanto reconocimiento, con tan profundo fervor, y tan conmovida voz, que se agolparon las lágrimas á mis ojos. Jollivet quiso echarla de hombre fuerte, pero triunfó la naturaleza y llorando echó sus brazos al cuello de Catalina.

—Adios, hijos mios, les dije acercándome á ellos. Tendreis mil cosas que deciros; yo os dejo, sed muy felices.

—¡Diablo! esclamó Jollivet, declaro que me faltará algo si no asistís á mi boda.

—¡Oh! volved, me dijo Catalina. Ya me habeis traido una vez la dicha, pues en vuestra presencia me ha dicho lo que acaba de decirme: volved y me la traereis todavía.

—Imposible, amigos mios, todo lo que puedo hacer es pasar lo restante del dia con vosotros.

—Entonces, dijo Jollivet, tomando su partido, de un mal pagador es preciso sacar lo que se pueda. Encarga la comida, Catalina, y cuida de que salga buena.

—¡Pero tenemos tiempo! yo voy á dar una vuelta, quedaos juntos; dentro de una hora volveré.

—¡Bien! marchaos; teneis razon de que tenemos necesidad de estar solos un instante.

Volví á la hora dicha, pasé el resto del dia con aquellas escelentes gentes, y no sé si el cielo vió jamás dos corazones mas felices que los que yo dejé palpitando uno sobre el otro en aquella miserable posada de aldea.

Al partir de Küssnach, fuí obligado á tomar otra vez un camino ya conocido, y volver á pasar por el mismo barranco de Guillermo Tell. En Inmensea me despedí de la cuna de la libertad suiza, y tomé una barca para Zug, á donde llegué al cabo de una hora de travesia. Entré á parar á la fonda del Ciervo, donde habia citado al inglés, pero como se habia visto obligado á dar la vuelta al lago por Cham, no habia llegado todavía.

Aguardándole subí á la azotea de la posada, desde donde se descubre un punto de vista magnífico, que se sumerge primero en el lago que resplandece al Mediodía como un mar de fuego, se alarga á la derecha sobre la Suiza de las praderas, se prolonga hasta perderse de vista tras de Cham y de Bounas, tropieza á la izquierda con las masas colosales del Righi y del Pilato, que parecen dos gigantes guardando un desfiladero, y despues deslizándose por entre su base, se hunde en el valle de Sarnen que cierra el Brunig, sobre el cual se lanzan en agujas blancas y de encages calados las agudas y nevadas cimas de la cordillera de la Yungfrau.

Llevando humildemente mis ojos de este magnífico espectáculo, y sobre el camino real, divisé el carruage de sir Williams, que caminaba pausadamente arrastrado por sus dos caballos de lujo, y el cochero con librea. Até al momento mi pañuelo á la punta del baston de camino, y le hice flotar cual una bandera: no tardó en ser visto, y sir Williams contestó haciendo poner sus caballos al galope. Cinco minutos despues se hallaba conmigo, y detrás de él vino el posadero con pretesto de preguntarnos á que hora queriamos comer, pero para ver si estábamos dispuestos á oirle la catástrofe de la sumersion en el lago de una parte de la poblacion. Como nosotros teniamos tanta gana de escuchar esta relacion, como él de hacerla, pronto se arregló la cosa.

El invierno de 1435 habia sido tan frio, que á escepcion de la cascada de Schaffausen, se heló todo el Rhin desde Coira hasta el Océano. Todos los lagos que contenian agua mansa ofrecian una superficie tan sólida como la del suelo. El mismo lago de Constanza, el mayor de todos los de la Suiza, fué atravesado á caballo y en carros; con mucha mas razon los de Zug y Zurich que apenas tiene el uno la octava y el otro la cuarta parte de su estension. Entonces bajaron hasta las ciudades, los animales de las montañas, y las autoridades prohibieron matar la caza, escepto los lobos y los osos. Permanecieron en este estado las cosas unos tres meses, cuando comenzando el hielo á derretirse, se notó que la tierra se abria profundamente en varios parages, y sobre todo en la parte de la poblacion mas próxima á la orilla. Hácia la tarde dos calles enteras y una parte de los muros se separaron del resto: resbalaron rápidamente en el lago y desaparecieron; sesenta personas que no habian creido el riesgo tan próximo, permaneciendo en sus casas amenazadas, desaparecieron con ellas.

De este número fué el primer magistrado y toda su familia, á escepcion de un niño que se encontró al otro dia flotando, como Moisés, en una cuna. Este niño fué luego landanman del canton y conservó este empleo hasta la edad de ochenta y un años. Nos aseguró el posadero, que á cierta hora del dia, cuando el sol dejaba de inflamar el lago, se descubria aun á unos cuarenta pies debajo del agua limpia y azul, restos de murallas y entre ellos una torre. En cuanto á este hecho, tuvimos que fiarnos de su palabra, no habiendo sido nuestra mirada muy penetrante, al parecer, para divisar hasta tal profundidad.

Teniamos aun dos horas largas antes de comer, segun nos dijo el huésped, y asi las empleamos en reconocer la ciudad. Nuestra primera visita fué al arsenal.

Como casi todos los arsenales de Suiza, contiene armas y armaduras curiosas, algunas de ellas históricas. Reliquias sobre las que vela secretamente el amor nacional, y que no han llegado todavía á diseminar en los gabinetes de los aficionados, las ofertas de los prenderos desesperados de verse rechazados ante los recuerdos que las ligan con las ciudades en que se encuentran. Una de estas reliquias es

la bandera de Zug, teñida aun con la sangre de Pedro Colin y de su hijo, que se hicieron matar defendiéndola el año 1422 en la batalla de Bellimone.

Al salir del arsenal entramos en la iglesia de San Owaldo; no ofrece nada notable mas que un grupo, ó por mejor decir tres estátuas muy sencillas, Santa Cristina mártir, Santa Apolonia y Santa Agueda; Santa Apolonia tiene en una mano una tenaza con un diente, y Santa Agueda un libro sobre el que presenta á la piedad de los fieles los dos pechos cortados de la vírgen.

A algunos pasos de esta iglesia se eleva la de San Miguel, que está contigua al cementerio. Desde Altorf me habian hablado ya del cementerio de Zug. En efecto, jamás he visto un lujo semejante de cruces doradas; parece aquello la música de un regimiento. Pero lo que acompaña á tantos metales son las flores que entre ellos se entrelazan. Estoy cierto de que jamás cementerio alguno ha inspirado menos ideas tristes; mas bien se creeria fácilmente que todas las sepulturas son canastillos preparados para bautizos y bodas, mas que lechos funerarios en que duermen los huéspedes de la muerte. He visto niños que corrian como abejas de un sepulcro á otro, y que salian con sus cabezas adornadas con las rosas y claveles que habian brotado sobre el sepulcro de su madre.

A unos veinte pasos, debajo de un cobertizo á que se da el nombre de capilla, se ofrece á los ojos del viagero un espectáculo enteramente opuesto, un osario en cuyos estantes se hallan colocadas sobre quinientas calaveras unas encima de otras. Cada una de estas calaveras descansa sobre dos huesos cruzados, y sobre estos cráneos que han tomado el amarillento tinte del marfil, hay un pequeño rótulo pegado con gran cuidado, que conserva el nombre, é indica el estado de la persona á la que pertenecian aquellos restos.

¡Qué mina de chistosas chanzas hubieran encontrado alli los enterradores de Hamlet!

Como vistas estas maravillas una vez, no ofrece Zug otra cosa particular, nos volvimos á la posada en donde con gran chasco del fondista, dió sir Williams á su cochero la órden de tener enganchados los caballos, que no habian andado mas que cuatro leguas por la mañana, para llevarnos á Horghen despues de haber comido; así ahorrábamos media jornada, y podiamos estar al dia siguiente á las once en Zurich. La ejecucion siguió al proyecto inmediatamente, y tres horas despues de haber dejado el lago de Zug, resplandeciente con los últimos rayos del sol, descubrimos á través de las hojas de los árboles, el de Zurich, estremecido por la brisa de la tarde y plateado por el resplandor de las estrellas.

Nada nos detenia en Horghen, especie de puertecillo que sirve de pósito á las mercancías de Zurich que pasan á Italia por el San Gothardo. En su consecuencia partimos al amanecer, segun estaba convenido, y despues de haber seguido el delicioso camino que costea por la derecha la orilla del lago y por la izquierda la base del Alvis, llegamos á medio dia á Zurich, que se intitula modestamente la Atenas de Suiza.

Esto consiste de que en esta ciudad nacieron los ciento cuarenta poetas cuya lista muy completa y muy ignorada trae Rogerio Manes, el Mecenas del siglo catorce: verdad es que en el diez y ocho se han agregado los mas conocidos nombres de Gessner, Lavater y Zinmermann.

Los zuriquenses se hacen notar en general por una curiosidad sencilla, que al principio sorprende, porque se toma por indiscrecion; despues muy pronto notais que tiene su orígen en esa honradez franca que no teniendo nada que ocultar á los demas no admite que los demas puedan tener secreto para nosotros.

Mientras almorzábamos, hablando en italiano, tuvimos un ejemplo de esto.

Un honrado habitante de Zurich con vestido de color de castaña, calzon corto y media listada, con sombrero de grandes alas, hebillas en los zapatos, y una gran cadena de reloj en su bolsillo, se levantó del rincon de la chimenea en donde se hallaba sentado, dió algunos pasos hácia nosotros, se detuvo para mirarnos á todo su sabor y placer, y despues se puso á medir la habitacion de lo largo á lo ancho, echando una mirada sencillamente curiosa sobre sir Williams y sobre mí cada vez que pasaba por junto á la mesa; verdad es que aunque comiamos en la misma mesa, formábamos singular contraste.

En fin, ya no pudo contenerse mas, y parándose justamente frente á nosotros, apoyó sus dos manos sobre el puño de su baston, y sin mas preámbulo

—¿Quiénes sois? nos dijo en francés.

Nos sorprendió la pregunta en un pais en donde se viaja sin pasaporte, y estuvimos un rato sin contestar, dudando se nos hubiese dirigido á nosotros; el zuriqués se impacientaba de nuestro silencio, é indicando con un meneo de cabeza que á nosotros nos dirigia la palabra

—Os pregunto que quienes sois, continuó.

—¿Quiénes somos nosotros? respondí yo.

—Si, vosotros.

—¡Pardiez! somos viageros. *Willyou á wing of this fowl,* proseguí en inglés para desorientar á nuestro hombre ofreciendo un alon de polla á mi compañero.

—*Yes, very wel I thank you,* me respondió Williams alargándome su plato.

Quedóse cortado el zuriqués oyendo este nuevo lenguaje que no entendia; reflexionó un instante, pasándose la mano por la barba, y luego volvió á recorrer con mesurado an-

dar la línea que habia adoptado. Por último, parándose otra vez.

—¿Y por qué viajais? nos preguntó.

—Por gusto, respondí yo.

—¡Ah! ¡ah! contestó el zuriqués, echando á andar otra vez. Luego volvió á pararse.

—¿Con que sereis rico?

—¿Quién, yo...? le contesté, no pudiendo volver del asombro que me causaba aquella serenidad.

—Sí.

—¿Me preguntais si soy rico?

—Sí.

—Pues no, señor, no soy rico.

—Pues si no sois rico, ¿cómo os componeis para viajar? porque en los viages se gasta mucho dinero.

—Verdad es, respondíle, sobre todo en Suiza, en donde los fondistas son algo ladrones.

—¡Hum! hizo el zuriqués volviendo á su paseo.

—Pero en fin, ¿cómo os gobernais? continuó parándose otra vez.

—Toma, gano algun dinero.

—¿En qué?

—¡En qué!

—Sí.

—¡Y bien! por la mañana, cuando me siento bien dispuesto, cojo una pluma y un cuaderno de papel, escribo cuantas ideas tengo en la cabeza, y cuando esto forma un tomo ó un drama, lo llevo á una librería ó á un teatro.

El zuriqués dejó caer su labio inferior en señal de desprecio, y se puso á medir la habitacion reflexionando al parecer muy profundamente en lo que yo le habia dicho, y luego, repitiendo el mismo juego de escena prosiguió:

—¿Y cuánto os viene á producir eso al año?

—Uno con otro de veinte y cinco á treinta mil francos.

El zuriqués me miró un instante fija y socarronamente para asegurarse de que no me burlaba de él, y luego, como el enfermo de aprension, volvió otra vez á pasear murmurando:

—¡Veinte y cinco á treinta mil francos! ¡hum!.... ¡veinte y cinco á treinta mil francos! ¡hum!. .. ¡hum!.... sin mas inversion de fondos que papel y una pluma ... ¡hum! ¡hum!... ¡hum!.... ¡linda cosa, muy linda, sumamente linda!....

Paróse otra vez, y me preguntó:

—¿Y vuestro compañero?

—Tiene cien mil libras de renta.

Y tornó el zuriqués á pasear hasta la tercera vuelta que se paró como esperando que nosotros le hiciéramos tambien algunas preguntas: pero viendo que nos habiamos puesto otra vez á comer pollo y hablar en italiano:

—Yo, dijo, me llamo Fritz Haguemann, tengo cinco mil trescientos francos de renta, una muger con quien me casé por inclinacion, cuatro hijos, dos varones y dos hembras, soy ciudadano de Zurich, y estoy abonado en la biblioteca, lo que me da derecho á sacar de ella los libros.

—¿Y teneis tambien derecho para acompañar á ella á los estrangeros?

—¡Yo lo creo! dijo el ciudadano paboneándose, y los que yo acompañe, ya pueden jactarse de que serán muy bien recibidos por el bibliotecario Mr. Orell, ó por su segundo Mr. Horner.

—Pues bien, le dije, mi querido señor Haguemann, supuesto que ya nos conocemos como si fuésemos amigos diez años ha, ¿no podriais en obsequio de la amistad acompañarme á la biblioteca? deben existir en ella tres cartas autógrafas de Juana Gray á Bullinger, y una de Federico á Müller, que me alegraré mucho leer.

—¿Y cómo sabeis todo eso?

—¿Cómo lo sé? Es que un amigo mio, un sabio, lo que no le impide ser un hombre de bastante talento, escepcion que le hace desmerecer algo entre sus compañeros, Buchon, ¿le conoceis? os lo nombro porque os gusta que os pongan los puntos sobre las i i.

—No le conozco.

—No importa. Pues bien, Buchon ha venido el año pasado á Zurich, leyó esas cartas y me habló de ellas.

—¡Ah! ¡ah! ¡bien! ¡bien! decid, ¿me las hareis ver, no es verdad?

—Con muchísimo gusto; y celebraré infinito haber venido de Paris para esto.—*¿Let us go, sir, are you coming*? dije al levantarme.

—*Yes*, respondió sir Williams.

Nos encaminamos á la biblioteca conducidos por nuestro respetable introductor.

No nos habia mentido ni sobre su influjo ni sobre la amabilidad de Mr. Horner. Nos mostró cuanto la biblioteca de Zurich poseia de mas curioso, es decir, una parte de la correspondencia de Zwingle, manuscritos de Lavater, tres cartas de Juana Gray, demasiado largas para reproducirlas aqui, y una de Federico, muy original y muy corta que pondremos á la vista de nuestros lectores. Fué escrita con esta ocasion.

El profesor Mr. Müller publicó en 1784 con el cuidado y la religion de un verdadero alemán, una coleccion de antiguas canciones suizas, sencillas y vigorosas como el pueblo que las cantaba. El editor, á quien es preciso no confundir con el historiador J. de Müller, obtuvo de Federico el Grande permiso de dedicarle aquellas canciones nacionales, y se las envió creyendo causarle un gran placer; pero este era un género de literatura que el rey filósofo apreciaba medianamente, de modo que contestó á Mr. Müller la carta siguiente.

«Sabio querido y fiel: juzgais demasiado favorablemente esas poesias de los siglos doce trece y catorce que han visto la luz pública por vuestra diligencia, y creeis tan dignas de enriquecer la lengua alemana; á mi parecer

no valen un cartucho de pólvora, y no merecian ser sacadas del olvido en que yacian sepultadas. Lo cierto, si, es, que en mi biblioteca particular no toleraré tales necedades, y antes las tiraré por la ventana. Asi, el ejemplar que me enviais, aguardará tranquilamente su suerte en la biblioteca pública, y en cuanto á saliros garante de muchos lectores, es lo que á pesar de toda su benevolencia por vos no podrá garantiros vuestro rey—FEDERICO.»

LOS MUDOS QUE HABLAN Y LOS CIEGOS QUE LEEN.

Al salir de la biblioteca nos fuimos á visitar el hospicio de los sordo-mudos, fundado por Mr. Scher. Algunas conversaciones por señas que yo habia tenido antes de marchar con un jóven de gran talento, sordo-mudo, y profesor en el Instituto Real de París, me habian familiarizado con las tentativas hechas hasta este dia para mejorar el estado de aquellos infelices, y llamarlos á tomar su parte en los bienes que promete la sociedad y en los deberes que impone. Ese mismo habia tenido la complacencia antes de mi salida de París de darme algunas notas con este motivo, rogándome examinára con cuidado el Instituto de Zurich, en donde me habia asegurado que se habia conseguido hacer hablar á los alumnos. Me valgo hoy de aquellas notas para dar á mis lectores algunos detalles bastante curiosos, y bastante ignorados, creo, sobre esta singular y escepcional educacion (1).

En Esparta estaban colocados los sordo-mudos en la clase de los seres incompletos ó deformes á quienes era inútil dejar vivir, pues no podian servir de ninguna utilidad á la república. En su consecuencia, tan pronto como se echaba de ver su enfermedad, eran entregados á la muerte. En Roma, las leyes los desheredaban de una parte de los derechos civiles: los declaraban inhábiles para administrar sus bienes, les daban tutores y los separaban de la sociedad. La religion cristiana todo amor y caridad, reconoció hombres en estos infelices seres, á quienes, avara la naturaleza, no habia dado mas que tres sentidos, y les abrió los cláustros donde comenzaron á recibir los primitivos gérmenes de educacion; sin embargo, era una educacion muy grosera é imperfecta, pues un autor del siglo XV cita como una maravilla á un sordo-mudo que ganaba su vida tejiendo redes para pescar.

Pedro de Ponce, benedictino español del convento de Sahagun en Leon, que murió en 1548, fué el primero que tuvo la idea de que los sordo-mudos, aunque privados de los órganos de la palabra y del oido podian recibir y trasmitir ideas. La casualidad le habia proporcionado cuatro ilustres discípulos; eran los dos hermanos, y la hermana del cardenal de Velasco, y el hijo del gobernador de Aragon. El método que habia empleado y que desgraciadamente se ignora, pues no dejo ningun tratado sobre la materia, tuvo un éxito tal, que de todas partes acudieron á él discípulos de una clase inferior; entre estos últimos algunos hicieron tan grandes progresos, que sostenian en público discusiones sobre astronomía, física y lógica; tambien dicen los autores contemporáneos, que habrian pasado por gentes hábiles y sábias á los mismos ojos de Aristóteles. En el mismo siglo y hácia la misma época, es decir, de 1550 á 1576, un filósofo italiano llamado Gerónimo Cardán, se ocupó, pero secundariamente, de esta empresa, y sus escritos son los primeros en que se encuentra consignada la posibilidad de enseñar á leer y escribir á los sordo-mudos.

En 1620, treinta y seis años despues de la muerte de Pedro Ponce y cuarenta y cuatro despues de la de Gerónimo Cardán, apareció en España un libro bajo el título de *Arte para enseñar á hablar á los mudos*. Era un francés, secretario del condestable de Castilla, que con el objeto de aliviar la posicion del hermano de este condestable, que quedó mudo á la edad de cuatro años, habia dirigido sus trabajos hácia este nuevo género de profesorado. En el libro que de él se conserva, y que hemos dicho es el primero, se atribuyó Pedro Bonet la invencion de su método; ademas, lo que es imposible negar, es que no haya sido el primero que ha introducido en su obra el alfabeto manual que adoptó despues con algunas modificaciones, el sábio y buen abate de l'Epée.

Hácia el año 1660 J. Waller, profesor de matemáticas de la universidad de Oxford intentó hacer por Inglaterra lo que Pedro Bonnet habia hecho por España, es decir, poner á los sordo-mudos en estado de comprender los pensamientos de otro, y espresar los suyos por gestos ó por escrito. El mismo se felicita de su buen éxito en la carrera á que se habia consagrado, en una carta dirigida al doctor Veverley. «En poco tiempo, dice (1), mis dis»cípulos habian adquirido mucho mas saber »que lo que se pudiera suponer en hombres

(1) Este jóven es Mr. F. Bertier, que ha debido á sus conocimientos especiales en la materia el honor de ser elegido por el Instituto histórico, para formar una memoria sobre la educacion de los sordo-mudos de todas épocas y de todos los paises.

(2) *Transacciones filosóficas de Lóndres.* Octubre de 1698. *Historia de la educacion de los sordo-mudos.*

»de su posicion, y se hallaban en estado, si »los hubiesen cultivado, de adquirir todos los »conocimientos que se transmiten por la lec»tura.»

Algun tiempo despues, un médico suizo, llamado Conrado Amman, publicó un tratado titulado el *Surdus loquens*, y mas tarde una disertacion sobre la palabra, tratado que fué traducido al francés por Beauvais de Preau.

Al principio del siglo XVIII penetró la cuestion en Alemania. Xerger dirigió una carta con fecha de 1704 á Etmuller sobre la manera de instruir á los sordo-mudos. Setenta y cuatro años despues el elector de Sajonia fundaba una escuela en Leipsick, y nombraba su director de Kinsiken.

Entretanto se habia atrasado la Francia. El portugués Rodrigo Pereira, que se habia presentado en Paris como inventor de un nuevo método dactylógico, y que habia recibido del rey una pension y el título de secretario intérprete, ofreció vender el secreto de aquel método, pero habiéndose juzgado exhorbitante el precio que pidió, se negó el gobierno á su compra. Rodrigo de Pereira no emprendió jamas la educacion sin haber hecho jurar antes á sus discípulos no revelar su secreto; que guardado religiosamente murió con él. Por esta época, una circunstancia casual reveló al abate l'Epée su método.

Habiéndole un dia llamado sus deberes de eclesiástico á casa de una señora que vivia en la calle de los Fosos de San Victor, encontró á sus dos hijas cosiendo, y notó que estaban tan profundamente atentas á su labor, que no levantaron los ojos al ruido que él hizo al entrar. Entonces el buen abate se aproximó á ellas, y las dirigió la palabra; pero fué inútilmente; las jóvenes parecian no oirle. No pudiendo creer que se burlasen de él, se sentó junto á ellas, y aguardó. Diez minutos despues entró la madre, y en dos palabras quedó todo esplicado; las jóvenes eran sordomudas.

Aquel encuentro le pareció al abate l'Epée una revelacion del cielo sobre la cristiana senda que debia seguir; pidió permiso para encargarse de la educacion de aquellas dos señoritas, comenzada por el padre Vanin, y sin mas recurso que el de las estampas, pues no conocia ninguno de los métodos adoptados, emprendió su obra de paciencia y de caridad. Pero no queriendo atenerse á dos discípulas particulares, comenzó cursos públicos, llamando en su socorro á todas las inteligencias y pidiendo auxilio á los sabios de Europa en la tarea que había emprendido.

Durante uno de estos ejercicios públicos, vino á ofrecerle un desconocido un libro español que trataba de la materia. El abate de l'Epée, que ignoraba la lengua en que estaba escrito, iba ya á rehusar aquella adquisicion, cuando abriéndolo á la ventura, vino á dar con el alfabeto manual de Pedro Bonnet grabado en madera. Aquel libro era el arte de enseñar á hablar á los mudos.

Desde entonces el abate de l'Epée partió de un punto, y caminó hácia un resultado. De catorce mil libras de renta que tenia, no se reservó mas que dos para sus necesidades personales, y consagró el resto para las de sus discípulos. Por fin, despues de diez años de pretensiones al rey, Luis XVI concluyó por concederle de su bolsillo secreto una pension anual, y el uso de una casa contigua al convento de los Célestiuos. Dos años despues de la muerte del abate de l'Epée, por los decretos de 21 y 29 de julio de 1791, se convirtió esta casa en Instituto Real. Años antes habia fundado Mr. Scher la escuela de Zurich que íbamos á visitar, y que está contigua á la de los ciegos, fundada por Mr. Fauk casi en la misma época.

En aquel momento habia en el instituto diez y ocho ó veinte sordo-mudos, de los que algunos, ademas del alfabeto manual, poseian tambien la reproduccion labial. Como este género de instruccion está poco adoptado en Francia, habiéndosele juzgado inútil, daremos algunos detalles sobre él á nuestros lectores.

La reproduccion labial es la facultad que adquieren los discípulos de leer sobre los lábios de los que les hablan, y de repetir palabra por palabra las espresiones que estos han pronunciado. Nos presentaron á un muchacho de quince años, de mirada inteligente y rostro melancólico, quien al entrar volvió los ojos á su profesor, y luego, dirigiéndolos á nosotros nos dijo en francés, pero sin ningun acento:

—Buenos dias, señores.

Dirigímosle entonces la palabra, y á todas las preguntas que le hicimos, nos respondió volviendo inmediatamente los ojos á su maestro, con aquel mismo tono dulce y monótono, sin ningun cambio de entonacion, cualquiera que fuese la diferencia en el pensamiento que espresaban sus palabras. Nos parecia aquello cosa de milagro, no era mas que simplemente mecánico. Leia la respuesta que debia darnos alto, en los labios de su maestro, que la decia enteramente bajo, y la reproducia con la mas grande exactitud.

Todavía, á pesar de esta esplicacion no dejaba la cosa de tener algo de asombroso. ¿Por medio de qué mecanismo se ha logrado hacer repetir á un autómata sonidos que no oye, y que por consiguiente, su oido no puede juzgar? Pero á la evidencia, sin embargo, fué preciso rendirse. Nuestro jóven mudo, reprodujo testualmente todas las frases que le dirigimos en francés, inglés ó italiano, pero siempre con el mismo tono monotono y melancólico, semejante á un eco vivo y cercano; y tambien nos repetia lo que con la espalda vuelta á él dijimos delante de un espejo en el cual iba á buscar sobre la imágen de nuestros labios la sombra de nuestra palabra.

Cuando hubimos terminado con el mudo, se hizo llamar á un ciego: entró con su fisonomía despejada y esa espresion de bienaventuranza que se lee en el rostro de casi todos los desgraciados privados de la vista; era como el otro un jóven de catorce á quince años: llevaba en la mano un abultado libro, que fué á dejar sobre una mesa con la misma soltura en el andar que si viera perfectamente; despues llegado allí se volvió como por instinto hácia su maestro.

—¿Qué tengo que hacer? le dijo sonriéndose.

—Mi querido hijo, le dijo el maestro, aquí hay dos estrangeros, uno francés y otro inglés, que han oido hablar de nuestro instituto y vienen á visitarlo; ¿quieres leer alguna cosa?

—Con mucho gusto, dijo el niño.

—¿Qué libro traes?

—No lo sé, el primero que he tomado en la biblioteca.

—Mira el título.

El ciego abrió el libro, pasó su dedo sobre los renglones escritos en la primera página y respondió:

—Son las confesiones de San Agustin.

—¿En latin?

—Sí.

—¡Bien! lee algo á estos señores: en cualquier parte donde quieras, poco importa.

Salteó el niño unas cuarenta páginas, y luego buscando con el dedo un párrafo, leyó por espacio de cinco á seis minutos, siguiendo siempre con el dedo los caractéres, esto tan veloz como pudiera haberlo hecho con sus ojos.

Yo no sé de qué mecanismo se valen en Paris para los ciegos, pues no he visto nunca ningun instituto de este género, pero los de Zurich aprenden por un método tan sencillo como fácil. El papel está picado con un alfiler por un lado, de suerte, que las letras resaltan en relieve en el otro; pasando el dedo sobre este relieve, lee el ciego por el tacto, y reemplaza un sentido por el otro.

Nosotros mismos escribimos tambien con un alfabeto preparado para esta clase de ejercicios, muchas frases en diferentes lenguas, que el ciego leyó inmediatamente sin vacilar, pero conservando en todos los idiomas el acento aleman.

Terminada esta prueba le trajeron un papel de solfa escrita del mismo modo, y cantó varios cánticos de iglesia, y algunas canciones nacionales. En fin, volvimos á hacer con respecto á una cancion la misma esperiencia que habíamos hecho con una frase, y la descifró á la primera vez, solfeando con ayuda de sus dedos siempre tan exacto cual hubiera podido hacer un músico profesor con la música que se le presentase por primera vez. Habia pasado el tiempo con mucha velocidad, en medio de aquellos estudios tan nuevos para nosotros, y solo nuestro estómago habia contado las horas; sonó la de comer, y nos despedimos de nuestros mudos y de nuestros ciegos.

Al volver á la posada nos encontramos la mesa lista; despues de la comida, preguntamos al huésped si no habia algun café en la ciudad, y nos respondió que habia algunos, pero que si queriamos haria venir del mas inmediato todo lo que quisiéramos, y al mismo tiempo los periódicos ingleses y franceses que en él se recibian. Aceptamos.

Diez minutos despues nos trajeron el *Nacional* y el *Times*. Cada cual echó mano al suyo, nos arrellanamos en nuestras butacas, el codo sobre la mesa en que humeaba nuestro moka, y con los pies estirados hácia la chimenea, comenzamos á devorar nuestro pasto político con el ánsia de viageros privados de noticias hacia dos ó tres meses.

De repente, en medio de nuestra lectura lanzó sir Williams un grito angustioso. Me volví hácia su lado; le vi muy pálido.

—¿Qué hay? le dije, ¿qué teneis?

—Leed, me contestó alargándome el diario inglés.

Fijé la vista en donde me señalaba, y leí.

«Ayer 3 de agosto ha firmado el rey el contrato de boda de miss Jenny Burdett con sir Arturo Lesly, miembro de la cámara.»

Quise tratar de dar algun consuelo á sir Williams, pero interrumpiéndome y dándome la mano:

—Necesito estar solo, me dijo; no me atreveria á llorar en presencia vuestra.

Estreché la mano de aquel escelente é infeliz jóven, y me retiré á mi habitacion.

PROSPERO LEHMANN.

Al dia siguiente á las siete, entró el camarero en mi habitacion y me entregó una carta de sir Williams: se escusaba de marcharse sin despedirse de mí, que decia tanto me habia compadecido de sus dolores antiguos, pero temia cansar mi paciencia con sus nuevos dolores, y se marchaba para soportar él solo todo su peso. Estaba acompañada esta carta de un pequeño sello de oro que me suplicaba conservase en recuerdo suyo. Hice algunas preguntas al criado, pero no sabia nada mas sino que sir Williams habia pasado una parte de la noche en escribir, y habia hecho enganchar sus caballos á las tres de la mañana, y abandonado á Zurich.

Empleé el dia en visitar la catedral, que dicen fué fundada por Cárlo-Magno, el gabinete de historia natural, y el sepulcro de Lavater,

muerto, como se sabe, al querer sacar á un amigo suyo de manos de los soldados franceses que le maltrataban. Massena, que ha dejado en Zurich una reputacion sin mancha, hizo cuanto pudo, pero inútilmente, para descubrir al matador.

A las seis me embarqué en el lago. Recordaba la promesa que habia hecho á Próspero Lehmann en el tiro de Sarnen, y como me hallaba bastante cerca de Glaris, pensé que era llegado el momento de cumplirla.

Para mí no hay nada mas encantador que el viajar por los lagos de Suiza en una hermosa mañana de primavera ó de otoño, sobre todo, cuando un poco de brisa dispensa á los marineros de servirse de los remos; se desliza entonces la barquilla como por mágia; y sin mas esfuerzos que los de un cisne al desplegar sus alas. Frecuentemente parece que son las orillas las que huyen y el barco el que permanece inmóvil. Hallábame yo tendido en la popa del mio con los ojos fijos en las nubes de la tarde, que se arrollaban y desarrollaban en fantásticas formas, en el fondo de las que iban naciendo unas tras de otras todas las estrellas del cielo: iluminábase al mismo tiempo la tierra. Los millares de casas diseminadas en ambos lados del lago, rodeadas de cercados de viñedos, encendian sus fanales nocturnos, y como el lago reflejaba á la vez las luces de la tierra y las luces del cielo, parecia que la barca flotaba en el éter. Poco á poco se fueron confundiendo á mi vista todos los objetos de aquel gran espectáculo; mi pensamiento dejó de conservarlos en el lugar que los habia fijado la naturaleza. Vi edificarse palacios en el cielo, nubes bajar á la tierra, estrellas desfilar en el fondo del lago, y me dormí esperando arribar durante mi sueño al puerto de algun mundo desconocido.

Despertéme helado: abrí los ojos: ya no habia cielo, ni estrellas, ni casas; no quedaba de todo aquello mas que el lago muy agitado, las nubes desgajándose en lluvia, y una brisa del Norte que felizmente nos empujaba hácia Rapperschwyll, á donde llegamos en muy lamentable estado sobre las diez de la noche.

Felizmente, la posada del Pavo Real á que fuimos á parar, es una de las buenas posadas de Suiza; allí hallamos buena cama, buena lumbre y buena cena; era mas de lo que necesitábamos para reponernos. Pregunté á mi huésped si podria proporcionarme para el dia siguiente un cabriolé y un caballo para ir á Glaris. Consultó aquel un instante con una especie de mozo de cuadra que ponia lumbre en sus zuecos para calentarse los pies, y el resultado de la consulta fué que tendria lo que deseaba.

Como lo que tenia que ver en Rapperschwyll, á saber, las torres y el puente, no podia verse mas que á la luz del sol; en atencion á la tempestad que continuaba, ni siquiera habia luna, me despedí de la concurrencia que eran labradores que hablaban de granos y de ganados, y me marché á acostar.

Al dia siguiente, el tiempo no estaba aun seguro, sin embargo, se habia echado el viento, el aguacero de la víspera se habia convertido en una lluvia menudita que en rigor no impedia ver los objetos, de modo que me dirigí hácia el puente que hay sobre el lago, y que es la primera maravilla del pueblo.

Fué construido en 1358 por Leopoldo de Austria, que habiendo comprado el viejo Rapperschwyll y la March, quiso establecer una comunicacion entre la villa y la orilla izquierda del lago. Resultó de esta ducal voluntad, un puente de madera descansando sobre ciento ochenta pilares y cuya longitud es de mil setecientos cuatro pies, que con el reloj en la mano, tardé en andar veinte minutos.

En el camino de este puente es de donde se ve á Rapperschwyll bajo su aspecto mas pintoresco: sus torres góticas le dan un cierto aire formidable, que no deja de ser imponente, y que completa la poterna baja y abovedada que forma una de las puertas del canton de San Gall.

Al volver á la posada encontré dispuesto el desayuno y el cabriolé: devoré velozmente el uno y salté inmediatamente en el otro. Nuestro conductor se sentó en las varas y salimos á todo escape del caballo; que aunque al parecer no estaba muy acostumbrado á la profesion de caballo de tiro nos llevó sanos y salvos á Vesen, en donde nos paramos á pasar la tarde y la noche.

Salimos al dia siguiente muy temprano, dejando el lago de Wallenstadt á la izquierda, y siguiendo el camino que hay á orillas del Linth. Al cabo de una media hora de marcha casi, me quedé dormido muy santamente leyendo la historia del Vallés del padre Schkinner, y no sé cuanto tiempo hacia que duraba mi sueño, cuando me desperté sobresaltado por un vaiven del carruage, y por los alaridos de Francesco. Abrí los ojos, el conductor no estaba en las varas, nuestro cabriolé caminaba como el viento entre un precipicio de mil quinientos pies de profundidad y una montaña casi cortada á pico: nuestro caballo se habia desbocado, fatigado de arrastrar el carruage á que no estaba hecho: al menos esto comprendí por sus relinchos.

La situacion era bastante precaria, nuestro conductor al abandonar su puesto habia soltado tambien las riendas, iban arrastrando por el suelo, enredándose en las piedras, ocasionando á cada enredo vaivenes no muy seguros en un camino de doce pies de ancho á lo mas. Volver á coger las riendas con la mano era imposible, pues á cada momento las patas del caballo hacian relucir las herraduras á diez ó doce pulgadas de nuestras caras; saltar del cabriolé era cosa impracticable, pues á la izquierda, arrastrados por el impulso, rodábamos inevitablemente al precipicio, y por la dere-

cha habriamos sido aplastados entre la rueda y la montaña. Francesco se encomendaba á todos los santos del paraiso en aleman é italiano, y habia perdido la cabeza de tal modo que no oia una palabra de lo que yo le decia. Entonces resolví salvarme yo solo del apuro, pues no habia ayuda alguna que esperar de él. Logré bajar la capota del cabriolé, y agarrando uno de los bastones de viage con su punta levanté la brida, que afortunadamente cogí. Era mucho, pues gracias á ella esperaba mantener al caballo en medio del camino hasta Nalfels, que divisaba á un cuarto de legua; no tenia que temer mas que una cosa y era que se dislocase el carruage, no acostumbrado en su vejez á un ejercicio tan violento. Felizmente no fué asi: nos acercamos á la villa con la celeridad de un torbellino, y yo esperaba encontrar un obstáculo en que se estrellase la rabiosa carrera de nuestro bucéfalo, pero entró en la calle sin desgracia alguna, y continuó su camino sin tener en cuenta el cambio de localidad.

Sin embargo, la cosa no podia durar asi á menos de arriesgar el aplastar á los perros y muchachos que hallásemos en nuestro camino. Descubrí, pues, una casa que salia mas afuera en la calle que las otras, y decidí que acabase alli nuestro viage. En efecto, cuando me encontré al alcance proporcionado, tiré violentamente de las riendas con la mano derecha, el caballo siguió el impulso dado, y sin ver nada, fué á dar con la frente contra la pared como un ariete. El golpe fué tan violento que se levantó de manos, retrocediendo casi con la misma prontitud con que se habia adelantado; pero en ese movimiento pasó por debajo de una muestra; aproveché la ocasion; solté riendas y palo, y gritando á Francesco que hiciera otro tanto, me agarré con las dos manos al hierro que sostenia la muestra, dejándome sacar del cabriolé, como una espada de su vaina, quedé colgado como Absalon, solo que como no era por los cabellos, no tuve mas que soltar el hierro para encontrarme inmediatamente en tierra, de la que gracias á la dimension de mis piernas, no estaba distante mas que dos ó tres pies. En cuanto al cabriolé, al caballo y á Francesco habian continuado su camino triunfal en medio de los gritos de *Halt ab*! *halt ab*! cuyo único resultado era dar á su carrera nueva velocidad.

Me eché á correr inmediatamente tras de ellos gritándoles: ¡pára! ¡pára! y muy alarmado ademas, no por el carruage ni el caballo, sino por el pobre Francesco, que en el estado en que se hallaba, no podia siquiera ayudarse á sí mismo. Cinco minutos habria yo corrido, cuando al revolver una esquina encontré, máquina, animal y hombre tendidos muellemente sobre un monton de leña que afortunadamente habian encontrado á la puerta de una tahona. El cabriolé era lo que se hallaba en peor estado, se le habia roto una vara, y hecho mil pedazos el estribo. Mientras examinábamos el destrozo, llegó el conductor reclamando el precio. Esta pretension suscitó una grave dificultad, visto que por mi parte dije que si alguno tenia que quejarse era yo sin disputa, que gracias á la torpeza y traicion del cochero habia estado á punto de romperme la cabeza.

Habiéndose acalorado la disputa, tuvimos que recurrir á un juez. Oidas ambas partes el juez mandó que se examinara el caballo, que al instante fué reconocido por los peritos por un potro de dos años que nunca se le habia puesto á tirar. Resultó de este exámen un fallo digno del rey Salomon: yo fuí condenado á pagar quince francos de alquiler, mi cochero fué condenado á un mes de cárcel, y el dueño de la posada del Pavo Real á componer su carricoche. Media hora bastó al bailio de Nafels para tomar conocimiento del hecho, oir á las partes y pronunciar su sentencia. Antes de separarme de aquel escelente juez, le pregunté su nombre y las señas de su casa, prometiéndole participar aquel hecho á todos mis amigos y conocidos, y apuntando despues todo religiosamente en mi album, recogimos nuestros sacos y bastones, y continuamos nuestro camino á pie. Estábamos afortunadamente nada mas que á dos leguas de Glaris.

Al entrar en la poblacion me acerqué al primer grupo que vi y pregunté si conocian al cazador Lehmann. Todo el mundo me contestó afirmativamente, pero como no vivia en el mismo Glaris, sino en una casita en el camino de Mitlodi, se ofreció á guiarnos á ella un aldeano que llevaba aquella direccion. No me paré, pues, en Glaris mas que el tiempo necesario para mirar las pinturas al fresco que adornan una casa que hay al frente de la posada, y que representan un combate entre un cruzado y un sarraceno, una muger echando un ramo de flores por una ventana, y un leon en pie en una jaula. Luego salimos del pueblo, y á los diez minutos de camino, me enseñó mi guia una linda casita, junto á la cual pastaban dos vacas, y á Lehmann que con su muger é hija se estaba calentando á los últimos rayos del sol del estío bajo un emparrado. En efecto, al momento reconocí á mi oso de los Alpes, y saltando una zanja de orilla del camino, me dirigí á su encuentro. Asi que me vió se vino hácia mí.

—¡Sea enhorabuena! me dijo, eso es ser hombre de palabra, ya empezaba á desconfiar de vos.

—Muy mal hecho, respondí, pues con la promesa de una caza de gamuzas me hubiérais hecho ir al interior del Tirol. Pero todo el dia me atormenta la idea de que el tiempo no será favorable.

—Si tal, dijo Lehmann, ¿veis las montañas del fondo que están todas llenas de la nieve que ha caido esta mañana? señal de buen tiempo para cuatro ó cinco dias.

—¿Y nos aprovecharemos de él?

—Desde mañana, si quereis.

—¡Bien! ahora tengo que comunicaros una noticia.

—¿Cual es?

—Que Francesco y yo traemos una hambre como lobos.

—¡Tanto mejor! asi encontrareis mejor nuestra pobre cocina. Ea, ea, dijo en aleman á su muger é hija, pronto, una pierna de gamuza al asador y huevos á la sarten. No es una suntuosa comida, continuó volviéndose á mí, pero á lo menos no se muere uno de hambre. ¿Quereis venir ahora á ver vuestra habitacion?

—¡Cómo! ¡mi habitacion!

—Si señor, luego que supo mi muger que debiais venir, os preparó vuestra habitacion: teneis nuestra cama de boda, la colcha bordada, y los dos únicos cuadros que hay en la casa, y que representan un señor y una señora que creo conocereis.

Llevóme Lehmann á un precioso cuartito ante cuyas ventanas se estendia un magnífico balcon lleno de tiestos, y esculpido al gusto del renacimiento. Desde esta azotea estendiase la vista en el Occidente, sobre la cordillera de Glarnich, seguia el valle, abarcaba la villa de Glaris entera, y subiendo por el Lint hasta su nacimiento, se detenia por la blanca cima del Dodi, que se eleva en el horizonte como un baluarte inespugnable y helado.

—Y ahora, me dijo Lehmann, voy á dejaros hacer vuestro tocador de viajero. En este armario teneis kirsch y azúcar, agua en estos jarros, y tohallas en estos cajones; si necesitais algo mas, dad una patada en el suelo, y subiremos.

Permanecí un instante en el balcon y me entré luego, acordándome de los dos cuadros de que me habia hablado mi huésped, y que representaban un señor y una señora, ambos conocidos mios. Ví pues en dos marcos de madera negra, y conocí, aunque no estaban los nombres debajo, los retratos iluminados de Talma y Mlle. Mars, aquel en trage de Sila, y esta en el de la *Escuela de los viejos*. Decididamente mi oso era un hombre de los mas civilizados.

¡Mlle. Mars y Talma en una cabaña de la Suiza, en un estraviado valle del Linth! ¡Los dos genios dramáticos mas grandes de nuestra época, reunidos en un cuarto preparado para mí! Era cosa de hacerme creer en el refinamiento de una hospitalidad admirable en un cazador de los Grisones. Pero fuera cual fuera la causa de su presencia; no dejo por esto de trastornar enteramente mis pensamientos; desapareció la gran decoracion de montañas, borróse la prespectiva del valle, el teatro cambió de decoracion, y yo me encontré, en espíritu, en la sala de la calle de Richelieu, sentado en una luneta de orquesta, y viendo la primera represe ntacion de la Escuela de los viejos.

¡Qué triunfo aquel! me acuerdo perfectamente; pues aunque la obra era muy buena, y fué espléndidamente ejecutada, jamás me habian parecido mejor Talma y Mlle. Mars. Se les llamó á la escena y tambien al autor: su hermano le arrastró por fuerza á un palco; allí se abrazaron mútuamente, el patio estalló en aplausos: era un espectáculo magnífico!

En aquella época conocia yo un poco á Casimiro, y me alegraba infinito por él: nunca he tenido envidia, y sobre todo en aquella época me era enteramente desconocida. Sin embargo, estaba triste y me mortificaba mucho una idea. Atormentábame hacia cuatro años la necesidad de trabajar para el teatro, habia estudiado profundamente nuestros grandes maestros, profesábales admiracion profunda, pero sentia al mismo tiempo en mí una imposibilidad completa de hacer algo conforme á las reglas que me habian prescripto seguir, asi es que faltaba rara vez á una representacion nueva, esperando hallar siempre en los modernos un punto de partida para un mundo nuevo, una brújula para la estrella oculta, aunque yo buscaba en el cielo un viento que me impeliese en medio de ese océano de pasiones humanas, que llaman drama.

Algo habia, de lo que yo anhelaba encontrar, en la obra que acababa de representarse á mi vista. La fuerza, la verdad y la naturalidad con que Talma y Mlle. Mars, habian ejecutado algunos de sus papeles, me confirmaban en la realidad de que se podia crear una manera mas franca en su forma, mas libre en su marcha, mas verdadera en sus detalles; pero todas estas percepciones, no eran todavía mas que los pájaros por el aire y las algas en el Océano, que anunciaban á Cristóbal Colon, estar próximo á una tierra, mas sin decirle á donde se hallaba esta.

Seis meses despues, los actores ingleses, llegaron á París. Tres años antes los habian recibido en el teatro de la puerta de San Martin, con silbidos y patatas. Esto era lo que entonces se llamaba espíritu nacional. A la sazon representaban en el Odeon, y la sociedad mas escogida de Paris, tenia que hacer cola para ir á colmar de aplausos á Smithson y á Kemble. En aquella época, vergonzoso me es confesarlo, no conocia yo á Shakespeare si no por las imitaciones de Ducis. Habia visto representar el Hamlet á Talma, y por trágico que fuese el actor en esta pálida copia, la obra en sí no me habia causado mas que un mediano placer; mucho trabajo me costó, pues, el decidirme á ver otra vez la misma produccion ejecutada por Kemble, cuya reputacion no era igual ni con mucho á la de nuestro gran trágico.

Difícil me seria contar lo que pasó en mí desde la primera escena. Aquella verdad en el diálogo, del que no entendia entonces una palabra, pero cuya espresion me indicaba el simple acento de los interlocutores, aquella naturalidad en la accion, que se cuidaba poco

de ser trivial, con tal de guardar armonía con el pensamiento, aquel dejarse llevar de las actitudes que aumentaba la ilusion, haciendo creer que el actor, poseido de su papel, olvidaba la presencia de un público, y en medio de todo la poesia, esa diosa que domina siempre en la obra de Shakespeare, y que Smithson interpretaba tan maravillosamente, trastornaba del todo las ideas adquiridas, y me dejaba divisar, como al través de una niebla, la cima resplandeciente de las ideas innatas. En fin al llegar á la escena en que toda la corte reunida asiste á la representacion fijada de la tragedia, cuyo asunto real proporcionó la muerte del rey de Dinamarca: cuando despues de haber visto en su fingida demencia al jóven Hamlet, tenderse á los pies de su querida jugando con su abanico y mirando á su madre al través de las varillas, observé que conforme se desarrollaba la intriga infernal, daba progresivamente á su rostro la espresion marcada y profunda de una inteligencia superior: cuando le ví arrastrarse de derecha á izquierda de la escena, acercarse á la reina con la boca abierta y ojos centelleantes, en el momento en que reparando que aquella ya no puede soportar el espectáculo de su propio crimen, y se turba y aparta su vista, y va á desmayarse, se endereza de repente gritando. «Light! light!» poco faltó para que yo me levantára y gritára lo mismo que él: «Luz! luz!....»

Cinco años habian pasado desde aquella época. Talma habia muerto. Kemble viajaba por América, Smithson despues de haber dado el impulso y el ejemplo á todas las actrices que luego se han adquirido un nombre en el drama moderno, se habia confundido y perdido en la vida privada como una estrella que se apaga en el cielo. Yo mismo despues de haber intentado realizar mis hermosos sueños, y de encontrar cual otro Vasco de Gama, un mundo perdido, disgustado ya al principio de mi carrera, así como otros lo han estado al fin de su vida, venia á buscar entre las montañas, fuerza para continuar esta lucha, en que cual Sisifo, es preciso rechazar incesantemente el peñasco de la medianía que cae sobre uno. Mlle. Mars, siempre bella, siempre jóven, siempre comprendida y amada del público, quedaba únicamente en pie sobre su pedestal, hallaba en su talento fuerzas para resistir á todo, aun á la fortuna, y para colmo de satisfaccion podia viajando por Suiza, encontrar su retrato en el interior de una cabaña.

Estaba en esto de mis reflexiones filosóficas cuando entró Lehmann; dirigíme hácia él precipitadamente.

—¿Cómo pues habeis adquirido esos dos retratos?

—Se los compré á un buhonero, me respondió.

—¿Por qué habeis preferido estos?

—Porque eran los retratos del emperador Napoleon y de la emperatriz Josefina.

—El buhonero os ha engañado completamente, esos retratos son de Talma y de Mlle. Mars.

—¿De veras, eh?.... ¡ah! pues cuando pase otra vez ya tendré yo muy buen cuidado de devolvérselos.

—Guardaos bien de hacerlo, le dije, al contrario, conservadlos mucho; verdad es que esos retratos no son los del emperador ni de la emperatriz; pero sí los de un gran rey y una gran reina que cual Napoleon y Josefina no han dejado herederos.

Al acabar de comer me preguntó Lehmann si queria acompañarle á la montaña en donde iba á preparar la caza para el dia siguiente; y aunque yo no comprendiese muy bien la posibilidad de preparar la caza de gamos, le respondí que estaba pronto á seguirle: entonces él llenó de sal su bolsillo y partimos.

La montaña en que debiamos cazar se llamaba Glarnich: es una nevera de dos cimas en que se atrincheran las gamuzas como en una fortaleza inespugnable. Tomamos el camino real hasta Mitlodi, allí doblamos á la derecha, seguimos la orilla de un riachuelo que no tiene nombre, despues le atravesamos saltando de peña en peña, y nos internamos en un bosque de pinos que se estiende en la base del Glarnich, y al cabo de una hora de marcha, llegamos á la opuesta ladera. Fuimos andando aun como una hora, sin seguir camino alguno trillado, llegando por fin á una especie de arista estrecha y escabrosa por la que Lehmann echó á andar sin mirar si yo le seguia.

Dejéle andar, hasta que viendo que continuaba su camino por aquella especie de puente de Mahoma le llamé.

—Y bien, me dijo volviéndose, ¿y por qué no me seguis?

—¡Tóma! porque me romperia la cabeza.

—¿Lo creeis?

—Estoy mas que seguro.

—¡Qué demonio!

—¡Vaya! ¿no hay otro camino?

—Si, pero he tomado el mas corto.

—Mal hecho, hubiera preferido andar una legua mas.

—Ahora no vale la pena, ya hemos llegado, mirad, dijo señalándome con el dedo una esplanada verde situada á la otra parte del puente que atravesaba, voy allí

—Idos, lo que es hoy me quedo aquí, mañana veremos si soy mas valiente.

—¡Mañana! mañana tomaremos otro camino.

—¿Mejor que este?

—Camino real.

Ea pues, con Dios, con Dios, que yo me quedo descansando.

Tendíme, fija la vista en Lehmann, que continuó su camino, atravesó sin novedad el

peligroso paso en que se habia metido, y luego que estuvo en la llanura sacó la sal de su bolsillo y se puso á sembrarla cual un labrador el trigo. Le miré mientras pude verle sin comprender nada de aquella maniobra, y esperando preguntarle el significado á su regreso; pero á poco tomó una cuesta que le ocultó á mi vista. Esperé diez minutos mas mirando al lado por donde habia desaparecido; pero de repente volvió á aparecer á una gran distancia, con una rama de árbol en la mano, y siguiendo para volver al puente, la cima del precipicio. Llegado al sitio de la arista, ató á la rama un pañuelo de algodon encarnado, la plantó en la grieta de una piedra, y se dirigió hácia mí.

—Ea, me dijo, ya he concluido.

—¿Y qué resultado dará esto?

—Que mañana el rocío derretirá la sal sembrada esta tarde, y como las gamuzas son muy aficionadas á yerba salada, se reunirán cinco ó seis ó acaso diez en el sitio donde las atraiga su golosina. Este sitio está á tiro de bala de una roca hasta donde puedo llegar sin ser visto. Al tiro se huirán por este lado, pero mi pañuelo les impedirá la fuga, y se verán obligadas á pasar todas unas tras de otras por junto al parage en que os emboscaré, de suerte que tendremos muy poca habilidad si cada uno no carga con una res.

Esta seguridad me infundió nuevos brios para el dia siguiente. Tomamos la vuelta de la casa, á donde llegamos muy entrada la noche. Como Lehmann amenazaba despertarme á las dos de la madrugada, me retiré á mi habitacion, y hecha mi oracion dramática á Talma y á Mlle. Mars, me dormí con el sueño del justo, y soñé que mataba seis gamuzas.

UNA CACERIA DE GAMUZAS.

Próspero Lehmann cumplió su palabra, entrando á las tres en mi cuarto, equipado ya para la cacería; yo salté de la cama, y en un momento estuve tambien listo. Titubeé un instante entre llevarme la carabina, que no fallaba, alcanzando muy lejos, y la escopeta, que me ofrecia la ventaja de un segundo tiro; al fin me decidí por la escopeta de dos tiros. Encontré en la mesa los restos de la cena de la noche anterior, pero era demasiado temprano para que yo tuviese ganas de hacerles los honores. Contentéme con llenar mi calabaza de kirsch, y meter un pedazo de pan en el morral. Lehmann, al ver lo que yo hacia se echó á reir y me dijo:

—No os cargueis demasiado, que ya almorzaremos en la montaña, y metió en su morral un paquete que me pareció contenia gran surtido de provisiones confortables.

En seguida nos pusimos en marcha, pero tomando segun me habia dicho Lehmann, otro camino distinto del de la víspera, pues en lugar de seguir la carretera hasta Mitlodi, la atravesamos, yendo en línea recta por medio de la llanura; al cabo de media hora llegamos á un pueblecillo que mi compañero dijo llamarse Serrati. Luego que salimos de él, nos hallamos á orillas de un pequeño lago de aguas mansas, silenciosas y plateadas. La noche era turbada únicamente por un arroyuelo que descendiendo del Glanich se arrojaba saltando sobre los guijarros en aquel magnífico espejo de las hadas. Le subimos contra la corriente hasta su nacimiento, y al llegar á él Lehmann se internó en la montaña haciéndome señas para que le siguiera, pues aunque muy apartados del sitio en que esperábamos encontrar la caza, hacia ya rato que no nos hablábamos por temor de que alguno de esos ecos estraños que hay en las montañas, y que trasmiten la voz á una distancia á la que nos parece que no alcanzaria la detonacion de una escopeta, no fuese indiscretamente á despertar antes de tiempo á los que íbamos á saludar asi que se levantaran. Por lo demas, Lehmann como cazador prudente y ejercitado, habia tomado el viento de manera que con algunas precauciones por nuestra parte no podian sentirnos.

Caminamos asi cosa de una media hora por caminos bastante difíciles, pero sin embargo, practicables; pasando de cuando en cuando por junto á vastas sábanas de nieve que evitábamos por temor del ruido que hubieran hecho al crugir bajo nuestros pies. El aire se iba refrescando sensiblemente conforme nos aproximábamos á la region de los hielos. En fin, al pie de una roca encontramos una cabaña medio enterrada. Lehmann empujó la puerta, y entró el primero, yo le seguí.

—Ya hemos llegado, me dijo, y aqui podemos hablar, pues no hay eco que nos venda: dentro de un cuarto de hora empezará á amanecer y entonces nos iremos cada uno á nuestro puesto.

—Y no valdria mas, le contesté, ¿irnos á colocar ahora que es de noche? tendríamos una ventaja mas, la de no ser vistos.

—Si, pero podria suceder que una gamuza, al acudir á su cita, encontrase nuestras huellas, y entonces, no solo retrocederia, sino que daria la señal de alarma á sus compañeras, y habriamos andado inútilmente, lo que yendo tras de ellas no corremos riesgo de ser descubiertos por esta parte: y en cuanto al temor de ser vistos, no teneis mas que seguirme é imitar todos mis movimientos, y os aseguro que por astutas que sean aun las ganaremos nosotros. Mientras tanto si quereis cer-

raremos la puerta, y nos ocuparemos de ciertos detalles, cuya oportunidad apreciareis mejor dentro de dos horas.

A estas palabras Lehmann tomó el eslabon y encendió una luz, abrió nna especie de armario en el que habia una cacerola, una sarten, y algunos platos, sacó el paquete de su morral, y depositó cerca de estos utensilios, vino, pan, queso y manteca.

—¡Hola! ¡hola! dije yo manifestando mi aprobacion hácia tales preparativos.

—¿Comprendeis? me dijo. Haremos ante una de las mas deliciosas perspectivas de los Alpes, algo mas delicioso que el banquete de un rey, esto es, un almuerzo de cazadores; he pensado que os gustará esto mas que regresar á Glaris.

—¿Y habeis pensado que hemos de freir con esta manteca, que comeremos con nuestro pan?

—¡Toma! el almuerzo está aqui dentro en el cañon de la escopeta.

—¡Diablo! ¡y el mio está vacío!

—Cargad, en cuanto á mí es cosa hecha.

Introduje por una parte un cartucho con diez postas y por la otra dos balas.

—Ya estoy preparado, le dije.

Lehmann miró aquella escopeta que se cargaba con tanta ligereza y comodidad, me la cogió de la mano, y la volvió y revolvió meneando la cabeza.

—¿Quereis serviros de ella y dejarme vuestra carabina? le dije.

Vaciló un instante.

—No, me contestó devolviéndomela: mi carabina es un arma vieja, pero que ya conozco; hace diez años que no nos separamos sino para dormir, cada uno en su sitio; yo estoy tan seguro de ella, como ella lo está de mí, y todas las invenciones nuevas del mundo no son capaces de indisponernos. Guardaos, pues, vuestra escopeta, que yo me guardo la mia, y despachémonos á tomar nuestras posiciones porque las gamuzas deben estar ya en las suyas.

Salimos en seguida; una ligera tinta matinal comenzaba á blanquear el cielo; á nuestros pies se estendia el lago que dormia á la sombra, teniendo en una de sus estremidades el pueblecillo de Serrati, y en el otro el de Richisau; detras de nosotros se elevaba la cresta de la montaña, de la que en toda su longitud pendian como una cabellera blanca las estremidades inferiores de una ribera. Al cabo de veinte pasos encontramos el camino cortado por un ancho ángulo de un cuarto de legua de largo casi; un tronco de árbol estaba echado entre ambas orillas; miré en derredor nuestro, y viendo que no habia otro paso, me agarré del brazo de Lehmann, y me comprendió perfectamente.

—Estad tranquilo, me dijo en voz baja, ese camino es para mí; el vuestro es mas fácil, seguid la ribera del arroyo, á su estremo encontrareis un gran peñasco que domina á una pequeña esplanada de veinte pasos, que está como una isla, rodeada de precipicios por todas partes; asi que yo haya tirado, se dirigirán las gamuzas por aquel lado, y cuantas haya otras tantas saltarán del peñasco á la esplanada y de alli á un prado que ésta domina.

Ahora ocupad pronto vuestro punto de espera sin meter el menor ruido, y aguardadme.

—¿Podria esperarme aqui un instante para ver cómo pasais á la otra orilla sin balancin?

—Perfectamente, no es nada difícil, mirad.

Lehmann se quitó los zapatos, se echó la carabina á la espalda, y asiéndose con los pies desnudos á las asperezas del tronco, echó á andar por aquel estrecho y vacilante camino con tanta seguridad cual pudiera haber tenido en el puente de las Artes de París.

Aquello era tan horroroso que solo con mirar aquel hombre sentia yo que se me iba la cabeza: erizáronseme los cabellos, todos los nervios de mi cuerpo se contrajeron como si quisieran anudarse, y no pudiendo permanecer en pie presenciando semejante espectáculo, me ví en la precision de sentarme.

En algunos segundos llegó Lehmann á la otra orilla sin novedad, y viéndome sentado al volverse, se quedó asombrado; yo conocí que no comprendia la razon de mi actitud. Al momento me levanté, y me puse en camino para mi destino. A los diez minutos llegué al peñasco, reconocí la esplanada que dominaba al arroyo que corria á mis pies, y confieso que no pude comprender el doble salto que debian dar las gamuzas, el primero era de veinte pies de altura, poco mas ó menos, y el segundo de quince ó diez y ocho de ancho.

Despues que hube inspeccionado mi puesto, me situé en un sitio, y dirigiendo mi vista hacia el punto en que habia dejado á Lehmann, le divisé, que despues de haber dado una gran vuelta para tomar bien la direccion del aire, trepaba por la montaña mas bien á modo de serpiente ó jaguar que se arrastraba, que no como un hombre que ha recibido de Dios las piernas para andar y el *hueso sublime* para mirar al cielo.

De cuando en cuando se paraba repentinamente, quedábase inmóvil como el tronco de un árbol; entonces á fuerza de fijar la vista sobre el mismo objeto, se confundian todos ellos: yo no podia diferenciar ya al cazador de las rocas que le rodeaban, hasta que un nuevo movimiento me hizo distinguir la naturaleza animada de la naturaleza muerta. Luego volvia á andar con la misma maña y la misma precaucion, aprovechándose de todos los accidentes del terreno que pudieran favorecer su marcha, ocultando esta á los ojos de la res descuidada á la que intentaba alcanzar; muchas veces le veia desaparecer detras de unas matas, le creia parado en el mismo sitio en que mis ojos le habian perdido de vista: quedábame mirando fijamente al parage en el

que creia que estaba; pero de repente á treinta ó cuarenta pasos, le volvia á ver andando de puntillas, en cuclillas ó boca abajo, segun el terreno le permitia adoptar alguno de estos modos de locomocion: por fin, le vi detenerse detras de un peñasco, levantar la cabeza, acercar su escopeta al hombro, apuntar un rato, luego bajar otra vez la escopeta, atravesar un nuevo espacio de diez pies, ganar otra piedra, apoyar de nuevo en ella el cañon de la carabina, apuntar segunda vez, luego quedarse inmóvil como el peñasco que le servia de apoyo. Es necesario ser cazador para concebir lo que yo sentia en aquel momento: estaba sin aliento, mi corazon saltaba con tal fuerza que le oia palpitar. Por último, un relámpago iluminó la montaña. Un segundo despues llegó su estrépito hasta mí, pasó sobre mi cabeza, y fué á resonar como un trueno con los ecos del Glarnich. En cuanto á Lehmann se habia quedado echado en el mismo sitio sin moverse despues del tiro. No adivinaba yo la causa de su inaccion, cuando de repente le vi apoyar la culata de su escopeta sobre el peñasco, preparar segunda vez, apuntar con la misma atencion, siguiendo á este nuevo relámpago otra nueva detonacion; esta vez se levantó al momento, dando un grito y haciéndome señas para avisarme. En efecto, al mismo tiempo pasó sobre mí una sombra, cayó sobre la esplanada una gamuza, y de un brinco, tan rápido, que apenas me dió tiempo de verla, se lanzó á la otra orilla del arroyuelo. Estaba yo aun aturdido de tal velocidad, cuando una segunda sombra repitió la misma maniobra. Maquinalmente me eché la escopeta á la cara, al mismo punto pasó otra tercera sombra, y asi que tocaba en la esplanada la disparé un tiro que al parecer la arrebató entre la llama y el humo. Eché á correr al momento á la orilla del arroyo, y vi á mi gamuza, que herida sin duda no habia podido saltarlo, y se hallaba agarrada con los cascos de sus patas á las asperezas del muro inclinado que forma el peñasco. Aprovechéme de aquel instante, á pesar de lo rápido que era, y le disparé mi segundo tiro: al punto se soltó del ángulo á que se adheria rodando al fondo del precipicio. Arrojé mi escopeta, y bajé sin saber de qué manera, de árbol en árbol y de peña en peña, no acordándome de mareos ni mucho menos de mis vértigos; veia al animal luchando con las convulsiones de la agonía, con miedo que se me escapase, volviendo á subir ó encontrando alguna salida subterránea, ó por otro cualquiera medio. De manera que no me cuidé de nada mas que del modo de bajar hasta él sin acordarme cómo subiria luego, me dejé resbalar desde la altura de treinta pasos por el declive de la piedra, y me hallé inmediatamente junto á mi víctima, sin mas novedad que la desaparicion de la parte posterior de mis calzones. Arrojéme furiosamente sobre ella, creyendo todavía que se me podria escapar; no habia cuidado, el pobre animal estaba ya muerto. Até en seguida las cuatro patas juntas, me la eché al hombro, y orgulloso con mi presa me apresuré á reunirme con mi compañero. Desgraciadamente era muy difícil; me encontraba en el fondo de un verdadero embudo, y por ningun lado era el declive tan fácil que pudiera yo subir solo y sin ayuda. Un instante estuve dando vueltas al rededor de mi foso, ni mas ni menos, como los osos del Jardin de las Plantas. Despues, viendo no tenia medio alguno para mi ascension, me decidí á pasar por la vergüenza de llamar á Lehmann en mi ayuda. En el momento que yo abria la boca, oí que él me llamaba, y al momento le respondí. Un momento despues apareció en el borde de la esplanada con dos gamuzas al hombro.

—¿Qué diablos haceis ahí? me dijo. ¿Por qué os habeis metido ahí dentro?

—¡Pardiez! ya lo veis, le respondí enseñándole mi gamuza, he bajado para buscar mi almuerzo, solamente que ahora no puedo subir.

—¡Caramba! parece que hemos hecho cada cual nuestro negocio; ahora solo se trata de sacaros de ahí.

—Si, si, contesté, me parece que es lo mas urgente.

—Está bien, esperadme.

—¡Oh! podeis estar tranquilo, no me escaparé.

Lehmann tomó el mismo camino casi que yo seguí, bajando por los peñascos con una agilidad asombrosa, de modo que el cabo de algunos segundos se halló al borde del declive por donde me habia yo dejado resvalar.

—Ahora, me dijo echándome la punta de una cuerda, ¿quereis desembarazaros de vuestra gamuza, que siempre os pesará unas sesenta libras?

—Con mucho gusto.

—Pues atad las patas con esa cuerda, ella va á enseñaros el camino.

—En efecto, concluida esta operacion, tuve el gusto de ver á mi caza tirada por Lehmann, llegar á las regiones superiores, no sin dejar algunos fragmentos de su piel y hasta de su carne en todas las escabrosidades de la peña: esto me dió motivo para serias reflexiones.

—¡Lehmann! dije.

—¿Qué? dijo el cazador poniendo la mano sobre mi gamuza.

—Decid, ¿pensais serviros del mismo método para mi de que os habeis servido para el animal?

—Qué disparate, para vos hay que servirse de otra maniobra.

—¿Larga de disponer?

—Bastarán solo cinco minutos.

—Entonces, bien; obrad, amigo, obrad.

Lehmann se alejó y yo me puse á pasear silbando por el fondo de mi embudo: al cabo del tiempo indicado levanté la vista y no

ví á nadie: entonces me senté sobre una peña, que sin duda habia rodado como yo á aquella especie de trampa, riéndome de la ridícula posicion en que me encontraba. Al cabo de diez minutos me pareció que ya habia esperado bastante, y levantándome, llamé á Lehmann: nadie me respondió; llamé por segunda vez, y me sucedió lo mismo.

Entonces sentí algun cuidado, no conocia á aquel hombre á quien con tanta confianza habia hecho mi compañero de caza. Hallábame perdido en una montaña, que él solo frecuentaba en sus escursiones matutinas, enterrado á veinte y cinco pies de profundidad en una especie de barranco del que era imposible escalar la cúspide; nadie sabia donde yo estaba, aquel hombre podia haber sido tentado por mis armas y por unos cincuenta luises que le habia dado á guardar. Aquel hombre podia bajar tranquilamente á su casa, y en lo sucesivo cazar por otra parte; no me mataba, pero me dejaba morir. Este temor era estúpido, lo conozco bien, pero las ideas se nos vienen acordes con la situacion en que nos encontramos, y la mia no dejaba de ser ridícula, sino para convertirse en terrible.

Sin embargo, resolví no permanecer asi en mi agujero sin hacer al menos algunos esfuerzos para salir de él: busqué un parage donde algunas asperezas y dificultades mas salientes de la roca me permitiesen apoyar mis pies y mis manos, y comencé á intentar escalar y subir; pero no tardé en convencerme de que era imposible: dos veces llegué á una altura de tres ó cuatro pies, pero al llegar alli volvia á bajar al fondo de mi barranco con gran detrimento de mis manos y de mis rodillas. No por eso comenzaba menos una tercera tentativa, cuando una voz me dijo:

—Si quereis subir así quitaos á lo menos vuestros zapatos.

Alcé la cabeza y vi á Lehmann, calculé lo ridículo que seria dejarle sospechar los temores que yo habia tenido, y le contesté resueltamente, que como habia tardado me estaba ensayando entretanto para ver como habria salido del paso sino hubiese podido contar con su socorro.

—No es culpa mia, repuso Lehmann, me ha sido preciso andar un cuarto de legua para hallar un pino á propósito para izaros, pero por fin le encontré; voy á bajaros la máquina, os montareis á caballo en una de las ramas, y yo os subiré tirando de la cuerda: no hay mas que hacer.

Efectivamente, como se ve, el medio nó podia ser mas sencillo: dos palos atados en cruz formaban una base que impedia dar vueltas al tronco; me monté en él agarrándome con ambas manos como hace un torpe ginete que se agarra al arzon de la silla, y á la voz de ¡vamos! comencé á subir hácia atrás con un movimiento sumamente suave y regular: al cabo de algunos segundos se concluyó el movimiento, y me hallé sentado en tierra; me volví y descubrí á quince pasos á Lehmann que todavía agarraba la otra punta de la cuerda con cuyo auxilio me habia subido otra vez á las altas regiones.

—Este es, me dijo, un nuevo modo de viajar, que probablemente no conociais.

—Efectivamente, le respondí, os declaro que no tengo gran vocacion por él, pues tal vez no hallaré siempre un guia intrépido y decidido como vos.

Lehmann clavó sus ojos en mí fijamente un instante, pero sin comprender lo que queria decirle, y despues no queriendo tomarse el trabajo de investigar por mas tiempo la intencion de aquella frase que le parecia poco inteligible, me dijo:

—¿No os habeis quejado de mareos?

—Yo lo creo; como que me hacen el hombre mas infeliz del mundo.

—¿Quereis que os cure para siempre de ellos?

—¡Vos!

—Si, yo.

—Ciertamente que lo deseo.

—Dadme el vaso de cuero.

—Ahi está.

Acercóse Lehmann á una de las gamuzas, que no estaba aun enteramente muerta, y abriéndola la arteria del cuello, la hizo una sangria en mi vaso hasta llenar las tres cuartas partes.

—Bebed eso, me dijo.

—¡Sangre! esclamé yo con repugnancia.

—Si, sangre de gamo. Bebed, es el remedio mas seguro que podeis hallar.

—No, gracias, yo mejor quiero quedarme con mis mareos; ademas ahora tengo mas hambre que sed, y si os lo pide el corazon podeis guardaros para vos esa bebida.

—Gracias, me respondió sencillamente Lehmann, no tengo necesidad de ella; y vertió la sangre, y me devolvió el vaso; despues cargándose á la espalda las dos gamuzas.

—Pues que teneis hambre, me dijo, coged vuestra res, y vamos á almorzar. A propósito, ¿y qué habeis hecho de vuestra escopeta?

—Verdad es, respondí, se ha quedado allí arriba en la esplanada.

—No, no os incomodeis, dijo Lehmann, y lanzándose de roca en roca llegó á la esplanada, y volvió un instante despues con el arma, que habia encontrado enmedio del camino.

Nos encaminamos á la cabaña. Como me lo habia prometido Lehmann volví con gran apetito, de suerte que deseando ser de alguna utilidad para activar el trabajo, le pregunté si podia emplearme en alguna cosa: me enseñó entonces una hornilla compuesta de piedras que formaban reunidas un círculo, y me invitó á encender fuego. Al principio me humilló un poco el no tomar mas parte en la confeccion de la comida que se preparaba, pero pensé que lo mejor era obedecer sin replicar; nada hay

que envilezca tanto al hombre como un estómago vacío.

Mientras me ocupaba en estas humildes tareas, Lehmann abrió una de las gamuzas y le sacó la asadura, es decir, el bocado mas delicado y que en nuestras cacerías de corzos en los alrededores de París pertenece de derecho á los guardas que nos acompañan. Cinco minutos despues, ya estaba cociendo con el condimento de manteca, vino, pimienta y sal, en la lumbre que habia encendido y cuya utilidad empezaban á realzarme á mis ojos. Durante este tiempo Lehmann sacó de la cabaña el resto de las provisiones, y lo trajo á una pradera que domina al valle.

—Ahora, le dije, esplicadme cómo habeis hecho para matar dos gamuzas con una escopeta de un solo tiro, mientras que yo con una de dos, no he matado mas que una.

—¡Oh! la cosa es muy sencilla, me contestó Lehmann. Cuando por la mañana están las gamuzas pastando, colocan siempre una centinela á cincuenta ó sesenta pasos para que dé la alarma en caso de peligro. Debeis saber, que lo que menos asusta é estos animales son las armas de fuego, cuyo ruido confunden con el del trueno ó el de los aludes. Primero tiré al centinela, que cayó sin poder dar la alarma, y luego, volviendo á cargar la escopeta, disparé sobre el cuerpo del ejército, que habia levantado la cabeza al primer tiro, pero que no se habia inquietado. Al segundo, y al ver tendido á uno de sus camaradas, no sucedió lo mismo á las gamuzas, que huyeron, y viendo que se dirigian á vuestro lado, os hice señas para que os preparáseis á recibirlas, lo que habeis hecho bien; además no hay que quejarse para un principiante.

—¿De veras? pero en vez de gastar cumplimientos, mirad si eso está ya cocido, os lo agradeceré mas.

—¿Con que teneis hambre? me dijo Lehmann.

—Me estoy muriendo de necesidad.

—Entre tanto comed un pedazo de pan y queso.

—Gracias, soy demasiado goloso para eso.

Lehmann, viendo que la cosa urgia, se levantó y volvió con la cacerola.

Entonces comenzó uno de esos memorables desayunos de que se acuerda uno todas las veces que tiene hambre, y que yo no he olvidado ni olvidaré jamás en los dias de mi vida.

Dos horas despues volvíamos á entrar en Glaris, cargados con las tres gamuzas al hombro. Lehmann me habia hecho tomar este camino con pretesto de ajustar un guia para el dia siguiente, pero en realidad para lisongear mi vanidad de cazador.

Verdaderamente no sé si le agradecí mas esta atencion que el haberme sacado de mi agujero.

REICHENAU.

Pasé el resto del dia ocupado en desollar nuestras gamuzas con cuyas pieles contaba hacerme una alfombra para mi alcoba. Prometióme Lehmann enviármelas á Ginebra con la primera proporcion, y yo le dí las señas de la fonda de la Balanza, donde contaba recogerlas á mi regreso de Schaffausen y de Neufchatel.

Al amanecer del dia siguiente me puse en camino, acompañado del guia que habiamos tomado la víspera en Glaris; Lehmann me acompañó hasta Schwaudeu, y allí entramos en casa de un amigo suyo á quien habia avisado de antemano y en donde hallamos ya listo el almuerzo. Esta sorpresa tuvo por resultado una parada en el camino de tres horas, de modo que por muy diligentes que en el resto de la jornada anduvimos, nos vimos obligados á hacer noche en Rutti en vez de llegar hasta An como habiamos contado hacerlo.

Al salir de la aldea del Linthal, el camino deja de ser de ruedas, y es un sendero, que serpenteando á través de risueñas praderas, tiene á la derecha la cascada de Fitschbach, se encarama por una cuesta muy pina en los costados del Schren, y despues de una subida de media hora, conduce al Pantenbrucke. Ningun recuerdo histórico va unido á este puente, cuyo único mérito es su pintoresca situacion; echado de una montaña á otra y estendiéndose sobre un barranco profundo domina estrecho y sin parapeto, á la altura de doscientos pies el torrente de Lininth, que hierve y espumea en el fondo de su lecho sombrío y encajonado. El paisage solitario y quebrado en medio de que se halla, aumenta todavía el efecto del terror que produce el abismo, y que se esperimenta á pesar de uno en medio de aquella soledad y de aquel caos.

Atravesamos el Pantenbrucke, nos internamos en el Selbsanft y costeando siempre el riachuelo de Linmern que pasamos junto á su nacimiento, yo saltándolo, y Francesco y mi guia levantándose los pantalones, nos metimos entre las nieves que habian caido tres dias antes. Felizmente nuestro guia habia andado veinte veces aquel camino para pasar del Linthal á los Grisones, de modo que, aun que habian desaparecido enteramente todo camino trillado, nos dirigió con un increible instinto de montañés por medio de la nieves de las rocas y precipicios, hasta la cima de la montaña, desde donde divisamos todo el valle del Rhin. Tres horas despues nos hallábamos en Hanz, primera poblacion que se encuentra sobre el Rhin; paramos en la fonda del Leon.

Al dia siguiente salimos para Reichenau á donde llegamos á las doce.

Esta pequeña aldea del canton de los Grisones, no tiene nada de notable, sino la estraña anécdota que va unida á su nombre. A fines del último siglo habia el burgo-maestre Scharner de Coire establecido una escuela en Reichenau. Buscábase por todo el canton un profesor de francés, cuando se presentó un jóven á Mr. Boul, director del establecimiento, con una carta de recomendacion firmada por el bailio Luis Toost de Zitzerc. Era francés, hablaba como su materno idioma el inglés y el aleman, y podia enseñar ademas de estas tres lenguas, las matemáticas, la física y la geografía. El hallazgo era demasiado raro y maravilloso para que el director del colegio lo dejase escapar; ademas, el jóven era modesto en sus pretensiones. Mr. Boul lo ajustó en mil cuatrocientos francos al año, y el nuevo profesor comenzó á ejercer inmediatamente sus funciones.

Aquel jóven profesor era Luis Felipe de Orleans, duque de Chartres, despues rey de Francia.

Confieso que sentí una emocion mezclada de orgullo, al hacerme dar detalles sobre aquella singular vicisitud de una fortuna real, que no quiso mendigar el pan del destierro y lo habia comprado dignamente con su trabajo: en el mismo sitio, en aquel cuarto situado enmedio del corredor, con su puerta de entrada de dos hojas, sus puertas laterales con flores pintadas, sus chimeneas colocadas en los ángulos, sus cuadros á lo Luis XV con marcos de arabescos de oro, y su techo artesonado. En 1832, época en que yo visitaba el colegio, existia un solo profesor, colega del duque de Orleans, y un solo estudiante su discípulo; el profesor es el novelista Zaschokke, y el estudiante el burgo-maestre Tscharner, hijo del mismo que habia fundado la escuela. En cuanto al digno bailio Luis Toost, murió en 1827, y ha sido enterrado en Zitzcre, lugar de su naturaleza.

Hoy ya no queda nada en Reichenau del colegio en que fué profesor un futuro rey de Francia, sino el cuarto de estudio que hemos descrito, y la capilla contigua al corredor con su tribuna y su altar, sobre el que se ve un crucifijo pintado al fresco. El resto del edificio se ha convertido en una especie de *villa* ó quinta perteneciente al coronel Pestaluzzi, y este recuerdo tan honroso para todo francés, que merece ser colocado entre nuestros recuerdos nacionales, amenazaria de desaparecer con la generacion de ancianos que se estingue, si no conociésemos un hombre de corazon de artista, noble y grande, que esperamos no deje olvidar nada de lo que es honroso para él y para la Francia.

Este hombre sois vos, monseñor Fernando de Orleans, vos que despues de haber sido nuestro camarada de colegio sereis tambien nuestro rey (1); vos que desde el trono á donde subireis un dia, tocareis con una mano á la vieja monarquía, y con otra á la jóven república: vos que heredareis las galerías que contienen las batallas de Taillebourg y de Fleurus, de Bobines y de Aboukir, de Azincourt y de Marengo; vos que no ignorais que las flores de lis de Luis XIV son los hierros de las lanzas de Clodoveo; vos que sabeis muy bien que todas las glorias de un pais son glorias, cualesquiera que sea el tiempo que las ha visto nacer y el sol que las haya hecho florecer: vos, en fin, que con vuestra diadema real podreis ligar dos mil años de recuerdos y formar con ello las fasces consulares de los lictores que marcharán delante de vos.

¡Cuán hermoso os será entonces, monseñor, recordaros ese pequeño puerto aislado, donde vuestro padre pasagero combatido por el mar del destierro, marinero arrojado por el viento de la proscripcion, encontró un tan noble abrigo contra la tempestad! Grande será en vos, monseñor, el mandar que se levanten otra vez para la hospitalidad ese techo hospitalario, y sobre el mismo sitio en que se desmorona el antiguo edificio, se levante otro nuevo destinado á recibir á todo hijo de proscripto que llegue con el báculo del destierro en la mano á llamar á sus puertas cual vuestro padre, y esto, cualquiera que sean su opinion y su patria, ora sea amenazado por la cólera de los pueblos, ora perseguido por el ódio de los reyes.

Porque, monseñor, el porvenir sereno y azulado para la Francia que ha completado su obra revolucionaria, está preñado de tempestades para el mundo; hemos sembrado tantas libertades en nuestras espediciones por Europa, que por todas partes brotarán de la tierra como las espigas en el mes de mayo, tanto que no se necesita mas que un rayo de nuestro sol para madurar las mieses mas lejanas; tornad los ojos, monseñor, sobre lo pasado y fijadlos despues sobre lo presente. ¿Habeis sentido jamás mas sacudimientos en los tronos y encontrado por los caminos reales tantos viageros destronados? Bien veis, monseñor, que llegará un dia en que necesitareis fundar un asilo aunque no sea mas que para los hijos de los reyes, cuyos padres no puedan como el vuestro, ser profesores en Reichenau.

(1) Dumas ha sido mal profeta. Fernando de Orleans pereció lastimosamente en 1842 de una caida de su carruage habiéndose desbocado los caballos en Neully. Luis Felipe cayó del trono en 1848; la revolucion le arrojó con toda su familia de Francia, y despues de dos años de una república efímera, en 1852 se restableció el imperio y ocupa el trono la dinastía de Napoleon.

PAULINA.

La misma noche fuí á dormir á Coire, y al dia siguiente, gracias á un carruagè que me proporcioné con gran trabajo en la capital de los Grisones, llegué hácia las once de la mañana á Ragatz. No era esta pequeña aldea la que me llamaba, porque no hay en ella nada notable, sino es el Tamina, que á algunos pasos de la posada del Salvage, sale furioso de la profunda garganta por la que rueda encajonado durante tres ó cuatro leguas, y va á arrojarse en el Rhin; eran los baños de Pfeffers, cuya situacion pintoresca atrae tantos curiosos, al menos como enfermos, la eficacia de sus aguas. Asi marchamos inmediatamente para Valenz, á donde llegamos despues de una hora de subir por una cuesta pendiente, estrecha y llena de precipicios, y despues de haber caminado otra hora por medio de hermosas praderas. Una legua mas adelante parece que de repente falta la tierra, y á nuevecientos pies de profundidad en el fondo de una angosta quebradura, se descubre el techo cubierto de pizarras del establecimiento, que tiene el aspecto de un monasterio. Una pequeña senda abierta en la montaña y enarenada elegantemente presenta un camino fácil para la bajada y que puede durar unos diez minutos.

Los propietarios de estos baños son los frailes de un convento inmediato, sacan de ellos un producto de docè á quince mil francos. Como la estacion estaba ya bastante adelantada, no habia mas que cinco ó seis enfermos alemanes, y dos viageros franceses. Viendo que el establecimiento participaba á la vez de fonda y hospicio previne que comeria y cenaria en él: me respondieron que dentro de una hora tendria mi cubierto en la mesa redonda ó en mi cuarto. Esperando por lo que me habian dicho que en el comedor encontraria dos compatriotas, encargué que me reservasen en él un puesto, y marché inmediatamente en busca de las curiosidades que me habian prometido ver.

Bajamos desde luego á un cuarto bajo destinado á servir de salon de los enfermos, que no solamente se curan con los baños, si no que tambien toman las aguas en bebida. Como aquella sala no se hallaba aun concluida, no ofrecia interiormente nada de curioso; pero abrieron la puerta, y cambió la cosa de aspecto. Aquella puerta daba sobre una especie de abismo en cuyo fondo corria el Tamina arrastrando en su carrera rocas que redondeaba frotándolas sobre su lecho de mármol negro. En frente, á cuarenta pasos casi, se abria el subterráneo que conduce á los manantiales termales que se hallan en la orilla opuesta: para llegar á aquellos manantiales se ha echado un puente de tablas bastante mal sujetas sobre las puntas de las rocas, el cual costeando primero la orilla izquierda del rio, forma un recodo á los doce ó quince pasos, se estiende luego atravesando el precipicio, va á buscar un apoyo en la orilla derecha y presenta su superficie estrecha y resbaladiza á los que quieren internarse como Eneas en aquella especie de antro Cumeo. Ademas aquel puente no tenia mas parapeto que los mismos conductos por los cuales llega el agua.

Mucho me miré antes de aventurarme en aquel tremendo y suspendido camino, cuando el mozo de los baños viendo mi temor, me dijo que no hacia diez minutos que una señora acababa de pasarlo sin la menor vacilacion. Compréndese que desde entonces ya no podia retirarme honrosamente; de modo que agarrándome á la tabla lo mismo que se agarra del palo el que se ahoga, me afiancé tan bien con los pies y las manos, que llegué sin novedad alguna al otro lado del Tamina.

Continuamos entonces siguiendo aquel peligroso camino y nos internamos por aquella infernal garganta, oyendo rugir bajo nuestros pies el torrente que no nos atreviamos á mirar de miedo de algun vértigo. Era entonces la una de la tarde, de modo que cayendo los rayos del sol perpendicularmente sobre Pfeffers, penetraban á través de los barrancos de dos montañas que uniéndose en algun cataclismo formaron la bóveda de aquel estraño corredor, é iluminado en ciertos parages, dejaban visible la profunda oscuridad del resto del camino. De pronto mi guia me hizo notar dos sombras, que parecidas á Orfeo y á Eurídice, asemejaban subir del infierno. Dirigíanse hácia nosotros desde el fondo de la caverna, y cada vez que pasaban por debajo de aquellas troneras ó respiraderos se reflejaba en ellas una luz pálida, que nada tenia de viviente. Nos paramos para contemplar aquel episodio del poema del Dante, porque nada impedia que creyésemos fuesen Paolo y Francisca, que conjurados en nombre del amor, acudian como dice el poeta, con seguro y repetido vuelo semejante al de las palomas que se dejan caer.

A medida que iban viniendo hácia mí, ora entrando en la oscuridad, ó volviendo á salir á la claridad, tomaban diferentes y mas fantásticos aspectos. Se aproximaron al fin, y como el eco de sus pisadas se perdia en el estrépito del Tamina, hubiérase dicho que sus pies no tocaban al suelo. A algunos pasos de nosotros se detuvieron, y como cada uno de nuestros dos grupos se hallaba debajo de un rayo de luz, reconocí á Alfredo de N., el jóven pintor que habia intentado alcanzar en Fluden, y que se me habia escapado lanzando él mismo al lago su barco. Apoyábase en su brazo su misteriosa compañera, que al verme

y reconociéndome sin duda, se detuvo vacilando en continuar su camino; sin embargo, no habia medio posible de evitar nuestro encuentro. Nos hallábamos en un pasage mas estrecho y mas peligroso todavía que el de Layo y Edipo, y todo lo que podiamos hacer, era no disputar la frívola ventaja de los vanos honores del paso. En su consecuencia nos arrimamos contra la pared, y veíase obligada la pareja de los viageros á pasar por delante de nosotros. Entonces Paulina, pues se recordará bien que este era el nombre que la habia dado el conductor del carruage de Lausana se echó á la cara el velo verde de su sombrero, y cambiando de lado para tomar el borde del precipicio, se deslizó delante de nosotros con tanta rapidez cual si fuese una fantasma; pero no tan rápidamente que no pudiese ver todavía su rostro gracioso pero pálido y cuasi moribundo. Creí reconocerla, y me estremecí, porque era evidente que aquella muger herida en los gérmenes de la vida se hallaba atacada de una enfermedad orgánica que lentamente la conducia al sepulcro. En cuanto á Alfredo, al pasar delante de mí, me cogió la mano, y me la apretó sin darme otras pruebas que aquella cierta y muda señal de reconocimiento y de amistad. Nada comprendia de todo aquel misterio, el que sin embargo pensé que debia aclararse un dia, y miré alejarse á mi amigo con su compañera, la que libre ya de terror y pareciendo pertenecer á otro mundo, caminaba, ó mas bien se deslizaba sin miedo por aquel camino tan peligroso aun para las gentes del pais, que enfrente de nosotros habia una cruz que indicaba que un trabajador que pasaba cargado de piedras por el mismo sitio en que nos hallábamos se habia caido y hecho pedazos en su caida. Permanecimos asi inmóviles por un rato, hasta que los perdimos de vista, y despues volvimos á tomar nuestro camino.

Continuaba este internándose por debajo de aquella bóveda, que en ciertos parages tiene mas de setecientos pies de elevacion. Despues de cerca de un cuarto de hora de camino en que se retrasa uno por las precauciones que es indispensable tomar, abrió mi guia una puerta y entramos en la cueva del manantial. Aunque el agua que brota no tenga mas que treinta y cinco, á treinta y siete grados de calor, el vapor encerrado en aquel estrecho espacio, hace insoportable y al mismo tiempo peligrosa aquella atmósfera; porque al abandonarla, se halla uno en otra helada. Cerramos con prontitud la puerta y volvimos á salir mas admirados como suele suceder del camino que habiamos hecho, que del objeto á que nos habiamos dirigido.

No estando dispuesta todavía la comida me aproveché de aquel respiro para abrir la llave de un baño, y á fin de no perder un minuto me tendí debajo del chorro. La cosa es tanto mas cómoda, cuanto que el agua llegando á los baños, con el calor propio de estos, no tiene necesidad de mezclarse con otra.

Pasé mi tiempo en buscar en mi memoria en qué paseo, en qué teatro, ó en qué baile habia visto yo aquella muger, que tanto temia dejarse conocer; pero sus facciones se perdian en un mar de recuerdos tan lejanos, que mis pesquisas fueron vanas. Me hallaba en lo mas profundo de mis reminiscencias, cuando vinieron á anunciarme que estaba pronta la comida. Como contaba hallarla en la mesa, y poder continuar en ella mis investigaciones, no me ocupaba ya mas de ello, y vistiéndome con toda la rapidez posible, seguí al portador de la noticia.

Entré en un inmenso comedor, donde habia una mesa de treinta ó cuarenta cubiertos, la que en aquel entonces solo estaba ocupada por una tercera parte de personas. Los convidados eran, segun he dicho anteriormente, cinco ó seis enfermos alemanes, y los dos padres que hacian los honores de la casa. Despues de haber saludado á todo el mundo, como exige la etiqueta, pregunté si tendria el placer de comer con dos compatriotas. Me contestaron que efectivamente habian antes manifestado la intencion de quedarse hasta la tarde en Pfeffers; pero que de repente habian cambiado de parecer, y acababan de marcharse en aquel instante, sin tomar otra cosa mas que una taza de caldo, que se habian hecho llevar á su cuarto. Decididamente era por mí únicamente la misantropía de nuestros viageros.

Me consolé de ella hablando todo el tiempo de la comida con un jóven oficial suizo, que era el único de toda aquella digna sociedad que hablaba el francés. Desde luego me admiré de la pureza del lenguaje, pero al punto me reveló que aunque estaba al servicio de la confederacion, era compatriota mio, y que habia recibido su educacion militar en tiempo del emperador. Por su rostro alegre y su escelente apetito, habia creido durante una hora, que era un viagero como yo; pero me asombró muchísimo cuando al momento en que nos levantamos de la mesa vi acercarse á él dos criados, cogerlo por debajo de los sobacos, y llevarlo junto á la chimenea. Hallábase completamente paralítico de la pierna izquierda.

Cuando estuvo sentado se volvió hácia mi lado, y reparando que yo le habia seguido con ojos de asombro, sonrióse con melancolía.

—Aqui veis, me dijo, un pobre imposibilitado que viene á buscar en Pfeffers la salud que probablemente no volverá á recobrar.

—¿Y qué es lo que teneis? le dije, tan jóven y tan vigoroso; ¿quizás un pistoletazo?.... ¿un desafío?.....

—Si, un desafio con Dios, un pistoletazo disparado desde las nubes.

—¡Calla! contesté. ¿Seriais el capitan Buchwalden?

—¡Ay! si.....

—¿Vos fuisteis herido por el rayo en el Sentis?

—Justamente.

—He oido hablar de esa terrible historia.

—Pues aqui teneis al héroe de ella.

—¿Seriais tan bueno que quisiéseis darme algunos detalles?

—Estoy á vuestra disposicion.

Me senté cerca del capitan Buchwalden, y encendió este su pipa, yo mi cigarro, y comenzó en estos términos:

UN RAYO.

Si en lugar de estar enterrados en esta hoya, nos hallásemos en la cima de la mas pequeña colina, os enseñaria el Sentis: lo reconoceriais fácilmente ademas, porque es el mas alto de los tres picos que se levantan al Nordeste á algunas leguas detras del lago de Wallenstadf. Su mayor altura es de siete mil setecientos pies sobre el nivel del mar: separa el canton de Saint-Gall del de Appenzell, y al Nórte y al Este permanece eternamente cubierto de nieves y de ventisqueros.

Encargado por la república de hacer observaciones meteorológicas sobre las diferentes montañas de la Suiza: el 29 de junio último salí de Alt-Saint-Johann con diez hombres y mi criado, para ir á plantar mi tienda sobre el mas alto pico del Sentis. Aquellos diez hombres llevaban mis víveres, mi tienda, mi capote, mis mantas é instrumentos, de los que mi criado y yo nos habíamos reservado los mejores; mis guias, acostumbrados á pasar todos los dias la montaña para ir desde Saint-Gall á Appenzell, me habian asegurado al ponernos en camino, que no nos ofreceria dificultad alguna la ascension; caminábamos, pues, con toda confianza: cuando casi á una tercera parte del camino, descubrimos que las recientes nevadas, caidas algunos dias antes, cubrian enteramente los caminos trillados, de suerte que era preciso ir hácia adelante á la ventura. Nos arriesgamos por aquellas solitarias y resbaladizas cuestas, y desde los primeros pasos que dimos, adivinamos los peligros y fatigas reservadas á nuestro viage. En efecto, despues de una media hora de camino encontramos que la nieve se iba congelando mas y mas, y nos fué preciso romperla para continuar nuestro camino; este indispensable trabajo, no solamente consumia todo nuestro tiempo, sino que todavía nos esponia sin cesar mas y mas; porque, ¿cómo se adivínan los torrentes y precipicios bajo de aquella desconocida alfombra sin vestigios, tendida sobre la montaña cual una mortaja? Sin embargo, Dios nos protegió: despues de siete horas de una cruel marcha alcanzamos la cima de la montaña. Mandé inmediatamente á mis hombres que encendiesen una gran hoguera, sacasen los víveres de las cestas, y reanimasen sus fuerzas. Comprendereis que para obedecerme no se hicieron de rogar. En cuanto á mí, apenas tomé un vaso de vino: y desasosegado por el sitio en que podria establecer mi campamento, busqué un punto favorable para mis observaciones; no tardé en encontrarlo, señalé el centro con mi baston ferrado, y volví cerca de mis hombres, que habian concluido su comida. Volvimos juntos al lugar señalado; les hice quitar la nieve en una circunferencia de treinta y cinco á cuarenta pies, desplegué mi máquina, verifiqué mi instalacion, y tranquilo ya en cuanto á mi alojamiento, despedí á mis diez hombres que se volvieron á Alt-Saint-Johann, y me quedé solo con Pedro Gobat, mi criado; era un buen hombre, que hacia tres años me servia, y me era tan fiel y decidido, que podia contar con él en todo trance.

Hácia el anochecer vimos amontonarse en derredor nuestro una niebla tan espesa, fria y compacta, que limitaba nuestra vista á un rádio de veinte y cinco á treinta pies. Duró dos dias y dos noches, ocasionándonos un mal estar de que no os podeis formar ninguna idea; las nieblas de las montañas y del Occéano, son peores que la lluvia, porque la lluvia no puede penetrar la lona de la tienda, mientras que estas nieblas penetran por todas partes, os hielan hasta el corazon, y estienden sobre todos los objetos un velo triste y sombrio, de que muy pronto se cubre el alma.

Durante la tercera noche me levanté varias veces alarmado con la obstinacion de aquella niebla, para examinar el cielo; por fin, á las tres de la madrugada me pareció ver brillar algunas estrellas. Permanecí en pie para asegurarme: muy pronto un blanco resplandor apareció en el Oriente, una mano invisible descorrió las cortinas de vapores que me rodeaban, dilatóse mi horizonte, y salió el sol sobre una cordillera de ventisqueros que parecian perderse entre sus rayos. El cielo permaneció así puro y despejado hasta las diez de la mañana, pero entonces empezaron las nubes á rodearme de nuevo. Me hallé sumergido todo el dia en aquel caos de espesa niebla. A la puesta del sol se disiparon de nuevo los vapores y tuve un instante de un magnífico crepúsculo, pero casi de repente se apoderó la noche del espacio, y me acosté aguardando para la mañana siguiente un dia mas hermoso y mas despejado.

Me equivocaba; este singular fenómeno se renovó todas las mañanas durante un mes; durante un mes tuve el valor de permanecer

asi, no teniendo mas que el sueño por refugio contra el fastidio, y por consuelo contra el aislamiento. Al fin, el 4 de julio cayó un diluvio, y el frio y el viento arreciaron á tal punto que Gobat y yo no pudimos dormir, y pasamos la noche en sujetar nuestra tienda con nuevas cuerdas arrolladas á las estacas que la sostenian. A las cuatro de la madrugada la montaña se rodeó de nieblas, que apesar del viento permanecieron muy espesas á nuestro alrededor. De tiempo en tiempo, por la sombra que hacian al pasar, adivinamos que opacas nubes atravesaban sobre nuestras cabezas, pero juzgábamos por estas mismas sombras, que el cierzo las arrastraba con tal rapidez, que no tendrian sin duda tiempo de formar tempestad.

Mientras tanto se adelantaron del Este á su vez mas espesas masas, pero marchando con lentitud contra el viento empujadas por una corriente superior. Llegadas sobre el Sentis, pareció que se detenian: la lluvia atravesó nuestra niebla, y comenzó á oirse el trueno en lontananza. Pronto los silbidos del viento se mezclaron á los estallidos del rayo, y todo anunció una terrible batalla en que iban á tomar parte el cielo y la tierra. De repente la lluvia se convirtió en granizo, y este granizo cayó con tal abundancia, que á los diez minutos quedó cubierta toda la cima de la montaña con una capa de dos pulgadas de granizos gruesos como garbanzos. Reconocí todos los síntomas de una furiosa tempestad, y me refugié en mi tienda con mi criado; cerré cuidadosamente todas las aberturas para que el huracan no tuviese por donde atacarla. Hubo un momento de silencio; profundo, y creyendo Gobat que habia pasado la tormenta quiso levantarse para ir á abrir la puerta; le detuve: conocí que aquella calma no era mas que un momento de reposo; la naturaleza fatigada respiraba un instante para volver á comenzar de nuevo la lucha. En efecto, á las ocho de la mañana retumbó otra vez el trueno, mas próximo y mas violento, haciéndose oir hasta las seis de la tarde, sin interrupcion. En este momento, cansado de la reclusion á la que la tempestad me habia condenado durante diez horas, salí para examinar el cielo; me parecio un poco mas tranquilo; entonces tomé una sonda de hierro y fui á algunos pasos de nuestra tienda á medir la profundidad de la nieve; desde el primero de julio habia disminuido de tres pies, diez pulgadas. Apenas habia tomado esta medida, cuando estalló el rayo sobre mi cabeza; arrojé lejos de mí el instrumento de hierro que me habia valido este nuevo rompimiento de hostilidades, y me refugié en mi tienda, donde hallé á Gobat arrodillado junto á la comida que habia preparado, pero aquel último trueno le habia quitado el apetito. Me preguntó mitad por señas y mitad verbalmente, si queria comer; pero como yo no me hallaba sin inquietud, le respondí que no tenia hambre y me eché sobre una tabla que impedia algun poco la humedad y el frio de la tierra; entonces Gobat se aproximó á mí, y se acostó á mi lado. En aquel momento quedamos de repente sumergidos en una oscuridad igual á la noche; en aquel instante una densa y negra nube como una humareda, rodeaba el Sentis; la lluvia y granizo cayeron á torrentes, zumbaba y silbaba el viento, cruzábanse mil rayos como los cohetes de los fuegos artificiales, y habia una claridad como enmedio de un incendio. Queríamos hablarnos, pero no podiamos oirnos apenas, porque chocando unos con otros los estallidos del rayo, repetian todos sus golpes en los costados de la montaña, que enmedio de aquel horrible estruendo y de aquel caos infernal, parecia á veces estremecerse sobre su base. Entonces comprendí que nos hallábamos dentro del mismo círculo de la tormenta; oiamosla rugir y arrojar llamas á nuestro alrededor; y en fin, fue tal su violencia que asustado Gobat me preguntó si corriamos peligro de muerte. Traté de tranquilizarle diciéndole que lo mismo que nos sucedió habia sucedido á los señores Biot y Arago, durante sus observaciones en las montañas de los Pirineos: un rayo habia caido sobre su tienda, deslizándose empero por la tela, y alejándose sin tocarlos.

Apenas acababa esta relacion cuando estalló un trueno terrible; me pareció que nuestra tienda se hacia pedazos: Gobat lanzó un grito de dolor; al mismo tiempo ví correr desde la cabeza á sus pies un globo de fuego, y yo mismo me sentí herido en la pierna izquierda por una conmocion eléctrica; me volví hácia mi compañero, é iluminado por la luz de los relámpagos que penetraba á traves del rasgon de la lona, ví todo su cuerpo surcado por el rayo. El lado izquierdo del rostro le tenia marcado con manchas negras y rojizas, quemadas sus pestañas, cejas y cabellos; los labios de un color azul amoratado. Por algunos instantes se levantaba todavía su pecho, soplando como el fuelle de una fragua, pero pronto se aplastó, se apagó su respiracion, y sentí todo el horror de mi posicion. Yo mismo sufria horriblemente, conocia demasiado los efectos del rayo para no comprender que me hallaba cruelmente herido de él: pero sin embargo lo olvidé todo para tratar de socorrer al hombre que veia morirse, y que mas bien era mi amigo que mi criado. Le llamé y le meneé, no me respondia, y sin embargo su ojo derecho estaba abierto, brillante, lleno de inteligencia todavía, se hallaba vuelto hácia mí, y parecia implorar mi auxilio. El izquierdo se hallaba cerrado, levanté su párpado y estaba pálido y empañado; entonces creí que la vida se habia refugiado á la parte derecha, y conservé algunos instantes esta esperanza, porque traté de cerrar aquel ojo abierto que me miraba siempre,

pero volvia á abrirse otra vez mas ardiente y animado: tres veces renové esta esperiencia, tres veces la misma mirada rechazó el párpado. Tenia gran terror, me parecia que habia algo de infernal en lo que me pasaba: le puse entonces la mano sobre el corazon, no palpitaba ya, le pinché en los labios, en varias partes de su cuerpo con la punta de un compás, pero no salió sangre: Gobat permaneció inmóvil. Era la muerte, la muerte la que yo veia y en la que no podia creer, porque aquel ojo siempre abierto protestaba contra ella y la daba un mentís. No pude soportar mas tiempo aquella vista, le eché un pañuelo sobre el rostro, y atendí á mis propios dolores. Tenia paralizada mi pierna izquierda, y sentia en ella un estremecimiento de músculos, un hervor de sangre estraordinario: la circulacion se detenia y se agolpaba hácia mi corazon que palpitaba de un modo atroz: apoderóse de mí un temblor general y desordenado y me acosté creyendo que me iba á morir.

Al cabo de algunos instantes aumentó su violencia la tempestad, y fué tal el ímpetu del viento que se llevó como hojas secas las piedras que sujetaban mi tienda, y por consiguiente levantó la tela. Pensé rápidamente en la situacion en que me encontraria, si era arrastrado al precipicio aquel último y único abrigo; esta idea me devolvió mis fuerzas sobrehumanas: cogí una de las cuerdas que la sujetaban á las piedras que el viento se habia llevado, y me arrojé al suelo, manteniéndola agarrada con mis dos manos; pero sintiendo faltarme las fuerzas me la arrollé á la pierna derecha, y apretando el cuerpo contra la tierra, esperé así tres cuartos de hora casi á que el huracan se aplacase: durante todo este tiempo á pesar mio, tuve clavados los ojos en Gobat, á quien á cada momento esperaba ver moverse; pero salió fallida mi esperanza: estaba muerto.

Lo que en mí pasó durante aquellos tres cuartos de hora, ya veis, yo no puedo decíroslo. Unicamente podrán tener idea de ello, el náufrago que se ahoga, el viagero asesinado en un rincon de un bosque, el hombre que siente que la lava mina la roca sobre la cual ha buscado un refugio. Sentia mi pierna paralizada de tal modo que apenas podia moverla, estaba encadenado en mi puesto, condenado á morir lentamente, cerca del criado muerto, y la única probabilidad de socorro y de salvacion que tenia, era que un pastor estraviado por la montaña se aproximase á mi tienda, ó que algun viagero curioso subiese á la cima del Sentis y me encontrase medio muerto; pero estas probabilidades eran muy desesperadas, porque despues de treinta y dos dias que habia fijado mi morada sobre aquel pico, no habia divisado mas que gamuzas y buitres.

Mientras mi errante pensamiento corria tras de cualquier esperanza de salvacion, un agudo dolor hizo estremecer mi pierna paralizada: parecíame que me clavaban dentro de las venas agujas de acero, era la sangre que hacia naturales esfuerzos para volver á su circulacion interrumpida, y que penetrando en los vasos iba á reanimar la sensibilidad entumecida de los músculos y de los nervios. A medida que la sangre iba ganando el terreno perdido, disminuia la opresion, las palpitaciones de mi corazon volvian á tomar alguna forma y alguna razon, y á cada dolor recobraba nuevas fuerzas: al cabo de un cuarto de hora, casi conseguí doblar la rodilla y mover el pie; pero cada probatura de esta clase me arrancaba un grito; sin embargo, desde aquel momento tomé mi resolucion, aguardé veinte minutos todavía para tomar mas fuerzas, desaté la cuerda que ataba mi pierna derecha á la tienda, y cuando creí poder tenerme en pie me levanté.

El primer instante fué de aturdimiento y de debilidad, pero al fin me repuse: me despojé de mi capoton de pieles y mis botines de cuero: me puse unas botas, y auxiliado de mi baston de montaña me arrastré fuera de la tienda. Cargué esta de nuevas piedras para asegurar lo mejor posible el abrigo en que iba á dejar á mi pobre compañero, esperando siempre que no estaria muerto, sino solamente aletargado, le arropé con mis abrigos para preservarle de la lluvia y del frio: luego atándome á la espalda la bolsa que contenia mis papeles, y pasándome el termómetro por bandolera, me puse en camino procurando orientarme en medio de aquel caos; pero era cosa imposible. Me encomendé á la misericordia del Señor, y en medio de una lluvia espantosa, rodeado de una niebla que no me permitia distinguir los objetos mas próximos, no haciendo un movimiento que no me costase un dolor, ni dando un paso que no fuese en vago, me aventuré á bajar con la ayuda de un baston ferrado, el escarpado y desnudo pico, sin saber hácia que punto me dirigia, ni si me hallaba á la línea de las quintas de Gemplut.

En efecto al cabo de unos diez minutos, hallé en medio de peñascos y precipicios, por todas partes abismos que adivinaba mas bien que veia. Sin embargo, continué siempre andando, me arrastré de roca en roca, me dejaba resbalar cuando la pendiente era demasiado rápida para ofrecerme un punto de apoyo; cada paso me metia en un laberinto cuya profundidad y salida no conocia, en fin, chorreando agua y sosteniéndome apenas, me hallé sobre una esplanada formada por dos rocas, la una sobre mi cabeza, la otra bajo mis pies, todo alrededor el vacío.

Entonces estuve á punto de que me abandonase el valor como ya lo habian hecho las fuerzas. Estremecióse todo mi cuerpo, mi sangre se heló, sin embargo, esploré atentamente la especie de pasadizo en que me veia encerrado, me adelanto hácia sus orillas, me agarro á las hendiduras de una roca, me sus-

pendo sobre el abismo, y busco ansioso con la vista un paso: á alguna distancia descubro alguna abertura vertical y sombría, una boca de caverna de tres pies de ancho casi, que baja no sé á donde, acaso á un precipicio: pero nada importa, estoy tan agobiado, tan dolorido, tan indiferente ya á todo, y tal vez tan deseoso de una muerte pronta, que conozco que si me hallára junto á aquella abertura, cerraria los ojos y me dejaria resbalar; pero está á veinte y cinco ó treinta pies distante de mí, y y para llegar hasta ella, es preciso que vuelva á trepar los peñascos que con tanto trabajo he bajado. Hago el último esfuerzo, reuno todo mi valor, me arrastro, ando á gatas, y sin aliento, cubierto de sudor, llego al fin á la abertura, y sin mirar á donde conduce me siento en el declive, y sin otra oracion que estas palabras: «¡Dios mio, tened piedad de mí!» cierro los ojos, y me dejo resbalar.

Bajo asi por algunos segundos: de repente se deja sentir una impresion helada, y al mismo tiempo se detienen mis pies en un cuerpo sólido; abro los ojos: me hallo en el fondo de un barranco lleno de agua y formado por la aproximacion de dos paredes; nada distingo, estoy en una caverna á donde vienen á repetirse el mujido del viento y el estruendo del trueno. En medio de todos aquellos confusos ruidos, sin embargo, distingo el de una cascada que cae y vuelve á saltar. Pues que ella baja, hay un paso, y si hay un paso lo encontraré, y bajaré lo mismo que ella, aunque tuviese que saltar como el agua y estrellarme de roca en roca; mi último recurso es el lecho del torrente. Tan pronto sobre las manos como sobre los pies, sentado, de rodillas, arrastrando, agarrándome á las piedras, á las raices, al musgo, bajo doscientos ó trescientos pasos, despues me abandonan las fuerzas, mis brazos se quedan tiesos, mi pierna paralítica me pesa, conozco que voy á desmayarme, y convencido de que he hecho cuanto puede hacer un hombre para disputar su existencia á la muerte, lanzo un último grito de despedida al mundo y me dejo caer.

No sé cuantos minutos fuí rodando como un peñasco desprendido de su base, porque casi inmediatamente perdí el conocimiento, con él el sentimiento del tiempo y el dolor.

Cuando volví en mí, me hallaba tendido á la orilla del torrente. Esperimenté una indefinible sensacion de malestar. Sin embargo, me puse de pie. Durante mi desmayo una bocanada de viento habia disipado la niebla que rodeaba la montaña, y mirando debajo de mí divisé á unos veinte pasos casi la estremidad de los peñascos, y mas allá una cuesta suave y cubierta de nieve. A aquel aspecto, que no podia creer, mi corazon recobra la vida, mis miembros su calor, mi sangre circula, me adelanto hasta el borde del peñasco, domino perpendicularmente aquella bienhadada cuesta, á doce ó quince pies casi: en cualesquiera otra circunstancia de mi vida, y antes de que el rayo me hubiese quitado la facultad de un miembro, no hubiese dado mas que un salto, la nieve era un lecho estendido allí para recibirme; pero en aquel momento no podia determinarme á dar aquel salto sin arriesgarme al mismo tiempo á hacerme pedazos. Miraba, pues, á todas partes, y á alguna distancia descubrí un sitio menos escarpado, me agarré á las desigualdades de la piedra, hice el último esfuerzo, y toqué al fin aquella nieve que era para mí lo que la tierra firme es para el náufrago.

Fueron mis primeros instantes todos para el reposo, todos para la felicidad de vivir todavía, por estropeado y dolorido que me hallase, y despues de aquel rato de descanso, y haber dado gracias á Dios, me puse á buscar una piedra cuadrada qne me sirviese de trineo. No tardé en hallarla, me senté encima, y dándola yo mismo el empuje, me dejé resbalar por la cuesta, sirviéndome de mi baston ferrado para dirigir mi carrera, que terminó en el sitio donde terminaba la nieve: de este modo anduve tres cuartos de legua en menos de diez minutos. Llegado á los matorrales, me levanté, anduve algun tiempo á través de barrancos y de rocas, y de cuestas áridas ó cubiertas de musgo. Despues, en fin, reconocí el sendero que habíamos seguido un mes antes, lo tomé, y hácia las dos de la tarde llegué á las casas de campo de Gemplut.

Entré en la primera choza, hallé dos hombres que reconocieron en mí al jóven oficial que habia pasado por allí mismo para ir á hacer esperimentos en la montaña. Les conté la desgracia que nos habia sucedido, y á pesar de la tormenta que continuaba tronando, conseguí de ellos que partiesen al instante para llevar socorros á Gobat. Delante de mí se pusieron en camino, y cuando los hube perdido de vista bajé por mi lado hácia Alt-Saint-Johann, á donde llegué casi moribundo á las tres. Al mirarme delante de un espejo me asusté, tenia los ojos estraviados, y su escleróptica amarilla; el pelo, las cejas, y las pestañas se habian quemado; tenia los labios negros como el carbon: ademas de esto, sentia un horroroso dolor en la cadera izquierda, llevé á ella mi mano, y me quité el pantalon; me habia tocado allí el fuego eléctrico, dejando como señal de su tránsito, una ancha y profunda quemadura.

Me acosté creyendo que podria dormir, pero apenas habia cerrado los ojos, se apodedaron de mi imaginacion ensueños mas aterradores todavía que la misma realidad: volví á abrirlos, pero la realidad sucedia á los ensueños, creí que me volvia loco: tenia fiebre y un delirio espantoso.

A las diez volvió el mensagero que habia enviado al llegar á las casas de campo á Gemplut; nuestros dos hombres se hallaban de vuelta, habian encontrado á Gobat; estaba

muerto; por consiguiente habian vuelto los dos para buscar refuerzo á fin de traerse mi tienda, mis instrumentos y mis efectos. Al dia siguiente 6 de julio, á las dos de la mañana, marcharon en número de doce de Alt-Saint-Johann, á donde estaban de vuelta á las tres, trayendo el cuerpo de mi pobre criado. El médico que se habia llamado para mi hizo la inspeccion y la autopsia del cuerpo. Certificó que el cadáver tenia quemado el pelo, las cejas y la barba; que las narices y los labios tenian un rojo negruzco; que el costado izquierdo, y sobre todo la parte superior del muslo, estaba toda llena de equimosis profundas; que la piel de la estremidad superior estaba quemada, dura y encogida como un cuero, en una circunferencia de cuatro pulgadas; que las facciones del rostro no estaban alteradas, y conservaban mas bien la apariencia del sueño, que el aspecto de la muerte. En cuanto á la autopsia, mostró el corazon ingurgitado, sangre negra, asi como los pulmones, que sin embargo se hallaban flexibles y sanos.

Mi estado por entonces no era mucho mejor: ocho dias enteros fluctué entre la vida y la muerte; al fin se declaró alguna mejoría, pero estaba completamente paralítico de la pierna izquierda. En cuanto me hallé en estado de ser movido, me hice conducir aqui, en donde veis que la influencia de las aguas ha producido su efecto, pues en desquite sin duda del uso paralizado en mi pierna me ha devuelto el del estómago.

EL PORQUE NO HE CONTINUADO APRENDIENDO EL DIBUJO.

Pasé una parte de la noche en escribir la relacion de mi jóven compatriota, y lo hice con tal prontitud para conservar en cuanto me fuese posible el colorido terrible y sencillo á la vez que habia tomado al pasar por su boca: desgraciadamente lo que aumenta sobre todo el interés de semejante relacion, es el ser hecha por el mismo que es el héroe de ella. Esta lucha del valor inteligente y de la ciega destruccion; este combate entre el hombre y la naturaleza, engrandece inmensamente al vencido, y Ayax afirmándose á la roca y gritando á la tempestad:—*yo escaparé á pesar de los dioses*, es mas magnífico que Aquiles arrastrando siete veces á Hector alderredor de los muros de Troya.

Al dia siguiente no quise marchar sin haberme desayunado con el mayor Buchwalder, cuyo mayor dolor era la inaccion á que le condenaba su herida. Sin embargo, tenia gran esperanza de volver á sus trabajos para la primavera de 1833, porque empezaba ya á sostenerse sobre su pierna, y cada dia sentia mas sensibilidad en ella· quiso darme una prueba acompañándome hasta la puerta de los baños; pero llegados alli nos hallamos en el círculo de Popilio, estando prohibido por la facultad espresamente de pasar de alli, y como la gran facilidad de locomocion que Dios ha concedido á mis piernas le recordase su desgracia, se despidió melancólicamente de mí con la antigua frase: *Y pede fausto.*

Despues de haber andado algunos pasos, nos detuvimos para echar la última mirada á una roca perpendicular que domina desde una altura de cerca de mil pies, el curso del Tamina. Aquella roca, cortada como una sierra, parece el fragmento de una muralla gigantesca, en cuya cúspide se ve como una garita de centinela y se alza una cabañita cuyas dos terceras partes descansan en el suelo, la otra tercera suspendida sobre el precipicio. En esta última parte habia una especie de trampa, y mientras inquiriamos el fin con que se habia hecho aquella trampa, que vista á la distancia nuestra, parecia como un punto negro, dió salida á un objeto que al principio nos pareció un mango de escoba, y que descocándose de las regiones superiores, y cayendo en el lecho del rio, vimos al llegar al rio, que era un enorme pino sin ramas preparado para una construccion cualquiera. El árbol se enclavó recto en el rio, osciló un instante, y quedóse tendido en el agua como en una cama. Las espumosas aguas lo levantaron como si fuese una pluma, y lo arrastraron como otros muchos que arrojaron luego y siguieron el mismo camino. Entonces comprendimos que los aldeanos para ahorrar el trasporte hasta Ragatz, se confiaban al Tamina que lo cumplia concienzudamente merced á su rápida corriente.

Como aquel espectáculo, que en un principio nos habia asombrado, no nos ofrecia gran variacion, tomamos pronto un camino opuesto al que habiamos andado, que en vez de llevarnos al llano por una cuesta suave nos condujo por una escalera rápida cortada en la roca. Seguimos sus zigzag durante una media hora, y casi despues nos hallamos al fin en la cabaña de los pinos.

Al volver á Malans, pasamos por junto al castillo de Warteinstein, que segun dicen pertenece al convento de Pefeffers; atravesamos una montañita, que creo que se llama Bruder, llegamos al Zolbruck, y por último á Malans, en donde no ví cosa alguna notable, á no ser una lluvia cual no se ha visto nunca.

Esto no me impidió que hallase un hombre y un carruage; al principio me alarmé viendo que no cabian en él mas que dos personas, pero me tranquilizó el conductor diciendo que él iria sentado en las varas: preguntéle cuanto

queria por el resfriado que iba á tomar infaliblemente, fijó el precio de cinco francos que pagué adelantados; tan seguro estaba de que el conductor ganaba bien su dinero.

No me engañé: tuvimos tan mal tiempo, que al pasar por Mayenfeld no tuve valor de visitar la gruta de Flesch, notable por sus estalactitas: pasando por San Luciano de Steick vimos la fortaleza que por aquella parte pone la Suiza al abrigo de un golpe de mano del Austria, que en aquella época habia manifestado algunas veleidades hostiles contra la república. Provisionalmente se habian montado seis cañones, que á todo evento tenian sus bocas en direccion al imperio, si bien los hacia menos formidables el no haber quien los custodiase, pues es verdad que se guardaban ellos solos. Diez minutos despues entramos en el principado de Lichtenstein.

Tenia muchas ganas de llegar cuanto antes al lago de Constanza, pero me ví obligado á parar en Vaduz porque llovia á torrentes, y el conductor y su caballo rehusaron dar un paso mas, á pretesto el caballo de que el lodo le llegaba al vientre, y el hombre de que estaba calado hasta los huesos, y hubiera sido una crueldad insistir.

Toda mi filantropía se necesitó para resolverme á entrar en la miserable venta en que se habia detenido mi carruage; no era ya una de aquellas hermosas casas de campo que no tienen de mal sino el ser tan frecuente y pésimamente parodiadas en nuestros jardines ingleses. Desde San Luciano de Steick habíamos salido ya de la república helvética; hallándonos en el pequeño principado de Lichtenstein, que aunque se envanece de ser libre, revela desde luego que es austriaco, por el desaseo de sus habitantes.

Apenas habia puesto el pie en el estrecho callejon que conducia á la cocina, que al mismo tiempo era la sala de descanso de los viageros, cuando se me agarró ágriamente á la garganta el desagradable olor de la berza ácida, que me venia á anunciar de antemano la lista de una fonda cual habia de ser la comida. Yo diré de la berza lo que cierto cura de las calabazas: que si en la tierra no hubiese mas que berzas y yo, pronto dejaria de existir el mundo.

Comencé á pasar en revista todo mi repertorio tudesco aplicándolo á la comida de la venta, y no fué precaucion inútil, pues apenas acababa de sentarme á una mesa, en la que me cedieron un sitio dos carreteros, cuando me trajeron un plato lleno del consabido manjar, que felizmente preparado para semejante broma, rechacé con un *nicht gut*, tan netamente dicho, que debieron tomarme por un purísimo sajon, y todo el mundo sabe que los sajones son los que hablan con mas pureza el aleman.

Un aleman cree no haber oido bien, cuando se le dice que no gustan las berzas, y cuando se los desprecia en su propio idioma este manjar nacional, para valerme de una espresion familiar á su lengua, se levantan de cólera como una montaña.

Asi, pues, á mi repulsa siguió un corto silencio cual si hubiese echado una horrenda blasfemia, durante el cual, coordinando la ventera sus ideas trastornadas, pronunció en voz alterada algunas frases que no pude entender y que por la fisonomía con que las acompañaba tenian evidentemente este sentido.

—Entonces, sino os gustan las berzas, ¿qué es lo que os gústa?

—*Alles, dises ausgenommen*, respondi yo, lo que quiere decir para los que no son muy fuertes en philologia—todo, escepto eso.

Parece que el disgusto habia producido sobre mí el mismo efecto que la indignacion sobre Juvenal, solo que en vez de inspirarme el verso, me habia inspirado el tono, lo que conocí, en lo sumisa y pronto que la ventera quitó de mi vista el plato.

Marchóse atónita la buena muger, y mientras volvia me divertí en hacer bolitas de pan que probaba y me supo á piedras de chispa, y un vino detestable que decian era del Rhin, pensando cual seria el segundo plato; mas viendo que tardaba la llamé:

—¡Vamos! dije:

—¿Y qué? me respondió la ventera.

—¡La cena!

—¡Ah! si,—y me volvió á traer la berza.

Pensé yo que hasta el día del juicio final me persiguiria con aquel plato si no se lo comia, llamé á un perro de los de la raza del monte de San Bernardo, que sentado sobre sus cuartos traseros, estaba junto al hogar y se lo dí, de que se mostró muy satisfecho haciéndome muchas caricias.

—¿Y vos? me dijo la ventera.

—Yo comeré otra cosa.

—Pero yo no tengo otra cosa.

—¡Cómo! esclamé yo desde lo mas profundo de mi estómago. ¿No teneis huevos?

—No.

—¿Ni chuletas?

—No.

—¿Ni patatas?

—No.

—Ni..... ocurrióme una idea luminosa; recordé que me habian recomendado que no pasase por el principado de Lichtenstein, sin comer de sus setas, que son celebradas á veinte leguas á la redonda; pero cuando quise utilizar esta feliz idea, no me acordé de cómo se llamaban ni en aleman ni en italiano, y me quedé con la boca abierta: no queriendo acostarme sin cenar diciendo solo el pronombre los..... las...

—¿Eso cómo se llama en aleman, los..... las?..... respondió la ventera maquinalmente.

—Si, ¡voto á tal! si, los.... las..... En aquel momento volví los ojos maquinalmente á mi album de viage. Tomé entonces mi lapicero,

y sobre una hermosa hoja blanca me puse á dibujar del mejor modo que pude el precioso vegetal, que por el momento formaba todo el objeto de mis deseos, asi es que mi dibujo tenia toda la semejanza con que la mano del hombre puede representar una obra de Dios. Mientras dibujaba, la huéspeda me seguia con los ojos con una inteligente curiosidad, de lo que saqué el mejor agüero.

Al acabar de dar el último toque con el lapiz al dibujo:

—¡Ah! ya, ya, ya, dijo.

La buena muger habia comprendido. Lo habia comprendido tan bien, que cinco minutos despues volvió con un paraguas abierto.

—Tomad, me dijo.

Clavé la vista sobre mi malhadado dibujo, era perfecta su semejanza con el paraguas.

—Entonces esclamé vencido como Turno, *adverse Marte,* volvedme á traer las berzas.

—Ya no hay mas. Dragon se ha comido las que quedaban.

Mojé mi pan con vino, me fui á acostar.

Antes de dormirme miré mi mapa; me sugirió una idea singular. Recomendé á mi guia que me despertase á las tres de la mañana para tener tiempo de ejecutarla. Salimos, pues, antes de amanecer, el sol no nos cogió sino en Austria.

Me detuve un momento sobre el puente de Felkrich á fin de echar un vistazo al Tirol, cuyas montañas azuladas se abren para dar paso al Ill, rio tortuoso que toma su orígen en el valle de Paznaun, y va á reunirse con el Rhin entre Oberied y Renti: despues continué mi correría conservando á mi izquierda el Rhin, y viendo nacer y enriquecerse sobre su orilla occidental aquellas magníficas laderas cubiertas de viñas, cuyo vino chispea en botellas de estraordinaria hechura, y se vacia en vasos de cristal azul, que se llaman *Rœmer*, porque han conservado la forma de la copa en que bebia el emperador romano el dia de su eleccion. Despues desde Defis iba siendo el terreno mas llano; las montañas se abrian á derecha á izquierda, como por medio de un puente: todavía no se divisaba el lago de Constanza; empero se le adivinaba al ver desarrollarse aquel inmenso valle que iba á perderse sobre un horizonte de llanuras. En Lauterac únicamente principiamos á divisar aquella magnífica sábana de agua, que parece una parte del cielo, cuyo marco es la tierra, para servir de espejo á Dios. Al fin llegamos á Bregenz donde me desayuné.

A pesar de mi cena de papagayo en la noche anterior, despaché tan militarmente como pude mi comida. Despues, dejando á mi hombre y su carruage, dije adios al Austria y me metí en un barco que me llevó á la pequeña isla de Lindeau, en Baviera. Hizoseme cargo de conciencia no tocar en ella, trepé á una colina, desde cuya cumbre descubrí como el Robinson la isla entera, y volviendo á embarcarme á fuerza de remos logré llegar á aquella lengua de tierra vurtemberguesa, que adelgazándose entre dos rios, va á lamer las aguas del lago; en fin, tomando un carruage en Obernoorf, no me detuve sino para cenar en Moesburgo en el gran ducado de Baden.

Habia salido por la mañana de un principado libre, habia atravesado una república, tocado un imperio, almorzado en un reino y al fin habia venido á dormir en un gran ducado, todo esto en el espacio de diez y ocho horas.

Al dia siguiente llegué á Constanza.

CONSTANZA.

Largo tiempo hacia que este nombre resonaba en mi oido melodiosamente, y largo tiempo hacia que cuando pensaba en esta ciudad, cerraba los ojos y la veia en mi imaginacion. Cosas y lugares hay de los cuales uno se forma anticipadamente una idea fija, segun es mas ó menos sonoro el nombre que llevan. Entonces, si es una muger, la veis pasar en vuestros sueños esbelta, graciosa, aérea, con cabellos flotantes y vestidos diáfanos, la hablais y su voz es consoladora: si es una ciudad, veis en el horizonte amontonarse un gran número de casas de arquitectura afiligranada, palacios de ligeras columnatas y catedrales de atrevidos campanarios; caminais hácia la obra fantástica, llegais á sus murallas, entrais en sus calles, visitais sus monumentos, os sentais sobre sus sepulcros, sentís circular aquella poblacion que es la sangre de sus venas, y ois aquel gran murmullo que es el latido de su corazon. A fuerza de ver asi en vuestro sueño, vírgen y ciudad acaban por ser realidad en vuestra imaginacion. Sale un dia el viagero de su pais natal, los hombres que os estrechan la mano, la muger que os abraza contra su corazon, para ir á ver á Constanza ó la Guaccioli, por todo el camino llevais radiante la frente, canta vuestra alma y estais alegre en una fiesta; al fin llegais delante de vuestra diosa, entrais en vuestra ciudad; una voz os dice:—Ahí la teneis.—¿Pero donde esta? respondeis todo asombrado.

Es que cada hombre tiene doble vista, los ojos del cuerpo y los ojos del alma; la imaginacion, hija de Dios, va siempre mas allá de la realidad, que es hija de la tierra.

Por fin, forzoso me fué el creer que me hallaba en Constanza: por otra parte, allí estaba el hermoso lago trasparente y tranquilo en que la ciudad se mira: alli estaban á su derecha sus montañas sembradas de castillos, y

sus llanuras á la izquierda, bordadas con diversas aldeas: la obra de la naturaleza se ofrecia á mi vista tan estensa y magnífica cual la habia visto en mis dorados sueños; solo la obra del hombre habia desaparecido como si la vara de un malévolo encantador la hubiese hecho desmoronarse.

Entonces viendo aquella ciudad moderna tan pobre, tan solitaria, tan triste, quise al menos cavar en su tumba y encontrar los restos de la ciudad antigua. Pedí que me hiciesen visitar aquella basílica en donde fué elegido papa Martin V y que me enseñasen el palacio donde tuvo su córte romana el emperador Sigismundo. Me llevaron á una pequeña iglesia bajo la advocacion de San Conrado, me hicieron ver un grande edificio llamado la Aduana: aquello era la basílica y aquello era el palacio.

En la iglesia habia un hermoso calvario pintado por Holbein, dos pequeñas estátuas que representan á San Conrado y á San Pilades; cada uno de estos santos tiene un armarito abierto en el pecho, donde encierra el sacristan sus propias reliquias: en fin, me enseñaron en una cajita de plata los huesos de las santas Cándida y Florida, mártires las dos.

Habia en la Aduana, y debajo de un dosel que no se ha tocado desde el año 1413, dos sillones que pondria en un rincon cualquier prendero, y que sin embargo si se ha de dar fé á maese Fos Kastell, el Ciceron de por allá, sirvieron de tronos, dictado que conservan todavía:

A aquellas dos mitades de Dios, el Papa y el Emperador.

En frente, y sobre un estremo, hay unas figuras de cera que mueven los ojos, los brazos y las piernas, las cuales dicen representar á Juan Hus, á Gerónimo de Praga su amigo, y al dominico Juan Celestino Carceri, su acusador.

Ademas y como se sabe, la obra mas importante de aquel concilio que duró cuatro años, y que reunió en Constanza tantos príncipes, cardenales, caballeros y sacerdotes, que fueron menester, segun cuenta candorosamente una crónica manuscrita, dos mil setecientos ochenta y ocho cortesanos, fué el juicio y sentencia de Juan Hus, rector de la universidad, y predicador de la córte de Praga.

El gran número de discípulos que hacia con sus doctrinas alarmó al gefe de la cristiandad; un doctor tan audaz hacia presentir la separacion que iba á quebrantar la unidad de la Iglesia.... Juan Hus anunciaba á Lutero.

Recibió la invitacion de ir á Constanza para que se justificase de su heregía ante el concilio, y no rehusó obedecer; pero pidió un salvo-conducto y esta es la carta del emperador Sigismundo que se conserva entre los instrumentos del proceso, le fué concedido, como prenda de seguridad.

Era ademas aquel mismo Sigismundo que en Nápoles huyó con sus sesenta mil húngaros, dejando que Juan de Nevers se batiese con ochocientos caballos nada mas, contra Rayanto que tenia ciento noventa mil hombres.

Ved aqui la carta:

«Nos, Sigismundo, por la gracia de Dios, emperador romano siempre augusto, rey de Hungría, de Dalmacia y de Croacia, hacemos saber á todos los príncipes eclesiásticos, seculares, duques, margraves, condes, barones, nobles, caballeros, gefes, gobernadores, magistrados, prefectos, bailes, aduaneros, cobradores y demas funcionarios de las ciudades, villas, aldeas y fronteras, á todas las comunidades, á sus prepósitos y á todos nuestros fieles vasallos que las presentes vieren:

«Venerables, serenísimos, nobles y queridos fieles:

«El honorable maestro Juan Hus de Bohemia, bachiller en Sagrada Escritura y maestro en artes y portador de la presente, debiendo de partir en estos dias próximos al concilio general que tendrá lugar en Constanza, lo hemos recibido y admitido bajo nuestra proteccion y la del santo imperio. Lo recomendamos á todos juntos y á cada cual en particular, encargándoos lo acojais benévolamente y trateis favorablemente al espresado maestro Hus si se os presentase, y que le deis auxilio y proteccion de buena voluntad en cuanto puedan serle útil para favorecer su viage tanto por tierra cuanto por agua.

«Ademas, tambien es nuestra voluntad que le dejeis pasar, permanecer y volver libremente y sin obstáculo, asi á él como á sus criados, caballos, carros, bagajes y demas efectos que le pertenecen, por cualquier camino, puerta ó puente, territorio, señorío, bailío, jurisdiccion, villa, aldea, castillo y cualesquiera sitios y lugares, sin hacerle pagar impuestos, portazgos, peages, tributos ni contribucion alguna. Por último, que le deis escolta para guardarle á él y á los suyos, si la necesitase.

«Todo esto en honor de nuestra magestad imperial. Dado en Spira á 9 de octubre de 1414, á los treinta y cuatro años de nuestro reinado húngaro, y á los cinco de nuestro reinado romano.»

Juan Hus llegó á Constanza provisto de este salvoconducto, el dia 3 de noviembre: compareció ante el concilio el 28 del mismo mes, fué puesto en prision en el convento de dominicos el sábado 26 de julio de 1415 y no salió sino para ir á la muerte. Levantóse la hoguera á un cuarto de legua de Constanza en un lugar llamado Brull: Juan Hus subió tranquilamente á ella y se puso de rodillas encima. Intimado por última vez á que abjurase de su doctrina respondió que preferia morir á ser perjuro con

su Dios como el emperador Sigismundo lo era con él: despues al ver que el verdugo se acercaba para pegar fuego, gritó tres veces: «Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que habeis padecido por nosotros, tened piedad de mí.» En fin cuando las llamas le ocultaron del todo, se oyeron estas últimas palabras del mártir. «Entrego mi alma en las manos de mi Dios y mi Salvador.»

Siguió á esta ejecucion la de Gerónimo de Praga su discípulo y su defensor, conducido á la hoguera el dia 30 de mayo de 1417. Marchó al suplicio cual si fuese á un festin. El verdugo, segun costumbre, quiso encender la hoguera por detrás, pero Gerónimo le dijo: «Ven, maestro, enciende el fuego delante de mí, pues si yo le hubiese temido no estaria aqui á estas horas.»

Dos meses despues de esta ejecucion murió Juan XXIII, que de acusador que habia sido ante los hombres pasó á ser acusado ante Dios.

¿Quereis saber ahora lo que sucedió cuando se terminó el concilio y quiso salir de Constanza aquella córte romana, aquella comitiva pontifical, aquellos condes del imperio, aquellos barones caballeros? No otra cosa que lo que sucede á veces á un estudiante pobre, que va á comer de fonda sin llevar dinero. Ni el papa Martin, ni el emperador Sigismundo pudieron pagar las cuentas que les presentaron respetuosamente los habitantes de Constanza, lo que visto por los dichos habitantes se apoderaron, respetuosamente siempre, de la vagilla de plata del emperador, de los cálices del papa, de las armaduras de los condes, de los equipajes de los barones, y de los arneses de los caballeros.

¿Adivinais cuál seria y cuán grande la desolacion de aquella noble asamblea? Sigismundo se encargó de arreglarlo todo.

Con este objeto convocó á los magistrados y ciudadanos de Constanza en la aduana en donde se habia congregado el concilio; subió á la tribuna, dijo que él salia fiador de las deudas de todo el mundo.

—Está muy bien, respondieron los ciudadanos de la antigua república, pero que les faltaba quien fiase al fiador.

Entonces el emperador hizo traer fardos de paños, de sederías, de damascos y terciopelos, de alfombras, cortinas y cogines bordados de oro, y habiéndolos hecho valorar por peritos, los depositó en la aduana, comprometiéndose á desempeñarlos antes de un año, y para mayor seguridad de la deuda, y como prueba de que la reconocia hizo poner las armas imperiales en las cajas en donde se cerraron los fardos. Los ciudadanos dejaron marcharse á sus reales deudores.

Pasó un año sin que se volviese á oir hablar del emperador Sigismundo: al cabo de aquel año, se quiso vender los efectos dejados en prenda, pero entonces se prohibió por S. M. proceder á la venta, en atencion y por cuanto el sello imperial hacia de la propiedad del imperio aquellos fardos, y no del emperador. Hoy hace 417 años que se hizo esta notificacion.

NAPOLEON EL GRANDE Y CARLOS EL GORDO.

Si quereis ahora seguirme por las calles tortuosas de Milan, nos pararemos un poco delante de su cúpula milagrosa: pero como mas tarde le volveremos á ver y en detall, os invitaré á echar pronto á la izquierda, porque está próxima á verificarse una de aquellas escenas que pasan en un salon y resuenan por todo el mundo.

Entremos, pues, en el palacio Real, subamos la gran escalera, atravesemos algunos de sus aposentos que tan espléndidamente acaba de decorar el pincel de Appiani; nos abstendremos de contemplar esos frescos que representan las cuatro partes del mundo, y ante el techo en que se verifica el triunfo de Augusto; pero lo que ahora nos aguarda son cuadros vivos; y vamos á escribir la historia moderna.

Entreabramos suavemente la puerta de ese gabinete á fin de ver sin ser vistos.—Asi, muy bien.—Veis á un hombre, ¿no es verdad? y le reconoceis en la sencillez de su uniforme verde, por su pantalon de casimir blanco, y por sus botas que le llegan á la rodilla, mirad su cabeza modelada como un mármol antiguo, ese estrecho mechon de cabellos que va disminuyendo sobre su ancha frente, esos ojos azules cuya mirada se gasta en penetrar el velo del porvenir, esos labios apretados, que encierran dos hileras de perlas que envanecerian á una muger; ¡qué calma!—Es la conciencia de la fuerza, es la serenidad del leon.—Cuando esa boca se abre, los pueblos escuchan, cuando esos ojos se inflaman, se convierten en un volcan los llanos de Austerlitz, y cuando se fruncen esas cejas tiemblan los reyes. A aquella hora ese hombre manda á ciento y veinte millones de hombres, diez pueblos cantan á coro el *Hosanna* de su gloria en diez lenguas diferentes, porque este hombre es mas que César, es tanto como Cárlo-Magno.—Es Napoleon el Grande, el Júpiter Tonante de la Francia.

Despues de un instante de reposada tranquilidad, fija los ojos en una puerta que se abre, y por la cual entra un hombre vestido con casaca azul, y pantalon ceniciento y calza botas á lo húsar. Mirad, tiene una semejanza

primitiva con el que le aguardaba; pero es mas alto, mas flaco, mas moreno—este es Luciano; el verdadero romano, el republicano de los antiguos tiempos, la barra de hierro de la familia (1).

Estos dos hombres, que no se habian vuelto á ver desde la jornada de Austerlitz, arrojaron el uno al otro una de aquellas miradas que penetran el alma; porque Luciano era el único que tenia en los ojos el mismo poder que Napoleon.

Se detuvo despues de haber dado tres pasos en el cuarto: Napoleon se dirigió hácia él y le alargó la mano.—Hermano mio, esclamó Luciano abrazando á su hermano mayor.—¡Hermano mio, cuán feliz soy al volverte á ver!

—Señores, dejadnos solos, dijo el emperador haciendo señal con la mano á un grupo. Los tres hombres que lo formaban, saludaron y salieron sin murmurar una frase ni responder una palabra. Sin embargo, aquellos tres hombres que obedecian á un gesto eran Duroc, Eugenio y Murat, un mariscal, un príncipe y un rey.

—Yo os he mandado llamar, Luciano, dijo Napoleon cuando se vió á solas con su hermano.

—Y veis como me he apresurado á obedeceros como á mi hermano mayor, respondió Luciano.

Napoleon frunció las cejas imperceptiblemente.

—¡No importa! Habeis venido, y era lo que yo deseaba, porque tengo que hablaros.

—Ya escucho, respondió Luciano inclinándose.

Napoleon tomó entre el pulgar y el índice uno de los botones de la casaca de Luciano, y mirándole fijamente le preguntó:

—¿Cuáles son vuestros proyectos?

—Mis proyectos, respondió Luciano admirado, son los de un hombre que vive retirado lejos del ruido del mundo y en la soledad; mis proyectos son terminar tranquilamente, si puedo, un poema que he principiado.

—Si, si, dijo irónicamente Napoleon, sois el poeta de la familia y haceis versos mientras yo gano batallas: tendré sobre Alejandro la ventaja de tener un Homero.

—¿Quién es mas dichoso de nosotros dos?

—Vos, ciertamente, respondió Napoleon soltando el boton con un gesto de mal humor, vos que no teneis el pesar de ver en la familia indiferentes ó tal vez rebeldes.

—¡Indiferentes! ¿recordais el 18 de brumario?... ¡rebeldes! ¿en dónde me habeis visto concitar la rebelion?

—Rebelion es el no servirme: el que no está conmigo es contra mí. Veamos, Luciano; tú sabes que eres el que mas quiero de todos los hermanos—le tomó la mano—el único que puede continuar mi obra; ¿quieres renunciar á la oposicion tácita que me haces....? ¿Cuándo todos los reyes de Europa están de rodillas, te creerias humillado de bajar la cabeza entre la muchedumbre de aduladores que acompañan mi carro triunfal? ¿Será acaso siempre la voz de mi hermano la que me grite siempre? —Cesar; ¡no olvides qué has de morir! Veamos, Luciano, ¿quieres seguir mi camino?

—¿Cómo entiende eso V. M? respondió Luciano, echando una mirada de desconfianza á Napoleon.

El emperador se dirigió en silencio á una mesa redonda que habia en medio del gabinete, y colocando sus dos dedos sobre un gran mapa arrollado se volvió á Luciano y le dijo:

—He llegado á la cumbre de mi fortuna, Luciano: he conquistado la Europa: solo me resta dividirla á mi capricho: soy tan victorioso como Alejandro, tan poderoso como Augusto, tan grande como Carlo-Magno; quiero y puedo. Ahora bien.... Cogió el mapa, lo desarrolló sobre la mesa con un gesto gracioso y negligente.—Escoge el reino que mas te agrade, hermano mio; y comprometo mi palabra de emperador, que asi que me lo señales con la punta del dedo, será tuyo ese reino.

—¿Y por qué me haces esta proposicion á mí, mas bien que á cualquiera de nuestros hermanos?

—Porque solo tú estás á la altura de mi alma.

—¿Cómo puede ser esto, no siendo los mismos nuestros principios?

—Cuatro años hace que no te he visto, y durante este tiempo esperaba que habrias variado.

—Te has equivocado, hermano mio; yo soy el mismo que era en 1799, y nunca trocaria yo mi silla curul por un trono.

—¡Necio é insensato! dijo Napoleon echando á andar y hablando consigo mismo, insensato y ciego que no ve que soy el enviado del destino para hacer que desaparezca ese carro de la guillotina que han tomado por un carro republicano.... despues parándose de pronto y dirigiéndose á su hermano:—Pero déjame arrebatarte á la montaña y mostrarte los reinos de la tierra. ¿Cuál de ellos está en sazon para cumplir tu sublime sueño? Veamos.—¿Es el cuerpo germánico que no tiene de vivo mas que sus universidades, especie de pulso republicano que late en un cuerpo monárquico? ¿Es la España católica desde el siglo XIII únicamente, en la cual germina apenas la verdadera interpretacion de la palabra de Cristo? ¿Es la Rusia cuya cabeza piensa quizás pero cuyo cuerpo galvanizado un instante por el czar Pedro, ha recaido en su paralisis polar? No, Luciano, no; no han llegado todavía los tiempos; renuncia á tus locas autopias, dame la mano como hermano y como aliado, y mañana te hago gefe de un gran pueblo, reconozco

(1) El príncipe de Canino no habia aun, cuando escribia yo estas líneas, publicado sus memorias.

á tu muger por hermana mia y la devuelvo toda mi amistad.

—Esto es, respondió Luciano, no pudiendo convencerse, quereis comprarme.

El emperador hizo un movimiento.

—Dejadme decirlo todo á mi vez, porque este momento es solemne, y acaso no tendrá igual en todo el curso de nuestra vida No me resiento porque me hayais juzgado mal; son tantos los hombres á quienes habeis hecho sordos y mudos tapándoles con oro la boca y los oidos, que creisteis hacer lo mismo conmigo. ¡Decis qué quereis hacerme rey! Bien, yo acepto si me prometeis de que mi reino no será una prefectura del imperio. Me dais un pueblo, le tomo, poco me importa cual sea, pero con la condicion de que yo le gobernaré segun sus ideas y necesidades; quiero ser su padre y no su tirano; quiero que me ame y no me tema, y el dia en que yo ciña en mi cabeza la corona de España, de Suecia, de Wurtemberg ó de Holanda, ya no seré francés, sino español, aleman ú holandés; mi nuevo pueblo será mi única familia. Pensadlo bien, entonces ya no seré mas hermano por la sangre sino por la gerarquía; vuestra voluntad se detendrá en mis fronteras: si venis contra mí, os esperaré á pie firme; me vencereis sin duda alguna, porque sois un gran capitan, y el dios de los ejércitos no es siempre el dios de la justicia; yo seré entonces un rey destronado, y mi nacion un pueblo conquistado, y libre de dar mi corona y mi pueblo á otro mas sumiso y reconocido. He dicho.

—Siempre el mismo, siempre el mismo, murmuró Napoleon, despues dando en el suelo una patada:—Luciano, olvidais que debeis obedecerme como á vuestro padre y á vuestro rey.

—Tú eres mi hermano mayor, y no mi padre, mi hermano y no mi rey; jamás doblaré mi cabeza bajo tu yugo de hierro, jamás, jamás.

Napoleon se puso espantosamente pálido, sus ojos tomaron una espresion terrible, y sus labios temblaron.

—Reflexionad lo que os he dicho, Luciano.

—Reflexiona tú lo que voy á decirte, Napoleon. Tú has asesinado á la república, porque la has herido sin osar mirarla cara á cara; el espíritu de libertad que tú crees ahogado bajo tu despotismo, crece, se derrama y propaga; tú crees arrojarlo delante de tí y él te persigue detrás: mientras seas victorioso estará mudo; pero si llega el dia de la adversidad, verás no puedes apoyarte en la Francia, á quien habrás hecho grande, pero esclava. Y tú, tú, Napoleon, caerás desde la cumbre de tu imperio, te harás pedazos—como este relój—cogió el suyo, estrellándolo contra el suelo,—mientras nosotros, pedazos y restos de tu fortuna, nos veremos dispersos sobre la haz de la tierra por haber sido de la familia, y maldecidos por llevar tu nombre. Adios.

Luciano se salió.

Napoleon quedó inmóvil y con los ojos fijos: al cabo de cinco minutos se oyó el ruido de un coche que salia del patio del palacio: Napoleon tiró de la campanilla.

—¿Qué ruido es ese? preguntó al ugier que entreabrió la puerta.

—El del coche del hermano de V. M. que se vuelve á Roma.

—Está bien, dijo el emperador, y su rostro recobró aquella calma impasible y glacial bajo la cual ocultaba, cual con una máscara, las mas vivas emociones.

Apenas habian pasado diez años, cuando se hallaba ya cumplida la profecía de Luciano. El imperio levantado por la fuerza habia sido derribado por la fuerza. Napoleon se habia hecho pedazos, y aquella familia de águilas, cuyo nido estaba en las Tullerías, se habia diseminado fugitiva, proscrita, aleteando perdida por el mundo. Su madre, aquella Niobe imperial que habia dado á luz un emperador, dos reyes, y tres archiduques, se habia retirado á Roma, Luciano en su principado de Canino, Luis en Florencia, José en los Estados-Unidos, Gerónimo en Wurtemberg, la princesa Elena en Baden, madame Borghese en Piombino, y la reina de Holanda en el castillo de Arenemberg.

Como el castillo de Arenemberg dista solo media legua de Constanza tuve gran deseo de ofrecer mi homenage á los pies de aquella magestad destronada y de ver lo que quedaba de reina en una muger, cuando el destino le habia arrancado la corona de las sienes, el cetro de la mano y de los hombros el manto, y sobre todo de aquella reina, hija graciosa de Josefina Beauharnais, de aquella hermana de Eugenio, de aquel diamante de la corona de Napoleon.

Habia oido hablar tanto de ella en mi juventud como de una hermosa y buena hada muy graciosa y muy protectora, por las dotes que daba á las doncellas, por las madres á quienes volvia los hijos, y por los reos á quienes alcanzaba el perdon, que tenia un culto por ella. Añádase á esto el recuerdo de las canciones que cantaba mi hermana, las cuales se creian ser de esta reina, que se habia fijado tanto en mi memoria como en mi corazon, que hoy mismo todavía que hace ya veinte años que he oido aquellos versos y aquella música los repetiria sin alterar una palabra y sin faltar á una nota. Es que reina que componga canciones y las cante no se ve mas que en los cuentos de las *Mil y una noches*, y esto lo recordaba mi alma como un dorado sueño.

Era muy de mañana para presentarme en el castillo en persona, dejé una tarjeta, me entré en una barca que me condujo á la isla Reicheneau en una hora.

En una pequeña iglesia situada en medio de la isla están depositados los restos de Cár-

los el Gordo, quinto sucesor de Cárlos el Grande, y su epitafio, que está en el coro debajo de un retrato que pasa por el suyo, refiere su historia. Esta es la traduccion testual.

«Cárlos el Gordo, sobrino de Cárlo-Magno, entró poderosamente en la Italia que venció; obtuvo el imperio, y fué coronado César en Roma. Muerto despues su hermano Ludovico de Germania, fué señor por derecho de herencia, de la Germania y de la Galia. En fin, abandonado á la vez por el genio, por el ánimo y por el cuerpo, le arrojó un azar de la fortuna desde la cumbre de este grande imperio á este humilde retiro, en donde murió abandonado de todos los suyos, el año del Señor 888.»

Como no habia otra cosa que ver en la iglesia y en la isla, nos embarcamos y nos hicimos á la vela para Arenemberg.

Al entrar en el castillo de Volberg, que habita madama Parquin, lectora de la reina y hermana del célebre abogado de este nombre, encontré una invitacion para comer con madama de Saint-Leu, y cartas de Francia. Una de ellas contenia la oda manuscrita de Victor Hugo sobre la muerte del rey de Roma.

La leí por el camino yendo á pie á ver á la reina Hortensia (1).

UNA EX-REINA.

El castillo de Arenemberg no es lo que se llama un sitio real, es una linda casa: podria pertenecer á Agüado, á Scribe, indiferentemente, mi emocion por tanto provenia de una causa moral que se agitaba en mi cerebro, y no de los objetos físicos que se presentaban á mi vista.

Esta emocion era tal que despues de haber deseado ardientemente ver á Madama de Saint-Leu, en el momento mismo en que iba á satisfacerse mi deseo, me paraba á cada paso para demorar la hora de la entrevista, mirando sin distinguir y mas dispuesto á retroceder que á continuar mi camino; es que me hallaba á punto de ver realizarse un sueño, ó de perder una ilusion, y es que casi queria mas al instante marcharme con una duda que retirarme mas tarde con un desencanto. De repente, á treinta pasos de mí, y al revolver una alameda, ví tres mugeres y un jóven: mi primer movimiento fué huir; pero era ya demasiado tarde, porque me habian visto: conocí lo ridículo de semejante retirada, fijé los ojos en el grupo que se adelantaba, reconocí por instinto á la reina, me dirigí á ella.

Ciertamente que no sabia ella lo que pasaba en mi alma, y estaba lejos de pensar que en los dias de su poder jamás hombre alguno al entrar en su salon de recibo del palacio de la Haya, y al aproximarse al trono donde ella estaba sentada con toda la magestad del poder y con todo el esplendor de la hermosura, habia sentido una emocion igual á la que yo sentia. Todos los sentimientos generosos que encierra el corazon del hombre, el amor, el respeto, la compasion, se agolpaban á mis labios, estaba dispuesto á caer de rodillas, y sin duda lo hubiera hecho á estar ella sola.

Probablemente vió lo que pasaba en mí, porque me sonrió inefablemente alargándome la mano.

—Muy bueno sois, me dijo, en no querer pasar junto á una pobre proscrita sin venir á verla.

Asi era yo el que favorecia, y ella la que mostraba agradecimiento: bien, corazon mio! esta vez no te has equivocado; jóven, esa es la reina de tu infancia, graciosa y buena, no te has equivocado! poeta, porque ese es el sonido de la voz y la mirada que dabas en sueños á la hija de Josefina; deja palpitar tu corazon libremente: una vez al menos se ha encontrado la realidad á la altura de un sueño; mira, escucha, sé feliz!

La reina se apoyó en mi brazo, y me condujo, porque yo no veia; asi anduvimos no sé cuanto tiempo, y despues entramos en el salon. Lo primero que me hizo volver en mí y detuvo mis pensamientos, fué un magnífico retrato:

—¡Oh! ¡qué hermoso! esclamé.

—Si, respondió madama de Saint-Leu; es Bonaparte en el puente de Lodi.

—Ese cuadro debe ser de Gros, ¿no es verdad?

—Del mismo.

—Sacado del natural sin duda alguna: es tan maravillosa la semejanza del emperador, que es imposible que no sea asi.

—Tres ó cuatro veces estuvo el emperador de modelo para él.

—¿Tuvo esa paciencia?

—Gros habia hallado un medio escelente para conseguirlo.

—¿Cuál?

—Le hacia sentar sobre las rodillas de mi madre.

No era un sueño para mí el estar con aquella hija de Josefina que me hablaba de su madre y de su padrastro Napoleon; que me hacia asistir á una escena de familia, que me enseñaba al leon manso y domesticado, al emperador sobre las rodillas de la emperatriz, y delante de ellos á Gros, el pintor de Jaffa, de

(1) **Fácilmente conocerán nuestros lectores que toda la primera parte de este viage fué escrita en 1834, y por consecuencia antes de los sucesos de Strasburgo en que Luis Napoleon, hoy emperador, intentó subir al trono.**

Eylau y de Aboukir, pincel en mano y fijando en el lienzo aquella cabeza capaz de abarcar el mundo.

Me fuí á sentar en un rincon, dejé caer mi cabeza entre las manos, y me abismé en un océano de pensamientos. Cuando volví en mí y alcé los ojos, ví que Mad. de Saint-Leu me miraba y sonreia comprendiendo demasiado bien las causas de aquella falta de atencion, para aguardar disculpas que de ningun modo yo pensaba en darle.

—¿Quereis seguirme? me preguntó.

—Seguramente.

—Venid.

—¿Y qué maravilla me vais á hacer ver?

—Mi relicario imperial.

Me llevó delante de un mueble cerrado con cristales como una biblioteca, en cada uno de cuyos estantes habia colocados objetos que habian pertenecido á Napoleon ó á Josefina.

Desde luego una cartera marcada con las iniciales J. N. contenia la correspondencia del emperador con la emperatriz. Todas las cartas eran autógrafas, fechadas en Marengo, Austerlitz, Jena, escritas sobre una cureña, los pies sobre la sangre, y todas contenian una palabra de la victoria. Ademas habia páginas de amor; pero de amor profundo, ardiente y apasionado como lo sentia Werter, René, Antoni. ¡Qué organizacion inmensa la de aquel hombre que encerraba á la vez tantas cosas en la cabeza y tantas en el corazon!

En seguida vimos el talisman de Cárlo-Magno; este talisman es toda una historia. Escuchadla.

Cuando se abrió en Aquisgran el sepulcro donde habia sido enterrado el gran emperador, se encontró su esqueleto vestido con su trage romano: llevaba en su frente desecada su doble corona de Francia y de Alemania; á su lado junto á su limosnera de peregrino, estaba Joyosa, aquella buena espada que, segun el monge de San Dionisio, hendia en dos pedazos á un caballero armado de todas armas: sus pies descansaban sobre el escudo de oro macizo que le habia regalado el papa Leon, y de su cuello se hallaba suspendido el talisman que le hacia invencible. El talisman era un pedazo de la vera Cruz que le habia enviado la emperatriz. Estaba encerrado dentro de una esmeralda, y esta esmeralda se hallaba suspendida de una cadena de gruesos eslabones de oro. Los habitantes de Aquisgran se lo regalaron á Napoleon cuando hizo su entrada en aquella ciudad, y en 1811 Napoleon se la puso jugando al cuello de la reina Hortensia, confesándola que en las jornadas de Austerlitz y de Wagram la habia llevado él mismo en el pecho como novecientos años antes Carlo-Magno.

Por último, allí se conservaba el cinto que ciñó su costado en las pirámides; el anillo de boda que él mismo habia puesto en el dedo de la viuda de Beauharnais, el retrato del rey de Roma bordado por María Luisa, sobre el que habia descansado su última mirada. Aquel ojo de águila se habia cerrado sobre el mismo objeto que ahora tenia á la vista; su moribunda boca habia tocado aquella seda y humedecídolo su último suspiro: y no hacia un mes aun que el hijo habia muerto tambien clavados los ojos en el retrato de su padre. El tiempo y la libertad nos revelarán tal vez el secreto providencial de esta doble muerte. Entretanto postrémonos y adoremos.

Pedí ver la espada traida por Marchand de Santa Elena, legada por el duque de Reischstad al príncipe Luis; pero la reina no habia recibido todavía aquel don mortuorio, y temia no recibirlo jamás.

Sonó la campana para la comida.

—¿Tan pronto? esclamé yo.

—Volvereis á ver todo esto mañana, me dijo la ex-reina.

Despues de la comida volvímos al salon, y al cabo de unos diez minutos anunciaron á madama Recamier. Esta era todavía reina; pero reina del talento y la hermosura, asi la duquesa de Saint-Leu la recibió como á una hermana.

He oido discutir mucho sobre la edad de Mad. de Recamier; verdad es que yo no la he visto mas que de noche con un vestido negro y con el cuello y cabeza envueltos en un velo del mismo color; pero por la juvenil altivez, la belleza de sus ojos y bien torneadas manos apostaria que no tenia mas de veinte y cinco años.

Asi es que me asombré cuando oí hablar á aquellas dos mugeres del Directorio y del Consulado como de cosas que habian visto. Por último, se rogó á Mad. de Saint-Leu que tocase el piano.

—¿Os gustará la música? me preguntó volviéndose á mí medio levantándose, y esperando mi respuesta.

—¡Oh! sí, respondí yo juntando las manos.

Cantó muchas canciones cuya música habia compuesto últimamente

—Si no fuese osadía de mi parte os rogaría una cosa, la dije.

—¿Y bien qué me rogaríais?

—Que canteis una de vuestras canciones antiguas....

—¿Cuál?

—Aquella que empieza.

Vous me quittez pour marchez á la gloire.
Partid al campo, do la gloria os llama.

—¡Dios mio! Apenas me acuerdo ya: la compuse en 1809. ¿Cómo es posible os acordeis vos que apenas habiais nacido cuando se hallaba en boga?

—Tenia ya cinco años y medio, y entre las canciones que mi hermana mayor cantaba, esta era mi cancion favorita.

—No hay mas que un inconveniente, y es que ya no me acuerdo de la letra.

—Yo la recuerdo.

Me levanté en seguida y apoyándome sobre el respaldo de su silla comencé á dictar los versos siguientes.

Vous me quittez pour marcher á la gloire;
Mon triste cæur suivra partout vos pas;
Allez, volez au temple de mémoire;
Suivez l'honneur, mais ne m' oubliez pas.

«Me abandonais para marchar á la gloria, «mi triste coeazon os seguirá por todas par- «tes; id, volad al templo de la memoria, se- «guid el honor, empero no me olvideis.»

—Si, eso es, en efecto, dijo la reina con tristeza. Yo continué.

A vos devoirs comme á l'amour fidele,
Cherchez la gloire, evitez le trépás;
Dans les combas oú l'honneur vons appelle.
Distinguez-vous, mais ne m'oubliez pas.

«Fiel á vuestros deberes lo mismo que al «amor, buscad la gloria y evitad la muerte; «distinguios en los combates á donde os lla- «ma el honor, empero no me olvideis.»

¡Que faire hélas! ¡dans mes peines cruelles
Je crains la paix autant que les combats:
Vous y verrez tant de beautes nonvelles,
Vos leur plairez!... mais ne m' oubliez pas.
Oui, vous plairez et cous vainerez sans cesser
Mars et l' Amour suivront partout vos pas;
De vos suceés gardez la douce ivresse,
Soyez heureux, mais ne m' oubliez pas.

«¿Qué hacer ¡infeliz! en mis crueles pe- «nas? Temo la paz tanto como los combates: «¡vereis tantas nuevas bellezas! ¡las agrada- «reis!....empero no me olvideis.

«Si, agradareis y vencereis sin cesar: Mar- «te y el amor seguirán por do quiera vuestros «pasos, guardad la dulce embriaguez de vues- «tros triunfos, sed dichoso, empero no me ol- «videis.»

La reina pasó la mano por sus ojos para enjugar una lágrima.

—¡Qué triste recuerdo! la dije yo.

—¡Oh! si, muy triste! Sabeis que en 1808 empezaron á difundirse los rumores sobre el divorcio, rumores que traspasaron el corazon de mi madre viendo que el emperador iba á partir para Wagram; sobre esta partida pidió á Mr. de Segur que la hiciese una cancion. Le presentó los versos que acabais de recitar, y mi madre me los dió para que yo los pusiese en música, y el dia antes de la salida del emperador se los canté. ¡Pobre madre mia! me se figura aun que la estoy viendo siguiendo en la fisonomía de su esposo que me escuchaba meditabundo, la impresion que le causaba esta cancion que tan adecuada era á la situacion de entrambos. El emperador escuchó hasta el fin, y cuando se estinguió el último eco del piano se dirigió hácia mi madre y la dijo:—Sois la criatura mejor que he conocido en el mundo; y besándola luego en la frente suspiró y se entró en su gabinete: mi madre derramó un torrente de lágrimas, porque desde entonces conoció que se hallaba condenada. Ahora ya concebireis el recuerdo que tiene para mí esa cancion, y al recitármela acabais de tocar todas las cuerdas de mi corazon cual si fuese una clave.

—Mil perdones: ¿cómo no he adivinado esto? Ya no os pido mas....

—Si tal, dijo la reina volviéndose á colocar al piano, si tal. Sobre esa desgracia han venido á pasar tantas otras que es una de las que recuerdo con mas dulzura; porque el emperador amó siempre á mi madre, aunque separado de ella.

Dejó correr sus dedos sobre el piano, hizo oir un melancólico preludio, y cantó en seguida con toda su alma y con el mismo acento como debia cantar delante de Napoleon.

Dudo que jamás hombre alguno haya sentido lo que yo esperimenté aquella noche.

UN PASEO EN EL PARQUE DE ARENEMBERG.

Madama la duquesa de Saint-Leu me habia convidado á desayunarme con ella el dia siguiente á las diez; pero como yo habia pasado parte de la noche escribiendo mis notas, llegué algunos minutos mas tarde de la hora indicada. Iba á disculparme con la duquesa por haberla hecho esperar, lo que era mas imperdonable no siendo ya reina; pero me tranquilizó con afable bondad diciéndome que el almuerzo no seria hasta el medio dia, y que si me habia convidado para las diez era únicamente para tener mas tiempo de hablar conmigo, al mismo tiempo me propuso un paseo por el parque, yo respondí ofreciéndola mi brazo.

Anduvimos como unos cien pasos en silencio, yo lo rompí el primero.

—¿Teniais alguna cosa que decirme, señora duquesa?

—En verdad que sí, respondió mirándome, queria hablar de París, ¿qué habia de nuevo cuando salisteis?

—Mucha sangre en las calles, muchos heridos en los hospitales, no bastantes prisiones y demasiados prisioneros (1).

(1) Estas lineas fueron escritas antes de la amnistia: no he querido borrarlas, porque de una re-

—¿Habeis visto los dias 5 y 6 de junio?

—Si señora.

—Perdonadme, pero tal vez voy á ser muy indiscreta; por algunas palabras que os oí decir ayer, conocí que érais republicano.

Me sonreia.

—No os habeis equivocado, señora duquesa, y sin embargo, gracias al sentido y color que los periódicos del partido á que pertenezco y de quien participo todas las simpatías, aun que no todos sus sistemas, han hecho tomar á esta palabra, antes de aceptar la calificacion que me dais os pediré el permiso de haceros una esposicion de mis principios. Esta profesion, dije, sería ridícula ante cualquiera otra muger, pero ante vos, señora duquesa, que como reina habreis oido tantas palabras austeras como espresiones frívolas en vuestra cualidad de muger, no tengo reparo, ni vacilo en deciros porque puntos toco al republicanismo social, y porque disidencia me alejo del republicanismo revolucionario.

—¿Entonces no estais de acuerdo entre vosotros?

—Nuestra esperanza es la misma, señora, pero los medios para alcanzarla son diferentes: algunos hay que hablan de cortar cabezas y repartir las propiedades; estos son locos é ignorantes. Os parecerá asombroso que para designarlos no me sirva de un término mas enérgico, pero es inútil, porque ni se les teme ni son de temer; se juzgan muy adelantados, y están atrasadísimos, pues datan de 1793 y estamos en 1832. El gobierno aparenta temerlos mucho, y sentiria que no existiesen, porque sus teorías son la aljaba de donde él saca sus armas: estos no son republicanos sino *republiqueros*.

Otros hay que olvidan que la Francia es la hermana mayor de las naciones; que no se acuerdan que su pasado es rico en toda especie de recuerdos, y van á buscar entre las constituciones suiza, inglesa, y americana la mas á propósito á nuestro pais: estos son soñadores y utopistas. Consagrados enteramente á sus teorías de gabinete y en medio de sus imaginarias aplicaciones, no consideran que una constitucion no puede ser duradera sino en cuanto nace de la situacion geográfica del pueblo, y en cuanto es el resultado de su nacionalidad y es apropiada á sus costumbres. De ahí proviene que no habiendo en el mundo dos pueblos cuyas costumbres, nacionalidad y situacion geográfica sean idénticas, cuanto mas perfecta sea una constitucion, mas individual será tambien, y por consecuencia mas aplicable al pais en donde se ha formado, que á cualquiera otro sea el que fuere; los que esto hacen no son todavía republicanos sino *republiquistas*.

convencion que eran antes, se han convertido en un elogio. Es preciso dejar á cada cosa el carácter del tiempo en que se publica.

Otros hay que creen que una opinion consiste en un trage azul y grandes barbas, chaleco grande, enorme corbata con puntas, sombrero puntiagudo, y son los parodiadores y ladradores; escitan á los motines, pero se guardan de tomar parte en ellos, levantan barricadas y dejan que otros mueran en ellas, y comprometen á sus amigos, se ocultan por todas partes como si fuesen los comprometidos: estos tales no son tampoco republicanos, sino *republiquillos*.

Pero hay otros, señora, para quienes el honor de la Francia es una cosa santa, que ellos quieren conservar inmaculada, hombres para quienes una palabra dada es un juramento sagrado, que no pueden sufrir ver infringir al rey ni al pueblo, cuya vasta y noble fraternidad se estiende á toda nacion que sufre y á toda nacion que se despierta de un sueño; estos han ido á derramar su sangre en Bélgica, en Italia y en Polonia, y han vuelto para hacerse matar ó prender en el claustro de San Mery: estos, señora, son los puritanos y los mártires. Llegará un dia en que no solamente serán llamados los desterrados y se abrirán las cárceles á los cautivos, sino que tambien se buscarán los cadáveres de los que han muerto para levantarles sepulcros; toda la falta que se les puede atribuir es la de haberse adelantado á su época, y de haber nacido treinta años demasiado pronto: estos, señora, son los verdaderos republicanos.

—¿No tengo necesidad de preguntaros si perteneceis á estos últimos? me dijo la reina.

—Ah, señora, le respondi, no puedo lisonjearme del todo con este honor. Sin duda tengo por ellos todas mis simpatías; pero en vez de dejarme arrebatar por mis sentimientos, he apelado á la razon, y querido hacer en la política lo que Fausto en la ciencia; bajar y tocar el fondo. Un año entero he permanecido sumergido en los abismos de lo pasado, y si al principio tenia una opinion instintiva, he concluido por adquirir una conviccion razonada. Vi que la revolucion de 1830 nos habia hecho dar un paso, pero conocí tambien que este paso nos habia llevado desde la monarquía aristocrática á la de los ricos, y que esta monarquía del dinero era un trámite que era preciso gastar antes de llegar á la magistratura popular. Desde entonces, señora, sin hacer nada para aproximarme al gobierno, del cual me habia alejado, he dejado de serle enemigo, y le miro tranquilamente seguir un periodo cuyo fin no veré yo probablemente. Aplaudo lo que hace de bueno, protesto contra lo que hace de malo, pero todo sin entusiasmo, sin odio. Ni lo acepto ni lo recuso, lo tolero: no lo miro como una dicha; pero lo creo una necesidad.

—Pero, á vuestro modo de entender, no es probable un cambio.

—No, señora.

—Sin embargo, ¿si el duque de Reischstad

(hijo de Napoleon) no hubiese muerto y hubiese hecho una tentativa?

—Hubiera salido mal: yo asi lo creo al menos.

—Es verdad: olvidaba que, segun vuestras opiniones republicanas, Napoleon no debió ser para ellos mas que un tirano.

—Perdonad, señora, yo lo miro bajo otro punto de vista; en mi opinion, Napoleon fué uno de esos hombres elegidos desde el principio de los tiempos, los cuales reciben de Dios una mision providencial.

A estos hombres se los juzga, no segun la voluntad humana que les hace obrar, sino segun la voluntad divina que los inspira, no segun la obra qne han hecho, sino segun el resultado que ha producido. Cumplida su mision, Dios los vuelve á llamar, creen morir, solo van á dar cuenta.

—¿Cual era, pues, la mision del emperador en vuestro sentir?

—Una mision de libertad.

—¿Sabeis que, cualquiera que no fuese yo, os pediria pruebas de ello?

—Y os las daria á vos misma.

Cuando Napoleon, ó mas bien Bonaparte, apareció á nuestros padres, señora, la Francia salia no de una república sino de una revolucion. En uno de sus accesos de fiebre política habia adelantado tanto á las demas naciones que habia roto el equilibrio del mundo; era preciso, pues, un Alejandro para aquel Bucéfalo; un Androcles para aquel leon. El 13 de vendimiario los puso cara á cara: la revolucion fué vencida. Los reyes que debieran haber reconocido un hermano en el cañon de la calle de Saint-Honoré, creyeron tener un enemigo en el dictador del 18 de brumario: tomaron por cónsul de una república al que era ya gefe de una monarquía, y los insensatos en vez de aprisionarle con una paz general le hicieron una guerra europea. Entonces Napoleon llamó á sí todo cuanto habia de jóven, valiente y entendido en Francia y lo derramó por el mundo. Hombre de reaccion para nosotros se encontró serlo de progreso para los demas, y por do quier que pasó arrojó al viento el grano de las revoluciones. La Italia, la Prusia, la España, el Portugal, la Bélgica, la Rusia misma, han llamado despues sucesivamente á sus hijos á la sagrada siega, y él como un labrador cansado de su trabajo los ha mirado con los brazos cruzados desde la cima de su roca de Santa Elena. Allí tuvo una revelacion de su mision divina, dejó caer de sus lábios la profecía de una Europa republicana.

—¿Y creeis, repuso la reina, que si el duque de Reichstad no hubiese muerto, hubiera continuado la obra de su padre?

—A mi parecer, señora, hombres como Napoleon, no tienen padres ni hijos: nacen como meteoros en el crepúsculo de la mañana, atraviesan de uno á otro horizonte el cielo que iluminan y van á perderse en el crepúsculo de la tarde.

—¿Sabeis que lo que decís es poco consolador para aquellos de su familia que conserven alguna esperanza?

—Asi es, señora, porque nosotros no le hemos dado un lugar en nuestro cielo, sino á condicion de que no dejaria heredero en el mundo.

—Y sin embargo, ha legado su espada á su hijo.

—El don le ha sido fatal, señora, y Dios ha anulado el testamento.

—¡Oh! me asustais, porque su hijo la ha legado al mio.

—Será pesada de llevar á un simple oficial de la Confederacion suiza.

—Si, teneis razon; porque esta espada es un cetro.

—Tened cuidado, señora, de estraviaros, mucho temo que no vivais en esa atmósfera halagüeña y embriagadora que llevan en pos de sí los desterrados. El tiempo que corre para los demas parece estár detenido para los proscritos. Siempre ven á los hombres y á las cosas del mismo modo que las dejaron, y sin embargo los hombres cambian de faz, y las cosas de aspecto: la generacion que ha visto pasar á Napoleon de vuelta de la isla de Elba se extingue todos los dias y aquella marcha milagrosa ya no es un recuerdo, sino un hecho histórico.

—Asi creeis que no hay ya esperanza para la familia de Napoleon de volver á entrar en Francia.

—Si yo fuese el rey, la llamaria mañana.

—Yo no quiero decir de esta manera.

—Pues de otro modo tiene pocas probabilidades.

—¿Qué consejo daríais, pues, á un individuo de esta familia que soñase la resurreccion de la gloria y del poder napoleónico?

—Le aconsejaria que despertase.

—¿Y si á pesar de este consejo, que para mi ver es el mejor, persistiese aun y os pidiese otro?

—Entonces, señora, le diria: que obtuviese se le levantase el destierro, comprase tierras en Francia, se hiciese elegir diputado, dispusiese por medio del talento de la mayoria de la cámara, y se sirviese de ella para derribar á Luis Felipe y hacerse elegir rey en su lugar (1).

—¿Y pensais, repuso la duquesa de Saint-Leu con melancolía, que cualquiera otro medio seria vano?

—Estoy convencido de ello.

La duquesa suspiró.

En aquel momento la campanilla llamaba al almuerzo, y nos dirigimos al castillo pensativos y silenciosos: durante toda la vuelta no me dirigió ni una palabra la duquesa; pero

(1) El éxito ha comprobado la exactitud del plan de Alejandro Dumas.—Luis Napoleon vuelve del destierro, es diputado, presidente de la república y emperador.

al llegar al umbral de la puerta, se paró y me dijo mirándome con una espresion indefinible de angustia:

—¡Hubiera querido que mi hijo hubiese estado aqui, y oido todo cuanto me acabais de decir!

CONTINUACION Y DESENLACE DE LA HISTORIA DEL INGLÉS QUE HABIA TOMADO UNA PALABRA POR OTRA.

Despues de almorzar me despedí de la señora duquesa de Saint-Leu; encontré á Francesco en Steikborn á donde le habia mandado de correo, y en donde me aguardaba ya con un carruage: marchamos en seguida, sobre las ocho de la noche llegamos á la fonda de la Corona en Schaffausen.

El dia siguiente me fuí á pasear en cuanto me levanté, por la ciudad, y la primera cosa que se presentó á mis ojos en la plaza misma de la fonda, fué una estátua que representaba á un hombre del siglo XV, con el puño de la mano derecha cortado, circunstancia que, como se adivina, despertó inmediatamente mi curiosidad. Era evidente que á aquella mutilacion debia de ir unida alguna leyenda. Buscaba con los ojos á alguno que pudiese ponerme al corriente de la historia particular del individuo representado, cuando descubrí en el umbral de la posada á un mozo de la fonda fumando flemáticamente en su pipa de espuma de mar, hojas secas de cualquier yerba que le habian vendido por tabaco. Me fuí á él, pensando que á nadie podia dirigirme mejor para saber por qué causa habian cortado la mano de aquel personage, cuya biografía deseaba conocer. Mi mozo se quitó gravemente la pipa de la boca, estendió la mano con direccion á la estátua, y me respondió: la historia está escrita. Confiado en esta indicacion, me volví hácia el manco, lo miré desde la cabeza á los pies, pero no ví la mas mínima línea caligráfica: creí que mi hombre habia querido burlarse de mí, y me volví con intencion de darle las gracias por su atencion.

—Y bien, ¿habeis leido? me dijo mi hombre con la misma calma.

—¿Cómo quereis que lea si no hay escrito nada?

—¿Habeis mirado por detras?

—No.

—Pues bien, mirad.

Volví en busca de la inscripcion, y dando vuelta al pedestal ví unas letras medio borradas; felizmente adiviné el resto leida la primera palabra; era este verso de Virgilio.

Auri sacra fames, ¿quid non mortalia pectora cogis?

Era una hermosa sentencia cuya verdad reconocia; pero que podia aplicarse á tantas circunstancias, que nada me revelaba de lo que deseaba saber: así, pues, me dirigí de nuevo á mi hombre.

—¡Y bien! me dijo.

—Lo he leido.

—¿Estareis contento?

—No.

—¿No habeis encontrado una inscripcion?

—Sin duda; pero no dice por qué tiene el puño cortado aquel hombre.

—Entonces, me dijo desdeñosamente el cocinero, es que no sabeis latin!

De aquí no pude sacarle, de modo que á mi pesar tuve que contentarme con aquella respuesta, un poco humillante para un hombre que sabe el Virgilio de memoria.

Ademas, como al decir del mismo cicerone no habia otra cosa que ver en Schaffausen, volví á entrar en la fonda, de la que contaba marchar despues de mi desayuno. Aprovechó el mozo este momento para traerme el libro de viageros, á fin de que escribiese en él mi nombre. Al fijar maquinalmente la vista en la última página, reconocí el nombre de sir Williams Blundel que habia pasado por allí hacia doce dias. Mandé llamar al fondista desconfiando de la inteligencia del criado, para preguntarle acerca del inglés. La manera con que me habia dejado sir Williams en Zurich, me tenia algo inquieto; esos caracteres tímidos y concentrados, tienen tristezas tanto mas profundas en cuanto se parecen á la calma, y desesperaciones mas mortales porque no tienen gritos y lágrimas: resultando de esto que sus heridas sangran interiormente, y sofocan casi siempre la espansion de los dolores. Deseaba saber qué aspecto tenia mi compañero de viage, lo que habia hecho durante su estancia en Schaffausen, y por último qué camino habia tomado al marchar.

Entró el fondista: era un hombre gordo y al parecer de alegre humor. Sin embargo, por el pronto dió á su rostro tal espresion de dolor oficial que contrastaba con la fisonomía que le habia dado la naturaleza en un momento de hilaridad que pensé que me iba á anunciar alguna desgracia. En efecto, antes de que yo hubiese abierto la boca, me interrumpió diciendo: ¡Ah! señor! si yo hubiese sabido ayer vuestro nombre, me hubiera apresurado inmediatamente á entregarle la carta de su amigo. Al decir esto, mi huésped lanzó un suspiro que ni bien era sollozo ni bien hipo.

—¿De qué amigo? le dije?

—¡Oh! era un jóven muy amable y muy completo si no hubiese tenido aquella locura!

continuó descomponiendo cada vez mas su semblante.

—Pero, ¿quién es ese loco? le interrumpí.

—¡Ay! ay! continuó el fondista: está curado ahora.

La muerte es un gran médico.

—Pero en fin, ¿quién se ha muerto? hablad.

—¡Cómo! ¿con que no lo sabeis? me dijo el fondista.

—Yo no sé nada: vamos.

—¿Ni tampoco sabeis que no se ha encontrado su cuerpo?

—¿Pero el cuerpo de quién? decid.

—El del otro nada importaba, porque no habia parado aqui y se habia ido al Halcon de Oro; podia el diablo llevarse su cuerpo, pero el de ese pobre Mr. Williams que se parecia á una jóven. ...

—¡Cómo! esclamé: ¿sir Williams ha muerto?

—Si, mi querido amo.

—¡Dios mio! ¿y cómo ha muerto?

—Ahogado ; á pesar de todo cuanto le dije.

—¡Muerto! ahogado!

—¡Ay! si, aquí teneis la carta que os ha escrito.

Alargué maquinalmente la mano, y tomé la carta, pero sin leerla; tan abismado me habia dejado lo inesperado de aquella noticia.

—En vano le repetimos que era una locura, continuó el fondista: cuanto mas se le decia el peligro, mas terco se mostraba.

—Pero en fin, repliqué volviendo en mí, ¿cómo le sucedió esa desgracia? porque ha sido un accidente y no un suicidio, ¿no es verdad?

—¡Jum! jum!.... Dios sabe el fondo de la verdad: pero en cuanto á mí estoy en que atentó contra su vida. ¿Quereis que os lo diga? me parece que aquel hombre tenia un grande pesar en el corazon.

—No os equivocais, amigo mio: pero dadme algunos detalles. ¿Cómo ha muerto? ¿ahogado, zozobró su barca, ó fué bañándose?

—No, señor, no, nada de eso; imaginaos.... es toda una historia: oid.

—Pues bien, contádmela.

—Pues habeis de saber..... perdonad si tomo asiento.

—Sentaos, sentaos..... tan impaciente estoy que me olvidaba de ofrecéroslo.

—Como os iba diciendo, hace tres semanas que llegaron á Schaffausen dos elegantes ingleses, y fueron á parar no sé por qué á la fonda del Halcon de Oro; pero nada tiene de particular, porque el fondista es un intrigante. ¿Creereis que va á esperar á los viageros en la puerta de Constanza y que allí. ...

—Amigo, volvámonos á nuestro asunto que es lo que me importa; ¿qué sucedió despues que los ingleses estuvieron en la fonda del Halcon de Oro?

—En Schaffausen, hay pocas cosas que ver, pero á una legua ó legua y media de aqui tenemos el famoso salto del Rhin, del que habreis sin duda oido hablar, pues el rio se precipita á una profundidad de setenta pies.

—Amigo mio, todo eso lo sé: volvamos á los ingleses.

—Habian venido, pues, para ver el salto, y por consiguiente tomaron un guia que les acompañase, aunque no es necesario tomarlo, pues el camino tiene veinte y cuatro pies de ancho, pero el propietario del Halcon de Oro, les dijo: milores, es necesario tomar un guia. Ya comprendeis, como que el guia le da un tanto por los parroquianos que le proporciona.....

—¡Bueno! ya sé yo á que atenerme sobre el fondista del Halcon de Oro, y en prueba de ello veis que me he venido á vuestra fonda; pero os advierto que sino acabais pronto vuestra relacion, tendré necesidad de ir á pedir que me la haga vuestro compañero.

—¡Ya voy! ya voy, señor; pero permitidme que os diga que el otro no os la sabria contar como yo, porque no es mas que un charlatan que.....

Levantéme con impaciencia, y el fondista conoció mi demostracion hostil; me hizo seña con la mano de que iba á acabar, y continuó.

—Estaban los dos ingleses delante del salto del Rhin, mas abajo del castillo de Lauffen; miraron algun tiempo el rio que de repente se cambia en una cascada, y se precipita de setenta pies de altura: estaban sin abrir la boca ni pestañear siquiera, cuando de pronto el mas jóven dijo al mas anciano: apuesto veinte cinco mil libras, á que bajo por la cascada en una barca. El mas viejo dejó caer aquella provocacion, cual si no la hubiese oido, tomó su lente, miró el agua espumante, bajó algunos pasos á fin de descubrir el abismo donde el rio se precipitaba, despues se volvió á su camarada y le dijo con la misma flema tranquilamente: yo apuesto á que no.

Dos horas despues volvieron los dos amigos á Schaffausen, y se hicieron servir la comida como si nada hubiese pasado.

Despues de comer, el mas jóven mandó á llamar al fondista, y le preguntó en donde podria comprar una barca.

Al dia siguiente fueron á buscar por los talleres, con el fondista, quien les vendiese una barca. No hallaron ninguna que les conviniese, encargaron una nueva: con las instrucciones que el inglés dió para su construccion, y por algunas palabras que se le escaparon, adivinó el constructor el objeto con que se le encargaba el barco. Sir Arturo Mortimer, que asi se llamaba el mas jóven, no teniendo ningun motivo para ocultar su proyecto, le contó la apuesta. Peter hizo cuanto pudo para disuadirle, pero sir Arturo se impacientó y se levantó para ir á otro taller á hacer el encargo. Entonces Peter vió que era una resolucion invariable, que no pudiendo cambiarla nadie,

tanto valia que se aprovechase él de ella como otro; tomó el dibujo que le habia hecho sir Arturo, y prometió la barca para el domingo siguiente.

El mismo dia se difundió la voz por los alrededores de que un inglés habia apostado saltar la cascada del Rhin; nadie podia creerlo, tan loca parecia la resolucion. Todo el mundo iba á preguntar la verdad á Peter, que contestaba enseñando su barca, que comenzaba ya á tomar forma. El inglés acudia á ver todos los dias si adelantaba, hacia tranquilamente sus observaciones, las cosas marchaban lo mejor del mundo.

En esto llegó á Schaffausen sir Williams Blundel que vino á parar en mi casa. Parecia triste y abatido, le pedí sus órdenes: tartamudeó algunas palabras que no entendí: no importa, le hice llevar al mejor cuarto de la fonda, que es este mismo, y se le sirvió una comida, como no la hubiera visto jamás, os lo aseguro, en el Halcon de Oro. Cuando su ayuda de cámara bajó, le pregunté si su señor estaria mucho tiempo en Schaffausen; supe que marcharia al dia siguiente por la mañana. Inmediatamente me ocurrió una idea para detener á sir Williams hasta el domingo siguiente: me parecia cosa fácil con decirle lo que se iba á verificar aquel dia.

En consecuencia, cuando creí que estaria á los postres subí á su cuarto y entré discretamente y sin ruido. Tenia en la mano, sobre la cual apoyaba su frente, un pedazo de velo verde, y parecia abismado en tal tristeza que no reparó en mí. Le hice tres reverencias sin poderle sacar de su meditacion: en fin, viendo que necesitaba añadir la voz á la pantomima, le pregunté si estaba contento de la comida.

Mi voz le hizo estremecer, levantó la cabeza, me vió en pie delante de él, é inmediatamente ocultando el pedazo de velo en su bolsillo:

—Sí, muy contento, muy contento, me dijo.

En aquel momento reparé que no habia probado nada de la comida: comprendí que tenia el esplin Fué mas vivo mi deseo de distraerlo.

—El ayuda de cámara de milord ha dicho que su gracia marchaba mañana.

—Sí, esa es mi intencion.

—¿No sabe milord, tal vez, lo que aquí pasa?

—No, no lo sé.

—Si milord lo supiese se quedaria, sin duda alguna.

—¿Pues qué pasa?

—Una apuesta, milord; un compatriota de vuestra gracia ha apostado que saltará la cascada del Rhin en una barca.

—¿Y qué hay de admirable en eso?

—¿Qué hay de admirable? Que hay mas de ciento noventa y nueve probabilidades de que ha de perecer.

—¿Estais seguro? me preguntó sir Williams, mirándome de hito en hito.

—Segurísimo, milord.

—¿Cómo se llama mi compatriota?

—Sir Arturo Mortimer.

—¿En donde pára?

—En la fonda del Halcon de oro.

—Hacedme acompañar hasta allí, quiero hablarle.

Tuve un momento de terror, pensé que sir Williams, descontento con la comida que no habia tocado queria cambiar de fonda, y ya concebis que no era por la pérdida, sino por la humillacion; en consecuencia mandé al mas inteligente de los criados, aquel que os ha dado todos los detalles sobre la estátua á que le falta la mano: ¿no os acordais?...

—Sí, sí.

—¡Como hablaba inglés le mandé pues acompañase á sir Williams á la fonda del Halcon de Oro y que se hiciese todo ojos y oidos. No tuve necesidad de recomendárselo dos veces; no solo acompañó á sir Williams hasta el cuarto de sir Arturo, sino que aun se puso á escuchar á la puerta.

Sir Arturo se disponia á comer, y por lo que mi criado pudo sacar del ruido de los tenedores, lo hacia con mas apetito que sir Williams. Recibió á su compatriota con gran política, se levantó, le ofreció asiento y lo convidó á comer. Sir Williams aceptó el asiento pero no la comida.

Supe con placer esta última circunstancia, pues me probó que el inglés no habia dejado de comer en mi casa por desprecio.

—Mirad, dijo sir Williams, despues de un instante de silencio, perdonad mi indiscrecion, pero por mi fondista de la Corona, acabo de saber que teneis hecha una apuesta.

—Verdad es, señor, respondió sir Arturo.

Al decir esto se saludaron los dos ingleses; pues mi criado que es muy entendido, aunque parece que lo dudais, miraba lo que hacian por el ojo de la llave, de modo que nada se le escapó. Digo pues que los dos se saludaron.

—Está bien, repliqué yo; pero supongo que la conversacion no terminaria así, segun presumo.

—¡Quia! ya vereis.

—Esta apuesta, continuó sir Williams, consiste, segun me han dicho, en saltar la cascada del Rhin en una barca.

—Estais perfectamente enterado, caballero; volviéronse á saludar de nuevo los dos ingleses.

—¡Y bien! milord, dijo sir Williams, vengo á pediros ser vuestro compañero de viage.

—¿Cómo interesado en la apuesta?

—No, señor, no, como aficionado.

—¿Entonces es únicamente por gusto?

—Por gusto, contestó sir Williams.

Dicho esto se saludaron los dos ingleses por tercera vez.

—Os advertiré que el barco no ha sido encargado mas que para una persona.

—Yo os pido permiso, milord, para pasar

por casa de Peter y darle nuevas órdenes, bien entendido que partiremos los gastos.

—Perfectamente, caballero; si quereis aguardar á que acabe de comer iremos juntos.

Sir Williams hizo una señal de que estaba á la disposicion de su compatriota, y Franz, tranquilo ya sobre ciertos temores que yo le habia hecho concebir, inmediatamente volvió á contarme lo que pasaba.

Desde entonces, continuó mi huésped, sir Williams pareció mas tranquilo, y comia y bebia como vos y como yo: todos los dias iba á hacer su visita á la barca, que adelantaba visiblemente, hasta que estuvo concluida el sábado por la mañana y espuesta al público á la puerta del taller de Peter, de suerte que nadie dudó de que se verificaria el salto el domingo.

Por la tarde despues de comer pidió sir Williams papel, tinta y plumas y pasó la noche escribiendo: á la mañana siguiente temprano, que era el dia de la apuesta, me hizo llamar y me entregó dos cartas, una para vos, que es la que os he dado, y otra para miss Jenny Burdett, y esta, segun sus instrucciones, debia enviarse á Inglaterra: arregló luego la cuenta de los gastos, que me pagó doble; dejó cien francos de propina á los criados, y se levantó para ir á ver á sir Arturo. En aquel momento entraron llorando su lacayo y su ayuda de cámara, venian para hacer la última tentativa para disuadir á su amo, pues segun se les habia dicho debia morir infaliblemente; pero sir Williams permaneció inalterable: en vano le suplicaron arrojándose á sus pies, abrazando sus rodillas. Sir Williams los hizo levantar, les puso en las manos un contrato de cien luises de renta á cada uno, y abrazándoles cual si fuesen sus hermanos, salió sin querer escuchar mas sus observaciones.

Los otros dos ingleses, le esperaban ya en el Halcon de Oro, donde estaba dispuesto un almuerzo. Sentáronse los tres *gentlemen* á la mesa, y sir Williams comió y bebió con buen apetito, pero sin afectacion. El almuerzo duró dos horas: á los postres el compañero de sir Arturo llenó una copa de vino de Champaña, y levantando la mano:

—A la pérdida de mi apuesta, dijo, y á que pueda contar esta tarde sobre esta misma mesa, las veinte y cinco mil libras, que espero tener la dicha de perder.

Los dos convidados respondieron á este brindis, y levantándose de la mesa se fueron al balcon.

La plaza estaba atestada de curiosos. Habian acudido de Constanza, de Appenzell, de Saint-Gall, de Aarau, de Zurich y del gran ducado de Baden. Apenas aparecieron en el balcon cuando todo el mundo les recibió con aclamaciones: saludaron, despues sir Williams mirando el reloj, dijo á su compañero:

—Milord, va á dar la hora; no hagamos esperar á los espectadores.

Sir Arturo pidió tiempo para encender un cigarro, y hecho esto, bajaron los tres ingleses.

La barca se hallaba amarrada á unos cien pasos de Schaffausen sobre la orilla izquierda del Rhin: cerca de la barca, el lacayo del segundo inglés tenia dos caballos de las riendas: el uno era para su amo que debia seguir la barca y el otro para él que debia acompañar á su amo. Sir Williams y sir Arturo se entraron en la barca: lord Murdey, que este era el nombre del tercer inglés, montó á caballo: á una señal convenida, Peter cortó la cuerda que sujetaba la barca. Alzóse un grito en ambas orillas cubiertas de espectadores, empero apenas se hubieron asegurado estos de que la apuesta se iba á verificar, echaron á correr á la caida del Rhin en vez de seguir el curso de la barca, para no perder nada del desenlace de aquel drama, cuya esposicion acababan de ver.

Sir Williams y su compañero se habian abandonado á la corriente del rio, sin valerse de los remos ni para adelantar ni para detenerse. Durante diez minutos casi su marcha fué tan lenta que sir Murdey los seguia con el caballo al paso; entonces se comenzaron á lo lejos á oir los rugidos de la catarata. Sir Arturo apoyó una mano sobre la espalda de Williams, y alargando la otra al lado donde se oia el ruido, le hizo señal sonriendo de que escuchase. Entonces un barquero que estaba sobre las orillas del rio, les dijo que si querian retroceder todavia era tiempo aun, pues él se echaria á nadar para llegar á su barca y conducirlos á la orilla. Sir Arturo se metió la mano en la faltriquera, sacó un bolsillo, y se lo tiró con toda su fuerza al barquero, á cuyos pies cayó. El barquero lo levantó del suelo meneando la cabeza. La barca comenzaba á sentir entonces un movimiento mas rápido; pero tan imperceptiblemente que apenas se habria notado si lord Murdey no hubiese tenido que hacer trotar á su caballo para seguirla.

Cuanto mas se aproximaban, mas formidable era el ruido de la caida del agua: media hora antes de llegar al sitio desde donde se precipita, se distingue bajo de aquel abismo una nube de polvo de agua que rechazada por las rocas, vuelve á subir al cielo como el humo. A esta vista sacó sir Williams de su pecho el pedazo de velo verde que yo le habia visto entre las manos, y lo besó: probablemente era algun recuerdo de su patria, de su madre, de su querida.

—Si, si, interrumpí yo, sé lo que es: continuad.

La barca comenzaba á resentirse tambien de la aproximacion á la catarata porque lord Murdey tuvo que correr á galope para seguirla. Sir Arturo se habia sentado y comenzaba á asegurarse en las banquetas de la barca: sir Williams se quedó en pie con los brazos cruzados y los ojos clavados en el cielo: una rá-

faga de viento le arrebató el sombrero que cayó en el rio.

La embarcacion corria entretanto con creciente rapidez, de modo, que para seguirla lord Murdey se veia obligado á galopar. En cuanto á las gentes de á pie, los que se habian dejado alcanzar de ella, quedaron atrás. Algunas rocas comenzaban ya á sacar fuera del agua su cabeza negra y reluciente, y los atrevidos navegantes pasaban por medio disparados como una flecha. De vez en cuando inclinaba sir Arturo la cabeza fuera de la barca por ver la profundidad del agua, porque habia trechos sin rocas en que por su misma rapidez el agua clara como una sábana dejaba ver el fondo de su lecho. Sir Williams no apartaba sus ojos del cielo.

A trescientos pasos del precipicio, el curso de la barca adquirió tal rapidez que se creyó que tenia alas: por veloz que fuese el caballo de sir Murdey y aunque lo pusó á escape lo dejó atrás como hubiera hecho un pájaro. El ruido de la catarata era tanto que cubria los gritos de todos los espectadores: y os digo que eran muy terribles porque era espantoso ver aquellos dos hombres arrastrados al abismo, no tratando de librarse y sin poderlo hacer aunque lo hubiesen intentado. En fin, durante los últimos treinta pasos hombres y barco no fueron mas que una vision: de repente les faltó el Rhin, la barca precipitada en medio de la espuma botó sobre una roca, uno de los dos pasageros fué lanzado á la sima, el otro permaneció aferrado al barquillo y fué arrebatado como si fuese una hoja: antes de llegar al fondo de la catarata se les vió otra vez aparecer y dar vueltas un momento y sumergirse.

Casi en el mismo instante salieron á la superficie del agua tablas hechas pedazos, y tomando la corriente fueron arrastradas hácia Kaisersthul. De los cuerpos de sir Williams y de sir Arturo no se ha vuelto á oir hablar mas y lord Murdey pagará las veinte y cinco mil libras esterlinas á los herederos de su compañero.

Ahí teneis palabra por palabra la cosa tal cual pasó, y no hace mucho tiempo, pues fué el domingo anterior.

Habia escuchado esta relacion sin respirar de interés y su desenlace me dejó anonadado. No me equivocaba yo cuando al separarme tan bruscamente de sir Williams en Zurich pensé que alimentaba algun mal designio; pero jamás hubiera creido que fuese su ejecucion tan cercana y tan trágica. Arrepentíme de mi viage á los Grisones y caza de gamuzas que me habia separado de mi camino. Si hubiese seguido mi primer itinerario, hubiera llegado á Schaffausen dos ó tres dias despues de sir Williams, y no dudo que le habria quitado de la cabeza la horrible empresa que le llevó á la muerte. Por lo demas dejábase ver bien á las claras que queria deber la muerte á un azár y no al suicidio: intencion que si yo no hubiese previsto, me la hubiera demostrado la carta que escribió para mí, sencilla y triste como el hombre estraordinario que la habia escrito.

«Mi querido compañero de viage:

«Aunque muchas veces me ha pesado el haberme separado de vos sin una despedida mas amistosa, nunca tanto como ahora en que esta despedida se cambia en adios. Os he abierto mi alma: habeis leido en ella como en un libro: he puesto á vuestra vista todas mis debilidades, todas mis esperanzas, todos mis tormentos. Dios y vos únicamente sabeis que para mí no habia ya felicidad en la tierra mas que en el amor y la posesion de Jenny; asi cuando habeis leido que pertenecia á otro y que era perdida para mí toda esperanza, ó me conociais mal, ó debisteis adivinar en seguida que no sobreviviria á mi desgracia. En efecto, á pesar de estar errante y fugitivo, me quedaba siempre en el fondo del corazon, aquella esperanza vaga y sorda que sostiene al reo hasta el pie del cadalso. Esta esperanza iluminaba horizontes fantásticos y desconocidos como los que se descubren en un sueño; pero pareciame siempre que caminando en la vida concluiria por llegar á ellos; de repente el casamiento de Jenny ha estendido un velo fúnebre entre el porvenir y yo. Mi sol se extingue, no sé ya á donde voy, en derredor mio todo son tinieblas y desesperacion. Bien veis, mi querido poeta, que es preciso que yo muera, porque, ¿qué haria yo de una vida tan solitaria y tan descolorida?

«Pero creedme bien: esta resolucion de morir, no es en mí el resultado de un parosismo doloroso y agudo: no siento odio ni contra los hombres ni contra las cosas, y lejos de maldecir al Señor por haberme hecho tan incompleto para la vida, le doy gracias de haberme abierto en medio de mi camino una puerta que conduce al cielo. Feliz no la habria visto y hubiera continuado mi camino; desgraciado, me abre la única senda que me promete el descanso; preciso es que busque la sombra pues que mis miradas no tienen fuerza para fijarse en el sol.

«Adios. Cerrada esta carta, escribo á Jenny: sea para ella mi último pensamiento: sabrá que bajo de esta corteza ridícula de que tanto se ha reido sin duda, habia un corazon bueno y decidido capaz de morir por ella. Tal vez hubiera sido mas generoso y mas cristiano no contristar su felicidad con esta noticia, por indiferente que le sea sin duda; pero no tengo valor de separarme de ella para siempre dejándola en su ignorancia y llevándome conmigo mi secreto.

«Adios otra vez todavía: si alguna vez vais á Inglaterra, haceos presentar en su casa, decidle que me habeis conocido; decidle que sin saberlo ella la habia jurado morir el dia que perdiese la esperanza de poseerla, y que

el dia que he perdido esta esperanza he cumplido mi palabra.

«Adios! pensad en mi alguna vez, y no os riais al acordaos demí.»

¡Inútil recomendacion! Dos gruesas lágrimas corrieron de mis ojos y cayeron en la carta.

¿Quién hubiera osado reir ante una organizacion humana tan débil para la vida y tan fuerte para la muerte? En aquella existencia solitaria é incomprendida, habia para mí algo de tierno é interesante, un largo martirio moral que tenia una aureola mas religiosa mas santa que todos los dolores físicos, y una humildad que al doblegarse se hacia mas grande que el orgullo.

Resolví consagrar el resto del dia entero á la memoria de sir Williams, arreglé mis cuentas con el fondista, encargué á Francesco que me llevase la maleta al castillo de Lauffen: tomé mi palo de viage y salí de Schaffausen solo con mis pensamientos, siguiendo lentamente la orilla del Rhin, hoy tan solitaria y silenciosa como poblada y bulliciosa algunos dias antes para mirar á dos hombres que iban á morir.

Llegué á muy poco al punto en que habia estado amarrada la barca, reconocí la estaca y la punta de la cuerda flotando en el agua: arranqué de una viña contigua un sarmiento con pámpanos, lo eché en el rio para ver su curso. Asi como me lo habia dicho el fondista era poco rápido en aquel parage donde nada hacia presagiar la proximidad de la catarata. Continué mi camino.

Al cabo de otro cuarto de hora de camino comencé á oir un ruido sordo de continuo. Sino hubiese tenido noticia de la existencia de una gran cascada de agua á tres cuartos de legua del punto en que me hallaba, hubiera creido que habia una tempestad en lontananza. Continué adelantando, y á medida que adelantaba, el ruido se iba haciendo mas fuerte. Aquel ruido que en cualquiera otra circunstancia no me hubiera inspirado mas que curiosidad, despertaba en mí ahora un verdadero terror. En aquel momento una ráfaga de aire arrebató de un árbol que habia en la orilla del camino, algunas hojas amarillentas y secas por el otoño: fueron á caer en el rio, cuya corriente las arrebató tan rápida y tan indiferentemente como habia arrebatado aquellos dos hombres.

Bien pronto descubrí la nube y húmedo vapor producido por la violencia de la cascada: la corriente del Rhin era cada vez mas y mas rápida; algunas rocas de estraordinarias y particulares formas asomaban su cabeza fuera del rio cual caimanes durmientes: el agua estrellándole contra ellas en su inmensa caida, preludiaba lo que iba á hacer: de salto en salto se veian hermosas sábanas lisas cual un espejo de una verde esmeralda, dejando ver tras la arena de su fondo de una manera tan trasparente que hubieran podido contarse los guijarros de que estaba sembrado. Al fin llegué al sitió en donde faltando repentinamente el cauce del rio se precipita en una sola masa de veinte pies de espesor, y de una estension de trescientos, en el fondo de un abismo de setenta.

Si he espresado mal el interés que me habia inspirado sir Williams, debe formarse una idea del que esperimenté á este aspecto. La caida de aquella inmensa catarata, que en cualquiera otra ocasion no hubiera producido en mí sino un efecto de curiosidad, me causaba entonces un profundo terror: me parecia que el terreno sobre que me hallaba se convertia de pronto en movedizo; me sentia arrastrado por aquella furiosa corriente; me acercaba al salto; oia los rugidos del abismo: sentia su aliento; era absorbido por la catarata; faltaba el rio á mis pies, y caia rodando de abismo en abismo sin aliento, sin voz, sofocado, roto, hecho pedazos. Algunas veces se tienen semejantes sueños, y se despierta uno despues en el momento en que se cree morir, vuelve en sí, se palpa, y se rie, convencido de que es imposible correr semejantes peligros. Pues bien; ¡aquél fantástico peligro lo habian corrido dos hombres: aquellas terribles angustias las habian sufrido dos hombres! Se habian visto arrastrados, precipitados, devorados; habian rodado de roca en roca sofocados, rotos, hechos mil pedazos, y no se habian despertado en el momento de morir.

Permanecí como encadenado en la parte superior de la cascada, aunque fuese la menos bella: pero no era su belleza la que yo buscaba: por cualquier punto que yo la examinase al través de la mágia de aquella perspectiva, siempre se me aparecia el terror del recuerdo.

Bajé por último importunado por un hombre que, no comprendiendo nada de mi inmovilidad, se esforzaba en esplicarme en mal francés que habia escogido un mal punto de vista, y que era desde abajo desde donde estaba hermosísima la cascada. Le seguí maquinalmente, aturdido por los mugidos de la catarata, y resbalándome sobre los húmedos escalones en donde caia su agua convertida en vapor. En fin, despues de haber bajado casi diez minutos nos encontramos con una construccion de tablas que llaman el *Fischetz*: conduce tan cerca de la catarata que levantando la cabeza se la ve precipitarse sobre uno, y alargando los brazos se la toca con la mano.

Desde aquella vacilante galería es verdaderamente terrible el Rhin por su poder y belleza. Allí faltan las comparaciones: no es el estruendo del cañon; no es el furor del leon: no son los rugidos del trueno; es una cosa como el caos; son las cataratas del cielo abriéndose al mandato de Dios para lanzar el diluvio universal: es una masa incomensurable, indescriptible, en fin, la que os oprime, os es-

panta, os anonada, aunque sepais que no hay peligro de que os alcance.

Sin embargo, sobre esta galería le ocurrió á sir Arturo la idea de bajar la catarata en una barca, y al separarse de ella propuso la apuesta mortal que aceptó lord Murdey: cosa que confieso no la comprendo.

Despues de haber visto la caida del Rhin desde el castillo de Lauffen, es decir, desde la parte superior, y en seguida desde Fucheter, esto es, desde la parte inferior, quise verle todavía en medio de todo su curso: á este efecto bajé á lo largo de su orilla como unos cien pasos, poco mas ó menos; despues hallé en una especie de remanso doce lanchas que esperaban pasageros para transportarlos á la otra parte del Rhin. Salté á una de ellas, Francesco me siguió con mi maleta y mandé entonces al barquero que me llevase al medio del rio. A cien varas de distancia de la cascada está aun tan agitado como la mar en un temporal. Sin embargo, llegados al centro de aquella sábana de agua, hallamos el centro menos agitado. Depende esto de que la catarata está dividida por una roca, á cuyos lados crecen musgos, yedras y arbustos, y encima de la cual hay una especie de veleta representando á Guillermo Tell, y la roca quebranta el agua que se separa espumosa en su base, pero deja detrás de él una línea reposada, tranquila, desnuda, sobre todo, si se la compara con el hervidero de los dos brazos que la rodean. Entonces pregunté á mi barquero si aprovechando aquel espacio era posible subir hasta el pie de la roca, y me respondió que sin ser peligrosa, la cosa era bastante difícil por el embate de las olas que arrojaban á la barca á un lado ó á otro de la corriente, pero que si le daba cinco francos lo intentaria. Respondí poniéndole en la mano lo que pedia, y se puso á remar hácia la catarata.

Para vencer la fuerza de las olas que nos rechazaban tuvo alguna dificultad, como habia previsto el barquero, pero gracias á su habilidad se mantuvo en buen camino. Cuanto mas nos acercábamos á la roca, mas el rio hirviendo á nuestra derecha é izquierda estaba mas tranquilo debajo de nuestro barco. En fin, llegamos á un sitio bastante quieto donde nos paramos. Colocados alli en medio mismo de su curso, todo cubierto de su espuma y de su vapor, la catarata era admirable; el sol próximo á ponerse daba un tinte de color de rosa á la parte superior de la cascada, mientras que un iris inflamaba el vapor que se alzaba del abismo saltando, como he dicho, á mas de doscientos pies de elevacion. Permanecí asi estasiado cerca de media hora; en fin, el barquero me preguntó en dónde queria hacer noche; respondí que pensaba pasarla andando, á cuyo efecto iba á buscar un carruage en Neuhansen ó en Altemburgo, pues no habiendo cosa notable que ver, trataba de aprovechar la noche y hallarme por la mañana á unas diez leguas de Schaffausen.

—Si no necesitais mas que un medio de transporte, me dijo el barquero, y os es igual el dormir en una lancha ó en un carruage, no es preciso que vayais á Neuhansen ni á Altemburgo, porque no tengo mas que tomar los remos, y nos marcharemos en seguida mas rápidos que si nos llevasen los dos mejores caballos del ducado de Baden.

Era tan tentadora la proposicion que encontré la cosa muy bien pensada. Nos arreglamos en el precio de diez francos pagaderos en Kaicersthul. Apenas se concluyó el ajuste, cuando el barquero cesó de oponerse á la rapidez de la corriente, y cual me habia prometido, la barquilla, ligera como una golondrina, se alejó de la cascada con una rapidez que durante algunos minutos nos quitó la respiracion.

Durante diez minutos casi, pudimos todavía abarcar todo el conjunto de la cascada, menos grande de lejos que de cerca, en atencion á que de cerca la caida misma limita el horizonte, mientras que de lejos no es mas que el adorno principal del cuadro, sus accesorios son pobres y mezquinos. El castillo de Lauffen es poco pintoresco; su pesada arquitectura se aplana sobre la cascada. La aldea de Neuhansen es insignificante por no decir mas; en fin, las viñas que rodean aquellas dos fábricas no contribuyen poco á darles un aspecto rústico de los mas anti-poéticos. Se necesitaria para hacer un digno cuadro de aquella magnífica catarata los pinos de Italia, los álamos de Holanda, ó las hermosas encinas de Bretaña.

Al primer recodo que forma el rio se pierde toda aquella perspectiva; pero todavía oí por largo tiempo el mugido de la cascada, y percibí por encima de los grupos de árboles que adornan las sinuosidades del Rhin el blanco vapor que forma sobre la catarata una eterna nube. En fin, la distancia disminuyó aquel ruido; las tinieblas me ocultaron el vapor, y comencé á pensar en los medios de pasar en mi barca la noche lo menos mal posible; levantábase del rio una humedad penetrante, un viento fresco corria en su superficie, y para preservarnos de aquel doble inconveniente, no tenia mas que una blusa de lienzo crudo y un pantalon de cutí blanco. Traté de remediarlo acostándome en el fondo de la barca; formé con la maleta una almohada: me metí las manos en los bolsillos, y gracias á estas precauciones logré entrar victoriosamente en reaccion contra el fresco aliento de la noche; ademas, andábamos bastante bien: veia de ambas orillas huir los árboles, las viñas y las casas; esta vista concluyó por producir en mi imaginacion el efecto de un wals demasiado prolongado. La cabeza me daba vueltas; cerré los ojos, y mecido por la corriente del agua acabé por caer en una especie de soñolencia que no era

ni velar, ni tampoco dormir. Por muy adormitado que me hallase me sentia despierto, y un frio general se apoderó de mi cuerpo comprendiendo que tenia necesidad de sacudir aquel entorpecimiento y calentarme en el pensamiento; empero no tenia valor para ello, y me dejé dominar de aquel doloroso letargo. De tiempo en tiempo me sentia arrastrado mas rápidamente, oia un ruido mas fuerte y mas espantoso: levantaba mi pesada cabeza, me veia disparado como una flecha bajo un arco del puente contra el que el rio lleno de espuma venia á estrellarse. Sentí entonces un vago instinto de peligro; tembló todo mi cuerpo; empero sin embargo, no era bastante para despertarme el terror. Continuaba mi pesadilla, y conocia que de minuto en minuto se entorpecian mas y mas mis miembros, y que la especie de sueño mismo que agitaba mi cerebro se hallaba próximo á borrarse y extinguirse. En fin, entré en un completo sopor, gracias al cual, si hubiese caido al agua, segurguramente me hubiera ahogado sin conocerlo y creyendo continuar mi sueño. No sé cuánto tiempo duró este letargo, sentí que hacian cuanto podian por sacarme de él; ayudé lo mejor que pude los esfuerzos de Francesco y del barquero; gracias á este concurso de buena voluntad de mi parte y de esfuerzos de la suya, pasé felizmente del fondo de la barca á un castillo: despues me hallé en una cama buena, caliente, en la que me fuí desentumeciendo poco á poco. Pude entonces preguntar en qué parte del mundo me hallaba, y supe con bastante indiferencia que habitaba el *Castillo Rojo*, y que mediante una retribucion recibia la hospitalidad del gran duque de Baden.

KOENIGSFELDEN.

A la mañana siguiente marchamos al amanecer; mi noche habia sido una larga pesadilla, en que la realidad se mezclaba con el sueño; me parecia que mi cama habia conservado el movimiento del barco. Me sentia arrastrado por la catarata; mas en el instante de ser precipitado, no era á mí á quien amenazaba el peligro sino á sir Williams. Yo le habia vuelto á ver cruzados los brazos y los ojos fijos en el cielo. El pobre jóven habia trastornado mi sueño. ¿Qué habia sido de su cuerpo? ¿Lo haria rodar el Rhin hasta el Océano y le arrojaria este á las playas de Inglaterra que habia abandonado tan desesperado y á las cuales volvia curado? Atravesé el puente que separa el gran ducado de Baden del canton de Argovia; pero me detuve en medio para echar la última mirada sobre el Rhin: al través de la niebla que nos rodeaba descubrí á cierta distancia sus espumantes ondas, pareciéndome ver á cada instante, en la cúspide de aquellas ondas, levantarse el cuerpo del pobre Blundel: no podia apartarme de las orillas del rio, me parecia que al dejarlas perdia mi última esperanza: en fin, fué necesario determinarme, eché mi última mirada, un último adios sobre la corriente del rio y tomé el camino de Baden.

Durante una hora caminé en medio de la niebla; pero entre ocho ó nueve de la mañana, calentóse aquella fria y blanca boveda y se puso pálida por un ángulo: atravesaron algunos rayos del sol, la nube se desgarró en tiras, y se fué rozando el suelo, formando valles cuyas paredes parecian sólidas, y montañas de vapores á las que se hubiera creido subir; poco á poco se levantó aquella mar en nubes, subiendo suavemente y descubriendo primero las viñas, despues los árboles, luego las montañas, en fin, todas aquellas islas flotantes sobre la mar del cielo se confundieron en su azul, y concluyeron por mezclarse y perderse entre las límpidas olas del ether.

Entonces se desplegó delante de mí un risueño y gracioso camino, que rico de todos los caprichos de la naturaleza, trataba de distraerme de las emociones de la víspera; los prados con su frescura, los árboles con su murmullo, la montaña con sus cascadas, trataban de hacerme olvidar el crímen del rio. Yo me volvia hácia él: el solo continuaba arrastrando una masa de vapores: solo él, como un tirano, trataba de ocultarse á la vista de Dios No sé como me ocurrió una idea tan peregrina: no sé como tomó realidad en mi espíritu; pero el hecho es que anduve muchas leguas con esta preocupacion que toda mi razon no podia separar. Tal es el orgullo del hombre, pronto siempre á creer con sus instintivos y despóticos recuerdos del Eden, que es el soberano de la tierra, y que todos los objetos de la creacion son sus cortesanos.

Asi llegué, al través de un delicioso pais, á la ciudad de Baden. Aproveché el tiempo que me pidió el fondista para preparar mi comida y subí á un viejo castillo que domina la ciudad.

Es todavía una de aquellas grandes ruinas feudales dispersadas por la cólera del pueblo. Esta fortaleza llamada la Roca de Baden, quedó en manos de la casa de Austria hasta el año de 1415, época en que los confederados se apoderaron de ella y demoliéndola se vengaron del impenetrable asilo que por tanto tiempo ofrecieron sus muros á sus opresores, que alli resolvieron las campañas de Morgarten y de Sempach.

Desde la cima de aquellas ruinas, que tampoco ofrecen otro interés, se domina toda la ciudad situada á ambos lados del Limmat,

que con sus blancas casas y persianas verdes parece salir de las manos de los pintores y de los albañiles; en segundo término se ven colinas abovedadas que parecen el escabel de las neveras; en fin, en el horizonte se descubre una cordillera gigantesca, los desgarrados y nevados picos de los Alpes, desde la Yungfrau hasta el Glarnich.

Como nada curioso me detenia en Baden, y ya habia permanecido bastante tiempo en Aix para satisfacer lo que podia inspirarme el misterio de las aguas termales, me contenté con echar un vistazo sobre las que hierven en medio del Limmat (su calor, que es de treinta y ocho grados, es debido, dicen al gipso) cubiertas de capas de piedras calcáreas que forman el Legesberg, á través del que se filtran. Doy esta opinion por lo que valga, apresurándome, sin embargo, á declinar su responsabilidad.

Lo que ademas me atraia como un iman era el deseo de visitar el sitio donde habia sido asesinado el emperador Alberto, y que los descendientes de sus enemigos han llamado Kœnigsfelden ó Campo del rey. Este campo, situado, como hemos dicho, sobre las riberas del Reuss se estiende hasta Windisch, la antigua Windonisa de los romanos, fundada por Germánico cuando sus campañas sobre el Rhin: la antigua ciudad de la que hoy no quedan mas ruinas que las que están ocultas en la tierra, cubria todo el espacio desde Hausen hasta Gebistorf, y se hallaba asi á caballo montada sobre el Reuss en la confluencia del Aar y del Limmat.

Quince dias antes de mi llegada un labrador habia roto con su arado un antiguo sepulcro, y encontrado en él los restos de un casco, de un escudo, y de una de aquellas espadas de cobre que solo los españoles sabian templar en el Ebro, y á las cuales daban corte superior al del hierro y al acero.

En el mismo sitio en donde espiró el emperador Alberto levantó su hija Inés de Hungría el convento de Kœnigsfelden. En donde se ha colocado el altar estaba la encina contra la cual se apoyaba el emperador cuando su sobrino Juan de Suavia le atravesó la garganta de una lanzada. Inés hizo arrancar de raiz el arbol todo teñido aun con la sangre de su padre, é hizo hacer de él un cofre en el cual encerró los vestidos de luto que juró llevar todo el resto de su vida.

En derredor del coro están los retratos de veinte y siete caballeros arrodillados y orando, y son los nobles que murieron en la batalla de Sempach. Entre aquellos *frescos* hay un busto, y este busto es el del duque Leopoldo que quiso morir con ellos. Aquel coro que recibe la luz por once ventanas y cuyos vidrios de colores son maravillas de fines del siglo XV, está separado de la iglesia por una verja, y se pasa de esta á aquel para hallarse al pie mismo del sepulcro del emperador Alberto: es de forma cuadrada y rodéalo una balaustrada de madera pintada, y en las cuatro columnas de los ángulos están suspendidas las armas de los miembros de la familia imperial que reposan al lado de su gefe.

Ademas del emperador Alberto que perdió aqui la vida, dice la inscripcion de la balaustrada, aquella piedra cubre el cuerpo de su muger Isabel, nacida en Keintnd; de su hija Ines, que fué reina de Hungría; en seguida tambien el del duque Leopoldo que fué muerto en Sempach

En torno de aquellos cadáveres imperiales yacen los restos del duque Leopoldo el viejo, y de su muger Catalina de Saboya, de su hija Catalina de Hasburgo, del duque de Lassen, del duque Enrique y de su muger Isabel de Vernburgo, los del duque Federico hijo del emperador Federico de Roma y de su esposa Isabel, duquesa de Lorena.

En derredor de estos y bajo las losas con blasones que los cubren, descansan sesenta caballeros de casco coronado, muertos en la batalla de Sempach; y por último en las capillas inmediatas, y formando un cuadro digno de aquel osario, están sepultados siete condes de Habsburgo y dos de Griffenstein á la derecha; y á la izquierda cuatro condes de Lauffemburgo y cinco de Reinach y de Brandis.

Resulta que si Dios permitiese que el emperador Alberto, se levantase de su tumba, y despertase á la córte mortuoria que le rodea, se hallaria seguramente el rey mas noble y mas bien acompañado de cuantos reyes ahora llevan el cetro y la corona.

En el momento que mis pies hollaban todas aquellas cenizas feudales, el hombre que me acompañaba vió que se acercaba la hora de vísperas, y aunque nadie debia venir, tocó la campana, que es la misma que regaló al convento la princesa Inés. Le pregunté si se iba á celebrar algun oficio divino.—No: me respondió, tocó á vísperas para los muertos; dejémoslos en su iglesia. Salimos.

Aquel hombre toca asi tres veces al dia; la primera á la hora de la misa, la segunda á vísperas, la tercera á las oraciones.

De alli pasamos al convento de Santa Clara, en donde se ve el cuarto en que entró á vivir Inés á los veinte y siete años de edad, con el corazon lleno de fuego y de venganza para no salir si no despues de haber orado medio siglo, y, segun dijo ella misma, purificada de toda mancha, para unirse con su padre á los ochenta y cuatro años de su vida.

Sobre la pared y fuera de la puerta de aquel cuarto, está pintado y en pie el retrato del loco de la reina, que se llamaba Henrik, y era del canton de Urí. Aquel retrato era sin duda una alusion de las alegrías, de los placeres y vanidades del mundo que al entrar Inés en su retiro dejaba fuera de su celda.

Aquella celda estuvo siempre desnuda,

triste y austera como la del mas severo cenobita, en tanto que la habitó la hija de Alberto.

En un gabinetito al pie mismo de la cama, está todavia el tosco cofre hecho de la encina, en el cual guardaba sus vestidos la religiosa huérfana. En ciertas partes se conserva aun la corteza de la madera, y son los pedazos que estaban manchados de sangre. Despues de su muerte habitó la misma celda Cecilia de Reinach, que habiendo perdido á su marido y á sus hermanos en la batalla de Sempach, pidió asilo al convento y consuelo á Dios. Ella fué la que hizo pintar en la celda de que hablamos, los veinte y siete caballeros de que son copia los frescos de la capilla de que hemos hecho mencion.

El dia adelantaba; eran ya las tres de la tarde, y como habia visto cuanto curioso hay en Kœnigsfelden, volví á subir al carruage que habia tomado en Baden, pues queria llegar á Aarau aquella misma noche. Sin embargo, y á pesar de lo rápido que me proponia caminar, me paré al cabo de una hora á la falda del Wulpesberg; en su cima se halla el castillo de Habsburgo, y no queria pasar tan cerca de la cuna de los modernos Césares sin visitarla.

Este castillo está colocado sobre una montaña larga y estrecha y queda aun una torre entera bastante bien conservada, aunque data del siglo XI, gracias á su arquitectura cuadrada y maciza. Una de las salas, cuyas paredes el tiempo y el humo han ennegrecido, ofrece aun algunos restos de esculturas. En el flanco de la torre, hay pegado un edificio irregular, habitado por unos pastores que han hecho un establo de la sala de armas del gran Rodolfo. Por un antiguo instinto de debilidad y un viejo hábito de obediencia, se han agrupado algunas cabañas alrededor de aquellas ruinas que fueron la mansion del primogénito de la casa de Austria.

Un nombre y algunas piedras cubiertas de yerbas, es cuanto queda del castillo y de las propiedades de aquel cuya descendencia ha reinado quinientos años, y no se ha estinguido sino con María Teresa.

El hombre que habita aquellas ruinas y que se ha constituido en el cicerone de ellas, me hizo ver desde una de las ventanas orientales un riachuelo que corre en el valle y sobre el que se refiere una tradicion bastante curiosa. Un dia que Rodolfo de Habsburgo volvia de Mellingen, caballero en un magnífico caballo, descubrió sobre sus orillas un sacerdote llevando el Viático: las lluvias habian hecho crecer el torrente, el santo varon no sabia cómo pasarlo. Acababa de resolverse á descalzarse para vadearlo cuando llegó el conde: se apeó del caballo, hincó una rodilla en el suelo para recibir la bendicion del hombre de Dios: despues que la hubo recibido ofreció su caballo al sacerdote; lo aceptó, pasó montado el rio, el conde le siguió á pie hasta el lecho del moribundo, y asistió á la santa ceremonia. Administrado el Viático salió el sacerdote y quiso devolver el caballo que le habia prestado al conde Rodolfo, pero el religioso caballero se negó á ello, y como insistiese el sacerdote:

—No quiera Dios, padre mio, le dijo, que sea tan orgulloso que me atreva á servirme nunca mas de un caballo que ha llevado á mi Criador. Guardadlo, pues, padre mio, como prenda de mi devocion á vuestra santa órden. De hoy mas pertenece á vuestra iglesia.

Diez años mas tarde el pobre sacerdote era capellan del arzobispo de Maguncia y el conde Rodolfo candidato al imperio. Acordóse el sacerdote de que su señor se habia humillado ante él y quiso devolverle los honores que de él habia recibido. Su empleo le daba un grande ascendiente sobre el arzobispo: este lo tenia sobre los electores. Rodolfo de Habsburgo obtuvo la mayoría de votos, y fué elegido emperador de Roma.

A fines del siglo XV los confederados vinieron á poner sitio al castillo de Habsburgo. El gobernador era un austriaco que se defendió hasta el último estremo. Los suizos le habian ofrecido muchas veces una honrosa capitulacion, pero la habia rehusado constantemente, hasta que estrechado por el hambre envió un parlamentario. Era demasiado tarde; sabiendo sus enemigos la necesidad á que se hallaba reducida la guarnicion, no admitieron proposicion alguna, y exigieron de los sitiados que se rindiesen á discrecion: entonces la muger del gobernador pidió que la dejasen salir en libertad con lo que tenia de mas precioso, se le otorgó este permiso, abriéronse las puertas y salió llevando acuestas á su esposo. Los suizos, esclavos de su palabra, la dejaron pasar; pero apenas habia dejado en tierra al que su piadoso ardid habia salvado, la dió de puñaladas porque no se dijese que un caballero habia debido la vida á una muger.

A pesar de cuantas preguntas hice á mi cicerone, no pude obtener que me contase otra tercera leyenda. Por consiguiente, viendo qué su erudicion se habia agotado, volví á subir á mi carruage; al anochecer y al cabo de un cuarto de hora pasaba por los baños de Schiznach y llegaba á Aarau á tiempo bastante aun para hacerme llevar á su mejor fábrica de cuchillería.

Mucho me habian elogiado este producto de la capital de la Argovia, y vista su reputacion tenia escrúpulo de pasar por medio de una industria tan célebre, sin llevarme una muestra. Asi, aunque mi bolsillo empezaba á estar flaco y no debia recibir dinero hasta Lausana, resolví hacer un sacrificio, convencido de que no volveria á encontrar jamás una ocasion semejante. Compré, pues, por diez francos, un par de navajas encerradas en su estuche, y contento con mi compra, me marché inmediatamente á la posada para probarlas.

Al repasarlas por el cuero para afeitarme, observé que el cuero en la punta tenia una marca, me alegré porque asi pódria designar su fábrica á cuantos amigos fuesen como yo á Suiza y quisiesen aprovechar la ocasion de comprar navajas en Aarau. Ved aqui las señas.

A LA FLOTA.

—

FRANCISCO BERNARD.
Fabricante de Navajas.
Calle de San Denis, número 74.
EN PARIS.

Estas son las mejores navajas que he encontrado jamás.

LA ISLA DE SAN PEDRO.

La humillacion que sentí por haber hecho un viage de mil doscientas leguas para comprar en Aarau navajas de la calle de San Dionisio, hizo que á la mañana siguiente, en cuanto almorcé, saliese de la posada de la Cigüeña, en donde habia parado, y continuase mi viage por Olten, hermoso pueblo del canton de Soleura, situado á orillas del Aar, cuyos habitantes levantaron en otro tiempo un monumento á Tiberio Claudio Neron, *quod viam per Jurassi valles duxit.* Como no existe hoy huella alguna de aquella antigua via romana, no me paré mas que el tiempo necesario para dar un respiro á mi caballo, y llegué á Soleura á las tres de la tarde: me quedaba justamente el tiempo preciso para ir á ver ponerse el sol sobre el Weinssenstein.

Lo que sobre todo me determinó á esta escursion fué, que al contrario de las montañas de los Alpes, el Weinssenstein, que pertenece al Jura, ha llegado á un grado de civilizacion que debe sin duda á su vecindad con la Francia. Para llegar á su cima mas elevada, no hay mas que meterse en una buena carretela, decir marchen, y pagar despues veinte francos, es decir, mas barato aun que si se hace el camino á pie y tomando un guia.

Este modo de viajar me convenia mas, pues me iban faltando las fuerzas; y sentia disminuirse mi simpatía por las montañas. Habia subido á tantas, qne tenia un caos en la cabeza.

Como no habia tenido tiempo para comer en Soleura, pedí á mi huéspeda, la señora Brunet, que me preparase una buena comida Pidióme una hora para hacer una obra maestra gastronómica, asegurándome que si queria aprovechar el tiempo podia subir entretanto á la punta del Rothifflue. Temblé todo al creer que me habian robado abominablemente, que la montaña á que habia subido era una decepcion, y que tenia que trepar, con mis propias piernas, á otra montaña; pero volviendo la cabeza vi por entre las puertas de la cocina un horizonte tan igual y magnífico que me serené un poco. Pregunté entonces que veria mas sobre el Rothifflue que desde el Weinssenstein, me contestaron que los valles del Jura, una parte de la Suiza Septentrional, la Selva Negra, y algunas montañas de los Vosgos y de la Costa de Oro; respondí que cuatro meses hacia que habia visto tantos valles, bosques y montañas que me figuraba lo que podian ser y que me contentaba con el panorama de Weinssenstein. En cambio pregunté si seria posible preparar un baño: madama Brunet me respondió que era la cosa mas fácil del mundo, y que no tenia mas que decir si lo queria de agua ó de leche.

En las disposiciones de sibaritismo en que me hallaba, fácil se adivina que esta última proposicion escitaria mis deseos: desgraciadamente un baño de leche era una voluptuosidad de emperador, que solo podia permitirse á un banquero. Recordé las medidas de leche que cuestan en París quince sueldos, y calculé que para bañar mi cuerpo en tal líquido, se necesitarian mil doscientas ó mil quinientas al menos, que á quince sueldos cada una, no era floja suma. Metí la mano en el bolsillo de mi chaleco y conté una tras otra entre mi pulgar y mi índice, las últimas cinco monedas de oro que me quedaban para llegar á Lausana, y convencido de que no me bastaban, pedí modestamente un baño de agua.

—Haceis mal, me dijo Mad. Brunet, porque el baño de leche no es casi mas caro, y es infinitamente mas saludable.

Tuve entonces miedo que á la altura en que se encontraba el baño solo de agua, mi situacion pecuniaria no me lo permitiese.

—¡Cómo! dije yo vivamente: ¿y cuánta es la diferencia?

—El baño de agua cuesta cinco francos, y el de leche diez.

—¡Cómo! ¿diez francos? esclamé: ¡diez francos por un baño de leche!

—Mirad, caballero, contestó la posadera engañada por mi intencion, en estos momentos son un poco caros, porque las vacas están preñadas; pero en el mes de agosto y de setiembre no cuestan mas que seis.

—Pero Mad. de Brunet, ¡yo no me quejo de su precio! hacedme calentar uno de leche, y pronto.

—¿El caballero quiere tomarlo en su cuarto?

—¿Se puede tambien tomar en el cuarto?

—Como gusteis.

—¿Al comer?

—Sin duda.

—¿Cerca de la ventana?

—Divinamente.

—¿Mirando la puesta del sol?

—Perfectamente.

—¡Y la comida será apetitosa con todo esto! Mad. Brunet, vuestra posada es un paraiso.

—Caballero, yo tomo pensionistas y hago una rebaja sobre el precio, cuando están quince dias.

Desgraciadamente no me era posible aprovechar la económica oferta que me hacia madama Brunet; y me contenté con encargarla la actividad y me subí á mi cuarto. Como no habia mas viajeros que yo, me dieron el mas grande y cómodo, y aunque familiarizado con las mas hermosas vistas de la Suiza, quedé admirado delante de las que veia.

Figuraos un semicírculo de ochenta leguas, terminando á la derecha en la gran cadena de los Alpes, y á la izquierda en un horizonte incomensurable en el cual se encierran tres rios, siete lagos, doce ciudades, cuarenta pueblos y ciento cincuenta y seis montañas, todo esto visto entre vacilaciones de una puesta de sol de otoño, en un baño y por adherente una mesa cubierta de suculentos manjares, se tendrá una idea del panorama de Veinssenstein, visto en el mejor estado posible. En cuanto á mí me pareció magnífico.

Sin embargo, yo no me atrevo á describirlo porque es tal mi respeto por la exactitud y la verdad, que temo la influencia de la comida y del baño.

Dormia yo lo mejor del mundo, cuando entró Francesco en mi cuarto á avisarme, pensando que habiendo yo visto ya la puesta del sol debia ver su salida para hacer la comparacion. Como ya me habia despertado, pensé que lo mejor era conformarme con su parecer.

Pero yo habia tomado en la posada de madama Brunet las costumbres de un sibarita, de manera, que en vez de levantarme, hice arrastrar mi cama hasta la ventana, y no tuve mas trabajo que el de abrir los ojos para gozar del mismo espectáculo que tantas penas y fatigas me habia costado en el Faulhoin y en el Righi. A pesar de mi negligencia, el sol no se hizo aguardar y salió con su regularidad y magnificencia ordinarias, haciendo brillar como volcanes aquella cadena inmensa de neveras que se estiende desde el Montellano hasta el Tirol.

Seguí todos los accidentes de luz en su vuelta como habia seguido todas las variaciones en su partida, y cuando aquella maravillosa linterna mágica comenzó á fatigarme por su misma sublimidad, hice cerrar mi ventana, correr las cortinas, volverme la cama á su sitio y cerrando los ojos, me torné á dormir como bajo la impresion de un sueño.

Despues de una demostracion tan espresiva, nadie osó entrar en mi cuarto; me desperté lentamente al medio dia; habia dormido diez y seis horas menos los cuarenta minutos que empleé mirando la salida del sol.

No tenia tiempo que perder, si queria ver á Soleura con alguna detencion. Al instante hice enganchar, y al cabo de hora y media me apeaba á la puerta de la ciudad.

Tiene la forma de un cuadrado perfecto y la mas bien fortificada de toda la Suiza: hay una torre antigua que los habitantes creen romana, y que me parece del siglo VII ú VIII. Al principio estaba sola como lo indica su nombre Solothum, pero poco á poco se agruparon casas en su derredor, y protegidas por ella, formaron una ciudad que tiene de notable el contarlo todo por oncenas· tiene once calles, once fuentes, once iglesias, once canónigos, once capellanes, once campanas, once bombas, once compañías de milicia y once consejeros municipales.

Seleura posee el arsenal mejor organizado de toda la Suiza: la primera sala contiene un parque de artillería de treinta y seis cañones, y hay en ella tres columnas cargadas de trofeos: en la primera columna se ven los despojos de Morat, hay una bandera del duque de Borgoña y un estandarte de los caballeros de San Jorge; la segunda es una memoria de la batalla de Dornach, que se reconoce por las dobles cabezas de las águilas austriacas: en la tercera se conservan dos banderas cogidas en la batalla de Santiago al rey de Francia Luis XI.

La segunda sala es de los fusiles, y cuando yo la visité contenia seiscientos perfectamente conservados y preparados para distribuirse en caso de necesidad.

La tercera sala es de las armaduras: dos mil armaduras completas de los siglos XV, XVI y XVII esparcidas sin órden ni armonía. En medio del arsenal hay una mesa oval, á su alrededor hay trece guerreros que figuran los trece cantones.

Los suizos para revestir á los maniquies que los representan han escogido trece armaduras colosales que parecen haber pertenecido á una raza de titanes. Esto me recordó á Alejandro que hizo enterrar con su nombre y la olimpiada de su reinado, bocados de caballo de un tamaño estraordinario á fin de que la posteridad midiese la talla de sus guerreros por el de las monturas.

Al salir del arsenal nos fuimos al cementerio Schozcoil que encierra el sepulcro de Kosciusko. Es un monumento en forma de cuadrilongo, y lleva este epitafio.

VISCERA
THADEI KOSCIUSKO.
DEPOSITA DIE XVII OCTOBRIS.
M-DCCC-XVIII.

Como la ciudad no tiene mas curiosidades, y yo podia hacer mi camino de noche,

gracias al sueño que eché en Weinssentein, mandé enganchar el carruage y llegué á Bienne á la una de la mañana. Mientras Francesco llamaba á la puerta de la fonda de la Cruz Blanca examinaba yo á la luz de la luna una hermosa fuente que hay en la plaza: en ella se ve un grupo, que data al parecer del siglo VI y representa el ángel de la Guarda llevando en sus brazos á un corderito que Satanás quiere quitarle. La alegoría del alma entre el buen principio y el malo está tan bien representada que seria difícil buscar otra.

En 1826 se hizo una escavacion junto á aquella fuente para hacer un estanque y se halló una gran cantidad de medallas romanas, de las cuales parte fué llevada á las casas consistoriales, y parte desapareció con otras muchas monedas francesas que se encontraron. El fondista fué quien me dió estos detalles en mi idioma materno, quien ya empezaba á fastidiarme, pues en Bienne todo el mundo habla en francés cuando en Soleura hay apenas diez personas que lo entiendan.

El dia siguiente por la mañana estaban ya prevenidos mis barqueros en la punta que se avanza entre Nidau y Vingel. Desde el mismo lugar en donde nos embarcábamos se ve todo el panorama del pequeño lago de Bienne, uno de los mas hermosos de la Suiza, célebre entre los viageros modernos, por la mansion que hizo en su isla de San Pedro el célebre Rousseau. Vese de lejos esta isleta, que se presenta como la de los Cipreses en Ermenonville, con la sola diferencia de que en Ermenonville los cipreses son mas grandes que la isla, y en San Pedro la isla es un poco mas grande que los cipreses. Por lo demas, para mayor precaucion, está rodeada de un malecon de piedra, á fin de que una corriente del lago no se la lleve á la orilla, como la casa flotante de Latona.

Impelidos por el viento nordeste volábamos en nuestro barquichuelo, mirando en el cristal de las aguas la cadena del Jura cubierta de pinos en sus cumbres, de encinas y hayas al acercarse á sus faldas, y llenas de viñas entre las cuales se ven algunas casas. Al Medio-dia se estendia una cadena de colinitas sin nombre, detrás de las cuales se ocultan Berna y Morat, y encima de las cuales miran como gigantes los nevados picos de los grandes Alpes: en fin, hácia Poniente, descansa la umbrosa y pequeña isla de San Pedro, silenciosa y tranquila, detrás de la cual se halla la villa de Cerlier construida á manera de anfiteatro, cuyas casas parecen encaramarse por la cuesta de Jolibon, para ir á sentarse en su esplanada.

Pocos años pasan sin que el lago de Bienne se hiele, y esta circunstancia ha dado lugar á una costumbre cuyo origen no he podido saber.

El cobrador de la isla de San Pedro, que pertenece al hospital de Berna, entrega un celemin de nueces al primero que pasa sobre el hielo de la orilla á la isla. Ordinariamente es un habitante de Glaris, el que gana el premio; pero raro es el año en que no hay que lamentar la muerte de algun temerario que, queriendo pasar antes de tiempo, no le sufre la capa del hielo demasiado endeble todavía, y se sumerge para no parecer hasta que el lago se deshiela: y esto por un celemin de nueces, que vale ocho batz, y ocho batz viene á ser poco mas de un franco, ó cuatro reales.

Llegamos á la isla de San Pedro despues de una hora de habernos embarcado; atravesamos un espeso bosque de encinas, dejamos á la izquierda un pequeño pabellon y entramos en la posada en donde está el cuarto de Rousseau, que mas por especulacion que por veneracion se conserva en el mismo estado que cuando él lo habitaba.

Es un aposento cuadrado, que recibe su luz por una ventana que da sobre el lago, desde la cual alcanza la vista hasta los Alpes. Tiene trece sillas de paja, dos mesas, una cómoda, una cama de madera igual á la de las mesas y de las sillas, un pupitre pintado de blanco y una estufa, que forma todo el mueblage. Tiene ademas una abertura por la cual se baja á las habitaciones inferiores por medio de una escala de madera, y en caso de necesidad puede servir de escalera escusada.

En cuanto á las paredes están llenas de nombres de admiradores de *El Contrato Social*, de *El Emilio*, y de *La nueva Eloisa*, que acuden allí de todas partes del mundo. Es una hermosa coleccion de firmas á las cuales no falta mas que una y es la de Rousseau.

UN ZORRO Y UN LEON.

Como basta una media hora para visitar en todos sus detalles la isla de Bienne y yo habia tomado mis barqueros por todo un dia, me hice llevar, por medida de economía, hasta Cerlier á donde llegamos al medio dia: nos pusimos inmediatamente en camino para Neuchatel, que descubrimos al cabo de tres horas de marcha saliendo de Saint-Blaise (San Blas).

La villa mirada por aquel lado, ofrece un punto de vista bastante pintoresco, que debe al viejo castillo construido hace unos trece ó catorce siglos, de el cual ha tomado el nombre de Castillo Nuevo una especie de lengua de tierra que se adelanta en el lago, llena de fábricas y de los jardines que rodean las casas, dando á cada una de ellas el aspecto de una quinta. Una sola cosa perjudica al carácter del

paisage, y es el color amarillento de las piedras con que están construidas las paredes y que da á la villa la apariencia de un inmenso juguete, modelado sobre manteca.

Entramos en Neuchatel, por una puerta de barricadas: data de la revolucion de 1831. Esta revolucion, dirigida por un hombre de gran valor llamado Bourquen, habia tenido por objeto sustraer la ciudad al principado de la Prusia, y reunirla enteramente á la Confederacion suiza.

Verdad es que la posicion de Neuchatel, es una de las mas estrañas, dependiente á la vez de una república y de una monarquía; enviando dos diputados á la dieta helvética, pagando una contribucion á Federico Guillermo; teniendo su nobleza y su pueblo que dependen de ella y que son realistas, y su gobierno popular, y sus paisanos que no dependen mas que de sí mismos y que son republicanos.

En el momento que llegué á Neuchatel se ventilaba todavía el proceso de la propiedad: los neuchateleses ignorando lo que eran esperaban de dia en dia la decision que habia de convertirlos en suizos ó en prusianos: entretanto los odios fermentaban, y la guarnicion del castillo, del cual habian los insurgentes destrozado la corona y las patas al águila que habia sobre la puerta, y que llevaba en su pecho el escudo federativo, no osaba bajar á la poblacion, y por la tarde se cantaban en alta voz por las calles canciones sediciosas. Estas canciones eran una verdadera provocacion á las armas. El momento era poco favorable para recoger las leyendas ó tradiciones; todos los recuerdos habian venido á fundirse en el de la revolucion; y los únicos héroes de Neuchatel eran en aquella época algunas pobres gentes, prisioneros en Prusia, cuyos nombres localmente célebres, no habian salido de las murallas de la ciudad por la cual se habian comprometido. Asi es que, solo permaneci una noche en Neuchatel; ademas al otro estremo del lago me esperaba Grandson con sus héroes, recuerdos de los siglos XIV y XV.

Hemos contado ya anteriormente como Othon de Grandson, cuyo mausoleo se conserva en la iglesia de Lausana, fué muerto en el palenque de Bourg-en-Brusse, por Gerardo de Estavayer, que le hirió y cortó en seguida vivo todavía ambas manos, segun las condiciones del combate; al presente nos falta contar como el noble duque Cárlos de Borgoña fué vergonzosamente batido y destrozado por los buenos habitantes de los cantones.

Se debatia en Francia á fines del siglo XV una grande cuestion; la de la monarquía y del feudalismo; ciertamente examinando desde luego los campeones que representaban los dos principios, el éxito parecia poco dudoso y los profetas superficiales hubiesen creido poder vaticinar anticipadamente de qué parte estaria la victoria. El hombre de la monarquía era un anciano llevando encorvada la cabeza mas por el cansancio que por la edad, habitando un fuerte castillo situado lejos de su capital, no teniendo en derredor de sí mas que una pequeña guardia de arqueros escoceses, un barbero á quien habia hecho su ministro, un gran preboste á quien habia hecho su ejecutor, y dos criados á quienes habia hecho sus verdugos. Tenia todavía cerca de sí, químicos, y médicos italianos y españoles que pasaban su vida en laboratorios subterráneos. Allí preparaban brevajes estraños y desconocidos; de tiempo en tiempo eran llamados por el rey que encontraban arrodillado delante de la imágen de algun santo ó de alguna vírgen. El rey y el químico hablaban en voz baja al pie del altar, de cosas religiosas y santas sin duda, porque su plática era interrumpida frecuentemente por las señales de cruz, oraciones y votos: poco tiempo despues de esta misteriosa conferencia, se oia decir que algun príncipe rebelde al rey que se aprestaba á hacer á la Francia una cruda guerra, habia muerto súbitamente en el momento en que reunia á sus soldados: ó que alguna viuda de un gran baron cuyo embarazo si era bendecido por Dios, debia perpetuar la raza y poderio de una gran casa feudal, habia parido antes de tiempo un niño muerto. Inmediatamente el rey, para quien todo caminaba asi en prosperidad, emprendia una peregrinacion en accion de gracias, ora al monte San Miguel, ora á la cruz de San Laud, ora á Nuestra Señora de Embrum; y se le veia entonces salir de su guarida cubierta su cabeza con un gorro de fieltro guarnecido de imágenes de plomo, vestido con gaban de paño raido, envuelto en una capa vieja forrada de pieles y armado solamente de una corta y ligera espada; parecia al último de sus vasallos, y el pueblo le llamaba el zorro de Plessis-les-Tours.

El hombre, del feudalismo, al contrario, era un capitan en la fuerza de la edad, llevando la cabeza altiva y arrogante cubierta con un casco coronado; morando en magníficos palacios ó suntuosas tiendas, rodeado siempre de príncipes y duques, recibiendo cual un emperador á los enviados de Aragon y de Bretaña, los embajadores de Venecia y el nuncio del papa; administrando alta y públicamente justicia ó venganza, é hiriendo en pleno dia con el hacha ó el puñal. Su preocupacion era resucitar en provecho propio el antiguo reino de Borgoña, que llamaba la córte dorada. Tenia en propiedad el Macones, el Charolés y el Auxerés; contaba forzar al rey Renato á abdicar en su favor el ducado de Anjou y de Arlés; habia conquistado la Lorena, poseia en prenda el pais de Ferrete y una parte de la Alsacia; habia comprado por trescientos mil florines el ducado de Gueldres, codiciaba el ducado de Luxemburgo; tenia preparados y espuestos en la iglesia de San Maximiano el cetro y la corona, el manto y la

bandera; el que debia consagrarle estaba elegido, y era Jorge de Baden obispo de Metz. El emperador Federico III le habia dado palabra de nombrarle su vicario general, y él en cambio le habia prometido á su hija Maria para Maximiliano su hijo. En fin, estendia sus brazos para tocar con una mano el Océano y con la otra el Mediterráneo, y todas las veces que se mostraba á sus futuros súbditos y recorria su venidero reino, era en un caballo de batalla, cuya montura habia costado el valor de un reino, ó bajo un palio de oro, humildemente llevado por cuatro señores; y entonces los pueblos que le miraban pasar con tanta magnificencia pensaban temblando en su fuerza, en su cólera y poderío, y abrian paso diciendo: ¡desgraciadas de nuestras ciudades! ¡desgraciados de nosotros! porque viene el leon de Borgoña.

Aquellos dos hombres que se encontraban cara á cara uno de otro, preparados á luchar, eran Luis el Astuto, y Cárlos el Temerario.

Ved cuál era la posicion del rey de Francia.

Acababa de firmar un tratado con el duque de Bretaña, aliado incierto en cuya amistad no se mantenia sino á fuerza de oro y de promesas; acababa de renovar las treguas con el rey de Aragon: habia hecho asesinar al conde de Armagnac, que trataba de introducir á los ingleses en Francia, hecho abortar á la condesa que estaba en cinta, y apoderándose del condado. Habia envenenado al duque de Guiena y reunido su ducado á la corona; habia puesto en juicio al duque de Alenzon y confiscado sus señoríos; habia hecho ajusticiar al condestable de Saint-Pol y abolido su empleo; habia hecho sitiar al duque de Nemours en Carlat; en fin, acababa de casar á su hija Juana con Luis, duque de Orleans, y su hija Ana con Pedro de Borbon, señor de Beaujeu. En aquel momento, es decir, á fines del año 1475, se ocupaba en reconciliar al archiduque Sigismundo con los suizos, habia hecho á ofrecer al uno el dinero necesario para volver á comprar su ducado, y prometiendo á los otros que los tomaria á sueldo. Enviaba una embajada al rey Renato para reproducir las antiguas pretensiones que tenia á título de acreedor y de heredero por su madre sobre los señoríos y dominios de la casa de Anjou, y los nuevos derechos que madama Margarita, reina de Inglaterra á quien acababa de libertar por la paz de Pecquigni, habia añadido aun por la cesion entera que habia otorgado de todas sus herencias en la sucesion del rey Renato. Luego aplacadas todas las turbulencias hácia Occidente y Medio dia, y tendidas todas sus redes por Oriente y Norte, pretestó como siempre una peregrinacion, escogió el santuario de Nuestra Señora del Puy en Velay, célebre por una imágen de la Virgen esculpida en madera de sethin por el profeta Jeremías, y el 19 de febrero de 1476, salió de Plessis-les-Tours con esta santa intencion; pero habiendo recibido noticias estraordinarias se detuvo en Lion.

La araña se hallaba en el centro de su tela.

Ved ahora cual era la posicion del duque de Borgoña.

Acababa de concluir un tratado de alianza con el emperador, se habia apoderado de Lorena, habia hecho su entrada en Nancy llevando á su derecha al duque de Tarento, hijo del rey de Nápoles, á su izquierda al duque de Cleves, y en su comitiva al conde Antonio gran bastardo de Borgoña, á los condes de Nassau, de Marle, de Chimay y de Campo Basso. Contaba entre sus generales á Jaime, conde de Romont, tio del jóven duque reinante en Saboya, y entre sus afiliados á Luis, obispo de Ginebra; habia contraido alianza con el duque de Milan, á cuyo hijo habia prometido su hija, ofrecida ya en matrimonio al duque de Calabria y al archiduque Maximiliano. Acababa de obtener del rey Renato la palabra de nombrarle su heredero; en fin, disponiendo del pais de Ferrete, que le habia cedido en prenda el duque Sigismundo, habia enviado de gobernador allí á Pedro de Hagembach, hombre de gran valor en la guerra; pero violento, lujurioso y cruel; por lo demas cortesano de la ambicion del duque y uno de sus decididos y mas fieles amigos. Todo le parecia, pues, preparado maravillosamente para hacer la guerra al rey de Francia, cuando las mismas noticias que habian detenido á Luis en Lion detuvieron á Cárlos en Nancy.

Como hemos dicho, Pedro de Hagembach habia sido enviado de gobernador al pais de Ferrete. Habia entrado insolentemente, seguido de su ejército y precedido de ochenta hombres de armas, llevando sus libreas blancas y grises, con dardos bordados de plata, y estas dos palabras. *Yo paso.* Una de las principales condiciones del empeño del pais de Ferrete era la de conservar ilesos á los habitantes las libertades de los pueblos: la primera cosa que hizo este gobernador en desprecio de este convenio, fué imponer una contribucion por cada jarro de vino que se bebiese. Prohibió la caza á los nobles, prerogativa inenagenable, pues que eran libres poseedores de sus haciendas. Dió bailes en que sus soldados se apoderaron de los maridos, y rasgaron los vestidos de las mugeres hasta que estuvieron desnudas; robó de las casas paternas las jóvenes que no eran nubiles todavía; forzó los conventos y entregó á sus soldados como botin de guerra á las esposas del Señor. Se habia apoderado del castillo de Ortemburgo y de todo el valle de Viller que pertenecia á los strasburgeses. Habia hecho correrías por los principados de los señores de Alsacia, de las orillas del Rhin, y en los obispados de los prelados de Spira y de Basilea; habia apresado y exigido rescate al burgomaestre de Schaffausen; habia plantado el es-

tandarte de Borgoña en el señorío de Schnekelberg que pertenecia á los habitantes de Berna, y cuando estos habian reclamado contra aquella violacion de los pactos, respondió, que sino callaban iria á Berna á desollar sus osos, para forrar con sus pieles sus vestidos; en fin, uno de los tenientes, el señor de Haendorf, habia hecho prisionero un convoy de mercaderes suizos que iban con sus telas á la feria de Francfort, y los habia conducido al castillo de Schutern.

Tan graves y tan tempestuosos insultos no podian durar: los habitantes de Tharn reclamaron contra el impuesto y enviaron una embajada de treinta ciudadanos al gobernador. El gobernador los mandó prender por los soldados, y dió órden de cortarles la cabeza. Cuatro habian sufrido ya este suplicio, cuando en el momento en que el verdugo levantaba la espada sobre el quinto, su muger dió tales gritos, que conmovió vivamente á los espectadores; estos se arrojaron sobre el cadalso, mataron al verdugo con su propia espada, y pusieron en libertad á los veinte y seis ciudadanos que quedaban por ejecutar.

Por su parte los habitantes de Strasburgo habian sabido que un convoy de mercaderes que iban á su ciudad habia sido apresado en su territorio, y saqueado, y los mercaderes llevados al castillo de Schutern: esto aumentó el rencor que les causaba la toma de Ortemburgo y de Val-de-Viller, esta última violacion redobló de todo punto su furor. Reuniéronse y se armaron cayendo de improviso sobre la fortaleza de que Hagembach habia hecho una prision, libraron á los mercaderes suizos, y los condujeron en triunfo, despues de haber arrasado el castillo del Guessler borgoñés.

En medio de aquella efervescencia y de aquellos recientes odios, sucedió que Pedro de Hagembach olvidó pagar á un capitan que tenia á su sueldo con doscientos hombres de su nacion. Este, que se llamaba Federico Woegelin, oficial de sastre en su principio, hombre de poca estatura y débil apariencia, subió á la casa del gobernador para reclamar lo que se debia á él y á sus gentes. Hagembach al escuchar aquella provocacion á la sedicion, se precipitó en la calle con espada en mano, para matar al insolente que osara resistirle. El capitan bajó á la calle tambien, y mandó al tambor tocar á rebato. Los soldados alemanes presentaron al gobernador sus largas picas, los ciudadanos se armaron con hachas y hoces y las mugeres con chuzos y horquillas: Hagembach abandonado de los pocos soldados que le habian seguido, se refugió dentro de una casa. Woegelin le persiguió, le hizo prisionero y le puso en manos del burgomaestre. El mismo dia los lombardos y flamencos que componian la guarnicion, viendo que el gobernador estaba preso y que la sedicion era general, faltándoles gefes para defenderse entraron en tratos y pidieron retirarse salvando sus vidas. Esta demanda fué concedida. En seguida los habitantes de Strasburgo volvieron á tomar otra vez posesion del castillo de Ortemburgo y de Val-de-Viller.

El duque Sigismundo, sabedor de estas noticias, aceptó el dinero que en nombre del rey de Francia le ofrecian los pueblos de Strasburgo y de Basilea; hizo intimar al duque Cárlos que tenia aquel reembolso á su disposicion, y sin aguardar contestacion envió á Herman de Eptingen con doscientos caballos á tomar posesion de sus dominios. El nuevo landvogt fué recibido con júbilo, y todo el pais volvió en seguida al dominio de su antiguo señor. Todos estos acontecimientos se verificaron hácia la pascua, de modo, que los habitantes celebraron en una sola fiesta la libertad de su pais y la Resurreccion de Nuestro Señor.

Entretanto la primera causa de todo aquel desórden, Pedro de Hagembach, habia sido trasladado de la casa del burgomaestre á una torre. Apenas fué conocida esta prision, se alzó de todos los pueblos un grito universal, demandando justicia á una voz. El archiduque la prometió, y para que fuese bien arreglada, decidió que se reuniesen en Briach, donde debia instruirse el proceso, jueces graves y prudentes enviados de Strasburgo, de Colmar y de Schlestadt, de Friburgo, de Basilea, de Berna y de Soleura, y que á estos jueces que representaban la clase popular, se agregasen diez y seis caballeros para representar la nobleza.

La noticia de este juicio cundió; y los pueblos que hemos nombrado enviaron no solo dos jueces para juzgar sino una parte de su poblacion para presenciarlo. Desde su calabozo, situado bajo las bóvedas de la puerta, el prisionero les oia pasar y preguntaba quiénes eran aquellos hombres. El carcelero respondia que eran gentes mal vestidas, de alta estatura y aspecto poderoso, montados en caballos de orejas cortas, y á estas palabras esclamaba Hagembach: ¡Dios mio, son los suizos que he maltratado tanto! ¡Dios mio, tened compasion de mí!

El dia 4 de mayo fueron á buscarle, para darle tormento: lo sufrió como hombre fuerte y valiente que era; sin decir otra cosa sino que habia hecho cumplir las órdenes que habia recibido, y que su solo juez, su soberano, era el duque Cárlos de Borgoña, y no reconocia otro.

Terminado el tormento, el acusado fué llevado á la sala en que sus jueces se hallaban sentados con el acusador y el abogado; fué preguntado por los jueces y respondió como lo habia hecho á sus atormentadores: entonces el acusador se levantó y pidió su muerte. El abogado respondió defendiendo su vida. Oidos el interrogatorio, la acusacion y la defensa, se lo llevaron de nuevo, y los jueces permanecieron doce horas en deliberacion. En fin á las siete de la tarde los jueces le mandaron

llamar, y en la plaza pública, en medio de un auditorio de treinta mil personas, bajo la bóveda del cielo y á la vista de Dios, el tribunal pronunció la sentencia que condenaba á Pedro de Hagembach á la pena de muerte.

El condenado oyó su sentencia con rostro impasible, y la única gracia que demandó, fué que le cortáran la cabeza. Presentáronse entonces ocho ejecutores, porque las ciudades no solo habian enviado espectadores y jueces sino tambien verdugos. El tribunal no tuvo que hacer mas que elegir. Fué el preferido el verdugo de Colmar, como mas diestro.

Entonces se levantaron á su vez los diez y seis caballeros, y el mas anciano é intachable de todos pidió en nombre y por el honor de la órden, que monseñor Pedro de Hagembach, fuese degradado de su dignidad y de sus honores.

Inmediatamente Gaspar Heuter, heraldo del imperio, se adelantó hasta la barandilla del tribunal y gritó:

«Pedro de Hagembach, me pesa en gran manera que hayais empleado mal vuestra vida mortal, de modo que os es preciso, por el honor de la órden, que perdais hoy la dignidad de caballero, porque vuestro deber era hacer justicia, porque habiais jurado amparar á la viuda y al huérfano, porque os habiais comprometido á respetar á las mugeres y doncellas y honrar á los santos sacerdotes, y todo al contrario, con dolor de Dios y para perdicion de vuestra alma, habeis cometido todos los crímenes que debiais impedir ó al menos castigar. Habiendo asi faltado á la noble órden de la caballería y á los juramentos hechos, los señores aqui presentes me han encargado quitaros vuestras insignias; pero no viéndooslas en este momento, me contentaré con proclamaros indigno caballero de San Jorge, en cuyo nombre recibisteis el abrazo, y fuisteis honrado con la espada.»

Despues de un momento de silencio, Hermann de Eptinge, gobernador por el archiduque, se acercó á su vez al reo, y le dijo:

«En virtud de la sentencia que acaba de degradarte de la caballería, te arranco tu collar, tu cadena de oro, tu anillo, tu puñal y tu guante, te rompo las espuelas y te abofeteo en el rostro como á un infame.» A estas palabras le dió un bofeton, y volviéndose al tribunal y al auditorio: «Caballeros, continuó, y vosotros todos los que deseais serlo, guardad en vuestra memoria este público castigo, que os sirva de ejemplo, y vivid noble y valientemente en el temor de Dios, en la dignidad de la caballería y en el honor de vuestro nombre.»

Volvióse entonces Hermann á su tio: se levantó Tomas Schutz, preboste de Einsisheim y dirigiéndose al verdugo:

—Ese hombre, le dijo, es vuestro, haced de él justicia.

Dichas estas palabras, montaron á caballo los jueces y los caballeros, y el pueblo les siguió. A la cabeza de toda aquella escolta caminaba á pie y entre dos sacerdotes Pedro de Hagembach. Se dirigia á la muerte como soldado y como cristiano, con rostro sosegado y corazon piadoso. Llegado al sitio donde debia verificarse la ejecucion (este sitio era una gran pradera á las puertas de la ciudad) subió con firme paso al cadalso, hizo señal al verdugo de que aguardase que se hubiese colocado bien para ver, despues levantó la voz y dijo: «Lo que me duele no es, no, mi cuerpo que va á morir, ni mi sangre que va á correr; lo que siento son las desgracias que causará mi muerte, porque conozco á monseñor de Borgoña y no dejará este dia sin venganza. En cuanto á vosotros, de quien he sido gobernador durante cuatro años, olvidad lo que he podido haceros padecer por falta de prudencia ó por malicia, acordaos únicamente que era hombre, y encomendadme á Dios....»

Entonces besó el crucifijo que le presentó el sacerdote, y tendió al verdugo su cabeza que cayó de un solo golpe.

Hecha esta ejecucion, el archiduque Sigismundo, el margrave de Baden, las ciudades de Strasburgo, de Colmar, de Haguenann, de Schelestadt, de Milhausen y de Baden entraron en negociaciones con las ligas suizas y reuniéndose contra el comun peligro firmaron una alianza por diez años.

Despues los señores del imperio, atravesando como aliados aquella Suiza, de quien habian sido ciento cincuenta años enemigos, cabalgaron hasta Zurich, se embarcaron en el lago, y en medio del inmenso concurso que acudia de las ciudades y bajaba de las montañas, fueron piadosamente á cumplir sus devociones á Ensielden al convento de Nuestra Señora de las Ermitas.

Estas fueron las noticias que supieron el duque de Borgoña en Nancy, y el rey Luis en Lion; fueron llevadas al primero por Estéban de Hagembach, que iba á demandarle venganza por su hermano, y al segundo por Nicolás de Diezbach, que iba á pedirle socorro en nombre de las ligas.

TOMA DEL CASTILLO DE GRANDSON.

El rey de Francia se apresuró á concluir un tratado con los suizos comprometiéndose á darles socorro y ayuda en sus guerras contra el duque de Borgoña y á hacerles pagar en su ciudad de Lion veinte mil libras al año; ellos

por su parte ponian á su disposicion cierto contingente de soldados.

Casi al mismo tiempo que á Luis de Francia enviaron los suizos una embajada á Cárlos de Borgoña; pero este, al contrario del rey, les recibió muy mal, y les declaró que se preparasen á recibirle, pues iba á hacerles la guerra con todo su poder. A esta amenaza se inclinó respetuosamente el mas anciano de los embajadores y dijo al duque: —«Nada teneis que ganar contra nosotros, monseñor, nuestro pais es árido, pobre y estéril; los prisioneros que nos hagais no tendrán con que pagar ricos rescates, y hay mas oro y plata en vuestras espuelas y en las bridas de vuestros caballos, que el que hallareis en toda la Suiza.»

Pero el duque habia tomado su resolucion, y el 11 de enero dejó á Nancy para ponerse á la cabeza de su ejército. Aquello era una asamblea real cuyo poder hubiera hecho temblar al soberano de Europa que hubiese querido hacer la guerra. Habiase llevado consigo treinta mil hombres de la Lorena; el conde de Romont se le habia reunido con cuatro mil saboyardos, y seis mil soldados llegados del Piamonte y del Milanesado; le aguardaban en las fronteras de la Suiza, ademas otros de diversas lenguas y comarcas, formando entre todos, segun dice Comines, cincuenta mil hombres, y quizá mas. Tenia á sus órdenes al hijo del rey de Nápoles, á Felipe de Baden, al conde de Romont, al duque de Cleves, al conde de Marle, y al señor de Chateau-Guyon: los equipages que tras sí llevaba recordaban por su magnificencia los de los antiguos reyes asiáticos que como él iban á aniquilar á los espartanos, aquellos suizos del antiguo mundo.

Lo mas notable de aquellos, era la capilla y la tienda, siendo de oro todos los vasos sagrados de la primera, que contenia ademas los doce apóstoles de plata, una caja de San Andrés de cristal, un magnífico rosario del buen duque Felipe, un devocionario cuajado de pedreria, y una custodia de maravilloso trabajo y de una incalculable riqueza.

En fin, la tienda estaba adornada con su escudo de armas formado de un mosáico de perlas, zafiros y rubíes, vestida de terciopelo encarnado enlazado con una yedra cuyas hojas eran de oro, y el tronco de perlas, y recibia la luz por unos vidrios de colores sujetos con varillas de oro. En esta tienda guardaba sus armaduras, sus espadas y puñales; cuyos puños deslumbraban con los zafiros, rubíes y esmeraldas, sus lanzas de punta de oro, y astas de marfil y ébano, toda su vajilla y alhajas, su sello que pesaba dos marcos, su collar del toison, su retrato y el de su padre. En esta misma tienda recibia por las mañanas á los embajadores de los reyes, colocado sobre un trono de oro macizo y por la noche recostado sobre una piel de leon, oia leer la historia de Alejandro, en un magnífico manuscrito, en el cual habia sustituido su retrato y el de los señores de su córte, al del vencedor de Porus y de los capitanes que despues de su muerte debian partir entre sí su imperio. Sin embargo, su héroe predilecto era Anibal, y si no habia encerrado, decia él, á Tito Livio, en una cajita de oro, como hizo Alejandro con Homero, era porque encerraba á Tito Livio, entero en su corazon que era el mas noble tabernáculo que se podia encontrar en la cristiandad.

Al rededor de la capilla y del pabellon real, cuyo servicio daban lacayos, pages y arqueros, con trages resplandecientes de oro, se levantaban cuatrocientas tiendas en que se alojaban todos los señores de su córte y toda la servidumbre de su casa. Luego venian los soldados, que precisados á acampar y siendo tantos en número, incendiaban las aldeas para calentarse; porque lo hemos dicho, la estacion era aun muy cruda: despues, en fin, y para las necesidades de los placeres de aquella multitud, seguian en número de seis mil los vendedores de comestibles de vino é hipocrás y las muchachas de alegres amores. El ruido de tal muchedumbre que resonaba en los valles del Jura, se estendió muy pronto hasta las montañas de los Alpes. El anciano conde de Neuchatel, el margrave Rodolfo, cuyo hijo Felipe de Baden estaba en el ejército del duque, y era aliado de los suizos, vió desde las alturas del Hasenmatt y del Rotheflue adelantarse todo aquel poder

Juntó al momento quinientos vasallos suyos, puso guarniciones en los castillos que dominaban los desfiladeros, entregó su ciudad de Neuchatel en manos de los confederados, y se fué á Berna donde los confederados habian establecido el centro de sus operaciones. A las noticias que trajo conocieron los de Berna que no habia tiempo que perder, y escribieron al momento á sus confederados de las ligas suizas y á sus nuevos aliados de Alemania para pedirles socorro y proteccion. «Pensad, decian á los últimos, que hablamos el mismo lenguaje, que formamos parte del mismo imperio; porque combatiendo por nuestra independencia no nos creemos separados del emperador: además en este momento nuestra causa es comun; se trata de preservar á la Alemania y al imperio de ese hombre cuyo espíritu no conoce descanso ni límites sus deseos. Vencidos nosotros, tratará de poneros á vosotros bajo su dominio. Enviadnos, pues, ginetes, arcabuceros, arqueros, pólvora, cañones y culebrinas, á fin de que podamos librarnos de ella. Ademas tenemos buena esperanza de que el negocio no será largo y de que concluirá bien.»

Escritas estas cartas, Nicolás de Scharnachtal, magistrado de Berna, fué á situarse en Morat con ocho mil hombres: era todo lo que los suizos habian podido juntar hasta entonces.

Entretanto el conde de Romont habia pe-

netrado en las tierras de la confederacion por Jouga, que habian dejado los suizos indefenso: despues inmediatamente habia marchado sobre Orle, del que tambien se retiraron los suizos voluntariamente y delante de él: por último habia llegado á la vista de Iverdum, y puesto sitio á esta ciudad situada al estremo Sud-oeste de Neuchatel, y se preparaba á dar el asalto al dia siguiente, cuando durante la noche introdujeron un fraile de San Francisco en su tienda: venia en nombre del partido borgoñon y en el de los habitantes de Iverdum, que sentian haber pasado al dominio suizo, á ofrecer al conde el medio de penetrar en la ciudad. Este medio era fácil de hacerlo comprender y mas fácil aun de ejecutar: dos casas borgoñonas estaban contiguas á las murallas, sus solares estaban pegados á los muros, y no habia mas que hacer un agujero é introducir por él á la gente del conde de Romont.

Fué adoptada la proposicion ofrecida: en la noche del 12 al 13 de enero, en el momento en que la guarnicion, á escepcion de los centinelas y demas que estaban de guardia, dormian el primer sueño, fueron introducidos en la ciudad los soldados del conde de Romont, y se derramaron al momento por las calles gritando, ¡Borgoña! ¡Borgoña! ¡la ciudad esta tomada! A los gritos y al sonido de las trompetas que los acompañaban, la ciudad se llenó de tumulto; los suizos salieron médio desnudos de las casas: los borgoñones, quisieron entrar en ellas; y se batieron en las calles, en los umbrales de las puertas y en el interior de las habitaciones. En fin, gracias á la palabra de órden de noche de la plaza, repetida en alta voz en una lengua que sus enemigos no comprendian, lograron los suizos reunirse en la plaza, y desde alli bajo el mando de Hamsen Schurjof, de Lucerna, se abrieron paso por medio de los borgoñones con ayuda de sus largas picas, é hicieron su retirada hasta el castillo, donde los recibió Hans Muller de Berna, que mandaba en él.

El conde de Romont los seguia á un tiro de distancia: comenzó el sitio del castillo, en el que no debia tardar en introducirse el hambre, pues ademas de lo mal provisto que estaba, habia faltado tiempo para traer viveres: los soldados y el nuevo refuerzo de guarnicion que acababa de entrar debian apurar pronto los pocos que habia. Sin embargo, no desmayaron los suizos. Demolieron los edificios que no eran estrictamente necesarios, trasladaron sus escombros á las murallas, y cuando el conde de Romont quiso intentar el asalto, hicieron llover sobre sus soldados el granizo mortífero que Dios habia enviado á los amorreos. Entonces viendo el conde de Romont la imposibilidad de escalar las murallas, hizo cegar los fosos con paja, zarzas y pinos enteros, y despues que hubo rodeado la fortaleza de materias combustibles mandó ponerlas fuego, y en menos de media hora la fortaleza se vió con un cinturon de llamas sobre las cuales levantaban apenas sus cabezas las torres mas altas.

Los mismos borgoñones miraban aquel espectáculo con cierto terror, cuando se abrió una de las puertas, se bajó el puente levadizo en medio de las llamas, como un puente sobre el Tártaro, y la guarnicion toda entera cayó sobre los espectadores, que mal preparados para aquella salida, echaron á huir desordenados, arrastrando consigo al conde de Romont herido. Entonces, sin perder tiempo, una parte de los sitiados apagó el incendio, mientras los otros se esparcian por el pueblo, entraban en las casas, recogian apresuradamente los víveres de sus enemigos y regresaban á la ciudadela con cinco cañones y tres carros de pólvora.

Al otro dia, los borgoñones mal recobrados aun de aquella sorpresa, oyeron á los sitiados dar grandes gritos de alegría, y al mismo tiempo vieron llegar por el camino de Morat un refuerzo de hombres, que Nicolás de Scharnachtal enviaba para socorrer á la guarnicion. Tomaron á aquellos hombres por la vanguardia del ejército confederado, y temiendo verse envueltos entre dos fuegos, abandonaron á Iverdum. Sus habitantes, que eran borgoñones de corazon, siguieron al ejército. La noche siguiente fué entregada la ciudad á las llamas, y al resplandor de aquel inmenso incendio, los suizos con su artillería, banderas desplegadas y trompetas á la cabeza, se retiraron al castillo de Grandson, que se habia convenido en defender hasta el último estremo.

Apenas se habian encerrado alli, cuando llegó todo el ejército del duque: habia salido de Besanzon el 6 de febrero, habia llegado á Orbe el 11 y permanecido alli muchos dias, y el 19 por la mañana habia venido á acampar delante de la ciudad á la que habia resuelto sitiar en persona. El mismo dia intentó un asalto, en el que fué rechazado con pérdida de doscientos hombres: cinco dias despues ordenó otro, adelantó á pesar de las máquinas al pie de la muralla, á la que habia hecho arrimar las escalas, cuando los suizos abrieron las puertas, salieron como en Iverdun, despeñaron á los escaladores y mataron cuatrocientos borgoñones. El duque cambió entonces de posicion, colocó las baterías en los puntos elevados y bombeó el castillo. En aquel estremo Jorge de Stein comandante de la guarnicion, cayó enfermo; Juan Weiller, gefe de la artillería, fué muerto sobre una culebrina que apuntaba él mismo, y últimamente el almacen de pólvora, fuese por traicion ó por imprudencia, se voló: de modo, que la guarnicion llegó á un estado tan desesperado, que dos hombres salieron de noche, atravesaron el lago á nado, por en medio de las barcas de los borgoñones y corrieron á Berna á implorar auxilio en nombre de la guarnicion de Grandson.

Pero llegaron demasiado pronto: los hom-

bres de las antiguas ligas no habian respondido todavía al llamamiento de sus hermanos, los socorros del imperio no habian llegado aun: Berna se hallaba reducida al nucleo de su ejército, del que habia sido nombrado gefe Nicolás de Scharnachtal. La menor tentativa imprudente destruia la esperanza que descansaba en aquella reducida tropa, dispuesta á sacrificarse, no para socorrer un castillo, sino para salvar la patria. Los de Berna se contentaron, pues, con enviar un convoy de víveres y municiones, que llegó á Estavaller; pero la ciudad de Grandson estaba bloqueada por la parte del lago como por la de tierra, y Enrique Dittlinger que mandaba aquella inútil espedicion, divisó desde lejos la fortaleza medio desmantelada, vió las señales de apuro, pero no pudo aventurarse con su débil escolta á llevarles socorro alguno.

La guarnicion que se habia reanimado por un instante, recibió con esto un terrrible golpe al ver la impotencia de sus hermanos para aliviarlos. Entonces comenzaron á estallar las disensiones entre los gefes: Juan Weiller, que habia sucedido en el mando á Jorge de Stain, pidió que se rindiesen, mientras que Hans-Muller, el capitan de Iverdum, que mandaba siempre la decidida guarnicion que tan bien se habia defendido, dió la órden de no abrir ninguna puerta ni poterna sin mandato de los señores aliados.

En tal estado y en medio de aquellas disputas, se presentó un gentil-hombre del imperio de parte del margrave Felipe de Baden, que venia á proponer á la guarnicion condiciones honrosas. Era un hombre del pais hablando la lengua alemana. Aquella confraternidad del idioma dispuso á la guarnicion en su favor, y su discurso acabó de lograr por el terror lo que su presencia habia principiado. Segun él, Friburgo habia sido entrado á sangre y fuego, se habian degollado á todos sus habitantes sin misericordia, desde el anciano próximo al sepulcro, hasta el niño dormido en su cuna. Al contrario, las gentes de Berna que habian humildemente pedido gracia á monseñor y que le habian presentado las llaves de su ciudad en una bandeja de plata, habian sido perdonadas. En cuanto á los alemanes de las orillas del Rhin habian roto la alianza, y era preciso no contar con ellos. La guarnicion habia hecho seguramente bastante en Iverdum y en Grandson para su gloria personal y para la salvacion de la patria, que no habia podido salvar. Monseñor se hallaba muy admirado de su valor, y en lugar de castigarles prometia recompensas y honores. Todas estas ofertas estaban garantidas bajo el honor de monseñor Felipe de Baden.

Entonces hubo gran emocion entre los sitiados. Hans-Muller persistió en su opinion de que era preciso sepultarse bajo las ruinas del castillo antes que rendirse, y citaba á Brey en Lorena donde el duque habia hecho iguales promesas que no habia cumplido. Pero su adversario Juan Weiller le contestó, que esta vez monseñor Felipe garantizaba el tratado, y demostró la imposibilidad de resistir á un ejército tan grande que cubria hasta perderse de vista las llanuras, los campos y los valles. En aquel momento algunos soldados ganados por mugeres de mala vida que habian pasado á la ciudad desde el campamento borgoñon, se amotinaron gritando que habia llegado la hora de entregarse puesto que todos los medios de defensa se hallaban apurados. Hans-Muller quiso responder; pero su voz fué cubierta y sofocada por los murmullos. Weiller se aprovechó de aquel momento para que triunfase la rendicion, se dieron cien escudos al parlamentario con el fin de adquirir su proteccion, y la guarnicion sin armas y conducida por él, salió del castillo y se dirigió hácia el campamento, entregándose enteramente á la misericordia del duque de Borgoña.

Cárlos oyó un grande rumor en su ejército y se presentó en seguida al umbral de su tienda, y entonces vió dirigirse hácia él los ochocientos hombres de Grandson.

—¡Por San Jorge! dijo á la vista de aquel espectáculo que estaba lejos de esperar, ¿qué gentes son esas? ¿qué vienen á pedirme, ó qué noticias me traen?

—Monseñor, dijo el fatal embajador que tan bien habia desempeñado su mision, es la guarnicion del castillo que viene á entregarse á vuestra voluntad, discreccion y gracia.

—Entonces, dijo el duque, mi voluntad es de que sean ahorcados, y mi gracia que se les conceda el tiempo necesario para pedir á Dios perdon de sus pecados.

Al decir estas palabras, á una señal del duque los prisioneros fueron rodeados y distribuidos en grupos de á diez, quince y veinte, se les ataron las manos á las espaldas, y se hicieron de ellos dos partes, la una para ser ahorcados y la otra para ser ahogados. La guarnicion de Grandson fué destinada á la cuerda, y la de Iverdum al agua.

Se notificó aquella sentencia á los suizos: la escucharon con calma. Apenas fué pronunciada, cuando Weiller, se arrodilló á los pies de Muller, y le pidió perdon de haberle arrastrado á su perdicion. Muller le levantó, le abrazó á la vista de todo el ejército, y nadie pensó en reconvenir á otro de su muerte.

Entonces llegaron las gentes de Estavaller, que tanto antes habian maltratado los suizos y los de Iverdum, cuya ciudad acababan de quemar. Acudian reclamando el oficio de verdugos que les fué concedido.

Una hora despues comenzó la ejecucion.

Se emplearon seis horas en colgar la guarnicion de Grandson de todos los árboles que rodeaban la fortaleza, á algunos de los cuales llegaron á cargar con diez ó doce cadáveres. Despues de terminada esta ejecucion, dijo el duque:

—Para mañana los del agua; no conviene gastar todos los placeres en un dia.

Al dia siguiente despues del desayuno entró el duque en una barca ricamente preparada: tenia tapices, almohadones de terciopelo, y velas bordadas; su pabellon de Borgoña flotaba en el mastil. Esta barca formó el centro de un gran círculo compuesto de otras cien barcas cargadas de arqueros. Se condujo á los prisioneros al medio de aquel círculo precipitándolos en el lago unos despues de otros. Cuando volvian á subir en la superficie se les golpeaba con los remos, ó se les atravesaba á flechazos.

Todos murieron como mártires, sin que uno solo pidiese misericordia: eran mas de setecientos.

LA BATALLA.

Mientras que se hacia aquella terrible ejecucion, los confederados reunían sus tropas: se habian agregado á Nicolás de Scharnachtal y á sus ocho mil berneses, Pedro de Faucignes, de Friburgo con quinientos hombres; Pedro de Romistal con doscientos de Biene; y Conrado Bog, con ochocientos de Soleura. Entonces Nicolás de Scharnachtal se aventuró á hacer un movimiento y marchó sobre Neuchatel· apenas estuvo allí, se le reunió Enrique Goldli, con mil quinientos hombres de Zurich, Baden, Baumgarten y de los paises de alrededor, que llamaban Bailios libres; despues Peterman Rot con ochocientos hombres de Basilea; Hasfurter, con ochocientos de Lucerna; Raoul Resing, con cuatro mil de las antiguas ligas alemanas que comprendian á Schwitz, Uri, Unterwalden, Zug y Glaris; luego el contingente del departamento de Strasburgo, que se componia de cuatrocientos caballeros y de mil doscientos arcabuceros, sin contar doscientos caballeros armados por el obispo, ademas las gentes de las villas de Saint-Gall, de Schaffausen y de Appenzell; y últimamente Herman de Eptingen con los soldados y vasallos del archiduque Sigismundo.

Supo el duque la aproximacion de aquel nublado de enemigos, pero se alarmó poco, porque reunidos todos juntos formaban apenas la tercera parte de su ejército: ademas la mayor parte de ellos, apenas merecian el nombre de soldados; no obstante, no dejó de tomar por esto algunas precauciones estratégicas. Se adelantó con los arqueros de su guardia para ocupar el antiguo castillo de Baus-Marais que dominaba el camino de Grandson á Neuchatel, muy estrechado en aquel punto por las montañas y el lago, pero en vez de hallar en el señor que le guarnecia la resistencia que habia esperimentado él mismo en Grandson y el conde de Remont en Iverdum, vió al aproximarse que le abrian las puertas de la fortaleza y salia á recibirle el señor de Baus-Marais, sin armas y sin escolta. Se dirige á su encuentro, se arrodilla á sus pies como ante su amo y señor, pidiéndole por favor su gracia y servicio en su ejército. Las dos cosas le fueron otorgadas; sin embargo, el duque juzgó prudente emplearle en otra parte que en su señorio; por consiguiente le hizo salir con la guarnicion y puso en su lugar y empleo á Jorge de Rosembos; con cien arqueros para guardar el castillo rendido y las alturas de las inmediaciones.

Los suizos por su parte avanzaban viniendo á Neuchatel y se colocaban detras del Reuss, pequeño rio que tiene su nacimiento en el templo de las Hadas, y desemboca en el lago, entre Labiel y Cortaillod. Los suizos marchaban paso á paso y tímidamente, no sabiendo donde hallarian á sus enemigos. En cuanto á los borgoñones, llenos de confianza, se habian descuidado de hacer hogueras, descansando en su fuerza y en su número.

El 1.º de marzo pasaron los suizos el Reuss y avanzaron hácia Gorgier; el 2, despues de oir misa en el campo de los señores de Lucerna, los hombres de Schwitz y de Thun que formaban aquel dia la vanguardia tomaron un camino en la montaña, dejaron á la izquierda el castillo de Baux-Marais, y llegados á la altura encontraron á Rosembos y sesenta arqueros. El encuentro fué la señal del combate; los arqueros lanzaron sus flechas: los suizos armados únicamente con sus espadas y picas continuaron marchando buscando el combate cuerpo á cuerpo, el único en que podian devolver á sus enemigos los daños que de ellos recibian. Los arqueros, demasiado débiles para sostener el choque, retrocedieron, los soldados de Thun y de Schwitz llegaron á ocupar el punto mas elevado de las alturas de Baux-Marais desde donde divisaron todo el ejército borgoñon formado en órden de marcha, colocado á la orilla del lago delante de Concira, y de su ala izquierda abrazando toda la montaña, como podria hacerlo el cuerno de una media luna. Detuviéronse inmediatamente, examinaron bien la posicion del enemigo, y mandaron detrás de ellos cuatro hombres para hacérsela conocer á los diferentes cuerpos, y servirles de guia á fin de que desembocasen por los puntos mas importantes. Por su parte el duque descubrió tambien aquella vanguardia, y creyendo que aquello era todo el ejército, bajó del pequeño palafren que montaba, mandó traer un gran caballo gris, todo cubierto de hierro como su dueño, y saltando sobre él:—Marchemos hácia esos villanos, gritó, aunque semejantes aldeanos son indignos de caballeros como nosotros!

El primer cuerpo que encontraron los cuatro mensageros fué el que iba mandado por Nicolás de Scharnachtal: inmediatamente que el bravo magistrado supo que se habia empeñado el combate mandó redoblar el paso á sus soldados, y llegó al socorro de los de Thun y de Schwitz en el momento mismo en que el ejército borgoñon vacilaba por su lado. Aquella vanguardia, aunque apenas numerosa de cuatro mil hombres, no quiso dar á entender que temia el choque, y bajó en correcta formacion con pasos rápidos, pero conservando órden en sus filas, hácia un pequeño llano en medio del cual se alzaba la cartuja de la Lanza. Los suizos se apoyaron en aquella cartuja: luego como se oian los cánticos de los monges que decian la misa, los confederados hicieron plantar en tierra sus picas, banderas y estandartes, se pusieron de rodillas, y tomando su parte en la misa que se decia y que para tantos hombres debia ser un funeral, comenzaron su oracion.

Como en aquel momento el duque no estaba distante de ellos mas que á tiro, se equivocó acerca de su intencion, y avanzando á su frente de batalla.—¡Por San Jorge! esclamó: ¡esos canallas piden merced!...... ¡Artilleros, fuego sobre esos villanos!.... Al instante mismo los artilleros obedecieron: se oyó el estruendo de una descarga. El ejército borgoñon se vió envuelto en humo y los mensageros de muerte penetraron en las filas arrodilladas de los confederados, que continuaron su oracion á pesar de que algunos de sus parientes y amigos habian caido tendidos al lado de ellos sangrientos y mutilados. En aquel momento la campana del convento tocó al alzar la Hostia, y el ejército suizo se postró mas todavía, porque cada cual hácia su acto de contricion y pedia al Señor le recibiese en su gracia. El duque de Borgoña, que no comprendia nada de aquella humildad, mandó una segunda descarga: los artilleros obedecieron, y las balas de piedra vinieron segunda vez á destrozar las filas de los piadosos soldados, que creian que los que fuesen muertos en semejante momento les serian mas útiles en el cielo con sus ruegos, que lo que podrian serlo en la tierra con sus armas.

Empero esta vez, cuando el viento hubo disipado el humo, el duque descubrió á los suizos en pie, y avanzando hácia él, porque la misa se habia concluido.

Venian á paso de carga, formando tres batallones en cuadro todos erizados de picas; en los intérvalos de aquellos batallones piezas de artillería marchando al mismo paso que aquellos haciendo fuego sin detenerse, y las alas de aquel inmenso dragon que arrojaba rayos, humo y ruido, compuesta de hombres armados á la ligera y mandados por Felix Schwarzmuver de Zurich y Herman de Mullinen, batian por un lado la montaña, y por el otro se estendian hasta el lago.

El duque de Borgoña pidió su bandera, la hizo colocar delante de él, se puso en la cabeza un casco de oro con una corona de diamantes, y queriendo atacar al buitre por el pico, marchó derecho hácia el batallon del centró mandado por Nicolás de Scharnachtal; el señor de Chateau-Guyon atacó el batallon de la izquierda, y Luis de Aimereis el batallon de la derecha.

El duque de Borgoña se habia adelantado tan imprudentemente que no llevaba consigo mas que su vanguardia: á la verdad se componia de la flor de su caballería, asi es que el choque fué terrible.

Hubo un instante de confusion, en que nada se pudo ver, la artillería no tiraba ya, porque los artilleros no podian distinguir los amigos de los enemigos; el duque de Borgoña y Nicolás de Scharnachtal se encontraron; eran el Leon de Borgoña y el Oso de Berna: ni el uno ni el otro retrocedieron un paso; los dos cuerpos de ejército parecian inmóviles.

El señor de Chateau-Guyon, que mandaba la hermosa caballería del duque y que ademas de su valor tenia todavía un odio grande á los suizos que le habian robado todos sus señoríos, se habia arrojado desesperadamente contra el batallon de la izquierda: asi lo habia desordenado, penetrando en él cual una cuña de hierro en un tronco de encina. Ya no se hallaba mas que á dos pasos de la bandera de Schwitz y alargaba la mano para cogerla; pero habia todavía un hombre entre él y aquella bandera: este era Hanvinder Grub de Berna; levantó una espada ancha como una hoz, y pesada cual una maza; la espada gigantesca cayó sobre el casco del señor de Chateau-Guyon: era de demasiado buen temple para mellarse; pero la fuerza del golpe era tal, que el caballero aplastado como bajo del de un martillo cayó del caballo. Al mismo tiempo Enrique Elsener de Lucerna se apoderaba del estandarte del señor de Chateau-Guyon.

A la derecha, la fortuna era todavía mas contraria á los borgoñones: al primer choque Luis de Aimereis habia sido muerto, le habia sucedido Juan de Lalain y habia sido tambien muerto, entonces tomó el mando el duque de Voitiescer, y habia sido tambien muerto. Asi por este lado los borgoñones no solo no habian tenido ninguna ventaja, sino que aun habian perdido mucho terreno; de modo, que en aquel momento era el ala izquierda de los suizos la que se estendia á la orilla del lago, y envolvia el ala derecha del duque de Borgoña; el mismo movimiento se ejecutó en la otra ala, cuando cayó el señor de Chateau-Guyon. Entonces fué el duque Cárlos el que se encontró en peligro; Saint-Sorlin y Pedro Lignara habian caido á su lado; su porta-estandarte habia sido derribado y se habia visto obligado á coger él mismo su bandera para evitar que cayese en manos de los enemigos: le fué, pues, forzoso batirse en retirada y retroceder,

y esto lo hizo palmo á palmo, dando y recibiendo sin descanso, y esto por espacio de una legua, es decir, desde Concisa á las orillas del Aunon. Allí el duque encontró su campamento y su ejército; cambió de casco y de caballo, porque el casco estaba todo abollado: un golpe de maza habia roto la corona y el caballo chorreando sangre podia apenas sostenerse. En seguida fué él á su vez el que volvió á la carga.

En el mismo momento, á su izquierda, vió el duque aparecer en las cumbres de las colinas de Champignis y de Rombillars una nueva tropa de enemigos doble por lo menos de los que tan rudamente le habian perseguido. Aquella tropa bajaba rápidamente y con ruido, hacia fuego de artillería sin dejar de correr y gritando con un solo grito durante los intervalos de las descargas.—¡Grandson, Grandson!... Se volvió entonces para hacer frente á aquellos nuevos enemigos que no habian todavía tomado parte en el combate y llegaban de refresco y terribles. Pero apenas se habian ejecutado las maniobras que acababa de mandar, cuando se dejaron oir por otro lado el sonido de las trompas de los hombres de Uri y de Unterwalden. Estas eran dos cuernos gigantescos que habian sido regalados á sus padres, el uno por Pepino y el otro por Cárlo-Magno, cuando aquellos titanes de la monarquía franca habian atravesado la Suiza, que á causa de sus mugidos los habian llamado la vaca de Unterwalden y el toro de Uri. A aquel ruido desconocido y temible, se detuvo el duque.

—¿Qué es eso? esclamó.

—Son nuestros hermanos de las antiguas ligas suizas que habitan las altas montañas, y que tantas veces han derrotado á los austriacos, respondió un prisionero que habia oido la pregunta: son las gentes de Glaris, de Uri y de Unterwalden......... Desgraciado de vos, monseñor, porque son las gentes de Morgarten y de Sempach.

—Sí, sí, desgraciado de mí, dijo el duque, porque si su simple vanguardia me ha causado ya tanto mal, ¿qué será cuando tenga que habérmelas con todo el ejército?

En efecto, todo el ejército atacaba el campo del duque por tres puntos diferentes, y al primer choque aquella multitud de mugeres y de mercaderes arrojándose en medio de los soldados, introdujo el desórden entre los borgoñones. Ya el campo habia sido desordenado con la retirada del duque y de sus mejores soldados: despues á la vista de aquellos hijos de las montañas, y á sus gritos salvages, los italianos espantados huyeron los primeros; poco tiempo despues estallaron á la vez los cañonazos por tres puntos, y las balas de las culebrinas atravesaron aquella multitud, tres veces mas considerable en verdad, que los que los atacaban; pero que no esperando ser atacada, no se hallaba en sus filas, no tenia gefes ni oia órdenes. El duque corria gritando por aquella masa vacilante, llenaba de injurias á los soldados, les daba golpes con su espada, cargaba á los enemigos mas avanzados con algunos de los más decididos y mas fieles, y volvia despues á sus tropas, que encontraba mas conmovidas y desordenadas aun que cuando las habia dejado. En fin, cada cual se echó á huir por su lado sin que nada bastase á contenerlos impelidos por un terror pánico: los unos por la montaña, los otros por el lago y otros por el camino; tanto que el duque quedó el último en el campo de batalla solo con cinco de sus servidores, hasta que viéndolo todo perdido, se puso á huir tambien seguido de su bufon que galopaba en su pequeño caballo y gritaba con voz cómica y lamentable á la vez:—¡Oh! ¡monseñor, monseñor! ¡qué retirada! ¡qué *annibalados* estamos!

El duque corrió así sin parar durante seis horas hasta la ciudad de Jouga en el paso del Jura. Inmediatamente que el campo de batalla fué evacuado por los enemigos, los suizos se postraron de rodillas y dieron gracias á Dios por haberles concedido una victoria tan brillante; despues procedieron con regularidad al saqueo del campo.

Porque el duque Cárlos lo habia abandonado todo, tienda, capilla, armas, tesoros y cañones: y sin embargo, por algun tiempo todavía, á escepcion de los útiles de guerra, los suizos estuvieron lejos de conocer el valor de su presa: tomaban los diamantes por vidrio, el oro por cobre y la plata por estaño: las tiendas de terciopelo, las telas de oro y de damasco, los encajes de Inglaterra y de Malinas fueron divididos entre los soldados, despues de cortadas á varas, y cada cual se llevó su parte.

El tesoro del duque se dividió entre los aliados: todo lo que era plata fué medido en cascos; todo lo que era oro fué medido á puñados.

Cuatrocientas piezas de artillería, ochocientos arcabuces, quinientos cincuenta estandartes y veinte y siete banderas fueron divididas entre las ciudades que habian suministrado un contingente de soldados para la confederacion; Berna tuvo ademas la caja de cristal, los apóstoles de plata y los vasos sagrados, como ciudad que habia tomado la mayor parte en la victoria.

Un soldado encontró un diamante del grueso de una nuez dentro de una cajita guarnecida de piedras finas; arrojó el brillante, que tomó por un pedazo de cristal cual otros que habia recogido á veces en la montaña, y se guardó la caja; sin embargo, despues de haber dado unos cien pasos, lo pensó mejor, y volvió á buscarlo. Lo halló bajo la rueda de una carreta, lo recogió y lo vendió por un escudo al cura de Montagner. De éste pasó á manos de un mercader llamado Bartelemis que lo vendió á la república de Génova, que

lo volvió á vender á Luis Sforza llamado el Moro: despues de la muerte de este duque de Milan y de la caida de su casa, Julio II lo compró por la suma de veinte mil ducados. Habia adornado la corona del Gran Mogol, y brilla hoy en la tiara del papa. Este diamante está valuado en dos millones.

En el punto donde habia tenido lugar el primer choque entre el duque de Borgoña y Nicolás de Scharnachtal, se encontraron sobre la arena otros dos diamantes que un golpe de espada habia hecho saltar de la corona que brillaba sobre el casco del duque. El uno de ellos fué comprado por un rico mercader llamado Jaime Fugger, que se negó á vendérselo á Cárlos V, porque Cárlos V le debia ya cerca de quinientos mil francos que no le pagaba, y á Soliman porque no queria que saliese de la cristiandad. Enrique VIII lo adquirió por una suma de cinco mil libras esterlinas, y su hija María lo trajo como parte de su dote á Felipe II de España. Desde entonces ha quedado siempre en poder de la casa de Austria.

El último, del que al principio se habia perdido la pista, fué vendido diez y seis años despues de la batalla en cinco mil ducados á un mercader de Lucerna, que hizo espresamente un viage á Portugal, y lo vendió á Manuel el Grande y el Afortunado. Cuando en 1762 invadieron los españoles el Portugal, Antonio, prior de Crato último descendiente de la familia destronada, emigró á Francia donde murió, dejando este diamante entre los objetos preciosos de su herencia. Nicolás de Arlay, señor de Sancy, lo compró y lo volvió á vender despues de haberle dado su nombre. Hoy hace parte de los diamantes de la corona de Francia.

Aquella derrota habia tenido lugar el 2 de marzo. El rey Luis la supo tres dias despues, y pensó que ya era tiempo de cumplir su peregrinacion. El 7 llegó á una pequeña posada situada á tres leguas y media del Puy. Al dia siguiente hizo el camino á pie; llegado delante de la puerta de la iglesia se puso sobre su vestido una sobre-pelliz y una capa de canónigo, entró en el coro, se arrodilló delante del tabernáculo, hizo una oracion y depositó trescientos escudos sobre el altar.

POR QUÉ NO HABRÁ JAMÁS EN ESPAÑA UN BUEN GOBIERNO.

Cuando hube recorrido bien Grandson, reconocido el campo de batalla, llevando en la mano á Muller y á Felipe de Commines, y encontrado en la parte septentrional de la ciudad las ruinas del antiguo castillo, tomé una lancha y toqué, para satisfacer mi conciencia arqueológica, un peñasco que se alzaba enmedio del puerto sobre el cual, segun dicen, se habia erigido antiguamente un altar á Neptuno. Despues de una travesía de tres cuartos de hora, llegué á Iverdum, donde los suizos habian hecho tanta resistencia pocos dias antes de la batalla de Grandson.

Iverdum fué una de las doce poblaciones que los helvecios quemaron cuando abandonaron su pais para pasar á las Galias, y encontraron á César junto á Autun. Derrotados por el procónsul romano, una de las condiciones que les impuso el vencedor fué como todos saben, el reedificar las ciudades que habian destruido. Obedecieron, y hallando los romanos la nueva poblacion completamente á su gusto y situada perfectamente á la orilla del lago entre los rios Orbe y Thele, hiciéronla una colonia romana rodeándola de fortificaciones. La ciudad se estendia entonces sobre un terreno tan grande que el circuito que hoy ocupa no formaba mas que una quinta triste.

En 1769, abriendo una cueva cerca á los molinos de la ciudad, se descubrieron muchos esqueletos bien conservados, cuya cabeza, segun las costumbres antiguas, se hallaba vuelta hácia el Oriente; hallábanse tendidos sobre una capa de arena, sin atahud y sin sepulcro, tenian entre sus piernas urnas de barro, lámparas sepulcrales, y pequeños platos de arcilla en los que se encontraron todavía algunos huesos de aves. Algunas medallas enterradas con los cadáveres llevaban la fecha unas del reinado de Constantino, las demas del de Juliano el Apóstata.

Ebrodunum tenia una compañía de barqueros presidida por un prefecto; esta compañía existe todavía, pero el gefe se ha convertido en abad.

Un antiguo castillo construido en 1135 por Conrado de Bœringen, se alza en una estremidad de la ciudad, con sus cuatro torreones correspondientes á los cuatro puntos cardinales. Me aseguraron que aquel castillo era el mismo en que Hans, el Muller de Berna, habia hecho tan valiente defensa en 1476.

Como todo lo que hay de curioso en Iverdum puede verse en dos horas, dí una vuelta por la mañana mientras que Francesco me buscaba un cochero, que se comprometiese á llevarme en aquel mismo dia á Lausana.

Cuando volví á la fonda encontré el almuerzo listo y enganchado el caballo, y á las seis de la tarde estábamos ya en la capital del canton de Vaud, donde estreché de nuevo la mano de mi anciano y buen amigo Pellis, que me presentó aquella misma tarde á Mr. Monnard, traductor de la *Historia de la Suiza*, por Zchokke, uno de los patriotas mas decididos y elocuentes de la dieta.

Por ganas que tuviese de quedarme con buena sociedad, comenzaba á apremiarme el tiempo, me fué preciso partir. Queria visitar el Lago Mayor y las islas Borromeas y completar mi viage por Suiza tocando en Locarno que está en el Tesin, único canton que no habia visitado, y como adelantábamos en la estacion de dia en dia, podia el Simplon ponerse intransitable.

En su consecuencia á la mañana siguiente me despedí de mi huésped, prometiendo volver á verle por mas largo tiempo, promesa que le renuevo, y me embarqué en el buque de vapor que va de Ginebra á Villanueva.

Volví á hacer mi entrada en el mundo: hacía verdaderamente seis semanas que lo habia abandonado. La suiza alemana es un estremo de la tierra: alli no se sabe nada, no penetra ningun ruido: ningun eco de política, de artes, ni de literatura resuena alli. Todo al contrario, de un brinco me encontraba en un buque de vapor, donde con el contacto de los viageros de todos los paises se escapa un chorro de noticias. Me eché con hambre sobre los diarios franceses: se hallaban llenos de noticias sobre la revolucion de España. Algunos que todo lo juzgan bajo el punto de vista de la Francia y creen á todos los pueblos llegados á igual civilizacion, creian para aquel pais un Eldorado político. Solo yo negaba la posibilidad de aplicar á un pueblo las instituciones de otro, y veia en la imitacion de nuestra carta al otro lado de los Pirineos, un manantial de revueltas en el porvenir. Acaloróse al fin la discusion, como acontece siempre, queriendo cada uno de los utopistas tener la razon. Apelamos á un español que fumaba tranquilamente un cigarro, sin tomar parte en nuestra discusion; y reconociéndole juez competente en semejante materia, le preguntamos cual seria, segun él, el gobierno mejor para la península.

El español quitó de su boca su cigarro, arrojó una bocanada de humo que habia recogido en su pecho hacia diez minutos, y despues respondió con gravedad:

—La España no tendrá jamás un buen gobierno.

Como esta respuesta no daba ni quitaba la razon á nadie, no satisfizo á ninguno.

—Permitidme que os diga, señor español, repuse yo riendo, que me pareceis un poco pesimista. ¿La España no tendrá jamás un buen gobierno, decís?

—Jamás.

—¿Y á quién deberá echar la culpa de este defecto: á su pueblo ó á su dinastía, á su clero ó á su nobleza?

—Ni á lo uno, ni á lo otro.

—¿Quién tiene la culpa entonces?

—La culpa la tiene Santiago.

—¡A Santiago!!! respondió uno que parecia eclesiástico: Santiago que es el patron de España y que tiene tanto crédito en el cielo. ¿Cómo puede oponerse á la primera felicidad de un pueblo, á la de sus mejoras políticas, de donde emanan todas las demas mejoras?

—El caso es el siguiente, respondió con flema nuestro hombre.

Cansado Dios un dia de oir quejarse eternamente á los pueblos, pidiéndole unos ya una cosa, ya otra, y no sabiendo en medio de las peticiones y continuos lamentos á cual acudir, dispuso que un ángel invitase á son de trompeta á todos los pueblos y naciones del mundo, á que meditando bien sus necesidades y deseos, le enviasen en el término de un año y en un dia fijo, un diputado encargado de presentarle sus reclamaciones, obligándose desde luego para entonces á otorgar sus demandas.

La noticia de semejante nuevo congreso hizo gran ruido. El mundo entero se ocupó en elecciones. Hubo candidaturas en abundancia, ni mas ni menos que sucede hoy entre nosotros; y cada nacion nombró su diputado. Por Francia fué elegido San Dionisio: por Inglaterra San Jorge: por Italia San Genaro: por España Santiago: por Escocia San Dustan: por Rusia San Niwski: por Suiza San Nicolás; y que sé yo cuantos mas santos por otros pueblos, pues hasta hubo representante por la república de San Marino. Llegó el dia, y cada santo se puso en camino con sus correspondientes instrucciones de sus comitentes.

El primero que llegó fué San Dionisio: saludó al Padre eterno, no quitándose el sombrero de la cabeza, sino quitándose la cabeza de encima de los hombros, que no fué mala indirecta para recordar al Señor el martirio que habia sufrido por su santo nombre: este saludo le captó la benevolencia celestial.

—Y bien, díjole Dios. ¿Vienes de Francia?

—Si, altísimo Señor, contestó San Dionisio.

—¿Qué pides para los franceses?

—Que tengan el ejército mas hermoso del mundo.

—Concedido, contestó el Señor.

San Dionisio, lleno de gozo, colocóse la cabeza sobre los hombros, y se marchó pian pianito á su catedral de Paris.

Apenas habia salido, el ángel que estaba de servicio, anunció á San Jorge.

—Que entre, dijo Dios.

Entró San Jorge, alzó la visera de su casco, y saludó militarmente.

—Y bien, mi valiente capitan, ¿vienes en nombre de la Inglaterra, no es eso? ¿qué pide?

—Altísimo, respondió San Jorge, pide tener la marina mas hermosa y fuerte del mundo.

—Muy bien, respondió el Señor, la tendrá.

San Jorge, que tenia todo lo que deseaba tener, bajó la visera de su casco, saludó nuevamente y se fué. A la puerta se encontró á San Genaro.

—Buenos dias, mi santo obispo; le dijo el

Señor, me alegro mucho de verte, ya sabia yo que te enviarian los italianos. Veamos á ver qué te han encargado que me pidas.

—Tener los primeros artistas del mundo.

—Bien, contestó el Señor, yo te lo prometo.

San Genaro no pidió nada mas, se cubrió la cabeza con su mitra y se marchó.

—Que entre otro, gritó el Señor.

—Señor, respondió el ángel, no hay nadie.

—¿Cómo que no hay nadie? ¿y qué hace Santiago, que siempre está á caballo á galope y nunca llega?

—Señor, replicó el ángel, desde aquí le diviso allá abajo..... abajo..... abajo.....

—Perezoso, como buen español, dijo Dios entre dientes...... en fin, ya está aquí.

Santiago llegó sin poder respirar, echó pie á tierra, y se presentó al Señor.

—¿Y bien? señor hidalgo, ¿qué quereis?

—Quiero, respondió Santiago, respirando apenas de palabra á palabra, quiero que tenga España el clima mas hermoso del mundo.

—Concedido.

—Quiero.....

—Todavía mas, dijo interrumpiéndole Dios.

—Quiero, continuó Santiago, que la España tenga las mugeres mas bellas del mundo.

—Bien, sea así, contestó Dios, consiento en esto tambien. Concedido.

—Quiero....

—¡Cómo! ¡cómo! esclamó el Señor, todavía quieres mas, otra cosa aun.....

—Quiero, continuó Santiago, que España tenga los frutos mas hermosos del mundo.

—Vamos, dijo el Señor, es preciso hacer algo por mis amigos. Concedido.

—Quiero, continuó Santiago, que la España tenga el mejor gobierno del mundo.

—¡Oh! esclamó Dios deteniéndole: basta, Santiago, basta ya, es preciso dejar algo para los demas. Negado. Santiago quiso replicar, pe- Dios le hizo una seña para que se volviese inmediatamente á Compostela. Santiago montó en su caballo blanco y se marchó á galope.

Hé aquí la causa de por qué la España jamás tendrá un buen gobierno!!!

El español echó yescas en su eslabon, encendió de nuevo su cigarro, que se habia apagado, y volvió á fumar.

Como encontraba la razon que me habia dado tan especiosa como cualquiera de las que encuentran á veces en circunstancias semejantes nuestros hombres de Estado, me dí por satisfecho con ella por el momento, y la série de los acontecimientos me probó que Santiago no habia podido aun obtener del cielo el don que habia guardado para su cuarta peticion.

Llegamos á Villanueva hácia las tres.

Como raras veces se hace alto para dormir en aquella pequeña poblacion, no me fiaba en su posada, é inmediatamente que comí me puse en camino para San Mauricio, donde llegué á las nueve de la noche. Nada me detenia ya en el Vallés, que visitaba por segunda vez; en consecuencia volví á salir de él al dia siguiente muy de mañana, y al dar las ocho entraba en la casa de postas de Martigny. Allí era, si mis lectores tienen buena memoria, la posada en que habia comido el beefsteak de oso, que ha hecho despues tanto ruido en el mundo literario y gastronómico.

Encontré á mi digno huésped siempre tan complaciente como de costumbre: en su consecuencia pronto nos ajustamos con un carruage hasta Domo d'Ossola, es decir, por cinco dias. Debia dejarlo en casa del maestro de postas de aquel pueblo; y despues, el primer viagero que viniese de Italia para Suiza, como yo iba de Suiza para Italia, debia devolvérselo. De este modo quedaban pagadas la ida y la vuelta. Mi huésped me indicó mas de un consejo económico que yo ignoraba: yo era libre, aunque viajando en posta, de no tomar mas que un caballo pagando uno y medio. Como me acercaba al fin de mi viage, y por consiguiente al de mi dinero, acepté con reconocimiento aquel medio de transporte que recomiendo muy de veras.

Y lo propongo con tanta mas confianza á los viageros que hagan este camino, cuanto que no les causará el retraso de una hora, ni ninguna incomodidad por falta de sitio: pues el postillon se sienta sobre una de las varas, y por poco mas que se le dé de propina, se arregla con su caballo para que haga este su obligacion y la de su compañero. El doble trato se concluye ordinariamente por una botella de vino que da el viagero al postillon, y un puñado de avena que promete el postillon al caballo. Gracias á este convenio, que fué escrupulosamente cumplido, por mi parte al menos, llegamos á Brigg la misma tarde.

Allí nos esperaba un gran dolor. Mis pactos con mi pobre Francesco habian terminado; yo le habia traido á unas diez leguas del punto en que le habia tomado. me era ya inútil; debíamos, pues, arreglar cuentas y separarnos; lo hice llamar.

El buen muchacho, que conocia el motivo, subió con el corazon afligido; la vida que conmigo habia llevado, aunque un poco cansada, habia sido bajo todos los demas aspectos muy distintamente cómoda que la que esperaba encontrar en Munster; de modo que estaba muy dispuesto, como el jardinero del conde de Almaviva, á no despedir á tan buen amo.

Así apenas me vió sacar el bolsillo de mi faltriquera y calcular los dias que habíamos estado juntos, volvió la cara para ocultarme sus lágrimas, que muy pronto degeneraron en sollozos: le llamé entonces, vino, me tomó la mano y me suplicó le conservase por criado, pues estaba dispuesto á seguirme á todas partes, á Italia, á Francia, al cabo del mundo. Desgraciadamente, Francesco, escelente guia en Munster, hubiera hecho un muy mal groom

en Paris; ademas, era muy grande la responsabilidad de arrebatar aquel muchacho á su familia y á sus montañas: asi aunque mi corazon se hallaba muy acorde con sus ruegos me mantuve firme y se lo negué.

Habia estado conmigo treinta y tres dias: al precio que habíamos convenido hacia sesenta y seis francos, añadí catorce de propina á fin de completar la cantidad de ochenta, y le puse cuatro luises sobre la mesa. Era el único oro que el pobre muchacho habia visto en su vida; sin embargo, se adelantó hácia la puerta sin tomarlos: le llamé preguntándole ¿por qué me dejaba aquella suma que era suya? Entonces se volvió, y me dijo sollozando: si el señor lo permite, iré mañana acompañándole hasta el Simplon, volviéndome á la grupa del caballo del postillon, y al momento de dejaros, será tiempo de que me deis el dinero... Le hice señal de que consentia, y se marchó un poco consolado

Efectivamente, á la mañana siguiente me acompañó Francesco hasta la primera parada. Llegados alli, nos abrazamos; él se volvió llorando hácia Brigg, y yo continué mi camino pensativo y lleno de tristeza.

Recomiendo este muchacho á los viageros que tomen el camino de la Furca; es una escelente criatura de una probidad sevéra y de una actividad infatigable: lo encontrarán en Munster, desde dónde me ha escrito, ó mas bien, me ha hecho escribir hace seis meses. Allí es conocido con el nombre aleman de Franz ó con el italiano de Francesco.

DE QUÉ MODO FUÉ SAN ELOY CURADO DE LA VANIDAD.

Annibal y Carlo-Magno como Bonaparte han pasado los Alpes y casi conquistado la Italia; pero detrás de ellos, borrando los vestigios de su pasage, los desfiladeros de las montañas se han cerrado, los picos del monte Ginebra y del pequeño San Bernardo se han cubierto de nieve, y las generaciones que han sucedido á las de sus hijos, no encontrando ninguna huella del camino que habian seguido sino en la tradicion de las localidades y en la memoria de las poblaciones, se han puesto á dudar de aquellos milagros y se han casi negado á los dioses que los habian hecho. Bonaparte no ha querido que fuese asi con él, y á fin de que su religion guerrera no tuviese que sufrir por los ultrages, el olvido ó los ataques de la duda, ha ligado la Italia á la Francia como un esclavo á su señora: ha estendido una cadena al través de las montañas y ha puesto el primer eslabon en manos de Ginebra, su nueva hija, y el último al pie de Milan, nuestra antigua conquista. El recuerdo de nuestra bajada á Italia, esta cadena dorada por el comercio; este camino trazado para el paso de nuestros ejércitos, y hollado por la sandalia de un gigante, es el camino del Simplon.

Este camino, rival del de Tiberio Neron, de Julio César y de Domiciano, en el que cada dia han trabajado tres mil jornaleros durante tres años, trepa por las pendientes de las montañas, salva los precipicios y horada los peñascos: comienza en Glys, deja á Brigg á la izquierda y se eleva por una pendiente perceptible á la vista; pero casi insensible al andarla; hasta la cumbre del Simplon, es decir, durante seis leguas. A los escritores de itinerarios y no á nosotros toca el decir cuantos puentes se pasan, cuantas galerías se atraviesan y cuantos accidentes se encuentran: nosotros renunciamos á ello tanto mas fácilmente cuanto ninguna descripcion puede dar una idea del espectáculo que alli se halla á cada paso, y de los contrastes y armonías que forman entre si los valles de Ganther y de la Saltina y la caida de las cascadas reflejándose en los espejos de las neveras. A medida que se va subiendo, desaparece la vegetacion y la vida. Aquellas cumbres no se habian hecho para el comun de los hombres y de los animales. Alli el genio solo podia alcanzar; solo el águila podia vivir alli; asi es, que la aldea del Simplon, aquella conquista artificial del valle sobre las montañas, se estiende miserablemente como una serpiente entumecida sobre un rellano desnudo y salvage. Ningun árbol le da sombra, ninguna flor la hermosea, ni la anima ningun rebaño. Es preciso sacarlo todo de la llanura, y no se ve renacer la existencia y revivir la naturaleza sino bajando sus dos vertientes. Su cima es el patrimonio de los hielos y de las nieves, es el palacio del invierno, es el reino de la muerte.

Dejando la aldea del Simplon, se comienza á bajar, y por un efecto de óptica natural esta bajada parece mas rápida que la subida. Ademas, es mucho mas incómoda por los accidentes de la montaña; tan pronto gira sobre ángulos agudos, tan pronto rueda por mil ondulaciones alrededor de la montaña tan lejos cuanto puede alcanzar la vista, y parece á la serpiente fabulosa que enrosca la tierra. Al principio se encuentra la galería de Algabis, la mas larga y la mas hermosa, que atraviesa doscientos quince pies de granito para ir á dar al valle de Gondo; divina obra maestra de decoracion terrible que no puede imitar pintor alguno, que ninguna pluma puede describir, que ninguna relacion puede reproducir, es un corredor del infierno, estrecho y gigantesco: mil pies debajo el torrente, á dos mil pies sobre la cabeza el cielo! La distancia es

tan grande desde el camino á la Doveria, que apenas se le siente mugir aunque se ve le espumear furiosamente sobre las rocas que forman el fondo del valle: de pronto, un puente ligero de una arquitectura aerea se presenta tendido de una á otra montaña cual un arco iris de piedra; conduce despues de algunos pasos á la galeria de Gondo, larga de setecientos pasos, alumbrada por dos aberturas. Frente á una de ellas, se leen estas palabras escritas por una mano acostumbrada á grabar fechas sobre el granito.

AERE ITALICO

MDCCCV.

El hombre que las habia escrito creia como Jesucristo y Mahoma, que no de su nacimiento ni de su fuga, sino de su victoria dataria para la Italia una nueva era.

Muy pronto el valle se ensancha, se calienta el aire, el pecho respira, vuelven á aparecer algunas señales de vegetacion y algunas ojeadas al través de las sinuosidades de la montaña permiten á la vista reposar sobre un mas dulce horizonte: aparece una aldea con un hermoso nombre: es Isella, la centinela avanzada y casi perdida de la muelle Italia. Asi detrás de ella se estrecha el valle: los peñascos desnudos y gigantescos se aproximan: la imprudente hija de la Lombardía ha sido cogida al salir de un desfiladero que no puede ya volver á pasar: sobre el camino por donde ha venido, se ha formado una galería, que es la penúltima: descansa sobre un pilar de granito colosal, cuya negra masa se destaca en su cima sobre el azul del cielo, en su centro sobre el verde tapiz de la colina, en su base sobre la blanca espuma de las cascadas. Apresúrase uno á atravesarla, y sea ilusion ó sea verdadero cambio atmosférico, vienen á recibirle á su salida las tibias brisas del viento de Italia; á derecha é izquierda se separan las montañas, se forman llanos, y sobre aquellos llanos, cual cisnes que se calientan al sol, comienzan á percibirse grupos de blancas casas con terrados. Es la Italia, la antigua reina, la eterna coqueta, la Armida secular que envia para recibiros á sus aldeanas y sus flores. Todavia hay que pasar un rio, todavia hay que atravesar una galería; y ya nos hallamos en Crevola, suspendidos entre el cielo y la tierra, sobre un puente mágico; á vuestros pies teneis la villa y su campanario y delante el Piamonte. Despues, allá abajo en lontananza detrás del horizonte, á Florencia, Roma, Nápoles, Venecia, aquellas maravillosas ciudades de las que los poetas han contado tantos encantos y de las que ninguna muralla os separa ya. Asi el camino como cansado de sus largas revueltas y satisfecho de volver á hallarse en la llanura, se lanza de un tiron de dos leguas hasta Domo d'Ossola.

Llegué allí, en el momento de una procesion enteramente italiana: el gremio de albeitares celebraba la funcion á San Eloy. En mi ignorancia habia creido siempre á aquel bienaventurado, el patron de los plateros y amigo del rey Dagoberto, al que daba de cuando en cuando, acerca de su trage, consejos muy juiciosos; pero ignoraba completamente que hubiese jamás sido albeitar. Su estandarte, sobre el que estaba representado rompiendo su muestra, no me dejaba ninguna duda sobre este asunto: lo único que me quedaba por aclarar era, á que época de su vida se referia la accion que habia inspirado al artista: porque yo conocia su santa vida, casi desde su entrada en casa del prefecto de la fábrica de moneda de Limoges, hasta su nombramiento para la silla episcopal de Noyon, y no veia nada en todo esto que pudiese aplicarse al espectáculo que tenia delante de mis ojos. En consecuencia, me dirigí al maestro de postas, pensando que para una tradicion de herradura era el mejor historiador que se pudiera encontrar. Comenzamos por ajustar el precio del carruage que debia llevarme desde Domo d' Ossola á Baveno. Despues, convenido en el precio doble de lo que valia, tanta era mi prisa para volver á la procesion, obtuve sobre el padre Occuli las siguientes noticias y biografías.

La tradicion tal cual me fué trasmitida en su primordial sencillez y propio estilo es esta:

Es inútil el decir que no garantizo su autenticidad.

Hacia el año 610, Eloy, que era entonces un jóven de veinte y seis á veinte y ocho años, habitaba en la ciudad de Limoges, situada á dos leguas únicamente de Cadillac, su pais natal. Desde su juventud habia manifestado grande aptitud para las artes mecánicas; pero como no era rico, le habia sido preciso quedarse simple albeitar. Verdad es que habia hecho progresar este oficio, que entre sus manos casi se habia convertido en un arte. Las herraduras que forjaba, y que habia llegado á fabricar en solas tres caldas (1), se redondeaban con una curva maravillosamente elegante y brillaban cual plata bruñida. Los clavos con que las sujetaba á los pies de los caballos, estaban tallados en punta de diamante, y hubieran podido engastarse como chatones en una sortija montados en oro.

Esta habilidad de ejecucion, que asombraba á todo el mundo, acabó por exaltar al artífice mismo: la vanidad le trastornó la cabeza, y olvidando que Dios nos ensalza y nos humilla segun su voluntad, hizo hacer una muestra en la que estaba representado herrando un caballo, con esta inscripcion medianamente inso-

(1) Calda. Término técnico.—Poniéndolas tres veces en la fragua. Hemos querido conservar este término característico, que nos apresuramos á esplicar á nuestros lectores.

lente para sus compañeros y ofensiva á la humildad religiosa: *Eloy, maestro de los maestros, maestro sobre todos.*

La inscripcion metió gran ruido desde su aparicion, y como Eloy tenia que habérselas sobre todo con una clientela de comerciantes, caballeros y peregrinos que se cruzaban incesantemente delante de su tienda, la orgullosa muestra llegó á despertar muy pronto la susceptibilidad de los demas albéitares, no solo de Francia, sino aun de toda Europa. De todas partes se levantó un clamor tan grande contra el orgulloso maestro que subió hasta el paraiso. No sabiendo Dios al pronto cual era la causa que lo motivaba, se conmovió y miró á la tierra. Sus ojos, que por casualidad se habian vuelto hácia Limoges, tropezaron con la famosa muestra y se enteró de todo.

De todos los pecados mortales, el que siempre ha ofendido mas á Dios es el orgullo. El orgullo fué el que hizo rebelarse á Satanás y á Nabucodonosor contra el Señor, y el Señor lanzó al infierno al uno y quitó al otro la razon convirtiéndolo en bruto.

Asi Dios buscaba ya que castigo podria aplicar al nuevo Aman, cuando Jesucristo, viendo á su padre preocupado, le preguntó que era lo que tenia. Dios le respondió enseñándole la muestra: Jesucristo la leyó.

—Si, si, padre mio, es verdad: la inscripcion es atrevida, pero Eloy es verdaderamente hábil: únicamente ha olvidado que su fuerza le viene de lo alto. Pero fuera de su orgullo, está lleno de buenos principios.

—Convengo en ello, dijo el buen Dios: tiene escelentes cualidades, pero su orgullo las escede á todas, como el cedro escede al hisopo, y las hará morir bajo su sombra. ¿Has leido, *Eloy, maestro de maestros, maestro sobre todos*? Esto es un desafio, no solo á la habilidad humana, sino aun á la celestial omnipotencia.

—Pues bien, padre mio, que la celestial Omnipotencia le responda con bondad y no con rigor. Vos quereis la conversion y no la muerte del pecador, ¿no es verdad? Yo me encargo de convertirle.

—¡Hum! hizo Dios, meneando la cabeza, de mala tarea te encargas.

—¿Consentis en ello? continuó Jesucristo.

—No lo conseguirás; dijo Dios.

—Dejádmelo probar.

—¿Y cuánto tiempo me pides?

—Veinte y cuatro horas.

—Concedido, dijo el Señor.

Jesus no perdió tiempo, se quitó su divino trage, y se revistió del de un compañero de oficio de Eloy, se dejó deslizar sobre un rayo de sol y bajó á las puertas de Limoges.

Inmediatamente entró en la ciudad apoyado en un palo con la apariencia de un hombre que acaba de hacer un largo camino, y en seguida se fué derecho á la casa de Eloy: lo encontró forjando. Estaba en la tercera calda.

—Dios sea con vos, maestro, dijo Jesus al entrar en la tienda.

—¡Amen! respondió Eloy sin mirarle.

—Maestro, continuó Jesus, acabo de dar una vuelta por la Francia, y en todas partes he oido hablar de la ciencia; de modo que pensando que nadie sino tú pueda enseñarme algo de nuevo.....

—¡Ah! ¡ah! hizo Eloy echando sobre él una rápida mirada y continuando en golpear su herradura.

—¿Me quieres por compañero? repuso humildemente Jesus; vengo á ofrecerte mis servicios.

—¿Y qué es lo que tú sabes? dijo Eloy dejando negligentemente la herradura á la que acababa de dar el último martillazo y arrojando sus tenazas.

—Yo, continuó Jesus, sé forjar y herrar, tan bien creo, como cualquiera en el mundo.

—¿Sin escepcion? dijo desdeñosamente Eloy.

—Sin escepcion, respondió tranquilamente Jesus.

Eloy se echó á reir.

—¿Qué dices tú de esta herradura? dijo Eloy enseñando á Jesus muy satisfecho, la que acababa de concluir.

Jesus la miró.

—Digo que no está mal, pero creo que se pueden hacer mejores.

Eloy se mordió los lábios.

—¿Y en cuántas caldas harias una herradura como esta?

—En una, dijo Jesus.

Eloy se echó á reir: como hemos dicho necesitaba tres, y los demas cinco ó seis, creyó que el compañero estaba loco.

—¿Y quieres enseñarme cómo te compones? dijo con aire burlon.

—De buena gana, maestro, respondió Jesus cogiendo tranquilamente las tenazas, y tomando cerca del yunque una barra de hierro en bruto que metió en la fragua: despues hizo una seña á Occuli, que se puso á tirar de la cuerda del fuelle. El fuego sofocado al principio por el carbon se lanzó en pequeños chorros azules, saltaron millones de chispas, muy pronto la llama enrojecida se apoderó del alimento que se le ofrecia: de tiempo en tiempo el hábil compañero rociaba el hogar, que ennegrecido momentáneamente volvia á tomar casi inmediatamente una nueva fuerza y un color mas vivo. En fin, la brasa parecia una materia fundida. Al cabo de un instante, aquella lava palideció, tan consumida estaba toda la parte combustible del carbon. Entonces sacó Jesus de la fragua el hierro casi blanco, lo colocó sobre el yunque, y dándole vueltas con una mano, mientras que le golpeaba y lo amoldaba con la otra, con algunos martillazos le dió una forma y una finura, á las cuales estaba lejos de aproximarse la herradura de Eloy. La cosa se habia hecho con tal

prontitud que el pobre maestro de maestros no habia tenido tiempo de ver mas que fuego.

—Héla aquí, dijo Jesus.

Eloy tomó la herradura con la esperanza de descubrir en ella alguna escama; pero nada le faltaba: asi, á pesar de su mala intencion no pudo ponerla la menor falta.

—Si, si, dijo volviéndola y revolviéndola, no está mal..... Vamos, para un simple oficial de herrero no está mal. Pero, continuó esperando coger en falta á Jesus, no basta saber hacer una herradura, es necesario ademas saberla aplicar tambien á la parte del animal. Creo que me has dicho que sabias herrar.

—Si, maestro, respondió tranquilamente Jesus.

—Poned el caballo al trabajo (1), gritó Eloy á sus mancebos.

—¡Oh! no hay que tomarse ese trabajo, interrumpió Jesus. Yo tengo una manera particular de herrar que ahorra tiempo y mucho trabajo.

—¿Y cuál es tu modo de herrar? dijo Eloy asombrado.

—Vais á verlo, respondió Jesus.

A estas palabras sacó un cuchillo de su bolsillo, se fué al caballo, levantó una de sus patas traseras, le cortó la pata izquierda por la primera articulacion, la colocó en la bigornia, clavó la herradura con la mayor facilidad y trajo la pata herrada, la aproximó á la pierna, donde volvió inmediatamente á unirse; cortó la pata derecha, repitió la misma operacion con el mismo éxito, continuó asi con las otras dos patas, y todo esto sin que hiciese el menor movimiento el animal. Eloy contemplaba la operacion con la mas profunda admiracion, asombrado.

—Ya está, maestro, dijo Jesucristo al pegar la cuarta pata.

—Bien, lo veo, dijo Eloy haciendo todos sus esfuerzos para ocultar su asombro.

—Vos no conoceis este método de herrar, continuó Jesucristo indiferentemente.

—Si tal, repuso con viveza Eloy: he oido hablar de él.... pero estoy por el otro.

—Haceis mal, este es mas cómodo y mas espedito.

Eloy, como se deja comprender, se guardó muy bien de despedir á tan hábil herrador, temia ademas, si no se arreglaba con él, que se estableciese en aquellas cercanias, y le quitase los parroquianos. Hecho el ajuste y condiciones que fueron aceptadas, Jesus quedó en la tienda como primer mancebo.

Al dia siguiente por la mañana, Eloy envió á Jesus á dar una vuelta por los pueblos inmediatos. Tratábase de algunos recados que no podian confiarse mas que á un mensagero inteligente.

Jesus apenas habia revuelto la primera esquina de la calle, ya Eloy se puso á pensar sériamente en aquel nuevo método de herrar los caballos que él no conocia. Habia seguido con el mayor cuidado la operacion, y observado bien en qué articulacion se habia hecho la amputacion, y como tenia gran confianza de si mismo, resolvió aprovechar la primera ocasion que se le presentase para poner en práctica la leccion que habia aprendido.

No tardó en presentarse esta: apenas habia trascurrido una hora se paró á la puerta de Eloy un caballero armado de pies á cabeza, cuyo caballo se habia desherrado de un pie un cuarto de hora antes de llegar alli, y venia atraido por la fama del maestro.

Venia de España y regresaba á Inglaterra, donde tenia que arreglar negocios de la mayor importancia con San Dunstan en Escocia. Ató, pues, su caballo á una de las argollas de hierro de la tienda, y entró en una taberna donde pidió una jarra de cerveza, recomendando á Eloy le despachase pronto.

Eloy pensó, que pues el parroquiano tenia priesa, era el momento oportuno de poner en ejecucion el método espedito del que habia visto la víspera hacer un ensayo que tan bien habia salido. Tomó, pues, el cuchillo mas afilado, dióle una última mano sobre la piedra de afilar, y. levantando la pierna del caballo, buscó la articulacion con mucha exactitud y le cortó la pata por encima del casco.

La operacion habia sido ejecutada con tal habilidad, que el pobre animal que nada sospechaba, no habia tenido tiempo de oponerse, y no habia conocido la amputacion sino por el dolor mismo que le habia causado: pero entonces dió un relincho tan lastimero y doloroso, que su dueño se volvió, y vió que su cabalgadura apenas podia tenerse sobre las tres piernas que le quedaban, y sacudiendo la cuarta de la que se le escapaba á torrentes la sangre. Lanzóse fuera de la taberna y se precipitó en la tienda, y encontrando á Eloy que herraba tranquilamente la cuarta pata colocada en su bigornia, creyó que el maestro se habia vuelto loco. Eloy le tranquilizó diciéndole que era un nuevo método que habia adoptado; le enseñó la herradura perfectamente adherente al casco, y saliendo de su tienda, se dispuso á pegar la pata al muñon de la pierna, como habia visto hacer la víspera á su oficial.

Pero esta vez sucedió muy de otra manera. El pobre animal que se desangraba hacia diez minutos, se habia tumbado en el suelo moribundo. Eloy acercó la pata á la pierna, pero en sus manos no quiso adherirse: el pie estaba ya muerto y lo restante del cuerpo no valia mucho mas.

Un sudor frio cubrió la frente del maestro, conoció que estaba perdido, y no queriendo sobrevivir á su reputacion, sacó de su vaina

(1) *El Trabajo* es un aparato de maderos enmedio del que se ata á los caballos indómitos ó inquietos que van á herrarse, para evitar que den coces, y maltraten á los herradores ó ellos mismos se estropeen.

el cuchillo que tan bien habia cumplido su oficio: iba á clavárselo en su pecho, cuando sintió que le detenian por el brazo. Se volvió, era Jesucristo. El divino mensagero habia concluido sus encargos con la misma prontitud y habilidad que tenia costumbre de hacerlo, y estaba ya de vuelta dos horas antes mas pronto de lo que Eloy le esperaba.

—¿Qué haces, maestro? le dijo con tono severo.

Eloy no respondió, pero le mostró con el dedo al caballo espirando.

—¿No es mas que esto? dijo Cristo, y cogió la pata y la aproximó á la pierna, y la sangre cesó de correr, y se pegó el pie, y se levantó el caballo, y relinchó de gusto, de modo que menos el suelo enrojecido, cualquiera hubiera jurado que nada habia sucedido al pobre animal, poco antes tan malo, y ahora tan vivo y tan bueno.

Eloy le miró un instante confuso y asombrado; alargó el brazo, tomó en su tienda un martillo, y haciendo pedazos su muestra se dirigió á Jesucristo, y le dijo humildemente.

—El maestro eres tú, yo no soy mas que el oficial.

—Bienaventurado el que se humilla, respondió Cristo, con voz dulce, porque será ensalzado.

Al oir aquella voz tan pura y tan armoniosa, Eloy alzó los ojos y vió que su oficial tenia ceñida la frente con una aureola; reconoció á Jesucristo y cayó de rodillas.

—Bien está, te perdono, dijo Cristo; porque te creo curado de tu orgullo. Permanece *maestro de maestros*: pero acuérdate de que yo solo soy *maestro sobre todos*.

A estas palabras montó en la grupa detrás del caballero, y desapareció con él.

El caballero era San Jorge.

PAULINA.

Terminada esta narracion, rogué al maestro de postas que examinase los pies de sus dos caballos por temor de que no le sucediese en el camino el mismo percance que al caballo de San Jorge. Despues, concluida aquella inspeccion, marchamos á trote largo por uno de aquellos caminos enarenados como las calles de un jardin inglés y que surcan el Piamonte desde la ocupacion francesa.

Es imposible el soñar por peristilo de la Italia un camino mas encantador: por medio de una llanura de dos leguas que parecen aun mas frescas y graciosas despues del terrible valle de Gondo, se llega á Villa, porque como se ve todos los nombres de ciudades acaban por una dulce vocal. Despues las blancas casas suceden á las grises cabañas, los techos ceden su lugar á los terrados; las parras trepan alrededor de los árboles del camino, atraviesan la carretera y se mecen en columpio. En lugar de las aldeanas rústicas del Vallés, se encuentran á cada paso lindas vendimiadoras de color pálido, ojos aterciopelados, y rápido y dulce hablar. El cielo es puro, el aire tibio y se reconoce, como dice el Petrarca, á la tierra querida de Dios; la tierra santa; la tierra feliz, que ni las invasiones de los bárbaros, ni las discordias civiles, ni la cólera de los volcanes, han podido despojar de los dones que ha recibido del cielo. Una cosa, sin embargo, se oponia á que las apreciase en toda su estension: estaba solo.

Es una cosa muy triste el ir en un viage solo, el no tener á nadie con quien compartir nuestras emociones de alegría ó de temor. Asi pasé delante del valle de Anzasca, casi sin detenerme, y sin embargo, en el fondo de sus sinuosidades, sobre sus verdes colinas se levanta cual el gigante encargado de velar sobre aquellos jardines encantados, el Monte Rosa, el Adamastor de la Italia. Una legua mas allá, al acercarse á Fariolo y mientras que miraba á mi derecha una de aquellas últimas hijas de los Alpes que van á morir degenerando en colinas y montecillos á las orillas de los lagos que tiñen con su sombra, oí desprenderse de lo alto de la montaña una cosa parecida á un grano de arena que vino rodando por las cuestas, saltando por encima de los barrancos, creciendo siempre á medida que se acercaba y terminó por cambiarse en un peñasco que pasando con el estrépito del rayo, y semejante á una gran mole de piedras atravesó el camino á treinta pasos del carruage y llegada al fin de su fuerza de impulsion fué á detenerse contra un olmo que tronchó: casi envidié al postillon que habia tenido miedo por sus caballos.

Esperar ó temer por otro, es la única cosa que da al hombre el sentimiento completo de su propia existencia.

Llegaba á las orillas del Lago Mayor á la caida de la tarde y me detuve en Baveno en una encantadora posada de granito rosa, y rodeada de laureles. Por fuera era un palacio encantado: por dentro era una posada italiana.

Una posada italiana es aun una habitacion bastante tolerable en verano; pero en invierno, atendiendo á que no hay ninguna precaucion tomada contra el frio, es una cosa de que no se puede formar idea alguna. Se llega helado, se baja del carruage, se pide un cuarto, el dueño de la posada, sin incomodarse en su siesta, hace seña al mozo de que os acompañe. Le seguis con la confianza de que vais á encontrar un abrigo; ¡qué horror! entrais en una enorme pieza de blancas pare-

des, cuyo solo aspecto os hace tiritar de frio. Recorreis vuestra nueva habitacion con la vista, y se detiene esta al fin en un pequeño paisage al fresco que representa á una muger desnuda en equilibrio sobre la punta de un arabesco, solo con verla tiritais; volveis la vista hácia la cama y la veis cubierta con una especie de chal de algodon y una colcha de muselina blanca. Entonces dais diente con diente. Buscais por todas partes la chimenea: el arquitecto la ha olvidado. Es preciso tomar vuestro partido. En Italia no se sabe qué cosa es fuego: en verano se calientan al sol, y en invierno al calor del Vesubio: pero como es de noche, y os hallais á ochenta leguas de Nápoles, os apresurais á cerrar las ventanas Terminada esta operacion, reparais en que los cristales están rotos, tapais uno con vuestro pañuelo arrollado á modo de tapon, y cerrais el otro con una tohalla estendida como una vela. Os creeis al fin atrincherado contra el frio; tratais entonces de cerrar la puerta, pero la cerradura falta: arrimais contra ella la cómoda y os empezais á desnudar. Apenas os habeis quitado la levita sentís ya un atroz viento colado; son los tableros que han hecho movimiento, y no tocan ni arriba ni abajo; entonces descolgais las cortinas de las ventanas y con ellas haceis unos rollos; luego cuando todo está bien calafateado, ó cuando á lo menos lo creeis, dais una vuelta por vuestro aposento con la luz. Una última corriente de aire que no habiais todavía sentido os la apaga en las manos. Buscais una campanilla; no la hay: golpeais con el pie para hacer que suba alguno, pero el piso da sobre una cuadra. Volveis, pues, á quitar la cómoda, sacais las cortinas de las rendijas, volveis á abrir la puerta y llamais: trabajo perdido, todo el mundo duerme, y cuando se duerme nadie se despierta en Italia. A los viageros toca el procurarse ellos mismos lo que necesitan..... Y como todo bien calculado, lo qué mejor hay que hacer es irse á la cama, la alcanzais á ientas, os acostais sudando de impaciencia, y os despertais yerto de frio.

En verano es otra cosa: todos los inconvenientes que acabamos de mencionar desaparecen para dar lugar á uno solo; pero este solo vale por todos: los mosquitos. No hay punto en donde no hayais oido hablar de este pequeño animal, que habita particularmente en las orillas del mar y de las lagunas y estanques; son para nosotros los mosquitos del Norte, lo que la víbora es en comparacion á la culebra.

Desgraciadamente, en lugar de huir del hombre y esconderse en los parages mas desiertos, como aquella, gusta de la civilizacion, la sociedad le alegra, y le atrae la luz: en vano cerrais, pues entra por los agujeros y por las rendijas y grietas. Lo mas seguro es pasar las horas de la noche en un cuarto distante de aquel en que se ha de dormir, y luego en el mismo instante de irse á acostar apagar la luz y lanzarse velozmente á la otra pieza. Desgraciadamente tiene el mosquito los ojos del buho y la nariz de la hiena; os ve en la oscuridad y os sigue la pista cuando, para estar mas seguro de su presa, no se ha colocado ya sobre vuestros cabellos. Creeis entonces haberle engañado, y os vais á tientas hácia vuestra alcoba, derribando en la oscuridad un velador cargado de tazas viejas de porcelana, que os harán pagar por nuevas al dia siguiente; dais un rodeo para no cortaros los pies con los cascos; alcanzais la cama, levantais con precaucion el mosquitero que la rodea, os deslizais cual una serpiente entre vuestras sábanas, y os dais el parabien de que, merced á este cúmulo de precauciones, os habeis proporcionado una noche tranquila; el error es dulce pero corto. Al cabo de cinco minutos, ois un pequeño zumbido alrededor de vuestro rostro; tanto valdria oir el rugido del tigre ó del leon: os habeis encerrado con vuestro enemigo, preparaos á un duelo encarnizado: esa trompeta que suena, es la de un combate á muerte. Bien pronto cesa el ruido, este es el momento terrible; vuestro enemigo se ha posado ¿dónde? no lo sabeis: la estocada que va á daros no tiene quite: de repente sentis la herida, llevais á ella velozmente la mano, pero vuestro adversario ha sido aun mas listo, y esta vez le ois cantar victoria. El zumbido infernal rueda en torno de vuestra cabeza con circulos fantásticos é irregulares, en los que intentais en vano cogerle; despues cesa el ruido por segunda vez. Entonces vuelve á comenzar vuestra angustia y echais las manos á todos los puntos donde no está; hasta que un nuevo dolor os señala donde se encontraba, si, donde se encontraba; porque en el instante mismo en que creeis haberle aplastado como á un escorpion sobre la herida, el atroz zumbido vuelve á comenzar: esta vez os parece una carcajada diabólica y burlona; respondeis á ella por un rugido concentrado, y os preparais á sorprenderle en cualquier punto que se pose: ensanchais ambas manos, las dais toda la estension de que son susceptibles, y presentais la megilla á vuestro adversario, quereis atraerle sobre aquella superficie carnosa, que abrazaria tan exactamente la palma de vuestra mano. Cesa el zumbido, y conteneis la respiracion, suspendeis los latidos de vuestro corazon y creeis sentir hundirse la acerada trompa en mil puntos diferentes; de repente el dolor se fija en el párpado, nada calculais, y no pensais mas que en la venganza, os aplicais sobre el ojo un puñetazo, capaz de atronar á un buey; os hace ver cien mil centellas, pero nada importa si ha muerto el vampiro; asi lo esperais por un instante y dais gracias á Dios de que os haya concedido la victoria. Un minuto despues comienza de nuevo el satánico zumbido: oh! entonces salis de vuestras casi-

llas, vuestra imaginacion se acalora, vuestra cabeza se exaspera, y saltando de vuestra cama, no tomais ya ninguna precaucion contra el ataque y os levantais del todo, con la esperanza de que vuestro antagonista cometerá alguna imprudencia: os sacudis el cuerpo con ambas manos, como el labrador que golpea las gavillas de mies, y luego en fin, despues de tres horas de lucha, sintiendo que vuestra cabeza se desvanece y que vuestro espíritu se estravia hasta el punto de volveros loco, volveis á caer aniquilado, rendido de la fatiga y muerto de sueño. Al fin os adormeceis. Vuestro enemigo os concede una tregua, está harto: el moscon hace gracia al leon; el leon puede dormir.

Al dia siguiente os despertais; ya es muy de dia, la primer cosa que veis, es vuestro infame mosquito agarrado á la cortina, con el cuerpo henchido y colorado con lo mas puro de vuestra sangre: esperimentais un movimiento de deliciosa alegría, acercais la mano con precaucion, y le aplastais á lo largo de la pared como Hamlet á Polonio, pues está ebrio de tal modo que ni aun trata de huir. En este momento entra vuestro criado, os mira estupefacto y os pregunta que es lo que teneis en el ojo; os haceis traer un espejo, os mirais y no os conoceis: ya no sois vos mismo, sois una cosa monstruosa, una cosa como Vulcano, como Caliban, como Cuasimodo.

Felizmente yo llegaba á Italia en una buena estacion: los mosquitos se habian ya marchado, y las nieves no habian llegado todavia. No vacilé en abrir de par en par mi ventana: daba sobre el lago; raras veces he visto un espectáculo mas encantador.

La luna se alzaba detrás de Lugano en medio de una atmósfera tranquila y límpida, subia al horizonte como un globo de plata, á medida que subia iluminaba el paisage con su pálida luz: en lontananza figuraba confusamente, en medio de objetos desconocidos y sin forma, á los que no podia yo dar un nombre, no sabiendo si eran nubes, montañas, aldeas ó vapores. Las montañas que costean el lago, se estendian entre mí y ella como un gigantesco biombo, cuyas cimas centelleaban cual si estuviesen coronadas de nieve, y cuyos costados y base cubiertas de sombra, descendian hasta el lago y oscurecian las olas, en las que se reflejaba: en cuanto á lo restante de la inmensa sábana clara y límpida, parecia un espejo de azogue; en medio del agua se levantaban, como tres puntos sombrios, las tres islas Borromeas, que destacándose á la vez sobre el cielo y sobre el agua, parecian negras nubes enclavadas sobre un fondo azul estrellado de oro.

Debajo de mi ventana se prolongaba, hasta el camino, un terrado cubierto de flores; bajé á él, á fin de gozar mas completamente de aquel espectáculo, y me hallé en un bosque de rosales, granados y naranjos: rompí maquinalmente algunas ramas floridas, dejándome dominar de aquel sentimiento melancólico, que toda organizacion impresionable esperimenta en medio de noche hermosa, tranquila y silenciosa, y cuya religiosa y solemne serenidad no viene á perturbar ningun humano ruido: en medio de aquella quietud de la naturaleza, me parecia que el tiempo, adormecido como los hombres, cesaba de andar, que la vida se detiene y reposa, que las horas de la noche dormitaban con las alas replegadas, que no se despertarian hasta el dia, y que solo entonces únicamente el mundo continuaria envejeciendo.

Permaneci casi una hora, todo entregado á aquel espectáculo, dirigiendo alternativamente mis ojos sobre el cielo y sobre la tierra, y sintiendo subir del lago una frescura nocturna y deliciosa. De el fondo de un grupo de árboles, cuyos pies se bañaban en el agua, y cuyas copas, poco elevadas, pero espesas, se destacaban sobre un fondo plateado, un pajarillo cantaba por intérvalos como el ruiseñor de Julieta; el argentino sonido de su voz se detenia de repente al fin de un gorgorito, y como su canto era el único sonido que velaba, asi que acababa de cantar todo volvia á quedar mudo en el silencio; diez minutos despues volvia á continuar su himno, sin motivo alguno para volverlo á empezar, como no lo habia tenido para interrumpirlo: aquella voz tenia un no sé qué de fresco, de nocturno y de misterioso, perfectamente acorde con la hora y con el paisage: era una melodiá que debia ser escuchada como yo la escuchaba, á la claridad de la luna, al pie de las montañas y á la orilla de un lago.

Durante un intérvalo de silencio, distinguí el lejano rodar de un carruage, que venia del lado de Domo d' Ossola, y me recordaba que habia otros seres mas que yo y el pajarillo que cantaba para Dios; en aquel momento volvió á seguir su armoniosa plegaria, y no pensé mas que en escucharle: despues cesó su canto y oí de nuevo el ruido del carruage mas cercano. Venia rápidamente, pero no tan rápidamente todavía que mi melodioso vecino no pudiese volver á comenzar su concierto; pero esta vez, apenas concluido, percibí al revolver del camino la silla de postas que distinguí por sus dos faroles brillantes en la oscuridad, y que avanzaba cual si hubiese tenido las alas de un dragon, cuyos ojos parecia tener. A doscientos pasos de la posada, el postillon se puso á chasquear estrepitosamente su látigo, para avisar su llegada: en efecto, oí algun movimiento en la cuadra, sobre la cual estaba mi cuarto: el carruage se detuvo debajo del terrado en que me hallaba.

La noche estaba tan hermosa, tan dulce y tan estrellada, aunque estábamos ya al fin del otoño, que los viageros habian bajado la capota de la carretela. Eran dos, un jóven y una jóven. La jóven envuelta en una capa,

tenia la cabeza caida y los ojos fijos en el cielo, sosteniéndola el jóven en sus brazos. En aquel momento salió el postillon con los caballos y la criada de la posada con luces: las acercó á los viageros, desde donde yo me hallaba oculto y escondido entre los naranjos y rosales que guarnecian el terrado, reconocí á Alfredo de N. y á *Paulina*

A Paulina, pero tan cambiada de cuando la vi en Pfeffers, á Paulina tan moribunda, que no era mas que una sombra; el mismo recuerdo que me habia pasado por la imaginacion se presentó de nuevo. Yo habia visto en otro tiempo á aquella muger bella y en la flor de su edad, hoy tan pálida, tan ajada: iba sin duda á buscar á Italia una atmósfera mas dulce, un aire mas vivificante y la eterna primavera de Nápoles ó de Palermo. No quise contrariarla ofreciéndome á su vista, y sin embargo, deseaba que supiese que habia alguno que rogaba por su vida. Tomé, pues, una tarjeta de mi bolsillo, y escribí detrás con mi lapicero. *Dios guarde á los viageros, consuele á los afligidos, y cure á los dolientes.* Puse mi tarjeta en el ramillete que habia cogido, y dejé caer el ramo sobre las rodillas de Alfredo, que se inclinó hácia el farol de su carruage para examinar el objeto que de tal modo llegaba á él. Miró mi tarjeta, reconoció mi nombre, leyó mi plegaria, despues, buscando con los ojos dónde podia estar, y no descubriéndome, hizo con la mano un signo de agradecimiento y de despedida; y viendo los caballos enganchados, gritó al postillon: ¡adelante! El carruage volvió á partir con la rapidez de una flecha, y desapareció á el primer ángulo del camino.

Escuché el ruido de sus ruedas hasta que se apagó, despues me volví hácia el lado donde cantaba el pájaro, pero esperé en vano.

Tal vez era el alma de aquella pobre niña, que habia ya vuelto á subir al cielo.

LAS ISLAS BORROMEAS.

El siguiente dia al despertarme vi á la luz del sol el paisage que habia entrevisto la víspera á la claridad de la luna; todos los detalles perdidos entre las masas de sombras, se me ofrecian distintamente á la luz del dia; la isla Superior con su poblacion de pescadores y bateleros, la isla Madre con su *villa* toda cubierta de verdura, la isla Bella, con su monton de columnas, sobrepuestas las unas á las otras, en fin, la orilla opuesta del lago donde van á terminar las montañas de los Alpes y donde comienzan las llanuras de la Lombardia.

Hace ciento y cincuenta años aquellas islas no eran mas que rocas desnudas, cuando le ocurrió al conde Vitaliano Borromeo trasportar á ellas tierra, y mantener aquella tierra como en una caja por medio de paredes y estacas. Terminada aquella operacion sembró el noble príncipe aquel suelo ficticio de oro, como el labrador siembra con grano, é hizo nacer allí árboles, poblaciones y palacios. Magnífico capricho del millonario que ha querido tener como Dios un mundo creado por él.

El mozo de la posada vino á avisarme que me esperaban dos cosas; mi desayuno y mi barca: me dirigí á lo mas urgente.

Me habian servido mi almuerzo en el comedor comun; como casi todos los comedores de Italia, estaba pintado de ocre amarillo con algunos arabescos, que representan pájaros y langostas, y tenia ademas un adorno particular bastante original para que lo pase en silencio. Era el retrato del dueño de la posada, *il signor Adami*, en trage de oficial de la guardia nacional piamontesa, llevando debajo el brazo un libro titulado: *Manual del teniente de infanteria.* Aquella inesperada sorpresa me causó gran placer; yo creia que semejantes muestras se hallaban únicamente en la calle de Saint-Denis.

Al primer bocado que tomé, cesó mi admiracion y vi que era muy natural que el signor Adami se hubiese hecho retratar de oficial: era evidente que el teniente se ocupaba mucho mas de su compañía que el posadero de sus marmitones.

Este descubrimiento me desesperó tanto mas cuanto que estaba resuelto á permanecer ocho dias en Baveno. Pedí hablar á mi huésped á fin de esplicarme inmediatamente con él sobre mi futuro alimento. Respondieron que estaba en Arona á asuntos del servicio. Bajé á mi barca, y dí órden á los barqueros de conducirme á la isla de los Pescadores.

Queria adquirir la certidumbre de que podria proporcionarme pescado fresco todos los dias.

Resolví afirmativamente esta duda, y visité la isla con alguna tranquilidad.

Es una encantadora chanza que se parece en pequeño á un pueblo, y tiene casas, calles, una iglesia, un cura y monacillos.

Las redes, que forman la única riqueza de sus doscientos habitantes, se hallan estendidas delante de todas las puertas.

Nos reembarcarmos y nos hicimos á la vela para la isla Madre. De lejos es una masa de verdura, en medio de una ancha taza de agua, está toda plantada de pinos, cipreses y plátanos. Sus espaldares están cubiertos de cidras, naranjos y granados: sus alamedas pobladas de faisanes, codornices y pintadas, resguardada por todos lados del frio y abriéndose como una flor á todos los rayos del sol, permanece siempre verde aun cuando las

montañas que la rodean blanqueen bajo las nieves del invierno El guarda del palacio, me cortó una carga de cidras, naranjas y granadas que hizo llevar á mi barca. No habia visto, lo confieso, sin inquietud por mi bolsillo, aquel esceso de hospitalidad, asi es, que al volver á mi barca pregunté á mis marineros cuanto debia dar á mi *cicerone*; pero me dijeron que mediante tres francos se tendria por muy satisfecho. Díle cinco, en cambio de los cuales deseo á *mi Excelencia* toda suerte de felicidades. Bajo estos felices auspicios nos volvimos á poner en camino.

A medida que adelantábamos hácia la isla Bella, veíamos salir del seno del lago sus diez terrados sobrepuestos los unos á los otros. Esta es sino la mas bella de las islas de aquel pequeño archipiélago, á lo menos la mas curiosa. El mármol y el bronce, como tambien todo lo demas, está labrado al gusto del tiempo de Luis XIV: un bosque completo de árboles magníficos, un bosque de álamos y de pinos, esos gigantes de dulce murmullo que al menor viento hablan un poético lenguaje, que comprenden sin duda el aire y las olas, puesto que les responden en el mismo idioma, se levanta sobre arcos de piedra que bañan sus pies en el lago, pues la isla toda entera está encerrada en un inmenso círculo de granito, cual un naranjo en su caja.

Llegamos á ella, echamos pie á tierra en medio de un jardin de flores estrañas y preciosas, destinadas todas á establecer colonias de semillas y de tallares, bajo aquella feliz esposicion. Cada terrado es un platabanda ó bancal embalsamado de diferentes perfumes, en medio del cual domina siempre el del naranjo y poblado de dioses y de diosas. El último está coronado por un Pegaso y un Apolo. Toda aquella ninfería es de una rabiosa antigüedad llena de amaneramiento y mal gusto.

De los terrados, bajamos al palacio: es una verdadera *Villa Real* llena de frescura y de agua; hay galerías de cuadros bastante notables: tres aposentos, en los cuales uno de los príncipes Borromeos ha dado hospitalidad al caballero Tempesta, que en un movimiento de celos, habia matado á su muger, y de quien el reconocido artista se hizo un vasto album que ha cubierto de pinturas maravillosas: en fin, un palacio subterráneo, todo de conchas como la gruta de un rio, y lleno de náyades con urnas vueltas hácia abajo, de las que corre abundantemente un agua fresca y pura.

Este piso da sobre el bosque, pues el jardin es un verdadero bosque lleno de sombra, á través del cual, por los claros, descubre la vista los sitios mas pintorescos del lago. Uno de los árbeles que componen aquel bosque, es histórico: es un magnífico laurel grueso como el cuerpo de un hombre, y de una altura de sesenta pies. Tres dias antes de la batalla de Marengo comia un hombre bajo su sombra: en el intérvalo del primer servicio al segundo aquel hombre de corazon impaciente cogió su cuchillo y escribió en el árbol contra el cual estaba apoyado, la palabra *Victoria*: esta era entonces la divisa de aquel hombre que no se llamaba todavía mas que Bonaparte, y que por su desgracia se ha llamado mas tarde Napoleon.

No queda ya huella ni de una sola letra de aquella palabra profética: cada viagero que pasa, se lleva una partícula de la corteza en que estaba escrita, y hace cada dia al laurel una herida mas profunda, de la que acabará por morir tal vez.

Al Norte del bosque encontré unas casitas de pescadores y de barqueros, en medio de las que se eleva una posada. El recuerdo de mi almuerzo, me hizo creer entonces haber hecho un buen hallazgo.

Hice despertar al posadero para informarme de cuanto me llevaria por pasar ocho dias en su casa, y me pidió una cosa como cien escudos. Me hubiera sido mas corto y mas barato el alquilar el palacio Borromeo al príncipe mismo: por consiguiente, le pedí perdonase el haberle despertado, y le invité á que se volviese á acostar.

En su consecuencia volví á meterme en mi embarcacion, y mandé dirigir la proa hácia la posada del *Signor Adami*.

Por la tarde volvió de Arona: fuera de su manía por la Guardia Nacional, que le he perdonado fácilmente despues, por comparacion con la de nuestros frenéticos de París, á quienes no conocia entonces como ahora, era un hombre escelente: pronto nos arreglamos respecto al precio por ocho dias; me dió un cuarto con ventanas al lago, saqué mis libros de la maleta y me instalé.

Hice en aquella pequeña posada, ante el pais mas hermoso del mundo, en medio de una atmósfera embalsamada, bajo un cielo azul, los mas malos artículos que jamás he enviado á la *Revista de ambos mundos*.

Se necesita para un trabajo feliz, cuatro paredes y no horizonte: cuanto mas grande es el paisage, mas pequeño es el hombre.

Mi huésped era tan escelente muchacho, que no tuve valor para hacerle, durante aquellos ocho dias, ninguna observacion sobre el servicio de su posada, y me contenté al marchar, con sustituir al título del libro, que su efigie guerrera llevaba debajo del brazo, el de otro mas confortable: *Arte de cocina.*

Espero que se habrá aprovechado del aviso en pro de mis sucesores.

Mediante la cantidad de diez francos que dí á mis barqueros, y un viento favorable que Dios me envió gratis, en cuatro horas estuve en Arona.

LA ÚLTIMA ASCENSION.

Arona es una de las poblaciones mas encantadoras, entre las que dominan el Lago Mayor, y se detendria allí uno nada mas que por la perspectiva que se descubre desde las ventanas de la fonda, sino se sintiese mas poderosamente atraido por la curiosidad que inspira el coloso de San Cárlos.

Porque en Arona fué donde nació, en 1538, el famoso arzobispo de Milan, el cardenal Borromeo, que por el uso que hizo de sus riquezas, con las cuales fundó establecimientos de beneficencia, y por la abnegacion con que espuso su vida en la peste de 1576, mereció en vida el título de santo, que fué ratificado despues de su muerte.

Así es que se ha apoderado de todos los recuerdos de la poblacion. Visité primero la iglesia donde se halla su sepulcro: aquel monumento es ya uno de esos templos de Italia coquetamente adornados, de los que Nuestra Señora de Loreto es una especie de copia, y que á nosotros, hombres del Norte, acostumbrados á las piedras grises de nuestras catedrales, nos parecen tan lujosos. Entré en él en el momento en que acababa de concluirse una misa de difuntos; llamé á un largo y delgado sacristan, que apagaba, con su apagador, una docena de hachas que ardian alrededor de un féretro vacío: me hizo señal de que inmediatamente que concluyese su tarea vendria: para no perder tiempo me puse á examinar algunos cuadros de Ferrarí y de Appiani que guarnecen las capillas laterales; ni unos ni otros, aunque muy ponderados á los estrangeros, me parecieron gran cosa.

El sacristan habia apagado los cirios, se vino hácia mí y me llevó á una capilla subterránea en la que descansa el cuerpo de San Cárlos Borromeo. Su esqueleto está recostado en una urna, revestido con sus ornamentos episcopales, con las manos cubiertas de guantes morados, la mitra en la cabeza, y una máscara de vermeill sobre la cara. Toda la capilla es de mármol negro, con adornos de plata maciza. En un pequeño armario al lado de la urna, se hallan encerradas á título de reliquias las sábanas ensangrentadas, sobre las cuales se hizo la auptosia del santo, muerto á la edad de cuarenta y seis años de una tisis pulmonal.

El arzobispo de Milan, es uno de los últimos santos canonizados por la corte de Roma. En 1610, veinte y seis años no mas despues de su muerte, Paulo V ratificando el culto general que se habia tributado á su sepulcro, le convirtió en altar: así es que en torno de aquella existencia casi contemporánea no se encuentra ninguna de las antiguas leyendas del martirologio. Lo que fué un prolongado milagro, fué la misma vida de San Cárlos: nacido en medio de los desórdenes civiles y religiosos, y viviendo en medio de la corrupcion de la prelatura italiana, fué el restaurador obstinado de la displina eclesiástica, de la cual dió él mismo el ejemplo por su austeridad. Durante sus estudios en Milan y en Pavía, como en otro tiempo en Atenas San Basilio y San Gregorio Nacianceno, no conoció otras calles que las dos que dirigian la una á la iglesia, y la otra á las escuelas públicas. A los doce años obtuvo una de las mas ricas abadías de Italia: era patrimonio de su familia: á los catorce un priorato que renunció en él el cardenal de Médicis su tio, al subir al trono pontifical bajo el nombre de Pio IV: en fin, á los veinte y tres años era cardenal.

Entonces fué cuando colmado de los mas ricos beneficios de la Lombardía, revestido de los primeros títulos de la gerarquía eclesiástica, y rodeado de aquellas seducciones mundanas á las que cedian en aquella época hasta los mismos soberanos pontífices, hizo tres partes de su hacienda, la una para los pobres, la segunda para la iglesia, y la tercera para su casa. Un desprendimiento tan grande y una vida tan cristiana le habian adquirido ya el amor de todos, cuando un acontecimiento añadió á aquel sentimiento el de respeto: un dia que el santo prelado estaba en oracion en la capilla arzobispal, entró en la iglesia un asesino; este era un religioso de la órden de los humillados, órden cuyos escesos habia atacado San Cárlos. Acercóse el asesino al oficiante, y en el momento en que se cantaba aquella antífona: *Non turbetur cor vestrum, neque formidet,* le tiró á quemaropa un arcabuzazo. San Cárlos se cayó sobre sus manos por la conmocion, se levantó, y aunque se creia herido de muerte, ordenó que continuase el oficio divino, ofreciéndose por aquella vez en sacrificio á los fieles en lugar del Hijo de Dios. Terminado el oficio, se puso en pie San Cárlos, y la bala detenida en sus ornamentos episcopales, cayó al suelo; aquel suceso fué considerado como un milagro.

Algun tiempo despues estalló la peste en Milan. San Cárlos se trasladó inmediatamente allí con toda su casa, á pesar de las representaciones de su consejo, y permaneció durante seis meses en el centro del contagio, llevando á la cabecera de todos los moribundos abandonados por el arte, los consuelos de su palabra: entonces vendió aquella tercera parte de bienes que habia reservado para sí mismo, la capilla de oro y plata, y los vestidos, muebles, estátuas y cuadros: despues, cuando nada tuvo que dar á los pobres y moribundos, pensó en ofrecerse él mismo á Dios como una víctima espiatoria: do quiera donde el azote se mostraba mas cruel y encarniza-

do se presentaba con los pies descalzos, una soga al cuello, y la boca pegada á los pies de un crucifijo, rogando al Señor con lágrimas tomase su vida en cambio de la de aquel pueblo que de tal modo afligia. En fin, sea que hubiese llegado el término del azote ó que las oraciones del santo hubiesen sido oidas, la cólera de Dios volvió á subir al cielo.

Apenas salió de aquella larga prueba volvió Cárlos á emprender el curso de su vida pastoral, pero Dios habia aceptado el sacrificio ofrecido: sus fuerzas se hallaban agotadas; se le declaró una tisis pulmonal, y en la noche del 3 al 4 de noviembre de 1584 el santo enviado terminó su laboriosa carrera.

Cinco años despues los habitantes de las orillas del lago, unidos á la familia de San Cárlos, le votaron una estátua colosal, cuya ejecucion se confió al célebre Cerani: se abrió un plano en un cerro inmediato á la poblacion, donde se elevó un pedestal de treinta y cuatro pies, y sobre aquella esplanada y aquel pedestal, se colocó la estátua del santo; esta estátua tiene noventa y seis pies de altura.

Queria el sacristan enseñarme aquella maravilla, y yo por mi parte no deseaba menos el visitarla: nos pusimos en camino, y desde lejos divisamos al santo obispo dominando el lago, teniendo su libro debajo del brazo, y dando con la otra mano la bendicion episcopal á la ciudad en que habia nacido.

Las proporciones de aquella estátua están tan en armonía con las gigantescas montañas sobre las que se destaca, que á primera vista y á cierta distancia parece solo de una estatura regular, y solo al irse aproximando crece y se agranda desmesuradamente, y todas sus partes toman proporciones reales y verdaderas. En tanto que estaba ocupado en examinar el coloso, en uno de cuyos dedos acababa de posarse un cuervo, cuya magnitud parecia apenas la de un gorrion, el sacristan apoyó una inmensa escalera contra el pedestal, y subiendo los tres ó cuatro primeros escalones me invitó á seguirle.

El lector sabe mi poca aficion á las ascensiones aéreas, por lo tanto, no se admirará de que antes de aventurarme á seguirle, preguntase á donde iba. Iba á la cabeza de San Cárlos

Por muy curiosa que pareciese aquella visita interior, sentia yo muy pocos deseos de hacerla: aquella escalera larga y flexible, que debia llevarme á un pedestal sin barandilla, me parecia un camino bastante espuesto para un viagero tan propenso á los mareos como yo. Ademas, llegado al pedestal, no me hallaba mas que á la cuarta parte de mi ascension, y no veia de ninguna manera con que máquina podria llegar al término indicado. Hice esta observacion á mi sacristan, que me enseñó bajo un pliegue del manto de la estátua, una especie de abertura que daba entrada al interior: me dijo, que encontraria allí una escalera sumamente cómoda; todo el embarazo estaba en trepar hasta la plataforma del pedestal: hice todavía algunas observaciones sobre los riesgos del camino; pero mi guia conociendo que yo desmayaba, insistió con nueva fuerza. Entonces la vergüenza me impidió retroceder donde este sacristan caminaba tan firme, le hice seña de que continuase subiendo y le seguí tan de cerca, que llegamos casi al mismo tiempo al pedestal. Ya era tiempo: las montañas, la poblacion y el lago comenzaban á dar vueltas de un modo desordenado: tanto que no tuve tiempo mas que para cerrar los ojos, agarrarme á un paño del vestido del santo, y sentarme en el dedo pequeño de su pie izquierdo. Gracias á este asiento mas tranquilo, sentí muy pronto calmarse el zumbido de mis oidos, adquirí la conviccion de la inmovilidad de la base sobre que descansaba, y conociendo que habia vuelto á tomar mi centro de gravedad, me aventuré á volver á abrir los ojos. Encontré las montañas, el lago y la poblacion en su sitio acostumbrado: nada faltaba sino el sacristan, miré hácia todos lados; pero habia desaparecido completamente: le llamé, no me respondió. Decididamente aquel hombre habia sido creado y venido al mundo para hacerme rabiar.

Me puse á buscarle, pensando que trataba de jugar al escondite y que lo hallaria oculto en algun pliegue del ropage de aquel bronce colosal, y comencé en consecuencia á dar vueltas alrededor de la estátua: la cosa era fácil sobre los lados; pero al dar la vuelta me encontré con la cola de su trage arzobispal y fué necesario aventurarme sobre sus arrugas, que cubrian el pedestal. En fin, tan pronto colgándome de las manos, tan pronto andando de pies, tan pronto arrastrándome á gatas, llegué á pasar sin accidente alguno aquel mar de bronce y poner por fin el pie en su orilla de granito. No me habia engañado: mi perillan me esperaba á la mitad del camino de una escalera de cuerda que se introducia por bajo un paño del vestido del santo y conducia á lo interior de la estátua. Púsose á reir al verme, gozoso de la chanza que me habia dado, chanza que sospecho renueva cada vez que un viagero inocente tiene la imprudencia de seguirle. En efecto, bien hubiese podido haber colocado desde luego la escalera de madera frente de la de cuerda; pero parece que deseaba hacerme en todos sus detalles los honores de su arzobispo: jamás he visto un eclesiástico mas travieso ni menos penetrado de la dignidad de su trage.

Por lo demas, no le manifesté rencor alguno por su buen humor, antes me aproximé á él muy contento, y tomándolo á broma me agarré á el por una pierna.

Entonces comenzó nuestra segunda ascension, que aunque de ocho ó diez pies única-

mente, no era la mas cómoda; sin embargo, salí de ella muy bien, gracias al punto de apoyo que me habia proporcionado, y á pocos instantes me hallaba ya en el interior del santo.

Mi primer cuidado fué buscar por todos lados, á la luz que venia de lo alto, la prometida escalera; pero entonces fué cuando comprendí el lazo en que me habia hecho caer: el solo y único medio de ascension que habia era una especie de escala formada por una multitud de barras de hierro, atravesadas como los palos de una jaula, y destinadas á sostener aquella enorme masa. Mi aturdimiento me hizo soltar la presa; apenas hube cometido aquella imprudencia, cuando mi sacristan saltó sobre el primer travesaño, y trepó de barra en barra como una ardilla por las ramas de un árbol. Entonces me dió rabia por haber sido de tal manera burlado por una especie de rata de iglesia, de modo que olvidé mareos y vértigos, y me puse á perseguirle con menos destreza pero con mas fuerza; ya iba á alcanzarle cuando desapareció segunda vez en una especie de caverna, que abria sobre nuestro camino una sombria boca de veinte pies de elevacion y cinco ó seis de latitud. Como no sabia yo á donde iba á parar, me paré y me puse á caballo sobre mi barra de hierro, para guardar la entrada, resuelto á atraparle á su salida y á no soltarle mas.

Á fuerza de mirar en aquel abismo, mis ojos se acostumbraron á la oscuridad. Entonces divisé á mi guia, á quien no sabia ya que nombre dar, pues tentado estaba de creerle alguno de aquellos seres fantásticos, de que nos habla Hoffmann, paseándose tranquilamente por una especie de corredor en cuesta, y haciéndose aire voluptuosamente con su pañuelo. Desde que vió que yo le habia descubierto:

—¿Y bien? me dijo: ¿no venis á descansar un instante? estamos á la mitad del camino.

Á la vez me ofrecia una cosa buena y me daba una noticia escelente, asi sentí mi cólera desvanecerse para dar lugar á la curiosidad. Nuestro viage, fuera de las dificultades, que comenzaban á parecerme menos insuperables, tenia cierta originalidad. Adopté pues el partido de considerarle bajo el punto de vista instructivo y pintoresco, y en su consecuencia me agarré á la barra que estaba encima de mí, puse el pie izquierdo en la que me servia de caballo y salté con el pie derecho al hoyo, en que me aguardaba mi compañero de gimnástica.

—¿Dónde diablos estamos? le dije despues de haber tratado en vano de darme cuenta de las localidades.

—¿Dónde estamos?

—Sí.

—Estamos en el libro de San Cárlos.

—¡Toma! ¡toma! ¡toma!

En efecto, aquel misal que desde abajo me habia parecido un tomo en folio regular, tenia veinte pies de altura, diez de longitud y cinco de ancho.

Descansé un instante apoyado contra su encuadernacion de bronce, despues arrastrado por la curiosidad pedí el primero á mi guia continuar el viage.

Como he dicho, comenzaba á hacerme á las dificultades del camino, y asi es que llegué muy pronto á la abertura practicada en la espalda del santo, que tiene la dimension de una ventana ordinaria y se abre hácia el camino que habia yo seguido aquella misma mañana al venir de Baveno. Detúveme, pues, un solo instante para contemplar el paisage, y continué despues mi camino. En cuanto al sacristan, habia ya llegado arriba hacia mucho tiempo, y yo como los desollinadores en lo alto de las chimeneas, le oia sin verle, cantar su cántico de gracias. Lo que me impedia descubrirle, era la estrechez del camino, producida por el cuello de la estátua: pasado este me encontré, al salir de la laringe, en una inmensa cúpula iluminada por dos aberturas que corresponden á las de las orejas del santo, en medio de las cuales mi sacristan, con las piernas colgando, estaba irreligiosamente sentado en la nariz de San Cárlos.

Ademas debo hacerle esta justicia, que apenas me presenté, me ofreció su lugar; pero como yo soy mas respetuoso para las cosas santas que muchos que viven de ellas, lo rehusé sin decirle el motivo de mi negativa, que de seguro no hubiera comprendido.

Entonces me contó no sé qué comida de doce cubiertos que se habia dado en la cabeza del arzobispo; los cocineros estaban en el libro, y los criados en el brazo derecho. Todo esto se parecia mucho á la historia de Gulliver en la isla de los gigantes.

Viendo que me negaba obstinadamente á sentarme en las narices de San Cárlos, me invitó á mirar por su oreja izquierda, esto era ya otra cosa, y no olia á sacrilegio, por lo que no puse dificultad en pasar mi cabeza por el *Was ist das*.

Mi sacristan tenia razon, porque desde alli se descubre una magnífica vista: en el primer término el lago azul como el cielo y terso como un espejo: en el segundo las colinas cubiertas de viñas y el palacio de Angera con troneras, y despues en lontananza prolongándose entre los Apeninos y los Alpes las llanuras de la Lombardía que se dilatan hasta Venecia, y van á morir sobre las arenas del Lido. Quedé verdaderamente maravillado y como en éxtasis.

Volví á bajar al cabo de una hora sin pensar en el peligro del camino: llegado á lo bajo del pedestal me preguntó el sacristan si estaba aun enfadado con él, y le respondí poniéndole en la mano cinco francos

Mediante aquella retribucion se encargó de buscarme un barco, de modo, que en la

tarde misma llegué á Sexto-Calende, que es segun creo la primera poblacion del reino Lombardo-Veneto.

Encontré la posada toda revuelta: hacia ocho dias que un viagero francés habia llegado á ella en posta con una jóven tan enferma que no habia podido llegar á Milan: se habian visto forzados á detenerse en Sexto. Inmediatamente el jóven habia enviado un correo á Milan con órden de traer á toda costa al doctor Scarpa. Desgraciadamente el doctor Scarpa estaba moribundo, y habia destinado uno de sus comprofesores, el cual al llegar halló á la enferma sin esperanza de vida Dos dias despues habia muerto de una afeccion crónica del estómago y habia sido enterrada aquella misma mañana. El jóven despues de haberla tributado los últimos deberes habia vuelto al instante á salir para Francia.

Habia habido una circunstancia singular, En Italia se entierran los cadáveres en las iglesias en una huesa comun, cuya piedra se levanta á cada nuevo viagero que envia la muerte á su morada: aquella costumbre habia repugnado al marido, hermano ó amante de la difunta, porque no se sabia que vínculos los unian. En su consecuencia habia comprado una casa con jardin, el que habia hecho bendecir, enterrando do en él en medio de las flores y á la sombra de los naranjos y adelfas á su misteriosa compañera. En cuanto á su sepulcro era una simple piedra de mármol con un nombre encima.

Como la noche estaba hermosísima, pregunté sino se me podia acompañar á aquel jardin; el posadero me dió un guia, echó á andar delante de mí y lo seguí.

La casa comprada por mi compatricio, se hallaba situada fuera de la aldea, sobre una pequeña colina desde donde se descubre una parte del lago: los antiguos propietarios, que se habian reservado tres meses de término para desocuparla, me hicieron entrar sin dificultad en aquel jardin que se habia convertido en cementerio. Hice señal con la mano de que deseaba me dejasen solo, y como no tengo trazas de profanador de sepulcros, consintieron en ello.

Al principio caminé á la ventura por aquel pequeño jardin tan embalsamado, luego descubrí un grupo de limoneros hácia los que encaminé mis pasos: á medida que adelantaba, veia resaltar bajo su sombra la blancura de una piedra, y pronto reconocí que la forma de aquella piedra era la de un sepulcro, al que me aproximé, y bajándome á la luz de un rayo de la luna que se desprendia por entre los árboles que le daban sombra, leí esta sola palabra: *Paulina* (1).

(1) Un dia publicaré probablemente la historia de esta misteriosa jóven, que se me apareció tres veces corriendo hácia esta tumba, donde debia al fin abismarse para siempre; pero en este momento me lo vedan todavia algunas consideraciones sociales.

A la mañana siguiente el mozo de la posada, que yo habia enviado al correo con mi pasaporte, me trajo una carta que me obligó á salir inmediatamente para Francia. Cinco dias despues me hallaba ya en Paris.

Como no conocia de la Italia sino lo que habia visto por la oreja de San Cárlos Borromeo, hice al dejarla voto de volver á ella. Este voto es el que acabo de cumplir.

Sea esto dicho de paso para aquellos de mis lectores que tengan valor de seguirme en una nueva peregrinacion.

EPILOGO.

A fines de 1833, mi criado, á quien sin duda no le gustaban las boardillas de la calle de San Lázaro, me dijo tantas veces que mi habitacion no era á propósito para mí, que le dije al fin una noche que decia bien, y que estaba pronto á mudarme siempre que él se encargase de buscarme otra, y de verificar la mudanza de mis muebles, sin que tuviese yo que ocuparme de nada.

El dia siguiente por la mañana oí una grande disputa en mi comedor, me eché una bata y salí á ver qué era aquello. José disputaba con un mozo sobre el precio de la mudanza de mis cuadros y de algunos otros muebles. Al verme este último apeló á mi conciencia, y me preguntó si veinte y cinco francos era demasiado por el transporte de mis cuadros, mis libros y mis curiosidades á la calle Bleu, núm. 30.

—Parece, dije á José, que prefiero la calle Bleu á la de San Lázaro.

—Si, señor, me respondió; y habeis alquilado en ella esta mañana un cuarto principal que solo cuesta cien francos mas que este, que es un tercero.

—Bien está, pero te has de enterar el por qué se escribe la calle Bleu sin *e* (*Bleue*, azul),

—Si, señor.—Volví á entrar en mi cuarto, y me metí otra vez en la cama.

—Ya ves, dijo Francisco, que á vuestro amo no le parece esto tan caro.

—Bien está, tendrás tus veinte y cinco francos, pero te encargarás de saber por qué se escribe la calle de Bleu sin *e*.

—¿Y á quién se lo he de preguntar?

—Eso tú lo verás.

—Entonces procuraré averiguarlo, dijo Francisco.

El final de este diálogo me afirmó en una idea que me habia ocurrido hacia tiempo, y es que José hacia lustrar mis botas por el por-

tero y hacer los recados por Francisco, y que el único trabajo que le costaba esta parte de mi servicio, era el añadir á la cuenta del mes quince francos de portes de cartas que yo no habia recibido.

Seguramente que es muy incómodo el verse uno robado por su ayuda de cámara, máxime cuando le tiene á uno por un imbécil, lo que le lleva naturalmente á faltar al respeto, pero es todavía mas desagradable el mudar de un rostro al que está habituado uno por otro, al cual no se hace uno tal vez. Es preciso á lo menos un año para levantar la máscara que encubre una cara nueva, y eso aun suponiendo que no se tenga otra cosa en que ocuparse.

Por desgracia para mi bolsillo, y felizmente para José, me hallaba yo ocupado en aquel momento en otra cosa, que creo era el *Angelo*. Resolví, pues, continuar dejándome robar.

Acababa de tomar esta resolucion cuando oi una nueva disputa en la antesala.

—El señor no está, dijo José.

—¡Oh! bien lo sé, contestaba una voz que no me era desconocida, ya me habian advertido de que en París nadie estaba jamás en casa.

—El señor ha salido.

—¿Salido á las ocho? Eso seria bueno allá en nuestras montañas, pero en esta grande ciudad cuando se ha salido tan de mañana, es señal de que no se ha vuelto aun.

—Mi amo no pasa jamás la noche fuera de casa, dijo sécamente José, que trataba de conservarme una reputacion virginal.

—No lo digo por ofenderle, pero eso no se opone á que si él supiese que estoy aqui, me recibiria inmediatamente.

—Si quereis dejar vuestro nombre, continuó José, se lo daré á mi amo cuando vuelva.

—¡Oh! que si que le dejaré mi nombre, y cuando sepa que estoy en París, me enviará á buscar corriendo.

—¿Y dónde vivis? dijo José, que comenzaba á tener miedo.

—En la Carrera de la Villette, porque alli es mas barato que en el centro.

—¿Y cómo os llamais? añadió José cada vez mas inquieto.

—Gabriel Payot.

—¿Gabriel Payot de Chamouny? esclamé yo desde mi cama.

—¡Eh! embustero, bien sabia yo que estaba en casa.....

—Si, si, de Chamouny, y que viene ademas á veros y traer una carta de Jaime Balmat, por sobrenombre Mont-Blanc.

—Entrad, querido, entrad.

—¡Ah! esclamó Payot.

José abrió la puerta y anunció al señor Gabriel Payot de Chamouny.

Payot le miró incomodado para ver si se burlaba de él, pero viendo que José cerraba la puerta con toda cortesía, me buscó con la vista y me vió en mi cama.

—¡Oh! ¡perdon! dispensad, me dijo.

—No hay de que, amigo mio: ¿qué buena suerte os ha traido por aqui?

—¡Oh! voy á deciroslo todo.

—Comenzad por tomar una silla.

—No estoy cansado, gracias.

—No le hace, sentaos; esto es aqui la costumbre.

—Ya que os empeñais absolutamente en ello.....

—Aqui, aqui; y le señalé una silla inmediata á mi cama, ¿conoceis este reloj, Payot?

—¡Qué si lo conozco! yo lo creo; ha dado mas que hacer á mi primo Pedro que lo que tiene de grueso. ¿Va bien?

—Siempre, á menos que no me olvide de darle cuerda.

—Yo tenia tambien uno ¡oh! pero que era como cuatro veces este, un reloj de Ginebra: un dia que me hallaba algo achispado, le dí una vuelta de mas á la llave y saltó el muelle real; lo llevé sin decir nada á mi muger, al herrero de Chamouny, que es listo como un mono y hace asadores y... mirad... lo mismo está que estaba; desde entonces jamás ha vuelto á andar bien.

—¿Y con qué motivo habeis venido á París, mi buen Payot?

—¡A Paris! ¡no! ¡no! vengo de Lóndres.

—¡De Lóndres! ¿y qué habeis ído á hacer á Lóndres?

—Primero es necesario os diga que el año pasado vino despues que vos á Chamouny un inglés: es una suerte, ya lo sabeis; tanto mejor para el pueblo, porque pagan bien. Esto no es decir que los franceses no paguen ¡oh! ¡pagan tan bien! ademas los precios son iguales para todo el mundo; pero nosotros preferimos á los franceses por que hablan saboyardo: habeis de saber que vino é hizo el mismo camino que vos, sin mas diferencia de que fué al jardin, al que no quisisteis ir, y á fe que hicisteis mal, porque cuando se ha ido á él se puede decir..... he estado en él. Habeis de saber que me dijo: ¿Quién es el último á quien has acompañado?—¡Ah! á fé mia, le respondí, es un escelente jóven. Perdonad señor, pues aunque no estábais, yo dije lo que pensaba; ademas sabeis cuanto os amamos alli todos. Aqui teneis vuestros certificados: y recordareis de que me disteis tres, uno en inglés, otro en italiano y otro en francés.

—Me acuerdo perfectamente.

—¡Oh! pero ahora entra lo bueno, ya vereis: habeis de saber que me dijo: si quieres darme uno de estos tres certificados por veinte francos, yo te lo compro.

—¿Quereis, por ventura, haceros guia? le dije yo, es un maldito oficio: vaya, vaya, vale mas ser milord.

—No, me respondió; pero estoy haciendo una coleccion de *Ortógrafos*.

—¡Oh! en cuanto á ortografía no falta en ellos: son de un autor. Pues señor, sacó de

su bolsillo los veinte francos, y yo los tomé. Hice bien, ¿no es esto? aquello no valia seguramente mas de veinte francos ¿no es verdad?

—Ni siquiera veinte sueldos.

—Asi lo calculé yo; pero ¡son tan brutos esos ingleses! habeis de saber, que al llegar al huerto, vimos dos gamos que echaron á huir: mera casualidad; pero eso no quita que el inglés no se pusiese muy contento.

—¡Cáspita! dijo, he ahi dos animales por los cuales daria de muy buena gana dos mil francos, si pudiese llevármelos á mi parque.

—Por menos podeis tenerles, respondi yo.

—¿De veras?

—Ciertamente.

—Pues ahi tienes mi nombre, y las señas de mi casa en Lóndres, añadió dándome un papelito chiquito y muy fino. Si me presentas dos gamos, no me desdigo de mi palabra.

—Tocadla, dije yo, alargando mi mano.

—¿Quieres que te haga un papel de obligacion formal?

—No, señor, no, dadme la mano y me basta. Y asi sucedió. Quedó hecho el trato, con solo la diferencia de que al separarnos, despues de tres dias, en vez de darme veinte y siete francos, á razon de nueve diarios por mí y por el mulo, me dió ciento. Pero volvamos al cuento de los gamos. Esta primavera me acordé del inglés, y como yo conozco y sé donde están las madrigueras, con poco trabajo cogí dos gamitos hermosísimos, macho y hembra. Eran muy chiquitines, y como apenas veian, les dábamos leche en un biveron como á los niños. Dios me lo perdone, pues no puede menos de ser malo; mi hija es la que los ha criado, mi hija, ¿os acordais? estaba preñada y ya debe haber parido. Sin duda me esperarán para el bautizo. Pues señor, cuando los gamitos tuvieron tres meses, yo que no habia perdido el papelito del inglés, le dije á mi muger:

—Tengo necesidad de ir á Lóndres.

Juzgad qué cara pondria al oirme.

—¿Y qué tienes que hacer en Lóndres?

—Entregar estos dos animalitos que valen nada menos que dos mil francos.

—Tu estás borracho, respondió mi muger: pero yo la dejé hablar, y bajando al corral, armé una jaula vieja, saqué el carreton del cobertizo, y colocando los gamos en la jaula, la jaula en el carreton y el carreton detrás del mulo le pregunté al maestro de escuela cuál era el camino de Lóndres. Me dijo que al llegar á Sallanche volviese á mano derecha, asi que estuviese en Lion á la izquierda, y que en París hasta los niños me enseñarian el camino. Efectivamente aqui me dijeron que siguiendo el curso del Sena llegaria al Havre.

—¿Y partísteis sin haber hecho mas pactos con el inglés?

—Si el pacto estaba ya hecho desde que me habia apretado mi mano en la suya..... pero ahora entra lo mejor de la historia. Vereis que al llegar al Havre era ya noche; el amo de la posada á donde fui, me preguntó á dónde iba, y yo le respondí que á Lóndres. El dia siguiente cuando yo iba á enganchar el mulo, entró un jóven con un sombrero de alas anchas y muy reluciente, con chaqueta azul y pantalon blanco que me dijo:

—¿Sois el que vá á Lóndres?

—Si.

—Y bien, ¿quereis que yo le pase?

—¿Por dónde?

—Por la Mancha.

—A otro perro con ese hueso..... y apretando la cincha al mulo, le dí con el látigo y ¡arre! Dígame el camino de Lóndres, y déjese de bromas, le dije al jóven.

—Siempre recto, me respondió, y vino siguiéndome, hasta que al cabo de un medio cuarto de hora me encontré sin camino. Pregunté en dónde estaba, y me respondieron que en el puerto.

—¿Y Lóndres, en dónde está? esclamé yo.

—Al otro lado del mar.

—¿Y por qué puente se pasa?

El jóven del sombrero soltó una carcajada.

No era esto lo tratado, me dije á mí mismo; el inglés no me dijo si habia de pasar el mar, y yo no soy marinero. Tenia yo un corage entonces, que me hubiera destrozado los puños. No hay mas remedio, es preciso volvernos, dije yo mirando á mi mulo, y cuando retrocedia vi al posadero que estaba en el umbral de su puerta.

—¡Hola! me dijo: ¿ya estais de vuelta?

—Si, si, ya sois bueno, ¿por qué no me habeis dicho que para ir á Lóndres era necesario pasar el mar?—y se echó á reir ¡bribon! añadi yo.

—Como os he visto marcharos con un marinero del vapor.....

—¿Quién? ¿el del sombrero?

—Si, y á fé que es un escelente muchacho. Vamos, vamos, entrad y bebereis una botella de cidra.—¿Sabeis lo que es cidra? es un vino que en aquel estraño pais se hace con manzanas.

—Si, si, ya lo sé, pero al fin ¿cómo os compusisteis?

—Fué necesario hacer lo que ellos quisieron. Dejé el mulo y el carro en la posada, y á la mañana siguiente me embarqué con mis gamitos: ¿creeríais que tuvieron la desvergüenza de hacerme pagar por ellos? Cuando digo que pagué por ellos, es decir, que pagó un milord, porque mis gamitos fueron la delicia de su hija. Figuraos una pobre niña tísica..... de diez y ocho años, ¡pero cuán hermosa! En el vapor suponian que estaba desahuciada, pues padecia de amores. Yo no padecia tal mal, pero me estaba mareando.

¿Os habeis mareado alguna vez?

—Si.

—¡Pues bien! sabreis lo que es el mareo.

Os juro que mas querria ver parir á mi muger, á volver á pasar por tales angustias. Ademas no era yo solo, sino todos estaban en igual estado!..... Yo creo que era la pícara cidra lo que me amargaba el corazon. El marinero consabido me estaba diciendo: Comed, comed —¡Qué comer ni qué calabazas! al contrario. Despues de seis horas de viage, todos estábamos de espaldas. La niña inglesa era la única que no se mareaba, pero no hacia mas que ir y venir por entre nosotros ligera como una sombra, y jugando con mis gamitos; os aseguro que si se le hubiese antojado abrirles la jaula y soltarlos, no me hubiera tomado el trabajo de correr detrás de ellos.

Por la tarde el tiempo se puso grueso, como dicen los marineros. Oyéronse retumbar algunos truenos, las olas se encresparon, y á fé mia que era este el mejor modo de aliviarnos. Yo daba mi alma á Dios y mi cuerpo á todos los diablos; cuando cátate que se me sube á las narices cierto olor de costillas de carnero. Voto á..... era el marinero que estaba disponiendo su cena, mientras iba el temporal arreciando que era un gusto. ¡Vamos andando! decia yo en mis adentros, si esto sigue, al menos tenemos esperanzas de naufragar. No daria uno por su vida dos cuartos cuando se encuentra asi. Todo daba vueltas como cuando uno está borracho. Vino la noche; la cubierta parecia abandonada; el buque andaba á la buena de Dios; la jóven fué á apoyarse en el mástil y permaneció de pie. A cada relámpago, yo la veia blanca y pálida como una santa, con sus rubios cabellos flotantes al viento, con sus ojos ardiendo por la fiebre, y de cuando en cuando la oia toser, lo cual me destrozaba el corazon. Durante un relámpago la vi llevar un pañuelo á la boca y retirarlo lleno de sangre. Entonces se puso á sonreir; pero con una sonrisa tan triste que me partia el alma. Pasó un relámpago, que pareció rasgar las nubes de arriba á bajo, y la pobre niña hizo un movimiento con la cabeza, como para decir; si, ya voy. Yo cerré los ojos, porque mi corazon no podia resistir; yo no sé lo que pasaba, únicamente me acuerdo que hizo viento y que llovió y nada mas. Despues oi algunas voces, se me figuró ver la luz de algunas antorchas á través de mis párpados, sentí que me cogian en brazos, y pensé que me iban á arrojar al mar.

Al cabo de una media hora casi me sentí mejor, me pareció tener entre manos alguna cosa caliente y suave, abrí los ojos, miré, y vi que eran mis gamitos, que me estaban lamiendo. Vi ademas que me encontraba en un cuarto acostado sobre una cama y con un buen fuego en la chimenea: estábamos en Brighton.

Tardé lo menos diez minutos en asegurarme de que nos hallásemos en tierra firme, porque siempre me parecia sentir aquel maldito balanceo; pero por fin poco á poco aquello se pasó y mi estómago comenzó á dejarse sentir. Nada tenia de estraño, porque desde la víspera no habia tomado ni un bocado, y ademas la cocina exhalaba buen olor de chuletas de carnero. Entonces dije para mí:—Si no me equivoco se está preparando la cena. En aquel momento entró el mozo y me chapurreó tres ó cuatro palabras en inglés, que no comprendí; pero como llevaba una servilleta, y me hizo señal llevándose la mano á la boca, entendí que se trataba de cenar. No me lo hice decir segunda vez y le seguí al instante.

Llegado abajo, me preguntaron si era de los de primeras ó segundas.

—De las segundas, dije yo; porque no tengo nada de orgulloso.

La puerta del comedor de las primeras estaba abierta, eché al pasar una ojeada y vi que todo el mundo estaba ya ocupado comiendo, escepto la jóven inglesa y su padre que no se habian sentado á la mesa. Me hallé con el ganapan del marinero del sombrero de hule que estaba despachando una tajada de rosbeaf.....

—¡Hola! le dije, ahi del amigo; voy á sentarme en frente de vos.

—¿Eh? como guste, me respondió. Era un escelente muchacho en el fondo.

—¡Ah! pronto, un vaso de vino, me hará mucho provecho.

—¡Vino! me contestó, sin duda tendreis bastantes fondos para gastarlo, porque aqui cuesta doce francos la botella.

—Doce cuartos direis.

—¡Doce francos!

—Perdonad, ¿pues qué es lo que teneis en el jarro?

—Ale.

—¿Cómo?

—Cerveza, asi lo entendereis mejor: ¿os gusta la cerveza?

—Toma, no es muy buena; pero siempre es mejor que el agua, y asi echadme.

—A vuestra salud.

—A la vuestra igualmente.

—A propósito de salud (añadí despues de haber puesto en la mesa mi vaso), ¿y la jóven aquella?

—¿Cuál?

—La del vapor.

—¡Oh! no muy buena: á estas horas se estará muriendo.

—¡Bah! no estaba enferma, vos lo decís: verdad es que no tenia la enfermedad vuestra; pero la suya era otra, Mirad, es mala señal cuando un cristiano no siente lo que sienten los otros: yo mismo he puesto en duda lo que realmente sucede: la enfermedad ha vencido al mal: era la muerte la que la sostenia. Cuando estábais á bordo era la única que se hallaba en pie. Pues bien, ahora que estamos todos en tierra, ella es la única que

está tendida en una cama de que seguramente no volverá á levantarse.

—¡Pobre muchacha! le respondí: me habeis dado de cenar; pero ya no comeré nada mas. ¡Pobre niña!

Al dia siguiente, por la mañana, al amanecer, mientras me disponia en un carro de retorno á partir con mis animalitos, ví á su padre sentado en el patio, en un poyo, sumergido al parecer en una indiferencia completa. ¡Sin corazon! pensé para mí al verle inmóvil como una estátua. ¡Ah! me decia, estos ingleses no tienen alma; si yo tuviese una hija como esa, enferma y moribunda, me romperia la cabeza contra las paredes. ¡Perro! vete al... daba vueltas alrededor suyo para darle un puñetazo, á fé de hombre de honor: ningun caso hizo de mí ni de cuanto le rodeaba, cuando pasé por delante de su cara........ ¡Pobre hombre! dos gruesas lágrimas caian de sus ojos y rodaban por sus manos.

—Perdon, le dije, os pido perdon.

—¡Ha muerto! me respondió.

En efecto, se le habia roto una vena del pecho y la sangre la habia ahogado durante la noche.

Dos dias gasté para llegar á Lóndres: dos dias es muy largo tiempo, cuando se está solo, y con un pensamiento de melancolía, y se va con un farsante que canta todo el camino. Yo veia siempre á aquella pobre niña sobre la cubierta del buque, y al gordo del inglés sentado en el poyo: en fin, no hablemos mas de ellos.

Al fin llegué. Pregunto si conocen mis señas, me indican la casa. Al llegar á la puerta, pregunto si conocen á mi hombre, y me contestan que alli está. Entro con mis gamitos, y toda la casa se coloca en torno de mi carro. Un señor se asoma á la ventana y pregunta en inglés ¿qué hay? Reconozco á mi viagero: soy Gabriel Payot de Chamouny, le dije, y os traigo vuestros gamos.

—¡Ah!

—Sabeis que me habeis dicho....

—Si, si.

Habíame reconocido como vos ahora. Oh! ¡era un escelente milord! ¡era un gozo aquella casa!... Llevaron los gamos á un salon magnífico. ¡Bueno! dije. Si á los gamos los alojan aquí, ¿dónde me pondrán á mí? en un palacio.

No me habia engañado: un gran lacayo me dijo que le siguiera, subí dos pisos. Abriéronme un cuarto donde habia alfombras por todas partes, cortinas de seda, sillas de terciopelo, un lujo, ¡qué sé yo! No dí un paso, me quité los zapatos á la puerta, y entré como por mi casa. Cinco minutos despues el criado me trajo unas zapatillas, y me preguntó si queria desayunarme con milord ó que me lo sirviesen en mi cuarto; yo contesté que se hiciese como milord mandase. Entonces me preguntó, si acostumbraba á afeitarme yo mismo, y le respondí que en Chamouny venia á afeitarme el maestro de escuela en sus ratos perdidos; mas que desde que estaba de viage, me veia obligado á hacerlo yo mismo.

—¡Oh! ya se vé, me dijo.

Tenia yo efectivamente dos ó tres cortaduras en la cara, porque tengo la mano algo pesada, efecto de la costumbre de apoyarme sobre el baston ferrado de camino, ya veis...

—Se os mandará el ayuda de cámara de milord

Cinco minutos despues entró un caballero vestido de azul, calzon blanco y media de seda.

¿Y adivinais quién era?

—El ayuda de cámara.

—¡Precisamente!... Toma, le tuve por el alcalde, me levanté y le saludé... Me dijo que venia para afeitarme; y yo no queria creerle hasta que sacó sus navajas, su jaboncillo, y en fin, todo lo necesario. Me dió un sillon, me hice mucho de rogar para sentarme, pues deseaba hacerle ver que sabia afeitarme y le decia: No, no, muchas gracias, estaré en pie. Mas como me dijo que me seria molesto, me senté; me bañó la barba con un jabon que olia á almizcle; despues me pasó por la cara una navaja.... ¡no era navaja! ¡si aquello era un terciopelo!... Me dijo despues:

—Estais afeitado.

—No lo habia sentido.

—¿Quereis que os vista?

—Gracias, acostumbro á vestirme yo mismo.

—¿Quiere ropa blanca el señor?

—No, yo tengo todo lo necesario en mi maleta, ¿ó creis que he venido aqui como un descamisado? Mandad traer la maleta, está bien repleta.

—¿Y cuándo estareis listo?

—Dentro de diez minutos.

—Es que milord aguarda al señor para el desayuno.

—Si tiene priesa, decidle que vaya comiendo, que ya le alcanzaré.

—Milord, os aguardará.

—Pues entonces despachemos.

Vestíme con el mayor esmero que pude. Hallábase milord en el comedor con su muger y dos lindos niños. Me presentó á ella y le dijo algunas palabras en inglés.

—Tendreis que disimular, me dijo, milady no habla francés.

—¡Milady! (¡Vaya un nombre revesado de bautismo!) No hay ningun mal en eso, respondí, ni es una deshonra.

Mad. Milady me hizo señal de sentarme junto á ella: milord me echó de beber y despues de saludar á la compañía, llevé el vaso á la boca.

—¡Vaya un rico vino! dije á milord.

—No es del todo malo, me respondió milord.

—Y el burlon del marinero del sombrero de hule, que decia que en Inglaterra el vino costaba á doce francos la botella.

—El de Burdeos ordinario, si; pero este es de Chateau Margot.

¡Cómo! ¿cuanto mejor es, menos cuesta? pues, señor, este es un famoso pais.

—No lo habeis entendido. Digo que éste cuesta, creo, un luis la botella.

Cogí la botella para verter en ella lo que quedaba en mi vaso.

—¿Qué haceis? me dijo milord cogiéndome el brazo.

—Yo no bebo vino de á un luis, eso seria ofender á Dios; guardadlo para cuando venga el rey á comer á vuestra casa.

—¿Qué no lo encontrais bueno?

—Muy descontentadizo habria de ser.

—Pues entonces no os cuideis de eso, yo os daré veinte botellas para el camino.

Mientras que no hubo mas que beber vino de Burdeos y comer beefteaks, fué bien la cosa: pero al concluirse el almuerzo, cata que viene un gandul con una bandeja llena de tazas, una cafetera de plata, y una fuente de de bronce en que habia agua y fuego. Pone todo esto delante del ama de casa, que echó un puñado de yerbas secas en la cafetera: al cabo de cinco minutos soltó el grifo, y echó la infusion en las tazas. Milord tomó una, madama Milady otra; y me pasaron á mi la tercera.

—Gracias, dije yo: siéntome muy bueno, no he tenido susto alguno ni estoy empachado, bebed vuestra medicina que yo pasaré sin ella.

—No es para los males de cabeza, sino para ayudar á la digestion.

Yo no me atrevi á rehusar por dos veces; tomé la taza: tragué tres sorbos sin probar lo que era; pero al cuarto vi era una cosa malísima, retiré la taza.

—¿Qué tal? dijo milord.

—¡Qué peste!

—Escelente té que viene directamente de la China.

—¿Y la China está muy lejos?

—A cinco mil leguas de Lóndres.

—Pues os digo que no seré yo quien vaya á buscar té aunque no lo haya.

Madama Milady le dijo en inglés dos palabras al oido, entonces milord se volvió hácia mí y me dijo:

—¿No habeis puesto azúcar en vuestra taza?

—No, señor, respondí yo, no lo sabia.

—Pues debe estar execrable.

—Lo cierto es que no está bueno, y como no me habeis advertido nada me he abrasado la lengua al probarlo, mirad.

—¡Pobre hombre!

—¡Oh! si no fuese mas que esto..... Me parece que me vuelvo á marear. Es el agua caliente. No puedo sufrir el agua caliente, y hasta la fria me hace mal.

—¿Qué quereis tomar, Payot? será preciso tomar alguna cosa.

—¿Me quereis dejar que me cure yo mismo?

—Sin duda.

—Pues entonces haced que me den un vaso de aguardiente añejo.

—Apropósito, le dije yo á Payot, satisfecho en aquel momento de encontrar ocasion de interrumpir su cuento que comenzaba ya á hacerse largo, en efecto, recuerdo que no os disgusta el *cognac*. ¡José!

Entró mi criado.

—Trae un frasco de coñac.

—No se necesita un frasco, con un vaso basta.

—No os de cuidado: ¿con que en Lóndres os han tratado tan bien? ¿Cuántos dias habeis estado allí?

—Tres dias, primero fuí á una casa de campo con milord, y soltamos los gamitos en el parque delante de su señora y de sus hijos, que era una diversion el ver lo alegres que estaban; el segundo me llevaron al teatro, siempre en el coche del milord; el tercero á casa de un sastre, que tenia en su tienda mas de ciento cincuenta vestidos completos, y me dijo:

—Escoged el que os guste, completo, pero completo.

Comprendereis que no fuí tonto y tomé uno de terciopelo que él solo se tenia en pie, y me vino tan ajustado como un guante, vos mismo podeis juzgarlo, es el que traigo.

Al decir esto Payot se levantó y dió dos vueltas para que yo le viese bien.

—Despues me dijo el inglés que era preciso llevar algo en la faltriquera, y me dió cien guineas.

—¿Y cuánto hacen cien guineas? pregunté yo.

—Dos mil setecientos francos.

—Pero si no me debeis mas que dos mil....

—Por los gamos, es verdad, pero los setecientos restantes serán por los gastos de viage.

—Por fin yo no sé cómo daros las gracias.

—No vale la pena, y me harás mucho favor en estarte aqui todo el tiempo que quieras.

—Muchas gracias: pero ya veis, es preciso volver á mi pais, porque mi hija está recien parida, y me esperan para el bautizo. Si no fuese por esto, permaneceria aun, porque estoy muy bien.

—Entonces os haré acompañar mañana á Brighton, el vapor sale pasado mañana para el Havre, y yo haré de manera que os reserven una plaza.

—No, milord, mejor quisiera tomar otro camino y pagar el carruage.

—Es imposible, amigo, porque la Inglaterra es una isla como el jardin donde estuvimos si os acordais, con sola la diferencia de que en vez de hielo, es agua lo que la rodea.

—En fin, supuesto que es así y que no tiene remedio, partiré mañana, porque peor es desesperarse.

Al otro dia, y en el acto de subirme al

carruage, madama Milady me dió una cajita.

—Es un regalo para vuestra hija, me dijo milord.

—¡Oh! ¡madama Milady! le dije yo, ¡demasiado buena sois!

—Podeis llamar á mi esposa Milady solo, es mas corto.

—¡Oh! eso jamas.

—Yo os lo permito.

No habia medio de resistir á tantas instancias y le dije:

—Adios, Milady, como quien dice: Adios, Carlota, y aqui estoy.

—Bien venido, amigo Payot; comeis hoy conmigo ¿no es esto?

—Mil gracias; sois amable y obsequioso.

—¿A qué hora comeis ordinariamente?

—A las doce.

—Precisamente la hora en que yo almuerzo. Está dicho, os espero.

—Pero, dijo Payot, dando vueltas á su sombrero entre sus dedos, habeis de saber que yo estoy aqui como vos estábais en Chamouny, es decir, que no me hallo en vuestras calles, como vos no os reconociais en nuestros ventisqueros, de modo y manera que he tomado un guia, un paisano, un buen muchacho, y le he dicho que venga á comer conmigo por el trabajo.

—¡Bueno! puedes traerlo.

—¿No os incomodará eso?.....

—No por cierto, seremos tres en vez de dos y nada mas; hablaremos del Monte Blanco.

—Lo dicho, dicho.

—A propósito del Monte Blanco..... ¿Teneis una carta de Balmat para mí?

—Si, es verdad.

—¿Y qué hace?

—Está siempre buscando su mina de oro.

—Está loco.

—¿Qué quereis? Es su manía, sin eso estaria rico, pues ha ganado dinero en grande; pero todo se le va en los hornillos. Mirad, apostaria de que en su carta os hablará algo de esto.

—Voy á leerla. Hasta el medio dia.

—Al medio dia.

Salió Payot. Llamé á José, le dí órden para que encargáse una comida para tres personas en la fonda *Rocher de Cancale*, despues abrí la carta de Balmat. Aqui está con toda su sencillez.

«Por conducto de Gabriel Payot, que pasa á Lóndres y va por Paris, le cuento como dos caballeros abogados de Chambery, quisieron subir á Monte Blanco el 18 de agosto último, pero no pudieron verificarlo á causa del mal tiempo, por cuanto á pesar de haberme visitado antes de emprender la marcha, ni siquiera me habian pedido mi parecer relativamente al estado de la atmósfera. Se hallaban ya en camino, cuando de pronto se vieron cogidos por una niebla congelada, y en seguida por un temporal de granizo horroroso, que no les permitió pasar del prado de la Pequeña Mula; alli el huracan los derribó sobre la nieve, y los obligó á bajar no muy satisfechos de no haber llegado á la cumbre. No fué culpa mia, porque al pasar delante de mí, les anuncié ya la catástrofe; pero los guias les dieron á entender que no debian creerse de mí, porque no era mas que un viejo charlatan y regañon. Ellos sí que son demasiado jóvenes y ansiosos de dinero, pues no conocen el tiempo lo bastante para emprender semejantes espediciones. Hoy ha venido á verme á mi casa un jóven inglés, y me ha dicho que deseaba subir al Monte Blanco el año que viene. Desearia que tambien hubiese franceses que quisiesen subirlo, porque hasta ahora los ingleses son los únicos vencedores y hablan mal de los franceses.

«Os agradezco infinitamente vuestro buen recuerdo y por haber hecho llegar á mis manos el primer tomo de las *Impresiones de Viage*. Un parisiense me ha dicho que ibais á imprimir el tomo segundo; si no costase demasiado caro lo compraria, lo mismo que los dos tomos de la *Mineralogia de Beudant*, porque á fuerza de buscar, creo haber dado con un filon de oro.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectisimo servidor.

«JAIME BALMAT. (Llamado MONTE BLANCO).

«P. D. Os escribo de priesa, y no sé si acertareis á entender la letra, porque la escritura no es mi fuerte: mas en atencion á que solo tomé diez y siete lecciones, á dos cuartos por leccion, y mi padre me interrumpió la enseñanza al llegar á las diez y ocho, diciendo que eran demasiado caras.»

Salí para ir á buscar el tomo segundo de *Impresiones de Viage* y la *Mineralogia de Beudant*, admirando la fuerza de voluntad de aquel hombre. A los veinte y cinco años recibió una carta de Saussure, que le habia dado la idea de subir á Monte Blanco; despues de cinco ó seis tentativas infructuosas en las que aventuró su vida en una muerte desconocida, y sin gloria porque no habia confiado su secreto á nadie, logró llegar á la cumbre de la montaña mas elevada de la Europa. Poco tiempo despues en el acto de inclinarse para beber agua helada de las orillas del Aveyron, vió algunas pepitas de oro entre las arenas de la orilla: desde entonces se dedicó á buscar la mina de que el agua desprendia aquellas auríferas partículas, y tal vez la hubiese hallado al cabo de treinta años de investigaciones. ¿Qué hubiera hecho aquel hombre en medio de nuestras ciudades, si hubiese recibido una educacion en armonía con la fuerza de su carácter?

Al medio dia estuvo exacto Payot.

—¿Venis solo? le dije.

—Mi camarada no se ha atrevido á subir.

—¿Por qué?

—Toma, porque dice, que es un pobre diablo, y cree que no querriais comer con él.

—¡Está loco! Vamos á buscarle.... Al pie de la escalera encontré á Francesco.—¿Y la mudanza? le dije.

—Ya está concluida.

—Entonces, subid: José os pagará.

—¡Oh! no hay priesa.

—Subid, subid.

Francesco obedeció.

—Bien, dije á Payot. ¿Dónde está vuestro hombre?

—Si, es él.

—¿Quién?

—Francesco,

—¡Francesco! ¿Qué es de Chamouny?

—Nacido allí.

—Aguardémosle entonces..... Cinco minutos despues volvió á bajar y me dirigí á él.—Francesco, le dije: espero, que no os negareis á comer conmigo y con Payot, cuando yo mismo os convido.

—¡Cómo! el señor, quiere que.....

—Os lo ruego.

—¡Oh! sabeis que no puedo negarme á vuestros deseos.

—Pues entonces, vamos, amigo Payot, que aunque no tengo un carruage como milord, ya encontraremos á la puerta uno de alquiler. Cierto es, que no tengo Burdeos en casa; pero ya sé donde lo hay, y muy bueno: ¿os gusta? En cuanto al té.....

—Muchas gracias, si á vos os es igual, no es lo que mas me gusta.

—Bueno, lo reemplazaremos por el café.

—Como gusteis, porque ésta, en verdad, es una bebida cristiana, muy distinta de la otra, que, no me desdigo, es una droga.

Cumplí mi palabra como Payot; le dí á beber del mejor vino de Borel, le hice tomar el café mejor de Lamblin, y cuando le vi en aquella disposicion de ánimo dulce y feliz que sigue á una buena comida, le propuse llevarle en un cuarto de hora á Chamouny.

—Os chanceais, señor.

—Os aseguro que no. Dentro de un cuarto de hora, si quereis, estaremos á la puerta de la posada.

—¿De Juan Ferraz?

—Y veremos el Monte Blanco como ahora os estoy viendo.

—¡Caramba! muy bien puede ser, dijo Payot, todo lo creo, ¡despues de tantas y tantas cosas como he visto!

Volvimos á subir al coche, y habiéndose detenido el cochero á la puerta del diorama, entramos.

—¿Dónde estamos ahora? dijo Payot.

—En la aduana de la frontera, y voy á pagar dos francos y diez céntimos por cada uno de nosotros.

Le entregué su billete de entrada.

—Ahi teneis vuestro pasaporte.

En breve nos vimos envueltos en una completa oscuridad.

—¿Sabeis donde estais, Payot?

—No, á fé mia.

—Estamos en las escaleras.

—¿En la gruta?

—Ya veis que no hay luz.

—Pues entonces, ya nos acercamos, dijo Payot.

—¡Oh! dentro de cinco minutos, y aun antes. Llegábamos efectivamente en el momento mismo en que la Selva Negra desaparece para dar lugar á la vista del Monte Blanco: en el rincon del cuadro que comenzaba á aparecer, asomaban ya varios pinos y alguna nieve. Hice colocar á Payot, de modo que su vista pudiese penetrar en la abertura á medida que iba tomando aumento; tendió una mirada momentánea con la vista fija, sin respirar y estendiendo los brazos segun se iba desarrollando el mágico cuadro, hasta que dió un grito y quiso lanzarse, yo le contuve.

—¡Oh! esclamó, ¡dejadme! ¡dejadme! ahi está el Monte Blanco, la nevera de Tacconnay, la aldea de la Costa y Chamouny á nuestras espaldas!... Volvióse entonces, y dijo:—Dejadme ir á dar un abrazo á mi muger y á mi hija, por amor de Dios os lo pido, al instante volveré.

Todos los espectadores se dirigieron hácia nuestro lado; yo comenzaba á cansarme de mi embarazosa posicion, y creyendo llegar la ocasion de poner coto en aquella farsa, pues Payot no hacia mas que reiterar sus instancias, díjele que todo lo que estaba viendo, no era la naturaleza, sino un cuadro. Dejóse caer sobre un banco y esclamó:

—¡Oh! ¡cuánto mal me habeis hecho! y se puso á llorar.

Todos los espectadores nos rodeaban.

—¿Quién es este hombre? ¿qué es lo que tiene? me preguntaban.

—Es un guia de Chamouny, que creyéndose en su tierra no hace mas que llorar.

—Por Dios, perdonadme, dijo Payot levantándose; pero esto ha sido mas fuerte que yo. Y volvió nuevamente la vista hácia el cuadro. —¡Oh! mirad mi valle, dijo, y cruzando los brazos y abismado en la contemplacion muda y ansiosa de aquel lienzo que le traia todos los recuerdos de la juventud, todas las satisfacciones de la familia y todas las emociones de la patria.

Me aproveché de su distraccion para salir, temiendo que me tomasen por algun compadre.

Al otro dia á las siete de la mañana, Payot vino á mi casa en la calle de Bleu.

—¿Por qué os habeis marchado? me dijo.

—Creia complaceros, os habia dado un pesar y estaba disgustado.

—¡Oh! ¡apesadumbrado! muy al contrario, siempre es grato ver su pais, aunque sea pin-

tado. Pero los parisienses no tienen patria ninguna, y si tan solo una calle, aunque no por culpa suya. El que no ha nacido en la aldea, ignora lo que es; en Chamouny no existe una sola casa que yo no vea del mismo modo de lejos que de cerca, ni en esta casa un hombre siquiera que me sea desconocido; ni en el cementerio un sepulcro que no conozca: en cerrando los ojos lo veo todo, al paso que en Paris apenas basta para aprender el nombre de las calles, la vida de diez hombres seguida.

—Es muchísima verdad, amigo mio, teneis sobrada razon: ¿pero qué hicisteis despues que yo me marché?

—¿Qué me hice? estaba alli un caballero que habia visto á Chamouny, y aun el jardin á que vos no quisísteis ir, y de consiguiente tuve que esplicar la cosa á todo el mundo; que para la ascension, se necesitaban tres dias: que la primera noche se pernoctaba en lo alto de la cuesta, en una palabra, conté todo absolutamente.

—Y supongo que quedarian agradecidos.

—Parece que si, puesto que se reunieron y me regalaron cincuenta francos para echar un trago á su salud.

—¡Bravo, Payot! Si os quedais dos años únicamente en Francia é Inglaterra, al volver á Chamouny seríais millonario.

—Bien puede ser, pero de todos modos, no quiero perder tanto tiempo aqui, y asi vengo á despedirme, y me voy.

—¿Hoy mismo?

—Al instante..... me habeis enseñado el pais, y es preciso que me vuelva á él.

Yo entonces le alargué la mano.

—¿No ireis á decir buenos dias á Trotedurо? abajo está en su carreton.

—Si, vamos corriendo: porque me ha dejado recuerdos para mi inolvidables.

—Vamos pues.

—¿Y un trago?

—Es muy justo.

Me eché un pantalon y la bata, y acompañé á Payot. El mulo lo aguardaba en efecto en la puerta, y yo le reconocí al momento.

Payot me pidió permiso de abrazarme, apreté su valiente corazon contra el mio: enjugó dos lágrimas, subió á su carreton, dió un latigazo á su mulo, y partió.

No habia andado mas que diez pasos cuando detuvo el animal, miró hácia atrás, y observando que yo le seguia con la vista:

—Podeis decir si volveis á Chamouny que sereis muy bien recibido.—¡Arre! ¡adelante!. ...

Cinco minutos despues, dobló la esquina del *Faubourg Poissonniere* y desapareció. Yo volví á subir á mi cuarto.

—¡Y bien! dije á José: ¿sabeis por qué se escribe la calle de Bleu sin *e*?

—Nadie ha podido decírmelo: pero si el señor quiere dirigirse al hijo de Mr. Bleu, que hizo construir la calle, vive á cuatro casas de aqui.

—¡Gracias, esto es precisamente lo que yo deseaba saber. Habia ganado una apuesta contra el primer filólogo de Francia que habia tomado un nombre propio por un adjetivo.

Hace algunos dias que abriendo los millares de cartas que me habian escrito los que se obstinaban en creerme muy cómodamente instalado en Montmorency, mientras que me estaba muriendo de hambre en Siracusa, vi una con el sello de Sallanche, reconocí la letra de Balmat, la abrí.—Su contenido era este.

«Aprovecho la ocasion de un caballero doctor de Paris, que os conoce perfectamente, para escribiros esta carta y daros las gracias por vuestro tomo de *Impresiones de Viage* y la *Mineralogía de Beudant* que me habeis mandado por Gabriel Payot. Esta última obra me será muy útil, porque como os decia he encontrado un filon de oro que debe guiarme á una mina: y como el tiempo está muy hermoso salgo mañana mismo á buscarla.

«Tengo el honor de saludaros con mil gracias

«Jaime Balmat, (llamado Monte Blanco).

«P. D. Apropósito, se me olvidaba deciros que al llegar á Chamouny Gabriel Payot ha dado una caida y se ha matado.»

La carta se me cayó de las manos. Vé aqui, dije para mí, porque tenia tanta priesa para volver á su pais aquel hombre.... Di un puntapie al cesto en que estaba toda mi correspondencia, y dije á un amigo que estaba alli por acaso, que la continuase viendo por mí. Al cabo de cinco minutos me dió una segunda carta: tenia como la primera el sello de Sallanche, la abri y la leí.

«Muy señor mio: con el mayor pesar soy yo el que he recibido la carta que habiais escrito á mi padre, en razon de que el buen hombre no estaba ya en este mundo cuando llegó á Chamouny: y como sé el interés que le demostrais, os dirijo todos los pormenores que hemos podido recoger.

«El 14 de setiembre del año pasado, y al dia siguiente del en que le habiais escrito, habia salido con un hombre del pais para hacer una escursion por los alrededores de Chamouny en busca de una mina de oro, en un sitio donde hay grandes precipicios. Mi querido padre tenia tanta aficion, como sabeis, á las minas, que á pesar de las muchas objeciones que le hicimos, quiso á toda costa marchar.

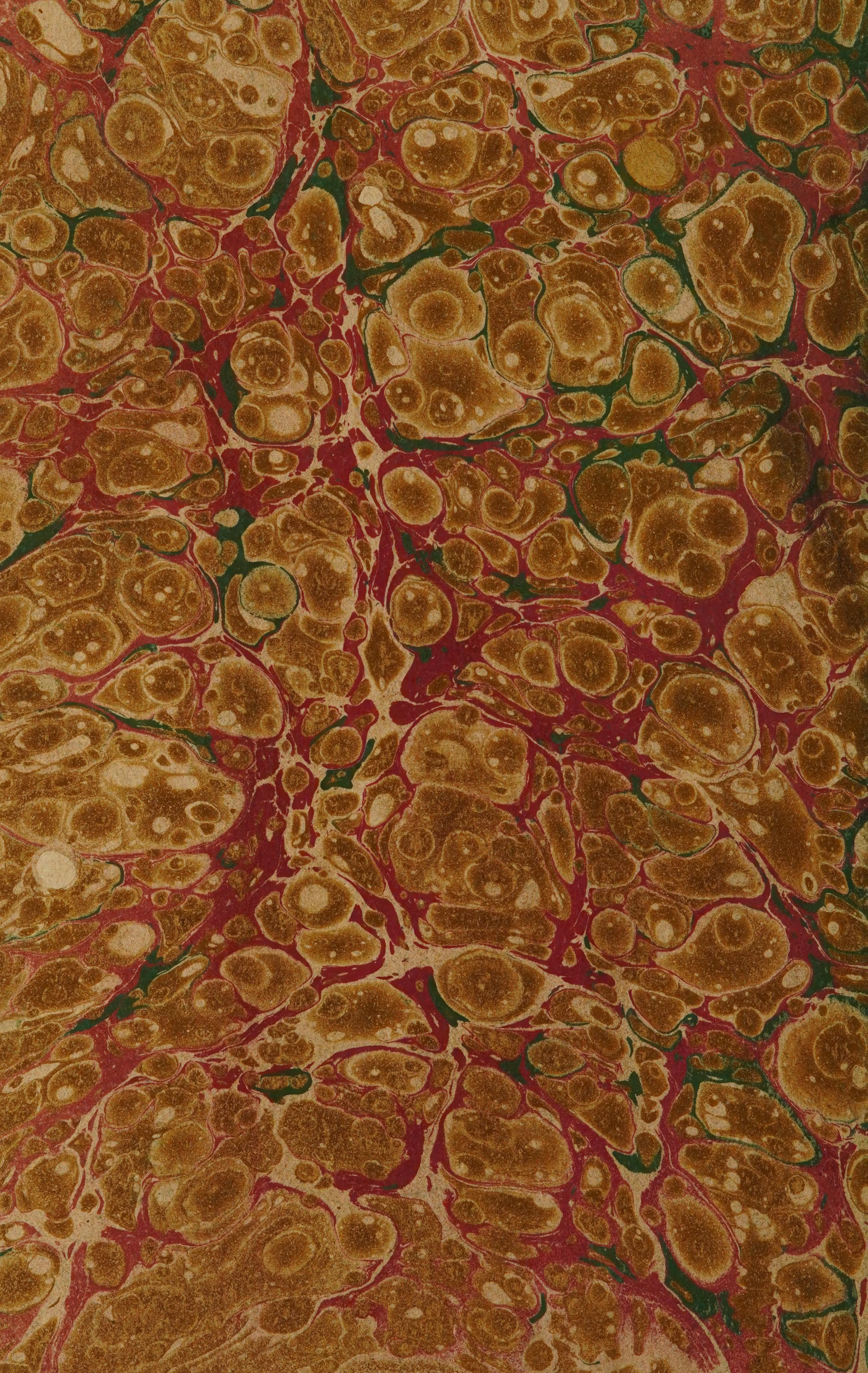
«Mi padre, que sabeis cuan intrépido era á pesar de sus setenta y ocho años, ha continuado su camino á pesar de los gritos de su compañero, que ha hecho cuanto ha podido por detenerle. Mi padre no ha querido oir nada, entonces el otro se ha vuelto á su casa, sin atreverse á decirme que mi padre se habia quedado en la montaña.

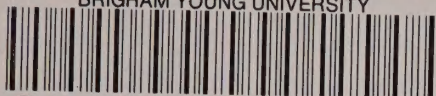
«Al momento que supe su llegada fuí á su casa, hacia ya tres dias que habia vuelto; apremiado por mis preguntas, me dijo que no tenia buena idea de lo que habria sucedido á mi padre. Al oir aquello corrí á buscar mi palo de viage, y volví á decirle que me acompañase al sitio donde se habia separado de él. Me llevó hasta la senda donde se habian separado, y tomé el camino que habia tomado mi padre; pero durante dos dias y dos noches le he llamado y buscado en vano, no he hallado rastro de él, ni vivo ni muerto. Sin duda habrá sido arrastrado por un alud, ó precipitado en alguna nevera.»

Dejé caer la segunda carta cerca de la primera, é hice quemar las demas sin abrirlas.

FIN DEL VIAGE Á SUIZA.

ÍNDICE.





BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
3 1197 21871 0181

